



OBRAS COMPLETAS IX

SAN VICENTE
DE PAUL

conferencias / 1
1634/1654

sigueme



VICENTE DE PAÚL

OBRAS
COMPLETAS

TOMO IX / 1

VICENTE DE PAÚL

OBRAS
COMPLETAS

SAN VICENTE DE PAÚL.
TOMO IX. CONFERENCIAS 1

Conferencias de los Hijos de la Caridad

Trad. de A. Ortiz sobre la edición crítica de P. Coste.

Ediciones Sígueme – Salamanca : 1972-1975.

2 v.: Volumen 1, páginas 21-642; Volumen 2, páginas 651-1313.
[Adquiridos todos los derechos por Editorial CEME, en 1982]*

* Las cifras entre corchetes indican el número de la carta en la edición francesa de Coste, el tomo y la página, incluido el tomo XV (Mission et Charité, n.19-20, enero-junio, 1970) (N. del E).



1(1,IX,1-13)*

CONFERENCIA DEL 31 DE JULIO DE 1634

Explicación del reglamento

El último día de julio de 1634, el Padre Vicente, en su tercera y última conferencia, dio a la pequeña Congregación de las Hijas de la Caridad las reglas y las instrucciones para practicarlas. A continuación va lo que se ha recogido.

Se puso de rodillas, así como toda la Compañía, y después del *Veni Sancte*, empezó de esta forma:

Mis buenas hijas, os decía, el último día que os hablé, que hace algún tiempo que estáis reunidas para vivir con un ideal común, y que sin embargo, todavía no habéis tenido ningún reglamento que ordene vuestra manera de vivir. La divina Providencia os ha conducido en esto como condujo a su pueblo, que, desde la Creación, estuvo más de mil años sin ley.

Nuestro Señor hizo lo mismo con la primitiva Iglesia; pues, mientras él estuvo en la tierra, tampoco hubo ninguna nueva ley escrita, y fueron sus apóstoles los que, después de él, recogieron sus enseñanzas y sus disposiciones.

La Providencia os ha reunido aquí a vosotras doce, y, al parecer, con el designio de que honréis su vida humana en la tierra. ¡Oh! ¡qué ventaja estar en una comunidad puesto que cada miembro participa del bien que hace todo el cuerpo! Por este medio podréis tener una gracia más abundante. Nuestro Señor nos lo ha prometido cuando dijo: «Cuando estéis dos reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de vosotros»¹. Con ma-

Conferencia 1. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. Mt 18,20.

por razón, cuando estéis varios con el mismo designio de servir a Dios, mi Padre y yo vendremos a poner nuestra morada en ellos, si ellos nos aman ². Por las personas que tienen un mismo espíritu y que, en ese mismo espíritu, se unen unas con otras para honrar a Dios, es por quienes el Hijo oró en la última oración que tuvo antes de su pasión, diciendo: «Padre mío, te ruego para que los que me has dado sean uno, como tú y yo somos uno» ³. Veamos pues, mis queridas hijas, de qué manera tenéis que pasar las veinticuatro horas que forman la jornada, lo mismo que las jornadas forman un mes, y los meses los años, los cuales os conducirán hasta la eternidad.

Es preciso, mientras os sea posible, que os ajustéis a las horas; pues tendréis un gran consuelo cuando penséis al levantaros: «Todas mis otras hermanas, en cualquier lugar que estén, se levantan ahora para el servicio de Dios».

Así pues, os levantaréis a las cinco ⁴, mientras que los quehaceres de la Caridad puedan permitir que os acostéis a las diez, ya que es menester que os conservéis bien para el servicio de los pobres y para dar a vuestros cuerpos sus justas necesidades.

Vuestro primer pensamiento tiene que ser para Dios; dadle gracias por haberos preservado por la noche, mirad brevemente si le habéis ofendido, dadle gracias o pedidle perdón, ofrecedle todos vuestros pensamientos, los movimientos de vuestro corazón, vuestras palabras y obras; prometed no hacer nada que le disguste; y todo lo que hagáis durante el día sacará su fuerza de esta primera ofrenda hecha a Dios; porque, fijaos, hijas mías, si no se lo ofrecéis todo a Dios, perderéis la recompensa de vuestras acciones. San Pablo dice cuánto perdéis cuando vuestro espíritu, en su primer pensamiento, se llena de otra cosa que no sea Dios. El diablo hace todo lo posible, al despertaros, pa-

2. Jn 14,23.

3. Jn 17,11.

4. En un principio las hermanas se levantaban a las 5 de la mañana y se acostaban a las 10 de la noche, pero en la Conferencia del 15 de octubre de 1641 se estableció que se levantaran a las 4 de la mañana y se acostaran a las nueve de la noche, porque la experiencia les había demostrado de que así podían hacer mejor la oración de la mañana.

ra meteros otros pensamientos. Por eso, ejercitaros bien en este ejercicio, como buenas cristianas y verdaderas Hijas de la Caridad. La primera cosa que tenéis que hacer después de levantaros y estando un poco vestidas, es poner os de rodillas para adorar a Dios. ¿Qué creéis que es adorar a Dios? Es rendirle un honor que sólo le pertenece a El, y reconocerlo como vuestro creador y soberano Señor. Le pediréis luego su santa bendición, inclinándoos para recibirla con devoción y con la intención de que haga todos vuestros pensamientos, palabras y acciones, agradables a su divina Majestad y os dé el querer hacer todas las cosas por la gloria de su santísimo amor.

Después de vestiros y haber hecho la cama, os pondréis en oración. Hijas mías, este es el centro de la devoción, y tenéis que desear mucho habituaros perfectamente a ella. No, no creáis que unas pobres mujeres de aldea, ignorantes como vosotras podéis ser, no tienen que pretender realizar este santo ejercicio. Si Dios es tan bueno y lo ha sido ya con vosotras al llamar os al ejercicio de la caridad, ¿por qué vais a creer que os negará la gracia que necesitáis para hacer bien la oración? Que no se os ocurra nunca esto. Yo me he sentido hoy muy edificado, al hablar con una buena joven aldeana, que es ahora una de las almas más grandes que conozco

Empezad siempre todas vuestras oraciones por la presencia de Dios; porque a veces, sin esto, una acción dejará de resultarle agradable. fijaos bien, hijas mías, aunque no vemos a Dios, la fe nos enseña su santa presencia en todas las cosas, y este es uno de los medios que hemos de proponernos: está presente en todo lugar, penetrando íntimamente en todas las cosas e incluso en nuestros corazones; y esto es todavía más cierto que el que estamos todas presentes aquí, porque nuestros ojos nos pueden engañar, pero la verdad de Dios en todo lugar no fallará jamás.

Otro medio para ponernos en la presencia de Dios, es imaginarnos que estamos delante del Santísimo Sacramento del altar. Allí es, queridas hijas, donde recibimos los más hermosos testimonios de su amor. Amémosle mucho y acordémonos que dijo,

mientras estaba en la tierra: «Si uno me ama, vendremos a él»⁵, refiriéndose a su Padre y al Espíritu Santo; y las almas serán conducidas por su santa Providencia lo mismo que un barco por su piloto.

Tened mucho cuidado de dar cuenta de vuestra oración lo antes que podáis hacerlo. No podéis imaginaros cuán útil os será esto. Decíos mutuamente con toda sencillez los pensamientos que Dios os ha dado, y sobre todo mantened con cuidado las resoluciones que hayáis tomado en ella. La bienaventurada hermana María de la Encarnación⁶ se sirvió de este medio para adelantar mucho en la perfección. Ella daba cuidadosamente cuenta de todo a su criada. ¡Oh! sí, hijas mías, no podéis imaginaros cuánto os aprovechará esto, y el gusto que daréis a Dios obrando de esta manera. Fijaos, la buena Santa Magdalena ocultaba en su corazón los buenos pensamientos que recogía de las palabras de Nuestro Señor; y lo mismo se dice de la Santísima Virgen⁷. Los buenos pensamientos que Dios nos da en la oración son verdaderas reliquias; recogedlas cuidadosamente, para ponerlas en práctica, y alegraréis el corazón de Dios; de esta forma seréis el gozo de Dios, y todos los santos se alegrarán por ello.

Id todos los días a la santa Misa, pero id con una gran devoción, y estad en la iglesia con gran modestia, siendo ejemplo de virtud para todos los que os vean. Voy a poner como ejemplo a una buena señora, llamada señora Pavillon, que desde hace muchos años sigue admirando a toda su parroquia⁸. Parece como si su caminar y su postura fueran visiblemente en la presencia de Dios; parece casi insensible a todas las cosas, excepto al pecado. Dejará que la pisoteen antes que ser de otra manera.

5. Jn 14,23.

6. Bárbara Avrillot, señora de Acarie y en religión María de la Encarnación, fundadora de las Carmelitas reformadas en Francia. Célebre por sus virtudes y milagros, y beatificada en 1791. Murió en Pontoise el 18 de abril de 1618, a la edad de 53 años. Su vida fue escrita por Andrés Duval, amigo de san Vicente y doctor de la Sorbona.

7. Lc 2,19.

8. Grandchamp (Sarthe) según un manuscrito.

De esta forma, hijas mías, hay que estar reverentemente en la iglesia, principalmente durante la santa Misa.

¿Qué pensáis hacer durante ella? No es solamente el sacerdote el que ofrece el Santo Sacrificio, sino todos los que asisten a él; estoy seguro de que, cuando estéis bien instruidas en este punto, tendréis gran devoción; porque es el centro de la devoción.

Hijas mías, sabed que, cuando dejéis la oración y la santa Misa por el servicio a los pobres, no perderéis nada, ya que servir a los pobres es ir a Dios; y tenéis que ver a Dios en sus personas. Tened, pues, mucho cuidado de todo lo que necesitan y vigilad particularmente en ayudarles en todo lo que podáis hacer por su salvación: que no mueran sin los sacramentos. No estáis solamente para su cuerpo, sino para ayudarles a salvarse. Sobre todo, exhortadles a hacer confesión general, y soportad sus malos humores, animadles a sufrir por el amor de Dios, no os irritéis jamás contra ellos y no les digáis palabras duras; bastante tienen con sufrir su mal. Pensad que sois su ángel de la guarda visible, su padre y su madre, y no les contradigáis más que en lo que les es perjudicial, porque entonces sería una crueldad concederles lo que piden. Llorad con ellos; Dios os ha constituido para que seáis su consuelo.

Ved, hijas mías, la fidelidad que debéis a Dios. El ejercicio de vuestra vocación pide el recuerdo frecuente de la presencia de Dios; y para hacerlo más fácil, utilizad las señales que os dé el sonido del reloj, y haced entonces algún acto de adoración. Hacer este acto es decir en vuestro corazón: «Dios mío, yo te adoro», o bien: «Tú eres mi Dios», «Dios mío, yo te amo con todo mi corazón», «Me gustaría, Dios mío, que todo el mundo te conociese y honrase para honrar los desprecios que sufristeis en la tierra». Al comienzo de vuestros actos, podéis cerrar los ojos para recogeros.

Haced el examen antes de comer durante el espacio de uno o dos *Misereres*, y esto sobre las resoluciones que hayáis tomado en la oración. Que estas resoluciones sean, en cuanto sea posible, sobre la práctica de una virtud particular, y que, de ordinario tiendan a combatir la imperfección a la que estáis más

inclinadas; pues, fijaos, hijas mías, el más justo cae siete veces al día ⁹; unas se ven sujetas a la vanidad, otras a la inmodestia. En eso es en lo que tenéis que trabajar: en vencer vuestras malas costumbres. Hay que ser muy modestas y recatadas y dominar mucho la vista. Una mirada perdió a David, que era un hombre de bien. Es casi imposible que una persona inmodesta por fuera sea modesta por dentro. Y si me preguntáis cuánto tenéis que permanecer en la misma resolución, os contestaré: mientras os sintáis inclinadas al vicio que queráis combatir. Guardaos mucho de las palabras ligeras y demasiado bromistas. El mejor medio de ser recatadas es pensar muchas veces que Dios os ve.

El tiempo que os quede después del servicio a los enfermos tenéis que emplearlo bien; no estéis nunca sin hacer nada; ejercitaos en aprender a leer, no para vuestra utilidad particular, sino para poder ser enviadas a los lugares en donde podáis enseñar. ¿Sabéis lo que la divina Providencia quiere hacer de vosotras? Manteneos siempre en disposición de ir a donde la santa obediencia os envíe.

Guardaréis el silencio después del examen de la noche hasta el día siguiente por la mañana después de la oración, para que este recogimiento, que ha de ser visible por fuera, favorezca el trato de vuestros corazones con Dios; guardadlo sobre todo después de la oración que hagáis a Dios antes de acostaros, y después de haber recibido su santa bendición.

Acostaos con modestia y dormíos con un buen pensamiento. Esto será para vosotras un medio fácil para acordaros de Dios al despertar; y por la mañana tendréis el espíritu mejor dispuesto para hacer vuestra oración.

Comulgaréis los domingos y los días de fiesta y algún que otro día de devoción, pero siempre con el permiso de vuestros confesores ¹⁰.

9. Prov 24,16.

10. Conviene hacer notar que san Vicente sigue, en este punto, la opinión de los autores espirituales de la época, y en particular la de

Como la obediencia perfecciona todas nuestras obras, es necesario que, entre vosotras, haya siempre una que tenga el lugar de la superiora. Unas veces será una, y otras otra. Así lo hacemos también nosotros en las misiones; ¿no lo creéis necesario? ¡Que Dios reciba con agrado la sumisión que le habéis hecho para honrar la sumisión de su Hijo a san José y a la santísima Virgen! Tened cuidado, hijas mías, en mirar siempre a la que ocupe el lugar de superiora, como a la santísima Virgen; ved incluso a Dios en ella, y os aprovecharéis más en un mes que lo que os aprovecharíais en un año entero sin eso. Al obedecer, aprenderéis la santa humildad; y al mandar por obediencia, enseñaréis a las otras con utilidad. Os quiero decir, para excitaros a la práctica de la santa obediencia que, cuando Dios me puso al lado de la esposa del señor General ¹¹, me propuse obedecerla como a la santísima Virgen; ¡y sabe Dios cuánto bien me ha hecho esto!

Honrad a las damas de la Caridad tened siempre con ellas mucho respeto, honrad también a los enfermos, y miradlos como a vuestros dueños.

Así pues, sor María ¹², la de San Salvador ¹³, usted será durante todo el mes superiora de su hermana; Micaela, de Bárbara ¹⁴, en San Nicolás; Margarita, de sus hermanas en San Pablo; y para usted hermana la de San Benito, su buen ángel será su guía; y en el hospital, la señorita Le Gras. Sed muy cordiales unas con otras, y que las de otras parroquias vengan aquí de vez en cuando para que las ayudéis en la práctica de vuestro reglamento.

Me queda por decir los frutos que obtendréis de esta mane-

san Francisco de Sales (*Introducción a la vida devota*, c. xx, parte II), mucho más rígida que la tradición primitiva y la actual.

11. Señora de Gondy, esposa del General de las Galeras.

12. María Joly.

13. Al principio san Vicente designaba con el nombre de pila seguido de la parroquia en la que servían a los pobres. Más tarde jamás omite el tratamiento de sor, como puede observarse en las Conferencias sucesivas.

14 Bárbara Angiboust.

ra de vivir. El primero es que tenéis que creer que, si hay alguna criatura que puede esperar el cielo, son las que sean fieles a esto. ¿Por qué? Dios lo ha prometido. Estad seguras de que, al observarlo, cumpliréis la santísima voluntad de Dios. San Clemente ¹⁵ tenía este sentimiento; decía que el que vive en una comunidad, observando su regla no tiene nada que temer.

En segundo lugar, es el comienzo de un grandísimo bien, que quizás dure perpetuamente. Sí, hijas mías, si entráis en la práctica de vuestro reglamento con el plan de cumplir la santísima voluntad de Dios, hay grandes esperanzas de que vuestra pequeña comunidad dure y aumente. Pero también tenéis que temer que, si lo descuidáis y no lo cumplís, no tendrá más remedio que desaparecer. ¡Oh! ¡Tened cuidado! ¡Qué desorden! Se trataría nada menos que de dejar un bien que Dios ha decidido quizás desde toda la eternidad, y para el que os ha escogido. ¡Qué felicidad si lo cumplís según su deseo! Vuestra comunidad no durará solamente algún tiempo, sino que después de vuestra vida os servirá de motivo para aumentar vuestra gloria en el cielo.

En tercer lugar, de vuestra fidelidad depende quizás la vida de diez mil personas. ¡Cuántos maridos devueltos a sus mujeres, de padres y madres a sus hijos! Quizás seréis vosotras la causa de que se salven muchos, que no se salvarían de otra manera

Pero ¿cómo es que os ha escogido Dios para tan grande bien? Esa es la voluntad de Dios, escoge personas de poco valor. Escogió a los apóstoles para derribar la idolatría y convertir a todo el mundo. Sabed, hijas mías, que Dios empezó la Iglesia por unos pobres y decid: «Yo tampoco soy nada; por eso Dios me ha escogido para hacerle un gran servicio. Dios lo ha querido. Jamás me olvidaré de mi bajeza y adoraré siempre su gran misericordia sobre mí».

15. Luisa de Marillac interpretó mal el pensamiento de san Vicente quien habla probablemente del papa Clemente VIII que no ha sido canonizado (cfr. *Conferencia* 30. p. 295).

En cuarto lugar, ved qué desgracia sería si, habiéndoos escogido Dios para esta santa obra, llegáseis a fallar por vuestra culpa. A la hora de la muerte, Dios os lo reprocharía y os diría: «Vete, desgraciada; por no haber seguido tu reglamento y por no haber socorrido a los pobres enfermos, eres la causa de que gran cantidad de personas hayan muerto antes de tiempo y de que vuestra pequeña comunidad no perdure».

Pues bien, puesto que se trata de un bien y es razonable que continúe, he aquí algunos medios.

El primero es pedirle a Dios la gracia de vivir en la observancia del pequeño reglamento que se os ha propuesto.

El segundo es que hay que esforzarse y proponerse cumplirlo ahora, y decir en vuestros corazones: «Sí, Dios mío, yo me propongo entrar en la práctica del bien que Tú nos has enseñado; ya sé que soy débil, pero, con tu gracia, lo puedo todo, y tengo confianza en que me ayudarás; por el amor que te inclina a enseñarnos tu santa voluntad, yo te suplico que nos des la fuerza y el coraje de cumplirla».

El tercer medio para observar vuestro reglamento es vivir en una gran cordialidad y caridad las unas con las otras. Las personas que han sido escogidas para un mismo ejercicio tienen que estar también unidas en todas las cosas. Estas hermanas han sido escogidas para el cumplimiento de un fin; pero la obra no durará si vosotras no os amáis mutuamente, y este vínculo impedirá que se deshaga. Nuestro Señor dijo a sus apóstoles: «Vosotros, mis apóstoles, si queréis permanecer en el plan que yo he tenido desde toda la eternidad, tened gran caridad entre vosotros»¹⁶. Hijas mías, vosotras sois débiles, es cierto; pero soportad mutuamente vuestras imperfecciones las unas de las otras. Si no lo hacéis, la obra se derribará, y otras pasarán a ocupar vuestro sitio. Y como es fácil que surjan antipatías, será bueno que cambiéis, con el permiso de los superiores y el beneplácito de las damas superiores. San Pedro y san Pablo y san

16. Jn 15,12.

Bernabé tuvieron también muchas diferencias ¹⁷. Por eso no hay que extrañarse de que las tengan algunas pobres hijas débiles. Hay que estar dispuestas a ir a donde quiera que se os ordene, e incluso a pedirlo y decir: «Yo no soy ni de aquí ni de allí, sino de todas partes a donde Dios quiere que vaya». No hagáis como los hijos de Zebedeo que, bajo mano, pidieron a Dios unos sitios que, por su bien, no les concedió ¹⁸. Vosotras habéis sido escogidas para estar de esta forma bajo la disposición de su Divina Providencia; y si no queréis someteros a ella por entero, perderéis mucho.

Otro medio es un despego total del padre, de la madre, de los parientes y de los amigos, de forma que solamente seáis para Dios. Y para obtener ese gran bien, hay que despojarse de todo y no tener nada propio. Los apóstoles tenían este despego. Por un escudo alcanzaréis ciento; tantas como son las damas, serán también vuestras madres; de forma que, hijas mías, la Providencia jamás os faltará. ¿No tendréis ánimos para entregaros a Dios, que piensa tanto en vosotras? No pretendáis reservar nada para vuestra subsistencia; fiaos siempre de la Providencia. Los ricos pueden caer en necesidad por ciertas circunstancias que con frecuencia suceden, pero no caerán nunca jamás en necesidad los que quieren depender enteramente de Dios. ¿No es bueno vivir de esta forma, hijas mías? ¿Que hay que temer? Dios ha prometido que las personas que tengan cuidado de los pobres no carecerán nunca de nada. Hijas mías, ¿no preferís las promesas de Dios a los engaños del mundo? Dios se ha obligado a proveer a vuestras necesidades.

El sexto medio es que todos los años hagáis los ejercicios para renovar vuestros santos propósitos, y esto cada una en el tiempo y lugar que se juzgue oportunos y donde la obediencia os envíe. Quizás sea conveniente que sea en este lugar.

Otro medio para mantener a la Compañía en una exacta observancia del reglamento, es que cada una de vosotras deis cuen-

17. Hech 15,37-40.

18. Mt 20,21.

ta todos los meses a la encargada de todas vosotras, y que en este lugar se tenga un pequeño retiro sobre el bien que hacéis para animaros. Esto, con la gracia de Dios, lo haré yo mientras pueda, o alguno de los nuestros.

Hijas mías, como tema de vuestra oración, ejercitaos toda esta semana en considerar las gracias que habéis recibido de Dios, incluso desde vuestra infancia, los peligros de los que habéis oído decir a vuestros padres que os ha librado la Providencia de Dios; y para eso, repartid vuestra vida en varios períodos, desde el bautismo y los demás sacramentos y especialmente desde la vocación, y decid: «Cuando yo ni siquiera existía, Dios pensaba en llevarme a una comunidad que sería para mí un medio de salvación». ¡Y cuántas gracias os quiere conceder en el ejercicio de vuestra misión! Conozco a una persona que se ha visto muy tocada por el amor de Dios al conocer una gracia que recibió en su nacimiento, sin la que quizás no hubiera podido nunca ser bautizada. No podéis imaginaros cuánto le ha servido esto. Decid, hijas mías: «Desde toda la eternidad Dios ha pensado en hacerme este bien, e incluso cuando yo ni siquiera tenía sentimientos de gratitud y de acción de gracias». Y pensad en vuestros corazones cuál es la resolución que tenéis que tomar, y proponed observar toda la vida vuestro reglamento de servir a los enfermos. Continúa durante ocho días este ejercicio, y después tomaréis para el resto del mes las meditaciones de la Introducción ¹⁹; y no lo dejéis, por favor.

Pero, hijas mías, todas nuestras resoluciones nada sirven sin la gracia. Por eso es necesario que le pidamos a Dios que nos fortifique, y que trabajemos animosamente. Para eso entregaos a Dios, a la santísima Virgen, e invocad a san Luis ²⁰ y a los demás santos, que han sido tan felices por servir a Dios en vuestros quehaceres.

19. *Introducción a la vida devota* de san Francisco de Sales a quien san Vicente profesaba gran veneración.

20. San Luis, rey de Francia quien visitaba con frecuencia a los enfermos del Hospital General de París (cfr. las *Conferencias* 15 y 101).

Animo, hijas mías; ved qué misericordia ha tenido Dios con vosotras al escogeros las primeras para esta fundación. Cuando Salomón quiso construir el templo de Dios, puso como fundamento algunas piedras preciosas para testimoniar que lo que quería hacer era muy excelente. ¡Quiera la bondad de Dios concederos la gracia de que vosotras, que sois el fundamento de esta compañía, seáis eminentes en la virtud! Pues, si sois poco virtuosas, haríais daño a todas las que os sigan, si quiere Dios bendecir este comienzo. Lo mismo que los árboles no producen frutos sino según su especie, ¿creéis que las que vengan después de vosotras querrán tender a mayores virtudes que las que vosotras habéis practicado?

Entonces, todas las hijas declararon que querían someterse a los consejos que acababan de oír y practicar el reglamento que se les había dado.

Todo el mundo se puso de rodillas, y el Padre Vicente añadió: Que la bondad de Dios quiera imprimir de tal forma en vuestros corazones lo que yo, miserable pecador, acabo de deciros de parte suya, que podáis siempre acordaros de ello para practicarlo y ser de esta forma verdaderamente Hijas de la Caridad. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

2(2,IX,14-18)

CONFERENCIA DEL 5 DE JULIO DE 1640.

Sobre la vocación de Hija de la Caridad

El tema de la conferencia es sobre lo bueno que es ser Hijas de la Caridad: lo que significa y lo que es necesario para ser verdaderas y buenas Hijas de la Caridad.

La felicidad del cristiano está en permanecer siempre en el

Conferencia 2. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

estado que los hace más agradable a Dios, de forma que no haya nada en ellos que le pueda disgustar.

Dos clases de personas en el mundo pueden permanecer en este estado: las primeras están en su ocupación y solamente se preocupan en el cuidado de su familia y en la observancia de los mandamientos; las segundas son aquellas a las que Dios llama al estado de perfección, como los religiosos de todas las Ordenes y también aquellos que El pone en comunidades como las Hijas de la Caridad, las cuales, aunque por ahora no tengan votos ¹, no dejan de estar en este estado de perfección, si son verdaderas Hijas de la Caridad.

Pues bien, para ser verdaderas Hijas de la Caridad, es preciso haberlo dejado todo: padre, madre, bienes, pretensión de tener un ajuar; es lo que el Hijo de Dios enseña en el Evangelio ². Además hay que dejarse a sí mismo, pues, si se deja todo y se reserva uno su propia voluntad, si no se deja a sí mismo, no se ha hecho nada. Ser Hijas de la Caridad, es ser hijas de Dios, hijas que pertenecen por entero a Dios, pues el que está en la caridad está en Dios, y Dios en él ³. Hay que cumplir enteramente la voluntad de Dios observando sus mandamientos y los de la santa Iglesia, obedeciendo a los superiores, observando el reglamento y guardando la uniformidad. Sí, hijas mías, hay que trabajar seriamente en todo esto.

Hasta ahora mis quehaceres me han impedido ayudaros; pero muchas veces los remordimientos de conciencia que siento, me hacen tomar la resolución de hablaros cada quince días sobre este tema. Por tanto, hay que revisar vuestro reglamento y obrar de manera que, aunque estéis en diversos lugares vuestros ejercicios, vuestra oración y vuestras peticiones antes de la comida se tengan a la misma hora.

Pasemos a los medios para ser buenas Hijas de la Caridad. Hay que pedirselo a Dios con frecuencia en todas vuestras ora

1. Luisa de Marillac y otras cuatro hermanas hicieron los votos por primera vez el 25 de marzo de 1642.

2. Lc 14,33.

3. 1 Jn 4,16.

ciones, ofrecerle todas vuestras acciones por este fin, ya que por vosotras mismas no podéis obtener este gran bien. Pobres aldeanas, porqueras como yo, no tenemos que presumir de nosotros mismos.

El segundo medio es querer ser verdaderas Hijas de la Caridad. ¿No lo queréis así todas? ¿No os decidís ahora a ello?

Después de haber obtenido el consentimiento de todas, el Padre Vicente añadió:

Haced ahora este acto; decid todas en vuestros corazones: «Sí, Dios mío, deseo con todo mi corazón y quiero ser verdadera Hija de la Caridad, con la ayuda de tu santa gracia». Así es como se hacen los actos interiores, como también los de fe, esperanza y caridad.

Para ser verdaderas Hijas de la Caridad, hay que hacer lo que hizo el Hijo de Dios en la tierra. ¿Y qué es lo que hizo principalmente? Después de haber sometido su voluntad obedeciendo a la santísima Virgen y a san José, trabajó continuamente por el prójimo, visitando y curando a los enfermos, instruyendo a los ignorantes para su salvación. ¡Qué felices sois, hijas mías, por haber sido llamadas a una condición tan agradable a Dios! Pero habéis de tener también mucho cuidado en no abusar y en trabajar por perfeccionaros en esta santa condición. Tenéis la dicha de ser las primeras llamadas a este santo ejercicio, vosotras, pobres aldeanas e hijas de artesanos. Desde el tiempo de las mujeres que servían al Hijo de Dios y a los apóstoles, no se ha hecho en la Iglesia de Dios ninguna fundación para este fin. Humillaos mucho y velad por haceros todas perfectas y santas, puesto que no podéis esperar que las que vengan después de vosotras, para seguir vuestro ejemplo, sean mejores que vosotras, ya que de ordinario cada cosa produce algo semejante a ella misma. Por tanto, no rebajéis vuestra condición, o, más bien, no la deshonréis, no seáis causa con vuestro ejemplo de que unas mujeres imperfectas se vean encargadas de un oficio tan digno.

Como, en el decurso del tiempo, las hermanas habían tomado algunas costumbres que perjudicaban a su perfección, se

plantearon dos cuestiones; en primer lugar, si ofendían a Dios quejándose de sus compañeras unas con otras. El Padre Vicente respondió que nada rompía tanto la unión y la caridad como este defecto, y que antiguamente, en una comunidad, cuando los religiosos se visitaban su primera palabra era: «Hermano dígame alguna buena palabra que me edifique». Igualmente, añadió nuestro veneradísimo Padre, cuando os visitéis, cuidado de no decir nada que os escandalice. Si sois Hijas de la Caridad, es preciso ante todo que la tengáis entre vosotras; ¿no lo queréis así?

Y preguntando a todas, les hizo prometer que se excusarían entre sí.

También preguntaron si, cuando estaban descontentas, bien sea de su superiora, bien del trabajo que tenían con los enfermos o en la casa, o bien cuando tenían alguna tentación y tristeza y cuando todas estas penas les hacían pensar en salirse de la Caridad, hacían bien las hijas en consolarse entre sí, y si, cuando el superior o la superiora eran avisados de sus faltas, podían dirigir sus sospechas sobre ésta o aquélla, enfadarse y murmurar de ella.

Sobre el primer punto, el Padre Vicente, nuestro veneradísimo superior nos hizo ver que estos desahogos son contagiosos y que las hermanas que se consuelan de esta forma comunican su mal a las demás y quizás las hieren de muerte. Si éstas murmuran y salen de la Caridad, las que les han desedificado con sus malas conversaciones tendrán que responder ante Dios de toda la gloria que ellas le hubieran dado, de todo el servicio que ellas hubieran podido hacer y de todo el bien que hubieran hecho en la Compañía. De esta forma hemos visto cuán grande era ese mal y con qué cuidado teníamos que evitarlo.

A propósito de los avisos de las faltas, el Padre Vicente dijo:

Hijas mías, no solamente no tenéis que enfadaros cuando sabéis que algunas de vuestras acciones han sido manifestadas a vuestros superiores, sino que tenéis que desearlo. ¿Por qué creéis que todas las órdenes religiosas y todas las comunidades

lo hacen así? Sin ese bien no podrían subsistir, ¿Cómo podría un superior guiar a los suyos, si están a cien leguas, poco más o menos, sin esta ayuda? ¿Cómo podríamos nosotros, en nuestras casas, y en las parroquias, guiaros sin estas advertencias? ¡Oh! Creed que es totalmente necesario y una de las mejores prácticas de las comunidades. Un superior o una superiora encargada de muchos asuntos no podría saber lo que sucede en la casa sin ese medio. Pues bien, hijas mías ¿no creéis que es esto necesario?

Así lo confesaron todas y prometieron no tomarlo nunca de mal, ni quejarse de ello, como también no desahogarse de esas penas.

¡Animo, hijas mías! ¡bendito sea Dios por las buenas resoluciones que acabáis de tomar para su servicio! Ellas os perfeccionarán en la vocación a la que se os ha llamado. Suplico a su bondad que os dé las gracias necesarias para guardarlas, y para uniros cada vez con mayor perfección en su santo amor. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

3(3,IX,18-26)

CONFERENCIA DEL 19 DE JULIO DE 1640

Sobre la vocación de Hija de la Caridad

El jueves, 19 de julio de 1640, nos dio el Padre Vicente la segunda conferencia sobre la vocación de las Hijas de la Caridad, y empezó de esta manera.

¡Animo, hijas mías!; de nuevo estamos reunidos para hablar de la excelencia de vuestra vocación y para conocerla mejor, a fin de reparar las faltas en las que me han hecho caer mis continuas ocupaciones, retrasando tanto tiempo mis deseos de enseñaros lo que tenéis que saber sobre este tema. Quizás, mis

Conferencia 3. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

queridas hijas, la justicia de Dios me tendrá que castigar de ello en el purgatorio. Sin embargo, he tenido un consuelo en todo esto: desde hace diez o doce años que ha empezado vuestra Compañía, vosotras habéis honrado la conducta del Hijo de Dios en la fundación de su Iglesia, el cual estuvo treinta años sin aparecer, para trabajar solamente tres, y no dejó nada por escrito a sus apóstoles. En todo lo que habéis hecho, hijas mías, estos años pasados, os habéis guiado por la costumbre; pero, con la ayuda de Dios, en el porvenir tendréis vuestras pequeñas reglas. Así pues, la finalidad de esta conferencia será la de daros a conocer el plan de Dios en la fundación de las Hijas de la Caridad, ya que todos los obreros del mundo tienen algún plan en sus obras. El mismo Dios no hizo nunca nada sin este plan. Su plan, en la institución de los Capuchinos, fue formar hombres que enseñasen la penitencia con su ejemplo; suscitó a los Cartujos para honrar sus soledad y cantar sus alabanzas; a los Jesuitas, para llevar una vida apostólica; y así a los demás. Por tanto, tenemos que ver el plan de Dios en vuestra fundación. Vosotras, pobres campesinas, ¿no os sentís consoladas y admiradas al mismo tiempo de una gracia tan grande de Dios, que todavía no conocéis pero que conoceréis algún día? Honrad pues el plan que Dios ha tenido desde toda la eternidad en este propósito; y aunque os parezca hasta el momento muy pequeño y casi nada, sabed que es muy grande, ya que se trata de amar, servir y honrar la vida de su Hijo en la tierra.

Pero quizás, hijas mías, no sepáis cómo se puede amar a Dios soberanamente. Os lo voy a decir. Se trata de amarlo más que a cualquier cosa, más que al padre, a la madre, a los parientes, a los amigos, o a una criatura cualquiera; amarlo más que así mismo, porque, si se presentase alguna cosa contra su gloria y su voluntad, o si fuese posible morir por él, valdría más morir que hacer algo contra su gloria y su puro amor.

Ved, hijas mías, cuán grande es el plan de Dios sobre vosotras, y la gracia que os concede al permitir os servir ya a una tan grande cantidad de pobres y en tan diversos lugares. Esto

exige diversas clases de reglamentos. Las hermanas de Angers tienen el suyo; se necesitará uno para las que sirvan a los pobrecitos niños, otra para los que sirvan a los pobres del hospital, otro para las que sirvan a los pobres de las parroquias, otro para las de los pobres galeotes y también otro para las que se queden en la Casa ¹, a la que tenéis que mirar y amar como la de vuestra familia. Y todas estas reglas tienen que trazarse sobre la regla general, de la que os voy a hablar.

La Providencia ha permitido que la primera palabra de vuestras reglas sea de esta manera: «La Compañía de las Hijas de la Caridad se ha fundado para amar a Dios, servirle y honrar a Nuestro Señor, su dueño, y a la santísima Virgen». ¿Y cómo le honraréis vosotras? Vuestra regla lo indica haciéndoos conocer el plan de Dios en vuestra fundación: «Para servir a los pobres enfermos corporalmente, administrándoles todo lo que les es necesario; y espiritualmente, procurando que vivan y mueran en buen estado». Fijaos, hijas mías: haced todo el bien que queráis; si no lo hacéis bien, no os aprovechará de nada. San Pablo nos lo ha enseñado. Dad vuestros bienes a los pobres; si no tenéis caridad, no hacéis nada ²; no, aunque deis vuestras vidas. ¡Oh, mis queridas hermanas! Hay que imitar al Hijo de Dios que no hacía nada sino por el amor que tenía a Dios su Padre. De esta forma, vuestro propósito, al venir a la Caridad ³, tiene que ser puramente por el amor y el gusto de Dios; mientras estéis en ella, todas vuestras acciones tienen que tender a este mismo amor.

El medio principal y más seguro para adquirir este amor, es pedirse-lo a Dios, con gran deseo de obtenerlo. ¿De qué os serviría llevar una sopa, un remedio, a los pobres, si el motivo de esta acción no fuera el amor? Ese era el motivo de todas las acciones de la santísima Virgen y de las buenas mujeres que servían a los pobres, bajo la dirección de nuestra Señora y de los apóstoles, santa Magdalena, santa Marta, santa María Salo-

1. La Casa madre de las Hijas de la caridad.

2. 1 Cor 13,3.

3. Compañía de las Hijas de la Caridad.

mé Susana y santa Juana de Cusa, mujer del procurador de Herodes, a las que os sentís tan felices de suceder.

Honráis también al Hijo de Dios procurando que todo los enfermos estén siempre en buen estado, esto es, en gracia de Dios. ¡Qué honor y consuelo podéis tener, hijas mías, al ver cómo Dios os ha concedido un medio tan fácil de servir a los cuerpos, a vosotras que, por vosotras mismas, jamás podríais esperar realizar grandes hechos caritativos, ni poder ayudar en la salvación de las almas! El que lo hagáis por amor de Dios no sería bastante, ya que entre aquéllos a quienes podáis servir, habrá muchos que serán enemigos de Dios por los pecados cometidos desde hace mucho tiempo, y por los que quizás tengan ganas de cometer después de su enfermedad, si de enemigos de Dios no procuráis cambiarlos en amigos de Dios por una verdadera penitencia. Por eso, hijas mías, es preciso que sepáis que el designio de Dios en vuestra fundación ha sido, desde toda la eternidad, que lo honréis contribuyendo con todas vuestras fuerzas al servicio de las almas, para hacerlas amigas de Dios, esto es, disponiéndolas con gran cuidado a recibir los sacramentos, y esto incluso antes de que os ocupéis del cuerpo. Hay que hablarles con tanta caridad y afabilidad que vean que sólo el interés de la gloria de Dios y de su salvación os lleva a hacerles esta proposición. Hacedles pensar en la importancia de recibir los sacramentos en esas disposiciones, de forma que se aprovechen sus almas; y cuando estén reconciliados con Dios, decidles que no habrá ningún momento en su vida, ningún sufrimiento, que Dios no recompense, aunque no se mueran hasta dentro de cincuenta años.

Durante sus enfermedades, tened mucho cuidado de prepararlos para la muerte y de que tomen buenas resoluciones para bien vivir, si Dios permite que se curen. De esta forma, hijas mías, de enemigos que eran de Dios, se convertirán en amigos de Dios. ¡Qué consuelo en el cielo, si tenéis la felicidad de ver allí a aquellas almas que, por su presencia, aumentarán la gloria que Dios os dé!

No es eso todo. Dios tiene además otro plan, mis queridas hermanas: el de vuestra propia perfección; porque, hijas mías, ¿de qué os serviría ganar todas las almas para Dios si perdéis la vuestra? Por otra parte, ¿cómo trabajaríais en vuestra propia perfección, teniendo tantos quehaceres? Vuestra regla os lo enseñará, ya que el segundo artículo os dice que os améis las unas a las otras como hermanas que ha unido Jesucristo con el vínculo de su amor. ¿No os parece esto muy apremiante? Hijas mías, sería mucho decir: «Amaos como hermanas»; pero todavía puede apremiar mucho más vuestro corazón el deciros: «Como hermanas que Jesucristo ha unido con el vínculo de su amor». Mis queridas hermanas, ved cuán obligadas estáis a un gran amor unas con otras, si no queréis correr el peligro de despreciar la gran gracia que Dios os ha hecho al daros la vocación de sus más queridos amigos.

Este santo amor no puede tolerar, mis queridas hermanas, que tengáis en el corazón ningún rencor mutuo. Por eso, si lo tuvieseis alguna vez, o estuvieseis desedificadas de las otras, pedíos en seguida perdón mutuamente, con un corazón afectuoso y deseoso de agradar a Dios, de amarlo, de amaros mutuamente por amor a él y de soportaros en vuestras pequeñas dificultades e imperfecciones naturales.

Otro medio para perfeccionaros es la mortificación de los sentidos. ¡Oh! ¡qué gran secreto nos enseña san Pablo en algunas de sus epístolas, cuando hablándole al pueblo que había instruido, le dice: «Queridísimos hermanos, os tengo que hablar de cosas muy bajas y muy vulgares, pero es necesario que mortifiquéis vuestros miembros, a fin de que, como sirvieron para iniquidad, sirvan ahora para la justicia»⁴. Lo mismo os digo a vosotras, mis queridas hermanas: mortificad vuestros sentidos y en seguida encontraréis en vosotras un cambio y gran facilidad para el bien. Tenemos cinco sentidos exteriores y tres que son interiores. Los exteriores son la vista, el olfato, el oído, el gus-

4. Rom 6,19.

to y el tacto. Son otras tantas ventanas por donde el diablo, el mundo y la carne, pueden entrar en nuestros corazones.

Por eso, empezad por la vista; acostumbraos a tener vuestra vista moderadamente baja, ya que, como estáis al servicio de personas seculares, es menester que no las asuste el exceso de vuestra modestia. Esto podría impedir hacer el bien que puede hacerse con una jovialidad moderada. Abstenéos solamente de esas miradas fijas, mirando a un hombre o a una mujer fijamente entre los dos ojos, y de ciertas miradas remilgadas que son demasiado peligrosas y cuya herida no se siente de momento.

Podéis también mortificar este sentido en la iglesia, por las calles y en otras muchas ocasiones de curiosidad, desviándola de todos esos objetos por amor de Dios.

Nuestro olfato tiene también necesidad de ser mortificado, bien sea aceptando de buen grado los malos olores, cuando se presentan, sin hacer remilgos, especialmente con vuestros pobres enfermos, y también absteniéndolos de los buenos olores, cuando podáis sentirlos; pero esto sin que se den cuenta los demás.

Cuando le preguntaron sobre si había algún mérito en abstenerse de poner perfumes en la ropa o en los vestidos, el Padre Vicente, no pudiendo concebir que jamás hubiese pensado nadie tener tan gran vanidad, demostró una gran extrañeza, y su extrañeza fue toda una respuesta. Sin embargo, añadió que sería una grandísima falta para una hija de la Caridad el tener solamente este pensamiento.

Podemos también mortificar muchas veces nuestro gusto, aunque sólo sea tomando el trozo de pan que menos nos gusta, yendo a la mesa sin demostrar el gran apetito que a veces podemos tener, absteniéndonos de comer fuera de las horas, dejando lo que más agrada a nuestro gusto, o una parte de lo que nos está permitido comer.

El sentido del oído es también una ventana peligrosa por don de lo que se nos dice entra algunas veces tan fuertemente en nuestros corazones, que produce allí mil y mil desórdenes. Tened mucho cuidado con él, hijas mías; con frecuencia la ca-

ridad se ve en gran peligro por culpa de los sentidos. Por eso, hay que mortificarlos tanto como se pueda. No escuchéis de buen grado, sino separaos inmediatamente de las maledicciones, de las malas palabras, y de todo lo que podría herir vuestro corazón e incluso vuestros sentimientos sin necesidad.

El tacto es el quinto de nuestros sentidos. Lo mortificamos absteniéndonos de tocar al prójimo y no permitiendo a los demás que toquen, por deleite sensual, no solamente nuestras manos, sino cualquier parte de nuestro cuerpo.

La práctica de esta mortificación, hijas mías, os ayudará mucho a perfeccionaros y a cumplir el plan de Dios en vuestra fundación. Animaos mucho mutuamente, y de ahí se seguirá otro bien, por el buen ejemplo que les daréis a las demás; porque, mis queridísimas hermanas, instruir con las palabras es mucho, pero el ejemplo tiene un poder muy distinto sobre los corazones. San Francisco lo sabía muy bien, cuando decía a veces a uno de sus hermanos: «Vayamos a predicar», y luego se contentaba con ir a pasear por la ciudad con él; y como, a la vuelta, el hermano le dijese: «No habéis predicado». «Sí, hermano mío, le respondió el santo; porque nuestro porte y nuestra modestia eran una predicación para este pueblo». Sed pues modestas, hijas mías, por favor, y trabajad intensamente en vuestra perfección. No os contentéis con hacer el bien, sino hacedlo de la forma que Dios quiere, esto es, lo más perfectamente que podáis, haciéndoos dignas siervas de los pobres.

¡Qué consolado me sentí, mis queridas hermanas, uno de estos días! Es preciso que os lo diga. Oía yo leer la fórmula de los votos de los religiosos hospitalarios de Italia, que era en estos términos: «Yo hago voto y prometo a Dios guardar toda mi vida la pobreza, la castidad y la obediencia y servir a nuestros señores los pobres». Ved, hijas mías, es muy agradable a nuestro buen Dios honrar de esta forma a sus miembros, los queridos pobres.

El fervor con que el Padre Vicente leyó las palabras de estos votos indujo a algunas hermanas a testimoniar el sentimiento que experimentaban. Al representar la felicidad de estos bue-

nos religiosos que se entregaban así por entero a Dios, le preguntaron si, en nuestra Compañía, no podría haber hermanas admitidas a hacer semejante acto.

Su caridad nos respondió de esta manera:

Sí, desde luego, hermanas mías, pero con esta diferencia: que los votos de esos buenos religiosos son solemnes, y no pueden ser dispensados de ellos ni siquiera por el Papa; pero, de los que vosotras podéis hacer, el obispo podría dispensar. Sin embargo, valdría más no hacerlos que tener la intención de dispensarse de ellos cuando una quisiera.

A esta pregunta: «¿Sería conveniente que las hermanas los hiciesen en particular según su devoción?», su caridad respondió que había que guardarse mucho de ello, porque si alguna tenía este deseo, debería hablar con sus superiores, y después de eso quedarse tranquila, tanto si se lo permitían como si se lo negaban.

El Padre Vicente, invadido de un gran fervor, empezó a elevar su corazón y sus ojos al cielo y pronunció estas palabras:

¡Oh, Dios mío! Nos entregamos totalmente a Ti; concédenos la gracia de vivir y morir en la perfecta observancia de una verdadera pobreza. Yo te la pido para todas nuestras hermanas presentes y lejanas. ¿No lo queréis también así hijas mías? Concédenos también de la misma forma la gracia de vivir y morir castamente Te pido esta misericordia para todas las hermanas de la Caridad y para mí, y la de vivir en una perfecta observancia de la obediencia. Nos entregamos también a Ti, Dios mío, para honrar y servir toda nuestra vida a nuestros señores los pobres, y te pedimos esta gracia por tu santo amor. ¿No lo queréis así también vosotras, mis queridas hermanas?

Todas nuestras hermanas dieron de muy buena gana su consentimiento con testimonios de devoción y se pusieron de rodillas. El Padre Vicente nos dio su bendición de la forma ordinaria, pidiendo a Dios la gracia de cumplir enteramente su voluntad. ¡Bendito sea Dios!

Sobre la fidelidad al levantarse y a la oración

En la reunión del jueves, día 2 de agosto de 1640, el Padre Vicente, observando que algunas hermanas no habían venido sin excusa razonable, empezó por señalarnos cuán importante es perseverar en la vocación a la que Dios nos ha llamado.

Ved, hijas mías, cómo hemos de tener mucho cuidado en no perder ninguna ocasión de perfeccionarnos. Habéis visto que el designio de Dios, al llamaros para ser Hijas de la Caridad, es el de santificaros para honrar la voluntad de Dios y la de su Hijo, que pasó treinta años trabajando en la tierra antes de enseñar y de curar a los pobres enfermos. Por tanto, mis queridas hermanas, es preciso que trabajéis con plena conciencia. No os basta con llevar el nombre de Hijas de la Caridad, esto es, de hijas de Dios; hay que aprovechar además las ocasiones de aprender los medios de perfeccionaros, como son las conferencias, que pretenden precisamente eso. Dios tiene tantos deseos de que realicéis y sigáis la vocación a la que os ha llamado que, según dice un gran santo, si vuestro Padre y vuestra madre, para impedirlo, se pusiesen a través de la puerta que tenéis que franquear, deberíais pasar por encima de ellos. Pero diréis: «Es mi padre, es mi madre». No importa, pasad por encima. Con mucha mayor razón, mis queridas hermanas, tenéis que superar todas las dificultades que se opondrían a las ocasiones de haceros perfectas Hijas de la Caridad. «Pero es mi superiora parroquial». Aunque fuera vuestro confesor, habría que pasar por encima.

Hijas mías, empezaremos esta conferencia hablando de la necesidad de que todas las cosas estén reguladas. Veis cómo el orden de Dios se manifiesta tanto en la naturaleza como en

Conferencia 4. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

la gracia; veis cómo todas las estaciones no dejan de seguirse unas a otras: el día sucede a la noche; los pájaros tienen su lugar propio en invierno y en verano; las plantas dan flores y frutos en el tiempo oportuno. Finalmente, queridas hermanas, si no seguimos nuestras reglas, no haremos nada que valga la pena, porque el desorden es el camino de la perdición. Del infierno, que es su lugar, se dice que no solamente no hay orden, sino que hay un desorden y un horror sempiterno ¹.

Os levantaréis a las cinco ² exactamente. De esta primera acción depende todo el orden de la jornada. Hay que adquirir animosamente esta costumbre, que no es muy difícil, con tal que tengáis salud y que hayáis tomado, por la noche, el descanso necesario, que tiene que ser de siete horas; porque, si os lo impide alguna enfermedad, habría que reparar por la mañana el tiempo que no hemos descansado durante la noche.

Se le preguntó entonces al Padre Vicente si le estaba permitido a una hermana descansar por la mañana cuando un ligero dolor o cualquier otra preocupación la había despertado por la noche, o cuando, por culpa suya, no se fue a acostar a la hora debida, o también cuando, por estar un poco enferma, no suele dormirse habitualmente hasta por la mañana.

Hermanas mías, contestó el Padre Vicente, no es razonable que se levante tarde la que, por culpa suya, no ha tenido descanso por la noche; esto sería un continuo desorden; sería salir del orden en que Dios quiere que estemos; es preciso que tenga cuidado de atenerse a las horas fijadas por la regla. Y además habría que temer que la naturaleza se acostumbra a ese sueño de la mañana; esto llegaría a suceder infaliblemente.

Os diré sencillamente qué es lo que yo hago. Me sucede muchas veces que no duermo por la noche; pero, a no ser que la fiebre me obligue a sudar, me levanto siempre a las cuatro, que es la hora de la comunidad, pues tengo la experiencia de que me acostumbraría fácilmente a levantarme más tarde. Por eso,

1. Job 10,22.

2. Cfr. nota 4 a la *Conferencia* 1 (31 de julio de 1634).

mis queridas hermanas, haceos un poco de violencia, y luego veréis cómo todo nos resulta fácil, ya que nuestros cuerpos son como los asnos: acostumbrados a un camino siempre lo siguen. Y para hacer que esta costumbre os sea más fácil, seguid la regla a la hora de ir a acostaros.

Como se indicase que las hermanas de las parroquias están obligadas a recibir a la gente, unas veces a los pobres, otras veces a los vecinos que impiden los ejercicios y hacen que no se puedan retirar siempre a la hora debida, respondió:

— Fijaos, hijas mías; hay que ser generosas para adquirir la perfección por medio de la práctica exacta de vuestras reglas. Decidles a los que os entretienen en la horas en que tenéis que ir a algún ejercicio: «Es el tiempo de nuestra comida, o el de retirarnos». Si se lo decís tranquilamente, no se enfadará sino por el contrario los edificaréis. Dios quedará glorificado, puesto que le sois fieles, y obtendréis de aquí una gran ventaja para vuestra perfección.

Así pues, después de levantaros a las cinco, adoraréis a Dios de rodillas, os entregaréis a su bondad, le daréis gracias por todos sus favores y le pediréis su santa bendición. Os vestiréis, haréis la cama y a las cinco y media os pondréis en oración. ¡Oh, hijas mías! estimad mucho este santo ejercicio de la oración y sed cuidadosas con él, porque es el vivero de toda la devoción

Es menester que os diga a este propósito que uno de estos días he recibido una gran edificación de un magistrado que hizo su retiro hace un año en nuestra casa. Al hablarme del examen que había hecho sobre su reglamento de vida, me dijo que, por la gracia de Dios, no creía que hubiese faltado dos veces en hacer su oración. «Pero, ¿sabéis, Padre, cómo hago mi oración? Examino de antemano lo que tengo que hacer durante la jornada, y de allí derivan todas mis resoluciones. Tendré que ir a palacio; tengo tal causa en que pleitear; me encontraré quizás con alguna persona de condición que, con sus recomendaciones me querrá corromper; con la gracia de Dios me guardaré mucho de ello. Quizás se me haga algún regalo que me agrade

mucho; no lo tomaré. Si tengo que desechar a alguien, le hablaré con mansedumbre y cordialidad».

Pues bien. ¿Qué os parece, hijas mías, esta manera de oración? ¿no os sentís edificadas por la perseverancia de este buen magistrado, que podría excusarse con la cantidad de sus quehaceres, pero que no lo hace, por el deseo que tiene de ser fiel a la práctica de sus resoluciones? Podéis hacer vuestra oración de esta manera, que es la mejor; porque no hay que hacerla para tener pensamientos elevados; para tener éxtasis y raptos, que son más dañosos que útiles, sino solamente para hacerlos perfectas y verdaderamente buenas hijas de la Caridad. Vuestras resoluciones, por tanto, tienen que ser de esta manera: «Yo iré a servir a los pobres; procuraré hacerlo de una forma sencillamente alegre para consolarles y edificarles; les hablaré como a mis señores. Hay algunos que me hablan raras veces; lo sufriré. Tengo la costumbre de contristar a mi hermana en tal o tal ocasión; me abstendré de ello. Ella me está fastidiando a veces en esta cosa; la soportaré. Esa dama me huye; esa otra me injuria; procuraré no salir de mi habitación y demostraré el respeto y el honor al que estoy obligada. Cuando estoy con esa persona, casi siempre recibo algún daño para mi perfección; en cuanto sea posible evitaré la ocasión». Así es, según creo, hijas mías, cómo tenéis que hacer vuestras oraciones. ¿No os parece este método útil y fácil?

Tal fue el parecer de todas las hermanas y nuestro muy honorable Padre añadió:

— Pues bien, mis queridas hermanas, practicadlo de esta forma, por favor.

Como algunas le indicasen la dificultad que tenían en hacer oración les respondió:

— Una señora³ que he conocido se sirvió mucho tiempo de la mirada de la santísima Virgen para todas sus oraciones. Miraba primeramente a sus ojos, y luego decía en su espíritu: «¡Qué ojos tan hermosos y tan puros!; jamás los has utilizado más

3. Probablemente santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

que para dar gloria a mi Dios. ¡Cuánta pureza resplandece en tus santos ojos! ¡Qué diferencia con los míos, por los que he ofendido tanto a Dios! No quiero concederles tanta libertad, sino que, por el contrario, los acostumbraré a la modestia».

Otras veces miraba su boca y decía: «¡Oh santa boca! ¡Cuántas veces te has abierto para alabar a Dios, para instruir al prójimo, para edificarlo! Jamás te has abierto para cometer un pecado. ¡Qué diferencia con la mía que ha hecho siempre lo contrario! Quiero, mediante la gracia de Dios y de tu caridad, Virgen Santísima, vigilar más de cerca mis palabras y particularmente abstenerme de las que son de mala edificación y que contrastan al prójimo».

De esta forma, aquella dama miraba particularmente a la santísima Virgen. Y esto le sirvió varios años como tema de oración.

Se indicó al Padre Vicente que a veces las dos hermanas de la parroquia no sabían leer, y se le preguntó si era conveniente que se detuviesen en los principales misterios de la vida y pasión de nuestro Señor, de los que habían oído hablar más frecuentemente. El respondió:

— Eso está bien, hijas mías; pero sería de desear que meditaseis los días de fiesta en los evangelios que entonces se leen. Y estos evangelios podréis aprenderlos por medio de un constante uso en la casa ⁴, porque es necesario que las hermanas amen el lugar en donde tienen que ser formadas, para hacerse capaces de trabajar en la santificación de los demás y en el servicio de los pobres. He conocido a algunas personas que no sabían leer y escribir, y que, sin embargo, hacían perfectamente bien su oración. Mis queridas hermanas, os basta con amar a Dios para ser muy sabias.

Pero, me dirán algunas, los libros y las ciencias ayudan mucho a ello. Os engañáis, si así lo creéis. Un día, un hermano de la Orden de san Francisco ⁵ decía a san Buenaventura: «¡Qué

4. Cfr. nota 1 de la *Conferencia* 3 (19 de julio de 1640).

5. Fray Gil a san Buenaventura, ministro general de la Orden franciscana.

feliz es usted, Padre mío, por ser tan sabio y por hacer tan bien la oración! ¡Cuánto le ayuda a ello!». «Hermano mío, para hacer bien la oración, la ciencia no es necesaria, sino que basta con amar mucho a Dios. Por eso, la mujer más humilde y el hermano más ignorante del mundo, si aman a Dios, hacen la oración mejor que yo». Esto alegró a aquel buen hermano hasta tal punto que, saltando de gozo, dijo: «Amemos, pues, mucho a Dios, nosotros los ignorantes, y haremos bien la oración».

Otro, al preguntar a santo Tomás de qué libros sacaba aquellos conceptos tan hermosos y tan altos que tenía de Dios, recibió esta respuesta: «Señor, si le parece, le llevaré a mi biblioteca». Y santo Tomás lo llevó delante del crucifijo y le dijo que no estudiaba otra cosa que aquél.

Mis queridas hermanas, aquellas de vosotras que no sepan leer, harán muy bien, mientras no se aprendan los evangelios de las fiestas del año, en detenerse en la pasión de Nuestro Señor. Los religiosos de san Francisco no toman jamás otra materia. Se me ocurre que les sería provechoso utilizar estampas. Ved cuán útil resultó esto a la señora de que os he hablado. Tened estampas un poco grandes de los principales misterios de la vida y pasión de Nuestro Señor; y por la tarde, después de las oraciones del examen, en vez de la lectura, que la superiora enseñe una de esas estampas a su hermana y le diga: «Hermana, he aquí mañana el tema de su oración». Luego, que la coloque en un sitio donde puedan reunirse al día siguiente por la mañana. Si os faltan los pensamientos, mirad esa imagen, utilizad el método de aquella buena señora, y no os olvidéis tampoco del que usaba el magistrado en vuestras resoluciones, que han de ser el punto principal de nuestra oración.

Algunas hermanas se quejaron entonces de que se olvidaban de las resoluciones o de algún otro tema, y el Padre Vicente les respondió:

— Hijas mías, he conocido a otra señora del mundo muy virtuosa que llevaba en su manga una estampita. La sacaba, sin que nadie se diese cuenta, la miraba, tenía algunas aspiraciones hacia Dios y se la volvía a meter con toda tranquilidad. Esta

práctica la tenía muy unida a la presencia de Dios. Habituaos, por favor, también vosotras, a esta santa presencia, que os es muy necesaria. En ella encontraréis ayuda para vuestra protección. Hay diversas maneras de practicarla: podéis ver a Dios en el cielo, considerarlo en todas partes, o bien en particular, en cada criatura visible o incluso en vuestro corazón.

Algunas hermanas observaron que les resultaba difícil hacer la oración antes de salir para llevar los remedios a los enfermos, sobre todo en verano, a causa del calor.

El Padre Vicente les dijo:

— Mis queridas hermanas, haced siempre lo que podáis, a fin de que, siendo la oración vuestra primera ocupación, vuestro espíritu se llene de Dios para todo el resto de la jornada. Es verdad que hay que preferir, en caso de necesidad, el servicio a los enfermos; pero, si tenéis cuidado, encontraréis tiempo para todo. A los enfermos no se les purga durante los calores excesivos. EL diablo hace todo lo que puede para impedirnos hacer oración, porque sabe muy bien que, si es él el primero en llenar nuestro espíritu de pensamientos frívolos, será también el dueño para toda la jornada. Por eso, hijas mías, os exhorto todo lo que puedo a que hagáis vuestra oración antes de salir y a hacerla juntas. Sin embargo, si os veis justamente impedidas, la haréis más tarde y en la iglesia. Pero que esto sea lo más raramente posible. Sed exactas, por favor, en la práctica de este santo ejercicio, y rendid cuentas la una a la otra del empleo del tiempo de vuestra oración y especialmente de vuestras resoluciones, lo que tenéis que decir con toda sencillez.

Después de haber oído a algunas hermanas que se lamentaban de que se dormían en la oración, el Padre Vicente añadió:

— Hay que tener mucho cuidado con esta tentación, porque es una de las más ordinarias. Es verdad que el sueño puede estar motivado por una mala noche, o por el excesivo trabajo del día anterior. Pero es la excepción. Si una se acostumbra a dormirse en la oración, para romper esta costumbre sería menester estar de pie, besar la tierra, o renovar de vez en cuando la atención porque, si no lo remediamos, esta mala costumbre volverá

todos los días. ¿No sabéis que hay un diablo, cuyo ejercicio consiste en adormecer a las personas que rezan? Agita todos los humores del cuerpo de tal forma que llena la cabeza con los vapores que adormecen.

Pues bien, hijas mías, pido a Dios que os santifique por la práctica de vuestras reglas, que os conceda la gracia de imitar a su Hijo, que quiso trabajar treinta años antes de enseñar al prójimo, y que os dé su santa bendición para ello. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

5(5,IX,35-39)

CONFERENCIA DEL 16 DE AGOSTO DE 1640

Sobre la fidelidad al levantarse y a la oración

El jueves, 16 de agosto de 1640, día de san Roque, el Padre Vicente dijo:

— Hermanas mías, aunque soy el más miserable pecador de la tierra, quiere la bondad de Dios que os venga a hablar de su parte, y le pido que pueda hacerlo para su gloria y para vuestra edificación.

Me había prometido daros hoy vuestro pequeño reglamento, pero algunos asuntos me lo han impedido; incluso ha faltado poco para que no pudiese venir hoy, ya que he tenido que irme lejos dentro de la ciudad; por eso, dispongo de poco tiempo para hablaros.

La hermana más antigua ¹ recordó que al final de la última reunión se dijo que, por tratarse de un tema práctico, sería conveniente empezar dando cuenta de lo que se hace.

El Padre Vicente, resume aquellos puntos, y empezando por el de levantarse a las cinco ², preguntó a las hermanas, una des-

Conferencia 5. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. Luisa de Marillac.

2. Cfr. nota 4 de la *Conferencia 1* (31 de julio de 1634), p. 22.

pués de otra. Se vio que, por la gracia de Dios, ninguna faltaba a ello.

¡Bendito sea Dios!; hay que seguir así, porque no basta con comenzar. ¿Y la oración? A eso sí que no tenéis que faltar nunca, si hay medio para ello. ¿Os acordáis del método de aquel buen magistrado?

Algunas hermanas dijeron que lo habían practicado así.

Hijas mías, prosiguió él, no es que haya que emplear todo el tiempo de nuestra oración previendo las cosas que tengamos que hacer y los medios para hacerlas bien. Pero hay que considerar el tema que hay que meditar, hablar con Dios y por su amor, el cual, estoy seguro, os guardará cada vez con mayor fuerza. Haréis que vuestra resolución sea sobre las acciones de la jornada, principalmente sobre las que os hacen tender a la perfección y al cumplimiento de vuestras reglas, para honrar mejor a Dios en vuestra vocación.

Pues bien, hijas mías, dijimos en la última reunión que uno de los medios para vivir ordenadamente era el de aplicaros a vuestras ocupaciones externas con diligencia, sin retrasarse en ningún sitio y despidiendo a las personas que vengan a vuestra casa, sea cual fuere su condición, a la hora de vuestros ejercicios. ¿Se observa esto?

Como este punto es muy difícil, el Padre Vicente añadió:

— Mis queridas hermanas, no faltéis, por favor, porque de aquí depende la práctica de vuestro reglamento. Algunas veces es la timidez la que impide a una hermana decir a su vecina: «Hermana, es tiempo de retirarnos».

Ved cómo hay que hacerlo. Estáis dos. Imitad la conducta de los soldados en la guerra. Ordinariamente uno es más débil que el otro. El que no lo es tanto, cuida de lo necesario. De la misma forma es preciso que entre vosotras, las más resueltas, bien sea por humor o por virtud, se encarguen de poner término a los obstáculos que provienen de las relaciones externas, pero esto con mansedumbre y caridad. Y sobre todo, que la otra her-

mana no se oponga a ello, aun cuando las personas que haya que despedir le sean más conocidas que a su compañera.

A la cuestión que se le planteó, de si las Hijas de la Caridad podían recibir amigas en su habitación e incluso invitarlas a dormir allí, el Padre Vicente respondió:

— Hijas mías, guardaos muy bien de llevar nunca a nadie a vuestras habitaciones, bajo cualquier pretexto que sea; eso sería muy peligroso.

— Díganos, por favor, Padre, dijo una hermana, cómo podremos practicar la devoción de esa señora de la que su caridad. nos habló la última vez y que tenía en su manga una estampa de la santísima Virgen.

— Podéis hacerlo así: al comienzo de alguna acción o de alguna entrevista, de vez en cuando, a lo largo de la jornada, llevad la mano al rosario que pende de vuestra cintura, o bien. a la medalla o a la cruz que hay allí. Elevad vuestro espíritu a Dios y decidle: «Dios mío, que yo diga esta palabra o que realice esta acción para tu gloria y por tu amor».

Nuestro muy honorable Padre preguntó a las hermanas si acordaban de aquella acción de la señora. Algunas respondieron que sí y que habían aceptado aquella práctica. Sor Margarita Lauraine, que por entonces servía a los pobres de San Lorenzo, contó que, al pasar por la plaza, donde se decían tonterías y se jugaba durante la feria, le entraron ganas de volverse para ver una cosa, pero que, en vez de ceder, tomó la cruz de su rosario y dijo: «Dios mío, más vale que te mire a Ti que no a las locuras del mundo».

— ¡Oh! ¡Dios la bendiga, hija mía! Así es como hay que hacer. ¿Creéis, mis queridas hermanas, que esta buena hermana no ha hecho nada, que no ha hecho una gran cosa en esta acción? ¡Sí que lo ha hecho! ¡una gran cosa! ¿Y qué es lo que ha hecho? Ha penetrado en los cielos, y ha enviado un dardo de amor al corazón de Dios. El mismo Dios es el que lo dice: «La oración corta y fervorosa penetra en los cielos»³. Son dardos

3. Eccl 35,21.

de amor muy agradables a nuestro buen Dios, y por eso los recomiendan mucho los santos Padres que conocían su importancia. Por eso, hijas mías, os exhorto a que os acostumbréis a ello y a que penséis muchas veces en la obligación que tenéis de haceros perfectas en la condición en que estáis. Vosotras no conocéis su grandeza. Pero yo no puedo dejar de deciros, hijas mías, que es una de las mayores que hay en la iglesia, después de la de las religiosas del hospital, de las que os hablaré algún día. ¿No os impresiona el corazón pensar: Dios me ha escogido a mí, pobre muchacha del campo, para una obra tan santa? Ha dejado que pasase mi madre, todos mis parientes, tantas otras personas de mi aldea, y ha puesto sus ojos sobre Genoveva, Juana, María, etc., para ser las primeras. ¡Oh! ¡Qué gran gracia de Dios! ¡Oh! ¡es la obra de la divina Providencia! ¡Seréis benditas para siempre! Esta consideración, mis queridas hermanas, os dará seguramente el deseo de una gran perfección

Creo que hablamos en la última reunión de la cordialidad que tenéis que tener las unas para las otras. Os he recomendado que no soportéis en vuestros corazones nada que disguste a vuestras compañeras, que no os desedifiquéis jamás las unas a las otras. Mis queridas hermanas, acordaos que es esa la base de vuestra unión, que os es tan necesaria. Sed fieles a esta práctica, y veréis cómo se deriva de aquí un gran bien. Especialmente servirá para prevenir muchas murmuraciones que tienen lugar con frecuencia, si no se pone cuidado en ello. Nadie disgusta tanto a Dios como un murmurador. ¿Qué es lo que hace un asesino? Mata el cuerpo de una persona, cuya alma quizás será bienaventurada en el cielo. Pero, os pregunto, ¿qué es lo que hace el murmurador? Algo peor. No mata el cuerpo, pero con una sola palabra quizás mata gran número de almas. Hijas mías, una hermana que dijese a otra el disgusto que ha recibido quizás del superior o de la superiora, que se quejase de estar en un lugar en donde no encuentra satisfacción, que tuviese la tentación de retirarse y lo dijese, quejándose de aquellos que son la causa de su falta de ánimo, sí, hijas mías, os digo que

esa persona sería peor que un asesino. Las pobres hermanas que la escuchan se quedarán desedificadas de todas esas murmuraciones, se pondrán ellas mismas a murmurar más, se cansarán de su condición y abandonarán finalmente su vocación por la que Dios las quería salvar y santificar. Esa pobre hermana que murmuró la primera, ¿no es acaso la causa de la pérdida de todas las demás? ¿Y qué podrá hacer para devolver a estas pobres almas la vida que les ha quitado? ¿No veis que esa hermana, si hubiera alguna — ¡lo que Dios no quiera! —, sería peor que un asesino, ya que la vida del cuerpo no es nada comparada con la de las almas?

Pero, me diréis, ¿qué hará esa pobre hermana en medio de su descontento? Hijas mías, ¿sabéis qué es lo que tiene que hacer? Tiene que venir a buscarme a mí, o a vuestra superiora, y contarnos al uno o a la otra sus penas; y su compañera debe decirle, en vez de excusarla: «Hermana, en nombre de Dios, acordémonos que somos Hijas de la Caridad y que, como tales, no nos tenemos que quejar de nada, sino amar cordialmente a nuestras hermanas».

Bien. Hijas mías, quiera Jesucristo crucificado, ya que habéis sido escogidas para imitar su santa vida en la tierra, alcanzaros de Dios su Padre las gracias que necesitáis para ser verdaderas Hijas de la Caridad. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

6[6,IX,40-45]

CONFERENCIA DEL 16 DE AGOSTO DE 1641

Explicación del reglamento

Ya estamos aquí reunidos, por la gracia de Dios, mis queridas hermanas. Hace tiempo que debería haberos reunido, pero me lo han impedido especialmente mi miseria y mis quehace-

Conferencia 6. — SV. 4, p. 14.

res. Además, hijas mías, espero que la bondad de Dios habrá suplido ella misma todo lo que yo os debo. Esta mi permite que se tenga esta reunión en el día de san Roque, que es uno de los santos a los que habéis de tener gran afecto, ya que pasó su vida en el ejercicio de la caridad hasta ganarse el contagio entre los apestados, a quienes servía por amor de Dios. ¡Qué felices sois, mis queridas hermanas, al haberos llamado Dios a una tan santa ocupación! Hay entre vosotras alguna que asisten a los pobres enfermos con tanto fervor que se sienten felices de exponerse al mismo peligro que nuestro buen san Roque. Nuestras buenas hermanas de Angers entraron en el hospital en medio de un ambiente contagioso, e incluso asistieron a los enfermos de la peste con la misma facilidad que a los demás enfermos. Parecía que este mal se iba a cebar también en ellas, porque los cuidaban a todos sin excepción.

¡Oh! ¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios, bendito sea Dios, mis queridas hermanas! Es esa la caridad que el Espíritu Santo nos enseña, cuando dice que no hay mayor caridad que la de perder su alma, esto es, su vida, por amor al prójimo ¹. ¡Cuán santa es nuestra condición! Porque ¿no es verdad que la mayor felicidad que podemos tener, es la de ser amados por Dios! Nada nos asegura tanto ese amor como el ejercicio que nuestra condición requiere y que vosotras practicáis, mis buenas hermanas, porque no puede haber mayor caridad que la de exponer su vida por el prójimo. ¿Y no es eso lo que hacéis to con vuestro trabajo? ¡Oh! ¡qué felices sois!

Sed muy agradecidas por este don y procurad conservarlo: y para eso sed fieles en la observancia exacta de vuestro pequeño reglamento, tanto si estáis fuera de casa como dentro. ¡Oh! ¡cuán peligroso es, hijas mías, ponerse en peligro de perderla! Huid de todas las ocasiones, para evitar las desgracias en que caen las almas que pierden su vocación y abandonan el servicio de Dios ¿Sabéis lo que les sucede? Abandonadas por Dios, cometen mayores faltas y están a merced de sus sentidos. Yo no

1. Jn 15,13.

puedo exponeros mejor esta situación que por medio de aquel desgraciado sacerdote que, por haberse hecho indigno de su carácter, gracias a una falta señalada, mereció ser degradado. Ved lo que hace el obispo: le arranca de las manos el cáliz con palabras de execración; luego la estola, reprochándole su indignidad; y luego, el manípulo y los demás hábitos sacerdotales, continuando con las mismas maldiciones; y finalmente, lo entrega al brazo secular. Así sucede, hijas mías, con las personas que, por inconstancia, pierden su vocación: Dios les va retirando poco a poco sus gracias y acaba abandonándolas por entero. Temamos este justo castigo y hagamos todo lo posible por conservar este precioso tesoro.

Uno de los medios para conservar esta vocación es tenerla en gran estima y pensar muchas veces en la gracia que Dios os ha hecho, sacándoos de vuestro pueblo, de vuestras casas, de vuestras amistades, para ponerlos en un estado de vida tan santo.

Me había propuesto leer vuestro reglamento y las santas prácticas de la casa; pero me urge el tiempo; sin embargo, no lo dejaré.

Decid, por favor, ¿las Hijas de la Caridad se tienen que levantar a las cinco y hacer luego oración? Las respuestas de las hermanas demostraron que ninguna faltaba, a no ser, en lo tocante a la oración, las que no sabían leer, y las que a causa del gran número de enfermos, por no poder hacer la oración en casa, ocupaban en ello el tiempo de la santa Misa.

Una de las hermanas preguntó si sería mejor hacer la oración o escuchar la santa Misa.

— Es una buena pregunta, hijas mías, dijo el Padre Vicente; es preciso hacer todo lo posible por oír misa todos los días, pero si el servicio de la casa lo requiere, o el de los pobres, no deberíais poner ninguna dificultad en omitirla. Os diré lo que un abad de la orden de San Bernardo me dijo sobre esto. En una ocasión, sólo había en su casa tres o cuatro sacerdotes, y otros muchos religiosos que, apenas terminada su oración, se iban a su trabajo. Un señor, al saber esto, le dijo un día:

— Padre, ¿cómo es que sus religiosos no oyen la misa todos los días?

— Señor, esto nos perjudicaría mucho, por la necesidad de nuestro sustento.

Dígame, por favor, ¿cuánto perderíais cada año?

Contaron las ganancias que hacían, teniendo en cuenta el tiempo que cada uno emplearía en escuchar la misa, y resultó que perdería cuarenta escudos, lo cual era mucho en aquel tiempo. Aquel señor les dio aquella cantidad, y con ello, la facilidad de oír Misa.

Ved, hermanas mías, por este ejemplo, cómo no tenéis que poner ninguna dificultad, en medio de las circunstancias que os he señalado, en no asistir a misa todos los días.

En cuanto a saber lo que tenéis que preferir, la oración o la misa, cuando tengáis media hora de tiempo, os diré que no podéis omitir ni la una ni la otra. Id a la iglesia, y después de la preparación, hecha en unión con el sacerdote, decid el *Confiteor*, para que, habiéndose perdonado vuestros pecados, vuestras oraciones sean más agradables a Dios. Entrad luego en el tema de vuestra oración, que leeréis en el libro tal como la habéis hecho el día anterior por la tarde.

Pero, hijas mías, acostumbraos todo lo que podáis a hacer la oración en casa, tal como vuestro reglamento y la costumbre de la casa lo requieren.

Después de la misa, tenéis que ejercitaros en la lectura, para haceros capaces de enseñar a las niñas.

Es preciso, mis queridas hermanas, dedicarse seriamente a ello, puesto que se trata de uno de los dos fines por los que os habéis entregado a Dios: el servicio a los enfermos y la instrucción de la juventud, y esto principalmente en los campos. La ciudad está casi toda ella llena de religiosos, por tanto es justo que vayáis a trabajar a los campos. ¿No estéis todas en esta disposición, mis buenas hermanas, sin tener en consideración el pueblo, las amistades, ni los lugares lejanos o próximos?

Todas las hermanas, con un rostro alegre, respondieron que su intención era ir a donde la obediencia las enviase.

— Y sobre vuestro examen antes de comer, sed fieles, hijas mías; sabéis que hay que hacerlo sobre la resolución que se tomó en la oración de la mañana, y dad gracias a Dios, si con su ayuda, la habéis puesto en práctica, o pedidle perdón, si por negligencia habéis faltado.

La mayor parte de las hermanas prometieron no faltar a ese examen.

— Y el recuerdo de Dios, hermanas mías, ¿lo tenéis con frecuencia?

Algunas hermanas respondieron que elevaban su corazón a Dios mucha veces cada hora; otras, con ocasión de los pequeños disgustos; la mayor parte, todas las horas; un pequeño número, casi nunca.

— Hijas mías, la práctica de leer un capítulo de la Introducción de nuestro bienaventurado Padre ² os ha servido de mucho provecho. No olvidéis este medio.

Para la reconciliación, cuando hay algún disgusto entre vosotras, ¿os ponéis de rodillas la una ante la otra para pedir os perdón?

Esta práctica es muy necesaria, como también la de avisarse caritativamente, cuando veáis que vuestra hermana cae en alguna falta; pero ¿sabéis cómo hay que hacerlo? Si una hermana se da cuenta que una de sus compañeras ha caído en una falta oculta, la tiene que avisar una o dos veces para practicar la corrección fraterna. Si el aviso queda sin efecto, tiene que decírmelo a mí o a la directora, según su mayor comodidad. Bien, hijas mías, esto es de orden divino, ya que Dios mismo dijo que nos pedirá cuenta a cada uno del alma de nuestro hermano ³. Estamos encargados los unos de los otros, y por lo que a mí se refiere, es el Padre Dehorgny el que tiene que avisarme de las faltas que cometo. Que lo mismo pase con vosotras. Os recomiendo esta práctica; es de gran bendición para las personas que la aceptan.

2. San Francisco Sales a quien san Vicente designaba así por la mucha estima que le profesaba.

3. Eccl 17,12.

Al preguntarles, el Padre Vicente vio que este ejercicio no se practicaba más que entre algunas hermanas, y muy raramente entre otras.

— Hijas mías, seamos fieles a Dios, y aceptemos sus juicios, especialmente cuando haya que dar cuenta del ejercicio de nuestra vocación. Yo tengo muchos motivos para temerlos.

Me urge el tiempo; tenemos que quedarnos aquí y dejar la próxima charla para dentro de quince días. Os ruego que vengáis sin necesidad de otro aviso. Quiera Dios, hijas mías, sacar gloria de todo lo que hemos dicho, y concedernos la gracia de imitar la caridad de aquel gran san Roque, para que sin temer nada, ejercitemos la caridad puramente por amor a Dios. Le suplico de todo mi corazón que os bendiga.

En el nombre del Padre, etc.

7[7,IX,45-52]

CONFERENCIA DEL 15 DE OCTUBRE DE 1641

Sobre el jubileo

Mis queridas hermanas, esta reunión no tiene otro fin más que el de instruiros sobre el jubileo, a fin de que sepáis lo que es y tengáis más deseos de ganarlo. Os diré qué es el jubileo, por qué lo tenemos y los medios para ganarlo.

La palabra jubileo viene de la Antigua Ley. El año jubilar sólo tenía lugar cada cien años y suponía grandes privilegios para los que vivían antes en la tierra, pero solamente era para los bienes temporales; aquellos que habían vendido los bienes podían recuperarlos, y los que tenían deudas quedaban libres de ellas. El año se llamaba año de alegría o de júbilo; de ahí viene el nombre de jubileo.

Pues bien, mis queridas hermanas, en la ley de gracia, para los cristianos, la alegría del jubileo es muy distinta. La santa

Conferencia 7. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, concede regularmente el jubileo cada veinticinco años, y por eso, lo tendremos dentro de nueve años. El santo Padre, en virtud del poder concedido por Jesucristo a san Pedro, lo concede también excepcionalmente, en virtud de las grandes necesidades, como vemos que ha sucedido este año; no de la misma manera que en la Antigua Ley, sino concendiéndonos ciertos medios para volver a entrar en la gracia de Dios, que hemos perdido por el pecado, para reparar nuestras fuerzas y compensar el bien que habríamos debido hacer y que no hemos hecho. La razón por la que se ha establecido este jubileo, mis queridas hermanas, es la necesidad universal que se siente en toda la cristiandad; por eso, el santo Padre lo ha extendido no solamente a Francia, a Italia, a España, a las Indias, sino también a los antípodas, y esto a fin de impetrar de Dios el perdón de nuestros pecados.

¿Y sabéis lo que es la gracia del jubileo? El santo Padre, que tiene la llave de los tesoros de la Iglesia y el poder de distribuirlos a los fieles, los dispensa liberalmente. ¿Y sabéis de qué están compuestos esos tesoros? En primer lugar, de los méritos de la vida, muerte y pasión de Jesucristo, de los de la santísima Virgen, de los santos mártires y de todos los santos, que sacan su valor de los méritos del Hijo de Dios.

¿Sabéis, mis queridas hermanas, las ventajas que nuestras almas obtienen con el jubileo, si lo ganan bien? Cuando se ofende a Dios, hay una aversión a Dios y una conversión a la criatura, esto es, se le da la espalda a Dios y el rostro a la criatura. Obrar de esta forma, mis queridas hermanas, ¿verdad que es cometer una gran injuria contra él, que es tan bueno y tan digno de ser amado? Pues bien, hijas mías, sabed que por esta aversión del pecador a las miradas de Dios, merece el infierno, y que, por su conversión a la criatura, merece las penas, enfermedades y aflicciones, como veis muchas veces que les sucede a las criaturas en la tierra, o como sucede en el purgatorio, cuando no han satisfecho en esta vida. Sin embargo, no hemos de creer, mis queridas hermanas, que todos los que se sienten afligidos, lo están como castigo de sus pecados. Dios utiliza es-

tas aflicciones por otros motivos, por ejemplo, para probar su amor y su fidelidad, como lo hizo con Job y con Tobías, que eran ambos amigos suyos. Pero, en esas aflicciones generales de todos los pueblos, hay motivos para creer que Dios quiere castigarnos por nuestros pecados. Por eso, mis queridas hermanas, es preciso que nos esforcemos por ganar este jubileo.

Os he dicho que el pecado tiene dos efectos. Aversión de Dios y conversión a la criatura. Por medio de nuestras confesiones ordinarias borramos el primer efecto, que nos hace merecer el infierno. Por medio de las penas, enfermedades y aflicciones, se repara la conversión a la criatura, y ganando el jubileo, esas penas que teníamos que sufrir por el pecado se nos quedan totalmente perdonadas. Ved, hijas mías, qué gran ventaja para nosotros la de ganar este santo jubileo.

Pensemos bien en lo que hemos hecho cuando hemos ofendido a Dios. Pues bien, hijas mías, si un cortesano, en la antesala de su príncipe, le volviere la espalda, ¿no sería esto un gran deshonor? ¡Cuánto más si lo hace para convertirse a otra criatura! En vez de contentar a Dios, complacerse en ofenderlo y buscar sus propias satisfacciones. ¡Oh, hijas mías! ¡cuán miserables somos cuando obramos de esta manera! Esforcémonos, en este santo tiempo, en satisfacer a la justicia de Dios. Quizás sea éste el último jubileo que veremos en nuestra vida. No perdamos la ocasión de participar en este año de alegría, no ya entrando en posesión de unos bienes temporales, sino meditando en las penas que infaliblemente tendríamos que sufrir, si no satisficiésemos por ellas; es esa la orden que Dios nos ha dado, cuando desde el principio del mundo, al perdonar a Adán, puso el castigo debido a su pecado, y cuando dijo a David que el hijo de la madre que había compartido su falta moriría para satisfacer el castigo debido a su sensualidad.

Veamos ahora, mis queridas hermanas, los medios para ganar el jubileo. Son los que ordena la bula del santo Padre. En primer lugar, convertirse a Dios con todo el corazón, por medio de una buena y entera confesión. Sí, hijas mías, esta penitencia tiene tan gran poder que Dios ha dicho: «Si he dicho al

pecador que sería condenado, pero él hace penitencia, no le condenaré»¹.

Disponeos pues, hijas mías, a hacer una buena confesión; y si no habéis hecho todas una confesión general, pensad en ello. ¡Qué bien será para todas vosotras, hijas mías, ver que, no solamente son perdonados vuestros pecados, sino que se repararán vuestras negligencias! Examinaros bien, especialmente sobre los mandamientos de Dios y sobre la práctica de vuestro reglamento, que no es poca cosa, ya que vuestra vocación es de las mayores y de las más santas que hay en la Iglesia. ¡Oh! ¡Cuán necesario es que tengáis gran virtud para perseverar! Porque vosotras no estáis solamente para atender a los cuerpos de los pobres enfermos, sino también para darles instrucción en lo que podáis. Por eso es conveniente que no perdáis ninguna ocasión para instruiros a vosotras mismas. Y como una de las partes principales de la penitencia es la resolución de corregirnos, habrá que aplicarse enérgicamente a esto, antes de hacer vuestra confesión.

Otra condición de la bula, para ganar el jubileo, es la de ayunar una o tres veces durante la semana escogida para ganarlo. Los que no han hecho jamás confesión general, y tuviesen grandes pecados, incluso de casos reservados, tienen que ayunar el miércoles, el viernes y el sábado, y los otros el viernes solamente. Todos los confesores aprobados por el arzobispo de París, hijas mías, tienen el mismo poder de absolver que los Papas; lo cual no sucede en otro tiempo más que en el jubileo.

Otra condición es la de visitar las iglesias. Hay designadas gran cantidad de ellas, pero basta con visitar una o varias. Hay que rezar allí por las intenciones de la Iglesia, que son aquellas por las que el santo Padre nos ha concedido sus tesoros, a saber, por la santificación y la exaltación de la santa Iglesia, la paz entre los príncipes cristianos y, en general, por la conversión de los pecadores.

1. Ez 33,14-15.

Tened además, hijas mías, la intención de convertirnos verdaderamente en Hijas de la Caridad; porque no basta con ser Hijas de la Caridad de nombre. Hay que serlo de verdad. No le sirvió para nada a las cinco vírgenes necias del Evangelio ² el ser vírgenes y el estar llamadas a las bodas del Esposo, ya que no entraron en ellas. Les faltaba el aceite en sus lámparas. Esto es, no tenían caridad y no eran exactas en la observancia de sus reglas. Por tanto mis queridas hermanas, no es nuestra condición, ni tampoco nuestras cualidades, las que nos hacen agradables a Dios y las que nos salvan, sino la manera con que respondemos a las cualidades que tenemos. Lo dijo el mismo nuestro Señor: «A todos los que me digan: Señor, ¿no hemos echado los demonios en vuestro nombre y hemos hecho otras muchas obras?, se les contestará: No os conozco» ³. ¿Y por qué esto? Es que no han hecho estas acciones en caridad. Por eso, hermanas mías, es menester que seáis muy exactas en la observancia de vuestras reglas. De esta forma os perfeccionaréis y os haréis agradables a vuestro Esposo, que recibirá los servicios que le hagáis en la persona de sus pobres enfermos. Ved, hijas mías, y examinaos; ¿os encontraréis mejores de lo que erais cuando vinisteis a la Caridad? Un gran santo ha dicho que el que no avance en la vida espiritual, retrocede. ¿No habéis perdido mucho, si después de cuatro, de seis años, no habéis avanzado en la vida espiritual, en la corrección de vuestras faltas y en la mortificación de vuestros sentidos?

Una de las hermanas replicó que ella sentía mucha dificultad en hacer oración y no sacaba gusto de ella.

— Hija mía, me alegro mucho de que me ponga esta objeción. Es verdad, las que pueden dedicarse a los métodos que se dan para hacer oración, y especialmente el método de que habla la *Introducción a la vida devota*, hacen muy bien. Pero no todos lo pueden. Sin embargo, todas pueden estar al pie de la -cruz y en presencia de Dios; y si una no tiene nada que decirle,

2. Mt 25,1-13.

3. Mt 7,22-23.

que espere a que él hable; y si él la deja allí, se quedará muy a gusto, esperando de su bondad la gracia de escucharle, o de hablarle. Santa Teresa estuvo aguardando perseverantemente durante veinte años a que Dios le diese el don de oración; y lo recibió tan ampliamente que sus escritos son admirados por los mayores doctores. No os desaniméis, mis queridas hermanas, si creéis que perdéis el tiempo en la oración; basta con que cumpláis la voluntad de Dios obedeciendo a vuestro reglamento. ¿No tenéis todas, mis queridas hermanas, esta voluntad?

Las hermanas afirmaron que ése era su deseo. Y como el servicio a los enfermos impide muchas veces a las hermanas de las parroquias hacer oración, el Padre Vicente propuso, con su caridad ordinaria, que se cambiase la hora de acostarse y de levantarse; lo cual aceptaron todas las hermanas de buen grado, no sin haber expuesto algunas dificultades.

Luego, el Padre Vicente nos animó a no omitir nada para ganar el jubileo:

— Ved, hijas mías, pensad en prepararos para este santo tiempo. Si queréis, os ayudaré a ello; y, hermanas mías, os concederé un día o dos a la semana para oíros en confesión.

Su caridad se manifestó con su grandeza ordinaria. No reprendió las faltas de las hermanas, sino que las animó solamente a obrar mejor y escuchó con gran paciencia muchas de las propuestas que parecían inútiles. Algunas hermanas se excusaron de no poder observar el reglamento: unas, porque tenían la costumbre de visitar a las damas, al fin de obtener limosnas para los pobres necesitados, y que en compensación, a fin de no ser desagradables, tenían que hacerles pequeños servicios; las otras porque velaban a veces hasta muy tarde para hilar, a fin de tener con qué vivir y mantenerse.

El Padre Vicente respondió:

— Me gusta mucho, hijas mías, que me hayáis puesto estas objeciones. Fijaos, hay que saber desprenderse de esas visitas que os impiden practicar vuestro reglamento. La primera vez que las damas os manden a buscar, id en nombre de Dios, y decidles: «Señora para venir a verla he dejado mi oración, o tal otro

ejercicio; le suplico muy humildemente que no tome a mal el que otra vez no venga». Sabed, hijas mías, que las damas no se sentirán molestas por ello, sino que, por el contrario, os estimarán más.

Por lo que se refiere a vuestro trabajo, hijas mías, ya tenéis bastante para alimentaros; una de vuestras hermanas no tiene más que vosotras, y sin embargo, desde hace un año, poco más o menos, me ha enviado cincuenta francos de sus ahorros. No es que os aconseje que no hagáis nada, sino que hay que preocuparse sobre todo del servicio de vuestros pobres y de la práctica de vuestro reglamento.

Bien, queridísimas hermanas, suplico a nuestro buen Dios, que ha inspirado a nuestro santo Padre el pensamiento de comunicarnos los tesoros de su misericordia, que quiera disponer vuestras almas para recibirlo. Que su amor, que os ha llamado a tan santo ejercicio, os conceda la gracia de ganar este santo jubileo y os dé nuevas gracias para entrar en la práctica de vuestro reglamento. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

8[8,IX,52-57]

CONFERENCIA DEL 6 DE ENERO DE 1642

Sobre las faltas del año transcurrido

Mis queridísimas hermanas, nos reunimos hoy para ver, al comienzo de este año, cómo habéis pasado el anterior, y procurar emplear mejor éste. Es menester que hagáis mucho caso del nombre que lleváis. No son los hombres quienes os lo han dado; se trata de un testimonio muy seguro, que os viene del mismo Dios. Los Padres de la iglesia tenían como cierto, al comienzo del cristianismo, que los escritos cuyo autor no se podía des-

Conferencia 8. — Ms. SV 1, p. 33 s. Las palabras colocadas a la cabecera de este manuscrito: «Instrucción dada... en la casa delante de san Lázaro», demuestran que las hermanas ocupaban ya su nueva residencia.

cubrir después de serias investigaciones estaban hechos por los apóstoles. Para vosotras es éste un motivo de gran consuelo, hijas mías, porque nadie jamás se ha preocupado de daros un nombre. Pero, con el correr de los tiempos, el mundo, al veros consagradas totalmente al servicio de los pobres y de las buenas obras, os ha empezado a llamar comúnmente Hijas de la Caridad. Estimad mucho este santo nombre y obrad de manera que os mostréis siempre dignas de llevarlo. ¿Qué creéis, hermanas mías, que quiere decir este hermoso nombre: Hijas de la Caridad? Nada más que Hijas del buen Dios. Ya que el que está en la caridad, está en Dios, y Dios en él ¹. Por tanto, es preciso que seáis siempre cariñosas y cordiales, siendo una escuela de todas las virtudes.

En primer lugar, entre vosotras debe haber una gran unión y, si es posible, semejante a la de las tres personas de la santísima Trinidad; porque, ¿cómo, mis queridas hermanas, podríais ejercer la caridad y la mansedumbre con los pobres, si no la tuvierais con vosotras mismas?

Empezaremos pues, por una especie de rendición de cuentas de los defectos del año pasado. Yo os hablaré de siete que he advertido, o de los que me han avisado. Será éste un buen medio para perfeccionaros. Siento mucho, hermanas mías, no haber podido tener esta reunión antes. Habrá que tenerla al final de cada año. Es lo que se practica en muchas comunidades, especialmente entre nosotros. ¿No dijo un gran profeta que repasaba con la amargura de su corazón sus faltas pasadas? ²,

El primer defecto es el de no soportarse las unas a las otras. Mis queridas hermanas; no hay nada tan necesario como soportarse, puesto que de ordinario en todos los caracteres se encuentran pequeñas contradicciones. ¿No veis cómo nosotros mismos, en nuestro propio carácter, cambiamos tan frecuentemente de humor, y nos hacemos insoportables a nosotros mismos? Esto fue lo que le hizo decir a Job: «Dios mío, ¿cómo me

1. 1 Jn 4,16.

2. Is 38,15.

habéis hecho tan discordante como yo me siento? ³» ¿Y no veis cómo ni siquiera nuestros intestinos están de acuerdo a pesar de que están unidos en apariencia? Por eso, hermanas mías, hay que dedicarse con energía a la práctica de soportarnos.

Las mayores honrarán la edad perfecta de nuestro Señor y la manera con que soportó a los hombres tan imperfectos que le rodeaban, soportando a las jóvenes en sus defectos, viendo en ellas la vocación de Dios para su servicio, animándolas con su ejemplo y con sus palabras. El Hijo de Dios enseñaba a los suyos más todavía con su ejemplo que con su palabra. Imitadle, mis queridas hermanas. Las mayores tienen que ser muy exactas en todas las normas, hacer lo que ellas ordenan a las demás, escoger lo peor, soportar los pequeños defectos de las recién llegadas, animarlas con sus palabras, consolarlas a veces en sus pequeños disgustos, diciéndoles que ellas mismas experimentaron antes esas fatigas; porque, hijas mías, todas las han tenido, y es bueno tenerlas, con tal que se las descubra con sinceridad a los superiores, y a ellos solos. Las antiguas tienen que animar a las nuevas, demostrarles respeto, aprobar sus pequeñas obras, aceptar con gusto lo que dicen y lo que hacen, y sobre todo guardarse de hablarles y mirarlas como extrañas, de ridiculizar su lenguaje y su forma de vestir. Cuando se encuentren con ellas, tienen que decirles siempre alguna palabra, como por ejemplo: «Bien, hermana mía, ¿es usted muy fervorosa? ¿estima mucho la oración y todas las prácticas de nuestro reglamento? Tenga ánimos, ¿donde está? ¿empieza a acostumbrarse a nuestra vida?».

Se indicó al Padre Vicente que varias hermanas se escandalizaban de la salida de las que dejaban la compañía, sobre todo de las que habían estado allí ocho o doce años; murmuraban y se desanimaban. Otras sienten pena cuando el mundo les pregunta muchas veces qué es lo que ganan, cuando les dicen que pierden el tiempo, o cuando las tratan de holgazanas, y dicen que están allí para pasarse la vida muy a su gusto.

3. Job 8,20.

El Padre Vicente respondió:

— Hijas mías, por lo que se refiere a las que han salido, nadie debería extrañarse de ello. Sabéis bien la paciencia que se ha tenido con ellas: unas veces se les ha cambiado de lugar, otras se ha cambiado a las demás hermanas, con la esperanza de que se acomodarian mejor con unas que con otras; incluso se les ha enviado a las aldeas, para intentar toda clase de medios y obtener su perseverancia en la vocación. Si, después de esto, no han sabido superarlo todo, ¿querríais que se las retuviese, con el peligro de perjudicar a toda la comunidad? Mis queridas hermanas, esto no sería razonable, ni mucho menos. Estad seguras de que no se hace nada sin haberlo pensado bien. Desde hace algún tiempo, he tenido quejas de un hombre de condición en cuya casa estuvo una de esas hermanas; me dijo: «Padre, si mi mujer no me quita en seguida a esa hermana de nuestra casa, creo que me verá obligado a dejarla yo, ya que es una persona peligrosa».

Al darle cuenta un día al arzobispo de París ⁴ de una visita que había hecho a un Monasterio ⁵ por orden suya, le dije que no había encontrado nada malo en aquella casa, a no ser que la mayor parte de las religiosas se quejaban de que la Madre recibía a todas las que se presentaban, y que no salía ninguna. «¡Oh!, me respondió él, ¡qué mal asunto! ; cuánta avaricia supone eso!» Es muy importante que las religiosas se purguen de las personas que puedan dañar a las demás.

Por eso, mis buenas hermanas, no tenéis que extrañaros cuando alguna se retire; porque, fijaos, os ponéis en peligro de murmurar contra vuestros superiores, lo cual sería una gran falta, una falta peor que la que comete un asesino. Fijaos, si vieseis en vuestra casa el cuerpo de un hombre asesinado, el asesino habría hecho menos mal que el murmurador; porque no ha matado más que un cuerpo, y la que murmura se pone en peligro de matar muchas almas. Mis queridas hermanas, tened

4. Juan Francisco de Gondy.

5. Cfr. carta n. 365, en *Obras completas* I/1, 506-507.

mucho cuidado; porque, cuando murmuráis entre vosotras, o cuando habláis mal de la pobre hermana que ha salido, estáis criticando la conducta de vuestros superiores, que es una falta que Dios tendrá que castigar.

Un día Noé, que tenía el espíritu adormilado por haber bebido un poco más de vino, estaba acostado totalmente al descubierto. Algunos de sus hijos se burlaron de él; pero uno de ellos, sabiendo el respeto que debía a su Padre, se volvió para no verlo, y le cubrió con su manto. ¿Sabéis lo que pasó? Los que habían murmurado fueron malditos por Dios, ellos y todo su linaje, y el hijo respetuoso fue bendecido con toda su posteridad.

Cuando las gentes pregunten qué es lo que ganáis y aseguren que estáis perdiendo el tiempo, mis queridas hermanas, hay que robustecer vuestro espíritu contra todas esas habladerías y responder que os juzgáis muy felices, porque Dios quiere servirse de vosotras en esta condición. No tengáis miedo, si os ven resueltas de esta forma no dirán nada más.

Y a los que os llamen criadas y os reprochen que os ganáis la vida cómodamente, respondedles: «A nosotros nos gustaría servir a Dios y a los pobres por nuestra propia cuenta, y si tuviésemos los medios para ello lo haríamos de muy buena gana; para testimoniar el amor y el honor que les debemos a los pobres, nos hacemos voluntariamente pobres para servirles». Decid estas palabras, hermanas mías, pero con la condición de sentir en vuestro corazón esta disposición.

La gente os dirá también que, mientras viváis vosotras, irá bien vuestra Compañía, pero que luego desaparecerá todo. A esto os diré, mis queridas Hermanas, que no pasa nunca esto con las obras de Dios. Muy poco apoyo tendríais si sólo dispusieseis de una pobre criatura. Vuestra firmeza es la santa Providencia; es ella la que ha puesto vuestra Compañía en pie; porque, ¿quién os ha escogido?; os pregunto, ¿quién os ha hecho lo que sois, más que Dios? No me cansaría nunca de decirlo. Nosotros jamás hubiésemos tenido esa idea.

¿Sobre qué fundamento creéis que nuestro Señor estableció su Iglesia? Eran muchos los que le seguían, y al final de su

vida sólo quedaron doce, que fueron martirizados todos. ¡Oh! ¡qué poco se parecen las obras de Dios a las de los hombres! ¿No decían también eso mismo los Padres del Oratorio a la muerte del Padre de Bérulle, y los de San Francisco? ¿Y a dónde voy yo, miserable pecador? No hay comparación. No, hermanas mías, no temáis. Dios no os faltará jamás, si le permanecéis fieles. Esforzáos, pues, en perfeccionaros sirviendo a los pobres.

Nos reuniremos de nuevo dentro de un mes, y hablaremos de lo que conviene hacer en este comienzo de año. Le suplico a la divina bondad que os bendiga, dándoos la cordialidad de las verdaderas Hijas de la Caridad para que soportéis mutuamente vuestras debilidades, y la gracia de reconciliaros las unas con las otras, si hay alguna dificultad entre vosotras. Finalmente, hijas mías, suplico a la divina bondad que os bendiga llenándoos de una entera confianza en su santa Providencia, para realizar eternamente la santísima voluntad de Dios, y que os bendiga para siempre con el don de todas las cualidades de verdaderas Hijas de la Caridad, según sus designios.

En el nombre del Padre, etc.

9[9,IX,58-60]

CONFERENCIA DEL 9 DE MARZO DE [1642] ¹

Sobre el servicio a los enfermos

El día 9 de marzo, el Padre Vicente no pudo, por algún asunto urgente, estar al comienzo de la conferencia que su cari-

Conferencia 9. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. En el manuscrito sólo constan el día y el mes de la conferencia. El año se deduce de que la escritura es de Luisa de Marillac, la conferencia tuvo lugar en domingo y el domingo siguiente era uno de los cuatro domingos de cuaresma que preceden al de Pasión (cfr. *Conferencia* siguiente). La primera observación limita la elección a los años 1634-1646, la segunda a 1636 ó 1642, la tercera elimina el año 1636. El formato del papel corrobora esta conclusión.

dad había decidido darnos sobre la manera como tenemos que servir a los pobres enfermos, esto es, cómo ayudarles a utilizar sus enfermedades según los designios que Dios tiene sobre ellos, prepararlos a la muerte, si su enfermedad es mortal, y si no lo es, provocar en ellos fuertes resoluciones de emplear el resto de sus días en el servicio de Dios mejor de lo que lo han hecho, y pensar más seriamente en su salvación.

El Padre Portail empezó la conferencia y preguntó a varias hermanas, cuyos pensamientos se referirán con la gracia de Dios durante el relato de la última conferencia sobre esta materia. Aquí recordaré solamente que, habiendo dicho una hermana que creía necesario disponer a los enfermos a realizar una confesión general, el Padre Portail añadió que, en efecto, era muy importante, y que Dios daría su bendición a esta práctica, ya que se había servido de ella para llevar a la esposa del señor General a fundar los sacerdotes de la Misión. Lo cual sucedió como sigue.

En una de sus visitas a un hombre de ochenta años de edad, dicha señora le aconsejó que hiciese la confesión general. Después de esa confesión, que oyó el Padre Vicente, el anciano, al recibir de nuevo la visita de dicha señora, le dijo varias veces: «Señora, yo estaba condenado sin esa confesión; sí, señora, yo estaba condenado; yo tenía pecados que no me había atrevido a confesar, y nunca me hubiese confesado de ellos sin esta confesión». Desde entonces, esa señora tomó la resolución de fundar la Misión.

El Padre Vicente llegó a las cinco, y, después de haber escuchado los pensamientos de algunas de nuestras hermanas, continuó:

— Hermanas mías, se está haciendo ya muy tarde; no podría decirlos el consuelo que tengo por lo que he oído, y creo que lo hubiera tenido mucho mayor si hubiera oído a todas las que han hablado y a las que no han sido todavía preguntadas; pero hay que dejarlo para el domingo próximo, con la ayuda de Dios; porque, hijas mías, este asunto es de gran importancia, ya que para esto os ha llamado Dios. Seguiréis haciendo la oración so-

bre estos mismos puntos, y añadiréis un punto más, que he omitido, o en el que no he puesto atención, esto es, sobre los motivos o razones que tenemos para servir a los pobres, no sólo corporal, sino espiritualmente. En efecto, no sería hacer lo bastante por Dios y por el prójimo darles alimento y remedio a los pobres enfermos, si no se les ayudase según los designios de Dios en el servicio espiritual que les debemos. Cuando sirváis a los pobres de esta forma, seréis verdaderas Hijas de la Caridad, esto es, hijas de Dios, e imitaréis a Jesucristo; porque, hermanas mías, ¿cómo servía él a los pobres? Les servía corporal y espiritualmente, iba de una parte para otra, curaba a los enfermos, y les daba el dinero que tenía, y los instruía en su salvación. ¡Qué felicidad, hijas mías, que Dios os haya escogido para continuar el ejercicio de su Hijo en la tierra! El domingo por la mañana haréis oración sobre este tema, y consideraréis delante de Dios los motivos y razones por los que tenemos que servir a los pobres espiritual y corporalmente. Uno de los principales motivos es honrar la santa vida humana de Nuestro Señor, imitando sus acciones en este asunto. ¡Qué felicidad, hermanas mías, hacer lo que un Dios ha hecho en la tierra!

Quería ofrecernos otro motivo nuestro queridísimo Padre; estuvo algún tiempo indeciso y añadió:

— No, hijas mías, hay que dejaros libres para pensar en los demás motivos y contentarse con hacer lo que las madres que, obligadas a destetar a sus hijos para que puedan comer ordinariamente, les mastican un poco el pan al principio, no mucho, porque entonces sacarían toda la sustancia. Así es preciso que haga yo también y que delante de Dios vosotras veáis y aprendáis de él las demás razones.

Animo, hijas mías, suplico a Dios, fuente de caridad, que os dé la gracia de aprender el medio de servir a los pobres enfermos corporal y espiritualmente, en su espíritu e imitando perfectamente el espíritu de su Hijo, y que os bendiga. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, *Amén*.

Sobre el servicio a los enfermos

Sigue la conferencia con los motivos que tenemos para servir a los pobres enfermos corporal y espiritualmente y enseñarles a utilizar sus enfermedades, a disponerse para la muerte y a tomar fuertes resoluciones de vivir mejor cuando queden curados. Esta conferencia tuvo lugar el 2.º domingo de cuaresma, y el Padre Vicente nos hizo el honor de estar presente al comienzo. Después de haber planteado el tema, mandó a las hermanas que expusiesen sus pensamientos.

En primer lugar, los motivos.

El primer motivo, dijo una hermana, es que los pobres tienen el honor de representar a los miembros de Jesucristo, que considera los servicios que se les hacen como hechos a él mismo ², El segundo, que las almas de los pobres tienen en sí la imagen de Dios, y por consiguiente tenemos que honrar en ellos a la Santísima Trinidad. El tercero es la recomendación que el Hijo de Dios nos ha hecho con sus palabras y ejemplos; para demostrarles a los discípulos de san Juan que era el Mesías, les dijo que los pobres eran evangelizados y los enfermos eran curados ³. El cuarto es que ayudar a que se salve un alma, es cooperar en el cumplimiento perfecto de los planes de Dios en la muerte de Jesucristo.

Motivos de otra hermana:

— Un poderoso motivo es que por el servicio a los pobres honramos lo que el Hijo de Dios hizo en la tierra y su santa humanidad (varias hermanas han pensado en este motivo). Otro

Conferencia 10. — Arch. de las Hijas de la Caridad, el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. El tema de esta conferencia corresponde al que se trató el 16 de marzo de 1642, segundo domingo de cuaresma.

2. Mt 25,34-40.

3. Lc 7,22.

es la obligación que tenemos de ayudar a nuestro prójimo como nos gustaría ser ayudados, si tuviésemos necesidad de ello. Como Dios no ha permitido que tuviésemos bienes para hacer grandes limosnas, por los menos tenemos que emplearnos en el servicio de los pobres con la fuerza y la poca capacidad que él nos da.

Otra hermana observó que los pobres son abandonados por todos los demás, tienen muchas necesidades y necesitan consuelo en sus aflicciones, no siempre saben lo que es Dios, y a veces ni siquiera han pensado en su salvación. Y esa hermana, como la mayor parte de las demás, se humilló mucho pensando en la gracia que Dios le había dado llamándola a una vocación tan santa, y tomó la resolución de estimarla más y de ser más fiel a Dios en ella.

Motivos de otra hermana:

— Feliz de pertenecer a una Compañía que lleva el nombre de Hijas de la Caridad, tiene que honrar en ella a los pobres, mirar a los pobres niños expósitos como tales, y servirles, mientras esté destinada a ello, como si se tratase del mismo Hijo de Dios, tal como él lo pide. Como el fin principal de las Hijas de la Caridad es imitar la vida de Jesucristo en la tierra, dicha hermana quiere utilizar la suya en el servicio de los pobres, ya que el Hijo de Dios murió en la Cruz por ellos, como por nosotros. Y así seremos verdaderas Hijas de la Caridad y no sólo de nombre. El último motivo es hacer todo el servicio que se pueda a los pobres por amor a Dios y el deseo que tenemos de verlo un día en su gloria.

Varias hermanas dieron como motivo la gratitud por la gran gracia que Dios les había hecho por llamarlas a una vocación que se parece a la del Hijo de Dios en la tierra; se humillaron por las negligencias que habían tenido hasta entonces, e hicieron nuevas resoluciones de mayor fidelidad a Dios.

El pensamiento de que los pobres son miembros de nuestro Señor fue para todas un motivo poderoso para servirles con mayor cuidado y caridad del que hasta ahora han tenido.

Otra hermana: Como ella no tiene nada, y sin embargo la limosna es muy agradable a Dios, quiere entregarse por entero a los pobres, y honrar la vida del Hijo de Dios, que murió por ellos.

Otra hermana: Como ella ha sido llamada por Dios a la Compañía de las Hijas de la Caridad, tiene que servir a los pobres espiritualmente, esto es, ayudarles a conocer a Dios y a usar los medios para salvarse; y corporalmente, esto es, administrarles los alimentos y remedios con mucho cuidado y cordialidad.

Otra hermana: Como Dios quiere ser servido por nosotras en la persona de los pobres, yo los miraré en Jesucristo y les serviré por amor a él.

Otra hermana: Ver a Dios en la persona de los pobres y representarse, con deseos de imitarlas, la mansedumbre, humildad y caridad, que Jesucristo practicaba al servirles en la tierra, sin tener acepción de personas, a todos igualmente, según su necesidad.

Otra hermana: A Dios le agrada mucho el servicio que se hace a los pobres por su amor. Ella se consideraba indigna de su vocación y creía que cualquier otra lo haría mejor. Sin embargo, se sometía a las órdenes de la divina Providencia que la había llamado a la Compañía, y se comprometía a visitar a los pobres con el ánimo de honrar la santa vida de Jesucristo.

Medios para ayudar a los pobres enfermos a utilizar bien la enfermedad que Dios les envía, expuestos por las Hermanas de la Caridad en la conferencia indicada.

Después de haber saludado a los enfermos de una forma modestamente jovial, informarse del estado de su enfermedad, compadecer sus penas y decirles que Dios os envía para ayudarles y aliviarles en todo lo que podáis, hay que preguntar por el estado de sus almas, explicarles que tienen que recibir sus enfermedades de la mano de Dios para su mayor bien y que, en su amor eterno, él permite esa enfermedad para llevarlos a él, ya que muchas veces en la salud no pensamos más que en

trabajar para la vida del cuerpo y no nos preocupamos de nuestra salvación. Después de esto, sugeríles un acto de fe en general, que abarque todos los artículos de nuestra fe y un acto de conformidad con la voluntad de Dios, especialmente en lo que se refiere a la aceptación de la enfermedad. Enseñadles que algunas veces Dios nos aflige por nuestros pecados, otras veces para darnos ocasión de manifestarle nuestro amor. Habladles con cordialidad, por ejemplo: «Mi querido hermano, o mi querida hermana, en medio de sus grandes dolores piense en los del Hijo de Dios, pídale que una los de usted a los suyos y se los ofrezca al Padre por sus pecados». Otras veces decíles: «Mi querido enfermo, piense que, puesto que Jesucristo ha sufrido tanto por usted, también tiene usted que sufrir por su amor, ya que no es razonable que el siervo vaya por un camino distinto del de su amo ⁴. Piense también que Dios ha permitido que su cuerpo esté enfermo para la curación de su alma, a la que hay que tener un gran respeto, ya que ha sido creada para el cielo, en donde estará eternamente con Dios. Para ayudarle a tener paciencia, pídasela muchas veces a Dios, y tenga frecuentemente en su boca el santo nombre de Jesús».

«Sé muy bien, amigo mío, que su pobreza aumentará sus penas por las incomodidades que recibirán con ella su mujer y sus hijos; pero, para aliviar esos pensamientos, piense en la pobreza del Hijo de Dios y de su santa Madre, que no tenía donde alojarse cuando vino al mundo; él mismo dijo que no tenía dónde descansar su sagrada cabeza ⁵. Hermano mío, ¡qué gran consuelo es éste!» «Hermano, una cosa que le tiene que consolar en su mal es que, aunque sea muy grande, no es nada en comparación con lo que sufrió nuestro Señor por nosotros en la Cruz. Si sufre pacientemente y por amor a Dios, él le aumentará la gloria que tendrá en el cielo. Este mal pasará, y el consuelo de haber sufrido por amor a Dios y de haberse conformado con su voluntad le quedará siempre y Dios le amará más.» «Fíjese, hermano mío; esa enfermedad que Dios le ha enviado

4. Mt 10,24.

5. Mt 8,20.

le ayudará quizás a evitar las penas del infierno, que durarán una eternidad. Esté seguro de que con ella disminuirá mucho lo que tenga usted que sufrir en el purgatorio por sus pecados, pero con una condición: que haga buen uso de ella y la sufra por amor a Dios. Por el contrario, perderá usted mucho si se impacienta en su mal; no le digo: si se queja, ya que la queja no es una falta de paciencia.»

Una hermana observó que sería conveniente, al entrar en la habitación de los enfermos, ver en ellos a nuestro Señor en la cruz, y decirles que su cama tenía que representarles la cruz de nuestro Señor en la que ellos sufren con él.

Reflexiones de otra hermana: Si el enfermo nos manifiesta algún descontento, indicarle que, cuando estamos enfermos, es por permiso de Dios, y que en este estado tenemos que preguntarnos qué es lo que nos gustaría en el momento de nuestra muerte haber hecho en nuestra vida, e intentar reparar todos nuestros pecados en esta enfermedad por medio de la conformidad con la voluntad de Dios, la paciencia, el sufrir la pobreza y los dolores que experimentamos y la unión de nuestros sufrimientos a los de Jesús en la cruz.

Otra hermana: Invitar al enfermo a utilizar bien su enfermedad, mostrándole que su mal ha sido permitido por Dios, su Creador, a quien tiene que adorar, amar y al que debe someterse. Esa hermana demostró mucha gratitud por el hecho de que, con su gracia, Dios la escogió para hacerlo conocer y amar y para que imitase así la conducta de su Hijo en la tierra.

La mayor parte de las hermanas observaron que deberían, apenas empezar a servir a los pobres enfermos, ayudarles a que se aprovecharan de su estado, y para eso indicarles que, si estamos en pecado mortal, todo lo que hacemos y sufrimos no puede ser agradable a Dios y que todos nuestros sufrimientos y nuestras penas resultan inútiles. A continuación, informarse sobre el tiempo de su última confesión y comunión, y mostrarles que la gracia de Dios es la vida del alma, lo mismo que el alimento es la vida del cuerpo, y que, si estamos mucho tiempo sin comer, nuestro cuerpo dejaría de vivir.

Sobre la obediencia

Mis queridísimas hermanas, nuestra conferencia de hoy será un tema de los más importantes que hay para vuestra perfección, la santísima obediencia, virtud tan agradable a Dios, que el Espíritu Santo ha dicho, por los Padres de la Iglesia, que la obediencia vale más que el sacrificio ¹, e hizo que su Hijo la practicase durante treinta años en la tierra, hasta la muerte. Jesucristo prefirió la santa obediencia a su propia vida. ¿No dijo a san Pedro, cuando quería impedir que los judíos le prendiesen: «¿No queréis que haga la voluntad de Dios mi Padre, que consiste en obedecer a los soldados, a Pilato y a los verdugos? Y si no fuese porque tengo que cumplir esta santísima voluntad, habría legiones de ángeles que me vendrían a liberar?» ², ¡Oh, virtud santa! Hijas mías, no seréis agradables a Dios mientras no seáis obedientes.

¿Pero sabéis cómo hay que practicar esta virtud? En muchas ocasiones; porque tenemos que obedecer al santo Padre, a los obispos, a los párrocos, a nuestros confesores, directores y superiores, al rey, a los magistrados. Y todos los que tienen algún cargo de superiores, están también obligados a la obediencia; yo, tan malo como soy, estoy obligado de tal manera que, si los que me pueden mandar me enviasen a los confines del mundo, estaría obligado a ir. Por lo demás, por la misericordia de Dios, preferiría antes morir que faltar a ello.

Estamos además obligados a obedecer nuestras reglas y a la divina Providencia; y vosotras, a las damas de la Caridad.

Hijas mías, ¡ojalá supieseis cuán necesaria es la obediencia a las Hijas de la Caridad! Sí, os lo digo, es más necesaria para

Conferencia 11. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. 1 Re 15,22.

2. Mt 26,52-54.

vosotras que para cualquier otra comunidad. ¿Qué es lo que os puede obligar al servicio de Dios en vuestra santa vocación sino la obediencia? ¿Sabéis lo que es para vosotras la obediencia? Es lo mismo que un barco para los que están en la mar. El barco guarda a los que están dentro y los guía hasta el puerto. Si el barco se rompe y queda destrozado en medio del mar, perecerán todos los que están dentro. Lo mismo pasa con vosotras, mis queridas hermanas; mientras permanecáis en una exacta obediencia a vuestros superiores, a vuestra regla y a la divina Providencia, iréis directamente a Dios; pero, si prescindís de ella, seguramente naufragaréis. Vosotras no tenéis ocasión para obedecer al santo Padre, a los obispos ni a los magistrados, sino a vuestros superiores. Pero veamos cómo conviene obedecerles y en qué consiste la verdadera obediencia.

Hay que obedecer voluntariamente, puntualmente, alegremente, prontamente, con el juicio, y sobre todo por amor a Dios.

Debéis una entera obediencia a vuestro director. Y como Dios me ha dado en cierta forma vuestra dirección a mí, a pesar de mi indignidad, estáis obligadas a lo que yo os ordene. A las que conozco de entre vosotras (que son muchas), les he recomendado que se contenten, en las confesiones ordinarias, con la acusación de tres pecados: porque, por la misericordia de Dios, me atrevo a decirlo, ninguna de las que he confesado cometen pecados mortales, y en este caso, bastará la acusación de los tres pecados veniales que os den más vergüenza. Vuestra memoria podrá retenerlos con mayor facilidad, y os resultará más fácil hacer sobre cada uno de ellos los actos de contrición o de atrición y tomar la resolución de corregiros de ellos. Si os acusáis de un gran número de pecados, ¿cómo podríais detestarlos todos y quedar libres de ellos? Hermanas mías, no podríais hacerlo. Practicad, pues, la obediencia en este punto, y este acto alcanzará la misericordia de Dios para enmendaros de los pecados de los que no os acusáis por obediencia.

Hace algún tiempo tuve un consuelo muy grande en este sentido. Uno de los grandes siervos de Dios que conozco me decía de nuestras hermanas de Angers: «Señor, no conozco a

nadie que se confiese mejor que vuestras buenas hermanas del hospital. Lo hacen aprisa; pero todo parece salir de un corazón verdaderamente penitente. Se acusan con tanta amargura y prontitud que bien se ve que no buscan más que la gracia de Dios». A ellas se les ha impuesto la misma práctica que a vosotras, hermanas mías. Sed obedientes en este punto, por favor.

Estáis obligadas a obedecer a vuestros confesores en lo que concierne a la confesión, como el cumplimiento de las penitencias, los medios para evitar ofender a Dios, pero no en cosas que estuviesen mal. Por eso, ellos cuidan muy bien de no mandaros nada de esta clase y no aconsejaros en contra de vuestras reglas, pues, en ese caso, no estaríais obligadas a obedecerles.

Además, estáis obligadas a obedecer a vuestras hermanas superiores. En este aspecto, hijas mías, quiero deciros que uno de estos días, estando en un monasterio de las Anunciadas, según creo, me dijo su superiora que la llamaban *ancilla*. Esto me hizo pensar en vosotras. Esta palabra *ancilla*, mis queridas hermanas, es una palabra latina que quiere decir *sierva*; ese fue el título que la santísima Virgen adoptó cuando dio su consentimiento al ángel para el cumplimiento de la voluntad de Dios en el misterio de la Encarnación de su Hijo; lo cual me ha hecho pensar, mis queridas hermanas que, en adelante, en vez de llamar a las hermanas superiores con ese nombre de superiores no utilizaremos más que la palabra de *hermana sirvienta*. ¿Qué os parece?; les dijo nuestro queridísimo Padre a algunas de las hermanas. Y su proposición fue aceptada.

Dijo también:

— Así es también como se califica al santo Padre, y todas sus cartas llevan estas palabras: «Urbano, siervo de los siervos de Jesucristo». Y también las superiores de la compañía del Hôtel-Dieu han tomado este nombre desde el comienzo de su fundación. Tal fue el deseo de su buena presidenta Goussault³.

3. Presidenta de las Damas de la Caridad del Hospital General de París, elegida en la reunión celebrada en su misma casa entre enero y marzo de 1634.

Así pues, mis queridísimas hermanas, debéis obediencia a aquella de vosotras que ocupe este cargo, en todo lo que se refiere al servicio de los pobres y a la práctica de vuestras reglas.

Tenéis que obedecer también a la dirección de la divina Providencia, aceptando y recibiendo de la mano de Dios todo lo que se os mande.

Pero, hijas mías, veamos qué razones tenemos para obedecer.

La primera es que la obediencia es tan agradable a Dios, que nos ha hecho decir por los santos Padres de la Iglesia que valía más que el sacrificio. Pues bien, mis queridas hermanas, no ignoráis la grandeza del sacrificio, puesto que en todo tiempo Dios ha hecho que se le ofrecieran sacrificios para aplacar su divina justicia, justamente irritada contra el hombre a causa de sus pecados; y puesto que él ha dicho, por la voz de la Iglesia, que la obediencia vale todavía más, ved cuánto debéis estimarla.

Otra razón es que el Hijo de Dios ha querido sujetarse a ella y la practicó perfectamente durante treinta años, y la santísima Virgen, durante toda su vida, con san José. Se ha dicho del Hijo de Dios que fue obediente hasta la muerte de cruz ⁴. Hijas mías, ¿qué motivo más poderoso podríais tener para amar y practicar la santa obediencia?

Otro motivo para amar la obediencia es que de ordinario nos engañamos a nosotros mismos, y nos dejamos cegar por nuestras pasiones, de forma que tenemos necesidad de alguien que nos guíe para hacer el bien. Creedme, mis queridas hermanas, la obediencia tiene que ser vuestra principal virtud.

Pero, hijas mías, ¿cómo hay que obedecer? Prontamente, alegremente, con el juicio y, sobre todo para agradecer a Dios. Al obedecer, pensad: «Yo doy gusto a Dios», o, lo que es lo mismo: «Yo agrado a Dios», Hijas mías, pensad que, si se da gusto a Dios, es éste un medio para sujetar las repugnancias que podríamos tener para obedecer.

4. Flp 2,8.

Es menester que la obediencia sea pronta, porque, hijas mías, ir pesadamente, con retraso, disminuye mucho el mérito de esta virtud, desedifica a vuestras semejantes y contrista a los superiores; de ahí puede seguirse que preferirá más hacer ella lo que os ha mandado, y a veces lo hace. Así pues, mis queridas hermanas, sed diligentes en obedecer. El ejemplo de la santísima Virgen, yendo a Belén y yendo a Egipto, os tiene que servir de modelo.

También es necesario que vuestra obediencia se preste voluntariamente, y no por fuerza, ni por temor a disgustar, o de que se os reprenda. Y si sentís un poco de repugnancia, como suele suceder, hijas mías, es preciso superar esa repugnancia animosamente; de lo contrario, vuestra obediencia sería sin mérito.

También es preciso que la obediencia vaya acompañada de la sumisión de juicio. ¿Qué es lo que quiere decir, hermanas mías, con sumisión de juicio? Es hacer lo que se os ha ordenado con convicción de que eso será lo mejor, aunque os parezca que lo que se os manda no está tan bien como lo que vosotras pensáis, y que eso será lo mejor porque la santa obediencia es agradable a Dios. Muchas veces, hijas mías, nuestro juicio es ciego, y se nos oculta el conocimiento de lo mejor, lo mismo que pasa a veces con los rayos del sol, cuando se pone por medio alguna nube; no es que el rayo no exista, sino que desaparece por algún tiempo. De esta forma sucede que el conocimiento de lo mejor nos queda oculto por la preocupación de alguna pasión; esto nos da a conocer que la mayor seguridad consiste en seguir la obediencia.

El objeto principal de vuestra obediencia, mis queridas hermanas, tiene que ser agradar a Dios. ¡Oh, qué felicidad para una pobre y mala criatura poder agradar a Dios! ¿No es ésta una gran felicidad? Todo lo que hagáis por obediencia resulta agradable a él, puesto que es doblegarse a su voluntad, y éste es el ejercicio de los bienaventurados. Por el contrario, si dais oídos a vuestra propia voluntad, incluso en las mejores cosas del mundo, os ponéis en peligro de seguir la voluntad del diablo

que, al cambiarse en ángel de luz, nos excita al bien para llevarnos a algún mal. Así pues, mis queridas hermanas, procurad alabar a Dios por medio de vuestra obediencia.

Vuestras prácticas de obediencia se ejercen de ordinario en relación con la hermana que está con vosotras en las parroquias.

No miréis, mis queridas hermanas, si esa hermana os resulta agradable. A veces la tentación, y vuestra propia voluntad, os sugerirán que, si fuese una hermana distinta, le obedeceríais con agrado. «Pero, me diréis, ésta es tan desabrida y me habla con tanta aspereza que no me es fácil obedecerla». Mis queridas hermanas, cuidado mucho de que este pensamiento no se detenga en vuestro espíritu; imaginaos que el mismo Jesucristo o la santísima Virgen quieren que os acordéis de lo que os he dicho; que al obedecer a vuestra hermana, dais gusto a Dios, y seguramente esta sumisión y obediencia, que os resultaba tan difícil, se os hará más fácil.

También se os puede ocurrir este pensamiento: «Esta es de tan mal humor que lo que dice que hagamos un día, al día siguiente ya no lo quiero». Hijas mías, no os extrañéis. Si Job se quejaba a Dios de que muchas veces se sentía contrario a sí mismo, de tal forma que lo que quería por la mañana le disgustaba por la noche ⁵, ¿por qué vosotras, de humores tan diferentes, no vais a tener las mismas dificultades? ¿Y sabéis como se arregla todo? Con un poco de paciencia. Tened cuidado, hermanas mías, de que vuestras repugnancias, cuando una hermana os manda cualquier cosa, no os hagan responder: «Hágalo usted misma». Mis queridas hermanas, ¡qué palabras! «¡hágalo usted misma!». Palabra del infierno, palabra de desorden y desunión. Es una palabra de desgracia; «¡hágalo usted misma!»: esa palabra no tiene que salir jamás de la boca de una Hija de la Caridad.

El Padre Vicente insistió tanto en esta frase, que nos hizo conocer perfectamente que su significado era muy peligroso.

5. Job 7,3-4.

La obediencia que debéis a vuestras reglas es de una gran importancia. Les debéis obediencia desde el día de vuestra entrada en la Compañía; porque no habéis sido admitidas sin haber dicho que así lo queríais. De ordinario se os concede bastante tiempo para pensar en ello; no se os oculta nada. Por eso, mis queridas hermanas, tenéis que ser sumamente puntuales, hacer caso de todas las advertencias e ir inmediatamente a sitios adonde os llama la campana para los ejercicios, porque faltar a un ejercicio es faltar a todos, lo mismo que pisotear un mandamiento, es faltar contra todos. Y tened cuidado; si hoy descuidáis la práctica de un punto de vuestras reglas, mañana faltaréis a dos, luego a tres, y finalmente Dios os retirará su gracia; de ahí es de donde provienen muchas veces las tibiezas y los cansancios en la vocación; finalmente, Dios ya no se digna mirarnos, y nosotros nos lo merecemos. Ese buen Dios no quiere que demos satisfacción a otras personas, en perjuicio del amor que le debemos a él, lo mismo que los esposos de la tierra, que no quieren que sus mujeres miren con ojos tiernos a nadie más que a ellos. Y él nos enseña esta verdad, diciendo que es un Dios celoso. Sí hijas mías, es un Dios celoso ⁶, y el Esposo de nuestras almas. No es conveniente que le irrite.

Una hermana preguntó si era mejor obedecer a las damas, cuando ellas quieren lo que la hermana no quiere.

En ese caso, hijas mías, no os pongáis en peligro de molestar a esas buenas damas, ya que sin dificultad tenéis que hacer lo que os ordene la hermana de la casa. Proveed a vuestros pobres enfermos de todo lo que necesitan y marchad adonde la obediencia os llame, sin decírselo. Y de venir a las reuniones, hermanas mías, no faltéis nunca a ellas, ni siquiera para ir a un sermón, pues, aunque sea muy bueno oír sermones, sin embargo tenéis que preferir estas reuniones, que se celebran para enseñaros lo que estáis obligadas a hacer; y todo lo que aquí se dice es para todas vosotras y para cada una en particular; no

6. Ex 20,5.

pasa así con los sermones. No digo que no los tengáis que oír cuando podáis, sino que el día de las reuniones, tenéis que preferir venir aquí.

¿Sabéis cómo tenéis que ser obedientes con la santísima Providencia? Mis queridas hermanas, respetadla mucho cuando tengáis que cambiar de casa, pensando que es esa divina Providencia la que lo ordena, y no digáis nunca: «Es esa hermana, es esa ocasión la que me hace salir de este lugar». Creed, por el contrario, que se trata del cuidado que la divina Providencia tiene de vosotras.

No sé si fue en esta conferencia el Padre Vicente nos dijo:

— Hijas mías, tenéis que tener tan gran devoción, tan gran confianza y tan gran amor a esta divina Providencia que, si ella misma no os hubiese dado este hermoso nombre de Hijas de la Caridad, que jamás hay que cambiar, deberíais llevar el de Hijas de la Providencia, ya que ha sido ella la que os ha hecho nacer.

Tenéis que practicar también esta virtud con la divina Providencia en las incomodidades que encontréis en los cambios que os he dicho, convencidas de ella es la que permite estas incomodidades para vuestro mayor bien. Y de esta forma, las aceptaréis y no os sentiréis turbadas por ninguna pena que os pueda acontecer.

Que cada una examine en qué ha faltado en la práctica de la obediencia, y encontraréis en vosotras muchas faltas. Hijas mías, se trata de prácticas muy importantes, y tenéis que dedicaros a ellas con mayor seriedad de lo que lo habéis hecho en el pasado. Antes de esta charla, he hablado con tres hermanas que me han dicho que habían faltado mucho en esto y que querían humillarse delante de la Compañía.

Y el Padre Vicente las fue llamando una tras otra; ellas le fueron pidiendo perdón a Dios y a la Compañía de las faltas que habían cometido, de las que el mundo había tenido conocimiento y había quedado desedificado, y prometieron corregirse, con la gracia de Dios.

El Padre Vicente continuó de esta forma:

— Hermanas mías, se han notado otras faltas de mucha importancia en la Compañía; y no os esforzáis bastante en corregiros. La mayor parte habéis confesado que vuestros pecados eran la causa de la caída de vuestro piso, y yo con vosotras, el más miserable pecador de todos; y habéis reconocido todas en particular que la mayor falta que había entre vosotras era la desunión. Un cuerpo no puede ser perfecto si la unión no es entera. ¿No es preciso, hermanas mías, que en un cuerpo humano, la cabeza tenga su función, y los brazos y las piernas la suya? Si los brazos quisiesen caminar y los demás miembros dedicarse a un oficio distinto del suyo, sería un cuerpo mal hecho, sin orden ni concierto. Lo mismo pasa, hijas mías, cuando dos hermanas no están bien unidas entre sí. ¿No veis que, cuando la cabeza está enferma, los demás miembros la ayudan? Así es preciso que suceda con vosotras: ayudaos las unas a las otras en vuestros defectos, pensando que, si hoy ayudáis a alguna de vuestras hermanas, bien sea en sus enfermedades corporales, o bien en caso de mal humor, mañana esa hermana, o alguna otra, os ayudará de la misma manera.

Otra gran falta es que, cuando tenéis alguna dificultad, en vez de manifestárnosla a nosotros o a la hermana de la casa, vais a quejaros a alguna de vuestras hermanas, que quizás esté tan descontenta como vosotras, o que es incapaz de aliviaros.

Había además otras faltas, de las que ahora no me acuerdo.

Bien, continuó el Padre Vicente, mis queridas hermanas, ¿no confesáis que la mayor parte de vosotras han caído en estas faltas?

Nos pusimos de rodillas, y algunas manifestaron sus errores, y prometieron ser más cuidadosas en el futuro. Entonces el Padre Vicente pidió esta gracia a Dios para la Compañía y añadió:

— Hijas mías, el Padre Portail me ha hecho pensar en una cosa que creo será útil y agradable para todas; es que tengamos una conferencia sobre vuestras hermanas difuntas desde que empezó vuestra Compañía. Este será el primer tema de nuestra

reunión, con la ayuda de Dios, dentro de quince días. Os ruego que os dispongáis para ello con dos oraciones que haréis por esta intención, una mañana, ya que tendréis la memoria bien fresca, y la otra en vuestra casa, por la mañana, el día en que se os comunique la fecha de la reunión.

El tema será el siguiente. Primer punto, del provecho que podrá sacar la compañía recordando las virtudes de dichas hermanas, tanto en su vida como en su muerte; segundo punto, acordarse y decir las virtudes que se advirtieron y sobresalieron en ellas; tercer punto, esforzarse en practicar esas mismas virtudes, a imitación suya, por el amor de Dios.

¡Bendito sea Dios, mis queridas hermanas!; suplico a su bondad que os conceda a todas la gracia de amar su santa obediencia, de practicarla, a imitación de su Hijo, con vuestros superiores, con vuestras reglas, y con la santa Providencia, y que os dé a este efecto la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

12(12,IX,77-79)

CONFERENCIA DE [JULIO DE 1642] ¹

Sobre las virtudes de Margarita Naseau

Memoria de lo que se dijo en la conferencia que tuvo el Padre Vicente con las Hijas de la Caridad sobre el tema de las ocho primeras hermanas fallecidas, cuyo primer punto se encuentra escrito en el original.

Segundo punto, que consiste en considerar las virtudes que cada una ha observado en nuestras hermanas que ya se han reunido con ni-S

Conferencia 12. — Ms. Déf. 2, p. 101 s.

1. Esta conferencia «sobre el tema de las ocho primeras hermanas fallecidas» se anunció en la conferencia anterior para celebrarse quince días más tarde.

Sor Margarita Naseau fue la primera en servir a los pobres enfermos de la parroquia de San Salvador, en la que se estableció la Cofradía de la Caridad el año 1630.

Margarita Naseau, de Suresnes, es la primera hermana que tuvo la dicha de mostrar el camino a las demás, tanto para enseñar a las jóvenes, como para asistir a los pobres enfermos, aunque no tuvo casi ningún maestro o maestra más que a Dios. No era más que una pobre vaquera sin instrucción. Moviada por una fuerte inspiración del cielo, tuvo el pensamiento de instruir a la juventud, compró un alfabeto y, como no podía ir a la escuela para aprender, fue a pedir al señor párroco o al vicario que le dijese qué letras eran las cuatro primeras; otra vez les preguntó sobre las cuatro siguientes, y así con las demás. Luego, mientras seguía guardando sus vacas, estudiaba la lección. Veía pasar a alguno que daba la impresión de saber leer, y le preguntaba: «Señor, ¿cómo hay que pronunciar esta palabra?» Y así, poco a poco, aprendió a leer; luego instruyó a otras muchachas de su aldea. Y entonces se resolvió a ir de aldea en aldea, para enseñar a la juventud con otras dos o tres jóvenes que había formado. Una se dirigía a una aldea, y otra a otra. Cosa admirable, emprendió todo esto sin dinero y sin más provisión que la divina Providencia. Ayunó muchas veces días enteros, habitó en sitios en donde no había más que paredes. Sin embargo, se dedicaba a veces de día y de noche a la instrucción, no sólo de las niñas, sino también de las personas mayores, y esto sin ningún motivo de vanidad o de interés, sin otro plan que el de la gloria de Dios, el cual atendía a sus grandes necesidades sin que ella se diese cuenta. Ella misma contó a la señorita Le Gras que una vez, después de haber estado privada de pan durante varios días, y sin haber puesto a nadie al corriente de su pobreza, al volver de misa, se encontró con qué poder alimentarse durante bastante tiempo. Cuanto más trabajaba en la instrucción de la juventud, más se reían de ella y la calumniaban los aldeanos. Su celo iba siendo cada vez más ardiente. Tenía un despego tan grande, que daba todo cuanto tenía, aun a costa de carecer ella de lo necesario.

Hizo estudiar a algunos jóvenes que carecían de medios, los alimentó por algún tiempo y los animó al servicio de Dios; y esos jóvenes son ahora buenos sacerdotes.

Finalmente, cuando se enteró de que había en París una cofradía de la Caridad para los pobres enfermos, fue allá, impulsada por el deseo de trabajar en ella; y aunque seguía con gran deseo de continuar la instrucción de la juventud, abandonó sin embargo este ejercicio de caridad, para abrazar el otro, que ella juzgaba más perfecto y necesario; y Dios lo quería de esta manera, para que fuese ella la primera hija de la Caridad, sierva de los pobres enfermos de la ciudad de París. Atrajo a otras jóvenes, a las que había ayudado a desprenderse de todas las vanidades y a abrazar la vida devota.

Tenía gran humildad y sumisión. Era tan poco apegada a las cosas que cambió de buen grado en poco tiempo de tres parroquias, a pesar de que salía de cada una de ellas con gran pena.

En las parroquias se mostró siempre tan caritativa como en el campo, dando siempre todo lo que podía tener, cuando se presentaba la ocasión; no podía rehusar nada, y le hubiera gustado tener a todo el mundo en su casa. Hay que advertir que entonces todavía no existían las comunidades formadas ni regla alguna que le impidiese obrar de esta manera.

Tenía mucha paciencia; no murmuraba jamás. Todo el mundo la quería, porque no había nada que no fuese digno de amor en ella.

Su caridad era tan grande que murió por haber hecho dormir en su casa a una pobre muchacha enferma de la peste. Contagiada de aquel mal, dijo adiós a la hermana que estaba con ella, como si hubiese previsto su muerte y se marchó a San Luis ², con el corazón lleno de alegría y de conformidad con la voluntad de Dios.

2. Servía a los pobres de San Nicolás y fue a morir al hospital de San Luis.

Imitación de las jóvenes campesinas

Todas las hermanas se pusieron de rodillas, suplicaron al Padre Vicente que pidiese perdón a Dios por ellas, por el mal uso que habían hecho de la gracia de su vocación y de todas las instrucciones que habían tenido la dicha de recibir de su caridad y prometieron portarse mejor en el futuro.

Aquel caritativo Padre, en su bondad, pidió enseguida perdón a nuestro buen Dios y la gracia que necesitaban todas sus hijas.

Hermanas mías, me había propuesto hablaros el día de santa Genoveva, y como aquella gran santa era una pobre muchacha de aldea, me parecía que hubiese sido conveniente hablar de sus virtudes y de las verdaderas aldeanas, ya que ha querido la bondad de Dios llamar principal y primeramente a jóvenes campesinas para componer vuestra Compañía. Y aunque no haya podido hablaros aquel día, por cierto impedimento que surgió, me parece muy a propósito no cambiar de tema, ya que es muy razonable que esta gran santa, ahora en el cielo, honrada en la tierra por los reyes y todo el mundo, nos haga ver que ella se hizo agradable a Dios con las virtudes de las verdaderas campesinas, que practicó con gran perfección.

En primer lugar, hijas mías, sabed que, cuando os hablo de las campesinas no pretendo hablaros de todas, sino sólo de aquéllas que tienen las virtudes de las buenas campesinas; así como también, al hablar de las campesinas; no pretendo excluir a todas las jóvenes de las ciudades, ya que sé muy bien que en las ciudades hay muchas que tienen las mismas virtudes de las del campo, y tenemos motivos para creer que incluso en vuestra Compañía hay algunas de ellas, y no puedo verlo sin gran

Conferencia 13. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

consuelo. ¡Bendito sea Dios, hijas mías!, ¡bendito sea Dios! Y también es verdad que en las aldeas hay algunas, demasiadas, que tienen el espíritu de las mujeres de la ciudad, y principalmente las que están cerca. Parece que este ambiente es contagioso y que el trato de unas con otras sirve para comunicar las malas inclinaciones.

Os hablaré con mayor gusto todavía de las virtudes de las buenas aldeanas a causa del conocimiento que de ellas tengo por experiencia y por nacimiento, ya que soy hijo de un pobre labrador, y he vivido en el campo hasta la edad de quince años. Además, nuestro trabajo durante largos años ha sido entre los aldeanos, hasta el punto de que nadie los conoce mejor que los sacerdotes de la Misión. No hay nada que valga tanto como las personas que verdaderamente tienen el espíritu de los aldeanos; en ningún sitio se encuentra tanta fe, tanto acudir a Dios en las necesidades, tanta gratitud para con Dios en medio de la prosperidad.

Os diré pues, mis queridas hijas, que el espíritu de las verdaderas aldeanas es sumamente sencillo: nada de finuras, nada de palabras de doble sentido; no son obstinadas ni apegadas a su manera de pensar; porque la sencillez las hace creer simplemente lo que se les dice. De esta forma, hijas mías, tienen que ser también las Hijas de la Caridad; en esto conoceréis que lo sois de verdad, si todas sois sencillas, si no sois obstinadas en vuestras opiniones, sino sumisas a las de las demás, cándidas en vuestras palabras, y si vuestros corazones no piensan en una cosa mientras que vuestras bocas dicen otra. Mis queridas hermanas, quiero creer esto de vosotras ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios, hijas mías!

En las verdaderas campesinas se observa una gran humildad, no se glorían de lo que son, ni hablan de su parentela, ni piensan que tienen inteligencia, y van con toda sencillez; y aunque unas tengan más que las otras, no por ello se sienten superiores, sino que viven igualmente con todas. No sucede lo mismo con las jóvenes de las ciudades, que muchas veces presumen de lo que no tienen, están hablando siempre de su casa, de su pa-

rentesco y de sus comodidades. Hijas mías, las verdaderas Hijas de la Caridad están y deben estar cada vez más alejadas de este espíritu; creo que, por la gracia de Dios, así será, ya que, aunque entre vosotras haya personas de toda clase y condición, todas son iguales, y así es como tiene que ser; las hermanas de la Casa tienen que tomar el verdadero espíritu de las buenas campesinas y vivir lo mismo que ellas. Es preciso que os diga, mis queridas hermanas, que recibo un gran consuelo siempre que veo entre vosotras a las que tienen verdaderamente este espíritu; ¡bendito sea Dios! ¡Sí, os lo digo, hijas mías, cuando me las encuentro por la calle, con el cesto a la espalda, no sabéis la alegría que experimento. ¡Bendito sea Dios!

La humildad de las buenas campesinas impide también que tengan ambición; os hablo de las «buenas», hijas mías, porque sé muy bien que no todas son tan virtuosas y que también hay en el campo personas que tienen el espíritu tan ambicioso como en las ciudades, pero hablo siempre de las buenas, de las que no se han contagiado del espíritu de las ciudades. Esas pues, mis queridas hermanas, no quieren más que lo que Dios les ha dado, ni ambicionan mayor grandeza, ni más riqueza, que la que tienen, y se contentan con vivir y vestir. Mucho menos se preocupan de decir palabras hermosas, sino que hablan con humildad. Si se las alaba, no saben por qué; por eso no escuchan las alabanzas. Su hablar es sencillo y sincero. Hijas mías, ¡cómo hay que estimar esta santa virtud de la humildad, que hace que uno no se sienta apenado cuando lo desprecian, y que incluso llega a amar el desprecio! Los santos apóstoles se glorriaban de los desprecios. San Pablo dice «Hemos sido considerados como mondas de manzanas y como estiércol del mundo»¹ Mis queridas hijas, así es cómo las Hijas de la Caridad, se tienen que juzgar; y en esto conoceréis que sois verdaderas Hijas de la Caridad, si sois muy humildes, si no tenéis ambición, ni presunción, si no os creéis más de lo que sois, ni más que las otras, bien sea en el cuerpo, bien en las condiciones del

1. 1 Cor 4,13.

espíritu, bien por vuestra familia o por vuestros bienes, o por vuestra virtud, lo cual sería la ambición más peligrosa. Utilizad bienamente los dones de Dios; atribuidle la gloria, si os ocurre que habéis hecho algo bueno, o imitad a las verdaderas jóvenes del campo que dicen y hacen sencillamente todo lo que saben sin mirar lo que dicen o hacen. Una señal muy segura de que sois verdaderas Hijas de la Caridad, es que amáis el desprecio, porque no os faltará ocasión de recibirlo. ¿Y por qué no lo ibais a tener? El Hijo de Dios lo recibió en abundancia; por eso decía que su Reino no era de este mundo. ¡Cuál tiene que ser el de las Hijas de la Caridad? No otra cosa, ¡hijas mías! ¡y bendito sea Dios porque están muy lejos de pensar lo contrario!

Las campesinas, mis queridísimas hijas, tienen gran sobriedad en su comida. La mayor parte se contenta muchas veces con pan y sopa, aunque trabajen incesantemente y en trabajos fatigosos. También vosotras, hijas mías, tenéis que obrar así si queréis ser verdaderas Hijas de la Caridad: no miréis lo que se da, ni mucho menos si está bien preparado, sino solamente comer para vivir. Y es menester que las de las ciudades que quieran ser Hijas de la Caridad, acepten vivir de esta manera. No son ellas solas las que viven de este modo; en gran número de lugares raramente se come pan. En el Limousin ² y en otros sitios se vive la mayor parte del tiempo de pan hecho de castañas. En el país de donde yo procedo, mis queridas hermanas, se alimentan con un pequeño grano, llamado mijo, que se pone a cocer en un puchero; a la hora de la comida se echa en un plato, y los de la casa se ponen alrededor a tomar su ración, y después se van a trabajar.

Hijas mías, ¡qué necesaria es la sobriedad a las Hijas de la Caridad! En eso conoceréis que lo sois de verdad, si conserváis con cuidado esta sobriedad de las aldeanas y especialmente de las que han sido llamadas desde el principio a servir a los pobres, porque vivían con una gran sobriedad.

2. Antigua provincia de Francia, unida definitivamente a la corona en tiempos de Enrique IV.

No os digo que comáis poco pan. No, mis queridas hermanas; san Bernardo dice que hay que comer suficiente pan; pero os digo que, en lo demás, las Hijas de la Caridad tienen que contentarse con poco. ¡Bendito sea Dios porque parece que esta práctica existe ya entre vosotras! ¡Bendito sea Dios por ello! Conservadla bien, hijas mías, si queréis tener el espíritu de las verdaderas campesinas, en el que Dios os ha llamado al servicio de los pobres enfermos.

No penséis que estáis peor alimentadas, hermanas mías, que las personas de fuera. En cualquier tiempo que sea, hay muchas peor alimentadas que vosotras, a pesar de que tienen que trabajar.

Hace ya algunos días, nuestro hermano Mateo³ nos escribía desde Lorena, y su carta, toda empapada en lágrimas, me indicaba las miserias de aquel país y especialmente las de más de seiscientas religiosas: «Padre, el dolor de mi corazón es tan grande, que no se lo puedo decir sin llorar, por la grandísima pobreza de estas buenas religiosas que socorre su caridad, y que yo no podría ni mucho menos expresar. Sus hábitos casi no pueden ser reconocidos. Están remendados de verde, de gris, de rojo; finalmente, de todo lo que pueden tener. Han tenido que usar zuecos».

No se preocupan de tener suficiente pan. Todas ellas son personas de buenas casas, que han tenido muchos bienes. ¿No sería una vergüenza para las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres, si desearan buenos platos, mientras que sus amos sufren de esta manera? Así pues, tened por seguro que, si queréis ser de verdad buenas Hijas de la Caridad, es menester que seáis sobrias, que no gustéis de buenos guisados, tanto las viudas de gran condición como las que son verdaderamente de aldea. Ninguna distinción, ninguna diferencia, cuando se es verdadera

3. Mateo Regnard nació en Brienne-Napoleón el 25 de julio de 1592. Entró en la Congregación de la misión en octubre de 1631. Pronunció los votos en octubre de 1644 y murió el 5 de octubre de 1669. Fue el gran distribuidor de las limosnas de san Vicente en Lorena y le sirvió de mucho con su audacia, sangre fría y destreza.

Hija de la Caridad. ¿Y sabéis, mis queridas hermanas, de qué vivía la santísima Virgen cuando estaba en la tierra, y de que vivía nuestro Señor? De pan. Entró en casa del fariseo ⁴, nos dice la Sagrada Escritura, para comer pan; y en otros varios lugares, lo mismo. Solamente se dice una vez que comió carne: fue cuando comió el cordero pascual con sus apóstoles; y otra vez que comió pescado asado. ¡Bendito sea Dios!

Las aldeanas, mis buenas hermanas, tal como era la gran santa Genoveva, tienen también una gran pureza; nunca se encuentran a solas con los hombres, ni les miran jamás al rostro, ni escuchan sus galanterías; no saben lo que es un piropo. Si se dijese a una buena aldeana que es hermosa y gentil, su pudor no lo podría sufrir; ni siquiera comprendería lo que se le dice. De la misma forma, hijas mías, es menester que las Hermanas de la Caridad no escuchen jamás tales palabras; porque aceptarlas con gusto sería un crimen; que ni siquiera contesten a ellas con palabras contrarias, porque todas esas maneras de entretenerse no valen para nada. Tened mucho cuidado.

Y si las palabras son tan peligrosas, ¿qué sería de las acciones? Hijas mías, jamás tenéis que estar solas con los hombres, aunque se trate de un sacerdote. Tocar las manos de los pobres, ¡oh, no!, no hay que hacerlo, si no es por necesidad. Preocuparse de si se les da gusto o no, no hay que pensar en ello, pero sin dárselo a entender y sin ofenderles. Finalmente, hermanas mías, conoceréis que sois verdaderas Hijas de la Caridad si vuestro espíritu no se detiene en la compañía de los hombres más que para servir a vuestros pobres, sin más preocupación que vuestra obligación por el amor de Dios. Y guardaos mucho de tener atractivos para los hombres, bien sea por vuestro ojos, o bien por vuestras palabras. Sed también muy cuidadosas de no oír nada que pueda perjudicar en lo más mínimo a la pureza que tenéis que tener, para participar de la de las verdaderas campesinas, tal como fue santa Genoveva, que os tiene que servir mucho de ejemplo. Mis queridísimas her-

4. Lc 7,36; 11,37; 14,1.

manas, ¡bendito sea Dios, que hasta ahora os ha preservado de todos estos peligros!

Os diré también, hermanas mías, que las verdaderas campesinas son muy modestas en su trato, mantienen su vista recogida, son modestas en sus hábitos, que son corrientes y vulgares. Así tienen que ser las Hijas de la Caridad. No tienen que entrar en las casas de los grandes a no ser cuando tengan algo que hacer allí por el servicio de los pobres, e incluso con miedo, sin observar lo que hay allí y hablando a todos con gran circunspección y modestia. Últimamente me quedé muy edificado. Había llevado a un buen hermano a un lugar en donde estuvimos algún tiempo; y como le preguntase algún detalle, me dijo: «¡Lo siento, Padre! No sé nada. No he observado nada. No le podría decir lo que hay allí». Esta modestia me impresionó mucho.

¡Bendito sea Dios, hijas mías! Os digo esto para animaros a la práctica de esta virtud y para daros a conocer que si queréis ser verdaderas Hijas de la Caridad, os tiene que servir el ejemplo de la Santísima Virgen. Ella tenía tan gran modestia y pudor que, aunque la saludaba un ángel para ser madre de Dios, sin embargo, su modestia fue tan grande que se turbó, sin mirarlo. Esta modestia, mis queridísimas hermanas, os tiene que enseñar a no ofrecerles ningún atractivo a los hombres. Hijas mías, ¡qué peligroso es esto! Desconfiad siempre de vosotras mismas, y seguramente adquiriréis esta modestia tan necesaria.

Nuestra buena santa Genoveva amó también mucho la pobreza, como buena aldeana; y todas las buenas Hijas de la Caridad tienen que tomar afecto a la práctica de esta virtud. Os hablo de la práctica, hijas mías; no bastaría con amar la virtud desde fuera; hay que amar las necesidades que pueden acontecer, y no quejarse de las que se sufren. Queremos tener lo que no se tiene hijas mías, no es la pobreza de las verdaderas campesinas, que se contentan con lo que son, bien sea en el vestir, bien en el alimento. Y por lo que se refiere a sus bienes, nunca piensan en ellos, e incluso no presumen de los que tienen, sino que son

aficionadas a la pobreza. Trabajan como si nada tuvieran; y en esto, hijas mías, se conocerá que sois verdaderas Hijas de la Caridad, si no ambicionáis nada, si os contentáis con lo que se os da, por la gracia de Dios.

Las que Dios llamó primero a vuestra manera de vivir han obrado de esta forma. Hijas mías, ¿qué pensáis de la vida del Hijo de Dios y de la de su santa Madre? Una vida de perfecta pobreza. ¿No os acordáis de que todos aquellos, a los que el Hijo de Dios llamó para que le sirviesen, aprendieron de él a practicar la pobreza? «Si queréis ser perfectos, dejadlo todo y seguidme»⁵. ¿Habéis oído decir alguna vez, mis queridas hermanas, que se ha engañado quizás alguno de los que tuvieron confianza en Dios? ¡Ni mucho menos, hijas mías! Dios es demasiado bueno, y sus promesas son verdaderas. ¿No sabéis que les ha prometido a todos los que dejen cuanto tienen por amor suyo que tendrán el céntuplo en este mundo y la gloria en el otro?⁶. ¿No es verdad, mis queridas hermanas, que la mayor parte de vosotras habéis experimentado la verdad de estas promesas? ¿Cuántas madres y hermanas habéis encontrado por cada una de las que habéis dejado? ¿No es verdad?

Y todas las hermanas respondieron que sí.

Y sobre los bienes, yo estoy seguro, hijas mías, que vosotras habéis encontrado mucho más de lo que dejasteis, cualquiera que sea la pobreza que habéis guardado. Estos últimos días, hijas mías, se ha dado cuenta de todos los gastos hechos desde que las primeras Hijas de la Caridad pusieron sus cosas en común. ¿A cuánto creéis que han subido los gastos? A veinte mil libras, hijas mías. ¿Y de dónde ha venido todo esto, sino de la Providencia de Dios, como consecuencia de sus promesas? Hijas mías, ¡bendito sea Dios! ¡qué bueno es fiarse de él Amad, pues, mucho la santa pobreza, que os hará poner toda vuestra confianza en Dios, y no os preocupéis más de vuestro alimento ni de vuestro vestido. Aquel que mira por los ni-

5. Mt 19,21.

6. Mt 20,29.

ños y por las flores de los campos no os faltará. Se ha comprometido de palabra, y sus palabras son muy verdaderas. ¿Habéis visto jamás a personas más llenas de confianza en Dios que los buenos aldeanos? Siembran sus granos, luego esperan de Dios el beneficio de su cosecha; y si Dios permite que no sea buena, no por eso dejan de tener confianza en El para su alimento de todo el año. Tienen a veces pérdidas, pero el amor que tienen a su pobreza, por sumisión a Dios, les hace decir: «¡Dios nos lo había dado, Dios nos lo quita, sea bendito su santo nombre!»⁷ Y con tal que puedan vivir, como esto no les falta nunca, no se preocupan por el porvenir. Hijas mías, puesto que las primeras de vuestras hermanas fueron llamadas principal y primeramente de entre las buenas campesinas y de las que tenían más este espíritu de pobreza, ¿no tenéis motivos para conocer, por la práctica de esta virtud, si sois verdaderas Hijas de la Caridad?

Tenéis que practicarla en este punto: no preocuparse del porvenir; hacer vuestros gastos todo el año según vuestra costumbre y, si os sobra, traedlo a la casa, y esto para ayudar a educar a las hermanas para servir a los pobres. No tenéis derecho más que para vivir y vestiros; el resto pertenece al servicio de los pobres. Hijas mías, ¿no habéis oído decir alguna vez que Dios escogió a los pobres para hacerlos ricos en la fe?⁸ ¿Y qué creéis que es esta elección que ha hecho Dios de las campesinas? Hasta el presente, las religiosas llamadas al servicio de Dios eran todas ellas hijas de casas ricas. ¿Qué sabéis, digo yo, hijas mías, si, al llamaros Dios para su gloria y para el servicio de los pobres, su bondad no quiere quizás probar vuestra fidelidad para mostrar esta verdad, que Dios escogió a los pobres para hacerlos ricos en la fe? La fe es una gran posesión para los pobres, ya que una fe viva obtiene de Dios todo cuanto razonablemente queremos. Hijas mías, si sois verdaderamente pobres, sois también verdaderamente ricas, ya que

7. Job 1,21.

8. Sant 2,5.

Dios es vuestro todo. Fiaos de él, mis queridas hermanas. ¿Quién ha oído decir jamás que los que se han fiado de las promesas de Dios se han visto engañados? Esto no se ha visto nunca, ni se verá jamás. Hijas mías, Dios es fiel en sus promesas, y es muy bueno confiar en él, y esa confianza es toda la riqueza de las Hijas de la Caridad, y su seguridad. ¡Qué felices seréis, hijas mías, si no os falta nunca esta confianza! Porque seréis entonces verdaderas Hijas de la Caridad, y participaréis del espíritu y de las buenas prácticas de las verdaderas aldeanas, que tienen que ser vuestro modelo, ya que Dios se ha servido primero y principalmente de ellas, para empezar vuestra Compañía. ¡Bendito sea Dios, hijas mías, que nos hace conocer en santa Genoveva la bondad de las verdaderas campesinas! ¡Qué consuelo siento, mis queridísimas hermanas, cuando me encuentro con alguna de vosotras. que sé que tiene este espíritu y virtudes verdaderamente generosas! Sí, hijas mías, hay entre vosotras algunas dignas de admiración. ¡Bendito sea Dios, hijas mías! Cuando veo y me encuentro por los caminos a personas de condición que tienen verdaderamente el espíritu de las buenas aldeanas, que llevan un cesto a la espalda, que van cargadas por las calles y caminan con modestia que da devoción, hermanas mías, ¡cuánto consuelo me da esto! ¡Bendito sea Dios por las gracias que les concede!

Una de las principales virtudes de las Hijas de la Caridad que tienen las cualidades de las campesinas, es la santa obediencia. Hijas mías, esta virtud es tan necesaria o más que cualquier otra, ya que tenéis que practicarla igualmente en las cosas difíciles que en las fáciles. Tenéis que ir tanto a los lugares a los que tengáis repugnancia como a los que deseáis, y esto sin ninguna queja, pensando siempre que es preciso obrar así, ya que vuestros superiores lo ordenan, y que, por consiguiente, tal es la voluntad de Dios. Sed dóciles y manejables bajo la guía de la divina Providencia, lo mismo que un caballo con su jinete; id unas veces por la derecha, otras por la izquierda, tal como se os ordena. Pero los sentidos dirán: «Empezaba a acostum-

brarme a esta parroquia, a este barrio, a estas damas» «¡No importa! La obediencia es la que me saca; hay que salir con prontitud y alegría». ¿No sabéis, hijas mías, que no hay que tener en el mundo ninguna amistad que pueda perjudicar al amor que habéis de testimoniar a Dios por vuestra sumisión y obediencia? No hay mayor obediencia que la de las verdaderas aldeanas. Vuelven de su trabajo a casa, para tomar un ligero descanso, cansadas y fatigadas, mojadas y llenas de barro; pero apenas llegan, tienen que ponerse de nuevo a trabajar, si hay que hacer algo; y si su padre y su madre les mandan que vuelvan, en seguida vuelven, sin pensar en su cansancio, ni en el barro, y sin mirar cómo están arregladas. Así es cómo tienen que hacer las verdaderas Hijas de la Caridad. Vuelven a mediodía del servicio a los enfermos para tomar su comida, pero si el médico o alguna hermana dice: «Hay que llevar este remedio a un enfermo», no tiene que fijarse en qué situación están, sino olvidarse de todo por obedecer, y preferir la comodidad de los enfermos a la suya. En esto, mis queridísimas hermanas, es donde conoceréis que sois verdaderas Hijas de la Caridad. ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Creo que estáis casi todas en esta disposición. ¿Pero sabéis, hijas mías, cómo se deben hacer estos actos de obediencia? Con alegría, mansedumbre y caridad, y no por mera obligación, ni de una forma negligente, sino con tal fervor que demostréis que no queréis ahorrar vuestro esfuerzo en el servicio de Dios al servir a vuestros pobres, y sin fijarse en los lugares a donde se os envía, ni en las personas que os mandan, sino estar dispuestas a cambiar de lugar, bien sea París, o bien los pueblos, un lugar cercano o apartado. De esta forma, mis queridas hermanas, seréis verdaderas Hijas de la Caridad, imitaréis a nuestro Señor y a la santísima Virgen en su obediencia, cuando se os mande quedar o cambiar de lugar, por orden y designio de la divina Providencia, a la que tenéis que ver siempre en los motivos para practicar la santa obediencia.

En nombre de Dios, hijas mías, tened mucho cuidado en la obligación que tenéis de haceros virtuosas, si queréis que Dios

os conceda la gracia de ser verdaderas Hijas de la Caridad. Si supieseis la obligación que tenéis de perfeccionaros y qué desgracia es hacerse indigna de una tan santa vocación, hermanas mías, lloraríais lágrimas de sangre. Sí, hijas mías, os lo digo una vez más: ser llamadas por Dios para una obra tan santa, y no reconocer en la práctica sus obligaciones, merecería ser llorado con lágrimas de sangre. Es un pensamiento que he tenido hoy, hermanas mías, miserable de mí, al verme tal como soy, en un estado que debería hacerme tan perfecto; hermanas mías, tengamos juntamente mucho miedo. Tenéis que tener muchas veces este pensamiento y decir: «Dios mío, me has escogido a mí, pobre e indigna criatura, para ponerme en un estado que sólo tú conoces (sí, hijas mías, sólo Dios sabe la perfección de vuestro estado) y yo soy un cobarde, al no trabajar por tener las condiciones requeridas». ¡Qué desgraciadas seríais si, por vuestra culpa, perdierais vuestra vocación, o si, por vuestra cobardía, no os esforzaseis en adquirir la perfección que Dios quiere en aquellas que le sirven en este estado! Pensad en ello, hijas mías, pensad en ello muchas veces, pero en serio, y como en una cosa de la mayor importancia. «¡Oh! ¡Yo he sido elegida y escogida para una vocación tan santa, y pongo tan poco cuidado en ello!». Si supieseis lo que es esta infidelidad, sentiríais horror de ella. Por eso, hijas mías, tomad de nuevo buenas y valientes resoluciones de estimar más que nunca vuestra vocación y de intentar trabajar con mayor fidelidad en la perfección que Dios os pide.

Todas las hermanas dijeron que tenían estas disposiciones.

¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Sabed, hijas mías, que si alguna vez os he dicho algo importante y verdadero, es lo que acabáis de oír: que os tenéis que ejercitar en manteneros en el espíritu de verdaderas y buenas campesinas. Vosotras, a las que Dios, por su gracia, lo ha dado naturalmente, dadle gracias por ello, y las que no lo tenéis, trabajad en adquirir la perfección que os acabo de indicar en las verdaderas campesinas. Si alguna de las familias más elevadas se presenta en vuestra casa, con el deseo de entrar en vuestra

Compañía, hermanas mías, es preciso que sea para vivir en el cuerpo y en el espíritu como las jóvenes que tienen verdaderamente las virtudes de las campesinas, tal como las tuvo nuestra gran santa Genoveva, tan honrada ahora por su sencillez, su humildad, su sobriedad, su modestia y obediencia, y todas las demás virtudes que hemos advertido en las buenas aldeanas. ¡Bendito sea Dios! ¿pero qué digo? Hay más todavía: ésa era la práctica del Hijo de Dios en la tierra, cuya vida tenéis que honrar vosotras especialmente en vuestras acciones. Que el Espíritu Santo derrame en vuestros corazones las luces que necesitáis, para caldearlo con un gran fervor y 'laceros fieles y aficionadas a las prácticas de todas estas virtudes, para que, por la gloria de Dios, estiméis vuestra vocación en cuanto vale y la apreciéis de tal manera que podáis perseverar en ella el resto de vuestra vida, sirviendo a los pobres con espíritu de humildad, de obediencia, de sufrimiento y de caridad, y seáis bendecidas. En el nombre el Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

14(14,IX,94-113)

CONFERENCIA DEL 26 DE ABRIL DE 1643

Sobre la unión entre los miembros de la Comunidad

EL 26 de abril, el Padre Vicente, nuestro muy honorable Padre, nos hizo la caridad de darnos una conferencia sobre el peligro de la desunión en la Compañía de Hijas de la Caridad y nos dijo:

— Hijas mías, el tema que hoy tenemos es de grandísima importancia, pues se relaciona nada menos que con la continuación o la disolución total de vuestra Compañía. Por eso, hermanas mías, es preciso que cada una en particular eleve su espíritu a Dios, que nos pongamos en su presencia y que le su-

Conferencia 14. — Arch. de las Hijas de la Caridad, el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

pliquemos a su bondad que nos dé los pensamientos que necesitamos para ello.

En las conferencias anteriores, he observado que teníais necesidad de alguna ayuda para encontrar los motivos, las razones de las cosas que se os proponían. Por eso he pensado que valía la pena cambiar de método, para daros mayor facilidad en comprender las cosas que se os enseñan, y esto os servirá mucho para hacer oración. Os hablaré por medio de preguntas, como se hace en el catecismo.

Esta conferencia tiene tres puntos. El primero es sobre las razones que hay para desear que no haya nunca desunión en vuestra Compañía. ¡Hijas mías, qué justo es que lo deseemos mucho! Si hay algunas que no pueden responder, les ruego que no se preocupen, porque las que saben hablar poco a veces obran mejor, y las que comprenden y dicen bien las cosas que se les proponen, a veces no obran tan bien, a pesar de que también hay quienes dicen y obran bien. Es preciso, hijas mías, que las que dicen bien se humillen mucho (es una gracia de la que conviene que muestren su agradecimiento al Señor), y que las que no pueden comprender lo que se les propone, ni decir lo que piensan, confíen en Dios y tomen nuevas resoluciones de obrar bien.

Bien, hermana mía, dígame qué razones tenemos para desear que no haya nunca desunión en la Compañía, bien sea en particular en alguna de las hermanas, o bien en general, como si toda la Compañía estuviese dividida queriendo unas una cosa y las otras otra.

En primer lugar, ¿qué os parece que significa la palabra desunión? Es una cosa que tiene que estar entera y que se separa. Por ejemplo, aquí está mi cuerpo: todos mis miembros juntos forman un sólo cuerpo; están unidos entre sí, mientras están unidos al cuerpo; pero, si me cortasen la mano, ¿no veis que habría entonces desunión? Pues bien, lo que constituye la unión en el cuerpo de la comunidad es la uniformidad: la observancia de las mismas reglas, una misma manera de vestir, un mismo acuerdo. No habría unión si las hermanas tuviesen deseos con-

trarios y murmurasen; ¡que Dios libre a vuestra Compañía de todo esto!

Diga, pues, hermana mía.

— Me ha costado mucho entender lo que significa esa palabra unión. He creído, Padre, que se trataba de una virtud que su caridad nos ha enseñado muchas veces, y que tenemos que tenerla todas juntas para cumplir la voluntad de Dios.

— ¿Y usted, hermana? ¿Por qué razón tenemos que desear que no haya nunca desunión en la Compañía?

— Señor, es que donde hay unión y acuerdo hay también amor a Dios y al prójimo; y donde hay desunión, nos encontramos con el odio a Dios y al prójimo.

— ¿Y usted, hermana?

— Me parece que la unión es causa de paz y de tranquilidad, y que la desunión origina la guerra y la inquietud.

— Dice usted bien, hermana. Fijaos, hermanas mías, todas las guerras y las miserias que veis, vienen de la desunión, que causa siempre turbación e inquietud.

Otra hermana dijo: la unión conserva a las personas en SU vocación, y la desunión la hace perder con frecuencia.

— Esto es lo que ordinariamente sucede, hermanas mías. Bien, continuemos, espero que esta manera de conferencia servirá más que las otras. ¿No os parece?

Todas dijeron que así lo creían.

— Bendito sea Dios, hermanas mías; siento en mi corazón tanto consuelo y edificación como confusión tuve en la última; no por vosotras, no, hermanas mías, sino por mis propias miserias.

¿Y usted, hermana? ¿Qué razones tenemos para desear que haya siempre unión en la Compañía?

— Señor, me parece que la desunión es semejante a un edificio que se derrumba.

— Tiene razón, hermana. Veis una casa bien construida y que parece muy sólida; si empieza a resquebrajarse, por ejemplo, si falla una viga, no solamente caería la viga sino también el techo; de esta forma, en vez de unión la casa estaría en

confusión. Por eso, cada particular tiene que procurar evitar la discordia, porque infaliblemente, si no se remedia, todo el cuerpo se resentirá.

Usted, hermana, la que viene a continuación, díganos alguna razón.

— Señor, una razón muy poderosa es que la unión alegra o contenta a Dios, que está siempre donde hay paz. Por el contrario, la desunión alegra al diablo; el corazón desunido se parece al infierno; está siempre en la inquietud y la zozobra; la discordia, que nace de la desunión, lo pone todo en continuo desorden.

— Hija mía, ¡cuán cierto es lo que dice!

Otra hermana dijo:

— La unión es la imagen de la santísima Trinidad, que se compone de tres personas, unidas por amor. Si estamos muy unidas juntamente, todas no seremos más que una misma voluntad y una gran conformidad; la desunión, por el contrario, nos ofrece la imagen del infierno, donde los demonios están en continua discordia y odio.

— Ved, pues, hijas mías, cuán obligadas estáis a manteneros en la unión, que tanto agrada a Dios, que tanto disgusta al diablo y que tan útil OS resulta a vosotras mismas. Agradeced mucho a Dios la gracia que os concede de conocer esta verdad.

¿Y usted, hermana? ¿Qué razón tenéis para que la Comunidad de Hijas de la Caridad esté siempre en una perfecta unión?

— Me parece, Padre, que la unión tiene que alegrar a Dios, porque donde está la paz, allí está Dios; y que, por el contrario, la desunión disgusta a Dios y alegra al diablo, que no busca más que la discordia y la desunión para perdernos.

— Bien dice, hermana; Dios no quiere habitar en donde hay desunión, y para señalarnos esto, al aparecerse a sus apóstoles después de su resurrección, sus primeras palabras son estas:

«¡La paz sea con vosotros!»¹

1. Lc 24,36.

¿Y usted, hermana?

— La unión me parece que es la imagen de la Santísima Trinidad. Las tres personas no son más que un solo y mismo Dios; están unidas desde toda la eternidad por el amor. De esta forma nosotras no tenemos que ser más que un solo cuerpo en varias personas, unidas juntamente con vistas a un mismo fin, por amor a Dios. Por el contrario, la desunión me parece que es la imagen del infierno, donde los diablos y los condenados están en perpetua discordia y odio.

— Hermanas mías, fijaos, esta hermana está en lo cierto. En el cielo no puede haber ninguna desunión. Hubo una en cierta ocasión; ¿sabéis cómo? Lucifer y una parte de los ángeles, al querer elevarse por encima de su ser, fueron precipitados inmediatamente al infierno; y los que quedaron unidos en obediencia y sumisión a Dios permanecieron y permanecerán eternamente en el cielo. Si hubiese entre vosotras desunión y no se pusiese remedio, habría que separar necesariamente a las que fuesen causa de ella.

Otra hermana dijo:

— La unión es tan excelente que Nuestro Señor quiso darse a nosotros bajo ese hermoso nombre de comunión. Por eso, tenemos que desear grandemente que la unión permanezca siempre entre nosotras, ya que Dios la quiere tanto.

— ¿Y usted, hermana? ¿Que le parece?

— Puesto que la unión es causa de tan grandes bienes y, por el contrario, la desunión causa tan grandes males, me parece, Padre, que tenemos que hacer todo lo posible para mantener la unión entre nosotras.

— Pido a Dios con todo mi corazón, hijas mías, que os conceda siempre la gracia de pensar en esta necesidad de la unión, y os conserve el recuerdo de todos los males que causa la desunión que vosotras mismas habéis señalado; rompe el amor de Dios y del prójimo, engendra odios e inquietudes, hace perder la vocación, contrista a Dios, hace a las almas indignas de la santa comunión, o separa a las unas de las otras; entre vosotras, hijas mías, la desunión provocaría todos estos desórdenes

y muchos otros, mientras que la unión os traería muchos bienes en las comunidades y en todas partes donde os encontréis.

Otra hermana dijo:

— Me parece que una de las razones más poderosas que tenemos para impedir que haya desunión entre nosotras es que, si estuviésemos en discordia, disgustaríamos a Dios, que quiere tanto la unión, no sólo entre las criaturas racionales, sino también entre todas las cosas creadas por su omnipotencia, que las ha provisto a todas en su naturaleza de medios de unión, incluso en las cosas contrarias. Y como el designio de Dios, en la creación de nuestras almas, ha sido el de unirnos a él y, para ayudarnos a ello, envió a su Hijo a la tierra, seríamos muy miserables si no amásemos la unión, y nos pusiésemos en peligro. por la desunión y la discordia de perder lo que Dios nos ha dado por su amor. Eso sería oponerse directamente a la santísima voluntad de Dios.

Otra razón para manernos siempre en una perfecta unión es que la desunión en la Compañía sería un obstáculo para la recepción de las gracias de Dios, de las que tanta necesidad tiene para perdurar; podría suceder que fallase o, lo que sería peor, que fuese un escándalo para el mundo y que Dios quedase sin ser glorificado por los servicios que su bondad quiere que se le hagan al prójimo por su amor.

— Hijas mías, si llegase a haber desunión entre vosotras, podría ser que Dios, irritado, deshiciese vuestra Compañía. Lo cual no sucedería sin grave daño para todas aquellas que lo hubiesen ofendido de esa manera, pues bien se lo merecerían; pero, ¡que desgracia si se considera el bien que se hace, y, más todavía, el que se podría hacer! ¿Habría un infierno bastante riguroso para castigar a los que hiciesen semejante mal? Hijas mías tened mucho cuidado. ¡Bendito sea Dios por inspirar el tema de esta conferencia! Espero que resultará de esto un gran bien; me siento muy consolado. Y vosotras, hijas mías, ¿no os parece necesario que tratemos de esta materia?

Todas las hermanas mostraron su alegría por esta conversación.

— ¡Bendito sea Dios, hijas mías! Su bondad es la que os ha inspirado a todas decir lo que habéis dicho. Pero Esforzáos en sacar provecho de todo, porque puede ser para vosotras una notable instrucción, incluso tan útil como un sermón. Pero, ¿qué es lo que digo? Sin duda alguna, lo que Dios os hace decir a vosotras tiene que ser un buen sermón. ¡Animo, hermanas mías!

Mirando siempre a la que hablaba, dijo: dígame alguna razón, hermana.

Tenemos que temer mucho la desunión, porque si dos hermanas visitan mucho a los enfermos y tienen entre ellas alguna discordia, es muy difícil que no salga a relucir; y con esto el prójimo quedaría escandalizado.

— Ved, hermanas mías, cuán cierto es lo que dice esta buena hermana, que la desunión hace que, si una quiere una cosa la otra quiera otra distinta, la gente que se da cuenta de ello queda desedificada, y los pobres tendrán motivos para no recibir con agrado los consejos que les den por su bien. Dirán: «Ved esas Hijas de la Caridad; no están de acuerdo entre sí». Hermanas mías, la desunión, incluso entre particulares, dirige fácilmente a una comunidad hacia su ruina. Mi cuerpo es uno en todos sus miembros; si se hace solamente en mi mano una incisión que separe las carnes, todo el cuerpo se resentirá. Lo mismo sucede con las comunidades: cuando hay una parte en discordia, todo el resto padece; y los que se dan cuenta de ello se escandalizan y no solamente dicen: «Son Juana y Margarita las que se portan de esa manera»; sino que «son las Hijas de la Caridad». Por solamente dos que estén desunidas, el cuerpo entero de las Hijas de la Caridad padece y sufre escándalo; pero si todas están unidas, entonces edifican al prójimo, y se da gloria a Dios.

Otra hermana dijo:

— Señor, la desunión es una cosa muy mala, porque arroja a Dios de nuestra alma, y no podemos acercarnos a la santa Comunión cuando estamos en discordia.

— Hijas mías, esa es una buena observación, porque Dios prohíbe que se acerquen al santo altar aquellos que están, des-

unidos con el prójimo; lo ha dicho con estas palabras: «Si vas a ofrecer el sacrificio y recuerdas que tienes algo contra tu prójimo, vuelve a reconciliarte con tu prójimo»². Sí, hijas mías, ¡ir a la santa Comunión con la desunión en el corazón, mientras uno está en discordia contra el prójimo, hay que guardarse mucho de ello! Sería superar en crueldad a aquel juez que, para hacer morir miserablemente a un hombre, ordenó que fuese atado con un cadáver boca a boca, estómago a estómago, a fin de que, a medida que el cuerpo se corrompiese, la podredumbre infectase al vivo, y lo llevase poco a poco a la muerte. Sería peor y más indigno todavía alojar a Dios, que es la vida misma y el autor de la vida, en un corazón infectado por la desunión. ¿No sería querer poner a Jesucristo con los diablos? Ved, hijas mías, si no tenemos motivos para temer la desunión entre vos otras, ya que os podría ser tan perjudicial. ¡Bendito sea Dios por el conocimiento que os da de todo esto! Es preciso usar bien de esta gracia.

Una hermana dijo:

— La desunión entre nosotras sería un gran mal, porque Dios no podría aceptar el servicio que le hacemos; sería ofendido por las que deberían glorificarle. Engendraría entre nosotras aversiones y murmuraciones, y los enfermos no podrían ser atendidos con caridad. Por eso, tenemos que evitar con cuidado que haya desunión entre nosotras, tanto en general como en particular.

— Por lo que a mi se refiere, dijo otra hermana, he pensado que si tuviese desunión no podría sucederme nada peor y que mi alma estaría en medio de grandes inquietudes.

— Es verdad, hermana. ¿Y usted, hermana?

— He pensado, Padre, que tenemos que desear estar siempre juntas en unión, porque la desunión es contraria a la caridad que hemos de tener unas con otras. Y Dios, para castigarnos por estas faltas, retiraría sus gracias.

— Yo he pensado que, si hubiese desunión entre nosotras,

2. Mt 5,23-24.

Dios ya no se serviría de nosotras para cooperar en las gracias que quiere conceder a los pobres que tenemos que servir.

— ¿Y usted, hermana?

— Me parece que tenemos que impedir todo lo que podamos que la desunión se introduzca en nuestra Compañía, porque no solamente estaríamos desunidas corporalmente, sino, lo que es peor, estaríamos desunidas con Dios y no podríamos llegar a la perfección que él nos pide.

Otra hermana observó que nos sería difícil tener unión y caridad con los extraños, si nos habituásemos a estar desunidas entre nosotras.

— Me parece, dijo otra, que hemos de tener mucho cuidado de tener siempre unión entre nosotras, para servir de ejemplo a las que vengan después, y para hacernos agradables a Dios; si estuviésemos desunidas, nos pareceríamos a las vírgenes fatuas³, que no tenían aceite en su lámpara, porque estaríamos sin caridad.

Otra hermana dijo que había que desear mucho la unión entre nosotras por el amor de Dios, al que tenemos que amar mucho.

— Yo he pensado, añadió otra, que teníamos que amar mucho la unión, porque la desunión fue la que hizo condenar a Lucifer.

— Bien dicho, hermana. Lucifer estaba unido con Dios perfectamente, como los demás ángeles; la desunión se introdujo entre los ángeles, y los que la causaron fueron echados del paraíso y enviados al infierno por toda la eternidad. Hijas mías, ¡qué peligroso es estar en desunión! Sois felices porque Dios os ha concedido la gracia de no conocer este peligro.

— Una señal de que Dios nos quiere siempre unidas, observó una hermana, es que, en las mismas cosas de la naturaleza, los contrarios tienen medios para unirse. Hemos de creer que su finalidad en nuestra creación es la unión de nuestras almas con él, lo cual supone la unión con el prójimo, porque de otra

3. Mt 25,1-13.

forma estaríamos sin la caridad, que es necesaria para la unión con Dios.

Otra razón de esta misma hermana es que la desunión en la compañía produciría una oposición a las gracias que necesita para su continuidad; de ahí provendría quizás que fallaría, o lo que sería peor, que sería escándalo para el mundo, y que Dios dejaría de ser glorificado por los servicios que su bondad quiere obtener de ella.

— ¡Hijas mías, bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! Os aseguro que esta manera de platicar me edifica mucho. No sería capaz de deciros el consuelo que siento, con la esperanza de que esto os servirá para que aprendáis por este medio a descubrir las razones para obrar o decir las cosas que se os propongan. Creo que las que no han hablado indicarían otras varias razones; pero lo que se ha dicho nos muestra abundantemente que tenemos muchas razones para seguir siempre en una gran unión de las unas con las otras, porque vemos que la unión es causa de toda clase de bienes, tanto espirituales como temporales, y la desunión es la causa de todos los males, como por otra parte nos enseña la misma experiencia.

Pasemos al segundo punto, que es sobre lo que habría que hacer en caso de alguna desunión en la Compañía, tanto en general como en particular, como si María tuviese alguna discordia con Francisca, o Bárbara con Juana, o bien si hubiese alguna diferencia por la que la Compañía se dividiese, esto es, que una parte de ella dijese: «Yo quiero comulgar todos los jueves». y la otra escogiese otro día. Si unas fuesen de una opinión y voluntad, y las otras de otra, ¿qué habría que hacer? ¿Habría que tomar partido, esto es, entrar en la opinión de las unas o de las otras?

La mayor parte de las hermanas dijeron que no. Y nuestro veneradísimo Padre prosiguió:

— Está bien, hermanas mías; hay que suspender siempre el juicio.

Usted, hermana, si supiese que dos hermanas tienen alguna división entre sí ¿qué habría que hacer?

— Habría que intentar ponerlas de acuerdo, excusándolas a la una y a la otra.

— Dice bien, hermana. En sus escritos, el obispo de Ginebra dice que algunas veces dos personas están molestas la una con la otra sin haberse dado motivo para ello, como sucedería con dos mozos cargados que vienesen uno de una parte y otro de otra, con la cabeza baja, sin verse, y que chocasen entre sí. Es verdad que han chocado; pero ha sido sin quererlo. Lo mismo pasa a veces entre vosotras: sin pensar, se dice o se hace una cosa que da motivos, es cierto, para molestarte; y si se hubiese tenido siempre esa caridad que nos lleva siempre a la unión, nadie se hubiese molestado. Haced como esos buenos mozos cargados, que no se ponen a discutir, sino que siguen adelante su camino. Si alguna os expresase su descontento, responded que la hermana contra la que está molesta no pensaba en ello. Hijas mías, a veces vemos nosotros cierto desacuerdo y desunión. ¿No sucede lo mismo en nuestra entrañas? Habéis oído decir que algunas veces en nuestros intestinos hay alguna discordia; se revuelven entre sí de tal manera que ocurren grandes males, de forma que algunas veces uno se muere. Y sabéis bien que no se trata de mala voluntad de uno contra el otro. Lo mismo, hermanas mías: hay que vivir siempre en tan perfecta unión que no seáis capaces, con la gracia de Dios, de enfadaros unas contra otras. También es preciso, si una hermana viene a quejarse a vosotras de otra, que escuchéis a esta última y que digáis: «Querida hermana, nuestra hermana no tenía intención de molestaros».

Usted, hermana, ¿qué habría que hacer?

— En primer lugar, pensando en los grandes bienes que se obtienen con la unión y en los grandes males que causa la desunión, habría que pedir a Dios, con un espíritu lleno de caridad, la gracia de poder servir a sus hermanas en esto.

— ¿Y a usted, hermana, qué le parece? ¿Qué habría que hacer si este mal de la desunión llegase a aparecer?

— Padre, habría que rogar a Dios por las hermanas que estuviesen en esta triste situación.

— ¿No habría que hacer, hermanas, alguna penitencia por ellas, como la disciplina, u otra austeridad? Sería un buen medio.

¿Pero qué habría que hacer además?

— Creo, Padre, que hay que informarse en particular, antes de dar la razón a la una o a la otra, y luego excitarlas a la reconciliación, o sea, a pedirse perdón.

— Hijas mías, ¡qué excelente medio de unión es pedirse perdón la una a la otra!

Una hermana dijo entonces:

— Padre, ¿quiere permitirme que pida perdón a mis hermanas por lo que he murmurado, pensando que algunas de ellas no querían saludarme por la calle, y también a las que me he quejado de esto?

— Con mucho gusto, hermana.

Esa hermana se puso de rodillas, y todas las demás con ella, y pidió perdón con gran humildad, nombrando a las hermanas una tras otra.

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Así es como hay que portarse para conservar una perfecta unión. Un día hablaba con una superiora de las Ursulinas de Gisors; y me habló de la unión y del acuerdo que había entre sus religiosas. Yo le pregunté con extrañeza: «Madre, ¿qué hacéis para tener esa unidad en vuestra comunidad, y que no haya nunca diferencias entre ellas?». Ella me respondió: «Tan pronto como aparece algún motivo, nuestras hermanas tienen la costumbre de ponerse de rodillas y pedirse perdón entre sí, de forma que no puede entrar la desunión». ¡Oh, qué medio más excelente! Apreciad mucho esta práctica, y hacedlo lo antes posible, apenas os deis cuenta de que alguna hermana se ha enfadado o tiene motivos para enfadarse con vosotras.

Una hermana dijo:

— Pero, Padre, algunas veces, si se le quiere pedir perdón a una hermana, esta se burla de ello, o se irrita más todavía; entonces, ¿qué hay que hacer?

— Hijas mías, si veis que la hermana, bien sea porque se ha enfadado mucho, o porque no está de buen humor, o porque

tiene en el espíritu otro motivo para estar descontenta, no es capaz de recibir bien vuestra humillación, entonces de momento no hay que pedirle perdón; porque esto sería poner carbones encima; la pondréis en peligro de irritarse más aún. Esperad a que esté un poco mejor, y luego pedid perdón con la mayor humildad que podáis, reconociéndoos delante de Dios como causa del mal que ha hecho.

¿Y usted, hermana, qué haría si varias de la Compañía estuviesen en desunión, para restaurar la unión tan necesaria en vuestra Compañía?

— Padre, yo avisaría a los superiores y les diría todo lo que supiese sobre el motivo de esa diferencia.

— Eso está bien, hija mía, porque hay que creer que Dios concederá una gran bendición a lo que los superiores hagan por ese motivo. Es preciso, hijas mías, que penséis siempre en la necesidad de esta unión por los grandes bienes que de ella se siguen y que vosotras mismas habéis dicho, y por los grandes males que la desunión ocasiona, especialmente los que Dios os ha inspirado. Es Dios, hijas mías, el que os hace hablar así. ¡Que sea bendito para siempre!

¿Y cómo habría que proceder en ese caso? ¿Habría que hablar a todas? Fijaos, hijas mías, si dos estuviesen desunidas entre sí, habría que hablarles separadamente, y manifestarles, después de que ellas hubiesen hablado de su descontento, cómo tienen que soportarse la una a la otra. Porque, fijaos, hermanas mías, cualquier cosa de poca monta a veces basta para enfadarnos. A veces algunas tienen antipatías contra nosotros, sin tener ningún motivo. Con frecuencia se trata de un poco de envidia y de celos. La aversión contra la hermana nace viéndola comer, o viéndola hacer cualquier otra acción. Esta aversión, si perdurase, sería causa infalible de desunión. Hijas mías, haced todo lo posible por superarla, y si hay desunión, hablad a las hermanas en particular.

Después de haber obtenido el permiso del Padre Vicente, una hermana preguntó si era conveniente que todas las hermanas indiferentemente se pusiesen a mediar en un asunto, en

caso de desunión. Nuestro muy honorable Padre nos dio a comprender que todas debían, en la medida de sus posibilidades, contribuir a la unión entre las hermanas, animando a las unas, amansando a las otras y excusando siempre a la ausente; pero que, si se trataba de una cosa de importancia y de una desunión ya formal, habría que advertir al superior o a la superiora.

— ¿No lo queréis así todas? ¿No os entregáis desde ahora a Dios, para aceptar que vuestras faltas sean manifestadas caritativamente a aquella persona que ocupa el lugar de superiora entre vosotras?

Todas las hermanas respondieron de muy buena gana que sí, con un acuerdo y un consentimiento totalmente cordial.

Nuestro queridísimo Padre dijo según su costumbre:

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! ¡este es un medio muy importante para mantener a la Compañía en gran paz y unión, y el tema de esta conferencia es de los más importantes que yo sepa para la existencia de la Compañía.

Hablaba hoy con un buen Padre, muy devoto; es el Padre Saint-Jure ⁴, que ha compuesto esas meditaciones tan hermosas -que nosotros leemos. Le preguntaba de dónde provenía que en las comunidades, aunque todas las personas tuviesen el mismo deseo de servir a Dios y a la misma voluntad de perfeccionarse, surgiesen a veces ciertas pequeñas discordias. Me dijo: «Fíjese, Padre; las personas vulgares se molestan mucho más fácilmente que los espíritus selectos y las personas civilizadas. El medio más fácil para mantenerlas en paz es acostumbrarlas a la reconciliación». Pues bien, hijas mías, la mayor parte de vosotras sois de esa clase, habéis nacido de gente rústica, lo mismo que yo, pobre porquero.

Anoto estas palabras, que nuestro muy honorable Padre gustaba muchas veces decir en medio de las reuniones más respetables, como las de obispos, abades, princesas, y otras grandes damas, que acuden a las reuniones de la Caridad.

4. El Padre Juan Bautista de Saint-Jure, S.J.

— Os tenéis que acordar, continuó, y fijaros bien en cómo, cuando os enfadáis con vuestras hermanas, no es ordinariamente con motivo de lo que creéis, sino por causa de la disposición de vuestro espíritu.

Otra hermana dijo que le parecía que lo mejor era dar a conocer cuanto antes la diferencia que hubiese entre las hermanas desunidas, y luego pedir perdón a Dios por ellas y humillarse mucho, con el pensamiento de que cada una es capaz de semejantes faltas. Añadió que, si por desgracia, nuestras infidelidades, nuestra poca fidelidad a las reglas, nuestra falta de obediencia, nuestras murmuraciones y nuestro poco cuidado de enmendarnos y de avanzar en la perfección del amor de Dios atrajesen sobre toda la Compañía su indignación, sería de desear que cada una se pusiese en estado de penitencia para implorar la misericordia de Dios, que se diese alguna conferencia y que se tuviese alguna visita adecuada para descubrir de dónde procede el mal y que se expulsase de la Compañía a las que lo hubiesen causado. Y si el mal no tenía remedio, creo que habría que abolir enteramente la Compañía por medios suaves y caritativos, porque, lo mismo que Dios será muy honrado por ella mientras se conserve en la unión y en la obediencia a los superiores, del mismo modo la Compañía sería causa de grandes males, si se apartase de ella. Yo me someto desde ahora a padecer la confusión que proviniese de este desorden, conociendo que tengo en mí suficientes imperfecciones para ser su única causa.

Luego el Padre Vicente preguntó a otra hermana.

— Si me sucediese esta desgracia, respondió, me cuidaría muy mucho de no dar nunca motivo de descontento a mis hermanas, les deseaba que se aprovecharan de la pena que les he causado, para avanzar en la perfección que Dios les pide.

Otra hermana dijo que, si le aconteciese estar en discordia con una hermana, le pediría perdón en particular antes de acostarse, y luego a toda la comunidad.

Pensamientos de otra hermana:

Yo he pensado en mi oración, que si hubiese desunión en la Compañía, entre otras, o en mí misma, advertiría cuanto an-

tes al superior o a la superiora, diciendo con toda sencillez la falta, sin excusarme ni quejarme, incluso en el caso de aquellas en las que tengo más confianza.

Otra hermana dijo que se pondría de rodillas delante del crucifijo para pedirle perdón por su falta y rogar a la santísima Virgen que intercediese en su favor; luego iría ante los superiores con toda sencillez a pedirles alguna penitencia, con la convicción de que no sería nunca suficientemente grande para esa falta, pediría perdón a la hermana que ha ofendido, y prometería, a ella y a sus superiores, portarse mejor en el porvenir con sus hermanas, amarlas con más cariño y testimoniarles más cordialidad y deferencia.

Otra dijo que, si tuviese alguna diferencia con alguna hermana, le pediría perdón, le testimoniaría su pesar y procuraría portarse con ella con más amistad que antes.

— ¿Y usted, hermana?, ¿qué había que hacer para remediar ese gran mal de la desunión, si llegase a suceder?

— Deberíamos estar muy contentas de que se nos advirtiese de nuestra falta, y escuchar las amonestaciones que se nos diesen para ponerlas en práctica.

En aquella reunión había más hermanas que motivos para hacernos evitar esta falta de desunión, y medios para remediarla. Como muchas tenían los mismos pensamientos, no los repito todos en particular.

Al final, una hermana 5 pidió con toda humildad al Padre Vicente, por amor de Dios, en nombre de la Compañía, que ofreciese todos los buenos deseos de las hermanas en el santo altar para alcanzarnos de Dios el perdón por nuestras faltas contra nuestras reglas y por el mal uso que hemos hecho de las instrucciones que su caridad nos daba desde hacía tiempo, y pedirle nuevas gracias para el cumplimiento exacto de los santos designios que desde toda la eternidad ha tenido él sobre la Compañía.

5. Luisa de Marillac En las conferencias redactadas por ella se designa siempre así.

El Padre Vicente respondió:

— Sí, hijas mías, con mucho gusto diré la misa por esa intención, pero no estos días, porque estoy obligado a decirla por nuestro buen rey ⁶. Os pido que pidáis todas por su intención, para que Dios quiera devolverle la salud, o, si su bondad lo juzga conveniente para su gloria, que lo mantenga en el estado en que estaba el jueves, que creía morir y consideraba la muerte cristiana y generosamente.

La misma hermana preguntó al Padre Vicente si creía oportuno que las hermanas se acusasen en voz alta en las reuniones, en su presencia y en presencia de todas las hermanas, de las faltas que habían cometido, especialmente contra las resoluciones que acababan de tomar.

— Hermanas mías, ¡qué buen medio de perfeccionaros sería este! Saber que por esa acción hecha en particular, obtendréis de Dios un grado de gracia; y cuando la hagáis en público, obtendréis tantos como testigos haya de esa acción.

Os aseguro una vez más, hermanas mías, que me siento muy consolado por esta conferencia. No tenemos más remedio que dejar el tercer punto para la próxima, que tendremos cuanto antes, si Dios quiere; en ella hablaremos de los medios para impedir la desunión en vuestra compañía. Haréis una vez la oración sobre esto.

Que la bondad de Dios, principio de la verdadera unión, os conceda la gracia de evitar todos los males que la desunión pueda causar y os mantenga siempre en perfecta unión con él, con el prójimo por medio de una buena caridad, y con vosotras mismas por la mortificación de vuestros sentidos y del vuestras malas costumbres; todo ello para su gloria. ¡Qué Dios os bendiga! En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

6. Luis XIII, que murió el 14 de mayo de 1643.

Explicación del reglamento

El 14 de junio de 1643, nuestro muy honorable Padre Vicente tuvo la caridad de hablarnos del reglamento y de la forma de vida de las Hijas de la Caridad, como consecuencia de lo que una hermana de una parroquia le había preguntado por escrito sobre la práctica de lo que se hacía en la Casa. Nuestro veneradísimo Padre todavía no había podido decidirse a redactarlo por escrito; en lo cual tenemos un motivo para reconocer que la divina Providencia se ha reservado la dirección de esta obra, que avanza y retrocede como a ella le place.

— Mis queridas hermanas, el tema de esta plática serán las reglas y la forma de vida que desde hace tiempo os habéis propuesto y que, además, con la gracia de Dios, estáis practicando Vosotras sois quienes las habéis hecho, o más bien, ha sido Dios el que os las ha inspirado, porque, hijas mías, no podríamos decir que se os han dado. ¿Quién hubiera creído que iba a haber Hijas de la Caridad cuando algunas llegaron a las primeras parroquias de París? No, hijas mías, yo no pensaba en ello; vuestra hermana sirvienta tampoco lo pensaba, ni el Padre Portail. Era Dios el que lo pensaba por vosotras. Es él, hijas mías, el que podemos decir es el autor de vuestra Compañía; lo es verdaderamente mejor que ningún otro. ¡Bendito sea Dios, hijas mías!; porque habéis sido escogidas por su bondad, vosotras, la mayor parte pobres muchachas de aldea, para formar una Compañía que le servirá mediante su gracia.

Veo, hijas mías, que habéis hecho oración sobre este tema. El primer punto es sobre la necesidad que tienen todas las compañías de una regla o manera de vida adecuada al servicio que Dios quiere obtener de ella. Y esto es perfectamente claro, porque hay

Conferencia 15. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

una regla, no solamente entre los religiosos, sino en todas partes: nosotros, que no somos religiosos y que no lo seremos jamás, porque no lo merecemos, tenemos una; los Padres del Oratorio, a los que hubiera debido nombrar en primer lugar, tienen una. Es difícil, y hasta imposible, que las comunidades se mantengan sin regla en la uniformidad. ¡Qué desorden habría si unas quisieran levantarse a una hora y otras a otra! Sería una desunión, más bien que una unión.

Os diré pues, hijas mías, unas cuantas reflexiones que se me han ocurrido sobre esto, porque no he tenido tiempo para pensar mucho en ello.

La primera razón es la necesidad que os acabo de decir, y esto en todo tiempo. Las reglas están establecidas en el orden de la naturaleza y hasta Dios las escribió con su dedo para el pueblo israelita, y él quería que su ley estuviese siempre ante sus ojos. Quizás, hijas mías, será conveniente que pase lo mismo con vuestras reglas. Al menos, será preciso que todas tengáis una copia para ayudaros a practicarlas exactamente.

Otra razón, hermanas mías, es que esto agrada a Dios. Hijas mías ¡qué felicidad poder agradar a Dios! ¿No veis, hermanas mías, qué placer tan singular se siente agradando a las personas que uno ama? Se considera como un gran honor y contento agradar al rey; a un rey terreno que, según la naturaleza, no es más que los demás hombres, y que está sujeto a las mismas necesidades e incomodidades. Hemos tenido un ejemplo de ello, estos últimos días, en la persona de nuestro buen rey¹, de felicísima memoria, que ha sufrido tanto y que, después de su muerte, han encontrado gusanos en el intestino y uno en el estómago. Sí, hijas mías, muchas personas trabajan con gran cuidado y esmero por agradar a un rey terreno, del que sólo se pueden esperar recompensas vanas y terrenas; con mucha mayor razón debéis tener cuidado de agradar a Dios, que es rey de todos los reyes y que recompensa a los que le aman y sirven con una felicidad eterna.

1. Cfr. la nota 6 de la Conferencia 14 (26 de abril de 1643).

Otra razón, hijas mías, es que resulta fácil observar vuestras reglas. Están divididas en dos partes. La primera os dice en quince artículos lo que tiene que ser el empleo de la jornada. esto es, todo lo que tenéis que hacer en cada hora. En la segunda parte se contienen algunos avisos para ayudaros a practicarlas bien.

Sé muy bien que habrá alguna diversidad en vuestros reglamentos, por la diferencia de los pobres a quienes servís; pero, sin embargo, en lo principal de vuestros ejercicios, pueden estar todas de acuerdo. Y si es necesario cambiar alguna cosa para el servicio de los galeotes, de los niños, de los pobres de las parroquias, de las hermanas que están en el campo, se hará. Creo que podréis fácilmente pareceros a las de la Casa; es de desear que vuestros ejercicios sean como los de las hermanas de la Casa.

Os digo pues, hermanas mías, que la práctica de vuestra manera de vida es muy fácil. No hay nada tan fácil y agradable como levantarse a las cuatro, ofrecer los primeros pensamientos a Dios, ponerse de rodillas para adorarle y ofrecerse a él. ¿No es esto muy fácil?

Para hacer la oración, esto es, para hablar con Dios, una media hora; ¡qué facilidad y qué dicha! Ordinariamente nos sentimos muy felices de poder hablar con un rey; y carecen de razón aquellos que encuentran difícil hablar media hora con Dios.

Llevar las medicinas a los enfermos y oír la santa misa al regreso, tampoco es difícil. Ir a casa de la dama que hace cocer el puchero a la hora que hay que llevarlo a los enfermos, o un poco antes, si es necesario; y a veces es necesario, por temor de que las criadas no lo tengan preparado cuando es preciso.

Antes de comer, hacer el examen particular, decir el Benedicite y dar gracias. ¿Qué dificultad encontráis en ello?

Después de comer, tener cuidado de recoger las prescripciones del médico, y preparar y llevar los remedios a los enfermos. Esto es muy fácil.

Después de esto, tomar algún tiempo para leer algún capítulo de algún libro de devoción. Hijas mías, no hay que faltar

en esto; se trata de algo muy fácil y es además muy necesario porque, por la mañana, habláis con Dios en la oración, y por la lectura Dios os habla a vosotras. Si queréis que Dios os escuche en vuestras oraciones, escuchad a Dios en la lectura. No es menos provechoso y agradable escuchar a Dios que hablarle. Por eso, os recomiendo mucho, tanto como sea posible, que no faltéis a esto, y si puede ser, que hagáis un poco de oración después.

Hacer luego el examen particular después de cenar, resulta también muy fácil.

Hacer también antes de acostarse el examen general; acostarse a las nueve y dormirse con algún buen pensamiento. ¿No es todo muy fácil? ¿Y qué razones podríais tener para no hacerlo?

Y además de lo que os he dicho, rezáis también el rosario en varias ocasiones; por ejemplo, una decena después de la oración de la mañana; dos en la iglesia, antes de la misa o hasta el evangelio, si la misa empieza enseguida; dos, después de la lectura de mediodía y una, por la noche. Se os permite que toméis otras horas, si éstas no os convienen.

Confesar y comulgar los domingos y fiestas principales, y no con mayor frecuencia sin permiso del director² Hijas mías. os recomiendo mucho que seáis exactas en la práctica de este punto, que es de gran importancia. Sé muy bien que podrá haber algunas que deseen hacerlo más veces; pero, por amor de Dios, mortificaos en esto y pensad que una comunión espiritual bien hecha tendrá algunas veces mayor eficacia que una real. Lo sé, hijas mías, y os diré con mucho gusto que las comuniones muy frecuentes han sido causa de grandes abusos, no ya a causa de la santa comunión, sino por las malas disposiciones que a veces se tienen. Por eso, hijas mías, os ruego que no comulguéis con mayor frecuencia sin el permiso de vuestro director.

2. Cfr. la nota 10 de la *Conferencia* 1 (31 de julio de 1634).

También es muy importante que no estéis sin hacer nada, y que os ocupéis en coser o en hilar, cuando no tengáis nada que hacer por vuestros enfermos.

Es preciso, hijas mías, trabajar para ganarse la vida, y ser muy exactas en emplear el tiempo, del que Dios os pedirá una cuenta muy estrecha. Lo ha dicho él mismo: «Yo os exigiré el tiempo que ha pasado». Se trata de una cosa muy preciosa el emplear bien el tiempo, y el tiempo que tenemos en la tierra nos puede resultar tan ventajoso, que debemos tener mucho cuidado de no perderlo nunca. ¡Ay miserable de mí! ¿qué diré a Dios cuando me pida cuentas del tiempo que he perdido?

La segunda parte de vuestras reglas consiste en algunos avisos contenidos en diecisiete artículos, para practicar bien el empleo de la jornada, para hacer todos vuestros ejercicios con espíritu de humildad, de caridad, de mansedumbre, y para honrar la santa vida de nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Para ello, es preciso que dirijáis vuestra intención al comienzo de cada acción, principalmente cuando os dedicáis al servicio de vuestros pobres enfermos. ¡Qué felicidad, hijas mías, servir a la persona de nuestro Señor en su pobres miembros! El nos ha dicho que considerará este servicio como hecho a él mismo.

Honrad mucho a las damas. ¿No es razonable tratarlas con respeto y obedecerles en lo que concierne al servicio de los pobres? Son ellas las que os dan los medios de ofrecer a Dios el servicio que hacéis a los enfermos. ¿Qué podríais sin ellas, hijas mías? Tratadlas, pues, con gran respeto, de cualquier condición que sean. Es preciso que os lo diga: he observado que algunas faltan en este asunto. Pues bien, es menester guardarse mucho de ahora en adelante, tanto al hablarles, como al hablar de ellas. Ellas os veneran mucho y os quieren, pero no hay que abusar.

Hay que hacer lo mismo en relación con los señores médicos. Hijas mías, no hay que hablar contra sus prescripciones, ni hacer vuestras medicinas con otras composiciones; haced puntualmente lo que ellos dicen, tanto en la dosis como en las drogas. A veces va en ello la vida de las personas. Respetad, pues,

a los médicos, no sólo porque son más que vosotras y porque son sabios, sino porque Dios os lo manda, y esto en la Santa Escritura, donde hay un pasaje sobre ellos que dice: «Honrad a los médicos porque los necesitáis»³. Los mismos reyes los honran, y todos los grandes del mundo. Entonces, ¿por qué vosotras, con la excusa de que os son familiares, de que os hablan libremente, no tenéis con ellos el honor y el respeto que les debéis? Hijas mías, poned cuidado en esto, por favor. Y aunque os parezca que algunas veces unos lo hacen mejor que otros, guardaos mucho de despreciarlos, porque es la ignorancia la que os impide conocer por qué los médicos observan diversos métodos para tratar a los enfermos, obteniendo sin embargo efectos semejantes. Por eso, hijas mías, tenéis que tratarlos siempre con gran respeto.

Tenéis que pensar con frecuencia que vuestro principal negocio y lo que Dios os pide particularmente es que tengáis mucho cuidado en servir a los pobres, que son vuestros señores. Sí, hermanas mías, son nuestros amos. Por eso tenéis que tratarlos con mansedumbre y cordialidad, pensando que por eso os ha puesto juntas y os ha asociado Dios, que por eso Dios ha hecho vuestra Compañía. Tenéis que tener cuidado de que no les falte nada en lo que vosotras podáis, tanto para la salud de su cuerpo, como para la salvación de su alma. ¡Qué felices sois, hijas mías, por haberos destinado Dios a esto, para toda vuestra vida!

Los grandes del mundo consideran una felicidad el poder ocupar en esto una pequeña parte de su tiempo, y esto con gran fervor y caridad. Vosotras, hermanas de San Sulpicio, veis a esas princesas y grandes damas cuando las acompañáis. Hijas mías, ¡cuánto tenéis que estimar vuestra condición, ya que estáis en condiciones de practicar todos los días, a todas las horas, las obras de caridad, y que es este el medio de que Dios se ha servido para santificar a muchas almas! Sí, hijas mías, ¿no sir-

3. Eccl 38,1.

vió un San Luis ⁴ a los pobres en el hospital de París, y con tan gran humildad, que le vino muy bien para su santificación? Todos los santos, o la mayoría, han considerado como una felicidad agradar a Dios por este medio. Humillaos mucho y pensad que es para vosotras una gracia de Dios muy por encima de vuestros méritos.

¿Qué? El mundo os quiere y honra por este motivo y admira lo que Dios quiere hacer por vosotras. Acabo de llegar de visitar a la reina ⁵. Me ha hablado de vosotras. Hijas mías, tenéis muchos motivos para temer haceros infieles a Dios y despreciar sus gracias, si no os esforzáis en poner en práctica las reglas que os ha dado.

Es necesario que os guardéis de hablar mucho. Hijas mías, es un gran defecto el hablar demasiado y cosas inoportunas, especialmente en las Hijas de la Caridad, que deben tener mucho más recato que las demás. Tenéis que guardar además el silencio a las horas de levantarse y acostarse, o sea, desde la lectura de la tarde hasta la mañana después de la oración. Hermanas mías, ¡qué buen ejercicio es guardar silencio! En el silencio es donde se puede escuchar a Dios que habla en nuestros corazones. Tenedle gran devoción. Si la necesidad exige que habléis, que sea en voz baja y con pocas palabras. Esta observancia os dará devoción.

El sexto artículo os pide que seáis muy modestas en todo tiempo. Hijas mías, esta virtud la debemos tener en gran consideración; porque, si se ve a una hija de la Caridad inmodesta por las calles, mirando a una parte y a otra, hijas mías. en seguida se diría: «Esa lo dejará». Si esto sucediese en varias, habría motivos para creer que pronto fallaría la comunidad. Hijas mías, se trata de una cosa de grandísima importancia Pero también tenemos motivos para alabar a Dios, y os puedo decir que estoy edificado de vuestra modestia cuando me encuentro con alguna de vosotras por la calle. ¡Dios sea bendito! Siempre

4. Cfr. La nota 20 de la *Conferencia* 1 (31 de julio de 1634).

5. Ana de Austria, esposa de Luis XIII.

me ha impresionado la modestia y el recato de una hermana que venía de cierto lugar; como le preguntase con qué persona había hablado, me dijo: «Padre no me he fijado». Así es cómo hay que comportarse, hijas mías.

No tenéis que hacer ni recibir visitas, ni introducir a persona alguna en vuestra habitación, cuando esto impida vuestras Ocupaciones. Sería una falta notable si cogéis esta costumbre: poco a poco esto ocuparía todo vuestro tiempo y os llevaría a servir a vuestros enfermos con prisa; y lo que es peor, habría que temer que con el tiempo los descuidaseis de tal manera que el pensamiento de las personas a las que fuerais a ver y las que viniesen a vuestras habitaciones ocuparían la mayor parte de vuestro tiempo y de vuestro espíritu. Hijas mías, ¡qué importante y peligroso es esto! Tened cuidado y no tengáis miedo de decir: «Perdone, por favor; es la hora de nuestra comida, de nuestras oraciones; no podemos dejarlo para otro tiempo». Mirad, hijas mías, aun cuando de momento, cuando estáis hablando con ellas, os parezca que lo van a tomar mal, no dudéis. Cuando lo piensen, en vez de criticaros, os alabarán por ello; y tendréis el consuelo de haber respondido en aquella ocasión como Dios quería. ¡Qué felicidad, hijas mías, estar seguras, al practicar vuestras reglas, de que hacéis lo que Dios quiere! Por eso, cuando se os diga: «No me vienes a ver», responded resueltamente: «Señora, perdóneme, por favor; no tenemos que hacer visita alguna».

Tenéis que vivir todas juntas en una gran unión y no quejaros jamás la una de la otra. Para ello, hijas mías, hay que soportarse mucho, ya que nadie está sin defectos. Si no soportamos a nuestra hermana, ¿por qué creemos que ella nos tiene que soportar a nosotros? Hijas mías, no se trata de que algunas veces no surja alguna pequeña contradicción: una podrá querer una cosa y su hermana otra; y lo que ellas quieran, pueda ser que no esté mal; sin embargo, si no hay condescendencia, y la una no cede a la otra, se caería en la desunión. Por eso, hijas mías, en nombre de Dios, adelantaos la una a la otra y decid: «Bien, hermana mía, ya que lo desea usted así, yo tam-

bién lo quiero». Hermanas, este es el mejor medio para estar siempre verdaderamente unidas. ¿No es eso mismo lo que hacemos también con nosotros mismos, que no permanecemos mucho tiempo en el mismo querer?; porque hoy queremos una cosa y mañana otra. Y si no nos soportamos a nosotros mismos en estos cambios, jamás tendremos paz y tranquilidad. Guardaos mucho de quejaros a los demás, bien sea a las damas, bien a vuestros confesores, bien a cualquiera de vuestras hermanas, o de permanecer en los sentimientos de antipatía que a veces pueden sobrevenir.

Hijas mías, hay también otro gran medio, para manteneros en unión y cordialidad: si os dais cuenta de que mutuamente os habéis contristado, pedíos perdón cuanto antes, si podéis, o al menos por la noche, ya que, si os acostáis con vuestro enfado, hijas mías, sería una cobardía muy grande. No solamente es éste un deber de las Hijas de la Caridad sino de todo buen cristiano, ya que Dios ha dicho: «El sol no se ponga sobre vuestra cólera» ⁶ Hay personas en el mundo que lo hacen así.

Además, hermanas mías, aunque seáis todas iguales y semejantes en todas las cosas, la regla quiere que, entre dos o tres que están juntas, una sea nombrada hermana sirviente; hay que someterse humildemente y de todo corazón a ella, mirándola en Dios, y mirando a Dios en ella. Os resultará muy fácil someteros, si consideráis que ella manifiesta la presencia de Dios, y si la miráis en Dios, porque es la dirección de la divina Providencia la que os ha unido, y por consiguiente tenéis que honrarla. Por su parte, la hermana sirviente tiene que guardarse de actuar sobre su hermana con autoridad e imperio, sino hacerlo más bien con mansedumbre y cordialidad, pensando que la caridad es mansa, benigna, paciente, y lo sufre todo ⁷. Pues bien, no podría ser una verdadera hija de la Caridad, si no imitase a su madre.

6. Ef 4,26.

7. 1 Cor 13,4 y 7.

Conviene, hijas mías, que os tengáis un gran respeto mutuo, con la idea de que estáis igualmente al servicio de un mismo Señor; por eso tenéis que sentir os tan honradas como si estuviésteis al servicio de los más grandes señores del mundo. También es éste un consejo que nos da nuestro Señor: «Trataos uno al otro con honor y benevolencia»⁸, Hijas mías, si es así, ¡cuán grande bendición y edificación tendrá vuestra Compañía! No discutáis nunca una contra otra, sino, más bien ceded de vuestra voluntad para hacer la de vuestra hermana, en las cosas que no sean pecado y que no vayan en contra de vuestra manera de vivir. Pero a veces suceden cosas de muy poca importancia que dan ocasión para enfadarse de tal manera que por cualquier motivo se cometen grandes faltas. El diablo, nuestro enemigo y padre de la discordia, lo que más desea con este medio es que nos desunamos. Hijas mías, hay que guardarse mucho de esto. Y más vale buscar el agrado de Dios que satisfacer nuestra propia pasión.

Hay otro artículo en el que se ordena que no deis ni recibáis nada sin permiso de la hermana sirviente que está al tanto de la casa. Hijas mías, este punto es de mucha más importancia de lo que creéis. Apenas habéis entrado en una Compañía, en donde no tiene que haber nada propio, todo lo que tenéis ya no es vuestro, sino de vuestras hermanas lo mismo que de vosotras. Por eso ya no tenéis la facultad de darlo sin permiso. Si se trata de una cosa de cierta importancia, es necesario que la hermana sirviente pida permiso al superior. Si la cosa es pequeña, puede permitir darla y recibirla. Si tenéis prisa y no tenéis tiempo para pedir permiso, vuestra intención tiene que ser la de hablar cuanto antes con vuestra hermana sirviente con espíritu de sumisión, dispuestas a devolver el objeto, o a guardarlo, según ella os ordene. ¿No os parece bien así? ¡Cuántos medios tenéis para hacer os virtuosas! ¡Bendito sea Dios!

Ahora viene también un artículo muy necesario: tendréis cuidado de venir todos los meses a la Casa al menos una vez.

8. Rom 12,10.

y esto a la hora más indicada. ¿Por qué hijas mías? Para hablar un poco de vuestra situación con la hermana sirviente, y esto con toda cordialidad. Lo mismo que un niño que fuese a buscar en su madre algún consuelo, para decirle vuestras penas, pequeñas y grandes, pedirle consejos según vuestras necesidades, darle cuentas de la práctica de vuestras reglas, de vuestra conducta, de vuestras pequeñas diferencias, si las hubiere, y esto con toda sinceridad y cordialidad y sin ningún disimulo. Hijas mías, las pequeñas penas de la vida ya no son penas con estos consuelos; o, si todavía os quedan, Dios os concederá la gracia de amarlas por amor a él. No tenéis que contentaros con descubrir vuestros defectos y vuestras penas; también es conveniente decir con toda sencillez las gracias que Dios os haya hecho. Hay cinco o seis artículos de los que tenéis que hablar. Ya se os avisará.

He aquí uno, hijas mías, que os ayudará mucho a practicar bien vuestras reglas y vuestros ejercicios: no faltéis a las reuniones cuando se os avise, cualquiera que sea el pretexto que pudieseis tener. Si alguna dama quisiese entreteneros ese tiempo, habrá que decirle: «Señora, le suplico con toda humildad que nos permita ir a la reunión que se tiene en la Casa. Estamos obligadas a ello; y hemos tomado nuestras precauciones para que, durante nuestra ausencia, no les falte nada a nuestros enfermos». Si les habláis de esta manera, se guardarán muy mucho de impedirlos. Si no, perderíais grandes cosas; porque, hijas mías, Dios, que conoce vuestras necesidades, permite a veces que oigáis en estas reuniones una palabra útil, que en otra parte no escucharíais. Y además, hermanas mías, es siempre una gran bendición encontrarse en las reuniones, ya que nuestro Señor nos ha dicho que cuando estemos reunidos en su nombre, él estaría en medio de nosotros ⁹. Hijas mías, decidme, ¿no dice la verdad nuestro Señor? Y puesto que nos la dice siempre, ¿por qué no le creemos? Hermanas mías, yo lo creo tan firmemente, como si lo viese aquí, en medio de nosotros, aunque muy indignos,

9. Mt 18,20.

sí, hijas mías, lo creo tanto como creo que estáis aquí vosotras. Por eso os ruego que no dejéis de venir.

Además, hijas mías, es necesario que no tengáis ningún apego ni a los lugares, ni a las personas, ni a los cargos, y que estéis siempre dispuestas a dejarlo todo cuando la obediencia os separe de algún lugar, convencidas de que Dios lo quiere así. Se trata de lo más importante que yo pueda deciros. Sin ese desprendimiento general es imposible que subsista vuestra Compañía. Hijas mías, vosotras no debéis querer que, por vuestro gusto, se os deje en un lugar de donde es necesario sacaros, para ponerlos en otra parte, o para venir a la Casa. Otra hermana haría lo mismo, luego más tarde otra, y de esta forma, el desorden se multiplicaría, y sería la ruina total de la Compañía y el fin de tantos bienes como se hacen y cómo se podrán hacer, si sois fieles a Dios. ¡Que desgracia, hijas mías, para la hermana que fuese la causa de este desorden! ¡No quiera Dios que esto suceda jamás! Hijas mías, tened mucho cuidado de que no se deslicen entre vosotras ciertos apegos que os impidan estar en las manos de Dios; porque de aquí podría resultar que ya no iríais a un lugar en donde su bondad querría daros la gracia de utilizaros.

Aunque recomiendo la práctica exacta de vuestras reglas y de vuestra manera de vivir, y aunque queráis conformaros con todo lo que se hace en esta Casa, donde está el cuerpo de la Compañía, sin embargo, como vuestra obligación principal es el servicio de los pobres enfermos, no tenéis que temer dejar algunas reglas cuando surja alguna necesidad en los enfermos, con tal que se trate de verdadera necesidad y no de un capricho, o por pereza.

He aquí, hermanas mías, el último artículo de vuestra manera de vivir. Se os ha dado una memoria para que la leáis al menos una vez todos los meses. Es necesario que sea así. Por esa lectura conoceréis la voluntad de Dios y os aplicaréis a ponerla en práctica.

Hijas mías, ¡que Dios os conceda su gracia! Este será un medio para haceros verdaderas Hijas de la Caridad, hijas agra-

dables a Dios. Os lo digo, y es verdad: las que guarden y practiquen con toda exactitud sus reglas, llegarán en seguida a una grandísima perfección y santidad. Hijas mías, ¿que es lo que os lo podría impedir? ¡Son reglas muy fáciles! Sabéis que os hacen agradables a Dios y que siguiéndolas cumplís su santísima voluntad. Hijas mías, si sois fieles en la práctica de esta forma de vivir, seréis todas buenas cristianas. No os diría tanto si os dijese que seríais buenas religiosas. ¿Por qué se han hecho religiosos y religiosas sino para ser buenos cristianos y buenas cristianas? Sí, hijas mías, poned mucho empeño en haceros buenas cristianas por la práctica fiel de vuestras reglas. Dios será glorificado con ello, y vuestra Compañía edificará a toda la iglesia. No estiméis en poco la gracia que Dios os ha concedido y os concederá, si os hacéis dignas de ella. Pensad que en estos últimos tiempos Dios quiere poner en su Iglesia una Compañía de pobres campesinas, como sois la mayor parte, para continuar la vida que su Hijo ha llevado en la tierra. Hijas mías, no os hagáis indignas de vuestra gracia. Ruego a Dios, hermanas mías, que os dé para ello una perfecta unión.

Dios mío, nos entregamos a ti para el cumplimiento de los planes que tienes sobre nosotros; nos reconocemos indignos de esta gracia; pero te la pedimos por el amor de tu Hijo; te la pedimos por la santísima Virgen; te la pedimos también por nuestras hermanas que, en tu bondad, has querido llevar ya a tu paraíso. Dánosla, Dios mío, para tu gloria y bendición. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén*

Sobre la obra de los niños expósitos

Una hermana ha creído que un motivo para servir a los pobres niños con gran cuidado y afecto era que su alma está hecha a imagen de Dios. También ha recordado que nuestro Señor amó siempre a los pobres niños, porque dijo a sus apóstoles que dejasen que se acercasen a él ¹ y nos enseñó que, para entrar en el cielo, hay que parecerse a ellos ².

Para servirles bien es conveniente recordar todas estas verdades y esperar que sus pequeños ejemplos nos serán útiles para adquirir las virtudes por las que podamos ser considerados como niños por Dios.

¡Bendito sea Dios, hermana! Estoy muy consolado al ver los pensamientos que Dios os da a todas. No lo dudéis; hay motivos para esperar muchas gracias al servir a estas pobres criaturitas, abandonadas de todos, excepto de la divina Providencia, que os ha escogido para servirles.

Otra hermana dijo: Padre, tenemos que juzgarnos muy felices de que Dios nos haya dado el cuidado de estos niños, muchos de los cuales quizás den mucha gloria a Dios por sí mismos, o por las enseñanzas que podrán dar a los demás.

Otra razón es la seguridad que tenemos de que es la voluntad de Dios la que hacemos en este empleo, ya que él mismo se lo ha inspirado a nuestros superiores, y el miedo de que, si no lo cumpliésemos debidamente, Dios encomendaría esta obra a otras, que cumplirán mejor.

He pensado también que es para nosotras un medio de conseguir nuestra salvación, si cumplimos bien con este empleo.

Conferencia 16. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. Lc 18,15.

2. Lc 18,17.

Reflexiones de otra hermana:

— Padre, esos niños que están, con toda probabilidad, concebidos doblemente en pecado, representan para nosotros una planta llena de espinas que Dios no quiere arrojar al fuego, sino que quiere buscar rosas en ella; y esas son sus almas racionales que ha creado y redimido con la sangre de su Hijo. Este pensamiento me ha dado gran deseo de servirles.

Reflexiones de otra hermana:

— Padre, cinco razones principalmente nos deben dar gran deseo de servir a esas pobres criaturas, abandonadas por todo el mundo. La primera es la obligación de procurar la gloria de Dios en todo lo que podamos, como hacemos al servir a esos pequeños cuerpos por amor de Dios, formando sus almas y dándoles buen ejemplo, para que glorifiquen a Dios algún día en la eternidad.

Segunda razón. — Como esos cuerpecitos están doblemente concebidos en pecado, hay motivos para creer que el diablo tendrá mayor fuerza para inducirlos al mal, y realizará todos los esfuerzos para enviar la mayor parte de ellos a los infiernos; nosotras tenemos que impedirlo, ya que hay obligación, bajo pena de pecado, de arrancar al prójimo de la muerte cuando podamos, y la muerte del alma es mucho más importante que la del cuerpo.

Tercera razón. — El ejemplo que Dios mismo nos dio con un niño de esta condición abandonado por su madre Agar, quien recibió la visita de un ángel, y le ordenó, de parte de Dios que cuidase a su hijo. Ella lo recogió, se humilló, y con sus lágrimas tocó el corazón de la verdadera mujer de Abrahán, que la recibió en su casa ³.

Cuarta razón. — Tenemos que hacer mucho caso de los planes que Dios ha tenido al escogernos para esta obra, a la que tenemos que estimar por encima de todo lo imaginable.

3. La hermana que habla se ha confundido; fue otra circunstancia la que movió a Abrahán y a Sara, su mujer, a consentir que se recibiera a Agar.

Quinta razón. — El servicio que se les hace a los niños es uno de los motivos más poderosos que tenemos para perfeccionarnos; allí es donde aprendemos a superarnos en muchas de nuestras pasiones y a huir de la ociosidad.

— Un primer medio para servir a estos niños es pensar que no somos capaces de ello, y presentar muchas veces a Dios nuestra insuficiencia, pidiéndole la gracia de que nos enseñe a servirles bien y útilmente para su gloria y la salvación de ellos.

En segundo lugar, respetar a estos niños como a hijos de Dios, y acordarnos de que nuestro Señor nos ha recomendado que les demos buen ejemplo, por la razón de que sus ángeles ven continuamente el rostro de Dios ⁴.

En tercer lugar, tener mucho cuidado de lo que ellos necesitan y velar porque nada les falte.

Cuarto, no demostrar más cariño a unos que a otros, porque las diferencias originan celos y envidias, a lo que podrían acostumbrarse esos niños.

Quinto, velar por la práctica de las reglas, en primer lugar para ser fieles a Dios, luego por el bien de los niños que, servidos a sus debidas horas, se portarán mucho mejor.

— ¡Bendito sea Dios, mis queridas hijas, por los pensamientos que os ha dado a todas! Me siento muy consolado y no sabría expresaros el gozo que mi corazón siente porque casi todas habéis tomado la resolución, cuando la santa obediencia os envíe en ayuda de estos pequeños, de ir a servirles con caridad, mansedumbre y afecto. Es Dios, hijas mías, el que os da estos buenos deseos. Conservadlos con interés.

Al considerar el plan de la divina Providencia en este propósito, me he admirado mucho, hijas mías, de la elección que ha hecho desde toda la eternidad de vosotras, pobres muchachas de aldea, sin experiencia, sin ciencia, a excepción de algunas, para hacerle este servicio, el más importante que yo sepa, junto con el que le ofrecen las religiosas del Hospital ⁵. Hijas

4. Mt 18,10.

5. Cfr. la nota 6 de la Conferencia 6 (16 de agosto de 1640).

mías, ¡cuán agradecidas tenéis que estar a esta gracia! ¡Desde toda la eternidad, Dios pensaba en vosotras para un asunto de tal importancia! no solamente pensaba en fundar una Compañía para este objeto, sino que se preocupaba incluso de escogeros a cada una en particular para formar parte de ella. Hijas mías, si comprendieseis bien el plan de Dios sobre vosotras, os sentiríais felices de esta misericordia. ¡Que nuestro Señor os conceda esta gracia!

Una segunda observación, mis queridas hermanas, es que esos niños pertenecen a Dios de una manera especialísima, ya que están abandonados por su padre y su madre, y sin embargo tienen almas racionales, creadas por la omnipotencia de Dios. Solamente le pertenecen a Dios, que les hace de padre y de madre y vela por sus necesidades.

Ved, hijas mías, lo que Dios hace por ellos y por vosotras. Desde toda la eternidad ha fijado este tiempo para inspirarles a muchas damas el deseo de cuidar de estos niños, a los que considera como suyos; desde toda la eternidad, os ha escogido, hijas mías, para el servicio de ellos. ¡Qué honor para vosotras! Si las personas del mundo se consideran muy honradas por servir a los hijos de los grandes, ¡cuánto más vosotras, por haber sido llamadas a servir a los hijos de Dios!

Estuve últimamente en un lugar por donde se paseaba el rey⁶. «Señor, — le dijo su señora ama, al ver al señor Canciller que entraba —, señor, dad vuestra mano al señor Canciller». «¡Dios mío! — exclamó el señor Canciller haciendo una gran reverencia —, soy indigno de tocar la mano del rey; yo no soy Dios». Ved, hijas mías, por ser hijo de un rey, él es rey, y si el señor Canciller, que es uno de los primeros oficiales de su corona, no se atreve por respeto a tocarle la mano, ¡qué sentimientos tenéis que tener vosotras, al servir a esos niños, que son hijos de Dios! Hijas mías, entregaos a Dios para servirle con gran caridad y mansedumbre, y tomad la costumbre de ver a Dios en esto y de servirles en Dios y por su amor.

6. Luis XIV.

¡Qué motivo tan poderoso es este, hijas mías! ¡tenéis que concluir que Dios siente un gran placer viendo el servicio que les hacéis!

Otro motivo, hijas mías, es la gran complacencia que Dios siente por el servicio que hacéis a estos niños, así como se cuida de sus balbuceos e incluso de sus gritos y de sus llantos. Cada uno de esos gritos llena el corazón de Dios de confusión. Y vosotras, mis queridas hermanas, cuando procuráis calmar sus gritos, haciéndoles los servicios que necesitan por amor de Dios, y por honrar la infancia de nuestro Señor, ¿no estáis dando consuelo a Dios? ¿Y Dios no se siente honrado por el llanto de esos niños? ¡Animo!, ¡ánimo pues, hijas mías! Apreciad mucho el servicio de esos niños, por cuya boca Dios recibe una perfecta alabanza. No soy yo quien lo digo, hermanas mías, es el profeta: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem tuam* ⁷. Son unas palabras latinas, y significan: «En la boca de los niños que maman leche es perfecta tu alabanza». Hijas mías es verdad, porque lo afirma la sagrada Escritura.

Ved cuán felices sois por servir a estas pequeñas criaturas que dan a Dios una alabanza perfecta y en las que la bondad de Dios se goza tanto, un gozo que en alguna forma se parece al de las madres, que no sienten mayor consuelo que el de ver lo que hacen sus hijos. Ellas lo admiran todo y les gusta todo. Así también Dios, que es su Padre, siente gran placer ante todo lo que hacen. Haced lo mismo vosotras, mis queridas hermanas; pensad que sois sus madres. ¡Qué honor estimarse madre de unos hijos cuyo Padre es Dios! Y como tales, sentid mucho gusto en servirles, en hacer todo lo que podáis por su conservación. En esto, hijas mías, os pareceréis en cierto modo a la santísima Virgen, ya que seréis madres y vírgenes a la vez. Acostumbraos a mirar de esta forma a los niños, y esto facilitará la fatiga que sintáis junto a ellos, porque sé muy bien que no os faltará. Está también el amor que las buenas ma-

7. Sal 8,3.

dres sienten por sus hijos. Hijas mías, ellas se expondrán a toda clase de males por salvarlos de una ligera molestia.

Y lo que os digo, es verdad incluso en las madres de los animales, como las codornices madres, que se dejan coger por los cazadores expresamente para salvar a sus pequeños. Cuando tengáis mucho cuidado de esos pobres niños y les deis todo lo que necesiten, entonces ocuparéis el lugar de sus verdaderas madres. Hijas mías, ¡qué contento estará Dios de vosotras, ya que haréis en esto su santísima voluntad, y sirviendo a esos niños, contribuiréis a darle la alabanza más perfecta, la cual no se la dan los doctores, sino la voz y las acciones de esas criaturitas!

El cuarto motivo es que todas las naciones adorarán a Dios, ya que esos niños han dado alabanza a Jesucristo...

¿No tenéis que consideraros muy felices, por honrar a Jesucristo en la persona de esos niños, y enseñarles a dar gloria y adoración a Dios?

Pero se me podría decir: «¿Cómo servir a esos niños tan chillones, tan sucios e hijos de malas madres, que los han dado a luz ofendiendo a Dios y que los han abandonado?» Hijas mías, tendréis una gran recompensa por todos estos motivos. En cierto modo repararéis la ofensa que esas malas madres hicieron abandonando así a sus hijos, cuando os preocupéis de servirles por amor de Dios y porque le pertenecen. Ved, hijas mías; si Dios no os hubiese llamado a su servicio, si os hubiese dejado en medio de los jaleos del mundo, hubieseis sido madres y vuestros hijos os hubiesen dado mucho más trabajo y más tormento que estos. ¿Y con qué provecho? Como la mayor parte de las demás madres, los habríais amado con un amor natural, los mismo que los animales aman a sus hijos. ¿Qué recompensa tendríais por ello? Simplemente, la recompensa de la naturaleza: vuestra propia satisfacción. Hijas mías, no ocurrirá lo mismo con el servicio que hagáis a esos hijos por el amor de Dios; porque nada hay que os induzca a ello; son sucios; además, el pensamiento de su madre os puede dar un poco de repugnancia.

Dan mucho trabajo, es cierto; pero ¿dónde no hay trabajo? Lo hay en todas partes. Cuando estabais en el mundo, ¿no lo teníais acaso? Si todavía estuviésteis allí, ¿no lo tendríais? Sí, lo hay en todas las situaciones. Pero en la condición de las que sirven a los niños, lo mismo que en cualquier ejercicio de caridad, el trabajo está acompañado de una recompensa tan grande que debe ser un trabajo muy querido. Habríais sido madres en el mundo, pero no como lo sois ahora, ya que esos niños le pertenecen tan perfectamente a Dios que podemos decir que son hijos suyos, pues ningún otro cumple con ellos el deber de Padre. Mis queridas hermanas, convenceos de esta verdad.

Estoy seguro de que tendréis gran consuelo en servirles, considerando que la perfecta alabanza que se da a Dios sale de su boca. Los profetas dicen que Dios es glorificado por los niños. ¿Por qué? Es que ellos saben agradecer el cuidado particular que se tiene de ellos. Hermanas mías, como nuestro Señor ha pensado en vosotras desde toda la eternidad para el servicio de estos niños que le glorifican, esto es para vosotras un gran honor y hay que considerarse muy felices por ello. Sí, ciertamente, tenéis que hacer mucho caso del plan de Dios sobre vosotras. EL os ha escogido, a vosotras que no pensabais en él. Ha dejado pasar un gran número de años, durante los cuales han muerto muchos niños, y en vez de dirigirse a otras muchas personas que su bondad hubiera podido escoger para su santa obra, ha aguardado que vosotras estuviésteis en situación de emplearos en ella. Hijas mías, ¡cuán agradecidas tenéis que estar por esta gracia!

¿Qué más? En el tiempo en que os escogió había otras muchas personas en la tierra, y os ha tomado a vosotras, Ana, Margarita y a todas las demás, para dejar a otras muchas jóvenes de vuestras ciudades y de vuestras familias. ¡Qué agradecidas tenéis que estar a Dios y cuán ingratas seríais si no tuviésteis gratitud por estas gracias y no os sujetaseis a lo que Dios espera de vosotras con estos niños! Espero, hijas mías, que así lo haréis; yo se lo suplico de todo mi corazón.

No me digáis: «Pero, Padre, ¿tan gran cuidado es el que hemos de tener de estos niños nacidos de tan malas madres y que nos causan tantos trabajos?» Sí, hijas mías, ya os lo he dicho; es verdad que suponen un gran esfuerzo, pero este esfuerzo es el que más le agrada a Dios. Y le agrada de tal manera que ciertamente se lo hace ver a sus santos, y sus santos le glorifican por ello. Hijas mías, si fuesen hijos del mundo, esto es, de familias honorables, os darían también mucho trabajo, quizás más todavía que el que estos os dan; ¿y qué recompensa? Salarios muy pequeños, y seríais consideradas como sirvientas. Pero por haber servido a estos pobres niños abandonados del mundo, ¿qué recibiréis? A Dios en su eternidad. Hijas mías, ¿hay comparación posible?

¿Y qué lugar ocupáis junto a estos niños? Sois de alguna manera sus ángeles buenos. ¿Pues qué, hijas mías, desdeñaríais estar al lado de estos pobres niños, mientras que sus ángeles buenos se consideran felices de estar allí continuamente? Si ellos ven a Dios, lo ven desde allí; si lo glorifican, lo hacen al lado de esos niños; si reciben sus órdenes, es también allí. Son ellos los que elevan hasta Dios la gloria que le dan esos pequeños seres con sus pequeños gritos y sus balbuceos. Y se juzgan muy honrados por hacerles esos servicios. Hijas mías, ¿obráis también vosotras de esta manera, ya que sois junto con esos gloriosos espíritus las comisionadas al lado de esos niños? Si lo hacéis con el mismo celo, viendo a Dios, en ellos, veréis cómo el cansancio que os dan os resultará muy ligero y fácil de soportar.

Un medio para servir bien a esos niños, hijas mías, es la indiferencia, que consiste en la disposición para dedicarse a este oficio, y en general, la de ir a cualquier parte a donde la obediencia os envíe. Sin eso no seríais verdaderas Hijas de la Caridad. Los animales obedecen a los hombres; ¿será posible que una hija de la Caridad se niegue a obedecer a Dios? Sí, hijas mías, los mismos caballos, cuando están destinados a la silla, no rehúsan someterse a ella; los que se enganchan a las carrozas, no se niegan nunca a conducir. Yo no he visto nunca

caballos, a no ser una vez, negarse a ir adonde se les quiere llevar, a la derecha, a la izquierda, hacia delante, hacia atrás. obedecen a quienes los guían. Y vosotras, hijas mías, ¿querríais que se os reprochase que los animales son mejores que vosotras en sumisión e indiferencia? Hijas mías, hay que guardarse mucho de ello; y para eso, acordaos con frecuencia de vuestras buenas resoluciones, pensando que el único medio de superaros a vosotras mismas en las dificultades, consiste en ver a Dios en esos pequeños y en pensar que ha dicho: «Hijas mías, el esfuerzo que realicéis por esas pequeñas criaturas, y el servicio que les hacéis, me es tan agradable que lo siento como si me lo hicierais a mí mismo».

Otro medio, hijas mías, consiste en observar exactamente las costumbres que se practican en la Casa. Todavía no tenemos el reglamento; si hubiera alguna cosa que corregir, lo haríamos. Pero hasta que se hayan puesto en limpio las reglas, estimad mucho las que aquí se observan y todo irá mejor.

«Yo así lo haría, me dirán algunas, pero estar con ésta o aquélla me resulta muy penoso». Hijas mías, no es ésa la práctica de vuestras madres ni es buen ejemplo el que dejaríais a las que vengan después de vosotras. Antigamente, los hijos tenían tanto respeto a sus padres, que los querían imitar, incluso con peligro de sus vidas. Lo que ellos han hecho por cosas pasajeras y transitorias, ¿por qué no lo haríamos nosotros por las eternas? Las sagradas Escrituras cuentan que los hijos de Recab decían que sus padres no habían bebido nunca vino ni se habían alojado en castillos ni en casas; y por eso no querían beber nunca, ni habitar en otro lugar más que bajo tiendas. Y aunque esto no estuviese ya en uso, y aunque querían convencerles de que obrasen como los demás, jamás lo quisieron, tanto era el respeto que sentían por el ejemplo y las costumbres de sus padres; y decían: «¡Pues bien! Nuestros padres estuvieron trescientos años sin beber vino ni habitaron en casas; ¡no quiera Dios que jamás obremos nosotros en contra de sus costumbres!». Hasta el punto que prefirieron morir an-

tes que dejar de obrar como sus padres; lo cual llenó de contento a Dios. Así es, hijas mías, como hay que habituarse a las costumbres usadas en la Casa, para imitar a las primeras hermanas de la Caridad, a fin de que las que vengan después de vosotras, os imiten como a sus madres.

Otro medio, mis queridas hijas, es representaros muchas veces la gracia que Dios os ha concedido al llamaros a que le sirváis en la persona de estos niños. Desde que empezasteis a asistirles, su número ha sido de más de doscientos, poco más o menos; todos han recibido el santo bautismo y quizás, si no hubieseis cuidado de ellos, hubieran muerto todos sin bautismo y hubieran quedado privados de la visión de Dios por toda la eternidad, que es la mayor pena de los condenados. Hijas mías, ¡qué felicidad para vosotras el poder contribuir a tan gran bien, y cómo tenéis que sentiros muy honradas por haber tenido esta gracia, y también la de que por vuestros cuidados vivan muchos de estos niños! Si esto continúa, dentro de diez años habrá por lo menos setecientos u ochocientos; y los que mueran bautizados irán a glorificar a Dios por toda la eternidad. Hijas mías, ¡qué felicidad! Tenéis parte en las alabanzas que ellos dan a Dios; presentan a Dios el amor que con ellos habéis tenido y todos los trabajos que os han dado. Será una grandísima ayuda para conseguir vuestra salvación esa caridad ejercida con esas pobres criaturitas, a las que les dais la vida, o mejor dicho, les conserváis la que Dios les ha dado por el cuidado que de ellos tenéis. ¡Hijas mías, qué felicidad! Reconoceos muy indignas de esta gracia, y procurad haceros dignas de ella, por temor de que Dios no os la quite para dársela a otras, que harían mejor uso de ella y estarían más agradecidas a su bondad.

Además del mérito y de la recompensa que Dios da por servir a esos niños, motivos suficientemente poderosos para servirles con cuidado y diligencia, está algunas veces la satisfacción que se siente, y yo estoy convencido que sentís muchas veces gran cariño para con ellos. Hijas mías, nunca os lo diré demasiado, estad seguras de que nunca lo ofenderéis amando les mucho; son sus hijos y el motivo que os ha hecho ponerlos

a su servicio es su amor. No sería lo mismo si fuerais madres en el mundo, ya que muchas veces el amor natural de las madres a sus hijos es ocasión de pecado; además, ellas tienen no pocas penas y sufren mucho con este motivo. Pero vosotras, hijas mías, seréis madres razonables si veláis por las necesidades de esas criaturas, las instruís en el conocimiento de Dios y las corregís con justicia acompañada de mansedumbre. Así es como seréis verdaderas y buenas madres. Y ¿qué es lo que sucederá, hijas mías? Esos niños se acostumbrarán de tal forma a la virtud, que fácilmente se inclinarán al bien y darán a conocer el poder de Dios que produce buenos frutos de árboles malos.

Sufrid, pues con ánimo, mis queridas hermanas, las pequeñas penas que haya en este servicio, porque sé que las habrá; pero sobre todo cuidado de que, apenas comiencen a balbucear, pronuncien el nombre de Dios; enseñadles a decir: «¡Dios mío!», haced que hablen con frecuencia del buen Dios entre sí; decidles vosotras mismas algunas palabras según su capacidad; cuando les llevéis alguna cosa que ellos sientan como buena o como hermosa, que sepan y confiesen que es el buen Dios el que se la da.

Finalmente, hijas mías, como solamente el amor de Dios es el que os hace trabajar tanto por ellos, procurad imprimir fuertemente en su espíritu el conocimiento de las obligaciones que tienen para con Dios y un gran deseo de salvarse.

El bien que les hagáis no se terminará con ellos, porque, si viven, tendrán algún cargo en el mundo; si se casan, darán buen ejemplo a su familia y a sus vecinos; si se retiran del mundo, ¿cómo no serán entonces muy virtuosos con las buenas costumbres que han adquirido desde su infancia, y no edificarán a los demás? Honraréis mucho a Dios aceptando esta obligación; pero estad seguras de que Dios os honrará mucho más aceptando los servicios que le hacéis en esos niños y dándoos una gran recompensa en el cielo.

Así pues, poned un cuidado especial en acostumbrarlos a hablar de Dios. En cierta ocasión me dijo una madre, después

de haber perdido a un hijo al que amaba tiernamente, y que había hecho muy buen uso de las instrucciones que le había dado: «Sí, Padre, yo he estado horas enteras junto a su lecho, durante su niñez, esperando a que se despertase, para hacer que su primera palabra fuese: ¡Dios mío!» ¿Y sabéis por qué? Porque, cuando nos despertamos, el diablo procura poner en nuestro espíritu algún mal pensamiento, para que el resto de la jornada sea también malo.

Mis queridas hijas, el último medio que se me ocurre ahora es que os apliquéis a considerar la grandeza de vuestra vocación. Todos los que la conocen, la estiman muchísimo; apreciadla también vosotras mismas en todo su valor. Vuestra vocación, con la de las religiosas del hospital, es de las mayores que yo conozco en la Iglesia. Y Dios os ha escogido a vosotras, pobres jóvenes ignorantes, para una obra tan grande. No lleguéis en vuestra admiración a sentir orgullo por ello, porque lo ordinario es que Dios escoja a los sujetos más vulgares y más incapaces para hacer grandes cosas. Al servir a estos niños, al servir a los pobres enfermos, yéndolos a buscar, hacéis a Dios el mayor servicio que se le puede hacer, contribuís con todo vuestro esfuerzo a que la muerte del Hijo de Dios no sea inútil, honráis la vida de nuestro Señor Jesucristo, que muchas veces ha hecho esto mismo, y, al servir a los galeotes, honráis los sufrimientos y las calumnias que el Hijo de Dios sufrió en la Cruz. Hijas mías, seríais las más ingratas de la tierra si despreciaseis la gracia que Dios os ha hecho por una vocación tan santa. Pero tened cuidado, tened cuidado, os lo pido, de ser fieles a ella. ¡Qué desgracia! la felicidad de las que sean fieles será tan grande como la desgracia de las que no lo sean, porque no es razonable que se reciba el precio del trabajo que no se ha hecho. El ejemplo de Judas y de otros muchos tiene que ser para nosotros un motivo poderoso para perseverar. Dad gracias a Dios, hijas mías, por haber sido escogidas para una vocación tan perfecta, rogadle que os dé todas las gracias necesarias para serle fieles. Yo se lo suplico de todo mi corazón, y le pido para vosotras la gracia de imitar a la Santísima Virgen, en el

cuidado, vigilancia y amor que tenía para con su Hijo, a fin de que, como ella, verdaderas madres y vírgenes a la vez, eduquéis a estos niños en el temor y amor de Dios, para que puedan con vosotras glorificarlo eternamente. Es lo que deseo con todo mi corazón, hijas mías, rogándole a Dios que os bendiga. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

17(17,IX,142-160)

CONFERENCIA DEL 1 DE ENERO DE 1644.

Sobre el respeto cordial

El primer día del año 1644, nuestro muy venerado Padre, tuvo la caridad de darnos una conferencia sobre el respeto cordial que las Hermanas de la Caridad se deben las unas a las otras. Después de haber hecho la lectura del tema de oración sobre este asunto, nos dijo:

— Hijas mías, es menester que sepáis que se pueden tener una con otra dos clases de respeto. El uno es grave y serio, el otro es cordial y afectuoso. El respeto serio es muchas veces forzado, es el propio de los inferiores con los superiores. Algunas veces se respeta al otro más por temor que por buena voluntad, y de esta forma ni es cordial ni verdadero. Hijas mías, el respeto que os debéis las unas a las otras tiene que ir siempre acompañado de una sólida cordialidad, esto es, de un honor verdadero, al modo como los ángeles se respetan entre sí. Cuando os encontréis, podéis imaginaros la presencia de los ángeles custodios que, por el respeto que tienen a Dios, os honran con su vigilancia llena de afecto. Pero, hijas mías, lo mismo que el respeto y la cordialidad engendran el verdadero respeto, la cordialidad sin el respeto tampoco será sólida, sino que engendrará a veces ciertas familiaridades poco convenientes y haría a esa

Conferencia 17. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito, de Luisa de Marillac.

cordialidad imperfecta y mudable; no sucederá esto si la cordialidad se une con el respeto, y el respeto con la cordialidad. Dios, por su gracia, ha puesto en muchas de vosotras esas dos virtudes, que son las señales de las verdaderas Hijas de la Caridad, esto es, hijas de Dios. Le doy las gracias por ello. Si hubiera algunas que no honraran estas virtudes, habría que temer que se convirtiesen, por el contrario, en hijas del diablo. Temed pues, hijas mías, veros desprovistas de estas dos virtudes, temed que la falta de estas virtudes no haga decir de vosotras que tenéis el vestido de Hijas de la Caridad, pero no lo sois. Hijas mías, no es que os acuse de faltar todas en esto; sé que hay muchas entre vosotras que se tienen gran cordialidad y respeto, pero no todas. Así pues, por favor, tened miedo y Esforzáos para que os sean familiares esas hermosas virtudes.

La conferencia de hoy tiene como primer punto las razones para que os testimoniéis mutuamente un cordial respeto. Veamos, hermanas mías, los pensamientos que Dios os ha dado sobre este tema; estoy seguro de que os resultará de gran provecho acordaros de todos ellos.

Diga, pues, hermana.

— Yo he pensado que tenemos que respetarnos todas por amor de Dios, y que los superiores sobre todo tienen derecho a nuestro respeto. Hay que mirarlos como a Dios en la tierra y obedecerles indiferentemente.

— ¿Y usted, hermana?

— La primera razón es que nuestro buen Dios nos ha amado tanto, y con un amor tan cordial, que se quiso entregar a sí mismo, y se rebajó hasta hacerse como un pecador. Siendo así, ¿cómo no amaré yo, pobre y desgraciada pecadora, a mis hermanas y no las honraré, si son templos del Espíritu Santo y están mucho más aventajadas que yo en el amor a mi Dios?

— ¡Bendito sea Dios, hermana! Sí, esta es una gran razón para tener entre vosotras ese cordial respeto: pensar en el amor de Dios para con nuestras hermanas y para con nosotros mismos.

Hable usted, hermana.

— Yo he pensado, en el primer punto, que para ser agradable a Dios tengo que respetar cordialmente a mis hermanas y mirarlas como siervas de Dios y de los pobres. Yo he resuelto, ayudada de su gracia, testimoniarles gran cordialidad, por el servicio que les pueda hacer. También he pensado que, si me mantengo en este respeto cordial, esto será un gran bien para la comunidad, pues nos edificaremos mutuamente y nos afirmaremos en nuestra vocación.

— Tiene razón, hermana, en tener este pensamiento. ¡Qué hermoso es ver a varias personas en una gran unión! Sí, hijas mías, verdaderamente seréis de gran edificación para todo el mundo.

¿Y usted, hermana?

— En el primer punto, al considerar la importancia de este respeto cordial, he visto que era el principal medio para mantener una comunidad en orden, y que los primeros cristianos practicaban exactamente esta virtud, la cual les mantenía en un estado de gran perfección y contentamiento, y que, cuando esa virtud se fue enfriando, nació entre ellos el desorden. Lo mismo sucedería entre nosotras si faltásemos a este respeto cordial; mientras que, por el contrario, si lo tenemos recíprocamente como el Hijo de Dios se lo recomendó a sus apóstoles, enseñándoles a amarse como el Padre Eterno los amaba ¹, resultará de todo esto gran orden y unión.

— Ved, hijas mías, cómo Dios os ordena que os améis, ya que el amor fue el que le hizo entregar a su Hijo. Hijas mías, bendito sea Dios, que nos enseña por sí mismo la manera de tenernos este respeto cordial; esto es, por medio de un amor fuerte y animoso, y no por medio de testimonios débiles y menguados.

Continuemos. I, a hermana que sigue, díganos lo que piensa sobre el tema de la oración.

— Yo he pensado que, para tener con mis hermanas el respeto cordial que les debo, miraré a Dios en ellas, me juzgaré la

1. Jn 15,12.

menor de todas, les hablaré con gran mansedumbre y me considerará muy feliz de poder ser la sierva de las siervas de Dios.

— Y yo, Padre, dijo otra hermana, he pensado que una razón para ternernos mutuamente este cordial respeto es pensar muchas veces que, si faltamos, podrá originarse mucho mal, tanto en general a toda la comunidad, como a cada una en particular. Otra razón es representarme que sus ángeles buenos están siempre presentes. Sobre el segundo punto, he visto que este respeto cordial consiste en pensamientos, palabras y obras; se manifiesta algunas veces en señales y gestos en el rostro; y en esto tenemos que vigilarnos con frecuencia; suplico a todas nuestras hermanas que sean tan caritativas que me adviertan de las faltas que han visto en mí. Estoy decidida, con la ayuda de la gracia de Dios, a corregirme de ellas.

— Y usted, la hermana que sigue, dígame sus pensamientos, que Dios bendecirá, así como los de todas, y los hará útiles.

Una razón muy especial para respetarnos cordialmente unas a otras, es que todas mis hermanas son esposas de Jesucristo, y yo tengo que considerarme siempre como la más pequeña de todas e indigna de su Compañía.

Un medio para practicar este respeto cordial, es representarme con frecuencia a las tres personas de la santísima Trinidad, que forman una sola unidad. Ellas se tienen continuamente entre sí este respeto amoroso; lo mismo que todos los santos, aunque hayan ido al cielo por diversos caminos, no cesan de glorificar a Dios unánimemente. He pensado que, puesto que estamos todas unidas para un mismo fin, hay que llegar por este medio del respeto cordial. Cuando tenga ocasión de advertir a alguna de mis hermanas de alguna falta, lo haré con caridad; y, si temo que no lo van a recibir bien de mí, advertiré a mis superiores.

En el tercer punto, he pensado que este respeto cordial, unido a una gran mansedumbre, es el mejor medio para evitar las disensiones, para conservar el amor mutuo y para dar buen

ejemplo al prójimo. Me he propuesto honrar a mis compañeras y a mis superiores, viendo a Dios en ellos.

— ¿Y usted, hermana?

— Yo he pensado que, cuando estamos dos juntas, tenemos que soportarnos la una a la otra, desechar toda sospecha y acordarnos muchas veces del mandamiento que Jesucristo nos dio de amarnos mutuamente ². Si obramos con gran caridad, vendrá un gran bien para toda la Compañía. Por lo que a mi se refiere, no he hecho nada de lo que digo, y he tomado la resolución, mediante la gracia de Dios, de practicar esta cordialidad para con mis hermanas mejor de lo que lo he hecho en el pasado,

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Esta buena hermana ha observado una cosa de gran importancia y que sería de gran impedimento para este respeto cordial, esto es, las sospechas que podríais tener la una de la otra. Hijas mías, tened mucho cuidado de esta gran desgracia. Cuando la sospecha entra en el espíritu de cualquiera, ¡adiós la estima que engendra respeto, adiós la unión y la caridad, de donde brota la santa cordialidad! ¡Dios os guarde de ello!

Y usted, hermana, díganos sus ideas.

— Me ha parecido, Padre, que si practicamos el respeto cordial las unas con las otras, Dios, que es caridad, se sentirá feliz, y por la unión que hay entre nosotras el prójimo quedará edificado. El medio para llegar a este respeto cordial cuando estamos dos hermanas juntas, es que nos soportemos la una a la otra, con tal unión que no aparezca más que una sola voluntad e incluso un mismo sentimiento, y que ninguna de las dos crea que es superior a la otra. He tomado la resolución de crearme siempre la menor de todas mis hermanas y, como tal, tenerles un gran respeto, más de lo que he hecho en el pasado.

— ¿Y usted, hermana?

— Vista la importancia que tiene el amarse cordialmente, he tomado la resolución de tener una gran estima de todas mis hermanas y de respetarlas lo mejor que me sea posible. A este efec-

2. Jn 13,34.

to, he pensado que era preciso interpretar todas sus acciones en buen sentido y, si alguna vez surgiese alguna diferencia entre nosotras, soportarlas a todas con gran caridad, mediante la gracia de Dios.

Sobre el tercer punto he pensado que, si nos tenemos todas este respeto cordial, nos veremos más colmadas de gracias e incluso la santísima Virgen y los santos alabarán a Dios en el cielo y se alegrarán. Por eso, siento mucho interés en observar este respeto cordial para con todas mis hermanas. He rogado a Dios que sea así para su gloria y la salvación de mi alma.

Otra hermana dijo:

— La primera razón por la que las Hermanas de la Caridad se deben este respeto cordial se deduce de la deferencia que las tres personas de la santísima Trinidad se tienen entre sí, tal como vemos sobre todo en dos hechos: en el decreto de la creación del hombre y la encarnación del Verbo. Me ha parecido, Padre, que este respeto cordial hará de nosotras un mismo corazón y una misma voluntad, aunque seamos varias personas, a pesar de que no hay comparación posible. La segunda razón es que la santísima Virgen y san José tuvieron este respeto cordial con nuestro Señor en la tierra y en sus relaciones mutuas.

Se siente este respeto cordial cuando se vive juntas con gran paz y mansedumbre, cuando se soportan los pequeños defectos de los demás, a ejemplo de nuestro Señor, que soportaba los de los apóstoles y los del pueblo con el que conversaba, y cuando se procura edificar a los demás en palabras y acciones.

El bien que se desprende de este respeto cordial es que Dios será glorificado y se verá robustecida la unión. Dios nos concederá la gracia de vivir en esta virtud, si hablamos poco y evitamos quejarnos las unas de las otras.

— ¿Y usted, hermana?

— Yo he pensado, sobre el primer punto, que el mismo Señor nos pide que nos respetemos la una a la otra cordialmente. Un medio para tener esta cordialidad, es que se la pidamos

Dios muchas veces de la forma que él quiere que la tengamos.

Otro medio es someternos con condescendencia las unas a las otras en todo lo que no sea contrario a nuestros deberes. La bondad de Dios es tan grande, que a lo que hagamos por su amor, responderá él con un aumento de amor.

— ¿Y usted, hermana?

— Yo he pensado que la práctica de este respeto cordial nos ayudará a estar en la presencia de Dios, nos mantendrá juntas en tal unión que serviremos de buen ejemplo a nuestro prójimo, nos impedirá tener discursos mundanos y nos hará más aficionadas a nuestra vocación. El mejor medio para poner en práctica esta cordialidad respetuosa, es que nos mostremos siempre deferentes las unas con las otras. He tomado la resolución de ser fiel a esto dado que soy sierva de Dios y de todas mis hermanas.

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Ved cuánto bien tenéis que esperar de la práctica de estas dos virtudes. Verdaderamente, hermanas mías, ellas nos mantendrán en una gran unión, hasta el punto que se podrá decir de las Hijas de la Caridad que están en un pequeño paraíso en la tierra Pero, si no las tenéis, vuestra Compañía será un pequeño infierno, ya que no seréis Hijas de la Caridad, esto es, hijas de unión e hijas de Dios, sino hijas de discordia, y por consiguiente hijas del diablo. Guardaos mucho, hijas mías, de esta desgracia. Si, por desventura, hijas mías, llegase a haber alguna falta contra estas hermosas prácticas; si, por ejemplo, dijeseis algo de una hermana contra este respeto, poneos en seguida de rodillas y pedidle perdón, diciendo: «Hermana, cuando le he dicho esta cosa de la otra hermana, no sabía lo que decía; no lo tenga en cuenta, porque es muy buena». Si hacéis así, hijas mías, os aseguro que en muy poco tiempo llegaréis a la perfección; hablo no solamente de la hermana que, por amor de Dios, haga esta humillación, sino de todas aquellas que vean este ejemplo y oigan hablar de él.

Este cordial respeto, hermanas mías, exige que, cuando os encontréis, os saludéis. ¿Y por qué saludaros? Las pobres aldeanas no se saludan. Mís queridas hermanas, os tenéis que sa-

ludar las unas a las otras, porque todas sois templo de Dios. Si saludamos los templos materiales, las imágenes de piedra y las otras, ¿por qué no nos vamos a saludar mutuamente nosotros, que tenemos más trato con Dios? Exceptúo en las iglesias, porque está allí el santísimo Sacramento; Dios mismo habita allí corporalmente. Al saludaros, saludaréis también a vuestros ángeles buenos, que adoran siempre a Dios. Ha habido personas tan devotas con sus ángeles custodios que les tributaban honor y respeto, cuando pasaban por algunas puertas y lugares estrechos.

Hijas mías, saludaos libremente. El mundo no ve en vosotras solamente unas aldeanas. No os preguntéis: «¿Qué van a decir?» Dirán sencillamente que estáis bien educadas; y los que adviertan esta acción, se edificarán seguramente. En san Lázaro existe la costumbre, incluso entre los hermanos, de saludarse cuando se encuentran y de tener el sombrero en la mano cuando se hablan. Los hombres tienen la costumbre del sombrero, y vosotras tenéis que sustituir este acto por la reverencia acostumbrada. Pensad, por favor, hermanas mías, en esta práctica.

Una hermana preguntó:

— Padre, ¿le parece bien que cuando nos encontramos y tenemos necesidad de hablarnos, nos digamos: «Mi querida hermana», para facilitar este respeto cordial?

— Sin duda, hermanas mías; esta práctica podría servir, y sé que se practica en algunos lugares; pero quiero pensar en ella antes de aconsejarosla; volveremos a hablar de ella en la próxima conferencia. Os decía hace un momento, hermanas mías, que la práctica de este respeto cordial en san Lázaro era de una gran edificación. Os aseguro que, entre las personas que vienen a hacer el retiro, hay algunas que se convierten no por las meditaciones sino por el ejemplo de esta cordialidad; dicen que Dios está seguramente en esta Compañía, ya que hay tan gran unión acompañada de respeto.

Dígame lo que piensa, hermana.

— Padre, una razón para respetarnos cordialmente es que todas nosotras hemos sido creadas a imagen de Dios y que, como esta cordialidad engendra una unión estrecha, Dios repartirá sus gracias con mayor abundancia sobre la Compañía; y por el contrario, si no tenemos unión, el diablo la destruirá. Practicaremos este respeto cordial, si tenemos gran humildad y sumisión las unas con las otras, tanto interior como exteriormente; si preferimos los oficios más bajos de la casa y nos creemos indignas de estar en la Compañía.

— ¿Y usted, hermana? Hable, por favor.

— Una razón para tenernos un respeto cordial es que Dios nos ha escogido y asociado para hacerle un mismo servicio; de ahí se sigue que tenemos que mirarnos como un cuerpo animado de un mismo espíritu, o más bien, como miembros de un mismo cuerpo. Lo respetaremos si ocultamos los defectos de las demás y honramos a nuestras hermanas.

La segunda razón: he pensado en la santísima Trinidad, en la unidad de su esencia que nos hace ver la distinción de las tres personas en dos ocasiones: en la creación del mundo, cuando deliberaron para crear al hombre a su imagen y semejanza, y en la encarnación del Verbo Eterno. Con ese respeto cordial honraremos también las relaciones de san José, de la santísima Virgen y de Jesús. Para ayudarnos a practicar esta virtud, hay que tener buena opinión de nuestras hermanas, no fijarse en sus pequeños defectos, acordarnos de que Dios las ama con mayor cariño cuando ellas lo aman más, sin que su bondad tenga en consideración sus debilidades naturales ni las debilidades de sus espíritus, y que su misma sencillez atrae con mayor abundancia sus gracias.

También es conveniente tomar muchas veces la resolución de habituarnos al respeto cordial, por amor a Dios, pedirle la gracia de conservar en nuestros corazones una baja estima de nosotras mismas, hablar bien de nuestras hermanas en todas las ocasiones, aunque con juicio, y sin que parezca que queremos hacernos estimar, excusar los defectos de las demás y no amo-

nestarles nunca, a no ser con caridad, por este motivo del respeto cordial.

De esta práctica se seguirán muchos bienes: parecerá que hay una gran igualdad entre las hermanas; las que son de nacimiento o de condición más elevada se darán cuenta de que no son más que lo que son delante de Dios, y que cuanto más se bajen por debajo de las otras, más las elevará Dios; las otras, edificadas por este ejemplo, no se elevarán por encima de lo que son, y se mostrarán agradecidas a las gracias que Dios les da.

Esta práctica del respeto cordial, en uso desde el principio de la Compañía, se arraigará cada vez más fuertemente, se hará habitual y durará; de todo ello Dios sacará mayor gloria.

Si llegase a faltar, se seguiría la desunión y el mal ejemplo que las hermanas podrían dar muchas veces al prójimo con escándalo.

— Bien, hermanas mías, ¡bendito sea Dios por los pensamientos que os ha dado a todas sobre el respeto cordial, y por las resoluciones en que todas estáis de quererlo practicar! San Juan no dejaba de recomendar esta virtud en todas sus predicaciones, y esto incluso hasta el final de su vida. ¿Y qué decía este gran santo, formado en la escuela de Jesucristo? Hijas mías, decía casi siempre: «Hijos míos, amaos los unos a los otros»³. Y los que le escuchaban, se extrañaban: «¿Qué es lo que quiere este buen hombre? Parece como si no tuviera otra cosa que decirnos más que: amaos los unos a los otros».

Herманas mías, yo quiero tener este mismo lenguaje. Os basta con aprender bien esta lección y ponerla en práctica. El respeto cordial os hará aceptar como buenas todas las cosas que las hermanas os digan, porque nadie se molesta de lo que le dice una persona a quien ama; por el contrario, se acepta con gusto, convencido de que ella no tiene la intención de molestarnos. Este es, hijas mías, el signo de las verdaderas Hijas de la Caridad, que son verdaderas hijas de Dios. Las que no siguen la máxima que san Juan daba a sus oyentes, se molestan por no ser con caridad, por este motivo del res-

3. 1 Jn 4,11

todo, interpretan mal todas las cosas, no se excusan jamás. Hijas mías, el sello de las hijas del diablo es tener siempre el espíritu de contradicción, de desunión, de enemistad, de dejarse guiar siempre por criterios particulares, y no ser nunca de la opinión de las demás. ¡Guardaos mucho de esta práctica tan peligrosa! La práctica de la cordialidad produce el respeto que os debéis tener las unas a las otras; no ya, hijas mías, como se respeta el mundo, por d;simulo y apariencia, sino por motivos de caridad y de la forma que san Pablo nos ha enseñado. ¿Sabéis lo que dice? «Adelantaos en el honor mutuamente»⁴. Hijas mías ¡qué dulce es esta enseñanza! Adelantaos en el honor mutuamente! Por tanto, no hay que esperar a que nos salude nuestro prójimo. Saludar la primera, eso es adelantarse.

«Pero, Padre, me diréis, ¿no hay que saludar a los que están en algún cargo o tienen alguna perfección más que nosotras?» Os diré, hijas mías, que no solamente tenéis que honrar a esos, sino igualmente a todos los demás. San Pablo no establece ninguna distinción cuando dice: «Adelantaos en el honor mutuamente». El honor que nos recomienda no se funda en las cualidades o en la condición, sino en la verdadera caridad. Por tanto, mis buenas hermanas, a vosotras se dirige esta buena lección, a vosotras que, por una elección especialísima de Dios, lleváis ese hermoso nombre de Hijas de la Caridad, que quiere decir hijas muy cordiales, muy buenas y muy sinceras. ¿Sería posible que hubiera entre vosotras unión y concordia, sin respeto ni deferencia de unas con otras? Hijas mías, tened cuidado con ello, tened cuidado, os lo ruego; es muy peligroso.

«Pero, Padre, me diréis, las que saben sangrar y cuidar los males, las que tienen muchos conocimientos, ¿no pueden pretender más honor y deferencia que las demás? Hijas mías, todo eso no vale nada, y todo se puede perder en un instante. Hemos visto a algunas personas olvidarse en una enfermedad de todo lo que sabían. Si el respeto que se les debía, como cristiano estaba fundado en esas cualidades, ¡adiós todo ese respeto!

4. Rom 12.10.

Ni mucho menos; las disposiciones naturales o adquiridas no son consideradas por este gran apóstol, sino la caridad, que da la gracia. La caridad es benigna, es mansa, es paciente, lo sufre todo sin quejarse ⁵. Esas son las verdaderas virtudes que tenéis que tener, hijas mías, si queréis corresponder fielmente a la gracia que Dios os ha concedido al daros el nombre de Hijas de la Caridad. Si no las tenéis, ¿qué pasará con vosotras? No os hagáis indignas de este nombre. Los grandes del mundo, que llevan el nombre de su señorío, se guardan mucho de disminuir sus cualidades.

Una segunda razón, hijas mías, es que, por la práctica del respeto cordial, vuestra compañía será un paraíso; sí, hijas mías, un paraíso. ¿Que es el paraíso? Es la morada de Dios. ¿Y dónde creéis que tiene Dios su morada en la tierra? En los corazones llenos de caridad y en las Compañías donde reina siempre la unión. Vivid siempre de esa manera, mis queridas hermanas, ya que decir hermana de la caridad es decir paraíso, porque donde está Dios, está también el paraíso. Si en el corazón de una verdadera hija de la caridad hay unión y verdadera caridad, también es seguro que Dios está allí. Hijas mías, hijas mías, considerad bien esta verdad. Si tenéis este respeto cordial, seréis muy buenas religiosas, encontraréis vuestro claustro en el buen ejemplo que las otras os darán. ¿No es verdad, hermanas mías? ¿No os parece que, si vivís de esta forma, si no os contrariáis, si sabéis soportaros las unas a las otras, viviréis como ángeles? Os aseguro, hermanas mías, que en las religiones hay todo lo que se necesita para lograr perfectas religiosas. Vivid pues así, por favor, ya que estáis obligadas a ello por tantas razones, y especialmente por todas vuestras ocupaciones. Dentro de la Compañía, como habéis visto, es necesario vivir en tal unión que no aparezca más que caridad. Por fuera, hijas mías, vuestras ocupaciones ¿no son las de los ángeles, tanto por el servicio de los pobres enfermos, como por el de los galeotes, a los que ayudáis a conocer

5. 1 Cor 13,4-8.

a Dios, a amarlo y a servirlo? ¿Y qué creéis, hijas mías, que es el trato con esos niños a los que servís, cuando permanecéis todas en unión y perfecta comunión? Un paraíso. Los ángeles que asisten a sus almas en gran número, ven siempre el rostro de Dios; vosotras, que asistís a esos niños en un oficio semejante, ¿no tenéis que juzgaros también como viviendo un paraíso en la tierra? Por eso, hermanas mías, tenéis que trabajar por adquirir y conservar entre vosotras esa unión y cordialidad. No digáis, como las personas del mundo, a las que no les gusta aceptar las obligaciones que les impone el rigor de la justicia de Dios: «¿Ofenderé a Dios al hacer esto o aquello?» Hijas mías, pensad más bien: «Si cometo la menor falta contra mis reglas, contra la cordialidad respetuosa que debo a mis hermanas, disgustaré a Dios». Si supieseis lo que es disgustar a Dios, tendríais mucho cuidado de no contristarle jamás. ¡Haber recibido tanto del buen Dios y disgustarlo! Hijas mías, ¡qué impiedad! Hay que guardarse mucho de ello.

Os decía hace un momento que permanecer en vuestra Compañía con unión y cordialidad, es estar en un paraíso; también os digo lo contrario: estar en vuestra Compañía sin esas virtudes sería un pequeño infierno. Hijas mías, tenedlo por seguro, porque el diablo, que es sembrador de cizaña y de desunión, estaría entre vosotras. Estaría entre vosotras si, al no soportaros mutuamente, dijeseis: «Esta hermana tiene tan mal humor...» Hijas mías, hoy esta buena hermana tiene alguna pena en el espíritu o alguna molestia que la hace menos asequible que de ordinario; ¿por qué decís que tiene mal humor? Quizás mañana estarás tú en esa misma situación. Si hoy no tienes caridad con ella, ¿cómo quieres que ella la tenga mañana contigo? Si dos hermanas están juntas en estas disposiciones, decidme, por favor, ¿no es esto un infierno? Ved cuánta importancia tiene la práctica de estas dos virtudes, el respeto y la cordialidad. Hay que pedírselas muchas veces a Dios. Sólo él puede daros esta gracia de la que tanta necesidad tenéis.

Para alcanzarla, y para conservarla cuando la hayáis obtenido, humillaos mucho, tened una baja estima de vosotras mis-

mas, y desead ser las menos estimadas. Hijas mías, si así lo hacéis, en poco tiempo avanzaréis mucho.

Quizás, hermanas mías, digan algunas: «Pero, ¿qué pensará el mundo de nosotras cuando vea que nos respetamos mutuamente?, todos nos conocen como aldeanas y casi todas lo somos». Hijas mías, que esto no os detenga. ¿A quién creéis que van dirigidas aquellas palabras de san Pablo: «Adelantaos en el honor mutuamente»⁶? Hijas mías, a todos los cristianos. Por tanto, no tenéis que sentir vergüenza ni reparo⁷ si os toman por cristianas. Hijas mías, es la virtud de Jesucristo; tenéis que hacer todo lo posible para adquirirla. ¿De dónde creéis que ha venido la práctica de saludarse? De los primeros cristianos; se reconocían en esa señal. Los judíos no se saludaban.

¿Es conveniente, al saludaros, usar alguna fórmula de respeto? No, hermanas mías; saludaros sencillamente la una a la otra cuando os encontréis. Como os he dicho, esto es lo que se observa en San Lázaro, y todos lo vemos bien.

También hacemos lo siguiente. Cuando uno de los nuestros viene de los pueblos, cada uno va a saludarle con cara alegre, y le lleva con gran solicitud todo lo que puede necesitar; y si hay necesidad de lavarle las piernas para que descanse, lo hacemos. Vosotras, hermanas mías, podéis hacer lo mismo, acogiendo a las hermanas con un cordial respeto, sin usar términos afectados, que muchas veces no son la señal segura de una verdadera amistad. Si dos hermanas están juntas, y una es superiora, la otra tiene que someterse a su dirección en todo lo que sea el servicio de los pobres y el deber de la observancia; porque si la superiora, lo que Dios no permita, aconsejase a su hermana alguna cosa en contra de las reglas, entonces no habría que obedecerla, sino avisar a los superiores. Si una hermana sintiese en su corazón alguna desconfianza, antipatía o sospecha de otra hermana, hasta llegar a tenerle antipatía, y tratarla de mala manera, aplastad estos pensamientos, hijas mías,

6. Rom 12,10.

7. 1 Pe 4,16.

aplastad estos pensamientos. Es el diablo quien os los pone en el espíritu. Hijas mías, ¡cuán alejado están esos pensamientos de los que las Hijas de la Caridad deben tener la una con la otra! Sed, pues, fáciles de contentar y no obliguéis a la hermana o a las hermanas que están con vosotras a tener que violentarse o andar con remilgos por temor a que tomen mal sus palabras o sus actos. Principalmente por esto, tenéis que procurar tener siempre, en vuestro trato, ese respeto cordial, que testimoniáis por medio de la reverencia y del rostro alegre. «Pero. ¿qué es lo que tenemos que hacer, me diréis, para aparecer con el rostro sonriente, cuando el corazón está triste?» Hijas mías, os lo digo, que vuestro corazón esté alegre o no, importa poco, con tal que vuestro rostro esté alegre. Esto no es disimulo, porque la caridad que tenéis con vuestras hermanas está en la voluntad; si tenéis la voluntad de agradecerles, esto basta para que vuestro rostro pueda manifestar alegría. ¡Cuántas cosas se hacen en contra de los sentimientos que produce la repugnancia de la naturaleza! Así es como se adquieren las virtudes, hijas mías; si alguno hiciese aparecer los sentimientos irracionales que tiene, ¡a dónde iríamos a parar! Hay que tener mucha más discreción.

Cuando sintáis ganas de mostrar impaciencia o enfado, hermanas mías, no lo hagáis.

Nuestro bienaventurado Padre, el obispo de Ginebra 8, nos ha dado un gran ejemplo de esta virtud. Una tarde, una persona de gran condición vino a verle y se quedó con él hasta muy entrada la noche. Sus criados se olvidaron de llevar candelas como deberían haberlo hecho. ¿Qué creéis que les dijo? No les reprochó su falta y no se enfadó con ellos, sino que se contentó con decirles: «Hijos míos, un cabo de vela nos hubiese sido muy necesario». Obrad de esta manera, hijas mías, y no lleguéis a gritar nunca una contra otra. ¿Qué es lo que digo? ¡Qué no suceda esto jamás! Y no digáis palabras inconvenientes, como por ejemplo: «¡Qué fastidiosa!, ¡qué cabeza tan dura!» u otras semejantes. Si llegaseis a faltar en esto, po-

8. San Francisco de Sales

neos en seguida de rodillas y pedid perdón sin tardar a vuestra hermana. Tenéis que hacerlo, hijas mías; de esta manera alcanzaréis muchas gracias de la bondad de Dios. Le ruego con todo mi corazón que extienda sobre vuestra Compañía el espíritu de cordialidad y de unión, por el que honréis la unidad divina en la Trinidad de personas y el cordial respeto que hubo en la familia de su Hijo en su vida humana, saborearéis la paz que su Hijo nos ha dado después de su resurrección, tendréis una gran unión entre vosotras y trabajaréis útilmente en el servicio de vuestro prójimo para vuestra propia perfección y especialmente para la gloria de Dios, el cual os bendiga en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡Bendito sea Dios!

18(18,IX,160-179)

CONFERENCIA DEL 11 DE DICIEMBRE DE 1624

Sobre el afecto desordenado a sí mismo

El 11 de diciembre de 1624 se reunieron todas las Hermanas de la Caridad, por orden de nuestro muy honorable Padre Vicente, para la conferencia sobre el mal que nos hace el excesivo amor a nuestro cuerpo y espíritu cuando nos dejamos llevar de él.

Una hermana puso como motivo que cuanto más abandonamos la preocupación por el cuerpo, más fácilmente nos unimos con Dios.

— Al renunciar a este amor, que nos ata a la carne y nos hace carne, venimos a ser un mismo espíritu con Dios, que nos llena de su santo amor, y nos da un santo odio hacia nos otros mismos. Yo he ofendido a Dios por un excesivo cuidado de mi comida y vestido; no he sido creada para ocuparme en co-

Conferencia 18. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

sa tan poco importante, y cada vez que me he dejado llevar por esta preocupación he caído en sensualidad y vanidad. El medio más seguro y mejor para corregirme es acudir a mis superiores en todas mis necesidades y preocupaciones y considerar a Jesús en su cuna, sin ayuda ninguna en medio de sus necesidades, y a san Juan en medio del desierto, vestido pobremente y alimentado de igual manera.

La hermana que habló a continuación no pudo encontrar ninguna razón; dijo:

— Creo que ofendo a Dios por el excesivo cariño que me tengo a mí misma a propósito del vestido y de la comida. Debería esperarlo todo de mis superiores, y no preocuparme de nada, sino de hacer la santísima voluntad de Dios. Ese cuidado excesivo de lo que deseo me puede llevar a la gula en el alimento y a la vanidad en los vestidos.

— ¿Y usted, hermana, qué ha pensado?

— Padre, yo he pensado que es muy peligroso dejarnos llevar por los afectos a los que nos lleva la naturaleza. Tenemos que deshacernos de ellos, ya que son un gran impedimento para el amor de Dios, que es el único que puede contentarnos. Hay motivos para temer que nos suceda como a la higuera que no tenía fruto en la estación oportuna, y por eso fue maldecida por nuestro Señor ¹. Caeríamos en esa desgracia, si Dios nos arrojase de su presencia, por no tener su santo amor.

El segundo punto de nuestra oración es de los pecados que esos excesivos afectos nos hacen cometer. Nos llevan a despreciar los consejos de nuestros superiores, con el pretexto de que no estamos obligados a seguir tantas reglas. Excusamos nuestra pereza con el pensamiento de que nos cuestan demasiado. La pereza nos mete la idea de que no tenemos que levantarnos tan temprano. Pecamos también cuando, por ese afecto, deseamos sin gran necesidad más de lo que tienen nuestras hermanas, u otra cosa distinta de lo que tienen: lo cual puede llevarnos hasta los celos.

1. Mc 11,13-14.

He pensado, Padre, que hay que pasar con coraje por encima de todas las dificultades y decir en nuestro interior: «¿Por qué estoy en este lugar? No es ciertamente para dar reposo o descanso a mi cuerpo»; y si estuviese tan descuidada que me sintiese apegada a algunos de estos afectos y satisfacciones, debería decírselo a mis superiores, para que, si lo creen conveniente, me alejen de ellos.

— Bien dicho, hija mía. Ved, hermanas mías, cómo no hay mejor remedio. Si así lo hacéis, pronto os veréis libres de esos pequeños y molestos afectos que pueden perjudicar tanto a vuestra vocación. ¡Bendito sea Dios, hermanas mías!

¿Y usted, hermana, qué pensamientos le ha dado Dios?

— Padre, sobre el primer punto he pensado que los afectos excesivos al espíritu como al cuerpo, nos impiden tener amor a Dios que tanto nos quiere, que es dejar el cielo por la tierra, y también que el cuidado excesivo de nosotros mismos nos impide trabajar en nuestra perfección.

Me he preguntado luego de cuántas maneras puede esta costumbre hacernos ofender a Dios, y he visto que pecamos contra el primer mandamiento de Dios, de amarlo sobre todas las cosas, porque la búsqueda de estas satisfacciones sólo proviene de nuestro amor propio; pecamos también contra el Espíritu Santo que, por su bondad, nos da tantas inspiraciones. Esta costumbre impide el cuidado vigilante y celoso que hemos de tener con nuestros pobres enfermos si, por ese afecto, no los socorremos cuando lo necesitan, dejándolo para más tarde; impide también mucho la práctica de nuestras reglas; nos puede ocasionar algún menosprecio de nuestra vocación e impedir tener cordialidad y mansedumbre con nuestras hermanas, cuando deseamos lo que les está prohibido darnos. Un medio para romper con estos afectos demasiado grandes, es pensar muchas veces cuán austero ha sido el Hijo de Dios, y cómo todos los santos lo han querido imitar.

He tomado la resolución de abandonar todos los afectos a los que hasta ahora he estado demasiado apegada y tenerlos solamente para con Dios, que tanto me quiere; y los afectos que

quiero tener para con él se los ofreceré en la persona de los pobres, a los que servirá por su amor. Suplico a su bondad que me conceda esta gracia.

— Hijas mías, ¡bendito sea Dios! Así es como tienen que obrar las Hijas de la Caridad.

Que hable la hermana siguiente.

— Padre, mi primera razón ha sido que trabajar en destruir las delicadezas que me tengo a mí misma es alejarme de mí; y cuanto más alejada esté, más amor tendré para con Dios, que es mi soberano bien.

Otra razón es que estos afectos me pueden llevar a poseer alguna cosa en particular, lo que sería contra mi regla, y de esta forma iría en contra de la voluntad de Dios.

Sobre el segundo punto, he visto que esos afectos son causa de muchos pecados; porque nos excitan siempre a desear algo en especial; lo cual produce envidia contra las demás, nos mantiene incesantemente ocupadas en nosotras mismas y nos impide pensar en Dios. Además, las satisfacciones que buscamos nos apegan demasiado a las criaturas.

He tomado la resolución de no detenerme en estos apegos espirituales y corporales sin ver de antemano si van contra la voluntad de Dios; no demostrar amistad particular con ninguna de mis hermanas; no tener ninguna preferencia por el vestido o el alimento; no buscar ningún gusto, porque todo esto es contrario a las Hijas de la Caridad; y romper con todo afecto que no sea el amor de Dios; así espero hacerlo con su santa gracia.

— Hable, hermana.

— Padre, una razón para deshacernos de los afectos excesivos que nos tenemos a nosotras mismas es que nos impiden la unión con Dios. Cuando se nos dice: «Se hace algo contra usted», nos sentimos tan turbadas que nos ponemos de mal humor y nos hacemos insoportables a nuestras hermanas e incluso a nosotras mismas.

Otra razón es que Dios me ha concedido la gracia de llamarme a la Compañía, a la que tengo que estimar más que todos los contentamientos del mundo; pues bien, si me tengo

demasiado afecto a mi misma, la observancia de mis reglas y de las enseñanzas tendrá que resentirse.

Los apegos a cosas espirituales son causa de que murmuremos a veces contra nuestros superiores, especialmente cuando, en la confesión, no nos sentimos satisfechas ni de lo que hemos dicho ni de lo que nos hubiera gustado que nos dicesen. De esos apegos nacen con frecuencia pequeñas envidias y celos contra aquellas hermanas que creemos que son preferidas, y manifestamos estos sentimientos. Igualmente, en las cosas corporales, miramos si las otras son mejor cuidadas que nosotras, y si lo creemos así murmuramos contra ellas. Esos apegos son un obstáculo para que nos soportemos. Hacen, por ejemplo que una hermana más educada que las demás se burle de la otras, cuando ve en ellas alguna grosería.

Mi resolución ha sido, mediante la gracia de Dios, esforzarme en romper con estos apegos, para evitar todas estas imperfecciones y estos pecados.

Otra hermana dijo:

— Padre, una razón para romper con los afectos desordenados que tengo hacia mí misma, son las faltas que he cometido, ya que por ellas me he visto impedida de practicar las virtudes y particularmente lo que nos mandan nuestras reglas.

Sobre el segundo punto, he pensado que este afecto demasiado grande nos lleva a buscar siempre nuestras satisfacciones, a no querer sufrir nada y a apegarnos a las criaturas; de lo que se sigue que, cuando queremos rezar a Dios, nuestro espíritu piensa en otra cosa. He tomado la resolución de pedir muchas veces a Dios, por intercesión de la santísima Virgen, la gracia de despegarme de las criaturas para unirme más fuertemente a él.

— ¿Y usted, hermana? Díganos sus pensamientos.

— Padre, una razón para despegarme de mis afectos es que, según creo, sería así más agradable a Dios. Quizás sea éste el motivo por el que me ha llamado a la Compañía de las Hijas de la Caridad y me ha procurado la felicidad de poder imitar la vida de Jesucristo y la de la santísima Virgen, que en todas

las cosas podían haber tenido sus comodidades, pero que sin embargo sufrieron muchas incomodidades durante todo el tiempo que estuvieron en la tierra, empezando desde el día de su nacimiento. También he pensado que no haya un camino más seguro para ir al cielo, ya que los apóstoles y todos los santos pasaron por él, y que, para purificar el alma, hay que donar el cuerpo. He tenido mucha confusión al verme tan poco inclinada a la práctica de esta virtud.

Podemos pecar en este punto por sensualidad en nuestro comer y dormir, por vanidad en nuestro vestido, por muy pobre que parezca, y por murmuración contra las hermanas que ocupan un cargo en la casa.

El mal que se desprende de los apegos espirituales es grande. Nos inclinan hacia conversaciones particulares y a otras satisfacciones semejantes, que no sirven para perfeccionar nuestra alma, sino solamente para mantener nuestro amor propio.

He resuelto, mediante la gracia de Dios, trabajar en deshacerme de este gran defecto, no mirar más que a Dios en todo y unirme fuertemente a él, pensando en los sufrimientos de nuestro Señor durante su vida y en la cruz, y teniendo en cuenta a la santísima Virgen.

— ¿Y usted, hermana?

— Padre, he considerado que el día en que abandonó el seno de su Padre, el Hijo de Dios dejó también sus delicias para sujetarse a las penas y sufrimientos. Por tanto, es razonable que, escogida desde toda la eternidad para rendirle en la Compañía de las Hijas de Caridad servicios desconocidos a los hombres y trabajar en mi perfección, me esfuerce en superar estos apegos que constituyen tan gran impedimento.

Sobre el segundo punto, he pensado que ofendería a Dios si desease, en mi vestido y en mi calzado, algo especial; mis hermanas murmurarían de ello. Iría también en contra de nuestras reglas y en contra de la obediencia si desease mejor alimento que la comunidad, o si murmurase de ser tratada de manera diferente a como a mi me gusta.

Por lo que atañe a las satisfacciones del espíritu, he pensado que podemos ofender a Dios con nuestras pequeñas envidias; por ejemplo, si creemos que nuestros superiores se preocupan más de las demás que de nosotras, si tenemos apego a nuestro confesor, o si tuviésemos alguna devoción particular contra la voluntad de Dios.

He tomado la resolución de vigilar cuidadosamente sobre mi misma, de no tener estos pensamientos y deseos en mi corazón y de abandonarme por entero a la divina Providencia.

— ¿Y usted, hermana?

— He pensado, Padre, que no puedo tener un medio mejor para deshacerme de estos afectos excesivos que me tengo, que el de desprenderme de todo y el de apreciar la confusión que estos defectos traen sobre mi. En el segundo punto, he pensado que ofendemos a Dios cuando nos preocupamos de las cosas temporales y cuando tenemos repugnancia de obedecer a las órdenes que van en contra de nuestro parecer. He tomado la resolución de abandonar todos los afectos que pueden impedirme ser verdadera Hija de la Caridad.

Otra hermana dijo:

Padre, una razón para deshacerme del amor a mi misma, es que cada vez me apega más a mi propia voluntad y me impide hacer la de Dios. Estos apegos nos impiden muchas veces seguir nuestras reglas y comprender la felicidad que tenemos de ser llamadas por Dios para este género de vida. He tomado la resolución, cuando sienta ganas de tratarme con delicadeza, de animarme a no hacer nada de eso, por amor de Dios.

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! He aquí unos buenos pensamientos. Díganos los suyos, hermana.

— -He pensado, Padre, que era muy razonable que me corrigiese de estos afectos, porque solamente proceden del amor propio, e impiden el amor que debería tener a mi Dios. Nos hacen caer en impaciencia contra nuestras hermanas, y provocan antipatías y aversiones contra las que nos niegan lo que nos gusta, para poder satisfacernos. Para luchar contra esto, he pensado, Padre, que tenía que ser indiferente a todo, no amar

más que la voluntad de Dios, y contentarme con lo que se me da para comer, vestir, y todo lo demás. Dios me conceda la gracia de cumplir perfectamente las resoluciones que me ha dado su bondad.

Otra hermana dijo:

— Una razón para librarnos de nuestros afectos es que el amor propio, al tener nuestro espíritu demasiado ocupado en las cosas que deseamos, lo separa del pensamiento de Dios, nuestro creador y nuestro bienhechor, e impide en nosotros la morada del Espíritu Santo, que es un Dios de paz, y que no quiere la inquietud en nuestros espíritus. Además, estos afectos le disgustan a Dios, nos hacen débiles y son la fuente de muchos pecados. Nos apartan de la práctica de las reglas y nos llevan a murmurar contra nuestros superiores, cuando nuestro espíritu no está satisfecho. He resuelto pedir muchas veces esta gracia a Dios, con gran deseo de mi perfección, y esforzarme en la mortificación.

— ¿Y usted, hermana?

— Padre, la mayor razón para luchar contra las inclinaciones que me llevan muchas veces a buscar mis propias satisfacciones, es que nuestro Señor, que tenía un cuerpo muy delicado, no ahorró ningún esfuerzo. Este ejemplo me enseña a sacrificarme también yo, pobre y desdichada criatura, que no soy más que vicio e imperfección, si quiero participar de su santo amor y de los méritos de sus sufrimientos, para gozar algún día de su gloria.

Sobre el segundo punto, he pensado que nuestros apegos espirituales nos hacen ofender a Dios. La sequedad y la aridez nos desaniman y nos hacen descuidar y omitir nuestros ejercicios; cuando nuestros superiores nos amonestan caritativamente de nuestros defectos, murmuramos en nuestro interior o testimoniamos nuestro descontento, lo cual es un gran mal.

Un gran medio para luchar contra estos apegos es, cuando dude de si lo que deseo es conveniente para mi perfección, proponérselo a mis superiores y someterme a lo que me digan. Nuestro excesivo amor propio nos hace caer en dos clases de

afectos perjudiciales a nuestra perfección, uno espiritual y otro corporal. De estos dos afectos tenemos mucho interés en librarnos: nos impiden obrar por la gloria de Dios y su amor, y aprovecharnos de los consejos de las personas que pueden ayudarnos en nuestro progreso, cuando no son de nuestro gusto. Además, hemos de temer encontrar en esas sensible-rías la recompensa de lo que podamos haber hecho, en vez de esperarla de Dios por la liberalidad de su amor.

Las faltas que cometen los que se dejan llevar por esos afectos son muchísimas: desprecian a las personas que no les agradan y murmuran contra ellas, se sienten apegadas a sus propios gustos, no se someten a la dirección de la divina Providencia, y no reciben lo que les sucede por orden de la voluntad de Dios. Las sensible-rías corporales nos rebajan, en cierto modo, al estado de las bestias; nos llevan a criticar todo lo que se hace en contra de nuestros sentimientos, y de esta forma son un obstá-culo para la unión cordial. Por lo que a mi se refiere, por la costumbre inveterada que tengo a estos afectos por mi propio cuerpo, cometo muchas faltas, desedifico a mis compañeras y doy mal ejemplo a toda la Compañía.

Para deshacerme de estos afectos, mediante la gracia de Dios, tengo muchos deseos de honrar la forma de vivir del Hijo de Dios que, por hacer la voluntad de Dios su Padre, no tenía ningún apego a las criaturas, ni excesiva preocupación por las necesidades corporales, y no buscaba en todo más que el cumplimiento de esa santa voluntad, que era el alimento y la ley de todas sus acciones. También me serviré del ejemplo de los santos y me cuidaré mucho de mortificar mis sentidos y pasiones, y como no puedo, a causa de mis enfermedades, vivir como mis hermanas, me humillaré por mis necesidades y le ofreceré a Dios todas las penas que permita vengan sobre mi, y las aceptaré como ejercicios de su justicia sobre mi.

— Hijas mías, os puedo decir que entre todos los temas que podríamos escoger, no hay ninguno que sea de tanta importancia como este. ¡Bendito sea Dios por haber permitido que tengamos estas conversaciones! Nuestro bienaventurado Padre el

obispo de Ginebra tenía este tema en gran estima; decía que estos afectos y satisfacciones no son más que amor propio. Pues bien, el amor propio produce estos deseos de afecto a nosotros mismos de dos maneras: una corporal y otra espiritual. La primera, como dice la meditación, se refiere a los vestidos, al alimento y a los cargos; la segunda consiste en amar los propios pensamientos y sentimientos. Pues bien, hermanas mías, este tema interesa especialmente a las Hijas de la Caridad, cuya vida tiene que ser de total renuncia a sí misma. Estáis por necesidad en la práctica de esta renuncia; ¿no estáis entonces, más que todas las demás, obligadas a ejercitaros en ella? Hijas mías, tenéis que aceptarla voluntariamente por amor de Dios.

La primera razón es que no hay nada que nos recomiende tanto la Sagrada Escritura. Escuchad a nuestro Señor: «El que quiera venir detrás de mí y seguirme, que renuncie a sí mismo y que tome su cruz»². Fijaos, hijas mías, renunciar a sí mismo es romper con esos afectos que solamente están en nosotros por el amor desordenado a nosotros mismos. En otro pasaje dice nuestro Señor: «El que no se odia a sí mismo, no puede ser mi discípulo»³ y también: «El que no odia a su padre y a su madre, a sus hermanos y hermanas, no es digno de ser hijo de Dios»⁴; esto es, hijas mías, que hay que odiarlos cuando nos impidan dejarlo todo, para poder seguirle. Y también nos lo dice san Pablo. Hijas mías, por tanto, hay que morir a los propios sentimientos, morir a los propios deseos de estar con esta o con aquella. Ved, hijas mías, cuán contentos estamos de poder estar con Dios, y sin embargo nos gustaría tener de todo en abundancia, ser amadas y estimadas, especialmente por las oficiales de las parroquias en donde servimos a los pobres, ser llamadas a las reuniones y exponer allí nuestros pensamientos; lo cual nos lleva a murmurar de todo lo que ocurre en contra de nuestro sentimiento, porque no estamos satisfechas; y luego nos escapamos diciendo; «Pero, ¿por qué esa superiora? Aquella

2. Mt 16,24.

3. Lc 14,26.

4. Mt 10,37.

otra sería mucho más indicada». Y así con todo lo que se hace en las Caridades. Hijas mías, ¡qué desgracia si esto llegase a arraigar en vuestra Compañía! Guardaos mucho de ello, y Dios no lo quiera permitir.

Eso por lo que se refiere al primer punto, que es el de deshacernos de los efectos a las buenas satisfacciones que se pueden tener en el vestido, y del placer que la carne y la sangre quisieran tener en la comida, y es Dios nuestro Señor quien os lo pide, diciendo que si queréis seguirle, hay que renunciar a vosotras mismas ⁵. ¿Lo rechazaréis acaso? Ni mucho menos; estoy seguro, hijas mías.

Otra razón es que, como las primeras, casi todas habéis sido sacadas de una baja condición y, por consiguiente, esas vanas satisfacciones no os son naturales, ni estabais acostumbradas a ellas en vuestra juventud. ¡Qué dichosas sois, y yo con vosotras, por habernos concedido Dios la gracia de escogernos de las heces del mundo para servirse de nosotros! Siendo así, ¿vamos a hacernos los presumidos? ¿Nos vamos a elevar por encima de lo que somos? Si el mundo no lo tiene en cuenta haciendo de nosotros más caso de lo que merecemos, ¿vamos a abusar nosotros, hijas mías? Más aún, aunque fueseis de condición noble, como hay algunas entre vosotras, deberíais prescindir de ello y estaríais también obligadas a deshaceros de todos los afectos y vanas satisfacciones que la naturaleza y el hábito os hubieran hecho adquirir. El Hijo de Dios ¿no era más que vosotras, no sólo como Hijo de Dios, sino incluso como hombre? ¿no era de la familia real? Sin embargo, ya veis su humillación, su trabajo y su mortificación continua, en medio de tan gran pobreza, que tenía que ganarse la vida con san José. No, hijas mías, no sería razonable que os elevaseis por encima de lo que sois. ¡Estaría bonito ver que una muchacha acostumbrada a vivir toscamente, que no ha conocido nunca los buenos bocados ni las vanidades, que vino a París con el aparente deseo de servir a Dios y cumplir continuamente su santa voluntad, y apenas llegada, se olvidase de que

5. Mt 16,21-25.

ha salido de unos padres de baja condición, en casa de los cuales se había alimentado siempre con un poco de caldo, de leche, y raras veces de carne, y quisiera elevarse por encima de lo que tiene que ser! Hijas mías, ¡qué deplorable sería semejante conducta! Guardémonos bien de dejarnos engañar por nuestras inclinaciones, que infaliblemente nos causarían esta miseria, si los quisiésemos escuchar. Hijas mías, pongamos mucho cuidado. Si hemos hecho a Dios el don de todo lo que somos por la gracia de nuestra vocación, ¿no tenemos motivos para estar muy agradecidas? ¿Os creéis que sois las únicas llamadas a una continua mortificación? ¡Cuántas personas de condición, por el mismo motivo del ejemplo de nuestro Señor, lo dejan todo, sus padres y sus bienes y su propia satisfacción! ¡Si supieseis qué ventaja hay en ser de Dios, despreciaríais por entero las vanas satisfacciones del mundo!

¿Y por qué creéis que en estos últimos siglos ha surgido en la Iglesia una Compañía que le rinda unos servicios más importantes que cualquier otra, que yo sepa, y cuya utilidad sólo Dios conoce? ¡Pues qué, hijas mías! Abandonarlo todo, sin esperanzas de poseer nada, sin saber lo que pasará, ni tener más seguridad que la confianza en Dios, ¿no es esa la vida de nuestro Señor Jesucristo? ¿Y hay algo más grande, algo más alto? Os aseguro, hermanas mías, que pienso en ello muchas veces, y os puedo decir que no veo nada semejante. Sin embargo, a pesar de tratarse de algo tan grande, nuestro Señor ha escogido los medios más bajos para que su obra se reconociese con mayor facilidad y para que su Padre fuese más honrado en ello. De forma que tenéis que consideraros muy felices por haber sido escogidas, humillaros mucho por ello y ser fieles, pues, aunque os consideréis como sujetos débiles y aunque quizás no conozcáis la grandeza de vuestra vocación, Dios la sabe por vosotras. ¿No ha querido él que su Hijo aceptase ser de una condición tan baja, cuando le veían hacer algunas obras por encima de lo que aparentaba, el pueblo exclamaba

«¿No es éste Jesús, el hijo de José el carpintero?»⁶ Ved, hijas mías, cuán ocultos son los planes de Dios. Por eso, las que entre vosotras sean de condición más elevada tienen que ajustarse a vuestra manera de vivir y de vestir, y hacerse en todo como aldeanas para seguir el plan de Dios en vuestra fundación y para hacerlo subsistir, ya que, sin el fundamento de esa bajeza todo se vendría abajo.

Ved esos dos extremos en el Hijo de Dios. ¿Hay algo tan grande como el Hijo único de Dios, algo más grande, en cuanto hombre, que nacer de sangre real, y hay algo más bajo y ruin que su necesidad y su manera de vivir? Hijas mías, humillaos todo lo que podáis. El os invita a seguirle e imitarle; y aunque lo imitéis muy de lejos, su bondad y su amor son tan grandes que quiere sentirse honrado con ello. Esto es admirable. Creed también, hermanas mías, que cuanto más os rebajéis, más seguras estaréis.

Como la manera de vivir de las Hijas de la Caridad consiste en imitar la del Hijo de Dios, no tienen que tener más práctica que la penitencia y la mortificación. Para esto hay que negar al cuerpo y al espíritu sus sensiblerías y vanas satisfacciones. El espíritu os pedirá quedaros en una parroquia o con una hermana determinada, ir a una iglesia para realizar allí una devoción especial. Hijas mías, son engaños del espíritu maligno, que os sugiere pretextos muy bonitos, incluso en la elección que os gustaría hacer de un confesor. El cuerpo os pedirá pequeños consuelos, dispensarse de las prácticas de las reglas, si no en todo, al menos en alguna parte; le gustará estar bien vestido y con esmero, aunque sea de una manera vulgar, y os insinuará que, para la conservación de sus fuerzas, necesita un alimento más abundante o mejor. Hijas mías, guardaos mucho de todo esto, para no ser del número de aquellos de los que san Pablo decía que hacen de su vientre un Dios⁷. Eso no sería escuchar el designio que Dios ha tenido al llamaros a la Com-

6. Mt 13 55-

7. Flp 3,19.

pañía de las Hijas de la Caridad, ni demostrar que queréis honrar su santa vida en la tierra. ¿Y por qué creéis que él quiso carecer de todo en este mundo, si no para enseñaros a practicar la pobreza? ¿Qué es lo que se diría, hermanas mías, si quisierais ser unas criadas caras? Si así lo hacemos, si amamos la vanidad (sabed que, en medio de nuestra vulgaridad, podemos tener estos defectos), seríamos dignos de desprecio y lástima. De esta forma saldríamos de la sencillez de nuestra vida aldeana. Y vosotras, las que sois de condición más elevada, os habéis entregado a Dios para la práctica de esta manera de vivir, y no podéis olvidarlo. Hijas mías, guardémonos mucho de irritar a Dios.

El medio para no caer en este inconveniente, es renunciar continuamente a nuestros defectos, que nos llevan a querer esto o aquello. El día en que cambiéis vuestra manera de vida tosca y sencilla, vuestros vestidos pobres y humildes, vuestro tocado y todas las prácticas que os llevan a la humillación, comenzaréis a apartaros, primeramente de la gracia de Dios, y luego de la estima que los demás tienen de vosotras. Ahora sois honradas por todos, porque parecéis humildes y virtuosas en vuestra manera de vivir; las damas os estiman y os quieren. Muchos piden vuestra presencia. Pero, hijas mías, si la virtud no es sólida en vosotras, y decayeseis, tened miedo. Sé que muchas de vosotras preferirían morir antes que ser infieles a su vocación, pero no todas. Os ruego, por las entrañas de Jesucristo, que toméis nuevas resoluciones de perseverar en vuestra manera de vivir y en vuestro vestir. Esas damas, que tanto os veneran, que os quieren y que tanto se preocupan de vosotras, esos señores párrocos que tanto hablan de vosotras, ¿qué pensarían si cambiaseis, si os viesen caprichosas, si apareciese por fuera vuestro interés y vanidad? En seguida cambiarían también ellos, porque toda la estima que os tienen y el afecto que os demuestran, no es más que por el bien que creen que hay en vosotras; y si se diesen cuenta de lo contrario, veríais cómo el afecto y la estima que os tienen no se debe a vuestras personas. Seríais despreciadas por todos; os abandonarían y toma-

rían otras; ¡qué pronto se olvidarían de vosotras! Sucedería lo que le sucedió a aquel apóstol del que se dijo: «Hay que quitarle su cargo y entregárselo a otro»⁸,

Pues bien, hermanas mías, ¿qué hay que hacer para no causar tanta desgracia? Tenemos que entregarnos enteramente a Dios y pedirle la gracia de conocernos a nosotros mismos. Porque, cuando queremos elevarnos demasiado, cuando buscamos nuestras propias satisfacciones, la ceguera de nuestro amor propio es la que nos oculta este conocimiento, que nos impide ver que todo lo bueno que en nosotros se aprecia, no es de nosotros. Al que nos preguntase: «¿Cómo habéis entrado en la Compañía, quién os ha dado el primer pensamiento?», no se lo sabríais decir con facilidad. Ha sido la gracia la que ha causado este efecto en vosotras, y no la naturaleza, que solamente accede a ello lo más tarde que puede. No, hijas mías, la naturaleza, no nos inclina a abandonarlo todo, a abandonar a nuestros padres, nuestros bienes y amigos para ir a un lugar apartado, entre personas de las que no conocemos la vida, ni el humor, para pasar nuestra vida entre ellas. Solamente pertenece a Dios hacernos abandonar todo, a nosotras que somos criaturas malas y objeto de su justicia, para hacernos objeto de su amor. ¡Dichoso intercambio! ¡abandonar un amor terrestre por el celestial, eterno y totalmente divino! Dirijamos hacia él todos nuestros afectos y abandonemos todas nuestras satisfacciones particulares. Es preciso resolverse a ello.

Alguna hermana me podrá decir: «Pero, Padre, todo eso cuesta mucho. ¿Será necesario, si estoy de mal humor con una hermana que la soporte?». Otra será poco mortificada y no podrá sufrir nada: «¿Estoy obligada a sufrirla?». Sí, hermanas mías, porque si no soporta a aquella hermana y no sufre a aquella otra, es que es usted la poco mortificada. Hermanas mías, todo esto os costará algún tiempo, pero lo que os parece fatigoso ahora, os resultará fácil mañana. Sí, hijas mías, sabed que llegará el tiempo en el que lo que os disgusta ahora,

8. Hech 1,20.

os causará luego placer, y hay algunas en la Compañía que podrían asegurarnos muy bien que tienen ahora sus delicias en las dificultades que encontraron al principio para vivir o vestir pobrementemente. Así sucederá con vosotras. Solamente se necesita un poco de coraje; esto se lo merece. Lo sabéis muy bien, hijas mías, las que ya os habéis esforzado en ello. Acordaos de que, para llegar a esta situación, es preciso sentir desprecio de vosotras mismas; el Hijo de Dios os lo pide para que podáis seguirle ⁹.

El tercer medio es la oración. Si no podemos tener un buen pensamiento sin la gracia de Dios, con mucha mayor razón hemos de creer que no podríamos alcanzar esta virtud, tan necesaria para la perfección, sin esa misma gracia. El Hijo de Dios nos da ejemplo de ello, al recurrir a la oración en las necesidades de su vida humana. Cuando sintáis antipatía contra el humor de una hermana, que os han dado como compañera, elevad vuestro espíritu a Dios para pedirle esa fuerza que necesitáis para soportarla. Si por amor a vosotras mismas, sentís repugnancia de esta manera de vivir y de vestir, acordaos inmediatamente de que se trata de la voluntad de Dios, ya que habéis sido llamadas a la Compañía, y entregaos de nuevo a él para mortificar ese amor propio y salir de vosotras mismas, a fin de que sea él el que vive en vosotras.

El cuarto medio es hablar mutuamente de la felicidad de las almas que tienen esta virtud. Decid: «¿No os acordáis de que aquellas hermanas nuestras difuntas se esforzaban en mortificarse? ¡Qué felices son ahora! ¡Cómo gozan de la recompensa de sus esfuerzos!». Estos son, mis queridas hermanas, los principales medios para ayudarnos a luchar contra nuestro amor propio desordenado, de donde se derivan todos esos apegos que nos causan tanta pena.

Hijas mías, ¡qué felices seremos si, por estos medios, logramos llegar a ese desprecio contra nosotros mismos tan necesario para nuestra perfección! Sí, hijas mías, os lo he hecho ver por las advertencias que nuestro Señor nos dio en la tierra. El

9. Lc 14,26.

mal amor nos hace faltar a Dios en nuestro prójimo, nos pone en peligro de no poderlo amar jamás. Si, por el contrario, os despreciáis a vosotras mismas, por un mal amor que perdéis, viviréis un amor sobrenatural, que es el único amor verdadero. Hijas mías, sé muy bien que, por la gracia de Dios, hay entre vosotras alguna que ha progresado en este celestial amor y que os esforzáis en él casi todas. Consolaos, si no avanzáis tan pronto como quisierais. Y vosotras, hermanas mías, las que sois nuevas en la práctica de esta ciencia, tened ánimos; no temáis, nuestro Señor os ayudará.

Una hermana expuso entonces su pesar por el hecho de que esos afectos le habían hecho caer en muchas faltas, especialmente contra la práctica de las reglas: y nuestro veneradísimo Padre dijo:

— ¡Bendito sea Dios, hermana mía! Que su bondad le conceda la gracia de aceptar este acto de penitencia para satisfacer por las faltas que reconoce en usted. Sí, hermanas mías, es un acto de penitencia el manifestar las faltas en público y esto puede ser muy agradable a Dios. Es preciso que os diga, hermanas mías, lo que he aprendido desde hace tiempo de un gran prelado de nuestro tiempo, el cardenal de La Rochefoucauld ¹⁰, de ochenta años de edad. Es tan exacto en su manera acostumbrada de vivir que no quiere faltar nunca a ella, aunque su edad y otras muchas razones podrían muy bien dispensarle. Tam-

10. Francisco de La Rochefoucauld nació en París el 8 de diciembre de 1558. Fue consagrado obispo en Clermont el 6 de octubre de 1585; cardenal en 1607. Obispo de Senlis en 1611; abad comendador de Santa Genoveva de París en 1613. En 1622 se dedicó completamente a la reforma de las abadías dependientes de los órdenes de San Benito, San Agustín y San Bernardo y al efecto obtuvo del papa Gregorio xv poderes especiales y el título de Comisario apostólico. Secundado por hombres tan eminentes como Vicente de Paúl, el Padre Tarrisse y el Padre Carlos Faure, hizo florecer en los monasterios el orden y la disciplina. Murió el 14 de enero de 1645, ayudándole san Vicente en el momento supremo. Fue enterrado en Santa Genoveva y su corazón se dio a los PP Jesuitas.

San Vicente, al hablar de la edad de monseñor de La Rochefoucauld, lo hace sólo aproximadamente, pues en la fecha en que tuvo lugar esta *Conferencia*, 1644, contaba ya 86 años.

bién vosotras, hijas mías, a las que Dios ha llamado a una manera de vivir, no faltéis nunca a ella.

Pues bien, hijas mías, ruego a nuestro Señor Jesucristo, que vino a la tierra para enseñarnos ese desapego de nuestro amor propio y para ayudarnos con su ejemplo, a él que no tuvo una piedra donde reclinar su cabeza ¹¹ y cuyas acciones no eran más que una mortificación continua, le ruego que nos obtenga, por sus méritos, el poder despojarnos de toda sensibilidad contraria a su santa voluntad, y con esta enseñanza os doy la bendición, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

19(19,IX,179-203)

CONFERENCIA DEL [15 DE ENERO DE 1645]

Sobre las virtudes de la hermana Juana Dalmagne

Mis queridas hermanas, estamos reunidos para tratar, según la santa costumbre de esta Compañía. de las virtudes de nues-

11. Mt 8,20.

Conferencia 19. — Déf 2, 2.^a parte, p. 1 s. Al comienzo de la conferencia el copista escribe: «En 1639, la hermana Dalmagne llegó a la Casa para servir a los pobres enfermos, a la edad de unos 30 años. Esa buena hermana había nacido en la parroquia de Herblay, cerca de París. Salió del convento mayor de Carmelitas de la calle Saint-Jacques, donde era tornera, para venir a servir a los pobres, como puede verse por la conferencia escrita después de su muerte de mano de nuestra veneradísima madre la señorita Le Gras, cuya conferencia va adjunta a continuación, con el testimonio del señor párroco de Nanteuil. De este mismo escrito se deduce que hizo los votos el 25 de marzo de mil seiscientos cuarenta y tres y que murió el mismo día, un año después, después de desear volver de Nanteuil, donde había estado enferma sin esperanzas de curación, para morir en la Casa; lo cual se le concedió».

Es imposible aceptar, para esta conferencia, las fechas que propone el ms. Déf 2: «domingo, 14 de enero de 1644», o los sucesivos editores de las conferencias de san Vicente: «domingo, 14 de enero de 1645»; la primera, porque Juana Dalmagne todavía vivía el 14 de enero de 1644, y las dos porque ni en 1644 ni en 1645 cayó en domingo el 14 de enero. La fecha que hemos adoptado no soluciona ninguna de estas dificultades, sino que es sencillamente probable.

tras hermanas difuntas. Hijas mías, ¡qué bueno es tratar de las buenas acciones de los difuntos! Es lo que desea el Espíritu Santo. Por eso, mis queridas hermanas, os servirá de consuelo referir lo que hayáis observado en esa buena hermana, lo mismo que ya habéis hecho con las otras.

Pues bien, mis queridas hermanas, empecemos. Todas habéis hecho la oración, como de ordinario, sobre los tres puntos propuestos. Diga usted, hermana, ¿qué ha observado en nuestra buena hermana?

— Señor, tenía en su corazón tanta caridad, que la hacía muy asidua en visitar a los pobres. Los visitaba después de comer, cuando no tenía nada que hacer, y cuidaba especialmente de instruirlos y les hablaba siempre con gran mansedumbre.

— Hijas mías, ése es el deber de una buena Hija de la Caridad: ofrecer todos sus cuidados a los pobres, para que no solamente sus cuerpos reciban la ayuda que les debéis, sino que también sus almas obtengan el bien que, con la gracia de Dios, reciben por vuestro medio.

¿Y usted, hermana?

— Recuerdo de nuestra buena hermana, que tenía una gran modestia y que siempre caminaba en la presencia de Dios. Consolaba de buen grado a las hermanas que veía entristecidas; las animaba con una mansedumbre tan grande que sus penas quedaban aliviadas. Sentía también mucho gusto en hablar de Dios, especialmente con los pobres.

— Buena observación, hermanas mías: caminaba siempre en la presencia de Dios. ¡Qué virtud, hijas mías! ¡Caminar siempre en la presencia de Dios, qué medio tan estupendo para perfeccionarse! ¡Qué ayuda tan poderosa para servir bien a los pobres!

Díganos, hermana, los pensamientos que Dios le ha comunicado.

— Padre, debemos hablar de las virtudes de nuestra hermana difunta para agradecer a Dios, que nos ha prometido estar en medio de nosotros, si nos reunimos en su nombre¹. Tenemos

1. Mt 18.20.

que hacerlo también, porque lo que se dice sirve de estímulo para hacernos mejores y para perseverar en la vocación.

Entre las virtudes que practicaba, la primera que se me ocurre es la presencia de Dios. Cuando me encontraba cargada, al volver de la ciudad, me decía: «Animo, hermana, trabajemos por Dios». Y cuando descansaba: «Mi querida hermana, ¡qué bueno es Dios!». Cuando tenía algunos sentimientos de alegría, la veía inmediatamente entrar dentro de sí misma, y de su corazón se escapaban estas palabras: «Mi querida hermana, pida a Dios para mi el desprecio de mi misma».

También he observado que hablaba poco; que tenía una gran modestia y una gran mansedumbre.

He tomado la resolución de acostumbrarme a la práctica de la presencia de Dios y de ordenar mis pasiones para aniquilar los primeros movimientos de mi impaciencia.

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías, por las gracias que ha dado a esa buena hermana! Continúad.

¿Y usted, hermana, qué ha pensado?

— Padre, hablamos de las virtudes de nuestras hermanas difuntas para glorificar a Dios por las gracias que su bondad les ha hecho y para animarnos a perseverar en nuestra vocación.

Las principales virtudes que he observado en ella, durante el poco tiempo que tuve la dicha de verla, son una gran modestia y recato y una gran exactitud en el reglamento de la Casa. Estimaba la obediencia, parecía tener el espíritu unido a Dios, no aspiraba más que a cumplir su santísima voluntad y servía a los pobres con gran afecto, mansedumbre y caridad. Tenía una gran indiferencia ante todo lo que pudiera sucederle. Creo que amaba mucho la pobreza, de forma que no tenía nada suyo.

Un día me contó cómo había entrado en la Compañía. Fue a consecuencia de una fuerte inspiración y para responder al impulso que sentía en sus oraciones. Vino a presentarse, con el espíritu lleno de sumisión a Dios: «Tanto si me reciben como si me rechazan, creeré que se trata de la voluntad de Dios, y estaré contenta de cualquier cosa que hagan conmigo». Y a pe-

sar de que las buenas religiosas con las que estaba se opusieron sus proyectos, no desistió nunca y perseveró en su demanda.

— ¡Qué virtudes, hermanas mías! Verdaderamente teníamos un gran tesoro en esa hermana. ¡Cuántas gracias! Hijas mías, verdaderamente habéis perdido mucho con esa hermana; y quiera Dios que no hayan sido los pecados de este miserable los que hayan causado su muerte. Ved, hijas mías, hay que considerarla en el cielo como un modelo que tenéis que imitar. Tenedle devoción. Ella ve vuestras lágrimas; sí, hijas mías, ella ve los afectos de vuestros corazones, y tiene caridad para con vosotras, mucho más todavía que la que atestiguó mientras estaba en este mundo.

Diga usted, hermana.

— Sobre el primer punto, he pensado que era razonable hablar de las virtudes de nuestras hermanas para dar gloria a Dios y para ver los defectos que me impiden adquirir las virtudes que ellas han practicado.

Cuando estaba con las carmelitas, ella no podía sufrir que se dijese el bien que hacía; si se hablaba de él, lloraba; al menos yo la vi llorar una vez y creo que era por su gran humildad, al no poder sufrir las alabanzas.

Otra hermana:

— Me parece, Padre, que tenemos que hablar de nuestras hermanas difuntas porque el conocimiento de sus virtudes y del celo de su perfección anima a toda la compañía a que haga lo mismo. He observado en la difunta una gran humildad. Deseaba que la superiora fuese advertida de todas sus faltas. Cuando estábamos juntas en San Nicolás, ella demostraba un gran amor a Dios, un gran deseo de su perfección y un gran cuidado de la salvación de las almas de los pobres, a los que asistía y servía con mucho cariño. Era indiferente a todo, y sumisa al cambio de lugares, adorando en todo la dirección de la divina Providencia. Tenía gran mansedumbre en su conversación, mucha sobriedad en la comida, y ningún apego a los bienes de la tierra.

— Ved, hijas mías, ésa es la señal de una sólida perfección; sed exactas en la obediencia, tanto si los superiores están ausentes como si están presentes. ¡Qué gran virtud es la del desapego a los lugares! Hay que ser así para ser verdadera Hija de la Caridad; de lo contrario, se faltaría con frecuencia.

¿Y usted, hermana, qué ha pensado?

— Señor, tenemos que hablar de las virtudes de nuestras hermanas difuntas para servirnos de sus ejemplos imitándolos. He observado en nuestra hermana Juana mucha mansedumbre y humildad. Tenía mucho cuidado de animar a las personas que se dirigían a ella. He sentido grandes deseos de imitar su celo en el servicio de los pobres y de hacer todo lo que se me mande.

— ¡Bendito sea Dios, hermana mía!; ¡Que él le conceda esta gracia!

La mayor parte de las hermanas repitieron estas dos razones, que es bueno hablar de las virtudes de las hermanas difuntas para glorificar a Dios por las gracias que les ha hecho, y para animarnos a imitarlas. Por eso, ya no las repetiré más.

— ¿Y usted, hermana?

— La principal virtud que he observado en ella es una verdadera humildad. En cierta ocasión me dijo: «No sé cómo quieren servirse de mi; no puedo hacer nada bueno. Me ha pasado esto mismo durante toda mi vida». En su enfermedad le pedí una palabra de edificación; ella me respondió: «¿A quién se dirige usted?» Esto fue dos días antes de su muerte. Mi resolución ha sido, con la ayuda de Dios, imitar su humildad, como la virtud que más necesito.

— Mis queridas hermanas, aquellas palabras: «No sirvo para hacer nada bueno». Teníamos en aquella hermana un gran modelo de virtudes. Demos muchas gracias a Dios y pidámosle que nos dé las virtudes que le vimos practicar.

Díganos también sus pensamientos, hermana.

— Señor, yo observé en la enfermedad de nuestra buena hermana que tenía mucha paciencia y resignación con la voluntad de Dios. Decía que no tenía en la hora de la muerte más pesar que el de no haber servido bien a los pobres, y que si le de-

volvía la vida y la salud, les serviría mejor que nunca. Mi resolución ha sido la de practicar lo que ella nos recomendó el día antes de morir. Después de un desmayo, se esforzó en hablar y, mirándonos a todas, nos dijo que fuéramos muy felices por haber sido llamadas al servicio de los pobres, y que había que servirles mejor que lo que ella había hecho.

— Hijas mías, esa buena hermana sabía estimar como se debe su propia vocación. Tengo el corazón lleno de consuelo al oír esas virtudes.

Continúe usted, la hermana que sigue.

— Yo observé en nuestra hermana difunta que su conversación era siempre buena, y ordinariamente sobre la vida de los santos, y que también, cuando veía a nuestras hermanas con alguna aflicción en el espíritu, tenía mucho cuidado de consolarlas; y cuando se le daban las gracias, decía que no se le debía nada a ella, sino a Dios. Me decía muchas veces que importaba mucho dar buen ejemplo a las demás. Sentía un gran desprecio de sí misma y elevaba con frecuencia su espíritu a Dios. He tomado la resolución de imitarla en esta práctica de la presencia de Dios.

— ¿Y usted, hermana?

— Yo no sé nada de la vida de nuestra hermana, pues no he tenido la dicha de verla más que en su enfermedad. Lo que he observado en ese poco tiempo me da motivos para creer que fue virtuosa durante toda su vida, ya que estaba muy resignada con la voluntad de Dios en sus sufrimientos y no dejaba de hacer actos de amor a Dios interiormente. Demostraba muchas veces que no deseaba más que unirse con su querido Esposo. Deseo habituarme a hacer muchas veces estos actos para llegar adonde creo que ella llegó.

Tuvo una grave enfermedad en Nanteuil, un año antes de morir. Dijo a la hermana que le había sido enviada desde París², que había sentido no haber servido a los pobres con el amor y el despego necesarios a una Hija de la Caridad, y le manifestó

2. Sor Isabel Martín.

su pena por no haber sido humilde. Nos hacía muchas veces vislumbrar que su espíritu estaba en la presencia de Dios.

Un día le dijo con gran afecto: «Mi querida hermana, ame mucho nuestra vocación, sirva a los pobres con mucha humildad». Mi resolución ha sido la de trabajar por adquirir estas virtudes, y especialmente la fidelidad a las santas inspiraciones que quiera darme Dios, su despego y su indiferencia.

Otra hermana dijo:

— Padre, yo he observado su constancia en querer hacerse Hija de la Caridad. Aunque varias personas de gran virtud se oponían a sus planes, ella decía siempre que quería morir en el servicio de los pobres. Resistió con ánimo a todos los que le prometían recomendarla, con ventaja para su vida, a las religiosas de las que había sido tornera, quienes le propusieron recibirla en su monasterio, y a la señora princesa³ que le ofreció escoger ella misma el convento y la Orden que quisiese. Hemos sabido esto de una de las torneras del mismo convento. Tanto la urgieron que siguió durante algún tiempo. Pero sentía continua tristeza, la oración se le hacía difícil, sus enfermedades se agravaron. De esta manera se dio cuenta de que Dios la quería para el servicio de los pobres, y continuó su camino. Aunque el diablo se sirvió de las recomendaciones del mundo para contrariar sus planes, fue recibida entre las Hijas de la Caridad. Vivió entre nosotras, como hemos dicho, en la práctica de sus reglas.

— Hijas mías, ¡cuántas gracias y cuánta fuerza en una hija pobre y sencilla! Estoy lleno de admiración ante tantas virtudes.

Continúe, hermana.

— Un día, cuando le acompañaba por la ciudad, me dijo: «Hermana, procure aprovechar los buenos ejemplos y enseñanzas que se nos dan en la Casa. Esto tiene que servirnos de mucho cuando estemos lejos de ella». Más tarde pensé que quería de-

3. La princesa de Condé.

cirme, no sólo que las recordase, sino también que las pusiera en práctica.

Otra hermana dijo:

— Padre, he observado que tenía tanto miedo a la presunción que muchas veces durante su enfermedad, cuando se le quería consolar diciéndole que sus sufrimientos le servirían de purgatorio, ella demostraba que no le agradaba este consuelo. Tenía mucha unión con las hermanas y deseaba ver esta unión en todas. Un día, como se notase en algunas cierta indiferencia, nos dijo: «Hermanas mías, hay que amarse mucho, y entonces estaréis todas de acuerdo». Tenía gran amor a la obediencia, y para practicarla mejor hubiese deseado estar siempre en la Casa. Cuando su último viaje a Nanteuil, nos dijo: «Hermanas mías, tengo mucho miedo de volver a hacer de nuevo mi propia voluntad. Rezad para que no suceda así, por favor». Respetaba mucho a los pobres; eso nos hacía ver que veía a Dios en ellos.

Otra hermana dijo:

— Padre mío, durante los dieciocho meses que viví con ella, no he observado ninguna imperfección.

— Hermanas mías, ¡qué admirable es esto! ¡bendito sea Dios! «Durante dieciocho meses, no se pudo observar ninguna imperfección en una hermana!»! no he oído nunca que se dijese de nadie eso mismo. Realmente, hijas mías, tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios, que nos ha dado este ejemplo de virtud. Tened cuidado, hijas mías; decidme, por favor, decidme todas ingenuamente, qué defecto habéis observado en ella.

Y el Padre Vicente aguardó, dejándoles a todas el tiempo suficiente para reflexionar. Una hermana tomó finalmente la palabra:

— Lo que podría ser virtud en otra, dijo, es la única cosa de la que se le podría acusar; el excesivo deseo que sentía de servir a Dios y de ocuparse en la oración.

— ¡Oh! ¿no es hermoso todo esto? ¿Quién ha oído jamás decir algo semejante de un alma santa? Hablábamos, hace algún tiempo, de una hermana que era muy estimada y que había tenido grandes perfecciones; pero se advirtió que Dios la

había probado por medio de algunas pequeñas caídas y con algunas pasiones todavía sin mortificar. Pero de nuestra buena hermana no se ha observado nada de esto. ¡Oh, Dios! ¡qué admirable! Tenemos muchos motivos para dar gracias a Dios, que ha dado a la Compañía este tesoro; os diré, hermanas mías, que no me acuerdo haber tratado nunca con ella sin sentirme edificado.

Otra hermana:

— Padre mío, se compadecía mucho de los pobres. Cuando no podía asistirles corporalmente, los consolaba, lloraba con ellos, les animaba a sufrir su pobreza y sus enfermedades y les enseñaba a utilizarlas bien. Incluso en su enfermedad, les hablaba con tanto fervor que parecía como si ella misma padeciese del mismo mal. Nos parecía que todo lo que hacía y decía era siempre en Dios y por Dios. Esto me ha hecho pensar que, para ser verdaderas Hijas de la Caridad, tenemos que estar totalmente despegadas del mundo para estar más unidas con Dios. Tenía mucha prudencia en su hablar, una gran sumisión y condescendencia con el prójimo. Aunque la cosa le resultase molesta, cedía con gran mansedumbre cuando podía hacerlo sin ofender a Dios. Cuando alguno le hablaba en contra de su agrado, no se molestaba, sino que le ponía buena cara, interpretaba bien todas las cosas y buscaba ocasiones para humillarse. No demostraba ningún sentimiento de pena cuando los médicos le declaraban que no podría curar.

Otra hermana dijo que la conversación que tenemos sobre nuestras hermanas difuntas manifiesta la bondad de la divina Providencia que, por medio de sus planes ocultos, tiene medios tan poderosos para hacer cosas tan admirables en unas criaturas tan malas como somos nosotras, y nos confunde mostrándonos nuestra negligencia en tomar los medios para hacernos virtuosas como nuestras buenas hermanas.

Ella practicó muchas veces la humildad conmigo. Cuando creía que yo sentía algún disgusto, se echaba a mis pies. Y como yo no pudiese hablarle por la vergüenza y confusión que sentía, estaba en aquella postura hasta que le demostraba que ya

no tenía ninguna pena. No se acostó nunca con alguna antipatía en el corazón, ni siquiera con la sospecha de que alguien estuviese quejoso de ella. Vino muchas veces a postrarse a los pies de mi cama para pedirme perdón con mucha humildad; me decía luego que no había que acostarse nunca, si se había tenido alguna diferencia con el prójimo y no se había reconciliado con él.

Tenía también mucha caridad con el prójimo, pero especialmente con los pobres, cualquiera que fuese su condición. No ahorraaba ningún esfuerzo en servirles, en todo lo que ella podía y juzgaba necesario, tanto para su alma, como para su cuerpo. Toda su preocupación consistía en procurar darles algún alivio, y en encontrar algunos remedios para sus males. Les servía con mucho cariño.

A algunos enfermos incurables los ha curado milagrosamente de sus heridas y diversas llagas. Sin embargo, ella no tenía ninguna experiencia, porque muchas veces no sabía por dónde comenzar, ni qué es lo que tenía que poner; pero entonces se dirigía a Dios y decía luego: «¡qué buen amo es nuestro Señor!».

No tenía miedo de los malos olores que venían de los enfermos. En Nanteuil había una pobre mujer totalmente escrofulosa y abandonada de todos por el hedor de su mal. Su misma madre no podía ya ganarse la vida a causa de la aprensión que tenían contra su hija. Nuestra hermana veló por sus necesidades con gran interés. Iba dos veces al día a curar y limpiar las llagas de la enferma, a pesar de sus propias indisposiciones. Aquel mal olor la molestaba mucho y aumentaba sus debilidades. Cuando me expuso aquella situación y me pidió que la reemplazase, me dijo que era por su poco ánimo y que, como ella no podía hacer grandes servicios a Dios, era preciso por lo menos ejercitarse en las pequeñas ocasiones en el servicio a los pobres vergonzantes. Muchas veces, antes de salir el sol, cuando todavía no se habían levantado aquellas pobres personas, se encontraba delante de su puerta con alguna limosna, y esto lo hacía con mucha prudencia, cuando menos lo pensaban.

Cuando se enteraba de la mala conducta de algunos, buscaba la ocasión para hablarle; y muchas veces seguían sus recomendaciones. Si la persona amonestada le prometía corregirse y faltaba a sus promesas, lo hacía ocultamente, para que ella no lo supiese. No dejaba de visitar todas las tardes a los pobres forasteros que se alojaban en el hospital, donde está también la residencia de las Hijas de la Caridad. Los instruía en todo lo que podía, especialmente sobre los principales misterios de nuestra fe. Si encontraba algún pobre que necesitase pan, y ella no podía proporcionárselo por otra parte, venía a pedirme permiso para darle de cenar, para no hacer nada que no fuese en contra de la voluntad de sus superiores, y cuando le decía: «Hermana, aquí hay un poco de pan duro, puede usted dárselo», me respondía: «No es necesario, hermana, me lo comeré yo; no hay que dar a Dios más que lo que es bueno».

Se preocupaba mucho de visitar a los pobres ancianos, de consolarles y exhortarles a recibir los sacramentos. Un día hizo confesar y comulgar a una anciana que tenía mucha necesidad y que murió al día siguiente; esto nos hizo creer que se trataba de una gracia especial de la divina Providencia con aquella pobre alma.

Su caridad no se limitaba a Nanteuil; con el permiso de los superiores, se extendía a las aldeas circunvecinas. Iba algunas veces a ellas con gran fatiga a causa de sus enfermedades.

Un día, una muchacha tenía necesidad de que la sangrasen en el pie; ella le hizo este servicio; y media hora más tarde hubo que darle la santa unción. Creyeron que nuestra buena hermana la había hecho morir, y corrió por todas partes el rumor, tanto en Nanteuil, como en otros sitios. Ella se dio cuenta de que yo lo sentía mucho; me dijo que esa era la voluntad de Dios y me exhortó a rezar con ella. Poco tiempo más tarde, la muchacha se puso bien y vino a darnos las gracias por la asistencia que había recibido. De esa forma conocí cuán resignada estaba nuestra buena hermana con la voluntad de Dios para sufrir esa injurias, si hubiera muerto aquella muchacha.

Tenía mucha cordialidad y paciencia. Cuando me veía de mal humor, me aconsejaba con mansedumbre y con algunas invenciones o distracciones, e incluso prescindía de su voluntad y de sus sentimientos para darme alguna satisfacción. Algunas veces le descubrí mi interior; ella me animaba y me decía que era peor que yo. Cuando me veía en medio de algunas penas extraordinarias cuyo motivo le ocultaba, rezaba a Dios por mí. Muchas veces he experimentado los efectos, especialmente un día de Pentecostés. Como no me atrevía a confesarme, por los grandes escrúpulos que tenía, estuve todo el día muy triste y abatida; al día siguiente, me sentí en un momento libre de todas mis penas y me confesé con gran facilidad. A la vista de mi satisfacción, cuyo motivo yo no podía manifestarle, ella me dijo: «¡Bendito sea Dios, porque su bondad ha querido escuchar nuestras plegarias!». En otras muchas ocasiones he experimentado el poder de sus oraciones.

Tenía mucha libertad de espíritu en lo que se refería a la gloria de Dios, y hablaba con tanta franqueza con los ricos como con los pobres, cuando veía en ellos algún mal. Un día, al saber que algunas personas ricas se habían eximido de tributo, para sobrecargar a los pobres, les dijo libremente que era contra la justicia y que Dios los juzgaría por esos abusos. Y como yo le hiciese advertir que hablaba con mucho atrevimiento, me contestó que, cuando se trataba de la gloria de Dios y del bien de los pobres, no había que tener miedo de decir la verdad

Por lo que se refiere a la duración de su enfermedad, solamente se quejó al final, y jamás perdía ninguna práctica de los ejercicios, hasta el punto de que me vi obligada a veces, a causa de su grave enfermedad, a prohibir que los quisiese hacer, o a mandarle que se tomase un poco de descanso. Era muy aficionada a la oración, que hacía tres veces cada día, a pesar de todos sus quehaceres, sin quitar nada a sus ocupaciones; y me decía que era precisamente la oración lo que le daba fuerzas.

Siempre se mostraba con un gran recogimiento, especialmente los días de comunión. Esos días, apenas volver a casa, se retiraba sola un cuarto de hora, además del tiempo que empleaba en la iglesia para la acción de gracias.

Daba tan buen ejemplo que, mientras estuvo en la Compañía, tanto en Casa como en otro sitio, no salía sin haber dado antes alguna edificación. Tenía mucho amor a Dios; no suspiraba más que por Dios y por las ocasiones de hacer el bien por su amor. Sentía tan gran menosprecio de sí misma que deseaba manifestar sus defectos a todo el mundo. Me suplicaba, cuando venía a París que se los dijese a nuestros superiores. Me rogaba muchas veces que la amonestase para ayudarle a corregirse de sus defectos y me pedía este servicio como un testimonio de mi cariño.

— Hijas mías, nos dijo nuestro veneradísimo Padre, ¿no os sentís muy contentas de escuchar las gracias que Dios ha hecho a nuestra buena hermana? Hay que agradecerle mucho el que su bondad la haya dado a vuestra Compañía. Por lo que a mi se refiere, tengo que confesaros que estoy lleno de dolor y de consuelo: dolor, por la pérdida que ha tenido la Compañía, y consuelo, al ver cómo una persona tan buena ha servido de ejemplo a todas vosotras y a las que vengan después. ¡Oh hija, llena de fe! Ved, hermanas mías; la gracia que había en aquella alma se extendía hasta vosotras por los efectos que en ella obraba. Os aseguro, hermanas mías, que muchas veces he sentido cierto recogimiento al verla, no ya por mi virtud, pobre miserable, sino porque Dios permite a veces que las almas predestinadas sean como el almizcle, que no puede estar en un lugar sin llenarlo con su buen olor.

Cuando llegó la noticia de la muerte de nuestra buena hermana, una hermana de Saint-Germain-en-Laye escribió lo siguiente a las de la Casa: «Hemos perdido un buen ejemplo. Espero que nuestro buen Dios dará a conocer las virtudes que ha practicado en la tierra para su gloria y para nuestro estímulo».

He sabido de la dueña, a la que estuvo sirviendo durante ocho o diez años, que ya entonces era muy asidua a la oración;

en todas partes la sorprendían orando, tanto en las cuadras, como en la bodega, como en la habitación. Se levantaba muy de mañana para oír la santa misa, temiendo verse impedida más tar. de; al ver esto, su dueña le permitió que fuese todos los días. Ayunaba con toda exactitud los días de obligación y durante toda una cuaresma no hizo más que una comida al día, e incluso de poca cosa. Su desayuno y lo que hubiese podido comer de más, lo destinaba a los pobres. Servía en Saint-Germain-en-Laye, donde estaba la corte, y aunque varias personas se alojaban en casa de su dueña, esto no impedía sus devociones. Les reprendía a los lacayos y a los otros sirvientes cuando les oía jurar; catequizaba a los que tenían necesidad de ello. Se ha observado que las personas a las que reprendía sentían confusión y se retiraban de su presencia; lo cual es una gran señal de que nuestro buen Dios aceptaba con agrado el servicio que le hacía en aquella ocasión.

Como sucede de ordinario que las personas del mundo quieren ganar en todas las cosas, su amo y su ama, bien sea para probarla o por otro motivo, le mandaban a veces quitar los leños más gruesos de los haces que vendían: «Si creen que van a perder con ello, les decía, véndanlos más caros; pero, si es para quitar leña, no lo haré». Aunque fuese muy obediente, jamás haría nada, por obedecer, que fuese contra Dios.

Ya entonces era muy caritativa y amaba a los pobres; todo lo que se le daba era para ellos. Cuando su dueña le reprendía, decía: «¡Si no lo doy! Lo que hago es ponerlo en cuenta; algún día se me dará el ciento por uno».

El Padre Vicente preguntó a otra hermana.

— Señor, Dios quiere que hablemos entre nosotras de las virtudes de nuestras hermanas difuntas, ya que nuestro Señor les permitió a los discípulos de san Juan referirle lo que habían visto en sus obras⁴, y esto para robustecerles en la fe de las enseñanzas que habían recibido de él sobre el Mesías.

4. Mt 11,4-5; Lc 7,22-25

Nuestro Señor nos da también otro motivo para hablar de nuestras hermanas difuntas en varias enseñanzas durante su vida, pero sobre todo cuando les prohibió a sus apóstoles, en la transfiguración, decir antes de su muerte ⁵ lo que habían visto; lo cual nos hace comprender que lo permitió después de su muerte.

Otra hermana dijo que se admiraba con qué fidelidad había respondido la hermana Juana a la primera llamada de Dios, que la destinaba al servicio de los pobres, y esto mucho antes de que conociese la Compañía de las Hijas de la Caridad; lo cual indica que Dios la quería en esta vocación. En aquel tiempo, cuando estaba sirviendo en Saint-Germain, supo por casualidad que se necesitaba una tornera en las Carmelitas. Se ofreció a ello. Las Carmelitas tomaron referencias de su dueña, que lo sintió mucho. Estas referencias les hicieron apreciar ya de antemano a sor Juana. La recibieron en el convento; pero no fue por mucho tiempo. Poco después, se resolvió a hacerse Hija de la Caridad. Las instancias de las criaturas no pudieron quebrantar su decisión. ¡Gran lección para enseñarnos a cumplir la santísima voluntad de Dios! Como no tenía bastantes razones para convencer a las Carmelitas, ni bastante fuerza para soportar ella sola todas las dificultades, puso la decisión en manos del reverendo Padre dom Morice, religioso barnalita. Este, tras haber interrogado y considerado el plan de Dios sobre ella, le aconsejó que se entregase al servicio de los pobres en la Compañía de Hijas de la Caridad. que él sólo conocía por la relación de lo que ella decía, convencido de que tal era la voluntad de Dios.

Ha sido siempre muy exacta en cumplir el reglamento; y aunque sintiese mucha afición por la oración, no era en detrimento de los pobres, a los que servía sin salir del recogimiento que le era casi continuo. Dejaba de buen grado la oración, cuando se lo pedía la voluntad de Dios, sabiendo que no se alejaba de él cuando iba a servir a los pobres por su amor. Era muy

5. Mt 17,9; Mc 9,8.

despegada de todas las cosas, incluso de los objetos de devoción. No tenía en total más que un rosario, su librito y un estuche de cirugía, y no esas cosas a las que se apegan las personas. Y aunque la querían en todos los lugares en donde estuvo, y tenía muchos motivos para quedarse en ellos, decía que tenía necesidad de salir de allí; iba a otra casa con alegría y decía: «Aprenderé a no hacer mi voluntad».

Una tarde, creyendo que estaba próxima la muerte, rogó a su hermana que manifestase sus imperfecciones a todas las hermanas después de morir, para darles a conocer su ingratitud y enseñarles con su ejemplo a no obrar como ella. Luego, esforzándose por hablarles, les dijo: «Herманas mías, si tuviese alguna pena sería por no haber servido bien a los pobres. Os ruego que les sirváis bien. Sois muy felices por haber sido llamadas por Dios a esta vocación».

Como no podía hablar fácilmente, casi siempre que una se acercaba a ella, le testimoniaba con sus ojos o con algún movimiento de su rostro que su espíritu estaba siempre fijo en Dios. Y cuando veía a su lado a las hermanas jóvenes, parecía como si sintiese deseos de animarlas a la perseverancia. Si no se lo podía decir, se lo manifestaba con su ejemplo.

— Bien, hijas mías, dijo el Padre Vicente, cuando la confesé la última vez (os puedo decir esto para vuestra edificación sin romper el sigilo de la confesión), creía que tenía que acusarse de la satisfacción que tenía en sus sufrimientos. «Dígame, hermana, le pregunté, ¿en quién pone su esperanza?», y ella respondió: «Solamente en Dios».

Os aseguro, hermanas mías, que he leído muchas vidas de santos; pocos santos superan a nuestra hermana en el amor de Dios y del prójimo. ¡Dios mío!, hijas mías, ¿será posible que tengamos este ejemplo ante los ojos y que nos quedemos en nuestras malas costumbres, viéndola a ella tan aplicada en la observancia de las reglas y siguiendo nosotros faltando a ellas?

Hijas mías, estad muy atentas al ejemplo de esta buena hermana. Es preciso que os sirva de estímulo. Pensad muchas veces que habéis tenido la felicidad de tener en vuestra Compañía

a una hermana en la que no os acordáis haber visto nunca una imperfección. Los niños tienen también faltas, y de ordinario Dios permite que siga habiendo en la mayor parte de las hermanas, durante la mayor parte de su vida, alguna pasión para ejercitar su virtud. En ella no hemos observado ninguna. Una vez más, hijas mías, agradezcamos mucho esta gracia. Muchas veces le resulta a uno difícil encontrar algún bien en las palabras y las acciones de los difuntos, pero en nuestra hermana estamos todos tan llenos del bien que en ella apareció que, si nos pusiésemos a examinar con cuidado todo lo que ha hecho en su vida, nos costaría mucho encontrar algún defecto. ¡Bendito sea Dios, hermanas mías!

Su despego era muy grande. Como un día se le preguntase si quería ver a su hermana, que estaba en esta ciudad, dijo: «Dejemos a los muertos sepultar a los muertos» ⁶, La misma pregunta le hicieron a propósito del reverendo Padre dom Morice, que era su director antes de venir a la Compañía; ella respondió que había que pedirselo a su superiora. El que la confesaba antes de su entrada en las Carmelitas ha declarado que velaba con mucho cuidado por la pureza de su alma.

Tenía una total indiferencia para vivir o para morir. Decía a veces, convencida de que su enfermedad la llevaría a la muerte. «Me voy, me voy». Yo le respondí: «Bien, hermana mía, vaya con agrado al encuentro de su Esposo, que la llama». A estas palabras, su rostro se llenó de un gran consuelo. Besaba con frecuencia la cruz. Después de varias crisis, de las que creíamos que no podía reponerse, preguntaba a la que ella consideraba como su superiora ⁷: «¿Estaré todavía aquí mucho tiempo?» Ella le respondió que no lo creía, pero que había que estar hasta el final sometidos a la voluntad de Dios. Ella testimonió que estaba dispuesta, pero que tenía mucho miedo de faltar a la paciencia por la intensidad de sus sufrimientos. Raras veces se quejaba, y era una pequeña queja muy tierna.

6. Lc 9,60.

7. Luisa de Marillac. Recordemos que la redacción de la conferencia es suya.

Después de su muerte, la abrieron y encontraron sus pulmones por encima de su lugar ordinario, casi junto a la garganta; esto demuestra una gran violencia en las partes interiores. Parece que sufrió más que los que mueren del pulmón; es que Dios quería llevarla a una mayor perfección.

Bendito sea Dios, hermanas mías, por haber querido que todos los pensamientos, palabras y obras de nuestra hermana nos dieran motivo de glorificarle en la tierra y de edificarnos. Es muy extraño que podamos decir que no hemos observado en ella ninguna imperfección condenable, aunque se haya escrito del justo que caerá hasta siete veces al día ⁸, Podéis decir de ella, hermanas mías, que era en vuestra Compañía una imagen perfecta, y en esto podréis reconocer que es una gran felicidad ser Hija de la Caridad, o sea, una buena y verdadera Hija de la Caridad, como ella era.

La última vez que le vi, cuando ya casi no podía hablar, le pregunté: «Bien, hermana mía, dígame ahora lo que preferiría haber sido en su vida: ¿gran señora o Hija de la Caridad?». Aquella buena hermana, me respondió: «Hija de la Caridad». ¡Unas palabras admirables, que nos muestran, hermanas mías, que la condición de Hija de la Caridad es mayor que todas las grandezas del mundo! ¿Y quién duda de ello, si ser Hija de la Caridad es ser hija de Dios? Hermanas mías, ¿quién no preferirá esta condición a la de hija del rey? Así pues, hijas mías, no andéis cavilando mucho, buscando a quién recurrir en el cielo para que os ayude a obtener las virtudes de verdadera Hija de la Caridad, ya que podemos creer que ella lo hará. Sí, podéis creerlo de esta forma, ya que vivió y murió como viven y mueren los justos. Podéis invocarla cada una en particular, hijas mías; es una gran pérdida para vuestra Compañía. ¡Quiera Dios que mis miserias no hayan sido la causa de ello!

¡Dios ha puesto en vuestra Compañía un sujeto tan perfecto, para que se lo sepáis agradecer! Dios obtiene de ello la gloria que su bondad pretende que le demos! Ha permitido que

8. Prov 24,16.

tengamos el consuelo de verla morir entre nosotros y que se cumpliera el deseo que había mostrado aunque estaba despegada de todas las cosas y no tenía más deseo que el de cumplir su santísima voluntad en la condición a la que su bondad la había llamado.

Hijas mías, os considero muy felices por haber tenido a esta buena hija en vuestra Compañía. Bendito seas Dios mío, por las gracias que le has concedido y por el conocimiento que nos das de sus virtudes, especialmente de su disposición para aceptar la muerte, si Dios lo quería, y para sufrir las injurias que se le hubieran hecho si hubiera muerto la muchacha a la que había sangrado.

Suplico a Dios con todo mi corazón que os haga partícipes de sus virtudes, que os conceda la gracia de imitar su despegamiento de todas las cosas, de amar la práctica de vuestras reglas, y la condescendencia con las hermanas en todo lo que no ofende a Dios, de estimar y apreciar vuestra vocación, de forma que seáis siempre fieles a ella. Es la súplica que te hago, Dios mío, rogándote que bendigas a todas nuestras hermanas, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ⁹.

La hermana Juana estuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte. Nos dijeron que deseaba ver al Padre Vicente, el cual no podía acudir, debido a sus muchas ocupaciones. Como le dijiesen en secreto que había pocas esperanzas de que escapase a la muerte, nuestra hermana Isabel, una de las más antiguas de la Casa, fue enviada. Apenas la vio la enferma pareció como si Dios le devolviese nuevas fuerzas. Dijo: «Me iré con usted»; y siguió poniéndose mejor, hasta el punto de que, como el médico asegurase que podía hacer el viaje, el señor párroco de Nanteuil y los demás administradores, aunque les hubiese gustado tenerla entre ellos, consintieron en darle la satisfacción que

9. Todo el pasaje siguiente, hasta el final, se encuentra inserto en el manuscrito un poco más arriba, antes de las palabras: «¡Hija mía, la creo bienaventurada!». Lo hemos transcrito en este lugar para no interrumpir la conferencia, a la que no pertenece, al menos bajo esta forma.

deseaba, a expensas del hospital, y procuraron una litera para enviárnosla; lo cual le dio gran consuelo, a pesar de que estaba en una situación muy delicada e incapaz de hacer el viaje sin peligro de muerte. No obstante, Dios permitió que hiciese el viaje con toda felicidad, ayudada de nuestra buena hermana. Su llegada nos llenó a todas de consuelo, pero sobre todo a ella, que decía muchas veces: «Qué feliz soy por estar aquí, ¡Dios mío!, que me quede aquí todo el tiempo que tú quieras».

A continuación, nos llovieron muchas gracias de Dios, porque, como estábamos indiferentes, por sumisión a la divina Providencia, para que viniese o se quedase allí, creo que su bondad quiso hacernos experimentar que él aceptaba con agrado esta disposición, dándonos ya en este mundo alguna recompensa, como lo hizo en que, sin haberlo elegido nosotras, su cuerpo fue abierto después de su muerte.

Pero lo que más estimo es, que dos o tres días antes de morir, ante su insistente petición, nuestro veneradísimo Padre vino una tarde, y su caridad, al ver que se moriría la noche siguiente, hizo todas las recomendaciones del alma, con el Padre Portail, en presencia de todas las hermanas que estaban entonces en la Casa. Y luego, la más antigua le pidió su bendición para toda la Compañía, tanto presentes como ausentes, a fin de que Dios les diese la gracia de tener todas a la hora de su muerte la gracia que la iglesia acababa de pedir para el alma de aquella querida hermana; su caridad aceptó de buen grado, pronunciando con su boca, tanto como con su corazón, las palabras de la bendición.

El día antes de morir, ella nos pidió varias veces ver a este querido Padre, y en sus crisis de aprensión y de debilidad, volvía siempre sus ojos hacia san Lázaro para manifestarnos su deseo. Nuestro buen Dios le quiso dar este consuelo. Al acercarse a su lecho el Padre Vicente ella demostró recibir una gran alegría. La que conocía el estado de su espíritu ¹⁰ dijo: «Padre, nuestra hermana desea tener el honor de verle para entregar su

10. Luisa de Marillac.

alma enteramente en sus manos; suplica con toda humildad que la ofrezca usted a Dios de la forma que ella sabe que le agrada, para que en el instante de su separación esté unida con la de Jesucristo y, por este medio, obtener su misericordia» «Con mucho gusto, mi queridísima hermana; le prometo ofrecérsela muchas veces a Dios de la manera que usted desea. Suplico a su divina bondad que les conceda esta gracia a usted y a todas las Hijas de la Caridad que ahora hay y a las que vengan en el futuro».

Todas sintieron tan gran satisfacción con el pensamiento de que el poder de esta plegaria y bendición les servía para la muerte, que he querido detallarlo por extenso, para que las pobres Hijas de la Caridad conozcan así la preocupación de la divina Providencia sobre su Compañía y que se muestren siempre muy agradecidas.

No quiero omitir que una de nuestras hermanas, encontrándose con el Padre dom Morice, que era confesor de Juana Dalmagne antes de su entrada en la Compañía, le comunicó la muerte de aquella buena hermana y la encomendó a sus oraciones. Dom Morice respondió: «No creo que tenga necesidad de oraciones, sino que ella rezará por todos nosotros»

11. A continuación, el copista añade: «Esta buena hermana murió a los 33 años de edad, después de haber estado 5 años en la Compañía de Hijas de la Caridad, el día 25 de marzo, aniversario de la fecha en que Dios le había concedido la gracia de entregarse a él para el servicio de los pobres. Fue la primera fallecida de todas las que se consagraron de esta forma. ¡Dios sea eternamente bendito!

Hay que observar que, cuando la señorita, que escribió de su propia mano esta conferencia, habla de la hermana más antigua y de la que conocía el estado interior de dicha difunta, dice lo que ella misma advirtió, y sólo se nombra por humildad con el nombre común de hermana. Pero es fácil observar el estilo de su relato, tan diferente del de las demás hermanas».

El manuscrito reproduce, detrás de la conferencia, la carta que escribió el párroco de Nanteuil a Luisa de Marillac en elogio de las virtudes de sor Juana.

Sobre la observancia del reglamento

El día de san Vicente mártir del año 1645, nuestro veneradísimo Padre tuvo la caridad de dirigirnos una conferencia sobre las prácticas y reglas de nuestra Compañía y nos dijo:

— Hermanas mías, ya conocéis el tema de esta plática; tengo que recordaros lo que se practica en vuestra Compañía desde hace tiempo. No hay reglas nuevas; se trata solamente de vuestras prácticas. Se hace tarde, hijas mías, os he hecho esperar mucho. Os pido perdón. Pero os aseguro que tenía ya puesto mi manteo para venir, cuando una persona de condición me obligó a volver. Los tres puntos de vuestra oración eran; las razones que tenéis para practicar exactamente las antiguas costumbres de la Compañía; las faltas que se cometen de ordinario o que pueden cometerse contra las antiguas costumbres y reglas de la Compañía; y los medios de los que podéis serviros en el futuro para guardar más exactamente vuestro reglamento.

Pues bien, creo que no hemos de detenernos mucho. Veamos solamente algunas de vuestras anotaciones.

Usted, hermana, ¿qué piensa sobre este tema?

— Padre, la mejor razón es que no podríamos ser virtuosas, si no practicásemos nuestras reglas; la segunda, que sin esta práctica no puede haber unión en la Compañía. He reconocido que cometía muchas faltas contra las reglas; he faltado casi en todas, especialmente en la oración. No he tenido buenos y elevados pensamientos a lo largo del día, y por mala condescendencia y respeto humano no me he retirado a la hora debida, aunque sintiese en mi interior cierto remordimiento de conciencia. En esto he dado mal ejemplo a la hermana que estaba conmigo y también en algunas otras faltas contra las reglas. He

Conferencia 20. — Arch. de las Hijas de la Caridad, el original es manuscrito de Luisa de Marillac

pensado que, para practicar mejor las reglas, tengo que renunciar a mi misma, ya que mi naturaleza se echa siempre para atrás cuando hay que superarse en alguna cosa. He tomado la resolución de esforzarme con la gracia de Dios.

— ¿Y usted, hermana?

— Padre, yo he pensado que, como Dios me ha llamado a la Compañía de las Hijas de la Caridad, tengo que seguir sus reglas, obedecer a nuestros superiores y dar buen ejemplo a mis hermanas en todas mis acciones. Las faltas que he observado en mi son especialmente faltas contra el silencio, ya que hablo con demasiada rudeza y con discursos desordenados; en esto he desedificado con frecuencia a la Compañía, como también en otras muchas faltas que no nos gustaría cometer delante de nuestros superiores. He tomado la resolución, con la gracia de Dios, de poner en práctica las reglas que nos ha dado la divina Providencia, obedecer a nuestros superiores y a todas nuestras hermanas. ¡Que Dios me dé su gracia!

— ¿Y usted, hermana? ¿cuáles son sus pensamientos?

— Padre, la primera razón es que, puesto que Dios me ha tomado para su servicio, me pide una gran perfección. La segunda es que Dios es tan bueno que bien merece que nos hagamos violencia. Además, él nos pedirá cuenta estrecha de todas las gracias que nos ha concedido. Las faltas que cometo contra las reglas se deben a mi excesivo afecto hacia mi misma; mis cobardías han sido muchas veces, y a causa de haber servido a los pobres con negligencia. He pensado, como medio para practicar mejor nuestro reglamento, en renunciar a mi misma, no querer más que la voluntad de Dios, y obedecer fielmente a nuestros superiores.

— Hable usted, hermana.

— Tenemos que practicar fielmente nuestras reglas porque, por este medio, Dios nos concederá la gracia de perseverar en nuestra vocación. Vamos en contra de la fidelidad que debemos a Dios siempre que faltamos a la práctica de nuestros reglamentos. De esa forma nos alejamos de él; esto me da una gran confusión, ya que siempre he faltado a la práctica de todos. Pa-

ra corregirme de mis defectos, conviene que ame mas mi vocación, mediante la gracia de Dios, la ayuda de la santísima Virgen y de mi ángel de la guarda.

— ¿Y usted, hermana?

— Padre, me parece que las reglas se han dado a las Compañías para ayudarlas a perfeccionarse. Una segunda razón es lo que nuestro Señor les ha prometido a los que guarden los consejos evangélicos y a los que practiquen las obras de misericordia. Esta promesa se dirige especialmente a las que tienen la felicidad de ser llamadas a las Compañías establecidas para el ejercicio de la caridad; pues bien, todos los artículos de nuestras reglas nos llevan a eso, especialmente en la instrucción de los ignorantes y en la visita a los enfermos y prisioneros, como son los galeotes. La tercera razón es que la fidelidad a las reglas en todo, sin traspasar nunca los límites de lo que se nos ha ordenado, nos edifica mutuamente. Una hermana que se niega a hacer o decir o llevar lo que se le manda puede arrastrar a las demás en ese mismo espíritu de contradicción y de desobediencia. Yo soy tan miserable que he faltado mucho y en bastantes ocasiones, especialmente por no pedir perdón a mis hermanas siempre que les he dado algún disgusto; en eso he desedificado a todas mis hermanas, a las que pido muy humildemente perdón con todo mi corazón.

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Hable, hermana.

— Me parece, Padre, que el único medio de ayudarnos a agradar a Dios y a cumplir su santísima voluntad es la observancia de nuestras reglas, que se nos han dado por orden de su divina Providencia. He faltado muchas veces contra el silencio y contra la obediencia y por mi gran repugnancia a que me reprendan de mis defectos. Para practicarlas en el futuro, pediré muchas veces a Dios esta gracia y pensaré también con frecuencia en mis deberes. ¡Alabado sea el santo nombre de Dios!

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Continúe usted, hermana, la que sigue.

— Padre, al comienzo de mi oración he admirado los medios de que Dios se sirve para darnos a entender lo que le agrada

y lo que nos exige para el aumento de su gloria en nosotros. Puesto que en su morada principal hay reglas muy estrechamente observadas por los nueve coros de los ángeles, es preciso que las haya también en la tierra, en las Compañías donde se complace en habitar, y especialmente en las que aspiran a la imitación de la vida de Jesucristo, como sucede con la Compañía de las Hijas de la Caridad. Es muy razonable que tengan, cada una en particular y todas en general, una preocupación, muy grande por guardar enteramente las que les han dado, y aplicarse a ellas como un medio de perfeccionarse.

Reconozco haber faltado hasta el presente y muchas veces en la práctica de estas reglas, casi en todo, y especialmente en el respeto que debo a todas mis hermanas. Para mejor practicarlas en el futuro, he pensado que necesitaba un gran despego de mi misma, para unirme fuertemente a la voluntad de Dios, que se encuentra en nuestras reglas, ya que nos las han dado nuestros superiores; mi resolución ha sido tener más afecto que nunca a la práctica de las reglas. ¡Dios me conceda esta gracia por su bondad!

Otra hermana dijo:

— No puedo ser buena Hija de la Caridad sin poner en práctica las reglas de la Compañía, a las que he faltado casi siempre desde que Dios me dio la gracia de entrar en ella. Para no caer en estas faltas, tengo necesidad de superarme a mi misma.

— ¿Y usted, hermana?

— Padre, he pensado que, por la práctica de las reglas, honramos la verdad y huimos de la hipocresía, ya que nuestros superiores, el mundo y nuestras hermanas, creen que nos hemos entregado a la Compañía para hacer todo lo que en ella se hace. Otra razón es que Dios lo quiere así; nos lo demuestra cuando nos ha llamado a esta manera de vivir. Es conveniente pensar muchas veces que es a Dios a quien servimos en todos nuestros actos, que él nos hace superar, por su amor, las pequeñas dificultades que tenemos, que se alegra en ella, y que finalmente nos dará, por un poco de trabajo, la eternidad bienaventurada co-

mo recompensa. Las faltas contra nuestras reglas debilitan poco a poco nuestro fervor, nos ponen en peligro de perder nuestra vocación, dan mal ejemplo a nuestras hermanas y, lo que es peor, ofenden a nuestro Dios.

— ¡Bendito sea Dios, hermanas mías, por la estima en que tenéis el reglamento que se observa en vuestra Compañía desde hace tiempo! Dios quiere que en todas las cosas se mantenga un orden; san Pablo nos lo enseña cuando dice que lo que es ordenado viene de Dios ¹.

Puede decirse realmente que es Dios quien ha hecho vuestra Compañía. Yo pensaba hoy en ello y me decía: «¿Eres tú el que ha pensado en hacer una Compañía de Hijas? ¡Ni mucho menos! ¿Es la señorita Le Gras? Tampoco». Yo no he pensado nunca en ello, os lo puedo decir de verdad. ¿Quién ha tenido entonces la idea de formar en la iglesia de Dios una Compañía de mujeres y de Hijas de la Caridad en traje seglar? Esto no hubiese parecido posible. Tampoco he pensado nunca en las de las parroquias. Os puedo decir que ha sido Dios, y no yo.

Yo era cura, aunque indigno, en una pequeña parroquia ², Vinieron a decirme que había un pobre enfermo y muy mal atendido en una pobre casa de campo, y esto cuando estaba a punto de tener que ir a predicar. Me hablaron de su enfermedad y de su pobreza de tal forma que, lleno de gran compasión, lo recomendé con tanto interés y con tal sentimiento que todas las señoras se vieron impresionadas. Salieron de la ciudad más de cincuenta; y yo hice como los demás; lo visité y lo encontré en tal estado que creí conveniente confesarlo; y cuando llevaba el Santísimo Sacramento, encontré algunos grupos de mujeres y Dios me dio este pensamiento: «¿No se podría intentar reunir a estas buenas señoras y exhortarles a entregarse a Dios, para servir a los pobres enfermos?» A continuación, les indiqué que se podrían socorrer estas grandes necesidades con mucha facilidad. Inmediatamente se decidieron a ello. Luego se estableció en París esta Caridad, para hacer lo que estáis viendo. Y todo

1. 1 Cor 14,33-40.

2. Châtillon-les-Dombes.

este bien proviene de allí. Yo no había pensado nunca en eso. Ha sido Dios, hijas mías, quien lo ha querido y, san Agustín asegura que, cuando las cosas suceden de esta forma, es Dios el que las hace. En esta ciudad de París, algunas señoras tuvieron este mismo deseo de asistir a los pobres de su parroquia, pero, cuando llegaron a la ejecución, se vieron impedidas de hacerles los servicios más bajos y penosos. En las misiones, me encontré con una buena joven aldeana³ que se había entregado a Dios para instruir a las niñas de aquellos lugares. Dios le inspiró el pensamiento de que viniese a hablar conmigo. Le propuse el servicio de los enfermos. Lo aceptó en seguida con agrado, y la envié a San Salvador, que es la primera parroquia de París donde se ha establecido la Caridad. Se fundó luego una Caridad en San-Nicolás-du-Chardonnet, luego en San Benito, donde había algunas buenas mujeres, a las que Dios les dio tal bendición, que desde entonces comenzaron a unirse y a juntarse casi sin darse cuenta.

Ved pues, mis queridísimas hermanas, cómo la razón que da san-Agustín para conocer que las obras son de Dios se manifiesta realmente en vuestra Compañía, de tal forma que, si se nos preguntase cómo se ha hecho esto, podemos decir: «No lo sé».

Así pues, mis queridas hermanas, como el designio de reuniros es de Dios mismo, tenéis que creer también que ha sido la dirección de su divina Providencia la que ha hecho que vuestra manera de vivir se constituyese en regla con el tiempo, y que es necesario poner esta regla por escrito, para conservar el recuerdo de lo que Dios pide de vosotras, y mantener en esa práctica a las que vengan después de vosotras.

La segunda razón es que, mientras estéis unidas y ligadas juntamente por una practica fiel de vuestras reglas, estaréis dentro de la forma de vida que nuestro Señor os pide, y seréis como un pequeño ejército para combatir a los enemigos que quieran destruiros, y de esta forma, pareceréis en el cielo y en la tierra hijas de Dios. Hijas mías, tenéis grandes motivos

3. Margarita Naseau.

para humillaros de los planes que, al parecer, tiene Dios sobre vosotras. ¡Si supieseis! ¿Lo diré, hijas mías.j Tengo miedo de que alguna se enorgullezca, si os lo digo. Pero, por otra parte, me parece que también podría animar a otras. Mis queridas hermanas, ¡bendito sea Dios! Se trata de su gloria. Hablaba uno de estos días con una gran siervo de Dios sobre vosotras, hijas mías, y me dijo que no veía nada tan útil en la iglesia, y me lo expresó con mucha admiración. ¿Sabéis dónde habéis adquirido esta fama entre la gente? Ha sido por la práctica de vuestras reglas. ¿Y quién os podrá mantener en ella? Esta misma práctica, y nada más. Por eso, hermanas mías, permaneced firmes en ellas y no faltéis en un solo punto, esto es, no os canséis jamás.

¿No habéis oído hablar nunca de la conducta de los marineros que navegan en alta mar, a veces hasta quinientas leguas, sin ver tierra alguna? Los marineros están seguros mientras siguen exactamente las reglas de su navegar; pero si dejan de bajar a la bodega cuando deben o cuando el piloto se lo advierte, o la vela está a contratiempo, el navío se perderá irremediamente. Lo mismo pasa, hijas mías, con las comunidades, y especialmente con la vuestra. Lo mismo que un navío en un mar nebuloso, vosotras también estáis expuestas a muy distintas peripecia. Vuestra vocación es vuestra guía y vuestras reglas son vuestra seguridad.

Habéis entrado, pues, en el navío en donde Dios os guía por su inspiración. Se necesita un piloto que vele, mientras vosotras dormís. ¿Quiénes son esos pilotos? Los superiores. Ellos están encargados de advertiros lo que tenéis que hacer para llegar felizmente al puerto. Y llegaréis al puerto, si sois exactas en la observancia de vuestras reglas. Si alguna de vosotras quisiese dispensarse de ellas y pidiese a su compañera que no la denunciase, hijas mías, desconfiad de esa hermana. ¿Cómo queremos que nos conduzca el piloto, si no está advertido de los escollos peligrosos? Hermanas mías, desconfiad de las que no quieran que se diga a los superiores lo que hacen y dicen; desconfiad de vosotras mismas, si tenéis esos pensamientos. ¿Y por

qué, hijas mías vais a tener que descubrir vuestras debilidades? ¿No sabéis que los superiores tienen un corazón de padres y que sabrán tratar bien a las débiles como débiles y a las fuertes como fuertes? No es conveniente que las fuertes quieran ser tratadas como débiles; de ello resultaría un grave daño para la Compañía. Para evitar este peligro, hijas mías, os diré que vale más superarse con un poco de ánimo, que dejarse abatir por el excesivo mimo y cobardía.

He aquí un ejemplo que podrá servir: el señor cardenal de la Rochefoucauld ⁴, de más de ochenta años de edad, no falta, desde hace largos años, a su obligación de levantarse a las cuatro de la mañana, y creo que no se acuesta nunca antes de las diez. El señor primer presidente hace lo mismo, aunque con frecuencia no se acuesta hasta las once.

Hijas mías, es de grandísima importancia que seáis firmes en la práctica de vuestras antiguas costumbres, si queréis que Dios siga dándoos sus gracias, sin las cuales no haríais nada bueno. Esta exactitud es la única que puede alcanzar de su bondad vuestra perseverancia y hacer que sirváis para la edificación de los demás.

La buena señora Goussault murió con este deseo. Sí, hijas mías, murió pensando en vosotras. Murió por la tarde; pues bien, la mañana de aquel mismo día me dijo: «Padre, he estado pensando toda esta noche en nuestras buenas hermanas. ¡Si supiese usted cuánto las estimo! ¡cuántas cosas me ha hecho ver Dios a propósito de ellas!». Acordaos de aquella buena señora; Dios le dio mucha buena voluntad para con vosotras. Para animaros más con su ejemplo y afirmaros en la observancia de vuestras reglas, os diré que, mucho tiempo antes de su muerte, ella se había impuesto algunas, a las que era muy fiel. Se había habituado a guardar silencio mientras se vestía, y no faltaba jamás. Para no verse molestada por las personas que podrían entrar en su habitación, le leían durante aquel tiempo un capítulo de un libro de devoción. Ved, hijas mías, si una persona de mundo es tan

4. Cfr. nota 10 de la *Conferencia* 18 (11 de diciembre de 1644).

exacta en una cosa a la que no está ni mucho menos obligada, con mucha mayor razón debéis vosotras, hijas mías, no faltar a ninguna de las observancias de vuestras costumbres, ya que habéis tomado esta resolución cuando entrasteis en la Compañía. Aunque hasta el presente nadie haya puesto por escrito vuestras reglas, sin embargo os obliga a ellas la costumbre de las primeras hermanas, ya que os asociasteis con ellas y debéis seguir su ejemplo; ese ejemplo os lo han dado las mayores con toda exactitud. Por eso, hijas mías, mortificaos un poco y no creáis que cualquier impedimento os puede dispensar de vuestros ejercicios.

Bien, hermanas mías, ya es tiempo de que os retiréis. Pido a nuestro Señor Jesucristo que os ha reunido para seguir el ejemplo de su santa vida, que os dé su espíritu para practicar vuestras reglas, que os conceda la gracia de imitarle en su bondad, su sencillez y humildad, para que seáis ejemplo las unas de las otras y edificuéis a todos, según los designios de Dios. Que El os bendiga, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

*Pensamientos de Luisa de Marillac
sobre el tema de la conferencia del
22 de enero de 1645*

Hace tiempo que la Compañía desea y pide que su manera de vivir se redacte en forma de reglamento, para que, por la lectura del mismo, nos veamos animadas a practicarlo. Dios, que nos concede hoy esta gracia, nos pide mayor exactitud y fidelidad que nunca.

Por el orden que ha puesto en el cielo y en la naturaleza en todos los tiempos y lugares en donde reina su misericordia, Dios nos da a entender que lo quiere también así en las compañías, a fin de evitar la maldición del único lugar en donde no lo hay, el infierno y sus pertenencias.

Tercera razón. Nuestra salvación depende quizás de la observancia de estos reglamentos. Estamos en la Compañía bajo la dirección de la divina Providencia. Por ella es por donde las gracias de Dios tienen que llegar a nosotras. Los que estaban en la tierra en tiempos de nuestro Señor, se dirigían a los lugares por donde él tenía que pasar, y allí es donde unos recibían las gracias de su vocación y otros la de su curación. Por tanto, sería despreciar en cierto modo las gracias de Dios el apartarnos del camino en donde nos ha puesto.

Yo me reconozco culpable de todas las faltas de la Compañía, ya que faltó a casi todo y no lo advierto cuando debería hacerlo, algunas veces por cobardía y condescendencia. Por seguir mí inclinación, he tenido a la Comunidad demasiado en recreo, de donde hemos caído en la mala costumbre de perder el tiempo; no es que se haga algo malo, pero el tema de las conversaciones no era sobre la práctica exacta de lo que Dios nos pide a las Hijas de la Caridad, como aprender a tratar y servir a los pobres enfermos.

Las principales faltas del reglamento son la poca deferencia de las hermanas particulares a las hermanas nombradas sirvientes de los pobres, y la poca paciencia de las hermanas nombradas sirvientes de los pobres en relación con sus compañeras, a las que manda con excesiva autoridad; la mala conducta de las hermanas que se ponen de acuerdo para hacer o decir algo contra las reglas y se prometen mutuamente ocultarlo; la pereza y la cobardía de las que, para dispensarse de la observancia de las reglas, declaran que no están obligadas a ellas.

Un medio para practicar mejor nuestras reglas, es pedir d Dios esta gracia, y preguntar a mi padre espiritual cómo puedo compaginar los pocos quehaceres que tengo y mis indisposiciones con esas reglas. Además, tengo que ser muy atenta con lo que hacen mis hermanas de la Casa y de fuera, más fiel en ocuparme de su conducta y darles a entender todo lo que pueda sobre nuestra manera de vivir, y de lo que Dios pide de nosotras, el cual sea bendito para siempre.

Sobre la práctica del reglamento

Mis queridísimas hermanas, en la última conferencia trajisteis vuestras notas sobre las reflexiones que hay que tener acerca de la necesidad de las reglas en las Compañías. Hijas mías, se dijeron cosas buenas, que me consolaron mucho. ¡Ha sido el Espíritu Santo el que os las inspiró! ¡Bendito sea Dios!

Nos quedamos, según creo, en la cuestión de saber si era conveniente abandonar la regla en servicio de los pobres. Hijas mías, el servicio de los pobres tiene que preferirse siempre a todo lo demás. Podéis incluso dejar de oír misa los días de fiesta, pero solamente en casos de gran necesidad, como sería un enfermo en peligro de muerte, que tuviese necesidad de los sacramentos o de algunos remedios, o estuviese en peligro notable sin vosotras. Cuando dispenséis de algún ejercicio de vuestras reglas, es preciso que sea con juicio, y no por gusto. Ordenad de tal forma vuestro tiempo que no lo perdáis, tanto en la visita a los enfermos, como para ir a recibir las órdenes de las damas y presentarles las cuentas necesarias, y veréis, hijas mías, cómo de ordinario tendréis tiempo para todo. Cuando no tengáis suficiente, dejad lo que sea menos importante. De esta forma, estad seguras de que sois fieles a vuestras reglas, y más todavía, va que la obediencia es considerada por Dios como un sacrificio. Es Dios, hijas mías, a quien queréis servir. ¿Creéis que Dios es menos razonable que los amos de este mundo? Si el amo

Conferencia 21. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac.

1. La conferencia no tiene fecha. Como el texto está escrito por la propia Luisa de Marillac, es de 1646 todo lo más tarde. A pesar de ciertas dificultades, la frase inicial sobre las «notas» y el formato de los folios nos inducen a creer que es continuación de la conferencia del 22 de enero de 1645.

dice a su criado: «Haz esto» y, antes de que sea ejecutada su orden, pide otra cosa, no verá mal que el criado deje lo que se mandó en primer lugar; por el contrario, se quedará contento de ello. Lo mismo pasa con nuestro buen Dios. El os ha llamado a una Compañía para el servicio de los pobres; y para hacer que le sea agradable su servicio, os ha dado unas reglas; si, mientras las practicáis, os pide otra cosa, id pues, a lo que os ha mandado, hermanas mías, sin dudar de que se trata de la voluntad de Dios.

Una hermana dijo que faltaba muchas veces a la oración de las cinco y preguntó si con eso no guardaba la regla.

— Hija mía, si la deja por las razones que he dicho, no viola sus reglas; en ese caso, procure acordarse de que sus hermanas están entonces empezando sus ejercicios y ofreciéndolos a Dios; entonces participará en ello. Ofrézcale además lo que vaya a hacer durante ese tiempo, que estará totalmente consagrado a Dios; y por ese medio hijas mías, todas tendréis cierta uniformidad.

Me diréis quizás que sois tan distraídas, incluso cuando rezáis a Dios, que no podéis estar un cuarto de hora sin distracción. No os extrañéis de ello. Los mayores siervos de Dios tienen a veces esas mismas penas. Uno de estos días hablaba con un buen sacerdote, convertido desde hace algunos años, que emplea mucho tiempo en la oración. Me decía que a veces no tenía ningún gusto ni satisfacción, a no ser la de decir: «Dios mío, estoy aquí en tu presencia para cumplir tu santísima voluntad. Me basta con que tú me veas». Haced lo mismo.

Una hermana expuso la dificultad que se seguía de que ni ella ni su compañera supiesen leer. El Padre Vicente respondió:

— Es verdad, hermana mía, esto es muy de lamentar. En cierta ocasión hablamos ampliamente de este tema, y propusimos utilizar las estampas de la vida de nuestro Señor. Así se hizo durante algún tiempo; pero por lo visto, aquella práctica no resultó, ya que fue abandonada. Hay otro método muy fácil; tomad como tema de vuestras oraciones la pasión de nuestro

Señor. No hay ninguna que no sepa todo lo que allí pasó, bien sea por haberlo oído predicar, o bien por haber meditado en ello. Hijas mías, ¡qué excelente medio para hacer oración es la pasión de nuestro Señor! Es una fuente de Juvencia ² donde todos los días encontraréis algo nuevo. San Francisco no tuvo nunca otro tema de oración más que la pasión de nuestro Señor, y recomienda a todos sus queridos hijos espirituales que se sirvan continuamente de ella. ¿Y de dónde creéis, hijas mías, que aquel buen san Buenaventura sacó toda su ciencia? Del libro sagrado de la cruz. Haréis bien si os acostumbráis. Os lo aconsejo, y de esta forma, no faltaréis nunca a la oración por no saber leer.

Hijas mías, es conveniente que todas las hermanas sean fieles en esta práctica de la oración, como también en todos los demás actos de nuestras reglas, para ser uniformes, y que, a la misma hora en que las hermanas rezan en la Casa, las de San Pablo, Santiago, San Juan, Angers y las de todos los demás lugares, recen también. De ahí se seguirán muchas gracias y bendiciones sobre vuestra pequeña Compañía. Si una hermana se viese necesariamente impedida al lado de un enfermo o en otro lugar, por caridad o por obediencia, podría sin embargo en espíritu y en deseo unirse a sus hermanas. Mientras lo hagáis así, hijas mías, estaréis seguras de que Dios está contento de vosotras. Esta uniformidad le es tan agradable que la ha inspirado para el bien y la dirección de la iglesia universal. Id por toda la cristiandad y veréis cómo la misa se celebra siempre de la misma manera, con las mismas palabras, y el mismo *Padrenuestro*. Id a Oriente, a los lugares más apartados, a los antípodas, y oiréis siempre las mismas oraciones; y en esto especialmente es donde se reconoce a los verdaderos cristianos. Si así

2. Fuente de Juvencia: designase con tal nombre una fuente a la que se concedía poder para rejuvenecer los que de ella bebían. Ir a la fuente de Juvencia es remozarse, rejuvenecerse.

Para san Vicente meditar en la Pasión es una fuente de Juvencia es decir, un manantial en el que el alma cada día encuentra nuevas fuerzas para renovarse y rejuvenecerse.

sucede en la santa iglesia, no es extraño que todas las Compañías hagan lo mismo. Id por todas las casas de los capuchinos y veréis que por todas partes dicen el oficio de la misma manera. Lo mismo se observa en las demás órdenes. Si no los imitáis, habría que temer que los desórdenes deshiciesen bien pronto vuestra Compañía. Tened cuidado, hijas mías; eso sería una gran desgracia para vosotras y para todas las que Dios puede llamar a su servicio, por medio de vuestro ejemplo, si se lo dais. ¡Dios os libre, por su bondad, de causar tan gran pérdida a nuestros queridos amos los pobres! Hermanas mías, en ese caso Dios suscitaría en vuestro lugar otras servidoras mejores. No lo olvidéis; pero ¡cuánto perderíais vosotras para la eternidad! ¡Bendito sea Dios que os hace estar a todas en el deseo de ser fieles a Dios y agradecidas a las gracias que os ha hecho al llamaros a su santo servicio!

-Tuve un gran consuelo al oír decir a una de nuestras hermanas, en la última conferencia, que, cuando se duerme con un buen pensamiento, ese buen pensamiento hace que el corazón se libre de los malos. Es una buena costumbre, hermanas mías, dormirse de esa manera. Hablé estos últimos días con la señora de Liancourt³. Me contó que un gentilhomme, el señor de Chaudebonne, había tomado la costumbre, por devoción, de dormirse siempre con las manos juntas. Dios se lo pagó con la gracia de morir rezando. Es muy conveniente, hijas mías, adquirir buenas costumbres. Vuestra práctica ordinaria del gran silencio, desde la oración de la tarde hasta después de las oraciones de la mañana siguiente, la tenéis que tener en gran veneración. No habléis sin necesidad con ninguna hermana, por miedo de interrumpir el diálogo que su alma tiene quizás con Dios. Hijas mías, ese tiempo de silencio está totalmente consagrado a él; lo ha dicho nuestro Señor: «Llevaré a mi Esposa al silencio y allí le hablaré al corazón»⁴. Ved, pues, el daño que os haríais unas a otras si interrumpieseis ese sagrado coloquio.

3. Juana de Schomberg, duquesa de Liancourt.

4. Os 2,14.

Os he dicho en alguna otra charla que la señora Goussault tenía mucho cuidado en la práctica de guardar el silencio. Si una señora de condición, con tantos quehaceres y sin ninguna obligación, era tan cumplidora, con mucha mayor razón tenéis que ser muy cuidadosas vosotras, hijas mías, de observar bien vuestras prácticas, ya que os habéis entregado a Dios para esto, y el mismo Dios os ha sometido a unas reglas que os obligan a ello.

Vuestra regla os ordena, hijas mías, aprender a leer y a escribir en las horas destinadas para esto. Yo desearía, hermanas mías, que tuvieseis todas este conocimiento, no ya para ser sabias, pues esto muchas veces no hace más que hinchar el corazón y llenarlo del espíritu de orgullo, sino porque eso os ayudaría a servir mejor a Dios. ¿Creéis, hermanas mías, que los que enseñan filosofía o los que la aprenden, son así mejores cristianos? No es eso; es para que podáis escribir vuestros ingresos y vuestros gastos, dar noticias vuestras a los lugares apartados, enseñar a las pobres niñas de la aldeas. Estoy persuadido de que la ciencia no sirve, y que un teólogo, por muy sabio que sea, no encuentra ninguna ayuda en su ciencia para hacer oración. Dios se comunica más ordinariamente a los simples y a los ignorantes de buena voluntad que a los más sabios; tenemos muchos ejemplos de ello. La devoción y las luces y afectos espirituales se les comunican más de ordinario a las mujeres verdaderamente devotas que a los hombres, a no ser que estos sean sencillos y humildes. Entre nosotros, los hermanos dan a veces mejor cuenta de su oración y tienen ideas más bellas que nosotros, los sacerdotes. ¿Por qué, hijas mías? Es que Dios lo ha prometido y se complace en entretenerse con los pequeños. Consolaos, pues, las que no sepáis leer, y pensad que esto no os puede impedir amar a Dios, ni hacer bien la oración. Si alguna tuviese tanta dificultad en hacer oración que fuese completamente incapaz, podría pedir permiso para rezar el rosario. Y según el consejo que se le dé, usará de esta hermosa devoción. Nuestro bienaventurado Padre decía que, si no hubiese tenido la obligación de su oficio, no habría dicho más oración que el rosario. Lo recomendó mucho, y él mismo lo rezó duran-

te treinta años sin faltar nunca para alcanzar de Dios la pureza por la que él concedió a su santa Madre, y también para bien morir. Así pues, hijas mías, rezar el rosario es una devoción muy hermosa, particularmente para las Hijas de la Caridad, que tanta necesidad tienen de la asistencia de Dios para tener esta pureza, que les es tan necesaria. ¡Bienaventuradas las almas que se entregan al servicio de Dios por la pureza! Hermanas mías, tenéis motivos para glorificar a Dios por la gracia que hasta ahora ha concedido a vuestra pequeña Compañía en favor de esta virtud. Las que ya han fallecido nos lo han hecho conocer bien. La pureza de su vida nos ha edificado mucho. Hablaremos de la última difunta a su debido tiempo ¡Dios sea debidamente bendito! Por eso, hijas mías, os exhorto a que tengáis siempre mucha devoción a la Virgen.

Otra de vuestras máximas es que no perdáis el tiempo. ¡Qué consejo tan necesario y saludable! Le preguntaban en su tiempo a san Antonio cuál era el método para salvarse, y su respuesta era siempre: «Mantente siempre ocupado». Y él lo demostró con su ejemplo, ya que fuera del tiempo de la oración, trabajaba manualmente. Os lo recomiendo mucho, hermanas mías. Si habéis vuelto de la visita de vuestros enfermos y no tenéis qué hacer, tomad alguna rueca o cualquier otra labor y trabajad; de esta forma, hijas mías, edificaréis a vuestras hermanas jóvenes, que harán lo mismo siguiendo vuestro ejemplo. Y tenéis que esforzaros todo lo que podáis en conseguir la uniformidad en todo; hijas mías, si a alguna le gustase la singularidad, ya no sería una Hija de la Caridad sino una hija del orgullo. Hermanas mías, ¡que Dios os guarde de ello!

Nuestra manera de vivir requiere que hagáis todos los años un pequeño retiro, esto es, unos ejercicios espirituales, y esto, hijas mías, para reconocer vuestras caídas del año pasado y para levantaros con más ánimo. Esos ocho días de silencio son un tiempo de cosecha. ¡Qué felicidad si empleáis bien ese tiempo que Dios os da para hablar de corazón a corazón con vosotras! Entonces es cuando se cumple la promesa que nuestro

Señor nos ha hecho de conducir vuestras almas a la soledad. Por eso, hijas mías, no faltéis nunca a ello, por favor.

Allí aprenderéis a ser verdaderas Hijas de la Caridad; aprenderéis también la manera de servir bien a los pobres. Repasaréis en vuestro espíritu las acciones de nuestro Señor en la tierra, veréis que gastó gran parte de su tiempo sirviendo al prójimo y tomaréis la resolución de imitarlo. ¿Qué creéis que hacía nuestro Señor? No se contentaba con dar la salud a los enfermos; les enseñaba además la manera de portarse bien cuando estaban sanos. Imitadle.

Una hermana dijo entonces:

— Pero nosotras, Padre, que somos tan ignorantes, ¿tenemos que decir alguna cosa?

— Hijas mías, ¿lo dudáis acaso? No tengáis miedo de preguntar a Dios lo que conviene decirles y él no dejará de inspiraros. ¿Hay algo más hermoso? ¡Cómo impresiona ver que, no contentas con vuestras fatigas, tenéis siempre en la boca palabras que demuestran que vuestro corazón está lleno del amor a Dios y que queréis comunicárselo a sus queridos pobres, nuestros amos! Sí, hijas mías, haced por esto todo lo que podáis, entregaos a Dios para servirle de esta manera y no estéis nunca con un pobre sin darle alguna instrucción.

Además, hijas mías, tenéis que tener un gran respeto con las órdenes que os den los señores médicos para el tratamiento que pongan a vuestros enfermos, y tened cuidado de no faltar a ninguna de sus prescripciones, tanto por lo que se refiere a las horas, como a las dosis de las drogas, ya que a veces se trata de asuntos de vida o muerte. Tened también mucho cuidado de fijaros en la manera con que los médicos tratan a los enfermos en la ciudades, para que, cuando estéis en las aldeas, sigáis su ejemplo, o sea, en qué casos tenéis que sangrar, cuándo tenéis que retirar la sangría, qué cantidad de sangre tenéis que sacar cada vez, cuándo hay que hacer sangría en el pie, cuándo las ventosas, cuándo las medicinas, y todas esas cosas que sirven en la diversidad de enfermos con quienes podáis encontraros. Todo esto es muy necesario, y haréis mucho bien

cuando estéis instruidas en todo. Es conveniente que tengáis algunas charlas sobre este tema.

Una hermana dijo que esto se hacía a veces en forma de catecismo.

Tenéis que presentaros al menos todos los meses a la directora para darle cuenta de vuestra conducta. Hijas mías, esta es una santa costumbre en vuestra Compañía. No faltéis a ella. Pero que vuestra comunicación sea sincera y cordial. Hablad no solamente de vuestras faltas sino también del bien que habéis hecho, por la gracia de Dios, y esto para purificaros. Si dejáis de comunicaros con ella, os pondréis en peligro de dar lugar a la tentación; porque fijaos, hijas mías, Dios dice al justo que haga bien el bien que hace. No basta con llevar las medicinas, el alimento e incluso con instruir a los enfermos, si no unís a todo esto la virtud que Dios pide de vosotras, y la intención que él quiere que tengáis en estas buenas obras. La comunicación con vuestra directora os ayudará mucho a las dos, ya que Dios da su bendición a la sumisión y a la humildad que os hacen hablar por amor suyo. Si vais a visitar a un enfermo, que sea en unión con nuestro Señor y para imitarlo. De esta forma, hijas mías, mereceréis más que con las grandes penitencias. La intención lo es todo. Una acción de poco valor se eleva por la intención recta y buena, y se hace grande delante de Dios. Si no podéis hacerlo con cada una de vuestras acciones, renovad al menos vuestras intenciones de vez en cuando.

Tenéis también la costumbre de no salir jamás sin permiso. Cuando estéis fuera, guardaos mucho de ir a otro sitio distinto de donde se os ha permitido ir. Cuando volváis, no dejéis de presentaros a la directora o a su representante, para darle cuenta de lo que habéis hecho fuera.

Hijas mías, mientras sigáis en la obediencia, que es vuestro claustro, estaréis seguras; si salís, temed entonces y creed que estáis en peligro.

Una hermana le preguntó si obraba bien al pedir mana que le reprendiese por sus faltas.

Después de haber pensado en su interior, el Padre Vicente le respondió:

— Hijas mías, cuando veáis que a una hermana le parece bien que la reprendáis, hacedle la caridad de corregirla con mansedumbre y cordialidad; pero, si notáis que se disgusta y que lo ve mal, no la reprendáis. La buena voluntad que habéis tenido al servirla en su necesidad, tenedla ahora para no entristecerla. La que no fuese dócil y no creyese conveniente que la advirtiesen de sus faltas, tiene muchos motivos para temer y desconfiar mucho de sí misma.

Por eso, hijas mías, os ruego que os entreguéis a Dios para agradecer las advertencias que se os den, de cualquier parte que vengan; de lo contrario, hay que suponer que hay en vuestro espíritu algún orgullo oculto, alguna aversión y repugnancia de la naturaleza. Hijas mías, ¿por qué habéis de molestaros de que se os reprenda? San Pedro consideró oportuno que lo reprendiese san Pablo ⁵, aunque sabía muy bien que nuestro Señor lo había hecho jefe de su iglesia. Obrad de la misma manera; cuando una hermana acepte que la amonestéis, hacedlo con caridad. El obispo de Ginebra recomendaba a sus queridas hijas de la Visitación, no sólo que aceptasen las reprensiones, sino también que desmostrasen alegría por ser reprendidas. Va incluso más lejos, porque aconseja que, después de agradecer la advertencia, se acuse a la otra de una falta que no ha advertido; por ejemplo, una hermana es reprendida por haber cometido alguna irreverencia en la iglesia; que ella responda: «Hermana, se lo agradezco mucho; Dios ha permitido que conozca usted esta falta, pero s; hubiese visto mi interior, hubiera sido peor, por las divagaciones de mi espíritu». Os aseguro, hermanas mías, que si obráis así, avanzaréis mucho.

Hermanas mías, pido a nuestro Señor, autor de todas nuestras reglas, que os conceda la gracia de observar con toda exactitud esas reglas que su bondad ha querido daros para vuestra manera de vivir, para que permaneciendo en esta práctica como

5. Gál 2,11-14.

en un navío, podáis llegar con seguridad al cielo donde recibiréis el salario de vuestro trabajo. Y para eso ruego a Dios que os dé su santa bendición, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

22(22,IX,225-229)

CONFERENCIA DADA [ENTRE 1634 Y 1646] ¹

Sobre la reconciliación

...Procurad excusaros unas con otras: decid «Esta buena hermana me ha dicho esto; seguramente no se daba cuenta; ella ha sido la primera sorprendida»; y no: «Es una mujer de mal humor; no se puede estar con ella; me guardaré mucho de someterme nunca a ella; es una orgullosa». No, mis buenas hermanas, si no sois capaces de recibir un desaire, hay motivos para creer que vuestra acción no es por amor de Dios. Pensad más bien que esa persona, que os parece de genio difícil, quizás algún día esté muy por encima de vosotras en el cielo; que es imagen de Dios; y además, queridas hermanas, honrad la paciencia que el Hijo de Dios ha tenido con las criaturas, que están por debajo de él. ¿No es verdad, hijas mías, que habéis faltado muchas veces a esta paciencia mutuamente, y que con frecuencia, sin esta paciencia, os habéis enfadado?

Todas reconocieron esta falta y lo confesaron.

Pues bien, mis buenas hermanas, ¿me prometéis en el futuro, mediante la gracia de Dios, corregiros?

Todas dijeron que así lo deseaban.

La reconciliación que os habéis propuesto hacer después de haber tenido la desgracia de enfadaros mutuamente, hijas mías, es un gran medio para perfeccionaros. Es una cosa muy necesaria, y nuestro Señor nos la ordena cuando dice: «Que no se

Conferencia 22. — Arch. de las Hijas de la Caridad; el original es manuscrito de Luisa de Marillac. Falta el comienzo.

1. Fechas extremas de las conferencias escritas por Luisa de Marillac.

ponga el sol sobre vuestra ira»² y «Si vas a ofrecer un don al altar y allí te acuerdas que tienes alguna diferencia con tu prójimo vete primero a reconciliarte con tu prójimo antes de ofrecer tu don»³. Ved, pues, hijas mías, cómo Dios no puede ver con agrado lo que hacéis, si estáis mal con el prójimo. Por eso tan pronto os deis cuenta de que habéis enfadado a una de vuestras hermanas, poneos a sus pies y pedidle perdón diciendo: «Querida hermana, le ruego me perdone; me he dejado llevar por la pasión, y soy tan miserable que la he irritado». Yo así lo hago, mis queridas hermanas, no podría vivir si creyese haber disgustado a alguien sin haberme reconciliado con él.

Una hermana indicó al Padre Vicente que la reconciliación se hacía dos o tres veces por semana. El le respondió:

Muy bien, pero sería mejor hacerla nada más haber cometido la falta. ¿No os parece, mis queridas hermanas, que la unión es necesaria entre aquellas que procuran fomentarla entre las personas alejadas, y que las que tienen el honor de llevar el hermoso nombre de Hijas de la Caridad, que quiere decir hijas de Dios, Dios en ellas y ellas en Dios, no tienen que permitir que la discordia, que las separa de su centro, que es Dios reine entre ellas ni un momento?

Se preguntó al Padre Vicente qué es lo que había que hacer cuando una hermana no quiere humillarse ante otra hermana, sino que le responde con desprecio o no quiere escucharla. Respondió:

— Hijas mías, si así sucediese, lo que Dios no permita, entonces, hijas mías, que la que ha sido rechazada tenga compasión de su hermana, rece por ella, no tenga reparos y la abrace una vez más; porque fijaos, mis queridas hermanas, apenas la deje, seguramente se arrepentirá de su acto. Su falta es grande, mayor que la falta que se ha cometido contra ella; porque se aleja de Dios y aflige el corazón de su hermana. ¿Ha ocurrido esto, mis queridas hermanas?

2. Ef 4,26.

3. Mt 23-24.

Varias hermanas confesaron esta falta y prometieron no volver a caer más, con la gracia de Dios.

Y con los avisos de las faltas, mis queridas hermanas, ¿cómo os portáis? ¿no se hace algunas veces por pasión, por primeros impulsos y con cierta rudeza? Hermanas mías, hay que tener mucho cuidado, ya que nuestra intención, al avisar a nuestro prójimo, es que sea mejor. Avisamos por amor de Dios; no sería así si nos dejásemos llevar por la pasión. La corrección, mis queridas hermanas, no tiene que hacerse por cosas pequeñas, porque entonces habría que estar empezando de nuevo continuamente; y la paciencia que nos debemos mutuamente tiene que impedir el que nos fijemos en estas cosas. Avisad, no en presencia de otra, sino en particular, y decid por ejemplo: «Hermana, le ruego que no tome a mal que le avise por tal cosa. Yo soy todavía más miserable y me porto peor; por eso le suplico que tenga la caridad de avisarme cuando falte». Estos avisos tienen que hacerse de las faltas contra las reglas, cuando estas faltas vayan seguidas de mal ejemplo; y seréis fieles a ellas, ya que cada uno de nosotros está encargado de las almas de los demás ⁴, de forma que Dios nos pedirá cuenta. Esta práctica es la que ha hecho que la iglesia nombre un padrino y una madrina en el santo bautismo.

Uno de estos días he recibido mucha edificación. Vino un hombre a nuestra casa para pedirnos una misión en una aldea en donde tenía un ahijado, y me dijo: «Padre, se lo pido solamente por la salvación del alma de mi ahijado, esperando que por este medio Dios tocará su corazón y lo cambiará». ¿No es verdad, mis buenas hermanas, que habéis de aspirar a esta práctica tan importante para el progreso de vuestras almas?

Todas reconocieron esta verdad y confesaron que muchas habían reprendido más por impulso y hábito de querer corregir, que por puro amor de Dios, y resolvieron, mediante su gracia, tener cuidado de allí en adelante.

4 Eccl 17 12.

— Os suplico, mis queridísimas hermanas, por amor de Dios, que cuando queráis avisar a alguna compañera de alguna falta, encomendéis a Dios lo que vais a decirle y, si la cosa lo merece, hagáis oración sobre este tema. Y él bendecirá el aviso que deis de esta manera y vuestra hermana sacará provecho.

Otra cosa de gran importancia, mis buenas hermanas, es la manera con que las recién venidas tienen que portarse con las antiguas, y las antiguas con las nuevas. Es menester que las recién llegadas honren la infancia de nuestro Señor y respeten a las antiguas, como llamadas por Dios antes que ellas a su servicio y al servicio del prójimo, tener con ellas mucha deferencia y recibid humildemente sus advertencias. El Hijo de Dios, aunque más sabio en todas las cosas que san José y la Virgen, y aunque se le debía todo honor, no dejaba sin embargo de estar sujeto a ellos y de servir en la casa en los oficios más bajos, y se dice de él que crecía en edad y sabiduría ⁵. Hijas mías, este ejemplo tiene que ser un poderoso motivo para haceros mansas, humildes y sumisas, y para no murmurar cuando alguna hermana os avise de algún defecto.

23(23,IX,229-240)

CONFERENCIA DEL 22 DE ENERO DE 1646

Sobre la santa comunión

El primer punto es sobre las razones que tenemos para disponernos a hacer bien nuestras comuniones; el segundo, sobre los medios para prepararnos bien; y el tercero, sobre las señales que podemos tener para conocer si las hacemos bien.

Estaban reunidas no solamente las hermanas de la ciudad sino también siete u ocho de las aldeas, a las que la divina Pro-

5. Lc 2,52.

Conferencia 23. — Ms. SV 9, p. 75 v.º s. Sabemos por el manuscrito SV 8 que Luisa de Marillac escribió esta conferencia por su propia mano.

videncia parecía haber inspirado el pensamiento de venir, sin haber sido avisadas, para oír las caritativas advertencias de nuestro querido y buen padre sobre un tema tan importante.

Después de haber hecho la lectura de estos puntos, su caridad, dirigiéndose a una hermana le dijo:

— Hermana, díganos qué ha pensado sobre el primer punto. ¿Por qué razones tenéis que prepararos para hacer bien vuestras comuniones?

Aquella buena hermana, que no era de las más inteligentes, contestó que era un gran bien comulgar debidamente y que podíamos conocer que hemos comulgado bien cuando nos sentíamos satisfechas.

Y nuestro queridísimo Padre, que con su caridad habitual no quería confundir a nadie, añadió:

— Ved, hermanas mías, nuestra hermana quiere decir cómo cuando hemos comulgado y nuestra conciencia no nos reprocha ningún apego al pecado y ningún deseo de ocultarlo en la confesión, es una señal de que nuestra comunión ha sido bien hecha. Hermanas mías, esto puede ser una buena señal; pero no siempre es segura, ya que hay almas endurecidas en el pecado que no sienten nunca remordimientos. ¡Dios os guarde de esta desgracia! Si así sucediese, mis queridas hermanas, ¿qué habría que hacer? Habría que tener gran sentimiento de ello, tomar la resolución de reparar esta falta y prepararse bien para la comunión siguiente.

— ¿Y usted, hermana, díganos por favor por qué razones tenemos que prepararnos bien a la santa comunión?

— Padre, me parece que, además de que cometemos un sacrilegio al comulgar mal, recibimos a nuestro Señor para nuestra condenación. Una de las señales de que no hemos comulgado bien es que no nos corregimos de nuestras imperfecciones. Un medio para comulgar bien, es ser muy fieles en prepararnos bien por medio de una buena confesión.

— ¿Y usted, hermana? Díganos sus pensamientos sobre el tema de esta conferencia.

— Padre, me parece que es de gran importancia comulgar bien, pues se puede cometer un gran sacrilegio y que comulgando mal se añade un nuevo pecado a los que ya se tenían.

— ¿Y qué medios hay que utilizar, hermana mía, para hacer una buena comunión?

— Me parece, Padre, que el principal medio es hacer una confesión íntegra y tener un gran deseo de la santa comunión.

Otra hermana dijo:

— Padre, tenemos varias razones para desear vivamente comulgar con la mayor dignidad posible. La primera es la excelencia de este misterio que, comprendido solamente en la forma en que podemos hacerlo, merecería que empleásemos todos nuestros pensamientos en desearlo, que hiciésemos que todas nuestras acciones sirvieran de preparación y de disposición para comulgar bien. Otra razón es el bien que recibimos de una comunión bien hecha, que es tan grande, que nos puede hacer una misma cosa con Dios. Una razón muy cordial es el deseo que nuestro Señor nos ha demostrado tener de que lo recibamos dignamente, cuando, por su gran amor, instituyó este grandísimo sacramento, por el que sea siempre bendito, y quiso que la santa Iglesia nos obligase bajo pena de pecado mortal.

Una de las señales para conocer que nuestras comuniones están hechas según el plan de Dios, es cuando se realiza verdaderamente la unión de nuestra alma con nuestro Señor; lo cual nos hace en cierto modo semejantes a él por la práctica de las virtudes de las que nos dio ejemplo en la tierra, corrigiéndonos de nuestros defectos. Así como también hemos de temer que nuestras comuniones estén mal hechas cuando seguimos, por una negligencia voluntaria, en nuestras malas costumbres e inclinaciones. Si fuésemos tan desgraciadas que esas costumbres nos llevasen al pecado mortal, sería una gran señal de que habríamos comulgado mal y para nuestra condenación. Y si una alma buena llegara a darse cuenta o a dudar de que no ha hecho una buena comunión, tendría un poco de sindéresis, y se diría a sí misma: «¡Qué miserable! ¡tú has sido tan temeraria que te has acercado a tu Señor con tal pecado!». Y después de

haberse arrepentido, prometería a Dios prepararse mejor en el futuro. Pero, si fuese un alma mala, un alma endurecida, no tendría ninguna de esas amonestaciones interiores, se endurecería más todavía y llegaría hasta tal punto que iría haciendo una comunión tras otra sin ningún provecho. El alma estaría en un estado muy pobre. Hermanas mías, tengamos miedo de esta disposición, de la que Dios nos guarde por su divina misericordia.

Para preservarnos de caer en este crimen, he pensado que sería conveniente excitar en mi un gran deseo de la santa comunión, obrar de tal manera que este deseo fuese siempre como un deseo nuevo, semejante al que tendría si no hubiese comulgado desde hacía mucho tiempo, y no tener en este deseo más finalidad que la unión con nuestro Señor.

Otro medio es disponerme a hacer una buena confesión; humilde, íntegra y llena de confianza, con aplicación a la gracia que recibimos de Jesús crucificado. Además, agradecer mucho la gracia amorosa que Dios nuestro Señor nos ha concedido, al demostrarnos que tenía muchos deseos de entregarse a nosotros en este grandísimo sacramento.

— ¡Bendito sea Dios, hermana mía, por los pensamientos que le ha dado! Nuestra hermana ha dicho que, cuando sentimos paz y satisfacción en nuestra conciencia, es una señal de que hemos hecho una buena comunión. Yo os diré, hijas mías, que es verdad, pero que no es ésta la única señal y que hay otras. Os diré también que esta señal no siempre es infalible, ya que hay almas tan endurecidas en el pecado que no les impresiona nada, y otras tan necias que no tienen ningún sentimiento de temor ni de amor. Para comprender esta verdad, pensad en santa Catalina, que tenía mucho amor a Dios y que se esforzaba mucho en su perfección. Cuando recibía la santa Comunión, se veía atormentada por tan enormes pensamientos que tenía miedo de estar abandonada de Dios. En los momentos en que Dios nuestro Señor se comunicaba con ella diariamente, ella le hablaba con toda cordialidad. Un día, como se quejase ante él de aquellas horribles representaciones, él le aseguró que, durante sus tormentos más fuertes, él estaba en medio de su corazón. Así su-

cede, mis queridas hermanas, con ciertas almas a las que Dios se complace en ejercitar de esta manera. He conocido a una persona de gran virtud tan atormentada por estas penas tan molestas durante la santa comunión, que me causaba gran piedad. Nunca, fuera de allí, tenía ningún pensamiento de esta clase; eran pensamientos tan horribles que no me atrevería a decíroslos.

Hijas mías, puesto que Dios se complace en probar a los suyos, no penséis, cuando os sintáis probadas de esta manera, que vuestra comunión no ha sido bien hecha. Sin embargo, hay que poner todos los medios para permanecer tranquilas y para tener el espíritu en calma durante la santa comunión.

Nuestra hermana ha añadido acertadamente que comulgar sin una debida preparación es ponerse en peligro de cometer un sacrilegio, que comulgar así es comulgar con su condenación. Otra ha dicho: «Si me acerco a la comunión indignamente, cometo un gran pecado»; y una tercera: es «arrastrar piedras preciosas por el barro».

Todo esto es verdad, hijas mías, ¡qué injuria se haría a Jesucristo! ¡qué desgracia para una persona comulgar indignamente! Hijas mías, ¡que Dios os guarde! ¡que Dios os guarde! Qué pecado!

Es verdad, mis queridas hermanas, que comulgar sin estar bien preparados nos pone en peligro de cometer un sacrilegio; pero ¿sabéis qué es cometer un sacrilegio? Es querer unir una cosa profana con otra sagrada. Mis queridas hermanas, ¡qué desgracia! ¡que Dios os guarde! Es quitar a Dios de nuestro corazón, para entregarlo a la criatura. Es como si quisieseis tirar por el suelo un precioso tesoro. Hijas mías, tengamos mucho cuidado en lo que vamos a hacer cuando queremos comulgar; porque un sacrilegio es un pecado mortal.

¿Y qué pensáis de lo que nos ha dicho nuestra hermana cuando nos declaró que, al comulgar sin estar bien preparados, nuestras comuniones son para nuestra condenación? No es ella quien nos lo ha dicho, hijas mías, sino que lo ha dicho san Pablo en aquellas palabras en que nos manda que nos probemos

a nosotros mismos antes de querer comer este pan ¹. ¿Y qué creéis vosotras que es esta prueba, sino una debida preparación? De lo contrario, lo dice también claramente san Pablo, lo recibiríamos para nuestra condenación. Hijas mías, ¡qué desgracia! Ved lo que pasó a Judas. Comulgó sin esta preparación, porque tenía la intención de traicionar a nuestro Señor, ¿y qué le sucedió? Algo terrible hijas mías. El diablo se le metió en el cuerpo. Os digo esto para que aprendáis a aprovecharos de ¹³ sagrada Comunión. Tengamos mucho cuidado, mis queridas hijas, vosotras y yo, miserable como soy, para que no nos acontezca esta desgracia de comulgar indignamente.

¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Fijaos bien, es muy necesario que os esforcéis muy atentamente en el tema que se os da para las conferencias, a fin de sacar utilidad de ellas. La última a la que asistí me dio un gran consuelo. Cada una exponía ingenuamente sus pensamientos, y me parecía que eran como chispas que encendían un gran fuego; que eran una vela que encendía a las demás. Hijas mías, ¡cuán útil os resultará esto, si lo hacéis bien!

Para facilitar y aliviar vuestra memoria, de ahora en adelante sólo será necesario tener dos puntos; primero, sobre los motivos y razones que tenemos para hacer o no hacer una cosa, esto es, por qué hacer una cosa o no hacerla, tal como se nos indica; y el otro, sobre los medios para hacer bien lo que se nos propone. Será necesario, hijas mías, cuando sepáis cuáles son los puntos, que delante de Dios os digáis a vosotras mismas: «He aquí que me proponen hacer esto. Si lo hago, ¿qué bien alcanzaré? Si no lo hago, ¿qué mal me sucederá?» De esta forma, hermanas mías, encontraréis fácilmente algunas razones; y después de haberlas considerado bien por vosotras mismas, con la gracia de Dios, sentiréis más deseos y ganas de cumplir la cosa propuesta. Os suplico, hermanas mías, en nombre de nuestro Señor, que pongáis atención en esto. ¡Bendito sea Dios, hermanas mías!

1. 1 Cor 11,28.

Se me han ocurrido varias razones sobre el tema, y me he detenido especialmente en dos. La primera es la que ya os he dicho, que si comulgamos mal, recibimos nuestra condenación. Hijas mías, ¡cuánto tenemos que temer este peligro! Al pasar por el patio de San Lázaro para venir aquí, me han dicho que la justicia se había reunido para condenar a un hombre. Esto me impresionó sensiblemente; sin embargo, ¿qué es la condenación temporal comparada con la espiritual? El estado de ese pobre preso me parecía deplorable, porque estaba esperando un juicio de condenación. De la misma manera hay también una condenación que se ejecuta delante de Dios por una comunión indigna.

¿Cuál creéis que es, hijas mías, al acercarse a la santa comunión, el estado de un alma que no está bien preparada? Si pudiese darse cuenta, ¡cuán tremendo sería su pánico! Sin embargo, no hay nada tan real como un juicio de condenación, o más bien, es la condenación misma la que se ejecuta, porque, en vez de estar unida con el autor de la vida al comer este pan divino, se aparta de él por las malas disposiciones que trae para recibirlo.

La segunda razón, hijas mías, es que no solamente se trata de una condenación, sino de una verdadera muerte para el alma; de un alma que no recibe dignamente a nuestro Señor podemos decir: «Esta alma está muerta», porque carece de la vida de la gracia; y sigue estando muerta mientras permanece en ese estado. Por el contrario, el alma que comulga con la debida preparación, recibe al mismo tiempo esa gracia y la fuente de toda gracia.

No solamente, hijas mías, entra la muerte en el alma de los que comulgan mal, sino que a veces acontece también la muerte temporal. ¿Cuántas personas creéis vosotras que han visto abreviarse sus días sobre la tierra quizás como castigo de este gran mal, y quizás también para impedirles que sigan deshonrando a Dios por el uso que hacen de la santa Comunión? Hijas mías, Dios es justo ¡y cuántas aflicciones, cuántas enfermedades!

¿Quién sabe si no son el castigo de tales crímenes? Aunque no tengamos que juzgar a nadie, esto puede acontecer.

Uno de los bienes que se obtienen como consecuencia de una comunión bien hecha es, hijas mías, que nos convertimos en una misma cosa con Dios. ¡Oh! ¡que una pobre hija de la Caridad, que antes de la comunión era lo que es, esto es, muy poquita cosa, se convierta en una misma cosa con Dios! Hijas mías, ¿quién querría prescindir de este gran bien? ¡Qué gracia tan maravillosa! ¿Qué creéis que es esto, hijas mías, si no la arras de una eternidad bienaventurada? ¿Podríamos imaginarnos, mis queridas hermanas, algo más grande? No, no puede ser que una pobre y desdichada criatura sea una cosa con un Dios. ¡Que él sea bendito para siempre! Paso por alto este punto, en el que no me detendré más, para deciros, hijas mías, que una de las señales de una comunión bien hecha, es la paz y la tranquilidad del corazón. En la persona que ha comulgado de esta forma, esta paz procede de que ha hecho lo que ha podido, sin que su conciencia se lo reproche.

Hijas mías, es verdad que se trata de una señal casi siempre infalible y segura. Hijas mías, ¿cómo el alma en gracia, unida a Dios en este santo sacramento, no iba a poseer una paz verdadera, si es ésta muchas veces una de las principales gracias que concedía nuestro Señor mientras estaba en la tierra?

Quizás alguna de vosotras digan: «Pero, Padre, ¿todas las que comulgan bien consiguen siempre esta paz?». Ni mucho menos, hijas mías. Ya os he dicho que algunas veces, en vez de esta paz, el alma permanece abatida y sin ningún sentimiento. Esto sucede cuando Dios quiere probar algunas almas, entre aquellas que quiere mucho, como ya os he dicho a propósito de santa Catalina y de aquella otra que jamás se veía asaltada por los malos pensamientos más que durante la sagrada comunión.

Una señal casi infalible, hijas mías, de una mala comunión, es cuando no se ve ninguna enmienda, cuando la persona que ha comulgado permanece siempre apegada a sus malas costumbres, se deja llevar por sus pequeñas mentiras, por sus desobediencias y caprichos, por sus perezas, se pone a discutir con la

almohada si tiene que levantarse para ir a la oración, y otras muchas debilidades, que infaliblemente indican que nuestras preparaciones para la santa comunión no son las que san Pablo deseaba y las que declaraba necesarias para comulgar para nuestra salvación ², Tened cuidado, hermanas mías, porque la divina Providencia os da estas advertencias para que os sirvan en el futuro y también a mi. ¡Cuántos motivos tengo para temer yo, que soy tan miserable!

Otra señal infalible de una comunión bien hecha es, hijas mías, cuando vemos lo contrario de lo que os acabo de decir: cuando nos esforzamos valientemente en hacernos semejantes a Jesucristo en nuestro trato y en nuestras costumbres, cuando nos inclinamos fácilmente a la obediencia, cuando rompemos con nuestros apegos particulares, cuando nos resultan indiferentes todos los lugares a donde nos llama la obediencia, cuando solamente vemos el cumplimiento de la voluntad de Dios en todo lo que le gusta a él que hagan con nosotros, bien sea que nos envíen a los pueblos, o que nos pongan en una parroquia, o que nos dejen en la Casa. Entonces, mis queridas hijas, podemos decir que realmente un alma ha hecho todo lo posible para disponerse a la recepción del Santísimo Sacramento. En nombre de Dios, hijas mías, pensad seriamente en ello y creed que la cosa más importante que tenéis que hacer en toda vuestra vida es prepararos bien a la santa comunión. De aquí depende vuestra perfección y vuestra salvación.

Bien, queridas hermanas, se está haciendo tarde: concluiremos todo lo que acabamos de decir diciendo que son bienaventuradas las almas que hacen todo lo posible para ponerse en situación de poder hacer siempre buenas comuniones. Dios mira siempre con cariño a estas almas; nunca jamás se verán lejos de su santa presencia.

Pero, hijas mías, una de las razones que se me ocurren y que creo de las más importantes por lo que se refiere a vuestra

2. 1 Cor 11,26-32.

vocación, es que estáis destinadas por Dios para disponer a las almas a bien morir. ¿Creéis, hijas mías, que Dios espera de vosotras solamente que les llevéis a sus pobres un trozo de pan, un poco de carne y de sopa y algunos remedios? Ni mucho menos, no ha sido ese su designio al escogeros para el servicio que le rendís en la persona de los pobres; él espera de vosotras que miréis por sus necesidades espirituales, tanto como por las corporales, Necesitan el maná espiritual, necesitan el espíritu de Dios; ¿y dónde lo tomaréis vosotras para comunicárselo a ellos? Hijas mías, en la santa comunión; los grandes y los pequeños, hijas mías, tienen necesidad de ello. Por eso es preciso que tengáis un cuidado especial en prepararos a recibir abundantemente este divino espíritu.

Hijas mías, os he hablado varias veces, pero nunca de cosas tan importantes. Tened mucho cuidado, por favor, y considerad la grandeza del plan de Dios sobre vosotras. El quiere que vosotras, pobres mujeres, sin capacidad ni estudios, cooperéis con él para comunicar su espíritu. Hijas mías, no descuidéis esta gracia, por favor. Pero acerquémonos a este fuego para vernos invadidos primeramente nosotros, y luego, por nuestra caridad y buen ejemplo, atraer a él a los demás. Sabed, hijas mías, que la virtud capital de las Hijas de la Caridad es comulgar bien; y acordaos de que la principal preparación consiste en confesaros y en desprenderos de las malas costumbres y de todos los apegos, tanto de parientes y amigos, como de los lugares a donde os podría llevar vuestra inclinación.

Quiera Dios que, si hasta el presente hemos tenido estos defectos, quiera, repito, su divina misericordia y su divina bondad concedernos esta gracia, a vosotras y a mi, queridas hermanas, de que nos preparemos bien en el futuro. Eso es lo que os recomiendo; y como no somos dignos de alcanzar esta gracia, suplico a la santísima Virgen, por el amor que tiene a su Hijo, que nos la alcance en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

Benedictio Dei Patris...

El Padre Vicente, habiéndose tomado la molestia de venir a darnos esta conferencia, preguntó cuál era el tema, y tras haberlo oído, preguntó a una hermana sobre él. Después, quiso informarse por extenso del peligro del que se había visto libre por una gran gracia de Dios, una de las hermanas hacía tres o cuatro días.

Hija mía, le dijo, ¿qué es lo que pasó? I le oído hablar de una casa derrumbada. ¿En qué barrio ha sido?, ¿estabais dentro o fuera?, ¿qué día fue?

La hermana respondió que, el último sábado de carnaval ¹, al ir a llevar el puchero a uno de los pobres, cuando subía, un pobre aguador que iba delante de ella, exclamó: «Estamos perdidos». Estaba ella entre el primero y segundo piso; y apenas dijo aquel pobre hombre estas palabras, la casa empezó a derrumbarse; y nuestra pobre hermana, muy asustada, se acurrucó en el rincón de un rellano. Los vecinos, llenos de miedo, corrieron, inmediatamente a buscar el santo sacramento y la extremaunción, para administrarla a los que fueran capaces de ella. Pero más de treinta y cinco o cuarenta personas se vieron desgraciadamente aplastadas por las ruinas de la casa, y solamente hubo un niño de diez u once años que pudo salvarse.

Los espectadores, al ver a nuestra pobre hermana en un peligro que parecía inevitable, la invitaron a que se echase entre sus brazos. Se pusieron diez o doce para socorrerla. Ella les tendió el puchero, que colgaron de un gancho en el extremo de una vara; luego se arrojó sobre los mantos que habían extendido fiándose de la providencia de Dios. Sin poder decir cómo había sucedido se encontró, por una especial providencia

Conferencia 24. — Ms. SV 9, f.º 81 v.º s.

1. 10 de febrero de 1646.

de Dios, fuera de peligro, y llena de temblor se fue a servir a los enfermos que le quedaban.

El Padre Vicente, después de haber escuchado atentamente todo lo sucedido, lamentó el estado de los que habían perecido entre los escombros de la casa y observó que el miedo de nuestra hermana había sido legítimo al verse amenazada de tal manera, y exclamó con las manos elevadas al cielo:

¡Dios mío! Si la caída de una casa es tan terrible, ¿qué será, hijas mías, el día del juicio, cuando veamos a una cantidad innumerable de almas precipitarse miserablemente al infierno por toda la eternidad? ¡Dios mío! ¿qué será aquello? ¡Bendito sea Dios, hijas mías!

Luego preguntó los sentimientos de varias hermanas sobre el tema de la conferencia, y, habiéndolas escuchado a todas con una paciencia admirable, reanudó su plática poco más o menos en estos términos

— Doy gracias a Dios, hijas mías, por los pensamientos que os ha dado.. Los que yo he tenido ya han sido dichos, y estoy infinitamente consolado por lo que Dios os ha inspirado; ¿qué más queda por decir fuera de lo que ya se ha dicho? Sí, hijas mías, ya habéis dicho vosotras todo lo que yo podía deciros. ¡Bendito sea Dios!

Pero lo que me impresiona sensiblemente y lo que tiene que conmoveros poderosamente para que apreciéis el servicio de los pobres, es lo que ha dicho una de vosotras: que Dios, desde toda la eternidad, os había escogido y elegido para esto. ¡Dios mío! ¡cómo nos tiene que impresionar esto! Sí, es verdad, Dios desde toda la eternidad tenía sus pensamientos y sus designios sobre vosotras y en vosotras, y desde toda la eternidad estabais en la idea de Dios para el estado en que estáis actualmente; porque, hijas mías, no solamente todo lo que ha sucedido y sucede ahora, sino todo lo que suceda en el futuro, está presente ante Dios, y millones de años son delante de él todavía menos que un día. ¡Qué verdad es que desde toda la eternidad tenía Dios el designio de utilizaros en servicio de los pobres! qué felicidad, hijas mías, y cómo la consideración de esta mi-

sión eterna de Dios sobre vosotras tiene que ayudaros a que sepáis agradecerle la elección que de vosotras ha hecho! ¡Pensad mucho en ello!

Os he dicho muchas veces, hijas mías, que tenéis que estar muy seguras de que es Dios el que os ha fundado, porque os puedo decir delante de él que yo nunca había pensado en ello, y que tampoco creo que lo pensase la señorita Le Gras. Ya os he dicho cómo sucedió esto. Pero, como muchas de las que están aquí presentes no estaban entonces, os lo volveré a decir una vez más, para señalaros la actuación de Dios en vuestra fundación.

Sabed, pues, que estando cerca de Lyon en una pequeña ciudad en donde la Providencia me había llevado para ser párroco, un domingo, como me estuviese preparando para celebrar la santa misa, vinieron a decirme que en una casa separada de las demás, a un cuarto de hora de allí, estaba todo el mundo enfermo, sin que quedase ni una sola persona para asistir a las otras, y todas en una necesidad que es imposible expresar. Esto me tocó sensiblemente el corazón; no dejé de decirlo en el sermón con gran sentimiento, y Dios, tocando el corazón de los que me escuchaban, hizo que se sintieran todos movidos de compasión por aquellos pobres afligidos.

Después de comer se celebró una reunión en casa de una buena señora de la ciudad, para ver qué socorros se les podría dar, y cada uno se mostró dispuesto a ir a verlos, consolarlos con sus palabras y ayudarles en lo que pudieran. Después de vísperas, tomé a un hombre honrado, vecino de aquella ciudad, y fuimos juntos hasta allá. Nos encontramos por el camino con algunas mujeres que iban por delante de nosotros, y un poco más adelante, con otras que volvían. Y como era en verano y durante los grandes calores, aquellas buenas mujeres se sentaban al lado del camino para descansar y refrescarse. Finalmente, hijas mías, había tantas, que se podría haber dicho que se trataba de una procesión.

Apenas llegué, visité a los enfermos y fui a buscar el Santísimo Sacramento para los que estaban más graves, no a la

parroquia del lugar, porque no había ninguna, sino que dependía de un cabildo del que yo era prior. Así pues, después de haberlos confesado y dado la comunión, hubo que pensar en la manera de atender a sus necesidades. Les propuse a todas aquellas buenas personas, a las que la caridad había animado a acudir allá, que se pusiesen de acuerdo, cada una un día determinado, para hacerles la comida, no solamente a aquellos, sino a todos los que viniesen luego; fue aquel el primer lugar en donde se estableció la Caridad.

Pues bien, ya veis, hijas mías, cómo no es obra de los hombres y como es evidentemente obra de Dios; porque ¿fueron los hombres los que hicieron enfermar a aquellas personas?, ¿fueron los hombres los que pusieron fuego en el corazón de tantas personas que se dirigieron allá en gran número para ir a socorrerlos? ¿fueron los hombres los que pusieron en los corazones el deseo de prestarles una continua asistencia, no solamente a aquellos sino a los que viniesen después? No, hijas mías, no fue obra de los hombres, está claro que Dios actuaba allí con su poder, porque los hombres no podían hacerlo. No, los hombres no podían hacer nada de esto.

Yo fui llamado para acudir allá; y después de algún tiempo, al ir a una misión en Villepreux, que es una aldea a cinco o seis leguas de París, tuvimos la ocasión de establecer allí la Caridad; era la segunda. Luego pudimos establecerla en París, y San Salvador fue la primera parroquia que la tuvo; siguieron luego todas las principales parroquias. Pero, como hay gran número de enfermos en París, estaban mal servidos, porque las damas no podían sujetarse a ellos: la esposa por causa de su marido y de su casa, la hija por causa de su Padre y de su madre. En fin, que aquello no iba bien, porque Dios quería que hubiese una Compañía de hermanas que se dedicase expresamente a servir a los enfermos bajo aquellas damas.

La primera de esas hermanas fue una pobre aldeana; es preciso que os lo diga, hijas mías, para mostraros la Providencia de Dios, que quiso que vuestra Compañía se compusiese de her-

manas pobres, o por nacimiento, o por la elección que harían de la pobreza; sí, hijas mías, hablo de hermanas pobres, porque es preciso que lo seáis efectivamente.

Aquella pobre hermana se había entregado a Dios para instruir en su conocimiento a los niños de su aldea, y a pesar de guardar vacas, aprendió a leer ella casi sola, porque ninguno se lo había enseñado. Detenía a los que pasaban por su lado y les preguntaba: «Señor, dígame por favor, lo que son estas letras; qué es lo que quiere decir esta palabra»; y de esta forma iba aprendiendo para enseñar luego a los demás.

Cuando ella supo algunas cosas, enseñó a sus compañeras. Fuimos a celebrar una misión en aquel lugar, y Dios demostró en seguida que aquello no le desagradaba. Aquella buena mujer, al oír que atendían a los enfermos en París, tuvo deseos de ir a servirles. Hicimos que viniese, y la pusimos bajo la dirección de la señorita Le Gras y al servicio de los pobres enfermos de Saint-Nicolas-du-Chardonnet; después de algún tiempo fue atacada por la peste y murió en San Luis ². En su lugar se puso a la que servía a los enfermos de San Salvador.

He aquí, hijas mías, cuál fue el comienzo de vuestra Compañía; como entonces no era lo que es actualmente, hemos de creer que tampoco es ahora lo que será luego, cuando Dios la haya situado en el puesto en que la quiera; porque, hijas mías, no es preciso que creáis que las comunidades se hacen de un solo golpe. San Benito, san Agustín, santo Domingo y todos los grandes siervos de Dios, cuyas órdenes son tan florecientes, no pensaban ni mucho menos en hacer lo que hicieron. Pero Dios actuó por medio de ellos.

Las obras de las que no se pueden indicar los obreros, salen, según se dice, de las manos de Dios. Vuestra institución no es obra de los hombres; por tanto, podéis decir con seguridad que es de Dios; y ciertamente, una Compañía ordenada para una misión tan agradable a Dios, tan excelente en sí misma y tan útil para el prójimo, no puede tener por autor más que al pro-

2. Cfr. nota 2 de la *Conferencia*]2 (julio de 1642).

pio Dios. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de semejante obra antes de hoy? Había ciertamente varias órdenes religiosas. Se habían fundado hospitales para la asistencia de los enfermos; algunos religiosos se habían consagrado a su servicio; pero hasta ahora no se había visto nunca que se cuidase a los enfermos en sus casas. Si en una pobre familia caía algún enfermo, era preciso separar al marido de su mujer, a la mujer de sus hijos, al Padre de su familia. Hasta el presente, Dios mío, no habías establecido ninguna orden para socorrerlos; y parecía como si tu Providencia adorable, que a nadie falta, no se hubiese cuidado de ellos.

¿Y por qué creéis, hijas mías, que Dios estuvo aguardando tanto tiempo para suscitar esta ayuda? ¡Es que os lo estaba reservando a vosotras! Sí, vosotras estabais reservadas por Dios desde toda la eternidad, como muy bien ha señalado una hermana, para ser las primeras. ¡Qué ventaja!; porque las que entran en una Orden en los sesenta a cien primeros años, esto es, en el primer siglo, que es el siglo de oro, esas se llaman las primeras; y por tanto, vosotras sois las primeras. Os ruego, hijas mías, que atendáis mucho a lo que esto os obliga.

Si no fuese Dios, hijas mías, el que realiza lo que se ve en vuestra vocación, ¿podría suceder que una mujer abandonase su país, sus padres, y los placeres del matrimonio, si podemos decir que los tiene, sus pequeñas comodidades, las diversiones que se tienen con las amigas, para venir a un lugar que nunca había visto, con otras mujeres de países lejanos, para entregarse en medio de una pobreza voluntaria al servicio de los condenados, de los niños abandonados por sus parientes, de los pobres enfermos que se pudren en la suciedad y de todos aquellos que viven incluso en los calabozos? No, hijas mías; sólo Dios puede hacer esto. El ha querido que una fuese de Lorena, la otra de Sedan, la otra de Angers, y las otras de otros lugares; por eso se ha dicho: «Os llamaré de todas las naciones de la tierra»³. Por consiguiente, él es el que ha querido esta Compañía de her-

3. Jer 29,14.

manas de diferentes países para que todas ellas no fuesen más que un solo corazón. ¡Sea para siempre bendito su santo y adorado nombre!

Otra razón es la protección especialísima que Dios tiene de vosotras. ¿No es admirable, hijas mías? Tenéis un ejemplo muy reciente en la persona de vuestra buena hermana. ¿No os hace todo esto ver que Dios acepta con muy especial agrado el servicio que le rendís en la persona de los pobres? Se derrumba una casa nueva; cuarenta personas se ven aplastadas bajo sus ruinas. Esta pobre hermana, que tiene en la mano su puchero, está en un rellano de la escalera que la Providencia conserva expresamente para sostenerla, y sale de este peligro sana y salva. Allí están los ángeles, hemos de creerlo; porque ¿creéis acaso que fueron los hombres? Ellos le tendieron la mano, pero eran los ángeles los que la sostenían ⁴. ¿Creéis, hijas mías, que Dios permitió sin un designio especial que cayese esa casa nueva? ¿Creéis que fue una casualidad que se derrumbase precisamente en el momento en que nuestra hermana estaba allí; y creéis también que fue una casualidad que ella escapase sin mal alguno? ¡Ni mucho menos, hijas mías! Todo esto es milagroso. Dios había ordenado todo esto para hacer conocer a vuestra Compañía el cuidado que de ella tiene.

No es solamente a nuestra hermana a la que se concede una gracia tan señalada, sino a todas vosotras; ha sido para confirmaros a todas vosotras en la confianza que habéis de tener de que vuestros servicios agradan a Dios; ha sido para haceros ver a todas que le sois tan queridas como la niña de sus ojos; ha sido para obligaros a tener una confianza segura en su Providencia, que no os abandonará jamás; no, hijas mías, estad seguras, este ejemplo es una señal indudable. Dios os conservará en cualquier sitio adonde vayáis. Veréis muchas veces como la cólera de Dios castiga con una muerte repentina y violenta a una muchedumbre de pecadores, sin que tengan ocasión de convertirse a él; veréis incluso que perecen muchos inocentes. Y

4. Sal 90,11-12.

vosotras os salvaréis. Sí, Dios cuida de vosotras y se interesa por vuestra conservación.

¿No creéis que fue también una buena prueba este piso que se cayó hace cerca de un año? ⁵. Es una prueba muy segura. Es maravilloso que se haya roto una viga en un lugar como este, y que no haya caído nadie debajo de ella. La señorita Le Gras estaba allí; una hermana la oyó crujir y le dijo que no estaba allí muy segura. No hizo caso. Se lo repitió otra hermana mayor. Tuvo consideración de su edad y se retiró. Apenas se había retirado a la habitación de al lado (fijaos, hermanas mías, no hay más que tres pasos), cuando la viga se rompió y cayó el piso.

Ved si acaso se hizo esto sin una intervención especial de Dios. Aquella misma tarde yo tenía que estar aquí; teníamos que reunirnos para algunos asuntos importantes. En medio del ruido que hay en una reunión, nadie se hubiera dado cuenta de que esta viga crujía. No habría estado allí aquella hermana, porque las hermanas no están en esas reuniones, y todos nos hubiésemos visto aplastados en aquel sitio; y Dios hizo que surgiese otro asunto que me detuvo y que impidió acudir allá a todas las damas.

Todo esto no se hace por casualidad, hijas mías; hay que guardarse de creerlo así. Un hombre, para huir de la predicción que se le había hecho de que caería una casa sobre su cabeza, se fue al campo. Una tortuga que llevaba un águila le cayó sobre la cabeza y le mató. Ved, hijas mías, cómo en ninguna parte se puede estar seguros. ¡Y en unas casas que se derrumban, vosotras os salváis! Tenéis que dar todas juntas muchas gracias a Dios por esta prueba especial de su Providencia que nos ha dado una vez más en la persona de vuestra hermana. Sí, hijas mías, tenéis que hacerlo, y os ruego que os preocupéis de hacerlo. Que vuestra próxima comunión sea, por tanto, por esta intención. Cuando lo supe, celebré la misa para dar

5. Otros documentos (cfr. tomo II de la *Correspondencia*, carta del nota 1) invitan a colocar más bien este accidente en 1642. Quizás el copista leyó mal el original en este pasaje.

gracias a Dios; y actualmente, que lo sé con más detalle todavía, volveré a celebrarla, si Dios quiere. ¡Sea por siempre bendito su santo nombre!

He aquí pues, mis queridas hijas, unas cuantas razones muy poderosas para incitaros a estimar vuestra vocación y a aceptarla con agrado, puesto que así lo quiere Dios y así son socorridos los prójimos; y todo ello sin miedo alguno, puesto que Dios mismo cuida de vosotras.

Un medio para hacerlo como Dios quiere, es hacerlo con caridad, hijas mías. ¡La caridad hará excelente vuestro servicio! Pero, ¿sabéis lo que es hacerlo con caridad? Es hacerlo en Dios, porque Dios es caridad ⁶, es hacerlo puramente por Dios; es hacerlo en gracia de Dios, porque el pecado nos separa de la caridad de Dios. Yo os he dicho otras veces que no seréis verdaderas Hijas de la Caridad mientras no hayáis purificado todos vuestros motivos, mientras no hayáis arrancado todas las raíces de vuestras costumbres viciosas, mientras no os hayáis separado de vuestros apegos particulares. Lo digo una vez más, hijas mías, y esto es tan necesario que, si no lo hacéis, no estáis en estado de comulgar; ni mucho menos, hijas mías, no lo estáis porque a nadie se le permite acercarse a la sagrada comunión con algún afecto al pecado, aunque sea simplemente venial. ¿Qué sucedería pues, hijas mías, a una hija de la Caridad que se acercase a comulgar, no digo ya con algún afecto al pecado mortal (¡Dios nos guarde! ¡qué gran sacrilegio sería esto!), sino con algún afecto al pecado venial? Pues bien, esto es no querer corregirse. Por ejemplo, una hermana tiene algún apego a otra hermana; busca su compañía, le habla al oído, le comunica sus descontentos, le cuenta las mortificaciones que ha tenido que sufrir. Este apego es vicioso y, por lo menos, pecado venial. Una hermana que se sintiese con este apego y que comulgase sin proponerse romper con él, comulgaría con afecto al pecado, y en buena conciencia no debe hacerlo hasta que no se haya resuelto a romper con él. Ya os he dicho que, apenas os sintáis apegadas a

6. 1 Jn 4,16.

alguien, tenéis que avisar de ello a vuestro superior director.

Otra hermana servirá a los enfermos de una parroquia; sentirá apego a una dama, a una oficial, a un confesor; pues bien, tiene que dar aviso enseguida y aplastar la cabeza de esta serpiente, mientras está todavía naciendo; porque, si no lo hace, servirá a la parroquia, pero no a los pobres; lo hará por la satisfacción que siente, y no por el motivo por el que tiene que hacerlo. ¡Guardémonos mucho de estas infidelidades, hijas mías, en nombre de Dios! Esto nos aparta de los altares. Cuando una hermana vea que siente apego a un lugar o a una dama o confesor, que lo diga cuanto antes. Dios mío, ¡si es tan fácil! Si tiene deseos de progresar, lo hará. Hacedlo, pues, hijas mías, cuando esto os pase, para que se os pueda enviar a otra parte, donde sirváis a Dios por él mismo, sin ningún compromiso ni apego para con nadie.

Otra hermana tendrá quizás antipatía contra alguna compañera. Le disgustará todo lo que hace; si se le habla de ella, tragará con dificultad la estima que de ella se tiene; si esa hermana le dice algo, no lo verá bien; y, al no corregirse, comulgará con afecto al pecado en contra de lo que tiene que hacer. ¡Y es tan fácil poner remedio! Yo tengo antipatía contra una hermana, pero no quiero fomentarla; le hablaré con mansedumbre; si me dice algo la escucharé con docilidad; cuando me hablen de ella, procuraré no decir nada que rebaje o disminuya la estima que de ella tienen.

Si hacéis esto, progresaréis, hijas mías, porque os aprovecharéis de vuestras comuniones y de vuestras conferencias. ¡Dios mío, cuánto deseo que comprendáis bien el espíritu de Dios en las conferencias que se os hacen, y que os acostumbréis a decir vuestros pensamientos, como acabáis de hacer! Veo con entusiasmo esta disposición en vosotras; porque ya veis cuánta materia me proporcionan vuestros pensamientos. No digo nada de mi cosecha, no digo más que lo que vosotras mismas me habéis dicho. ¡Bendito sea Dios! Lo deseo tanto que os puedo

decir de verdad que no creo desear nada más. Porque ya veis, hijas mías, todos los apegos, todas las aversiones y esos obstáculos que impiden el fruto de las comuniones y de las instrucciones son obra del diablo, que revienta al ver lo que hacéis y que hace todo lo que puede para impedirnos que os aprovechéis de ellas. Sugeriré a las hermanas que están aquí: «¿Qué es lo que hago aquí? He venido para servir a los enfermos y no me lo mandan». A las que están en las parroquias: «Si estuviese con los niños, lo haría mucho mejor». Y todo esto para que, al comulgar con estos apegos o con estas aversiones, no os aproveche. Hijas mías, cuando sintáis esto en vosotras, decidlo cuanto antes.

Otro motivo, como ha dicho una hermana (ved, hijas mías, cómo no hablo más que por medio de vosotras) es que, al servir a los pobres, se sirve a Jesucristo. Hijas mías, ¡cuánta verdad es esto! Servís a Jesucristo en la persona de los pobres. Y esto es tan verdad como que estamos aquí. Una hermana irá diez veces cada día a ver a los enfermos, y diez veces cada día encontrará en ellos a Dios. Como dice san Agustín, lo que vemos no es tan seguro, porque nuestros sentidos pueden engañarse; pero las verdades de Dios no engañan jamás. Id a ver a los pobres condenados a cadena perpetua, y en ellos encontraréis a Dios; servid a esos niños, y en ellos encontraréis a Dios. ¡Hijas mías, cuán admirable es esto! Vais a unas casas muy pobres, pero allí encontráis a Dios. Hijas mías, una vez más, ¡cuán admirable es esto! Sí, Dios acoge con agrado el servicio que hacéis a esos enfermos y lo considera, como habéis dicho, hecho a él mismo.

Otro motivo, que también ha dado una de las hermanas, es que Dios ha prometido recompensas eternas a los que le ofrezcan a un pobre un vaso de agua ⁷; no hay nada tan cierto, y no podemos dudar de ello; y esto es para vosotras, hijas mías, un gran motivo de confianza, porque si Dios da una eternidad

⁷ Mt 10,42.

bienaventurada a los que no han ofrecido más que un vaso de agua, ¿qué dará a una Hija de la Caridad, que lo deja todo y se entrega a sí misma para servirle durante toda su vida? ¿Qué le dará? ¡No nos lo podemos imaginar! Tiene motivos para esperar ser de aquellos a los que se dirá: «Venid, benditas de mi Padre, poseed el reino que os está preparando»⁸,

Otro nuevo motivo es que los pobres asistidos por ella serán sus intercesores delante de Dios; acudirán en montón a su encuentro; dirán al buen Dios: «Dios mío, ésta es la que nos asistió por tu amor; Dios mío, esta es la que nos enseñó a conocerte». Porque, ved hijas mías, habéis dicho lo más importante cuando dijisteis que había que asistirles espiritualmente. Ellos dirán: «Dios mío, ésta es la que me enseñó a creer que había un Dios en tres personas; yo no lo sabía. Dios mío, ésta es la que me enseñó a esperar en Ti; ésta es la que me enseñó tus bondades por medio de las suyas». En resumen, hijas mías, todo esto os valdrá el servicio de los pobres.

Por tanto, aficionaos mucho a los pobres, por favor, y tened mucho cuidado de enseñarles las verdades necesarias para la salvación. Ya habéis visto cuánto importa esto. Y es cierto; y tengo muchas ganas de buscar algún medio; ya os avisaremos, con la ayuda de Dios. Entre tanto, haced todo lo que esté en vuestro poder.

Una hermana ha hecho una observación muy justa: «Es preciso, ha dicho, hacer que administren los sacramentos a los enfermos antes de nada». Sí, hijas mías, conviene mucho, al atender sus necesidades, procurar averiguar con afabilidad y mansedumbre, con cordialidad y compasión, si se han confesado y, si no lo han hecho, disponerlos para ello.

Una hermana ha objetado anteriormente que a veces los sacerdotes no lo tenían en cuenta.

Hija mía, respondió el Padre Vicente, no os imaginéis nunca que ellos descuidan esta obligación; pero, cuando les hayáis

8. Mt 25,34.

avisado, vuestra conciencia quedará tranquila delante de Dios. Una de vosotras ha observado muy bien que convenía enseñarles a hacer un acto de contrición y fomentar en ellos el deseo de confesarse. Hacedlo así hijas mías; y si empeora su estado, podréis advertirlo por segunda vez al señor párroco; pero, no lo hagáis nunca en plan de queja, sino mansamente. Podréis decirle: «Señor, este pobre enfermo está peor; tengo miedo de que le pase cualquier cosa. Me he creído obligada a advertírsele». Y esto con mansedumbre.

Bien, se está haciendo tarde; ya es hora de acabar. Para terminar, pido a Dios que os dé su espíritu, la perfección de vuestra vocación, y que derrame sobre toda la Compañía sus bendiciones, para hacer que cumpla su santa voluntad en este mundo con tal fidelidad que pueda merecer algún día gozar de su gloria en el otro.

Benedictio Dei Patris...

25(25,IX,254-258)

CONFERENCIA DEL 1 DE MAYO DE 1646

Sobre la indiferencia

Hermanas mías, no esperaba que hubiese hoy reunión; había pensado dejarla para otro día y creía que así lo había indicado, pero por lo visto no os lo han avisado. Me había preparado solamente para hablarles a tres o cuatro de nuestras hermanas que, por orden de la Providencia, tienen que partir mañana para ir a una fundación en Le Mans, pero, puesto que la divina Providencia os ha hecho venir a todas, digamos alguna cosa, in nomine Domini.

Así pues, trataremos en esta pequeña charla sobre la indiferencia que las Hijas de la Caridad han de tener en sus cargos

Conferencia 25. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

y en sus residencias, de las cualidades que deben tener las hermanas que son enviadas y de los medios para cumplir bien con su misión.

Empezaremos por el primer punto, que es sobre la indiferencia tan necesaria en vuestra Compañía que, si desaparece, será un señal segura de su ruina. Por eso, es menester que las que quieran ser verdaderas Hijas de la Caridad, sean totalmente indiferentes a todo lo que Dios quiera ordenar de ellas: ser enviadas a un sitio o a otro, empleadas en este oficio o en aquel, mandadas para esto o aquello, en una palabra, indiferentes a todo.

¿No veis, mis queridas hijas, cómo todos los domingos el pueblo hace una manifestación pública de la obediencia que tiene que rendir a su pastor, al seguirle en la procesión? ¿Veis acaso a uno sólo que se dé media vuelta, de los que empezaron a seguirle? Cuando parten de la iglesia no saben a dónde van, ni por qué camino quiere llevarlos su párroco; muchas veces van sin saberlo; y esto se practica de esta forma para que se vea su disposición para ir adonde les quieran llevar, bien sea al desierto, bien sea a la misma muerte; para eso se han erigido las procesiones de los domingos.

Más todavía, no se ha visto nunca que un soldado desde el día que se enroló con un capitán, le haya desobedecido; sí, jamás un soldado vaciló cuando un capitán les dijo: «Venid acá, id allá, avanzad, retroceded, permaneced firmes». Más aún, hablaba últimamente con un gentilhomme, que ha tenido el honor de mandar un regimiento, y le preguntaba: «Pero, señor, ¿siempre lo han obedecido?» «Padre, me dijo él, eso no falla jamás; es algo inaudito que un soldado no haya avanzado, retrocedido, marchado, cuando su capitán se lo ha dicho. Muchas veces vemos que existe un peligro manifiesto, que hay que morir, que los enemigos están emboscados en el lugar mismo adonde se nos envía, que hay que trepar una muralla de donde nos arrojarán inmediatamente; pero a pesar de todo, cuando el capitán lo manda, se marcha adelante, aunque uno esté casi seguro de morir».

Hijas mías, ¿habrá más obediencia en esa gente para ir a buscar la muerte, que en vosotras para ir a buscar la gloria de Dios? No, mis queridas hijas, no puedo creerlo. Y si Dios quisiese castigar a la Compañía, permitiendo que alguna prefiriese un cargo a otro, una parroquia a otra, la compañía de una hermana a la de! otra, y se negase a ir adonde se la enviase, ¡oh!, en aquella misma hora, deberíais elevar vuestras manos y vuestros corazones al cielo y decir en vuestro interior: «¿Qué hemos hecho a Dios, que nos castiga con tanto rigor, que hay entre nosotras algunas rebeldes a su voluntad?». En aquella hora, deberíais poneros en oración, hacer penitencia para expiar este crimen que ha cometido una de vosotras; en aquella hora, deberíais gemir, pedir misericordia, tomar la disciplina, los cilicios y los cinturones, si tenéis permiso, y no omitir nada de lo que podría aplacar la ira de Dios, cuya cólera se manifestaría por ese abandono. Las que verdaderamente aman su vocación y no piden más que el cumplimiento de la voluntad de Dios en la Compañía tendrán estos sentimientos, cuando vean llegar esas discordias que arruinan toda perfección.

¿No sería digno de lástima ver entre las Hijas de la Caridad ciertos afectos o aversiones particulares: preferir estar con una hermana y no con otra, querer tratar con una persona y no con su superiora, hacer lo que se debe en este lugar porque gusta, pero no hacerlo en otro porque no gusta? Mis queridas hijas, ¡qué deplorable sería esa situación! Pero espero de la bondad de Dios que ninguna caiga en ella y que no haya nadie que no esté dispuesta a todo lo que Dios quiera hacer de ella.

Pasemos pues a la segunda parte, y digamos cómo tienen que ser las hermanas que son enviadas a una fundación.

Cuando Salomón edificó el templo que destinaba para el servicio de Dios, hizo poner en los fundamentos muchas piedras preciosas ¹, diamantes, rubíes, topacios, jacintos, esmeraldas, ópalos, y por fuera no había más que piedras comunes. miles de

1. 3 Re 5,17.

las cuales no valían ni siquiera como una de las que estaban en los cimientos. ¿Qué creéis, hijas mías, que quiso significar con esto? Esto quería decir que las Hijas de la Caridad que sean escogidas actualmente y en el futuro para ir a una fundación, tienen que ser piedras preciosas, diamantes por la firmeza de su vocación y las prácticas de sus reglas, rubíes en el amor de Dios y en la caridad para con el prójimo, esmeraldas, topacios, ópalos, adornadas de hermosas virtudes que brillan con hermosos colores, de cualquier parte que se las vuelva y se las mire; finalmente, tienen que ser tales que pueda decirse de ellas como de las piedras básicas del templo de Salomón: «Una vale por mil».

¿Y sabéis, hijas mías, por qué razón las que van a una fundación (pues fundación se llama lo que se erige en un sitio donde antes no había nada; vais a servir a los enfermos en un hospital, en un lugar en donde todavía no estaba vuestra Compañía; eso se llama ir a una fundación), sabéis, repito, cuál es la razón más poderosa? Es que las que van a una fundación son las modelos de todas las que sigan. Por eso, tienen que poseer todas las virtudes que habrán de tener siempre todas las demás juntamente. Todas las buenas obras que tienen que ser hechas para siempre en el lugar en donde van a establecerse, tienen que ser primeramente practicadas por ellas. Me gustaría que hubieseis visto lo que dijo santa Teresa... ²,

26(26,IX,258-260)

PLÁTICA DE [JULIO DE 1646] ¹

Avisos para la visita de los establecimientos de París

Hijas mías, el hacer la visita no es un asunto poco importante, y se encuentran muy pocos espíritus que sean capaces de

2. No se conserva la continuación

Conferencia 26. — *Recueil des procès-verbaux des Conseils tenus par saint Vincent et Mlle. Le Gras*, p. 309 s.

1. Cfr. nota 2.

actuar de forma que la hagan útilmente. Es un asunto de los más difíciles. Entre cien personas, no se encontrará a veces más que una docena que sean capaces de ello. Hay que ser tan prudente, tan precavido, tan manso, tan secreto, ¡ah, secreto como en la confesión!

Digamos solamente dos palabras. En primer lugar, hermanas mías, hay que hacerla pensando solamente en Dios y como la hizo la santísima Virgen cuando fue a visitar a santa Isabel, esto es, con toda mansedumbre, con amor, con caridad. Ella no reprendió a nadie, sino, que, con su ejemplo, instruyó a santa Isabel y a toda su familia en sus deberes. No reprendáis nunca. Nuestro Señor estuvo treinta años en la tierra antes de reprender a los hombres, y había venido expresamente para visitarlos. No reprendió jamás a un sacerdote, a un fariseo, a un samaritano, a un judío, durante todo aquel tiempo, y veía que obraban mal. No, no reprendáis jamás, jamás. Si una hermana os dice sus faltas, animadla con mansedumbre: «¡Bien hermana mía!, eso no es nada. Nuestro Señor le concederá la gracia de hacerla más cumplidora. Desgraciadamente, yo también faltó en otras cosas». Y si se queja de su hermana, no demostréis nunca que os ha hablado de ella.

Esa visita tiene que hacerse como de paso. «Hermana, vengo a ver cómo está usted». No digáis nunca las unas a las otras

«Voy para allá». Y no habléis jamás de los defectos que hayáis observado. Sobre todo, guardaos de pensar que sois personas importantes, por haber sido destinadas a visitar a las otras. ¡Dios mío! eso sería un pensamiento infernal. «¿Pues qué? entre tan gran número de hermanas ¿he sido escogida yo para hacer la visita? ¡Entonces es que tienen de mí muy buena opinión!». ¡Oh! guardaos de permitir estos pensamientos tan perniciosos; poned los ojos en vuestros propios defectos y considerad que, si los vieran, estarían muy lejos de tener una buena opinión de vosotras. «¡Con lo miserable que yo soy! ¿es posible que mi hipocresía engañe a todo el mundo?». Porque, hijas

mías, cuando os miréis delante de Dios, encontraréis que no hay nada peor que vosotras. Tengo que pensar lo mismo de mi, y también cada uno de sí mismo. Si conocéis que esa hermana no hace oración, volved sobre vosotras y decid: «¡Qué pena, cómo soy yo!». Esta hermana está de mal humor. «¡Dios mío! ¡yo también soy insoportable a mi misma!». Y así con lo demás. Consideraos siempre como la más imperfecta.

Pues bien, me parece que la señorita Le Gras ha nombrado a muchas para visitar ², Pero, puesto que quizás no todas son capaces, yo creo que convendría ensayar de antemano con dos o tres, para ver cómo va la cosa. Usted hermana Ana, irá de paso a Santiago y a San Gervasio, y usted, hermana, a SaintLeu y a los Galeotes y me diréis lo que hayáis observado. Y llevad sobre todo ojos y oídos, pero dejaos la lengua en casa.

27(27,IX,260-279)

CONFERENCIA DEL 19 DE AGOSTO DE 1646

Sobre la práctica del respeto mutuo y de la mansedumbre

El primer punto ha sido sobre las razones por las que las Hijas de la Caridad tienen que esforzarse en adquirir estas virtudes del respeto y de la mansedumbre.

Sobre ello se ha dicho que:

1.º Esto agrada a Dios y al prójimo.

2.º Es imitar a nuestro Señor Jesucristo, que durante toda su vida estuvo lleno de mansedumbre.

2. Todo induce a creer que san Vicente tiene aquí ante la vista los nombramientos hechos por Luisa de Marillac antes de su viaje a Nantes, el 26 de julio de 1646 (cfr. Lettres de Louise de Marillac, 1. 144. P. 231).

Conferencia 27. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

3.º No podríamos ser verdaderas Hijas de la Caridad si no tuviésemos esas dos virtudes, ya que sin respeto no se tiene mansedumbre, y sin mansedumbre no se tiene caridad.

4.º No basta con tener caridad con los extraños, sino que principalmente hemos de tenerla con nuestras hermanas; si les faltamos al respeto y no somos mansas con ellas, es señal de que no las amamos y que por consiguiente, no somos Hijas de la Caridad más que en apariencia, indignas de llevar su nombre y su hábito.

5.º Si no tuviésemos respeto ni mansedumbre, sería de muy mal ejemplo para nuestras hermanas nuevas y podría apartar a todas las jóvenes que tuviesen deseos de ser de nuestra Compañía.

6.º No hay nada que pueda cambiar los corazones más envenenados tanto como la mansedumbre; si queremos obtener algo de una persona, se lo pedimos con respeto y mansedumbre, y de esta manera casi siempre estamos seguros de obtenerlo.

7.º Si tenemos mansedumbre con nuestras hermanas, ellas la tendrán con nosotras, con toda la Compañía y con los pobres, con los cuales tenemos obligación especial de tenerla.

8.º En consideración con la gracia que Dios nos ha concedido de unirnos a todas en un estado que parece el más conforme con la vida laboriosa de Jesucristo y con sus realizaciones, hemos de esforzarnos en adquirir estas virtudes, ya que desde toda la eternidad ha tenido el designio de que sirviésemos a sus pobres con mansedumbre y con cordialidad; él nos ha dado notables ejemplos en muchas circunstancias de su vida, tanto con los enfermos que se le presentaban para obtener su curación, como con los pecadores y los que le perseguían, como con Judas¹ que le traicionó, y con el criado del pontífice que le dio una bofetada²,

1. Lc 22,48.

2. Jn 18,22-23.

9.º El respeto y la mansedumbre nos los ha recomendado nuestro Señor entre todas las virtudes, cuando dijo: «Aprended de Mí que soy manso y humilde»³.

10.º El dio esta lección a sus discípulos antes de separarse de ellos: «En esto, les dijo, conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros»⁴.

11.º Igualmente, en esto se conocerá que somos verdaderas Hijas de la Caridad, si se ve entre nosotras un respeto y una mansedumbre mutuos, ya que estas virtudes solamente pueden ser producidas por la caridad.

12.º El respeto y la mansedumbre alimentan la paz; donde hay paz, allí está Dios; las obras hechas con espíritu de mansedumbre y de paz le son muy agradables y, por el buen ejemplo que de ellas recibe el prójimo, puede ser glorificado.

En el segundo punto habría que decir en qué consiste este respeto y esta mansedumbre y cuáles son las faltas que se cometen en contra. Sobre eso se ha observado:

Primeramente, el respeto y la mansedumbre consisten en tener deferencia en todas las cosas con nuestras hermanas y demostrarles, al acercarse a ellas, una gran sumisión con un rostro contento y alegre, que testimonie el amor que les tenemos.

2.º El respeto consiste en hacer de buena gana lo que nos manden nuestras hermanas, sin contradecirles, ya que con nada podríamos honrar más a una persona que haciendo lo que desea de nosotras, no por obligación, sino de buen corazón, con amor y cordialidad. La mansedumbre consiste en hacer a nuestras hermanas lo que nos gustaría que ellas nos hiciesen y soportar de ellas lo que nos gustaría que ellas soportasen de nosotras.

3.º Estas virtudes consisten en ser humildes, serviciales y respetuosas unas con otras.

3. Mt 11,29.

4. Jn 13,35.

4.º En amarse mucho mutuamente y en considerarse siempre por debajo de las otras, estimando que hemos de tener más respeto con la hermana con quien estamos que ella con nosotras.

5.º En no dejarnos llevar nunca a ninguna acción contraria al honor que hemos de rendirnos mutuamente, considerándonos todas como hijas de un mismo Padre, que nos ama a todas cariñosamente y que nos ha escogido a todas para servirle en las personas de sus pobres, que es un empleo que pide toda clase de mansedumbre, como él mismo nos dio ejemplo en el evangelio por la curación tan caritativa de los diez leprosos que le presentaron ⁵ según se nos ha propuesto hoy para la meditación.

6.º En mirar a nuestras hermanas como siervas y esposas de Jesucristo; si tenemos respeto y mansedumbre con el esposo, también lo tendremos con sus esposas.

7.º En ser francas, ayudando a nuestras hermanas en lo que creamos que les puede aliviar, saludándolas y mostrándoles respeto con un rostro tan alegre que no se noten nuestros enfados ni resentimientos, y demostrándoles nuestra aceptación por las advertencias que nos den. Y si tenemos nosotras que avisarles de algo, que no sea públicamente, sino en particular.

8.º En no usar nunca palabras molestas, ni desprecios, sino por el contrario, ser muy sinceras, respetuosas, sin reprenderse nunca mutuamente con resquemor, sino con espíritu de caridad; y tener mucha condescendencia con la hermana con quien estamos en todo lo que desee de nosotros.

De las faltas que se comenten a propósito del respeto y la mansedumbre, se han señalado dos. O sea.

1.º Un gran desprecio mutuo; lo cual hace que se replique y se mortifique a las otras con palabras continuas; que nunca quiera ceder una ante la otra, y que se hable con rudeza, sin respeto, ni mansedumbre.

5. Lc 17,11-19.

2.º Ver a las hermanas trabajando duramente y no ayudarles, con la excusa de que es cosa suya, y contentarse con trabajar lentamente sin apresurarse para ir a ayudarles.

3.º Ver mal todo lo que hacen nuestras hermanas y, si quieren pedirnos consejo en alguna cosa, rechazarlas con dureza.

4.º Hablarse mutuamente en las conversaciones ordinarias con demasiada libertad y sin respeto.

5.º Si alguna vez hay algún pequeño choque, no excusarse mutuamente; esto puede dar origen a sospechas y murmuraciones y alterar la caridad.

El tercer punto ha sido sobre los medios para remediar estas faltas, y se señalaron ocho:

1.º Ver siempre a Dios en la persona de nuestras hermanas, tener alta estima de ellas y creerse indigna de estar en su Compañía.

2.º Tomar una firme resolución de esforzarse por adquirir estas dos virtudes.

3.º Mortificar las pasiones y hacer que aparezca la mansedumbre, aunque nuestro corazón sienta lo contrario.

4.º En la vidas de los santos se advierte que han sobresalido especialmente en estas dos virtudes y las han ejercido incluso con sus perseguidores, y que, cuando observaban alguna falta en alguno, solamente les avisaban con gran modestia y cordialidad; y si no recibían bien sus advertencias, seguían conservando el mismo espíritu de mansedumbre y se humillaban delante de Dios, pensando que eran quizás ellos la causa de que los demás no se aprovecharan de sus avisos.

5.º Tener en gran estima el juicio de los demás y mortificar el nuestro, sometiéndonos siempre al de los otros, y reprender a los demás con mucha mansedumbre, acordándonos de la que nuestro Señor tenía con los pecadores.

6.º Prever, antes de acercarnos a nuestras hermanas, la forma con que hemos de comportarnos; si tenemos alguna pena en el espíritu, no dejar que aparezca; y si ellas la tienen, sopor-

tarlas con mansedumbre y compadecerlas, sin quejarse a las demás de lo que ocurre.

7.º Concebir una elevada estima de nuestras hermanas, pensando que son personas en las que Dios no se ha desdeñado de poner los ojos para llevarlas a su santo servicio; la estima engendra respeto; y el respeto hace nacer la mansedumbre.

8.º Poner un continuo cuidado en la adquisición de estas virtudes, a fin de destruir el hábito contrario.

9.º Prever las ocasiones en las que podamos mostrar a nuestras hermanas alguna clase de respeto, o manifestar algún acto de mansedumbre, y no descuidarse nunca.

10.º Sobre todo, esforzarse en adquirir la mansedumbre en nuestro corazón, ya que por fuera aparecemos siempre como seamos por dentro; y para esto, no conservar ningún resentimiento de lo que pase entre nosotras; sino que, apenas nos demos cuenta de ello, vayamos a ofrecer satisfacción; de esta forma, aplacaremos el corazón de nuestra hermana y el nuestro.

Todo lo anterior fue dicho por varias de nuestras hermanas a las que nuestro veneradísimo Padre se tomó la molestia de preguntar sobre el tema de la conferencia. A continuación, él empezó más o menos de esta manera:

— Doy gracias a Dios, mis queridas hijas, por la luces y conocimientos que su bondad os ha dado sobre el tema de la presente conferencia, más clara y más amplia, por su misericordia, que los demás temas tratados desde hace tiempo.

Le doy gracias de todo corazón y le suplico, al él que es la mansedumbre, el amor y la caridad, que quiera, por su divina misericordia, insinuar en vuestros corazones las verdades que ha mostrado a vuestros espíritus. ¡Quiera su bondad infinita derramar en ellos este espíritu de respeto y de mansedumbre que, por su misericordia, os ha dado a conocer como tan necesario! Yo creo, mis queridas hermanas, que todas vosotras tenéis muchos deseos de ello. Me parece que todo esto os toca el corazón; sí, sin duda, os toca el corazón; vosotras podríais hablar de esto con mayor conocimiento.

Pero sobre todo toca mucho al corazón de Dios, que os lo pide a vosotras y que solamente os lo ha concedido para que los uséis bien. Los teólogos, queridas hijas, no podrían hablar mejor que vosotras de la mansedumbre y del respeto, por la misericordia de Dios; aunque no hayáis hablado con tan suficiencia sobre este tema, lo habéis hecho con tanto amor y de tal forma que estoy seguro de que todo esto viene de Dios.

Se ha dicho en primer lugar que Dios se complace mucho en este respeto y mansedumbre. ¿No es cierto, hijas mías? No hay nada que le sea tan agradable como este respeto y mansedumbre, que son las virtudes del Hijo de Dios. Como habéis dicho vosotras mismas, se trata de una instrucción que él mismo nos ha dejado. «Aprended de mi, dijo, que soy manso y humilde de corazón»⁶; esto es, hijas mías, aprended de mí, que soy respetuoso y manso, ya que por humildad se entiende el respeto, puesto que el respeto procede de la humildad. ¿Y ha habido jamás un hombre más manso y respetuoso que Jesucristo? No, él era manso y humilde con todos.

No dijo: «Aprended de mi a hacer mundos, ni ángeles», porque no podríamos hacerlo, y esto solamente conviene a la omnipotencia de Dios; sino: «Aprended de mi, que soy manso y humilde»; y al decirnos que lo aprendiésemos de él, queridas hijas, quiso decirnos que aprendiésemos a serlo. Es el sello que llevan todos los que le pertenecen, y vosotras acabáis de ofrecer la prueba. «Si estáis reñidos, les dijo, no se conocerá en eso que sois míos, sino que se conocerá que sois mis discípulos en que os amáis los unos a los otros»⁷. Estad seguras, queridas hijas, de que esto agrada a Dios y grandemente, y que en esto se conocerá que sois verdaderas Hijas de la Caridad; porque ¿qué es la caridad sino amor y mansedumbre? Y si no tenéis este amor y esta mansedumbre, no podéis ser Hijas de la Caridad y, como se ha dicho, solamente llevaréis el nombre y el hábito; lo cual sería una gran desgracia. Quiera Dios, por su

6. Mt 11,29.

7. Jn 13,35.

infinita misericordia, apartar esta desgracia de vuestra Compañía! Sí, hijas mías, es preciso que sepáis que una Hija de la Caridad, que está enfadada con su hermana, que la contrista, que la molesta y que sigue en esa situación, sin procurar corregirse por la práctica de esas dos virtudes del respeto y de la mansedumbre, esa ya no es Hija de la Caridad; no, no los es; no hay que hablar de ello; es un hecho; solamente tiene el hábito. ¡Oh! sed pues así, hijas mías. Esto agrada a Dios, y le agrada de tal forma que es una de las cosas del mundo que le resulta más agradable.

Se ha dicho en segundo lugar que esto agrada al prójimo; sí, al prójimo. ¿Hay algo que le pueda agradar más? Vemos a dos hermanas que viven juntas como en un paraíso, con mansedumbre, con respeto mutuo. Lo que una quiere, lo quiere también la otra. Lo que a una le parece bueno, a la otra también. ¿Hay algo más impresionante? ¿No es eso empezar el paraíso aquí en la tierra? ¿Y puede querer el prójimo algo que le agrade más?

Por el contrario, ¿hay algo más villano, más brutal, incluso podríamos decir más diabólico que no estar de acuerdo entre sí? Eso es lo que hacen los diablos en el infierno. Se desgarran continuamente del odio y de la rabia que se tienen entre sí; y uno de los mayores tormentos que tienen las almas condenadas es odiarse siempre unas a otras, vivir en un odio irreconciliable, en perpetua discordia, sin tener jamás un solo momento de buena inteligencia. Pues bien, mis queridas hijas, estad seguras de que, mientras practiquéis el respeto y la mansedumbre las unas con las otras, vuestra casa será un paraíso; pero dejará de serlo, para convertirse en un infierno, cuando no estéis de acuerdo ni tengáis respeto ni mansedumbre entre vosotras, y seréis semejantes a los demonios y a las almas condenadas.

¿De qué podría escandalizarse tanto el prójimo como de ver a dos Hijas de la Caridad que viven juntas entre quejas y divisiones? Tenéis que estar seguras de que todo esto pasará también a conocimiento de los vecinos. Oirán hablar de ello y se extrañarán con razón de que unas hermanas, que se han entregado a Dios y que han renunciado a todo, puedan tener ren-

cor entre sí. No habría nada tan odioso. Sé de una ciudad en donde ocurrió esta desgracia; hubo tal escándalo que, si hubiese dependido de ellos expulsar a las Hijas de la Caridad, no las hubieran querido ver jamás; y esto porque, según se dice, se llaman Hijas de la Caridad y no lo eran, ya que no podían soportarse ni vivir en paz una con otra. El no corresponder con las costumbres al nombre que se tiene, al hábito que se lleva, es disminuir la gloria de Dios, mis queridas hijas. ¡Es cometer una gran injuria contra Dios! Ved pues, mis queridas hijas, la obligación que tenéis de esforzaros, durante toda vuestra vida, en la adquisición y en la práctica de estas dos virtudes, para ser verdaderas Hijas de la Caridad, para agradar a Dios y para edificar a vuestro prójimo.

Un medio es que os entreguéis generosamente a Dios por la práctica del respeto y de la mansedumbre las unas con las otras, empezando desde ahora por una firme resolución de amarlas y de ejercitaros en ellas durante toda vuestra vida. Hay que pedirselo mucho a Dios; y para ello mis queridas hijas, recemos todos juntos y decid conmigo: «Dios mío, con todo corazón, por agradarte, deseo ser respetuosa y mansa con mis hermanas; y me entrego a ti de nuevo para trabajar en ello y para ejercitarme de una manera muy distinta de como lo he hecho hasta ahora. Pero como soy débil y no puedo hacer nada de lo que me propongo sin tu especial asistencia, te suplico, Dios mío, por tu querido hijo Jesús, que no es más que mansedumbre y amor, que me lo quieras conceder, con la gracia de no hacer nada en contra».

Eso, mis queridas hijas, en lo que se refiere al primer medio. El segundo es que hay que sacar de nuestro corazón el respeto y la estima que hemos de tener con nuestras hermanas ya que es su fuente, puesto que la fuente del respeto es la estima, y la estima se forma en el corazón, y del respeto nace la mansedumbre, como muy bien habéis indicado. ¡Que Dios bendiga a la que lo ha dicho! Mis queridas hermanas, ¿por qué no íbamos a tener una gran estima de nuestras hermanas, si son las esposas de Jesucristo que las ha buscado con tanto amor?

¡Pero si es una pobre mujer! ¡No! ¡No! Es un alma que ha sido honrada por la llamada de un Dios; ella ha consentido y él la ha tomado por esposa. ¿Qué dignidad mayor podría tener? Es una mujer, es una señorita, que ha dejado su tocado para tomar este hábito despreciable y entregarse a Dios en un estado de humillaciones, de trabajos viles, y penas, porque Dios se lo ha pedido; ¡no hay nada tan digno de estima! Una joven vendrá desde Flandes, desde Holanda, desde ciento ochenta leguas, para consagrarse a Dios en el servicio de las personas más abandonadas de la tierra. ¿No es esto ir al martirio? Sí, sin duda. Un santo Padre dice que todo el que se entrega a Dios para servir al prójimo, y sufre de buena gana todas las dificultades que allí encuentre, es mártir. ¿Han sufrido los mártires más que ellas? Ni mucho menos; porque cortarle la cabeza a uno es un mal que pasa pronto. Si ellos padecieron grandes tormentos, no fueron de gran duración; terminaron enseguida con la muerte. Pero esas mujeres que se entregan a Dios en vuestra Compañía, lo hacen para estar unas veces entre enfermos llenos de infecciones y de llagas y con frecuencia de humores molestos, otras veces con unos pobres niños a los que hay que hacerles todo, o entre unos pobres galeotes cargados de cadenas y de pesares; y vienen a someterse a otras personas que no conocen, para estar en esta clase de ocupaciones bajo la obediencia. ¿Y no estimarías a estas mujeres dignas de respeto? ¡Ah! Lo son muy por encima de lo que yo podía decir y no veo nada semejante. Si viésemos en la tierra el lugar por donde ha pasado un mártir, nos acercaríamos a él con respeto y lo besaríamos con gran reverencia. ¿Y podremos despreciar a nuestras hermanas, que son personas a las que Dios conserva y hace vivir en el martirio? Mis queridas hijas, tengámoslas en gran estima, guardémosles esa estima pase lo que pase, y mirémoslas como mártires de Jesucristo, ya que sirven al prójimo por su amor.

¡Pero si es una hermana imprudente y de muy mal genio! Hijas mías, ¿quién no tiene defectos? Nadie en el mundo; no, nadie. San Pablo era un gran santo; pero ¿no era de los más

prontos y coléricos que se pueden encontrar? No era más que fuego. ¿Y hubo algún hombre tan obstinado como san Pedro? Miradlos a todos, y veréis cómo todos tienen alguna tara. Pero miraos luego a vosotras, y veréis otras muchas faltas; porque sabed, hijas mías, que cuando nos comparamos con nuestro prójimo, vemos nuestras faltas de manera distinta que las suyas, y nos encontramos con que toda la equivocación está de nuestra parte.

¡Pero si esta hermana es tan triste! También san Pedro lloraba continuamente. Si veis triste a vuestra hermana, edificaos pensando que pide misericordia a Dios, y confundíos con no tener tanto dolor de vuestros pecados y ser tan insensibles a las ofensas que se cometen contra Dios.

¡Pero es de tan mal humor que jamás podemos tener ningún gozo ni consuelo con ella! También santa Catalina tomó a su lado a una mujer que nunca se lo dio y ella le servía con cariño, pensando que de esto dependía su salvación.

No, hijas mías, no hay nada que deba destruir la estima que tenemos de nuestras hermanas. Hay que interpretarlo todo de la mejor manera. Como dice el obispo de Ginebra, si un asunto tiene cien caras, hay que mirarlo siempre por la más hermosa. Por eso, mis queridas hijas, si os dicen algo en contra de vuestras hermanas, negaos a creerlo. Hay actos de los que hay que avisar a los superiores; pero esto no tiene que cambiar en nada la estima que habéis de tener de vuestras hermanas, porque el juzgar mal a alguien no es una falta pequeña. Juzgar a vuestra hermana va contra la caridad. Mis queridas hijas, es un gran mal, e incluso a veces podría ser pecado mortal, si la cosa fuera de importancia. Por ejemplo, yo sospecho de una persona algo que es pecado mortal, y se lo digo a otra; cometo un pecado mortal. Mis queridas hijas, no caigáis en este defecto, porque arruina la estima en la que tenéis que basar el respeto y la mansedumbre que habéis de tener las unas con las otras.

Se ha dicho muy bien que hay que mortificar nuestras pasiones y hacer aparecer la mansedumbre, aunque nuestro cora-

zón sienta lo contrario; pero, dígame, hija mía, ¿no cree que esto es hipocresía? Porque es aparentar una cosa distinta de lo que se siente en el corazón.

A eso la hermana respondió que no. Y nuestro muy honorable Padre prosiguió:

— ¡Oh! no, hija mía; no es hipocresía, ni mucho menos por el contrario, es una virtud y una prudencia no manifestar a las hermanas el resentimiento que tiene nuestro corazón por lo que nos han dicho o lo que nos han hecho, sino mostrarles un rostro alegre y hacer toda clase de actos de mansedumbre.

¡Pero mi corazón gruñe! Hijas mías, no importa; esto os hará ver que no lo admitís. No dejéis, aunque vuestro pobre corazón esté triste y lleno de amargura por el disgusto de lo que os ha dicho o hecho vuestra hermana, no dejéis, os lo pido, de ser respetuosa, cordial, humilde y mansa con ella, y vuestro corazón se sentirá muy consolado.

Me parece que se ha dicho también que era conveniente condescender siempre con el juicio de la otra hermana. ¡Dios mío!, mis queridas hermanas, ¡cuánta razón tiene la que lo ha dicho! Porque no hay nada tan fácil y tan dulce; y un gran doctor aconseja que, en todo lo que no es pecado, hay que condescender, si es posible, con lo que nuestro prójimo desea de nosotros. Una hermana dirá: «Vamos a aquel sitio»; es muy fácil decir: «Vamos, hermana, también lo quiero yo». «Hermana, hagamos esto de esta manera» «Hermana, hagamos esto, me parece muy bien». Y aunque algunas veces os pueda parecer que sería mejor hacerlo de otra forma, condescended sin embargo, con tal que no se ofenda a nadie; y creedme, mis queridas hijas, vuestro corazón sentirá más dulzura y consuelo condescendiendo que siguiendo vuestros sentimientos. ¡Cómo desearéis haciéndolo así!

Haced mucho caso, mis queridas hijas, del juicio de las demás y ateneos a él siempre que podáis; porque, al creer en lo posible que nuestra hermana juzga las cosas mejor que vosotras, daréis un gran testimonio de respeto y haréis una prác-

tica de humildad. ¡Cuánto agrada esto a Dios y cómo se conseguirá de esta forma que las cosas sean para su mayor gloria!

También me parece, mis queridas hijas, que este respeto se ha de mostrar externamente por alguna acción, como saludarse entre sí, hacerse mutuamente una reverencia; en las congregaciones más ordenadas que hay en la iglesia de Dios, las religiosas tienen como regla, cuando se encuentran por los claustros, hacerse mutuamente una inclinación; y si faltan a ello, cuando se las visita, se acusan y piden penitencia.

¿Por qué, hijas mías, no lo ibais a hacer vosotras? Si Dios ha querido que tuvieseis el honor de constituir un cuerpo en su iglesia, ¿no hay que respetar a todas las que lo componen? Os encontráis con una esposa de Jesucristo. Lo menos que podéis hacer es saludarla. Esto tiene que hacerse especialmente, hijas mías, cuando vais por la calle, y en otras muchas ocasiones también en casa. Por lo que se refiere a esta habitación, no creo que sea necesario; pero al entrar, estaría bien. No obstante, si una hermana entra en esta habitación y otra le sale al encuentro, no veo ninguna dificultad en que se saluden. Pero no es necesario si se cambia de sitio, o se levanta para ir a buscar o traer una cosa, como sucede muchas veces.

Las hermanas de las parroquias que van y vienen juntas a su habitación no tienen que hacerse la reverencia en cada encuentro. Pero si una hermana viene de fuera y se encuentra con su hermana en la habitación, ¿quién impediría que se la haga a Dios que está en el corazón de su hermana, y que su hermana se la devuelva? Yo creo, mis queridas hijas, que es muy conveniente hacerlo así; es una señal de estima, de respeto y de amor.

Cuando una hermana de fuera viene a la casa, hay que saludarla humildemente, con alegría y suavidad, demostrarle que una está contenta y consolada de verla y acogerla de forma que quede contenta.

También hay que cuidar de no hablar demasiado alto, sino con modestia y con gran suavidad. ¡Dios mío! Hay algunas que tienen mucha gracia para esto, y hablan con tanta dulzura

y cordialidad, que lo que dicen produce una impresión muy fuerte. Sé muy bien que hay otras que, por tener los órganos de la voz mal dispuestos, tienen naturalmente el tono alto y áspero, sin poder endulzarlo, porque no tienen esa posibilidad; pero al menos, que obren siempre de tal manera que lo que dicen tenga el acento de su corazón.

Se practica también el respeto cuando, al encontrarse en una puerta para pasar, se dice a la hermana: «Hermana, haga el favor de pasar primero». Si se niega a ello, pasad vosotras. ¿Pero hay que hacerlo esto en todas las puertas con que uno se encuentra? Porque hay muchas puertas en la casa, y quizás se encuentren diez veces cada día. Os contestaré, hijas mías, que no es necesario que se haga en todas esas ocasiones; pero creo que será conveniente hacerlo en la mayor parte. Una se encuentra con otra para salir de la casa, para entrar en la iglesia; en todo esto seguid esta práctica. Pero, al hacer esto, hijas mías, hay que guardarse muy bien de caer en otra falta, esto es, convertirse en ceremoniosas; eso iría contra la sencillez; ¡hay que guardarse mucho de esto! Si ofrecéis el paso a una hermana y ella os dice: «Hermana, pase usted», tenéis que hacerlo sin contradecirla, y en esto practicaréis dos virtudes, la obediencia y la sencillez. Cumpliréis con el respeto ofreciéndole el paso, y haréis un acto de obediencia y sencillez pasando cuando ella os lo diga; y sobre todo, mis queridas hijas, no os encontréis nunca por la calle sin saludaros; ya os lo he dicho y os lo repito una vez más.

En una conferencia que tuvimos hace algún tiempo, os hablé de la práctica del respeto y de la mansedumbre, de la que, por la misericordia de Dios, se ha visto un notable fruto; por eso he pensado que sería conveniente tener otra para renovarse en la práctica de las instrucciones que entonces se dieron y tomar nuevas resoluciones. Se trata, mis queridas hijas, de pedirse mutuamente perdón, cuando ha pasado alguna cosa en la que se haya faltado al respeto o alterado la mansedumbre. Cuando haya murmurado vuestro corazón, cuando hayáis dicho alguna palabra agria o malhumorada, pedid perdón; porque es preciso,

hijas mías, aplacar el corazón de vuestra hermana y también el vuestro, que sin duda sentirá pena por esta falta. Hoy mismo he hecho yo también, pobre miserable, lo que os aconsejo, mis queridas hijas. Hablé ayer a un sacerdote de nuestra Compañía con sequedad, agria y duramente. Lo que le dije, tenía que habérselo dicho con más mansedumbre. Me di cuenta luego, y como sabía que él tenía que marchar esta mañana, le dejé recado en la portería que no saliese a la ciudad antes de haberle hablado. Vino y le pedí muy humildemente perdón; de esta forma, hijas mías, procuro practicar lo que os aconsejo.

A propósito de esto, una hermana preguntó por la conducta que había que observar con una compañera que se había negado a perdonarle, reprochándole que caía muchas veces en las mismas faltas, e incluso burlándose de ella. Añadió que su ligereza le hacía faltar con frecuencia, pero que, desde el día en que se vio rechazada, ya no se atrevió a pedirle perdón.

Entonces nuestro veneradísimo Padre tomó la palabra:

— Hija mía, mucho me complace que me haya puesto esta objeción, y le voy a responder. Pero antes es preciso que os diga que la que ha obrado así, ha hecho muy mal. ¡Dios mío, es una falta grande! ¡Burlarse de su hermana, que estaba a sus pies para pedirle perdón, y' decirle: «Me río de este perdón»! ¡Oh! ¡es una falta muy grande! ¡Que se acuse de ella y se confiese cuanto antes!

Le diré pues, hija mía, (pero no me dirijo a usted, sino que hablo en general) que hay personas que se acusan durante toda su vida y que no se enmiendan jamás; nunca se les ve avanzar un solo paso, nunca se corrigen de nada siempre ligeras, siempre importunas, siempre chismosas; y esto les resulta un poco duro a las demás que están con ellas.

Sin embargo, sería muy malo rechazarlas. Cuando una hermana se pone de rodillas hay que ponerse también y decirle: «Hermana mía, desgraciadamente soy yo, por mi mal humor, la causa de que se haya usted molestado»; o bien: «Es mi orgullo», o alguna otra cosa como esta, según se trate, sin quejarse nunca de la otra hermana. ¡Dios mío! ¡Qué gran falta! Siem-

pre tenemos que atribuirnos el error y creer que el prójimo se ha molestado o ha cometido alguna otra falta, por causa nuestra. Y respecto a las que, por desgracia, no se enmiendan (no lo digo por usted, hija mía, ni hablo de nadie en particular), tienen que seguir pidiendo perdón. Estad, seguras, mis queridas hijas, que si lo hacéis con un verdadero pesar de vuestras faltas, os corregiréis, por la gracia de Dios; y si veis que no os enmendáis, yo os aconsejaría entonces que recurrieseis a la penitencia, esto es, que os impusieseis a vosotras mismas alguna pena un poco dura; pues, a pesar de la repugnancia, uno se acostumbra a pedir perdón, y esto resulta a veces muy fácil; pero, cuando se hace con espíritu de humildad y se añade a ello la penitencia, entonces infaliblemente se obtiene alguna mejora.

Un hombre tenía una costumbre muy mala y peligrosa de jurar en toda ocasión. Dios le inspiró un día de fiesta de la Virgen que fuera a confesarse a una iglesia de nuestra Señora, y quedó tan impresionado que tomó la resolución de no jurar jamás. Se le puso como penitencia dar una moneda a los pobres cada vez que jurase. Al volver a su casa, volvió a jurar de nuevo. Sacó enseguida la moneda de su bolsillo y se la dio a un pobre. Otro juramento, y de nuevo sacó otra moneda; como no había ningún pobre, se la puso en el otro bolsillo para dársela en la primera ocasión. Y así continuaron las cosas. Al final, viendo que volaba su dinero, como quizás no tenía mucho, se corrigió y, por la misericordia de Dios, llegó a ser tan hombre de bien que huía como del infierno de los que juraban y no los podía soportar.

Lo mismo vosotras, mis queridas hijas, cuando hayáis contristado a vuestra hermana, o la hayáis deseducado con alguna falta habitual, impones alguna penitencia; por ejemplo, privaos cuando podáis hacerlo sin debilitaros excesivamente, de la mitad de vuestra comida, o tomad la disciplina o el cilicio, besad la tierra, privaos de hablar algún tiempo, a no ser cuando os pregunten; veréis entonces, mis queridas hijas, cómo en poco tiempo llegaréis a ser humildes, respetuosas, mansas, tratables y muy suaves. Sé muy bien que a algunas les resultará un poco

difícil y que quizás haya otras que son de un humor un poco molesto de soportar; pero también sé muy bien, mis queridas hijas, que no son muchas, por la misericordia de Dios, y que, entre las que tienen estas imperfecciones que combatir, una buena parte se han enmendado a partir de la conferencia que se tuvo sobre este tema. Si, lo que Dios no permita, alguna tuviese el malhadado designio de no corregirse, estaría mucho mejor fuera de la Compañía. Si siguiera en ella, sería con gran deshonra de Dios, a quien había prometido servir, y con escándalo del prójimo al que tiene que edificar. Si lo advirtieseis, mis queridas hijas, habría que llorar sobre esta pobre hermana, gemir, hacer penitencia, pedir perdón a Dios por ella y por todas las que han tenido que sufrir este desastre. Desde ahora, hijas mías, os ruego que lo hagáis, y para ello seguidme y decid con todo vuestro corazón: «Dios mío, te pedimos muy humildemente perdón por nuestras hermanas y por nosotras, que hemos sido tan miserables que nos hemos enojado las unas con las otras y hemos perdido el respeto que se nos había encomendado con tanto afecto, y la mansedumbre que conviene al nombre las Hijas de la Caridad, que por tu voluntad tenemos el honor de llevar. Te suplicamos, por la inmensa mansedumbre de tu queridísimo Hijo, que borres estas faltas y nos concedas la gracia de que en adelante no formemos entre todas nada más que un solo corazón y una sola alma por tu amor y en tu amor».

Esto es, mis queridas hijas, lo que tenía que deciros sobre el tema de la presente conferencia, resumida en cuatro prácticas principales, la primera, pedir a Dios este respeto y esta mansedumbre, entregándoos a él y pidiéndole una inviolable decisión; en segundo lugar, manifestaros por fuera este respeto, saludándoos; en tercer lugar, pedirnos mutuamente perdón; en cuarto lugar, poner os alguna penitencia.

Quiera la bondad de Dios, mis queridísimas hijas, repartiros en abundancia su espíritu, que es solamente un espíritu de amor, de mansedumbre, de suavidad y de caridad, para que por la práctica de estas virtudes, podáis hacerlo todo de la for-

ma que él desea de vosotras, para su gloria? vuestra salvación y la edificación del prójimo. Y yo, aunque soy el más duro y el menos manso de todos los hombres, confiando en la misericordia de Dios, no dejaré de pronunciar las palabras de la bendición sobre vosotras, y le suplico con todo mi corazón que, según las vaya profiriendo, quiera él llenar los vuestros de sus santas gracias.

Benedictio Dei Patris...

28(28,IX,279-299)

CONFERENCIA DEL 22 DE OCTUBRE DE 1646.

Ocultar y excusar las faltas de las hermanas

Conferencia del 22 de octubre de 1646 sobre la obligación que tienen las Hijas de la Caridad de no comentar las faltas que cometen en sus ejercicios las hermanas con quienes están

El primer punto ha sido sobre las razones que tenemos para ocultar las faltas de nuestras hermanas a todos los que no tienen que conocerlas.

Sobre eso se ha dicho:

En primer lugar, no podemos dar a conocer las imperfecciones de nadie sin ofender a Dios.

2.º Va contra la caridad, y por tanto no debemos ser llamadas con ese nombre, si comentamos acciones contrarias a esta virtud.

3.º Va contra la edificación; somos motivo de que se desprecie a la hermana de quien hemos hablado mal; y las que hubiesen deseado unirse a la Compañía, viendo la poca paciencia y caridad que hay entre nosotras, se retirarán.

4.º El desprecio que hacemos de nuestras hermanas recae sobre nosotras mismas, como si echáramos una piedra contra el cielo, que volvería a caer sobre nuestra cabeza.

Conferencia 28. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad.)

Nuestro muy honorable Padre dijo entonces:

— Hijas mías, ¡qué verdad es todo esto y qué bien ha hablado nuestra hermana! Porque ¿qué estima se puede tener de una Hija de la Caridad que desprecia a su hermana y la difama? Ninguna, evidentemente; y aunque de momento parezca estar de acuerdo con lo que dicen, y aún cuando parezca escucharla de buena gana, cuando luego recapaciten y haya pasado el sentimiento que les ha hecho escucharla, se dirán: «Seguramente esta hermana tiene poca virtud, ya que en vez de excusar a su hermana y soportarla, se pone a hablar mal de ella».

Y de esta forma excusan a la otra hermana y a ella la condenan; lo mismo que, si alguno tuviese la mala idea de escupir contra el cielo, sus esputos llegarían a caer sobre su cara, de la misma forma la reprobación que se quería hacer recaer contra una hermana, recaerá sobre ella misma. Hijas mías, anotad bien lo que se va a decir sobre este tema; es uno de los más importantes que se van a tratar; pues por ahí es por donde el diablo quiere destrueros. Espero que el Espíritu Santo, que ha inspirado este asunto, dará luces y afectos a vuestros corazones para conocer su importancia y abrazar sus prácticas. Bien, in nomine Domini! in nomine Domini! in nomine Domini! Sigamos, si os parece.

5.º Como nuestro Señor dijo a sus discípulos, «Si os amáis los unos a los otros, en eso conocerán que sois mis discípulos»¹, de la misma forma, si nos amamos, soportaremos caritativamente los defectos de nuestras hermanas, y en eso se conocerán que somos verdaderas Hijas de la Caridad.

6.º Si excusamos estas faltas de nuestras hermanas, obtendremos su confianza y podremos corregirlas con mayor fruto que si las dijésemos en alta voz, o las reprendiésemos con dureza.

7.º La costumbre de excusarse a sí misma hace que se cometan muchas faltas, que uno no advierte de momento, sino solamente más tarde, cuando se examina; esto perturba algunas

1. Jn 13,35.

veces la tranquilidad de nuestras conciencias y nos impide sacar fruto de nuestras oraciones y demás ejercicios.

8.º Nuestro Señor nos ha mandado soportar los defectos mutuos, e incluso nos lo enseñó duramente su vida; y esta práctica logrará que haya unión entre nosotras.

9.º Nada perjudica tanto a la caridad y a la unión como la falta de paciencia, y esto ofende a toda la Compañía, ya que pensarán que no tiene la práctica de esta virtud, cuando nos vean a nosotras privadas de ella.

10.º Es una falta de humildad y de conocimiento de nuestra debilidad al acusar a nuestras hermanas, y el excesivo amor a nosotras mismas y nuestra propia estima es el que hace que descarguemos sobre ellas las faltas de las que somos nosotras culpables.

11.º Se trata de una enseñanza que el Padre Eterno nos ha dado por medio de su Hijo, que la practicó durante toda su vida y hasta su muerte, cuando excusó la ignorancia de los que lo crucificaban ²,

12.º En la práctica de esta virtud cumplimos la ley de Jesucristo; y esto solamente se les da a las que soportan los defectos de sus hermanas.

13.º Nuestro reglamento nos ordena la práctica de esta virtud, lo cual parece ser de gran obligación para no vivir en desorden, en contra de nuestras reglas.

El segundo punto fue sobre la manera de ocultar y de excusar las faltas de nuestras hermanas. Sobre eso se dijo:

1.º Cuando veamos caer a nuestras hermanas en alguna falta, hemos de pensar que ha sido por inadvertencia, que no querían obrar mal, que nosotras, por nuestra parte, caemos con mayor frecuencia y por pura malicia.

2.º Si son nuevas en la Compañía, podemos decir que todavía no están acostumbradas a la comunidad, que siguen aún las máximas del mundo, y creer que esto les da mucha pena.

2. Lc 23,31.

3.º Si son antiguas, pensemos que hay que trabajar en ello toda la vida, y que, por permisión de Dios, los mismos santos han caído algunas veces, a fin de que cada uno conociese que no puede hacer por sí mismo sino pecar.

4.º Será conveniente, cuando alguna se dirija a nosotras para quejarse de su compañera, no escucharla, o cambiar de conversación.

Sobre este punto, nuestro veneradísimo Padre habló de este modo a toda la reunión:

— Ese es un buen remedio, hijas mías, para cortar la raíz de este pecado; pues como se ha dicho que, si no hubiese encubridor, tampoco habría ladrón, de igual forma, si no hubiese oyentes, tampoco habría maledicentes. Hermanas mías, no escuchéis jamás ni apliquéis vuestros oídos cuando vuestra hermana venga a exponeros sus quejas; quizás la pobrecilla esté de mal humor; y eso pasará. Sin embargo sus palabras habrán hecho impresión en vuestro espíritu, y habréis concebido una mala opinión de la otra, que quizás sea inocente. Por eso hay que guardarse mucho de esto, hijas mías, pues la que se queja está muchas veces en el error, y la que es acusada no creía que obraba mal, como se ha indicado muy atinadamente. La primera no estaba en disposición de oír o de ver lo que ha visto u oído. Por eso, en vez de amonestar caritativamente a su hermana, le ha parecido más fácil, al encontraros, descargarse con vosotras. Pues bien, hay que impedir todo esto, hijas mías, pues, aunque por la misericordia de Dios yo no crea que se hayan cometido en esto grandes faltas, pueden cometerse sin embargo. El diablo, que es sagaz, empieza por unas pequeñas insinuaciones, por algunas murmuraciones, por algunas quejas sin importancia, para llegar poco a poco a notables disensiones y calumnias manifiestas. Porque quizás, hijas mías, el príncipe de los demonios, que es el enemigo capital de las obras de Dios y que teme mucho al bien que va a hacer esta Compañía, se esfuerza en destruirla y ha nombrado un demonio expresamente para tentaros. Ese demonio no tiene otra cosa que hacer; os observa por todas partes para ver el lugar en que os puede pillar.

Así como Dios os ha dado un ángel expresamente para guardaros, así ese demonio tiene expresamente el encargo de destruirlos; y no os pillara nada más que por la falta de paciencia, por las quejas que de ahí se derivan, seguidas bien pronto de detracciones y luego de grandes disensiones. ¿Qué es lo que sostiene este edificio? La piedra de debajo sostiene a la de encima, ésta a la otra, y así las piedras se van sosteniendo unas a otras, y se mantiene el edificio. Dios, por su infinita bondad, quiera guardaros de esta desgracia. Pero para impedirlo totalmente, no escuchéis nunca las quejas. Ese es el medio que acaba de indicarnos nuestra hermana, y es infalible.

Pero, Padre, me dirá alguna, ¿cómo podremos conseguir que se calle nuestra hermana? ¿le diremos que no está hablando bien? Lo tomaría a mal. Hijas mías, os digo un medio que se me acaba de ocurrir y que quizás podría olvidármeme si no lo dijera. Es que no respondáis ni una palabra, que os pongáis de rodillas y que pidáis a Dios que envíe a vuestra hermana algún pensamiento contrario a lo que os está diciendo. Y cuando os vea de esta forma, volverá a entrar en sí misma, incluso antes de que le hayáis hablado.

Pensaba últimamente dentro de mi mismo: ¿qué es lo que podrá impedir que subsista esta Compañía? Solamente se me ocurrió que sería este desgraciado vicio, porque, gracias a Dios, no veo que exista otro gran mal. No será por falta de personas buenas que amen su vocación; ni por parte del pueblo, porque os querrá y os recibirá siempre con mucho agrado; a todos les interesa mucho que los pobres estén servidos; pero será por vosotras mismas, si no ponéis oportunamente la mano y trabajáis en ello constantemente. Por eso, hijas mías, es menester que toméis la resolución de pelear desde ahora contra esto y con mucho ánimo; es preciso que todas las que me estáis oyendo sintáis mucho horror contra este enemigo. Y si hubiera alguna que no se sienta en situación de resistirle, le aconsejaría que se retirase de la Compañía antes de ser un escándalo para las demás. Y si la mitad de vosotras estuviese atacada por este mal, que es muy grande, hijas mías, pues no siempre se trata

de una simple imperfección, sino que algunas veces llega a ser pecado, e incluso pecado mortal, como cuando reveláis el pecado mortal de una hermana, cometiendo entonces vosotras mismas un pecado mortal; digo pues, hijas mías, que si la mitad de vosotras tuviese esa costumbre de no poder soportar los defectos de las demás y hablar mal de ellas, y no tuviese ningún deseo de romper con ese vicio, me parecería bien que esta mitad se retirase, para no perjudicar al resto de la Compañía; porque, hijas mías, tendréis que dar cuenta delante de Dios, no sólo del mal que hayáis hecho, sino también del que hayáis causado, o de la disminución del bien que hubiese sido mayor sin vuestro mal ejemplo. Tened mucho cuidado con esto, hijas mías, pues quizás alguna de vosotras se perderá por abusar de las gracias que Dios le hace aquí, o por dar ocasión a las demás de ofender a Dios, o por impedir una perfección mayor. Y quizás podría salvarse en su propia casa, en donde Dios no le habría pedido tanto. Tened mucho cuidado con esto, mis queridas hijas, en nombre de Dios, y acordaos del medio que os acaba de indicar vuestra hermana. Prosigamos con nuestro tema.

5.º Es conveniente mirar si no seremos acaso nosotras mismas la causa de las faltas que cometen las hermanas.

6.º No culpar a nuestras hermanas ante nuestros confesores, con los que algunas veces hablamos de nuestras diferencias.

Sobre esto, nuestro muy venerado Padre, deteniéndola inmediatamente, dijo:

— ¡Oh! ¡Jamás, hermanas mías, jamás ante los confesores! ¡Dios mío! ¡sería un sacrilegio! Y si es fuera de la confesión sería una detracción. Ir a quejarse de una hermana ante un confesor, es odioso. En la confesión hablad de vosotras, pero no habléis de las demás. Algunos doctores defienden que, si uno no puede confesarse de un pecado sin dar a conocer con quién lo ha cometido, más vale no confesarse de él. La caridad, hermanas mías, es la reina de las virtudes; ¿hay algo que la perjudique tanto, como infamar al prójimo? La confesión es necesaria, pero es subordinada. La caridad es lo primero, y si la caridad puede verse ofendida, dejad la confesión, pues la con-

fesión no es más que la esclava de la, caridad, y no tiene que hacerse en perjuicio de ella. La caridad está por encima. Si tenéis algo contra vuestra hermana, decídselo a quienes tienen que saberlo y pueden remediarlo, decídselo a vuestro superior, a vuestra superiora, pero nunca a vuestros confesores, que están únicamente para reprenderos las faltas que confesáis y para daros la absolución, pero no para conocer lo que pasa entre vosotras. Os lo digo una vez más; según los doctores que han hablado de esto, valdría más no confesarse que dar a conocer la falta de alguno en la confesión; en vez de recibir el mérito del sacramento, añadiríais un sacrilegio a vuestros pecados.

Si es fuera de la confesión, hijas mías, estáis hablando con un hombre sujeto a las mismas debilidades que vosotras, que no está ligado a guardar el secreto, y, después de haberos dejado a vosotras, podrá libremente repetir lo que hayáis dicho. ¿Y qué es lo que sucede algunas veces? Hijas mías, desgraciadamente hemos visto a algunas que, por sentirse apegadas de esta forma a su confesor, se han perdido, no se trata de que haya pasado nada malo, por la misericordia, de Dios, sino que el confesor empezaba a manifestar más afecto a unas que a otras, les daba la razón a unas sobre otras; si una le hablaba de alguna disensión, él se indisponía con la otra, y de esta forma no había nunca paz. ¡Qué buena observación ha hecho nuestra hermana! Hijas mías, poned cuidado en esto; no abuséis jamás de la confesión, fijaos siempre en lo que os obliga la caridad, y no digáis nada fuera de la confesión. Los confesores a los que descubris las faltas de vuestras hermanas saben muy bien que no tenéis que decírselas. A veces se encuentran en un lugar en donde se habla de vosotras; y dirán libremente: «Esas hermanas se devoran entre sí; ¿creéis quizás que valen algo? Si las conocieseis, veríais lo que son; están siempre discutiendo, y manifiestan sus desavenencias al primero que ven, sin caridad y sin paciencia. A mi me tienen rota la cabeza». Eso es, hijas mías, lo que pueden pensar vuestros confesores, si no tenéis la discreción necesaria para tratar con ellos; perdéis vuestra reputación,

os escandalizáis a vosotras mismas y hacéis daño a toda la Compañía.

7.º Si a veces los pobres no son servidos a su hora o carecen de algún medicamento, no echar la culpa a nuestra hermana, sino procurar excusarla; y si alguna dama está descontenta, hacer lo mismo.

8.º Si tenemos un poco de amor de Dios, nos resultará fácil soportar las imperfecciones de nuestro prójimo, y si tenemos deseos de avanzar en la virtud, nos sentiremos contentas de que vengan estas ocasiones, para trabajar en nuestra perfección.

9.º Cuando se hable mal de una hermana, procuraremos excusarla, diciendo: «Ha sido por debilidad, y si Dios no nos tendiese la mano a todas, cometeríamos otras muchas faltas».

10.º Pensar que, al justificarnos en perjuicio de nuestras hermanas, falseamos muchas veces las cosas para que cedan en nuestro provecho, y por consiguiente faltamos contra la verdad.

11.º Si a nuestras hermanas se les escapa alguna palabra por ligereza, en vez de juzgar que han hecho mal, tenemos que poner los ojos en nosotras mismas, y ver si no habrán faltado por culpa nuestra, si no lo habríamos hecho peor que ellas, si ellas nos habrían tratado de esta manera y con la dureza con que nosotros las tratamos, y con estas reflexiones procurar excusarlas siempre dentro de nosotras mismas. Si no podemos hacerlo con las personas que han visto sus faltas, es conveniente justificar su intención.

12.º Pensar que, si soportamos a nuestras hermanas, ocultando sus faltas o excusándolas, Dios permitirá que ellas nos devuelvan esta misma caridad, y hay motivos para reconocer que de esto tenemos toda mucha necesidad.

13.º Procurar olvidar las faltas de las demás y, para conseguirlo, excusarlas y creer que han obrado por descuido y sin ninguna mala voluntad.

14.º Si alguna vez indicamos al prójimo que estamos ofendidas por lo que ha dicho o ha hecho, pedirle perdón cuanto antes y demostrarle que no tenemos ningún resentimiento.

15.º Cuando la falta de una hermana sea manifiesta a todas a las damas y al médico, disimularla, si podemos hacerlo sin mentir, y si no, sentirnos obligadas a excusarla e intentar reparar su falta, para que nadie se dé cuenta. Como no somos nada más que un solo cuerpo, es preciso que uno de los miembros satisfaga y repare lo que ha destruido el otro, pero esto sin darlo a conocer, a ser posible, ni siquiera a la hermana, a no ser que pueda servirle para otra ocasión.

16.º Para comprometernos a callar las faltas de nuestra hermana, hemos de pensar que el decirla es lo mismo que matarla.

Nuestro muy venerado Padre insistió en esta observación:

— -Hija mía, ¡qué bien lo ha dicho sin querer! Porque es muy cierto que los que quitan el honor a alguno lo matan. Los jurisconsultos ponen dos clases de vida en nosotros: la vida del-cuerpo y la vida civil, que es la buena reputación. La Hija de la Caridad que difama a su hermana y le quita esa buena reputación, le quita esa gracia que tenía entre los que la conocían, la hace morir en su estima. Ya no le hacen caso, como no harían caso de un hombre a quien la justicia condena a la muerte civil, que es el destierro; ya no tiene honra. Lo mismo, una persona de quien se habla mal, ya no tiene honor en la opinión de los que han oído esas palabras.

Pensemos en una buena Hija de la Caridad, que tiene mucho cuidado de los pobres, que cumple su oficio con esmero y contenta a las damas. Todo el mundo está edificado con ella, y vosotras decís: «¡Tiene muy mal genio! ¡No se puede vivir con ella! Es muy distinta de lo que aparenta». La matáis, le quitáis la reputación, por la que vivía en la estima de esas personas. Por eso nuestra hermana ha dicho muy bien, aunque no se daba cuenta de lo que quería decir.

Pensad un poco, cuando os entren ganas de hablar en contra de otra, pensad en vuestro interior: «Voy a decir una cosa que los demás no saben; satisfaré a mi pasión, pero también mataré a mi hermana, a la que le quitaré el honor, y desde ahora ya no tendrá reputación». No creo, hijas mías, que si os hacéis estas reflexiones, deis un paso más. Hija mía, tiene usted

muchas razones para decir que publicar los defectos de alguien es martarlo, aunque no pensaba en lo que esto quería decir. ¡Muy bien! *In nomine Domini, in nomine Domini!*

El tercer punto es sobre los bienes que conseguiremos cada una en particular y la Compañía en general, si somos fieles a la práctica de la virtud de la paciencia, esto es, si ocultamos y excusamos las faltas de nuestras hermanas para acusarnos más bien a nosotras mismas.

Sobre esto se ha dicho:

1.º Es un medio para adquirir la humildad, por el que atraemos las gracias de Dios sobre nuestra comunidad, servimos de buen ejemplo al prójimo y hacemos que nuestras hermanas aprecien su vocación, al ver que nos soportamos mutuamente y que cada una da la razón a su hermana más que a sí misma.

2.º Con la paciencia que tendremos unas con otras, Dios será glorificado, porque esto impedirá que nazca la envidia entre nosotras con la que tantas veces se le ofende.

3.º Nos mantenemos en el desprecio a nosotras mismas, porque, cuando veamos algunas faltas de nuestras hermanas, nos humillaremos, reconociendo que sin la gracia de Dios seríamos mucho peores.

4.º Nuestro prójimo quedará edificado; haremos nuestros trabajos con más sentimiento de la presencia de Dios, con más alegría, con una intención más pura y nos amaremos más las unas a las otras.

5.º De aquí se seguirá en general una gran unión, concordia, paz y amistad, y en particular una gran tranquilidad de espíritu, para lograr la perseverancia:

6.º De esta paciencia recíproca la paz nacerá en nuestra Compañía. Mortificaremos las pasiones de nuestro corazón que se empeña en surgir contra esta virtud; nos haremos más moderadas en nuestras palabras; insinuaremos esta práctica con nuestros ejemplos en el espíritu de las recién llegadas, que quizás no la conocían; y si somos fieles a ella, nuestra Compañía será entonces verdaderamente de la Caridad.

7.º Por la práctica de esta virtud en toda la Compañía Dios será glorificado, porque honraremos así las enseñanzas y los ejemplos de su Hijo en la tierra.

8.º El mérito de estas virtudes practicadas por nuestro Señor se extenderá sobre las nuestras, si las hacemos con amor.

9.º Si entramos en esta práctica de la paciencia y excusa de nuestras hermanas, no formaremos más que un solo cuerpo y un solo espíritu, y así podremos atraer mucho más las gracias de Dios, que necesitamos para la afirmación y estabilidad de nuestra misión en servicio de Dios y de los pobres.

10.º La práctica de esta virtud mantendrá siempre nuestro espíritu en paz y en humildad, nos hará amables a nuestro prójimo y nos ayudará mucho a servirlo; y ya en este mundo podremos en cierto modo participar de la recompensa que nuestro Señor promete a los pacíficos, porque podremos más fácilmente ponernos y permanecer en la presencia de Dios.

La mayor parte de nuestras hermanas hablaron en esta conferencia y dijeron sustancialmente una parte de las cosas que aquí hemos puesto, sacándolas de las notas que habían hecho en su oración.

Cuando ellas terminaron, nuestro muy honorable Padre empezó a hablar poco más o menos de esta manera:

— Se está haciendo tarde, hijas mías, y ya habéis visto la importancia del tema de esta charla, y no es necesario que me detenga mucho en hablaros. Vosotras mismas habéis reconocido los males que causan estos defectos, el escándalo que dan al prójimo y la ofensa que hacen a Dios, el desorden que ponen entre vosotras, cómo rompen la unión, hasta qué punto perturban la paz y causan molestias entre vosotras mismas. ¡Qué felices seríais sin ellos! Si os portaseis bien, esto sería el paraíso. Donde está la caridad, allí está Dios. El claustro de Dios, dice un gran personaje, es la caridad, pues allí es donde Dios se complace, donde se aloja, donde encuentra su palacio de delicias, su morada y su placer. Sed caritativas, sed benignas, tened espíritu de paciencia, y Dios habitará con vosotras, seréis su

claustró lo tendréis entre vosotras, lo tendréis en vuestros corazones.

Pues bien, por su misericordia, mis queridas hijas, hay motivos para esperar que lo queréis así y que os esforzaréis con buen ánimo en adquirir esta caridad. Por eso, dada la disposición que se nota en vosotras, no tengo por qué detallaros cómo debéis ocultar y excusar las faltas de vuestro prójimo, ya que el mismo Dios os ha dado a conocer suficientemente las ventajas que obtendréis cada una en particular y la Compañía en general. Diremos solamente unas palabras sobre los medios que Dios nos da para esforzarnos en ello; porque hijas mías, hay que trabajar continuamente en esto.

El primer medio es pedirselo a Dios. Sí, hijas mías, hay que pedirselo a Dios; pero que sea con todo nuestro corazón; y ahora, mientras os estoy hablando elevad vuestro corazón para pedirselo, y tomad la resolución de aprovechar bien todas las ocasiones que tengáis para excusar a vuestra hermana, para soportarla y para ayudarla todo lo que podáis.

Ya se ha dicho el segundo medio; pero, para que os acordéis mejor, os lo repetiré: es ponerse de rodillas cuando una hermana hable mal de otra. Este es un gran medio. No decir ni una sola palabra. Pero ella verá muy bien lo que queréis decir. Entrará en su interior, sentirá inmediatamente un disgusto por su falta, y quizás con la gracia de Dios, se resolverá a no caer más en ella. Además haréis que quienes la estaban escuchando con gusto, se vean impresionados con vuestro ejemplo y procuren imitarlo. Vosotras mismas, al poner os de rodillas, os humillaréis y excusaréis en vuestro corazón a aquella de la que se hablaba y a la que hablaba. Podréis decir: «¿Qué es lo que somos? ¡Esta hermana tiene tan buenas cualidades y el demonio no deja de atacarla! Si Dios no me protegiese, ¿yo qué sería?». Estad seguras, hijas mías, de que el demonio ha obtenido de Dios el permiso para probaros, y que no dejará pasar ninguna ocasión sin tentaros. Por eso, es preciso que tengáis mucho cuidado.

Si sois vosotras las que habéis caído en la maledicencia, en la murmuración o en la detracción, entrad en vuestro interior y decid: «¿Qué es lo que has hecho, miserable de ti? Te has dejado llevar por el enemigo, has matado a tu hermana, le has quitado la reputación, has escandalizado a las hermanas con las que has hablado. ¿Qué estima tendrán de ella desde ahora?» E inmediatamente, hijas mías, para que la mala impresión que causaron vuestras palabras no vaya más lejos, y también por la caridad que quiere que contribuyáis a la buena estima del prójimo, inmediatamente, sin retrasaros ni un momento, id a buscar a vuestra hermana, poneos de rodillas a sus pies y decidle: «Hermana, aquí estoy a sus pies para pedirle perdón. Ha sucedido, miserable de mí, que he dicho esto y esto de usted; le ruego que me lo perdone y que pida a Dios que tenga misericordia de mi». Después de esto, id a buscar a las demás y decidles: «¡Ay! Rezad por mi; soy tan miserable que me he dejado llevar a decir esas cosas de mi hermana. En nombre de Dios, no os sintáis desedificadas por ello, sino pedid a Dios que me conceda su misericordia».

El tercer medio es que, cuando estamos en un grupo en donde se habla mal de una hermana, pidamos a Dios que toque el corazón de la pobre hermana que nos habla, dirigirse en espíritu al cielo, y por así decirlo, obligar a Dios a que le dé algún buen movimiento para que tenga algún pensamiento en la intimidad con Jesucristo, rogar al Espíritu Santo que le dé una inspiración conveniente a la situación en que está y, una vez más, ponerse de rodillas. Si se está en un lugar adecuado, y nadie lo ve, ¿por qué no?; pero, si el lugar no es oportuno, o ella no se acuerda, entonces, sin decir una palabra, elevar el espíritu y pedir a Dios con todo el corazón que toque el corazón de su hermana. No creo que sea conveniente decirle nada, pues quizás no está de humor para escuchar: entonces está descontenta, y quizás se exaltaría más si se le hablase. Más vale recurrir a Dios, para que quiera Su bondad darle las disposiciones necesarias, y edificarla con vuestro silencio y vuestro ejemplo, que tiene más poder que cualquier palabra; no, hermanas mías, ya

os lo he dicho y os lo vuelvo a repetir, nada de lo que podamos decir para exhortar a nuestro prójimo a que cumpla con su deber, es tan poderoso como el ejemplo; y pronto o tarde veréis sus frutos.

El bienaventurado Juan de Montmirail, que era uno de los grandes señores de la corte, condestable de Francia, que derrotó a los ingleses en Compiègne, y cuyo hijo mayor se casó con la hija mayor del rey de Inglaterra, uno de los más altos señores y más poderosos del reino, después de haber trabajado muchos años por la corona de Francia, sintió deseos de hacerse religioso. Dijo al prior de la casa que había escogido: «Padre, yo haré todo lo que vosotros hacéis aquí, me levantaré a la misma hora que vosotros, comeré en el refectorio como vosotros, y así en todo lo demás. Pero hay una cosa que me preocupa, que no sé limpiarme los zapatos. Espero que podré conseguir todo lo demás; pero para esto, os confieso mi debilidad. Dé órdenes para que me los limpien y me los traigan todas las mañanas».

El prior, que tenía el espíritu de Dios y se daba cuenta de que no pararían allí las cosas, le dijo: «Desde luego, señor, se trata de algo poco importante; encargaré a un hermano, que no dejará de hacerlo». Así se hizo, y todos los días le llevaba los zapatos a su habitación. Como aquello durase más tiempo del que había pensado, el mismo prior tomó los zapatos del bienaventurado, se los limpió y se los llevó todas las mañanas. El religioso lo vio un día y, como no estaba muy seguro, se fijó más de cerca, hasta que adquirió la certeza de que era el prior. Empezó a entrar dentro de sí mismo. «¡Cómo, tierra miserable! Tu prior te limpias los zapatos. Tú quieres ser religioso, ¿y dónde está tu disposición? Necesitas un criado. ¡Tú no puedes limpiarte los zapatos, y tu superior te los limpia!» Con estos sentimientos, se puso de rodillas delante del prior, le rogó que cesase en su tarea, pidió perdón públicamente, hizo penitencia especial por ello y desde entonces él mismo se los limpió siempre. Ya veis, por este ejemplo, hijas mías, cuánta fuerza tiene el ejemplo.

¡Pero esta hermana es perezosa; no se levanta con nosotras! No le diga usted nada. ¡Pero esta no hace nada, no quiere barrer la habitación! Bárrala usted. Si ella no se hace la cama, hágala usted. Todo lo que tenga que hacer y no lo haga, hágaselo usted, y ya verá cómo no se lo dejará hacer mucho tiempo. Pero sobre todo, cuando se hable de alguna, dirígios a Dios sin decir nada, y veréis qué pronto se calla; porque, si no hubiese hermanas para escuchar, tampoco habría nadie que se quejase.

El cuarto medio, os lo recuerdo para recomendároslo una vez más, es que no habléis con vuestros confesores. En nombre de Dios, hijas mías, no les pongáis al tanto de vuestras discordias. Tenedles mucho respeto. En la confesión, como os he dicho, esto no puede hacerse; y fuera de la confesión, es maledicencia. Ocultad todo lo que podáis vuestras pequeñas diferencias, a no ser a los que tienen que conocerlas. Sobre todo, llevad en paz las unas las cargas de las otras.

El quinto medio para impedir las quejas y hacer que alguien se corrija es, según creo, no avisarse de ello. Ya he dicho que no habíais de avisar a la que habla mal de alguien; ahora voy más lejos: no avisarse jamás. Los Padres jesuitas, que son personas prudentes, si las hay en el mundo, se avisaban mutuamente al comienzo de su Instituto; como no dejaban de cometer faltas, quisieron intentar otro medio, esto es, no avisarse; y en caso de falta notable, avisar al superior. Se dieron cuenta de que esto surtía mejores efectos que cuando se avisaban, y resolvieron no avisarse; y no lo hacen; de forma que, según creo, si aceptamos esta práctica, también infaliblemente veremos las ventajas.

Pero, Padre, ¿qué vamos a hacer? Esta hermana habla continuamente y no guarda el silencio. Guárdelo usted y déjela que hable.

Pero no hace nada; yo soy la que tengo que esforzarme y cargarme con todo; si sigo así, me pondré enferma. Siga así, haga todo lo que ella tendría que hacer, y verá como no dejará que lo siga usted haciendo mucho tiempo.

No ha hecho la cama en toda la semana. Hacedla vosotras un mes entero; dos meses, si es necesario; antes de que termine el mes veréis cómo se enmienda. Y aunque no se enmendase, continuad haciéndolo.

Probaremos este medio durante tres meses; os pido que, durante tres meses, se avise a la demás sólo por medio del ejemplo, a no ser que os diga lo contrario.

Dentro de tres meses tendremos otra reunión sobre este tema, y me diréis los frutos que habéis obtenido. Que durante estos tres meses cada una haga el examen sobre esto antes de comer y de cenar; que cada una vea si no ha dicho nada en contra de su hermana, si no se ha quejado, si no ha murmurado. Hacedlo así, hijas mías, daos buen ejemplo y no digáis una palabra.

No digáis una palabra; pero que no sea por desdén, ni mucho menos. Peor aún sería que refunfuñéis; porque en eso habría mucha imperfección. Las instrucciones que se os dan no son más que para impedir las imperfecciones, de forma que yo no os diría que hicieseis la tarea de vuestra hermana para darle buen ejemplo, si pensase que habíais de hacerlo con mala cara, o faltar a la cordialidad. No, lo que quiero es que la invitéis a que coma a su debido tiempo, que habléis juntas de las prácticas de vuestras reglas cuando haya ocasión, que hagáis la lectura, que tratéis con ella durante las comidas, que la animéis a tener la recreación, que tengáis mucha cordialidad y respeto con ella, que le preguntéis su parecer cuando convenga. Creedme, hijas mías, sería menester tener muy poca disposición para la virtud si, con esos ejemplos, no se corrigiese. Sed fieles a esta práctica; sed siempre modestas, demostrad alegría y buen humor, incluso cuando os lo impida la pena que ella os dé; porque, hijas mías, no tardará mucho tiempo, si os ve de esa manera, en hacer a vuestro lado todo lo que queráis.

El sexto y último medio es la confesión y la santa comunión. Hijas mías, son unos medios muy poderosos, que atraerán infaliblemente sobre vosotras las gracias suficientes para ayudaros a soportar y excusar los defectos de las demás y enmendaros. Utilizad estos medios, hijas mías, en nombre de Dios.

Cuando hayáis observado que habéis caído, recurrid entonces a la santa confesión, acudid siempre a la santa comunión, siempre que os lo permita la bondad de Dios. — Pero no siento ningún gusto . No importa, no dejéis de ir. Dios es el que os llama. No hay remedio tan eficaz contra las enfermedades de nuestras almas. Allí es donde hay que ir a robustecerse. Allí es donde hay que ir para exponer nuestras penas, porque allí está el verdadero médico que conoce los remedios convenientes; allí es donde hay que ir a estudiar el amor, la paciencia, la cordialidad, el ejemplo del prójimo y todas las demás virtudes que nos son necesarias. Acudid pues allí, mis queridas hijas, cuando Jesucristo os llame, y no miréis si tenéis o no un gusto sensible, porque vuestro enemigo lo intentará todo para impedir os acercaros a la comunión, haciendo frustrar las gracias que Dios os quiere dispensar, para haceros entrar en la práctica de las divinas virtudes de su Hijo. Pidámosle todos juntos estas virtudes de la caridad y de la paciencia que él ejerció durante su vida y que yo le voy a pedir para vosotras.

Señor mío y Dios mío, Jesucristo, Salvador mío, el más amable y amoroso de todos los hombres, que has practicado incomparablemente más que todos juntos la caridad y la paciencia, que has recibido más injusticias y afrentas que todos, y que has tenido por ellas menos resentimiento que nadie, escucha, por favor, la humildísima oración que te dirigimos, para que te plazca derramar sobre la Compañía el espíritu de la caridad que tú tuviste y el espíritu de mansedumbre y de paciencia que demostraste con tus amigos, a fin de que, por la práctica de estas virtudes, se cumplan en ella los designios eternos de la adorable voluntad de Dios, para que pueda glorificar a Dios imitándote y ganar con su ejemplo a las almas para tu servicio, y sobre todo, Dios mío, para que, por la paciencia mutua, te sea agradable esta Compañía. No oigas, Dios mío, la voz del pecador que te habla, sino mira los corazones de nuestras hermanas presentes y ausentes, que así lo desean y así te lo piden por mi boca. Concédesele, Dios mío, concédesele a la Compañía, te lo pido por tu santísima Madre, te lo pido por todos los santos

que te glorifican en el cielo y por todos los que vivan en la tierra, te lo pido por los ángeles custodios de nuestras pobres hermanas y por los deseos que tienen de ser fieles a tus gracias. Espero, Dios mío, que me concedas esta gracia y, con esta confianza, aunque, como miserable pecador, haya faltado muchas veces contra los preceptos que me has dado y contra las inspiraciones que me has enviado para la práctica de estas virtudes, no dejaré, lleno de confianza en tu misericordia infinita, de pronunciar las palabras de la bendición sobre esta Compañía, y espero que al mismo tiempo que las pronuncie, llenarás sus corazones de tu espíritu de caridad.

Benedictio Dei Patris...

29(29,IX,299-307)

CONFERENCIA DEL 2 DE FEBRERO DE [1647] ¹

Relaciones de las hermanas con los de dentro y con los de fuera

Conferencia del 2 de febrero, sobre las razones que las hermanas sirvientes tienen de atender a sus deberes tanto con los sacerdotes como con las damas de su parroquia y sus hermanas compañeras; así como también sobre los deberes de las hermanas particulares con sus hermanas sirvientes y entre sí; y lo que tienen que hacer las unas y las otras para cumplir bien todos sus deberes.

Nuestro muy honorable Padre, después de haber leído el tema de la conferencia, empezó su charla más o menos como sigue:

— Hijas mías, este tema es de grandísima importancia, mucho más de lo que yo os podría decir. Hoy hacemos lo que hizo

Conferencia 29. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Probablemente es a esta conferencia a la que se refiere Luisa de Marillac en carta a san Vicente del 21 de abril de 1647 (cfr. t. III, *Correspondencia*).

san Pablo en su tiempo, cuando, al escribir a los cristianos de la primitiva iglesia, les decía cómo tenía que vivir el marido con su mujer, el Padre con su hijo, el amo con sus criados, y los criados y criadas con sus amos y sus amas ². También esta conferencia, hijas mías, es para enseñaros cómo tenéis que vivir con los sacerdotes, con vuestros confesores, en las parroquias en que estáis y con los que están encargados de visitar a los enfermos que servís, con las damas oficiales de la Caridad, y finalmente cómo tenéis que vivir las unas con las otras, esto es, la hermana sirvienta con su compañera y ésta con su hermana sirvienta. Y si place a la divina bondad dar la bendición que yo espero sobre lo que se diga, sacaréis de todo un gran provecho.

Creo que sería conveniente añadir también al médico; pero este tema es demasiado amplio y pediría más de una conferencia, lo mismo que cada uno de los demás temas; creo que será mejor, puesto que se está haciendo tarde y venís de lejos, no detenerse hoy nada más que en uno: cómo tenéis que vivir en relación con los sacerdotes que visitan a los enfermos. En la próxima conferencia continuaremos este tema.

Hermana, ¿quiere decirnos sus pensamientos sobre esto?

La hermana dijo que era necesario tratar con los sacerdotes con todo respeto, con las damas con toda sumisión, y con la hermana muy cordialmente, pero sucede a veces que una hermana particular es de un parecer y la hermana sirvienta de otro, y que de esta falta de acuerdo resulta a veces alguna pequeña alteración; y suplicó a nuestro veneradísimo Padre que hiciese la caridad de decirle lo que había que hacer en semejante ocasión. A ello respondió:

— Sí, hija mía, lo haré con mucho gusto, por usted y por todas las hermanas que están aquí presentes y por las que no están, a las que se lo diréis, para que esto pueda llegar a todas; y empezaré por donde debería terminar, que es cómo las hermanas tienen que portarse la una con la otra.

2. Ef 5,22-23; 6,1-9.

Así pues, hijas mías, cuando haya entre vosotras estos sentimientos contrarios, toca a la hermana particular ceder ante la hermana sirvienta, a no ser que avise a la señorita o al superior. En las comunidades bien ordenadas se practica de esta forma.

Los superiores o superiores tienen sus consejeros, a quienes les proponen los diversos asuntos. Cuando han escuchado su parecer, lo siguen, si les parece bien, porque un superior o una superiora puede a veces no seguir el parecer de sus consejeros. Si creen que es más conveniente obrar de otra manera, pueden decir: «Pensaremos más en esto», y, si lo creen necesario, hacer lo contrario de lo que se les ha aconsejado. Cuando sea la visita, las oficiales podrán decir al visitador que tal día la superiora les pidió consejo sobre tal asunto, que a ellas les pareció conveniente, por tales razones, que se hiciese una cosa, pero que no se hizo; y el visitador se informará y ordenará lo que juzgue a propósito.

Esto os puede también suceder, hijas mías, cuando estéis juntas. Si una hermana particular no cree conveniente lo que propone su hermana sirvienta, le está permitido decir sus razones una o dos veces, pero, si la sirvienta no le hace caso, tiene que someterse. Si esto sucede en un lugar oportuno y el asunto no urge, me parece bien que la hermana sirvienta no pase adelante sin haberlo comunicado a la señorita Le Gras, o, en su lugar, a la sirvienta de aquí. Si se trata de un lugar apartado, será conveniente que lo antes posible se lo indique a la señorita: «Nos ha sucedido esta cosa; mi hermana era de tal parecer, y yo de tal otro. Yo he hecho según mi parecer; le ruego que me indique si he obrado bien».

Así es, hijas mías, como hay que portarse. Ahora queda por deciros a éste propósito cómo tienen que vivir juntas la particular y la sirvienta.

En primer lugar, creo que para hacer las cosas debidamente tienen que vivir de tal manera que no se sepa nunca cuál es la particular y cuál la sirvienta. La sirvienta no tiene que empeñarse en aparecer la primera, en estar mejor vestida, en caminar por delante de la otra. Que vayan siempre como se en-

cuentren, y de esta forma unas veces será una, y otras veces la otra, y nunca se darán cuenta los de fuera cuál es la primera.

También es necesario que se tengan mucho respeto mutuo Para ello, que la hermana sirvienta se convenza de que su hermana vale más que ella, y que es mucho más capaz de ocupar el lugar suyo. Hijas mías, hasta ahí es preciso llegar: creer siempre que el otro vale mucho más que nosotros. Y no hay ningún hombre de bien que no lo crea así; no hay ningún hombre de bien que no crea que es el peor hombre del mundo y que todos los demás valen más que él. Creedme, hijas mías, si no lo pensamos así estamos en mucho peligro; os lo repito, hijas mías, apenas una hermana se imagina que es más digna de aprecio que la otra, ya no vale nada delante de Dios; y su hermana, por muy imperfecta que sea, vale más que ella. Si alguna cree que tiene otra intención, otra categoría, otro espíritu, es que se está metiendo en ella el espíritu del orgullo, el espíritu del demonio, el espíritu del infierno, porque el orgullo es causa del infierno.

No digáis nunca: «Esta hermana es importuna, tiene mal humor, carece de virtud». Hijas mías, cuando se os ocurra esto, poned los ojos en vosotras; decid inmediatamente: «Dios mío, ella vale mucho más que yo, que no hago nada que valga la pena; no hago más que estropearlo todo; no sé cómo me pueden sufrir». Hasta ahí, hijas mías, hay que llegar: no basta con decirlo, hay que sentirlo de verdad; porque, os lo repito, es imposible que un hombre de bien se mire a sí mismo delante de Dios sin encontrarse el más malo de todo el mundo. De esta forma, hijas mías, la hermana sirvienta tiene que pensar siempre que su hermana particular vale más que ella, y que es mucho más capaz de ocupar su lugar. Y para obrar bien, tiene que pedir que se la sustituya en cualquier cargo. Desgraciadamente, sé muy bien, aunque quizás no debería deciroslo, sé muy bien que el superior de una pobre y pequeña Compañía, la menor y más inútil que hay en la iglesia, no deja todos los años de escribir para suplicar que le sustituyan. «Padre mío, dice, en nombre de Dios le ruego que me quite este cargo. ¡Qué cree usted

que puedo hacer donde estoy? Lo estropeo todo y no hago nada».

Pues bien, hijas mías, las que están en París pueden pedir que se las sustituya bien a la sirvienta de aquí, la señorita Le Gras, bien al superior; y las que están lejos, tienen que escribirle, pero sinceramente y con deseos, reconociendo verdaderamente que lo estropean todo.

Otra cosa que tienen que hacer es no mandar nunca a sus hermanas, sino hablarles siempre con gran mansedumbre, de tal forma que no den la impresión de que se trata de personas que quieren hacerlo todo por sí mismas, como si dijese: «Haga esto, vaya allá, venga aquí». Hijas mías, estas son palabras del demonio; es lo que hacen los demonios. Guardaos mucho de ellas. ¡Que nunca se oiga que una Hija de la Caridad habla de esta forma! ¡Dios nos guarde! Cuando deseéis alguna cosa de una hermana, decidle: «Hermana, ¿tendría la bondad de hacer esto?», y añadir «por amor de nuestro Señor». De esta forma ella tendrá el mérito de la obediencia, y de la obediencia por amor a nuestro Señor. Os suplico pues, hijas mías, que digáis, cuando queráis algo: «Hermana, le ruego por amor de nuestro Señor». Y que nadie pueda juzgar por vuestra manera de obrar cuál es la hermana sirvienta o la hermana particular.

Cuando se trata de hablar, toca hacerlo a la hermana sirvienta. No es que la otra no pueda hablar también; pero lo mismo que, cuando paseamos con una persona de condición, tenemos que ir un paso atrás, así también la hermana particular, cuando está con su hermana sirvienta, puede hablar algunas veces; pero cuando haya dicho alguna cosa, tiene que dejar la palabra a su hermana. Y esto tiene que hacerse imperceptiblemente, sin que se den cuenta.

Así es, hijas mías, cómo tenéis que portaros la una con la otra. Diga-mos ahora una palabra sobre los sacerdotes. Hijas mías, ¡qué bien han hablado las que han observado que había que tratarlos con gran respeto! ¡Con tal respeto, que no hay nadie en el mundo al que se le deba otro igual!

Para convencerlos de ello, poneos delante de los ojos que son personas que tienen el poder de hacer que el pan se convierta en Cuerpo del Hijo de Dios, que por su ministerio entráis en la gracia de Dios, que de un enemigo de Dios hacen un amigo de Dios, que Dios les da autoridad sobre los pecadores y que tienen el poder de arrancar un alma de entre las manos del diablo para devolvérsela a Dios. Hijas mías, nunca llegaréis a honrarlos bastantes. Por eso no les habléis nunca, sino con una especial modestia, de tal forma que no os atreváis casi a levantar los ojos en su presencia. Respetad su santidad, si la tienen; y si no os es conocida esa santidad, respetad la santidad de su ministerio y el lugar que ocupan en la Iglesia de Dios. Cuando les habléis sobre las necesidades de algún enfermo, que sea breve y sucintamente y jamás en su domicilio; no, hijas mías, jamás, vale más aguardarlos en la iglesia. Si hay alguna necesidad apremiante, repito, que sea apremiante, y no podáis dejarlo para otra ocasión, entonces podréis ir a su casa, pero nunca solas. ¿Qué es lo que iba hacer una hermana sola en casa de un sacerdote? ¿Qué dirían? No, no hay que hacerlo de ninguna manera. Cuando el caso apremie, podréis tomar una hermana con vosotras, decirle el asunto que tenéis entre manos y marchar luego. Si el sacerdote os quisiese detener para hablar de otra cosa, no habría que hacerlo. Sin embargo, por una o dos veces, podríais responder; pero después de eso, si os quisiese entretener más tiempo, decidle: «Padre, excúseme, por favor; tengo que hacer; tengo un poco de prisa»; porque fijaos, hijas mías, aunque sean unos hombres a los que la santidad de su ministerio eleva muy por encima de los demás del mundo, podría sin embargo haber algunos que, si les hablaseis demasiado tiempo y de cosas no necesarias, no dejarían de escucharos, y ellos y vosotras perderíais vuestro tiempo. Por eso hay que tratar siempre con ellos con mucha seriedad y concisión.

A propósito de las damas, tenéis que obedecerles en todo lo que os ordenen, exponerles la situación de los enfermos, aceptar sus órdenes en todo, y seguir las muy exactamente, sin cambiar nunca nada de lo que os digan y reconociendo que a ellas les

toca ordenar y a vosotras obedecer. Pero tengo que daros un aviso muy importante: es que no os situéis en paridad e igualdad con ellas, ni coartéis su autoridad ordenando cosas por vosotras mismas, porque lo estropearíais todo, hijas mías; arruinaríais la Caridad, ellas no os querrían y lo abandonarían todo. Las damas hacen mucho por el mantenimiento de la Caridad; vosotras no dais más que vuestro tiempo, que no serviría de nada sin la generosidad de ellas; ellas son como la cabeza del cuerpo y vosotras no sois nada más que los pies. ¿Qué pasaría si los pies quisiesen mandar y que la cabeza vaya por donde ellos quisieran? Sería ridículo, porque lo propio de la cabeza es mandar, y el papel de los pies es dirigirse a donde les mande la cabeza. Pues bien, hijas mías, si queréis que la Caridad subsista y que los pobres sigan siendo asistidos, tenéis que obrar de esta forma con las damas. Si no, ellas los dejarían. Procurad pues, hijas mías, trabajar con todas vuestras fuerzas en la práctica de los tres puntos que hemos observado, que son: un gran amor, una gran cordialidad y una gran estima entre vosotras, un gran respeto y una perfecta discreción con los sacerdotes, una gran dependencia, sumisión y obediencia a las damas, una perfecta caridad con los pobres y una entera sumisión a todos por el amor de Dios.

Pido con todo mi corazón a nuestro Señor Jesucristo, que quiso venir a la tierra para estar sometido, no sólo a sus padres, sino también a los peores de todos los hombres y a sus enemigos; que no vino a la tierra para hacer su voluntad sino la de su Padre; que no vino para mandar sino, para obedecer; le ruego, repito, que ponga en vuestros corazones el verdadero deseo de la perfecta obediencia, el verdadero espíritu de la obediencia que él mismo tuvo, y que os dé su verdadero espíritu para obrar con todos en todas las cosas según su santa y divina voluntad. Se lo pido al Padre Eterno por el Hijo, al Hijo por su santísima Madre y a toda la Trinidad por nuestras pobres hermanas que están ahora en el cielo.

Benedictio Dei Patris...

Sobre las reglas

Hijas mías, el tema de la presente conferencia es sobre la importancia que tiene guardar bien las reglas, sobre el bien y la utilidad que se saca de su observancia y sobre el mal que ocurre si las descuidamos. Esta conferencia se divide en tres puntos. Acabo de deciros el primero; el segundo es sobre las faltas que se cometen ordinariamente y en las que más fácilmente se cae; el tercero, sobre los medios para remediar los defectos que se hayan observado. Quiera la divina bondad conceder-nos la gracia de que todos saquemos mucho fruto y utilidad de esta conferencia.

Hermana, ¿quiere deciros sus pensamientos?

Entonces la hermana respondió que era necesario guardar hasta la más pequeña de las reglas, porque si la naturaleza empieza a relajarse, irá pidiendo cada vez más. Si hoy se descuida una cosa, mañana se descuidará otra.

Entonces, nuestro veneradísimo Padre dijo:

— Lo que quiere decir esta hermana es muy interesante; tenedlo en cuenta, hijas mías, porque es una sutileza de la naturaleza, que busca siempre su comodidad. Si hoy, por ejemplo, una se levanta tarde, mañana el cuerpo se encontrará más pesado, porque no habrá tenido tanto reposo; si hoy a una se le ocurre ir a pasearse tranquilamente, ir a hacer visitas, mañana el espíritu y el cuerpo no querrán sujetarse a estar metidas dentro de los límites de las reglas. Por eso, hermanas mías, no hay nada mejor que acostumbrarse a hacer todo lo que hay que hacer, para no encontrar nada difícil. Cuando el cuerpo se ha acostumbrado, ya no se cansa y se encuentra bien. Por ejemplo, un pobre soldado que haya estado mucho tiempo en el ejército,

Conferencia 30. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

mal alimentado, acostándose sobre la paja, ¡se siente tan feliz! Al volver a su casa, cuando tiene ya un poco más de reposo, cuando tiene una cama mejor, se pone enfermo. Por eso, hijas mías, esta hermana tiene mucha razón al decir que si hoy se hace poco, mañana se querrá hacer menos. Continúe, hermana

La hermana añadió que, para entrar en la práctica de las reglas, le parecía conveniente proponerse todos los días ser fiel a ellas, y por la tarde hacer el examen sobre este punto para ver en qué se ha faltado.

— Entonces, hija mía, cada día por la mañana, diréis: «Quiero guardar mi regla hoy (sin hablar de mañana); con la ayuda de Dios, no faltaré en nada». Y por la noche, incluso a veces durante el día, en los exámenes generales o particulares, veréis en qué habéis faltado. Yo creo que esto que ha querido decir, hermana mía, es para hacer penitencia; porque es necesario; hay que castigarse si uno ha faltado, diciendo por ejemplo una decena del rosario, o besando la tierra, o incluso tomando la disciplina. Si seguís este consejo, advertiréis enseguida el progreso en la observancia de vuestras reglas. Cuando el cuerpo se ve así tratado, se sujeta enseguida. ¡Dios le bendiga, hermana mía!

Y usted, hermana, ¿quiere decirnos lo que ha pensado?

— Yo he pensado que, desde la entrada en esta Casa, estamos obligadas a practicar las reglas, ya que hemos prometido a Dios vivir conforme a ellas y al espíritu de la Comunidad; y faltar sería ser infiel a Dios.

— Es verdad, sería ser infiel a Dios; tiene razón, hija mía, ¡sería ser infiel a Dios! Continúe, por favor.

La hermana añadió que, para ser verdadera Hija de la Caridad, no basta con llevar el nombre y el hábito, sino que hay que hacer obras; si no, se daría mal ejemplo a toda la Compañía. Lo cual sería un gran perjuicio. Sobre el segundo punto, dijo que los defectos más ordinarios son: la negligencia y el poco amor con que cada una acepta sus cargos, la falta de cordialidad, de paciencia y de deferencia con el juicio de nuestras hermanas, de donde se deriva habitualmente la poca caridad que hay entre nosotras; finalmente, las faltas al silencio en las ho-

ras debidas. Sobre el tercer punto, observó que un buen medio era tener a las reglas mucha estima y amor, ya que son el camino por el que llegaremos al Cielo; y que tengamos cuidado de no hacer nada que pueda desedificar a nuestras hermanas.

Otra hermana observó que no había mejor medio que la práctica de las reglas para agradar a Dios y progresar en la virtud, que se faltaba muchas veces hablando de los defectos de las demás y que ese defecto se corregiría ejercitándose en la presencia de Dios.

Otra hermana dio como razones para la observancia de nuestras reglas, que no hay nada en ellas que no tienda a la gloria de Dios, que nuestro Señor quiso cumplir fielmente en la tierra todo lo que los profetas habían dicho de él, sin dejar UD 5010 detalle, y que las reglas prescritas en las comunidades son otras tantas luces que Dios ha dado a los superiores para conocer quienes son los que desean abrazarlas y ser fieles. Sobre el segundo punto, una de las principales faltas es que no reflexionamos bastante en las excelencias de nuestras reglas; de ahí viene que no nos damos cuenta de su valor, y que poco a poco nos vamos dejando llevar por la negligencia. El remedio es animarse por las dos razones del primer punto, es decir, que damos gloria a Dios y le llenamos de contento.

Otra hermana dijo otra razón: que, llamadas a donde estamos por la voluntad de Dios, tenemos que creer que es un camino seguro para llegar a la perfección adonde nos quiere llevar. La falta más general, fuente de otras muchas particulares, es el no estimar bastante nuestras reglas, el creer que podemos dispensarnos fácilmente de ellas por cualquier obstáculo que acontezca. El remedio para ello es concebir una alta estima de las mismas y entregarnos a Dios totalmente de nuevo para entrar en una práctica más fiel de ellas.

Otra hermana dijo que, si guardamos nuestras reglas, también estas reglas nos guardarán; que una falta bastante frecuente es faltar a la mansedumbre y compasión con los enfermos; que un buen remedio es movernos, al comienzo de nuestras acciones, a hacerlas por amor de Dios.

Hablaron otras muchas hermanas, pero como la mayoría no lo llevaban escrito, no se ha podido tomar nota de todo. La señorita, invitada por nuestro veneradísimo Padre a decir lo que pensaba, leyó sus notas que decían lo siguiente:

Una razón es el reconocimiento de las obligaciones que tenemos con Dios, que sabe que necesitamos de las reglas para nuestra salvación, y nos ha dado este medio para cooperar por ellas con su gracia. Otra razón es que, si en las Compañías no se observan las reglas, tanto en lo que aconsejan como en lo que prohíben, serían continuos el desorden y la desunión y Dios sería entonces más deshonrado que glorificado.

Las faltas más ordinarias son el poner poco cuidado en dedicarse a la oración, el no estimar bastante nuestras reglas, el estar convencidas de que no nos obligan, el ver mal que nuestros superiores tengan conocimiento de nuestras faltas y el tomarse la libertad de manifestar las faltas ajenas las unas a las otras, lo mismo que nuestras penas y pequeños descontentos, murmurando muchas veces contra los superiores.

Como medio, hacer todo lo contrario, informarse muchas veces de cuáles son nuestras reglas, declarar a nuestros superiores lo antes posible las faltas que hemos cometido contra ellas, entregarse a Dios todos los días para practicarlas, pedir su gracia y rezar a la santísima Virgen y a nuestro ángel de la guarda.

Nuestro veneradísimo Padre, después de haber aprobado todo lo que se había dicho, tanto las razones como las observaciones y los medios, empezó su discurso poco más o menos de esta manera:

— Doy gracias a Dios, mis queridas hijas, por las luces que ha dado a vuestros espíritus en el presente tema, que son tales, por su misericordia, que en vuestros mismos rostros se puede ver que han sido tocados vuestros corazones. Me parece que leo en ellos el deseo de entrar con generosidad en la práctica fiel de vuestras reglas. Veo en vuestro aspecto algo distinto de lo ordinario. Por esto le doy gracias con todo mi corazón y suplico a su bondad que nos haga entrar en el verdadero conocimiento de la gloria que con ello alcanzará.

¿Sabéis, hijas mías, cuál es un motivo poderoso para abrazar vuestras reglas? Vosotras mismas lo habéis dicho; es que Dios se las ha inspirado a los superiores para que os las den a vosotras. Habéis dicho que Dios era quien las había hecho. No sois vosotras las que habéis dicho esto; es san Pablo, hijas mías: «Todo bien, dice este gran santo ¹, viene de Dios»; nada se hace por Dios que no sea él mismo quien lo hace. Pues bien, hijas mías, ¿en qué otra obra ha tenido Dios más parte que en la vuestra? ¿quién habría podido hacerla como él la ha hecho? ¿qué otra cosa hubiera podido hacer Dios para hacerla mejor?

En primer lugar, Dios tomó a unas mujeres pobres. Si hubiese tomado a unas mujeres ricas, ¿hubiesen hecho lo que estas hacían? ¿Hubiesen servido a los enfermos en los servicios más bajos y penosos? ¿Hubiesen ido a llevar un puchero, una cesta al mercado, comprar las provisiones? Y aunque, por la gracia de Dios, haya ahora entre vosotras personas de muy buena condición, podemos creer que, en el comienzo, ellas no lo hubiesen hecho así.

Después de esto, ¿podía Dios haber hecho algo mejor que poner entre vosotras la frugalidad que aquí se observa? ¿Y no es ésta una señal de que se trata de Dios? Si hubiese estado bien alimentadas, si hubieseis tenido manjares delicados, entonces, hijas mías, la naturaleza, que busca su comodidad, no se habría preocupado de ir a socorrer a los demás; os habríais puesto a holgazanear con la buena comida; entonces, nadie os hubiese querido; pues, como tenéis que gastar poco para no ser ninguna carga a los lugares que os pidan, necesariamente tenéis que vivir con esta frugalidad de vida, que es una señal muy segura de que vuestra obra es obra de Dios.

¿Y no se ve también todo esto claramente en su comienzo y en sus progresos? Una señal para reconocer las obras de Dios es, dice san Agustín, que se hacen por sí mismas. Empiezan de una manera que nadie puede observar; y finalmente se llevan a cabo sin que se pueda decir cómo ha sido. Así ha ocurrido

1. 2 Cor 5,18.

con vuestra fundación, mis queridas hijas, porque nadie puede decir cómo se hizo, ni quién la hizo, a no ser Dios. Preguntad a la señorita Le Gras si pensaba en ello. Ni mucho menos. De mí, os puedo decir delante de Dios que jamás lo había pensado. Entonces, ¿quién pensaba en ello? Era Dios, hijas mías, el que sabía muy bien lo que quería hacer. Por tanto, amad su protección sobre vuestra Compañía y apegaos al espíritu que él ha puesto en ella y a la práctica de las reglas que ha introducido, las cuales contienen los medios más seguros para vivir como verdaderas cristianas. Y no solamente esto, sino que, observadas en el espíritu de Dios, os harán alcanzar la más alta piedad religiosa y la más sólida virtud que pueda practicarse en el cristianismo.

En primer lugar, esas reglas son conformes con el Evangelio. Contienen todo lo que nuestro Señor nos ha enseñado de más perfecto, todo el camino que ha indicado para llegar al reino de los cielos. Las reglas os lo señalan; me gustaría hacéroslo ver en todo, si no estuviese con prisas; pero señalaré solamente dos o tres artículos.

El primer consejo evangélico enseña la pobreza, y es por donde nuestro Señor empieza cuando enseña el camino de la perfección a quien quiere seguirle; y por la misericordia de Dios, hijas mías, es por donde vosotras comenzáis. Porque, al entrar aquí no poseéis nada; si tenéis algo, renunciáis a ello, según el precepto evangélico; en la casa tenéis la pobreza en todo: vestís con la tela más basta, no hay ningún tocado más sencillo que el vuestro, en vuestro vivir se observa la frugalidad que os decía hace poco que era la señal de la protección de Dios sobre vuestra obra; y todo lo demás, por su gracia, se encuentra en una grandísima pobreza.

Hijas mías, para vuestro consuelo os diré que no hay nada tan santo ni tan perfecto en los consejos evangélicos como aquello que se os escribe en las reglas que Dios os ha dado; y es esto, por su gracia, lo que todas vosotras hacéis.

Después de la pobreza, nuestro Señor ordena abandonarse sí mismo; ¿no es esto, mis queridas hijas, lo que hacéis al

venir a la Compañía de Hijas de la Caridad? Porque, de todas las órdenes que hay en la iglesia de Dios, ¿quién tiene que renunciar tanto y tan continuamente a sí mismo como vosotras? No conozco ninguna otra. Abandonar la propia voluntad desde que se viene, no tener ningún pensamiento de poder satisfacerse en nada, estar en una continua y entera dependencia de la voluntad de los superiores para ir, para quedarse, para tener este oficio o aquel otro, todo esto es renunciar a sí mismo.

En tercer lugar, el Señor aconseja el desprecio de sí mismo, y por su infinita misericordia, es lo que vosotras buscáis. ¿Hay algo tan despreciable a los ojos del mundo como una pobre Hija de la Caridad? Las santas reglas que la bondad de Dios ha querido daros ¿no os enseñan el desprecio, cuando os ordenan que sometáis vuestro juicio, que tengáis siempre una alta opinión de vuestra hermana y que creáis que todo lo malo proviene de vosotras?

Hijas mías, ¡cuánta perfección contienen vuestras reglas y cómo tenéis que estar seguras de que es la mano de Dios la que os las ha dado, ya que están llenas de las prácticas más santas que Jesucristo enseñó a los que quieren seguirle, y las observaron los apóstoles y los santos! Una de vosotras ha dicho, y es cierto, que es muy difícil perseverar en la vocación si se descuidan esas reglas. Hijas mías, es Dios el que la ha hecho hablar de esta forma; porque no solamente es difícil, sino diría yo imposible; pues ¿cómo se hará una persona digna de las gracias de la perseverancia si desprecia estas reglas? Y es un desprecio el no guardarlas. Habéis dicho también que, si las guardáis, ellas os guardarán. ¿De qué creéis, hijas mías, que os guardarán? Os guardarán de ser infieles a Dios; porque no se ha visto todavía que una persona aficionada a la práctica de sus reglas haya caído en la pérdida de su vocación. Si comete otras faltas, Dios le da gracias para arrepentirse de ellas.

Este es un poderoso motivo, hijas mías, y una razón válida para animaros al cumplimiento y a la práctica de vuestras reglas. Lo habéis dicho vosotras mismas, y no yo. Pero insisto en ello para señalar su importancia, que es tal, si bien lo pensa-

mos, que en ello va la salvación eterna; pues, aunque no estéis obligadas a vuestras reglas bajo pena de pecado, es cierto que, puesto que estáis en la Compañía, estáis obligadas a observarlas. Es un camino que Dios ha señalado; son los senderos por donde quiere conducirnos; y si os apartáis, creed, hijas mías, que hay mucho peligro de perderse.

En quinto lugar, la práctica de las reglas es meritoria y satisfactoria para las personas que las han abrazado. Todo pecado merece castigo, o en este mundo o en el otro. Pues bien, si una persona de buen corazón se entrega a Dios en un género de vida que tiende a su gloria, para reparar allí el tiempo perdido, todas sus observancias le serán satisfactorias por las penas debidas a los pecados que cometió, de forma que puede aplicar todo lo que sus reglas le ordenan en reparación de sus pecados pasados. Hijas mías, ¿quién de vosotras menospreciará esta ventaja? ¿quién no ha tenido vanidad alguna vez? ¿cuántas mentiras, maledicciones, malos pensamientos, y cuántas otras faltas que no conocéis, por las que nuestras reglas nos sirven de dulce penitencia?

Son también meritorias por sí mismas, ya que, al satisfacer por los pecados pasados, adquieren nuevo mérito, y tal mérito, que solamente se necesita esto para hacer que una persona sea santa, si permanece fiel a ellas. Yo he visto a un santo papa, que era Clemente VIII, un hombre muy santo, tan santo que los mismos herejes decían: «El papa Clemente es un santo». Se sentía tan tocado de Dios y tenía el don de lágrimas en tal abundancia que, cuando subía por unas escaleras que se llaman la Escala santa ², se llenaba de lágrimas. Pues bien, aquel santo personaje decía: «Que me traigan a una persona religiosa, bien sea una joven o una mujer, que haya perseverado en la obediencia a sus reglas, que me den suficiente testimonio de ello, y no necesito ninguna otra señal de su santidad para canonizarla. Yo no quiero ninguna resurrección de muertos, ninguna curación de enfermos, ni otros milagros, sino solamente que haya

2. La *Scala Santa* cerca de San Juan de Letrán.

guardado sus reglas; la haré inscribir en el calendario e instituiré su fiesta».

Este gran personaje, que ha sido un papa de nuestro tiempo³, estimaba mucho la práctica de las reglas. Ved pues, mis queridas hijas, cuánto mérito tienen éstas delante de Dios y a qué perfección de vida conducen a las almas que las cumplen con exactitud, ya que aquel hombre tan santo no pedía más testimonio de santidad que la fidelidad a las reglas para canonizar a un alma. ¿No es éste un motivo suficiente para amarlas, para tenerlas en gran estima y para no faltar nunca a ellas?

¿No basta acaso creer que se cumple la voluntad de Dios, para sentir por ello gran satisfacción? ¿Hay algo más poderoso? Un alma deseosa de amar a Dios ¿puede desear otra cosa que hacer su voluntad? Al hacer lo que os prescriben vuestras reglas, hijas mías, podéis estar tan seguras de que cumplís la voluntad de Dios que, aunque él os lo dijera por su propia boca no podríais estarlo más. Es que vuestras reglas vienen de él, vuestra Compañía viene de él, y él os ha llamado para hacer lo que les ha ordenado a todas las demás. ¡Bendito sea Dios, hijas mías! Entreguémonos a él para cumplir siempre esta santísima voluntad.

He aquí, pues, mis queridas hijas, algunos motivos para excitaros al amor, a la estima, y a la fidelidad que debéis a vuestras reglas. El primero es que vuestra obra es una obra de Dios; el segundo, que vuestra regla contiene los medios para encaminaros a la perfección cristiana; el tercero, que son conformes con el Evangelio y compuestas de lo que allí está tan claro para encaminar el alma hacia la virtud; que es difícil perseverar en la vocación si se descuidan estas reglas; que son meritorias y satisfactorias; y que, aunque no hubiese más motivo que el de creer que así se cumple la voluntad de Dios, ese motivo sería lo bastante poderoso para obligarnos a no apartarnos de ellas jamás.

3. Fue Papa desde 1592-1605.

Ahora quedan por señalar los medios; ¡in nomine Domini! Entre todos los medios que Dios os ha inspirado, hijas mías, encuentro especialmente uno de una eficacia maravillosa, el de pedir esta gracia a Dios, pero pedírsela de buena manera, esto es, con el deseo de corresponder a ella con todo nuestro poder, con el deseo de ser fieles hasta los más pequeños detalles, porque como habéis señalado, el que es fiel en lo poco y en las pequeñas cosas, lo será también en las cosas grandes ⁴. Pues bien, hijas mías, no hemos de pensar que haya cosas de poca importancia en las reglas; porque todo lo que se refiere a Dios y a su gloria es sagrado y augusto, y no tenemos que dejar cosa alguna que esté en nuestro poder. Hay que pedírselo a Dios todas las mañanas, hay que pedírselo a lo largo del día, hay que pedírselo por la noche y no hay que dejar nunca de pedírselo.

Pero, Padre, me objetará alguna, eso es muy fácil de decir. pero es muy difícil poder hacer todas las cosas tal como se nos dice. Sobrevienen mil ocasiones que nos impiden hacer en las horas determinadas lo que se hace en la Casa. Hijas mías, para el consuelo de la que está en quehaceres difíciles, os diré que no se admite retraso alguno cuando se trata del servicio a los pobres. Si, a la hora de vuestra oración, por la mañana, tenéis que ir a llevar una medicina, marchad tranquilamente; después de un acto de resignación con la santa voluntad de Dios, ofrecedle vuestra acción, unid vuestra intención a la oración que se tiene en la casa, o en otras partes, y marcharos sin ninguna preocupación.

Si, cuando estáis de vuelta, vuestra comunidad os permite hacer un poco de oración o de lectura espiritual, ¡estupendamente! Pero no tenéis que inquietaros por ello, ni creer que habéis faltado, cuando la perdáis; porque no se la pierde cuando se la deja por un motivo legítimo. Y si hay algún motivo legítimo, mis queridas hijas, es el servicio del prójimo. El dejar a Dios por Dios no es dejar a Dios, esto es, dejar una obra de Dios para hacer otra, o de más obligación o de mayor mérito.

4. Mt 25.21.

Dejáis la oración o la lectura, o perdéis el silencio por asistir a un pobre: pues sabed, hijas mías, que hacer esto, es servir a Dios. ¡Qué consuelo para una buena Hija de la Caridad pensar: «Voy a asistir a mis pobres enfermos, pero Dios se complacerá más en esto que en la oración que tenía que hacer ahora!»! Y marchar alegremente a donde Dios la llama.

Cuando Moisés leyó al pueblo de Israel la ley que Dios le había dado escrita en la piedra, le preguntó a¿Cumpliréis esto?». Se elevó una voz que dijo: «No podríamos hacerlo por nosotros mismos, pero se lo pediremos a Dios». Así ocurre con vuestras reglas, hijas mías. Por vosotras mismas no podréis nunca ser exactas en ellas; pero hay que pedirselo a Dios. ¡Ah, mi Señor Jesucristo! Es verdad que, por nosotros mismos, somos unos pobres seres capaces solamente de ofender a tu divina Majestad y de deshonorar por nuestra cobardía la elección que tu bondad ha hecho de nosotros para servirte en la manera de vivir adonde nos has llamado. Pero, confiando en esa misma bondad y misericordia divina, te pedimos con todo nuestro corazón la gracia, para todas las que estamos y estaremos en nuestra Compañía, de cumplir las reglas que nos has querido dar, de la forma con que tú cumpliste en este mundo la santísima voluntad de tu Padre eterno, de morir antes que cometer jamás una sola infidelidad con conocimiento, y, si somos tan frágiles que nos dejamos caer, que nos des tu mano compasiva, por tu inmensa caridad, para levantarnos de nuestras caídas. Te lo pedimos todas unánimemente, Dios mío, y protestamos que queremos morir antes de faltar a un solo punto de lo que quieres de nosotras. Quiera tu bondad concedernos abundantemente la gracia de cumplirlo con la perfección que tú deseas. Tal es, mis queridas hijas, la oración que elevo con todo mi corazón a Dios por vosotras; le suplico que quiera responder al deseo que tenéis todas. Si le pedís muchas veces la gracia de cumplir vuestras reglas y os entregáis a él para practicarlas, él no permitirá que caigáis en la infidelidad.

Otro medio, y muy eficaz, hijas mías, es que queráis ser advertidas de las faltas que cometéis contra vuestras reglas, acep-

tando que os adviertan y os reprendan los superiores, sufriendolo con espíritu de mansedumbre, contentas de que se os haga esta caridad, y pidiendo a la hermana con quién estáis que nos lo comunique a la señorita o a mi, pero esto con toda bondad y sinceridad: «¡Dios mío! Hermana, le ruego, por amor de Dios, que advierta al Padre Vicente y a la señorita de las faltas que me ha visto cometer».

Hijas mías, no podéis imaginaros cuán útil resulta esto; porque, desgraciadamente, nosotros no advertimos nada más que una mínima parte de nuestras faltas; perdemos incluso de vista algunas faltas de condenación, como sucedió a David, después de haber matado a Urías. El no pensaba en ello, y Dios le envió un profeta para amonestarle por su falta ⁵, y enseguida la reconoció. «Sí, dijo, ¡yo he cometido ese pecado!». Y se le quedó tan impreso este sentimiento que después decía todos los días; «Señor, perdona mis pecados». Y san Pedro, cuando renegó de nuestro Señor, no pensaba que obraba mal. Pero cuando fue amonestado, no dejó de llorar, al conocer que había sido una falta enorme.

Pero ¿creéis, hijas mías, que hay en vuestra Compañía y entre vosotras alguna que tenga esta disposición de querer ser advertida de sus faltas y que quiera que se avise a los superiores? ¡Oh! Por la misericordia de Dios, sí que las hay; hay, lo sé muy bien, quienes querrían que fuesen conocidas todas sus faltas; y sé que hay algunas muy contentas de que se las comuniquen y se las digan a los superiores. Más todavía, hijas mías; quiero creer que todas vosotras tenéis esta disposición, no solamente de ser advertidas en particular, sino incluso en público. Ved, hijas mías, las misericordias de Dios con una alma de vuestra Compañía (no la nombraré, al menos por ahora). Desde el pueblo en donde está, escribe a su hermana que ha venido a París; he aquí lo que le dice: «Mi queridísima hermana, la saludo al pie de la cruz de nuestro querido Salvador que sufre por nosotros. Le dirijo estas palabras para rogarle que haga el favor de avisar de todas mis faltas a la señorita,

5. 2 Re c. 12.

sin ocultarle nada; ese será el mayor testimonio de amor que puede usted demostrarme, pues, si me ama, querrá también mi perfección, y al hacer esto, no me negará lo que puede contribuir tanto a ella. Y para obligarle más a hacer lo que le pido, le envío una estampa de la Virgen, que la invita, por los méritos de su Hijo Jesucristo, a que no me niegue una cosa tan justa como esta; pues ya sabe, mi querida hermana, el bien que se hace cuando se hace esto; crea pues, por favor, que esto me aprovechará con la ayuda de Dios. Esperándolo así de su caridad, quedo para siempre, en el amor de nuestro querido Salvador, su muy humilde servidora, sor...».

He aquí, hijas mías cuáles son los sentimientos de una de vosotras, pero no la nombraré al menos por ahora. ¿Qué decís a esto, hermanas mías? ¿Puede acaso ella, para pedir algo que le sea tan ventajoso, poner más insistencia de lo que ha hecho para suplicar que se digan sus faltas? «Y para obligarle, dice, le envío una estampa de la Virgen, que la invita por los méritos de su Hijo Jesucristo». Observadlo bien: ofrecer un regalo a una persona para que diga sus faltas, y regalarle una Virgen, una imagen que quizás le era muy querida, para que, si se olvidase su hermana, se acordase al verla. ¡Oh! ¡que Dios la bendiga! Creedlo, hijas mías; si somos fieles a la gracia, la gracia producirá admirables efectos en nuestras almas. He visto algunas personas que incluso han llegado a querer que todo el mundo estuviese al tanto de sus faltas. Una vez confesaba en el campo a una pobre mujer que hablaba en voz alta, de forma que todos podían escuchar lo que decía, y le dije: «Hija mía, hable bajo, la oigo bien». «No importa, Padre, me respondió ella, quiero que todo el mundo sepa que yo he sido tan miserable que he hecho todas estas cosas malas». Dios le había concedido estos sentimientos a una pobre mujer de aldea. Conozco también a un pobre hombre que, después de haberse confesado, me dijo: «Padre, si me lo permite, iré por toda la tierra publicando mis pecados, para que todos me conozcan tal como soy».

Estos son, hijas mías, los efectos de la gracia en las almas que no la resisten. Creedme, hay que llegar hasta ese punto. El

que quiera avanzar en la virtud tiene que querer que sean conocidas sus faltas; tiene que descubrirlas él mismo, y sentirse feliz porque los otros las descubran. Cuando vengáis a esta Casa no dejéis de decir nunca en qué habéis faltado a vuestras reglas. Si vuestra hermana viene antes que vosotras, pedidle que indique a la señorita en qué os ha visto fallar. Si no podéis ver a la señorita, decídselo a la hermana Juana, decídselo a la hermana Ana, de írselo a alguna otra; decídselo, por favor, y no faltéis en esto.

Estos son, hijas mías, algunos medios que os hemos dado; estos son algunos motivos para inclinarnos a la observancia de vuestras reglas. Pero he aquí uno más, hijas mías, que Dios os envía. Hasta el presente habéis trabajado por vosotras mismas y sin otra obligación, delante de Dios, que la de satisfacer ;al orden que se os había prescrito y a la manera de vivir que se os había dado; hasta el presente no habéis sido un cuerpo separado del cuerpo de las damas de la confradía de la Caridad; y ahora, hijas mías, Dios quiere que seáis un cuerpo especial, que, aunque sin estar separado del de las damas, no deje de tener sus propios ejercicios y sus funciones particulares. Hasta ahora habéis trabajado sin otra obligación; y ahora Dios os quiere ligar más estrechamente por la aprobación que ha permitido que se haga de vuestra manera de vivir y de vuestras reglas por monseñor el ilustrísimo y reverendísimo arzobispo de París.

Tengo aquí la petición que se le presentó, las reglas, y luego la aprobación. Os las voy a leer una tras otra.

Entonces su caridad se tomó la molestia de hacerlo, aunque había muchas escrituras.

El primer artículo de la regla dice que la Compañía estará compuesta de viudas y de doncellas, que elegirán a una de ellas por mayoría de votos para ser superiora durante tres años, y podrá seguir siéndolo otros tres, y no más. El Padre Vicente dijo que esto se entendía después de que Dios hubiese dispuesto de la señorita, la cual se puso de rodillas y le suplicó que empezase desde ahora. El respondió:

— Sus hermanas y yo, señorita, tenemos que pedir a Dios que os deje todavía largos años. La voluntad ordinaria de Dios es conservar por medios extraordinarios a los que son necesarios para el cumplimiento de sus obras. Y si se fija usted, señorita, ya hace más de diez años que no vive, al menos de una manera ordinaria.

Luego continuó la lectura hasta el artículo que dice: «Será una cofradía que llevará el nombre de *Cofradía de Hermanas de la Caridad sirvientes de los pobres enfermos*». Entonces exclamó dulcemente:

— ¡Ah! ¡qué hermoso título! Hijas mías, ¡Qué hermoso título y qué hermosa cualidad! ¿Qué habéis hecho a Dios para merecer esto? Sirvientes de los pobres, que es como si se dijese sirvientes de Jesucristo, ya que él considera como hecho a sí mismo lo que se hace por ellos, que son sus miembros ⁶. ¿Y qué hizo él en este mundo, sino servir a los pobres? ¡Ah! mis queridas hijas, conservad bien este título, porque es el más hermoso y el más ventajoso que podríais tener. No sé si os lo he dicho ya, ¿sabéis qué título toma el papa? Su título más hermoso y más venerable, el título del que se sirve en la expedición de los asuntos más importantes, es «Siervo de los siervos de Dios». Se dice: tal persona, Clemente, Urbano, Inocencio, actualmente Siervo de los siervos de Dios. Y vosotras, hijas mías, os podéis poner *siervas* de los pobres, que son los predilectos de Jesucristo. San Francisco, cuando dio su regla, tomó el título *de menor*, que quiere de-ir *pequeño*. Si aquel gran patriarca se llamó pequeño, ¿no tenéis que considerar como un gran honor el seguirle y llamaros *sirvientes de los pobres*?

Nuestro veneradísimo Padre prosiguió la lectura hasta el artículo que dice que las hermanas que están en la Casa se alimentarán con las pequeñas rentas de dicha Casa y con el trabajo y el ahorro de las hermanas. Luego dijo:

— Hijas mías, ¡qué hermoso es esto!: *vuestros ahorros*, esto es, lo que podéis reservar con vuestra frugalidad de vida; y

6. Mt 25,40.

vuestro trabajo manual; fijaos, trabajo manual quiere decir lo que hacéis fuera de las horas en que estáis ocupadas con los enfermos. En el tiempo que os quede, tenéis que ganar para contribuir a mantener a otras, que harán luego lo mismo que vosotras. ¡Oh! ¡Que Dios os bendiga, hijas mías, y os dé abundancia de gracias!

El Padre Vicente prosiguió la lectura de la regla, y se detuvo en el artículo que habla de evitar ofender a Dios mortalmente, sobre todo en lo que se refiere a la castidad, tomando toda clase de precauciones para conservarla, sin dejar entrar a los hombres en la habitación y no entreteniéndose a hablar por la calle con personas de sexo diferente. Y, si se ven obligadas, tienen que hilar muy fino.

Hijas mías, dijo, esto se entiende de los hombres, con los que no os detendréis nunca por la calle, a no ser por extrema necesidad. Hay que hilar muy fino. Decidles lo que tengáis que decirle lo más sucintamente que se pueda, y después, despedíos de ellos.

A continuación, el Padre Vicente siguió leyendo el reglamento; al llegar al artículo sobre el silencio, añadió:

— También yo, hijas mías, os exhorto a ello. Honrad durante ese tiempo la vida oculta del Hijo de Dios. Pero, Padre, dirá alguna, eso es muy difícil; tenemos que trabajar en esas horas. ¡Ah! En ese caso, hijas mías, acordaos de lo que os decía hace poco sobre la oración, que servir a un enfermo es hacer oración. Lo mismo pasa con el silencio; pero al menos habrá que guardarlo exactamente desde la lectura de la noche y desde que os levantáis por la mañana hasta el final de las oraciones. Y si lo tomáis con cuidado, nadie os lo puede impedir. Solamente se necesita un poco de cuidado y de reflexión, pero sobre todo deseos de cumplir con la regla.

Después de haber acabado con la lectura del reglamento, nuestro veneradísimo Padre añadió:

— Hemos querido, hijas mías, que se dijese de vosotras lo que se dijo de nuestro Señor, que empezó primero a hacer, y luego a decir. Lo que acabáis de oír, hijas mías, ¿no es lo que

ya hacéis? ¿Hay algo que no hayáis hecho? No, por la misericordia de Dios; lo que hoy se os manda, ya lo hacíais. Es verdad que ya había recibido yo la aprobación del difunto papa ⁷; pero no teníais todavía un mandato expreso. Miles de años antes de que nuestro Señor viniese al mundo, Dios envió a Moisés, dándole una ley, figura de la que nuestro Señor tenía que traer. El pueblo la observó. Pero, cuando nuestro Señor dio la suya, se atuvieron a ella. No es que nuestro Señor destruyera la primera, ya que los mandamientos contenidos en ella están también en la nueva, sino que la perfeccionó.

Pues bien, hijas mías, aquí están las reglas, aprobadas por la misericordia de Dios, que os convierten en una cofradía de la Caridad separada de la cofradía de las damas de la Caridad, con las que estabais ligadas hasta ahora. No os hacen romper con la de las damas, a las que seguís estando sujetas en todo lo que se refiere al servicio de los enfermos; pero os hacen diferentes en vuestra manera de vivir; de forma que la cofradía que formabais con las damas ya no es para vosotras más que como la ley de Moisés en comparación con la de Jesucristo. Tenéis que considerar estas reglas como dadas por la mano del mismo Dios, ya que os han sido dadas por orden del señor arzobispo, de quien dependéis. ¡Qué consuelo, hijas mías, tenéis que tener al ver este efecto de la dirección y del espíritu de Dios sobre vosotras! Dadle gracias porque ya las habíais guardado, dadle gracias porque ahora estáis todavía más obligadas a guardarlas y porque ha querido su divina bondad que se os de una orden y por esto mismo, os da el testimonio y la seguridad de que le agradáis. Que vuestra próxima comunión, mis queridas hijas, sea para darle gracias. Dadle gracias todas en la santa comunión del domingo, y yo lo haré también en las del día de Pentecostés y de la Trinidad; que las tres sean por esta intención, y también para agradecer a Dios vuestra vocación y pedirle nuevas gracias para su gloria y para el cumplimiento de su obra.

7. Urbano VIII

Cuando Moisés leyó la ley de Dios al pueblo de Israel, le dijo, después de haber visto los deseos que de ella tenía: «Pueblo, esta ley se os ha dado de parte de Dios. Si la observáis, os prometo de su parte mil bendiciones en todas vuestras obras: bendición cuando estéis en vuestras casas, bendición cuando salgáis de ellas, bendición en vuestro trabajo, bendición en vuestro descanso, bendición en todo lo que hagáis, bendición en todo lo que no hagáis; en una palabra, todas las bendiciones abundarán en vosotros y sobre vosotros. Si en vez de guardarla, la despreciáis, os prometo todo lo contrario de lo que os acabo de decir; porque tendréis maldición en vuestras casas, maldición fuera de vuestras casas, maldición cuando entréis, maldición cuando salgáis, maldición en todo lo que hagáis y maldición en todo lo que no hagáis; en una palabra, todas las maldiciones vendrán a vosotros y sobre vosotros»⁸,

Lo que dijo Moisés al pueblo de Dios, os lo digo yo a vosotras, hijas mías. Estas son las reglas que se os han enviado de parte de Dios. Si sois fieles en observarlas, todas las bendiciones del cielo caerán sobre vosotras: tendréis bendición en el trabajo, bendición en el descanso, bendición al entrar, bendición al salir, bendición en lo que hagáis, bendición en lo que no hagáis, y todo quedará lleno de bendición por medio de vosotras.

Si, lo que Dios no quiera, alguna no tuviese este deseo, yo le digo lo que les dijo Moisés a los que no cumplieran la ley que les daba de parte de Dios: «Tendréis maldición en la casa, maldición fuera, maldición en lo que hagáis y maldición en lo que no hagáis, etcétera».

Ya os he dicho otras veces, hijas mías, que el que entra en un barco para hacer un largo viaje, tiene que sujetarse a todo lo que se hace en el barco; si no se sujeta a todas las leyes que allí se guardan se pone en peligro de perecer. Igualmente, las que han sido llamadas por Dios para vivir en una santa comunidad, tienen que observar todas sus reglas.

8. Dt c. 28.

Creo, por la misericordia de Dios, hijas mías, que cada una de vosotras tiene el deseo de ponerlas en práctica. ¿No tenéis todas este sentimiento?

Todas a una sola voz respondieron que sí.

Y nuestro veneradísimo Padre prosiguió:

— Cuando Moisés dio la ley al pueblo de Dios, todos estaban de rodillas, como estáis vosotras ahora, y espero que su misericordia secundará vuestros deseos haciendo cumplir lo que se pide de vosotras. ¿No os entregáis a él con todo vuestro corazón, hijas mías, para vivir en la observancia de vuestras santas reglas?

Todas respondieron: ¡Sí!

Y él continuó:

— ¿No queréis con todo vuestro corazón vivir y morir en ellas?

Todas respondieron: ¡Sí!

— Pues bien, yo pido a la soberana bondad de Dios que quiera, por su infinita misericordia, derramar abundantemente toda clase de gracias y de bendiciones sobre vosotras, para que podáis cumplir perfectamente y con buenos deseos su santísima voluntad, en la práctica de vuestras reglas.

Entonces una hermana y otras varias pidieron perdón por las faltas que habían cometido.

— Ruego a Dios con todo mi corazón, hijas mías, que os perdone vuestras faltas. Y también a mi, miserable como soy, que no guardo mis reglas. Os pido perdón a todas. Yo soy muy culpable con vosotras en lo que se refiere a vuestra obra. Por favor, rogad a Dios que me conceda su misericordia. Por mi parte, pediré a nuestro Señor Jesucristo que os dé él mismo su santa bendición y no pronunciaré hoy las palabras, porque las faltas que he cometido con vosotras me hacen indigno de ello. Pido, pues, a nuestro Señor que lo haga él mismo.

Entonces besó la tierra. Al ver esto la Señorita y todas nuestras hermanas, afligidas porque no quería darnos su bendición, se lo suplicaron repetidas veces, con tanta insistencia e importunidad, que terminó por ceder.

— Pedid, pues, a Dios que no mire mi indignidad ni los pecados de que soy culpable, sino que, concediéndome su misericordia, derrame sus bendiciones sobre vosotras al mismo tiempo que pronuncio las palabras.

Benedictio Dei Patris...

31(31,IX,330-345)

CONFERENCIA DEL 18 DE AGOSTO DE 1647

Sobre la santa comunión

Hijas mías, el tema de esta conferencia es sobre la santa comunión. El primer punto es sobre las razones que tienen las Hijas de la Caridad, como todos los demás cristianos, para entregarse a Dios y comulgar bien; esto es, hijas mías, sobre la importancia que tiene el comulgar bien, por los bienes que de allí se derivan, o por los males que se siguen. El segundo punto, es sobre lo que hay que hacer para esto, o sea, sobre los medios que cada una haya juzgado necesarios y propios para hacer una buena comunión. No tenemos nada más que una hora, hijas mías, y hemos de procurar emplearla bien, con la ayuda de Dios.

¿Por qué razones, hermana, tienen que entregarse a Dios las Hijas de la Caridad para comulgar bien? ¿Qué bien se sigue de una buena comunión y qué mal de una mala?

La hermana respondió que le parecía que una persona que había comulgado bien, lo hacía todo bien.

— ¡Oh! ¡Qué buena idea, qué buena idea! ¡La persona que ha comulgado bien, lo hace todo bien! Es verdad, porque ¿cómo podría hacer algo malo aquella que ha sido tan feliz después de haber hecho una buena comunión? Lleva a Dios en su corazón, lleva por todas partes un buen olor, no hace nada sino

Conferencia 31. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

a la vista y por el amor de Dios. Así pues, hijas mías, estad seguras de que una Hija de la Caridad que ha comulgado bien, hará bien todo lo demás.

Su corazón es el tabernáculo de Dios; sí, el tabernáculo de Dios. La Hija de la Caridad tiene que serlo siempre, tiene que estar siempre en Dios y Dios en ella, y de esta forma no hará nunca una cosa que no esté bien. ¿Y qué mal, hermana mía, sucede a la persona que comulga mal?

La hermana respondió que esta persona perdía el mérito de todas las demás comuniones y podía incluso perder su vocación.

— Espere un poco, hija mía. He aquí dos o tres grandes males que ha observado nuestra hermana, y que tienen que ser debidamente pensados y considerados. La persona que hace una mala comunión perderá, dice ella, el fruto y el mérito de todas las comuniones pasadas; perderá el mérito de todas las que haga después, si no hace penitencia; perderá todo el bien que había hecho antes y que podría hacer. Todo esto le será tenido en nada y, para colmo de males, perderá su vocación. ¿No es eso lo que hizo Judas? Judas había recibido la gracia de nuestro Señor, lo mismo que los demás: había sido llamado al apostolado, había predicado, había hecho milagros, había tenido el honor de seguir al Hijo de Dios, asistió a la institución del muy augusto sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Comulgó indignamente, ¿y qué le pasó? Perdió inmediatamente su vocación, se retiró de la santa compañía de los apóstoles, donde estaba, fue a vender a su maestro y al final se condenó eternamente. Por tanto, nuestra hermana ha hecho muy bien en decir que se podría perder la vocación.

Incluso se la perderá infaliblemente, pues ¿cómo sería fiel a su vocación la que no es fiel a Dios? No se puede esperar otra cosa. La que no hace nada para hacerse digna de las gracias y de los frutos de la santa comunión no será tampoco exacta en la práctica de las reglas; caerá en la negligencia, luego en el disgusto, y finalmente en la pérdida total de las gracias que ha recibido de Dios. Tened cuidado, hijas mías; no hay

que estar seguras de los primeros fervores que se tuvieron; poco a poco se olvida uno de todo aquello; y la que no guarda las promesas que hizo a Dios, tampoco guardará las promesas que haya hecho a los hombres.

¿Y qué bien, hija mía, podrá obtener una Hija de la Caridad que haya hecho una buena comunión?

La hermana respondió que, cuando una persona había comulgado bien lo hacía todo bien, que era más cariñosa, más caritativa con los enfermos y que daba mayor edificación a todo el mundo.

— ¡Oh! ¡qué buena observación, la de que la persona que ha comulgado bien, lo hace todo bien! Si Elías, con su doble espíritu, hacía tantas maravillas, ¿qué no hará una persona que tiene a Dios en sí, que está llena de Dios? No hará ya ciertamente sus acciones, sino que hará las acciones de Jesucristo; servirá a los enfermos con la caridad de Jesucristo; tendrá en su conversación la mansedumbre de Jesucristo; tendrá en sus contradicciones la paciencia de Jesucristo; tendrá la obediencia de Jesucristo. En una palabra, hijas mías, todas sus acciones no serán ya acciones de una mera criatura; serán acciones de Jesucristo.

De esta forma, hermanas mías, la Hija de la Caridad que ha comulgado bien no hará nada que no sea agradable a Dios; porque hará las acciones del mismo Dios. El Padre eterno ve a su Hijo en esa persona; ve todas las acciones de esa persona como acciones de su Hijo. ¡Qué gracia, hijas mías! ¡Estar segura de que Dios la ve, de que Dios la considera, de que Dios la ama! Así pues, cuando veáis a una hermana de la Caridad servir a los enfermos con amor, con mansedumbre, con gran desvelo, podéis decir sin reparo alguno: «Esta hermana ha comulgado bien». Cuando veáis a una hermana paciente en sus incomodidades, que sufre con alegría todas las cosas penosas con que puede encontrarse, estad seguras de que esa hermana ha hecho una buena comunión y de que esas virtudes no son virtudes comunes, sino virtudes de Jesucristo. Aficionaos, hijas mías, a imitar la sacratísima y augusta persona de Jesucristo, por él mismo, y porque él os hará agradables a Dios su Padre.

Creo, hijas mías, que como nos queda poco tiempo, lo que se ha dicho sobre la importancia de entregarse a Dios para comulgar bien bastará para daros a conocer las ventajas y desventajas que hay en comulgar bien o en comulgar mal, porque, si la persona que ha comulgado lo hace todo bien, como se ha dicho y es verdad, la que ha comulgado mal, lo hace todo mal.

¿Qué recibe aquél que comulga dignamente? Recibe a Jesucristo, y con él, mil gracias y mil bendiciones eficaces para lograr su salvación y contribuir con Jesucristo a la de los demás; recibe finalmente la vida eterna.

¿Y qué recibe aquel que comulga indignamente? Desgraciadamente hijas mías, recibe su condenación. San Pablo es quien lo dijo, y es cierto; porque el mundo se hundiría antes que la verdad de las palabras pronunciadas por los siervos de Dios, que eran los órganos del Espíritu Santo. Pues bien, lo dice la Sagrada Escritura y no hay que dudar. «El que recibe dignamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar tendrá la vida eterna, dice este gran apóstol ¹; y el que lo recibe indignamente, recibe su condenación y será condenado eternamente, si no hace penitencia».

Por tanto, si el que comulga bien hace acciones que no son acciones ordinarias, sino acciones de Jesucristo, sin duda alguna el que comulga mal comete acciones no ya de hombre, sino de demonio, y si pudiera ser peores aún que de demonio. Porque ¿podría el demonio concebir algo tan sacrílego y tan abominable como lo que hizo Judas después de haber comulgado tan indignamente? ¡Sublevarse contra Dios después de haber recibido de él gracias tan señaladas! Parece que no hay nadie como el demonio capaz de esto. Y Judas lo hizo después de haber comulgado. ¡Abominación de abominaciones! ¡Abandonar el partido de Dios, rebelarse contra él, venderlo y entregarlo! ¡oh! ¡Que las que abandonan sus vocación tengan mucho miedo de que no sea ése el castigo de sus comuniones mal hechas y sin corrección ni enmienda! No hablo de nadie en particular, sino

1. 1 Cor 11,29-30.

únicamente advierto que se tenga cuidado de no abusar de la bondad que tiene Dios con nosotros en este santo y augusto Sacramento. Dios no nos castiga por las primeras faltas que cometamos contra él; pero tengamos miedo de que, por no corregirnos de esas faltas, lleguemos a comulgar mal, y que esa comunión mal hecha atraiga sobre nosotros el castigo de todos nuestros crímenes; porque Judas (vuelvo a este ejemplo) había cometido otros crímenes contra el Hijo de Dios; había concebido en su corazón contra él una envidia que había quedado sin efecto, pero apenas comulgó, el diablo se apoderó de su corazón y lo comprometió en sus abominables empresas. Pero, Padre, diréis, ¿qué es una comunión mal hecha? Mis queridas hijas, ¡Dios nos guarde de eso! Espero de su bondad que ninguna de vosotras esté en pecado mortal. Pero hay que tener mucho cuidado en hacer las comuniones con fruto y provecho y, aunque por la misericordia de Dios, no tengamos conciencia de estar en ese estado, hemos de examinar todo lo que puede impedir nuestro progreso, y aunque no haya alguna indisposición para la comunión, ver también lo que es necesario hacer para comulgar bien. ¿Qué cree usted hermana, que es necesario para comulgar bien?

La hermana respondió que le parecía necesario pedir a Dios esa gracia.

— Esto basta, hija mía, y por ahí es por donde hay que empezar. Pues, ¿quién puede esperar hacer una buena acción, si Dios no nos concede esa gracia? ¿Y quién puede por sí mismo formar un buen pensamiento? Ningún hombre, hijas mías, puede hacerlo por sí mismo; san Pablo es quien lo dice ². ¡Ah! ¿quién podrá prepararse entonces para hacer una buena comunión, si Dios no le concede esa gracia? Esta hermana tiene mucha razón al hablar de este medio. Es la base y el fundamento de todos los demás; y Dios no se lo negará nunca a quien se lo pida como es debido. ¡Dios le bendiga, hija mía!

¿Y usted, hermana?, ¿qué otro medio cree necesario para comulgar bien?.

2. Flp 2,13.

La hermana respondió que le parecía necesario desearlo ardientemente.

— Hija mía, tiene razón. Observad, hermanas, lo que ha dicho: hay que desearlo ardientemente; ardientemente, porque Dios no quiere que lo deseemos fríamente, ni tibiamente, sino con toda la fuerza y todo el ardor de la voluntad, lo mismo que desea él comunicarse a nosotros. Cuando instituyó el santo Sacramento, dijo a sus apóstoles: desideravi hoc pascha manducare vobiscum³; que quiere decir: he deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros. Pues bien, como el Hijo de Dios, que en la santa Eucaristía se da a sí mismo, lo deseó con un deseo tan ardiente, desideravi, ¿no es justo que el alma que desee recibir este soberano bien, lo desee con todo corazón?

Lo que les dijo a sus apóstoles, estad seguras, hijas mías, que os lo dice también a cada una de vosotras. Por eso hay que procurar excitar vuestro deseo con algún buen pensamiento. Deseas venir a mi, Señor mío; ¿y quién soy yo? Pero yo, Dios mío, deseo con todo mi corazón ir a ti, porque eres mi soberano bien y mi fin último. El difunto señor obispo de Ginebra decía que celebraba siempre como si fuera la última vez, y comulgaba como si fuese en viático. Esta práctica es excelente, y os la aconsejo, mis queridas hijas, todo cuando puedo.

Los días de vuestras comuniones están bastante regulados⁴; podéis saberlos, y desde el día anterior, disponer vuestro corazón. Yo te recibiré mañana, Dios mío. ¡Ay! ¡cómo quisiera que fuese con la misma preparación que tuvieron la santísima Virgen y todos los santos! Me gustaría, Dios mío, tener todo el amor de los serafines para entregártelo. ¿Qué haré, Dios mío? ¿qué dirá mi entendimiento? ¿qué hará mi memoria? ¿qué te dará mi voluntad? Señor, Dios mío, pon tu mismo lo que quieras en mí. Que esta comunión repare todos los defectos de las demás, de las que he sido tan desgraciada que no me he sabido apro-

3. Lc 22,15

4. Véase conferencia 35 del 15 de marzo de 1648, nota 1, p. 349.

vechar, y que pueda, Dios mío, ser lo que me gustaría ser, si fuese la última vez de mi vida, y tuviese que morir inmediatamente después de haberla hecho.

Podéis, hijas mías, hacer también un acto de contrición de todos los pecados de vuestra vida pasada, una nueva detestación y resolución de evitarlos; y de esta manera, Dios bendecirá vuestra disposición y no dejará de comunicarse a vosotras y de daros su espíritu para realizar lo que quiere de vosotras para la vida o para la muerte.

¿Y usted, hermana, qué cree que hay que hacer para comulgar bien?

— Creo, Padre, que es muy necesario, para aprovecharse de la santa comunión, tener mucho cuidado de dar gracias a Dios.

— Tiene razón, hija mía. Lo que antes dijimos se refería a la preparación; y después de la santa comunión es absolutamente necesario dar gracias a Dios. Si la esposa acogiese mal al esposo el día de la boda, que él estuvo deseando tanto tiempo y en el que espera tantos testimonios de afecto, ¡cuán herido se sentiría y lleno de dolor! ¡cuántos motivos tendría para quejarse del mal trata de su esposa! Y si fuese de tal condición que la honró mucho al casarse, ¡cuán ofendido e indignado se sentiría por ello!

Si un amigo, separado desde hace mucho tiempo de otro amigo, desease con pasión volver a verlo, mantuviese en sí mismo esa esperanza, se alegrase con el pensamiento de este consuelo, y si, el día en que le ve de nuevo, en vez del amigo que se prometía, encuentra un enemigo, dispuesto a darle una puñalada en el pecho y quitarle la vida, ¿qué pasaría? Ese esposo, en vez de una esposa, se encontraría con una desvergonzada; y ese amigo, en vez de con un amigo, se encontraría con un enemigo. Pues bien, hijas mías, así es Jesucristo con las almas que se han entregado a él. Es un esposo mejor que todos los esposos de la tierra, y de una manera completamente distinta, por ser celestial y divina. Es un amigo mejor que todos los amigos del mundo, porque ha dado su sangre y su vida por la salvación de cada alma. ¿Qué dirá pues, si habiendo deseado

con un gran deseo (*desiderio desideravi*) unirse a vosotras, haceros partícipes de sus gracias, de sus méritos y de su gloria, qué dirá si, permaneciendo en el silencio y en la ingratitud, lo despreciaseis y le volviéis la espalda. ¿No tendría motivos para enfadarse con toda justicia y retirar todas las gracias que os había distribuido tan abundantemente? De ahí es, hijas mías, de donde se siguen las pérdidas de la vocación, y ese ha sido el motivo por el que el desgraciado Judas se vio abandonado en manos del demonio, que le tentaba. Judas habría recibido remedio contra la tentación, si hubiese querido servirse de ello; pero lo despreció, y ya sabéis lo que le pasó.

Me acuerdo de que hace seis o siete años el difunto rey Luis XIII estuvo siete u ocho días molesto porque, a la vuelta de un viaje, como hubiese mandado aviso al Delfín para verlo, éste no le quiso ver (era todavía un niño) y le volvió la espalda. El rey, enfadado, la tomó con los que estaban al lado de Delfín y les dijo: «Si hubieseis dispuesto bien a mi hijo, si le hubieseis mostrado cuánto le conviene verme, habría venido a mi presencia, como era su obligación, y habría demostrado su alegría por mi retorno».

Pues bien, hijas mías, si un rey de la tierra se molesta con razón porque su hijo, a su llegada, le vuelve la espalda, ¿qué hará Jesucristo, rey del cielo y de la tierra, en cuya comparación no son nada todos los reyes? ¿Qué hará, digo yo, si se encuentra con alguna de vosotras que, por no haberse preparado por la consideración de lo que es Dios y del bien que trae a su alma, en vez de poner todo su empeño en darle gracias, en ofrecerle su corazón, en entregarle su alma, en abandonarse totalmente en sus manos, se quedase fría e inútil? ¡Oh! ¡cuántos motivos tendría para sentirse ofendida su divina bondad! Hijas mías, tengamos mucho cuidado, os lo ruego, tanto por el amor de lo que le debemos a Dios, como por el bien que con ello obtendrán nuestras almas y por la gloria que daremos a Dios, si no nos hacemos indignos de las gracias que él quiere hacernos.

Y usted, hija mía, ¿qué es necesario hacer para comulgar bien?

— Creo, Padre, que, si comulgamos bien una vez, esa comunión servirá de preparación para comulgar bien otra vez; y así atraeremos las gracias de Dios sobre nosotras para no hacer nunca una mala comunión.

— Está muy bien, hermana mía. Quiere decir que, cuando nos hayamos preparado bien una vez, comulgaremos con la resolución de permanecer fieles a Dios; que nos esforzaremos en ello todos los días, porque, mis queridas hijas, allí es adonde hay que llegar; y que, para comulgar bien, tendremos cuidado de dar gracias a Dios, para que esa comunión nos sirva de preparación para hacer la siguiente, y así también la otra; y de esta forma atraeremos nuevas gracias de Dios para subir hasta el más alto grado de amor y de perfección.

— ¿Y usted, hermana mía, tiene algún otro medio?

— Señor, me parece que una de las cosas necesarias para disponerse a comulgar bien, es mantenerse retirada, como lo hacía la santísima Virgen, sin hacer ninguna visita inútil y hablando poco.

— Así pues, hermana mía, ¿cree que para comulgar bien hay que hablar poco y no hacer visitas en la ciudad?

— Padre, este es mi pensamiento.

— ¡Oh! ¡Que Dios la bendiga, hija mía, tiene mucha razón! ¿Hay algo que disipe tanto el corazón como las palabras y que dañe tanto al recogimiento y al progreso espiritual como las visitas inútiles? ¡Oh! Si alguna de vosotras, hijas mías, bajo algún aparente y piadoso pretexto, que sería el único que pudierais tener, se dejase llevar a algo de donde no sacaría ningún provecho delante de Dios, que se deshaga de ello cuanto antes. La santísima Virgen salía por las necesidades de su familia y para aliviar y consolar a su prójimo; pero era siempre en la presencia de Dios; y fuera de eso, permanecía siempre tranquila en su casa, conversando espiritualmente con Dios y con los ángeles. Pedidle, hijas mías, que os obtenga de Dios este recogimiento interior para disponeros a la santísima comunión del cuerpo y

de la sangre de su divino Hijo, para que podáis decir: «¡Mi corazón está preparado; Dios mío, mi corazón está preparado!»⁵.

— ¿Y usted, hermana, qué cree necesario? Indíquenos algún buen medio para comulgar bien.

La hermana respondió que le parecía necesario, no solamente no tener ningún afecto al pecado mortal, sino incluso deshacerse de todo lo que pudiéramos tener de vicioso, bien sea en el modo de ser, bien en la voluntad, etcétera.

— Ved, hijas mías, no basta, para comulgar muchas veces, no tener ningún afecto al pecado mortal, sino que además es preciso deshacerse de todo afecto desordenado, porque todo afecto desordenado es vicioso. Pues bien, amar ardientemente a una hermana y apegarse a ella, es un afecto desordenado; preferir estar en un lugar más que en otro, o en un cargo más que en otro, es un afecto desordenado, y hay que romper con él para hacerse digna de comulgar muchas veces.

— ¿Y usted, hermana, tiene algún otro medio?; díganos qué es lo que hace cuando quiere prepararse para la santa comunión.

La hermana respondió que se entregaba totalmente a Dios, diciendo con santa Teresa: «Dios mío, tú te das totalmente a mi, yo me doy totalmente a ti»; y que era necesario, para aprovecharse de la santa comunión, mortificar los sentidos y especialmente las curiosidad de ver y de escuchar cosas inútiles, que nos ocupan el espíritu y nos impiden la unión con Dios.

— ¿Quiere usted, señorita, decirnos sus pensamientos sobre estos puntos?

Entonces la señorita dio lectura a sus notas, que había redactado en estos términos:

— Sobre el primer punto, creo que hay dos razones principales, en las que están comprendidas todas las demás: una el temor y otra el amor. El mandamiento de la iglesia de comulgar todos los años bajo pena de pecado mortal nos da a conocer que Dios quiere absolutamente que comulguemos; y hay motivos para creer que con esta amenaza nos advierte que comulguemos

5. Sal 57,8 (h).

con mayor frecuencia, so pena de perder muchas gracias que se nos darían por la santa comunión.

También nos importa mucho entregarnos a Dios para comulgar bien, ya que sin esto estaríamos en peligro de que las amenazas, tanto a quienes no comulgan, como a quienes comulgan mal, se dirigiesen a nosotras para castigarnos.

La otra razón que tenemos para entregarnos a Dios y comulgar bien es el reconocimiento que hemos de tener del gran amor que nos muestra, al entregarse a nosotros en la santa comunión; esto lo podemos hacer solamente testimoniando a nuestro Señor un amor en cierta forma recíproco, deseando recibirlo con todo nuestro corazón, ya que él se quiso entregar a nosotros con todo su corazón. Su amor me ha parecido todavía mayor en que, habiendo bastado su encarnación para nuestra redención, parece que se entrega a nosotros en la santa hostia solamente para nuestra santificación, no sólo para la aplicación de los méritos de su encarnación y de su muerte, sino también por la comunicación que su bondad desea hacernos de todas las acciones de su vida, y para ponernos en la práctica de sus virtudes, deseando que seamos semejantes a él por su amor.

Sobre el segundo punto, que es sobre lo que nos conviene hacer para entregarnos a Dios para comulgar bien, me parece que es preciso que tengamos tan alta estima de la comunión, que sintamos miedo de no tener en nosotras las disposiciones para comulgar bien, y que, como uno de los efectos de la santa comunión, y el principal, es unirnos a Dios, tenemos que quitar en cuanto podamos, los impedimentos para esta unión. Viendo que el más peligroso de todos es estar demasiado apegadas a nosotras mismas, por el amor a nuestra propia voluntad, es necesario que nos entreguemos a Dios para no tener nada más que una misma voluntad con él, para participar de los frutos de la santa comunión; es lo que yo deseo hacer según lo que tantas veces me ha dado a conocer Dios de que soy incapaz de toda clase de bien y muy indigna de la santa comunión.

Lo que creo que hay que hacer es poner una mayor atención en las acciones del Hijo de Dios, para procurar unir a ellas

las mías, con la ayuda de su gracia. Y puesto que sé que Dios lo ve todo, creo que es preciso que tengamos siempre una recta intención para comulgar, sin mezcla de ningún respeto humano, sino por el amor que hemos de tener a la humanidad santa y divina de Jesucristo, para ser fieles en corresponder al amor que nos tiene en este santísimo Sacramento.

El conocimiento que Dios me ha dado del abuso que muchas veces he hecho en mi vida de la santa comunión, llevando una vida que me hacía indigna de ella por la violencia de mis pasiones, me ha inspirado el deseo de esforzarme en mortificarlas, para que no tenga que experimentar el odio de Dios, sino su amor, en el caso de que continuase usando mal este divino alimento.

— Ved, hijas mías, cuántos medios suficientes hay para disponeros a comulgar bien y aprovecharos de vuestras comuniones. Y cuando comulgéis de esta forma y con las disposiciones que vosotras mismas habéis dicho, ya que la bondad de Dios os ha comunicado todas estas verdades, y yo no he hecho nada más que recogerlas, cuando — repito — comulgéis de esta manera, podréis estar seguras de que habéis comulgado bien. Habéis dicho que se necesitaba pedir a Dios esta gracia. No hay nada tan fácil como pedírsela, y la alcanzaremos si se la pedimos como es debido, esto es, con buen corazón, con el deseo de utilizarla bien.

Los medios no faltan: mortificar las pasiones, mortificar los sentidos, hablar poco, no hacer ninguna visita inútil, disponerse con una comunión para la otra, y en este tiempo, hijas mías, progresar siempre algunos grados en virtud y en amor de Dios, y todos los demás medios eficaces de los que habéis hablado, sobre los que no he tenido que hacer nada más que algunas observaciones. Hay un medio, hijas mías, del que no habéis dicho nada, que es confesarse; ¡sí, hijas mías, hay que confesarse! Esa es la preparación próxima y la que repara las faltas que podría haber en todos los demás. Suple a su imperfección y confiere la gracia que hace a nuestras almas tan agradables a Dios. Por tanto, hay que confesarse siempre que se pueda; por-

que no estaríamos nunca demasiado puros para acercarnos a Dios; pero, sobre todo, hay que ir con resolución de esforzarse en nuestra enmienda.

Otro medio para obtener también el perdón de todas las faltas que podemos haber cometido en nuestras comuniones, tanto vosotras, hijas mías, como yo, miserable pecador, es pedir misericordia a Dios por el pasado, y gracia para el porvenir. Haced esta petición con todo vuestro corazón, cada una en particular; y yo, como el más culpable de todos, la haré en alta voz, por vosotras y por mí, con el corazón lleno de confianza en que Dios no mirará mis pecados, sino vuestro deseo.

Dios mío, con todo mi corazón te pido misericordia. ¡Misericordia Dios mío, misericordia por todos los abusos que hemos hecho de tus gracias! Por la negligencia que hemos tenido en corregirnos de las faltas que te disgustan en nosotros, ¡misericordia, Dios mío! Por todas las veces que hemos tratado indignamente tus sagrados misterios, ¡misericordia, Dios mío! No te acuerdes de nuestros pecados. ¡Que queden borrados esos días desgraciados y que tu misericordia los olvide para siempre! ¡Te lo pido, Señor mío, por toda esta Compañía y por mí, y al mismo tiempo te suplico, Dios mío, que nos concedas la gracia de que nunca nos acerquemos a tus santos altares más que con la preparación que deseas, para que podamos practicar los medios que nos has dado a conocer, tan necesarios para esto y para que podamos ser fieles a tus gracias y a tu santo amor. No consideres, Dios mío, la voz del pecador que te habla, sino dignate mirar los corazones de los que te suplican esta misericordia y esta gracia y concédeme a mi, aunque el más indigno, que no deje de pronunciar las palabras de bendición que confieren tu espíritu y tu gracia, confiando en tus promesas. ¡Quiera tu bondad, según las vaya pronunciando, llenar de ellas los espíritus de quienes las reciben de tu parte!.

Benedictio Dei Patris...

Sobre la perseverancia en la vocación

El tema de la presente conferencia, mis queridas hijas, es sobre la perseverancia en vuestra vocación. El primer punto es sobre las razones que tenéis cada una para perseverar en la vocación hasta la muerte, mediante la gracia de Dios; y el segundo, sobre lo que hay que hacer cuando una se siente vacilar.

Hija mía, ¿quiere indicarnos sus pensamientos?

La hermana le entregó en la mano las notas que había escrito, y su caridad se tomó la molestia de leerlas.

Sobre el tema de la conferencia, que trata de las razones que tenemos para perseverar en nuestra vocación, he pensado que deberíamos mirar a su fundador, que no es otro sino Dios. En segundo lugar, he pensado que aquel joven del evangelio ¹ que se retiró tan triste, al oír que nuestro Señor le decía que vendiese todos sus bienes para seguirle, cayó en el olvido de los hombres. De la misma forma, hay que temer que una Hija de la Caridad infiel a su vocación se vea olvidada de Dios y de los hombres.

El segundo punto es de lo que tenemos que hacer cuando estamos vacilantes. He pensado que había que repasar varias veces en nuestro espíritu los motivos que nos habían traído a entregarnos a Dios en esta vocación, y acordarnos del fervor con que, al comenzar, practicábamos lo que se prescribía.

Otro medio es ver muchas veces a nuestro Señor en medio de sus sufrimientos, que fueron tan grandes y que duraron toda su vida hasta su muerte.

— Bien, he aquí dos razones que nuestra hermana indica sobre el primer punto. La primera, acordarse de cuál es el fun-

Conferencia 32. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Mt 19,16-23.

dador del género de vida que hemos abrazado, que no es otro sino Dios. Es verdad, hijas mías, esta razón es muy buena. Porque cuando la Hija de la Caridad que se vea tentada de abandonar su vocación llegue a considerar que ha sido Dios su autor, ¿no se dará cuenta de que es el diablo el que, con sus malas tretas, quiere sacarla de allí?

La segunda razón que propone para mantenerse firme es el temor de que nos suceda lo mismo que a aquel joven que fue a buscar a nuestro Señor para preguntarle lo que había que hacer para ganar el reino de los cielos; y, como nuestro Señor le respondiese que vendiera lo que tenía y le siguiese, nos dice el evangelio que se retiró lleno de tristeza, y luego ya no se ha-e ninguna mención de él ni se nos dice lo que le pasó. Pues bien, mi hermana quiere decir que lo mismo pasa con la persona que deja su vocación; al apartarse del lugar en donde Dios la había colocado, cae en el olvido de Dios y de los hombres. Esa joven que podía hacer tanto bien, que tenía talento para servir a los pobres con tanto provecho, que podía dar gloria a Dios con tantas buenas ocupaciones que habrían constituido su felicidad si se hubiese dejado conducir, esa hermana se retira, ya no se habla más de ella, nadie sabe lo que hace o deja de hacer, sino que se la deja allí, tal como es.

Sobre el segundo punto, nuestra hermana hace también dos observaciones: la primera es que recordemos los motivos que nos han traído a elegir esta vocación. ¡Oh! ¡qué gran medio es éste, hijas mías, para renovarse! Porque ordinariamente, cuando uno es tentado, se olvida de todo, y solamente nos parece razonable lo que nos presenta la tentación.

¡Oh, pero yo no sé si fue Dios el que me trajo a este género de vida! ¿Quién os pudo sacar de donde estabais sino Dios? ¿fue la sangre? ¿fue la carne? ¡Ay! Por la misericordia de Dios, ni la carne ni la sangre pueden encontrar su satisfacción en la Compañía.

Pero, dirá alguna, ¿puede una verse tentada de abandonar su vocación cuando viene de Dios? Y le respondo: Sí, hijas mías, puede ser. Pero, aunque la tentación durase un día entero, ocho

días, un mes, aunque durase seis meses, aunque durase años enteros, hijas mías, eso no sería un argumento para creer que vuestra vocación no es de Dios.

¿Fueron tentados los santos? ¡Oh! Ciertamente, hijas mías, y con tentaciones muy fuertes.

¿Tanto tiempo como yo? Algunos, durante toda su vida. Y Dios lo permitió así para manifestar su gloria y su poder, para demostrar que, aunque el diablo ponga todo su interés en tentar a sus servidores, ellos no faltan a la fidelidad que le deben.

Pues bien, las tentaciones vienen de estas dos formas. Unas veces de parte de Dios, que presenta a sus servidores al diablo para avergonzarlo, tal como hizo con Job: «Fíjate, le dijo, en mi siervo Job, cómo es un hombre fiel a mi ley»². Y entonces el diablo le pidió permiso para tentarlo y Dios se lo concedió para hacer ver que su siervo estaba tan firme en medio de la prueba como lo había estado en medio de la tranquilidad, e incluso para darle ocasión de merecer la corona, ganando la victoria.

El diablo tienta también a los siervos de Dios por envidia del bien que se hacen a sí mismos y al prójimo; desean que caigan para impedirles continuar. Por ejemplo, una Hija de la Caridad que va a llevar el puchero a un enfermo. No es ninguna gran cosa; no es más que un poco de caldo. Pero, al llevárselo, dirá al enfermo alguna buena palabra, y Dios le tocará el corazón. ¡Oh! esto hace reventar al demonio de despecho. Aquella hermana le quita un alma que consideraba como suya; por venganza, hará todo lo posible para perderla también a ella, y empezará poco a poco: en primer lugar, haciendo que se canse de sus ejercicios; luego, procurándole pequeños pesares que la pondrán de mal humor; más tarde, inclinándola a que actúe con pereza y por dejarse llevar. Más tarde hará que se canse de las prácticas de la regla, después sentirá disgusto y acabará dejándolo todo. ¿Y cómo ha llegado a caer? ¡Oh! es que no estuvo firme a la hora de creer que su Instituto viene de Dios y

2. Job 1,8.

que fue Dios el que la llamó para conseguir su salvación. Y por no haber tenido suficiente estima de lo que era, ahora se ve miserablemente caída. Pero, en fin, no nos pongamos a juzgar; solo Dios sabe lo que pasó.

Pero ¿qué pasara luego? Sucederá que aquella pobre hermana, por haberse hecho indigna de la elección de Dios, se verá despojada de la gracia que le había concedido, gracia suficiente para santificarse. Nosotros, los sacerdotes, cuando somos tan miserables que cometemos algún crimen que merece la muerte, somos condenados por los jueces y enviados al obispo para ser degradados. Cuando el criminal llega delante del obispo, lo revisten con las vestiduras sacerdotales, luego el obispo hace una imprecación en latín, diciendo que, por haber abusado desgraciadamente de su vocación, se ha hecho indigno de la casulla; y así le quitan en primer lugar la casulla. Luego el obispo prosigue y dice que, por haber abusado de su vocación, se ha hecho indigno de la estola santa; y le quita la estola. Luego el manípulo, el cingulo, el alba y todas las demás vestiduras sacerdotales.

Pues bien, hijas mías, lo mismo pasa, delante de Dios, con una Hija de la Caridad que pierde su vocación. Dios la ha llamado misericordiosamente; le ha mostrado el bien que abrazaba; y le ha dado gracias para hacer lo que tenía que hacer. Pero esa hermana descuidará sus reglas, no tendrá en cuenta la obediencia, amará su propia voluntad, despreciará las amonestaciones que le den los superiores. Dios la sufre por algún tiempo, le manifiesta su estado, permite que sean conocidas sus faltas y que sea amonestada para corregirse. Y como lo desprecia todo, Dios dice: «Yo te había llamado de tal sitio para que gozases de las recompensas prometidas a los que me sirven, y tú te has hecho indigna; por eso daré a otra la corona que estaba preparada para ti»; y llamará a una joven de Turena, de Saintonge, de Bretaña, para venir a recibir la corona que había destinado a María, a Francisca, a Juana, a cualquier otra, a las que había llamado misericordiosamente y que se han hecho indignas. Esto es lo que Dios hace, hijas mías, cuando con nues-

tras cobardías damos lugar a que descargue sobre nosotros su justa cólera.

Usted, hermana, ¿quiere decirnos sus pensamientos?

— Yo he creído que una de las razones para estar fuertes en nuestra vocación, es que Dios es glorificado en ella por los ejercicios de piedad que practicamos todos los días al servir a los pobres. La segunda razón es que no está bien comenzar, si luego no perseveramos para aumentar la gloria de Dios.

— He aquí dos razones que nuestra hermana señala sobre el primer punto: que Dios, dice, es glorificado en nosotros por el ejercicio de las virtudes que practicamos, y que no está bien comenzar, si luego no perseveramos para aumentar la gloria de Dios. ¡Cuán bueno ha sido, hijas mías, al querer sacar su gloria de las acciones de una pobre campesina! Juana, María, Francisca, sufrirán de buena gana lo que les digan al pasar, cuando vayan a servir a los enfermos, He aquí una práctica de paciencia. Aquel enfermo no se quedará contento, y ellas harán todo lo posible para quitar su pesar, hablarle de Dios, enseñarle a hacer un acto de fe; he aquí una práctica de caridad. Si el enfermo les dice que está mal servido, se excusarán; he aquí una práctica de humildad. De esta forma encontrarán ocasión para practicar mil virtudes, por las que Dios será glorificado. Las hermanas que no tienen en cuenta su interés ni su comodidad, acuden en cualquier tiempo; ¿no es evidente que hay un Dios por el que ellas trabajan? Pero, cuando se vea que van aumentando en virtud y trabajan hasta morir, entonces demostrarán que verdaderamente aman a Dios y que nada puede separarlas de él.

Hija mía, ¿qué tiene que hacer una hermana que se sienta tentada y le entren deseos de dejarlo todo?

— Pienso que hay que abrirse a nuestros superiores, como a las personas que Dios nos ha dado como guías en nuestra vocación.

— ¿Creéis, hijas mías, que es éste un medio para vencer la tentación?

Sí, ciertamente, es un medio, y muy infalible, con tal que esto se haga sencillamente y con el deseo de seguir los avisos

que se nos den; porque no hay nada que estropee tanto los golpes del diablo como manifestarlos; cuando él se ve descubierto, abandona la partida.

Por eso es conveniente, hijas mías, que las que se sientan tentadas se dirijan al superior y le digan con franqueza y verdad las cosas tal como son: «Padre, me siento tentada por tal y tal motivo; esto me da tales pensamientos y le ruego que me diga lo que tengo que hacer». Creed, hijas mías, lo que el superior os diga; pues, si le pedís consejo, hay que seguirlo. Cuando un enfermo manda llamar al médico para saber qué régimen tiene que seguir, si en vez de escucharle, hace todo lo contrario, se pondrá peor. Lo mismo sucede con las penas del espíritu, si no os conformáis con los consejos que Dios os da por vuestros superiores, y si, en vez de seguirles, hacéis lo contrario: «¡Oh! me ha dicho esto; pero no sabe lo que ha dicho», entonces estad seguras de que vuestro mal, en vez de corregirse, empeorará.

Hija mía, ¿es conveniente, cuando una persona se encuentra en este estado, ir a decírselo a otra?

— Padre, creo que no, porque a la que se lo dijese, le podría venir una tentación semejante.

— No, hija mía, tiene usted razón, no hay que decírselo nada más que a los que Dios les ha dado la gracia para asistirlos. Una pobre hermana trabaja en paz sin pensar en otra cosa que en su faena; si vais a decirle vuestras penas, en vez de ayudaros, se encontrará ella misma apurada, y os perderéis las dos. Además, esto es de mal ejemplo; es escandalizarse a sí mismo. Esa hermana os creía de las más aficionadas a vuestra vocación, y se asustará al veros tentadas, sin saber que esto se hace por permiso de Dios; y en vez de ayudaros, saldrá perjudicada y se perderá quizás con vosotras.

¿Otro medio, hija mía? ¿no lo sabe usted?

Entonces la hermana respondió que había que resistir a las tentaciones tan pronto como se presenten, sin darles entrada en nuestro corazón.

— Este es el remedio más grande e importante, porque, si cerramos nuestro corazón y nuestros oídos a la tentación, en-

tonces difícilmente se saldrá el diablo con sus planes. Para ayudarnos a ello, es conveniente recurrir a Dios, apenas la sintamos, y decirle: «Dios mío, ya ves de qué lado me ataca el enemigo, y sabes cuán débil me siento; ayúdame, y por favor, sostenme, no sea que caiga». Y sería conveniente que aquellas a las que Dios les ha dado la gracia de entregarse más perfectamente a él, y que le prometieron servirle en la Compañía, renovasen sus votos; ¡oh! sí, sería conveniente. Eso da nuevas fuerzas y atrae nuevas gracias. Las que puedan hacerlo y estén en ese estado, que tomen este medio con humildad y con confianza en la asistencia de Dios; las que todavía no están ligadas por los votos, que renueven su resolución tan pronto como se sientan vacilar: «¡Ay, Dios mío!, estoy a punto de sucumbir, si no me sostienes; ten piedad de mi debilidad y no me dejes caer». Y que descubran su tentación.

Otra hermana dijo, sobre el primer punto, que la recompensa era una razón muy poderosa para perseverar. Otra dijo que era el temor de que Dios nos abandonase en un estado no conforme con su voluntad.

— ¿Y en qué se convierte, hija mía, una Hija de la Caridad que tuviese una bancarrota en su vocación?

— Creo que correría un gran peligro de perderse.

— ¡Dos mío!, dijo el Padre Vicente, juntando las manos y con los ojos elevados al cielo, ¡Dios mío, Dios mío! ¡No hay que ponerse a juzgar! Eso está reservado a Dios. Hay que reza; por ella y humillarnos sin decir nada ni pensar nada sobre las que han salido. Hay motivos para creer que las que han muerto en la Compañía están ahora, por la misericordia de Dios, en el lugar del descanso. In nomine Domini!

— Hermana mía, ¿quiere indicarnos sus pensamientos?

— Una razón particular que me obliga a permanecer en mi vocación es que he visto que la primera vocación viene ordinariamente de Dios, y que las siguientes son más bien tentación que vocación. Otra razón es que el final de todas nuestras buenas acciones corona toda la obra; por tanto, si queremos vernos co-

ronadas, hay que perseverar hasta la muerte ³, según el ejemplo de nuestro Señor, que no se contentó con hacerse hombre, sino que perseveró en la obra de nuestra redención hasta la muerte.

Sobre el segundo punto me parece que cuando una se siente vacilar, tiene que procurar no dar entrada a estas desilusiones, huir de todo lo que nos las puede causar como de un veneno para nuestra alma, recurrir a Dios, decir lo que decía Pilatos del título de la Cruz: «Lo hecho, hecho está» ⁴, y despreciar todo pensamiento contrario a nuestra primera resolución. Podemos también rogar a nuestros superiores que nos ayuden a resistir la tentación.

— Hijas mías, antes de pasar adelante y para hacer saber a las que no lo saben lo que tratamos, es preciso decirnos qué es la vocación. La vocación es una llamada de Dios para hacer una cosa. La vocación de los apóstoles fue la llamada de Dios para plantar la fe por toda la tierra; la vocación del religioso es una llamada de Dios a la práctica de las reglas de la religión; la vocación de las personas casadas, es una llamada de Dios para servirle en la formación de una familia y en la educación de unos hijos; y la vocación de una Hija de la Caridad es la llamada de Dios y la elección que su bondad ha hecho de ella, más bien que de tantas otras que se presentaron a él, para servirle en todos los quehaceres que son propios de esta clase de vida, a los que él permitirá que se dediquen. De tal forma, hijas mías, que a las que estáis con los niños, a las que estáis con los galeotes, en la Casa, en los hospitales, en las aldeas, en las parroquias, Dios os mira entre mil millones y ha dicho al escogeros a una de una parte y a otra de otra: «Quiero que esta alma se santifique sirviéndome en esta ocupación».

Esto es, hijas mías, vuestra vocación. La elección de Dios, que os llama algunas veces por unos medios que os son desconocidos, y ordinariamente por el deseo que os da y por la perseverancia que procuráis tener. Después de esto, hijas mías, no

3. Mt 24,13.

4. Jn 19,22.

hay que preguntarse: «¿Pero es Dios quien lo ha querido?». Porque, cuando razonáis así, muchas veces es porque vuestro espíritu encuentra alguna dificultad en la práctica de la humildad, de la sumisión y de la obediencia, que os son necesarias y que el diablo intenta haceros imposibles. Dios se ha detenido en sus juicios, hijas mías. La salvación de las almas le es tan querida que toma todos los cuidados necesarios para ponerlas en el camino más fácil para llegar al cielo. Pero hay que procurar no salirse de él; pues, cuando un hombre al emprender un gran viaje abandona el camino principal o se aparta de él, corre el peligro de no encontrar más que senderos que lo aparten del lugar adonde iba.

El que transplantase algunos árboles poco antes de la estación de los frutos, y luego se los volviese a llevar una vez más para trasladarlos de sitio, no recogería jamás ningún fruto; los árboles, al cambiar de lugar y de terreno, se verían incluso en peligro de morir.

Judas, al que Dios había llamado al apostolado y al que había concedido tantas gracias, creyó que sería mejor obrar de otra manera. Ya conocéis su historia y cómo se perdió. Pero, por la misericordia de Dios, su lugar no quedó vacío, y Dios llamó a san Pablo desde la gentilidad, donde estaba sumergido, para hacerle digno vaso de elección.

Prosigamos, *in nomine Domini*.

Hermana, ¿quiere decirnos sus pensamientos?

— La razón que tenemos para perseverar hasta el fin es que la perseverancia merece la corona, y que por el contrario, al no perseverar, podríamos perder el mérito de todo lo que habíamos hecho y caer en un deplorable abandono, en castigo por la pérdida de nuestra vocación; esto me impresiona tanto que todos los días pido a Dios morir antes que abandonar mi vocación.

Sobre el segundo punto, he pensado que es conveniente unirse fuertemente con Dios, que es inquebrantable; excitarse a las prácticas propias de nuestra vocación con la consideración de la gloria que podemos darle y con la esperanza de las recompensas prometidas a los que hagan lo que tienen que hacer; so-

bre todo, creer firmemente que hemos sido llamadas por Dios y que todo pensamiento contrario proviene del diablo; vigilar para no ponerse del lado de la tentación, sino exponérsela amorosamente a Dios, pedir su asistencia y encomendarse al ángel custodio de la Compañía.

— ¿Y usted, hermana, por qué razón estamos obligados a perseverar en nuestra vocación?

— Porque Dios nos ha puesto en ella.

— ¿Habría algún peligro, hija mía, al salirnos del lugar en donde sabemos que Dios nos ha querido poner?

— Creo que eso sería irritar a Dios contra nosotros y obligarle a abandonarnos.

— Dios mío, ¡qué gran idea acaba de decir! Hijas mías, observadlo bien, por favor, ha dicho: «Porque Dios nos ha puesto en ella». ¿Habéis oído decir alguna vez que un soldado colocado en algún lugar por su capitán se haya apartado jamás? Un soldado colocado como centinela por su capitán, se queda allí, aunque caiga la lluvia, el viento, el granizo, aunque hiele de frío, aunque los cañones descarguen sobre él; no le está permitido retirarse, aunque tenga que morir. Y si es tan cobarde que se retira, no se tiene ninguna misericordia con él; es pasado por las armas, porque no se quedó en el lugar en que su capitán lo había puesto.

¿Qué otra razón, hija mía, puede indicarnos?

— Me parece, Padre, que habría sido mejor no haber venido nunca antes que salirse, porque entonces se tendría atormentada el alma y no se podría descansar.

— Desde luego, hija mía, no podría ser de otro modo. Sé muy bien que hay algunas que están todos los días detrás de mi rogándome, por mediación de toda clase de personas, que las vuelva a admitir. Ayer vinieron a hablarme de una, el otro día de otra, y me decían: «Padre, esa pobre muchacha ya no tendrá descanso; se consume de tristeza». Pues bien, hijas mías, no todas son así, porque hay algunas que son insensibles. Pero la mayor parte están tan inquietas que no saben de qué lado ponerse; y es muy cierto que valdría más que no hubiesen ve-

nido nunca. ¡Ay! ¡no podrían imaginarse las gracias que han perdido! El Maestro de las Sentencias cree que la perseverancia de una joven y de una mujer es tan importante, que dice: la mujer que sabe resistir a las tentaciones, precipita al demonio en los infiernos. El diablo está condenado a estar eternamente en los infiernos; y aunque sale de allí para tentar, no deja de llevar el infierno consigo. Y la mujer que tiene la fuerza de resistirle, le confunde, de forma que le precipita en el fondo de los infiernos para no salir nunca de allí. Es el Maestro de las Sentencias el que así habla, hijas mías, el primer autor de teología. Pues bien, lo mismo que esto hunde al demonio en una profunda tristeza, también da gozo a Dios, sí da gozo a Dios. ¡Que una mujer, que una pobre joven, pueda causar gozo a Dios! ¡Oh, sí, puede hacerlo! Dios mira y se goza al ver nuestra fidelidad en medio de las tentaciones. Y se alegra cuando, a pesar de todos los combates de la carne y de la sangre, a pesar de todas las astucias del espíritu maligno, perseveramos en lo que hemos emprendido por su amor.

— ¿Y usted, hija mía, qué hay que hacer cuando uno se siente tentado? ¿Qué medio cree que nos puede servir para resistir?

La hermana respondió que era conveniente volver a leer las resoluciones tomadas durante los retiros.

— Hijas mías, ¡éste es un buen medio! Porque hay pensamientos que nos han venido de Dios en el tiempo en que tratábamos más familiarmente con él; son otras tantas provisiones que nos da para el caso de necesidad. Por eso es conveniente recogerlos para utilizarlos cuando es necesario. Que las que no saben leer, se los hagan leer y que cada una piense: «¿No es Dios el que me ha dado este pensamiento? ¿no tomé yo esta resolución, impulsada por algún buen motivo?» ¡Oh!, allí encontraréis, hijas mías, un medio excelente para volver a poneros a seguir lo que habíais comenzado.

Alguna dirá: «Pero ¿no hay nadie que no se sienta tentado? Porque se trata de un yugo muy difícil. ¿Qué medio hay para conocer si son tentaciones?» A esto, hijas mías, os contesto que sí: Hay personas que no son tentadas nunca, y estas personas

son de dos clases. Las primeras son las que hacen todo lo que se les ocurre. Cuando tienen ganas de algo, lo hacen. Esas no sienten nunca la tentación, porque enseguida la aceptan. Y como no resisten, dicen que no son tentadas. Las otras son personas espirituales, para quienes las cosas de Dios son tan dulces y tan suaves, que jamás sienten disgusto en ellas. Pero os respondo que, generalmente hablando, todos los siervos de Dios son tentados. San Pablo es quien lo dice ⁵. Yo no he conocido nada más que a dos siervos de Dios que no hayan sido tentados. El uno se había convertido de la religión y se había hecho sacerdote. Desde su conversión no tuvo jamás una pena, un disgusto, ni un solo pensamiento contrario a la perfección, y estaba tan contento en su estado que no podía imaginarse otra cosa.

El otro era una mujer que se había dedicado a las buenas obras y a la devoción, en la que hacía grandes progresos. Nunca sintió una tentación contraria al bien que hacía. Pues bien, ¿qué pasó a esas dos personas? Sintieron la tentación de no ser nunca tentadas, y decían: «Sé muy bien que todos los siervos de Dios son probados y están sujetos a tentaciones y que el diablo no deja en descanso nada más que a los que le pertenecen. Entonces, ¿cómo es que yo no soy tentado, que no siento nada contrario?; sin duda, Dios no se preocupa de mí». El no ser tentados era para ellos una tentación más fuerte que si lo hubiesen sido; aquella era la cruz más pesada que tenían que soportar.

Hermana, díganos, por favor, ¿qué pensamientos ha tenido sobre el tema de la conferencia?

La hermana respondió que, mientras amemos nuestras reglas, Dios no permitirá que perdamos nuestra vocación.

— ¡Bendito sea Dios, hijas mías!; he aquí un gran número de motivos y de medios para ser fieles a vuestra vocación y resistir a las tentaciones que tengáis. El tiempo urge y no puedo detenerme en resumirlas; pero os diré algo sobre lo último que se ha dicho. Es verdad, hijas mías, que, mientras améis las re-

5. 2 Tim 3,12.

glas, Dios no permitirá que perdáis vuestra vocación. Entre las que habéis visto salir, ¿había alguna que fuese exacta en sus reglas? No la encontraréis; una faltaba a un artículo, otra a otro; ninguna sentía afecto a todos. Veáis en su porte cierta negligencia en hacer las cosas para ir tirando, y nunca ese espíritu de fervor y recogimiento que hay que tener cuando se trata de agradecer a Dios. Así pues, mis queridas hijas, amad vuestras reglas y consideradlas como el camino por el que Dios quiere conducirnos hasta él, y estad seguras de que, mientras las sigáis, Dios, que os las ha prescrito, que os las ha dado y que os ha puesto en el camino de practicarlas, estad seguras, repito, de que no permitirá que os extraviéis.

Cuando nuestro Señor dijo a los apóstoles todo lo que tenían que hacer, no les prometió ningún bien en este mundo; no les dijo: «Tendréis descanso, estaréis en paz, no tendréis que hacer otra cosa más que servirme, nada os molestará», sino: «Tendréis que responder delante de los reyes, etcétera»⁶, Les prometió cruces, penas y sufrimientos, y en ellos a todos los que quisieran seguirle. San Pablo no se vio libre de tentaciones. Las padeció muy penosas y muy violentas. No nos extrañemos, entonces, hijas mías, si a veces también nosotros tenemos que sufrirlas, pero utilicemos los medios que Dios nos da para resistir y, sobre todo, pidámosle la gracia para nosotros y para todas nuestras hermanas de morir mil veces, si pudiera ser, antes que ceder a las tentaciones que nuestro enemigo podría ponernos contra nuestra vocación.

Es lo que te pido, Dios mío, para todas estas hermanas aquí presentes, y para todas las que no están. Somos débiles, Dios mío, y capaces de sucumbir al primer asalto. Nos has llamado por pura misericordia; que nos conserve tu infinita bondad, si así lo quieres; por nuestra parte, mediante tu santa gracia, contribuiremos con todo nuestro esfuerzo a rendirte todos los servicios y toda la fidelidad que esperas de nosotros. Dios mío, danos, pues, la gracia de perseverar hasta la muerte Es lo

6. Mt 10,18.

que te pido, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, con la confianza de que me lo concederás. Pronunciaré las palabras de la bendición, con la que te suplico des a toda la Compañía el espíritu que desde toda la eternidad has querido que tuviese.

Benedictio Dei Patris...

33833,IX,360-366)

CONFERENCIA DEL 11 DE JULIO ¹

Sobre la pureza de intención

El primer punto de esta conferencia es sobre las razones que tienen las hijas de la Caridad para hacer todas sus acciones con espíritu de caridad y viendo a Dios, esto es, hijas mías, con intención de agradar a Dios; el segundo sobre los medios para realizar así todas las acciones; y el tercero, sobre los males que podrían venir o sobre el daño que se derivaría de no hacer las acciones con esta intención.

Este es, hermanas mías, el tema de la presente charla. Hace tiempo que no tenemos ninguna de tanta importancia, pues la intención es la que da valor a todas nuestras obras, para hacerlas meritorias delante de Dios.

Hermana, ¿quiere decirnos las razones que ha pensado sobre este tema?

La hermana respondió que, si hacemos todas nuestras acciones con el designio de agradar a Dios, él mismo será nuestra recompensa. Querer agradar a Dios quiere decir que no hay que

Conferencia 33. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. El año de esta conferencia no se indica en el manuscrito. Como ha sido sor Hellot la autora, hay que colocarla entre 1646 y 1650. Podemos decir incluso: entre 1646 y 1649 porque la conferencia 44 (edic. española) se dio el 14 de julio de 1650.

buscar la recompensa, sino obrar puramente por su amor. Sin esta intención, sería imposible perseverar en nuestra vocación.

— ¡Qué hermoso es esto, hijas mías!; no puedo dejarlo pasar sin indicároslo. Si las Hijas de la Caridad estuviesen en esa situación, dándole gloria y servicio a Dios, ¡cuánto agrado y complacencia tendría Dios en ellas!

Y usted, hermana, ¿por qué es conveniente que las Hijas de la Caridad hagan sus acciones con espíritu de caridad?

— Señor, porque esto agrada más a Dios.

— ¿Y qué es lo que hay que hacer, hija mía, para tener intención de agradar más a Dios?

— Desde la mañana hay que pedir a Dios la gracia de no hacer nada que no sea por su amor a través de toda la jornada.

— Y, si esto falla, ¿qué pasa a la persona que está ocupada desde la mañana sin pensar en otra cosa más que en ejecutar sus obras, sin pensar en Dios?

La hermana respondió que si falla este pensamiento, trabajamos en vano, y que lo que hacemos no se nos tiene en cuenta.

Otra hermana dijo que, para obligarnos a hacer bien todas nuestras acciones, sería conveniente representarse la grandeza de Dios; otra, que había que hacerlas con moderada diligencia y sin prisas, ya que esto es lo que nos impide algunas veces elevar nuestro espíritu a Dios.

Otra hermana dijo que otra razón para hacer todas nuestras acciones con espíritu de caridad, es que estamos muy lejos de esta virtud, que es tan necesaria, y sin la cual llevamos indignamente el nombre de Hijas de la Caridad, pues hay que temer que no lo seamos más que en apariencia y no efectivamente.

Otra razón es que, si no obramos con la vista puesta en Dios, obramos para complacer a las criaturas, y por consiguiente recibimos nuestra recompensa en este mundo y no recibiremos la de nuestro Padre que está en los cielos, ya que no trabajamos por él.

La tercera razón es la advertencia que nos hace san Pablo de que, aunque hagamos toda clase de buenas obras, si no te-

nemos caridad, que quiere decir puro amor de Dios, esto nonos servirá de nada ².

Un buen medio es mantenerse en una gran presencia de Dios, para excitarnos de este modo a agradar al que nos está viendo continuamente, examinándonos con mayor frecuencia para ver si nuestras intenciones están acaso mezcladas con otros fines distintos del amor a Dios, y procurar arrancarlas, si vemos que son impuras.

Otro medio es convencernos fuertemente de que los pobres son miembros del Hijo de Dios y de que en ellos servimos a la persona de Jesucristo.

Sobre el tercer punto, he pensado que, sin este espíritu, podría llegar a darse una gran desunión en la comunidad, pues si se falta a la caridad falla la unión, y por consiguiente ya no hay comunidad, puesto que lo que la mantiene es la vinculación de los corazones; de ahí se sigue que muchas perderían su vocación, porque si las acciones que se hacen son bajas y vulgares y no se las llena del espíritu de caridad y de la idea de Dios, como habría que hacerlo, fácilmente se dejarían llevar y descorazonar por el espíritu del mundo, que no es nada más que un espíritu de soberbia y de ambición y que no puede saborear las bajezas de Jesucristo.

Mi resolución ha sido la de no ver más que a Dios en todas mis acciones, a fin de hacerlas por su amor, mediante su santa gracia.

Otra hermana dijo, sobre el primer punto, que es justo mirar la soberana majestad de Dios, que el fin principal de nuestras acciones es agradarle, y que no podrían serle agradables, si estuviesen desprovistas del espíritu de caridad.

La segunda razón es que, si no hacemos nuestras acciones con este espíritu y con esta idea, son acciones perdidas para nosotros y no pueden ser meritorias delante de Dios.

2. 1 Cor 13,1-3.

La tercera razón es que somos llamadas Hijas de la Caridad; faltáramos a lo que este nombre significa si tuviésemos otros motivos en nuestras acciones, sin acordarnos de agradar a Dios y de hacerlas con espíritu de caridad.

Para que nuestras acciones estén animadas de este espíritu, es conveniente unirlas a las acciones semejantes de Jesucristo y recurrir a los continuos deseos que él tuvo de complacer a su Padre eterno, para suplir lo que nos falta, y aquel espíritu de caridad con que estaban animadas sus acciones, para dar calor a la tibieza de las nuestras.

Otro medio es elevar nuestro espíritu a Dios cada día y, si es posible, en cada acción principal, para pedirle la gracia de hacerla con espíritu de caridad y para no dar gusto más que a él.

Sobre el tercer punto, he observado tres faltas principales contra esta santa práctica: la primera es que, si no tenemos la idea de agradar a Dios ni el espíritu de caridad, haremos nuestras acciones con indiferencia y sin ningún mérito.

La otra falta sería hacerlas por nuestra sola satisfacción, sin más idea que nuestro propio contentamiento. La tercera y la peor de todas sería hacerlas por complacer a los demás y procurar su estima.

— Bien, mis queridas hermanas; esto va bien, por la misericordia de Dios. Habéis indicado muy buenas razones; y por la forma con que las habéis dicho, parece como si vuestros corazones estuviesen tocados y estuvieseis todas resueltas a entrar en la práctica de no hacer nada en adelante más que con la intención de agradar a Dios. Es lo que san Pablo quiso decir con aquellas palabras: «tanto si bebéis, como si coméis, hacedlo por el amor de Dios»³. Hermanas mías, si las acciones naturales se hacen meritorias y agradables a Dios en todo, cuando se hacen por su amor, cuánto más las acciones por sí mismas excelentes, como la oración, la práctica de las reglas, la asistencia a los pobres, etcétera. Sin embargo, muchas veces las hace-

3. 1 cor 10.31.

mos sin intención y sin atención. ¡Dios mío!, mis queridas hermanas, ¡cuánto perdemos al no fijarnos en lo que hacemos, y cuánto quitamos a nuestro Señor por no dárselo!

¿Pensáis, hermanas mías en el placer que Dios experimenta viendo a un alma atenta a agradecerle, deseosa de ofrecerle todo lo que hace? No puede imaginarse, hermanas mías; y con razón se puede decir que esto da alegría a Dios. Sí, aquí está su alegría, aquí está su placer, aquí están sus delicias. Es como cuando un niño se preocupa de ofrecer a su padre todo lo que se le da; si alguien le da algo, no descansa hasta encontrar a su padre: «Toma, padre mío; mira lo que tengo; me han dado esto; he hecho esto». Y aquel padre se complace indeciblemente al ver la docilidad del niño y esas pequeñas señales de su amor y de su dependencia. Lo mismo pasa, mis queridas hijas, con Dios, y en un grado muy distinto. Cuando un alma, desde la mañana, le dice: «Dios mío, te ofrezco todo lo que me suceda hoy», y cuando, además, en las principales ocasiones que se le presentan de hacer o de padecer algo, echa una ojeada interior hacia su divina Majestad para decirle con un lenguaje mudo: «Dios mío, esto es lo que voy a hacer por tu amor; este servicio me parece molesto y duro de soportar, pero por tu amor nada me es imposible»; entonces, hijas mías, Dios aumenta la gracia a medida que su bondad ve el uso que de ella hace el alma, y, si tuvo hoy fuerzas para superar una dificultad, mañana la tendrá también para pasar por encima de otras muchas más grandes y molestas.

Se han dicho otras muchas cosas, que os han podido dar a comprender la importancia de esta práctica, la gloria que Dios obtiene en ella, el bien que proporciona a las almas que la siguen; y sería demasiado largo repetíroslo. ¿Qué hacer pues? Empezar a practicarlo también nosotros.

Se ha dicho en primer lugar que había que dirigirse a los ángeles de la guarda, y es verdad...⁴.

⁴ El resto de la conferencia se ha perdido.

Sobre el buen uso de los avisos

Primer punto: las razones que tenemos para desear que nuestras faltas sean conocidas y que os avisen.

Segundo punto: los medios para aprovecharnos de los avisos que se nos dan.

Hace mucho tiempo, hijas mías, que no hemos tratado de un tema de tan gran importancia. Se trata de señalar las razones por las que es conveniente e incluso necesario, que sean conocidas nuestras faltas y que nuestros superiores u otras personas nos hagan la caridad de advertirnoslas. Se trata de una práctica que repugna a la naturaleza; pero la gracia nos la hará fácil, si estamos en la verdadera disposición que Dios pide de nosotros en la manera de vivir elegida por su bondad para nosotros.

Hija mía, ¿es conveniente que nuestros superiores conozcan nuestras faltas?

— Sí, Padre.

— ¿Por qué es necesario que las sepan?

— Porque esto nos obliga a velar más sobre nosotras.

— Y usted, hija mía, ¿cree conveniente que, cuando hemos faltado, lo sepan nuestros superiores?

— Sí, Padre; porque a veces cometemos faltas sin conocerlas; y cuando nuestros superiores nos hacen la caridad de avisarnos, las conocemos y procuramos evitarlas.

— Pero, hija mía, ¿y si se trata de una falta de la que uno se reconoce culpable y, sin embargo, quiere seguir cometiéndola? ¡No creo que haya ninguna en la Compañía y Dios nos guarde de eso! pero puede suceder alguna vez. Una hermana tendrá alguna pequeña indisposición, en la que verá un obstáculo pa-

ra levantarse por la mañana, y, por miedo a sentir más molestias, se quedará en la cama. Sabe que va contra la regla; pero, como ve algunas razones para eximirse, se cree exenta; ¿es bueno que la superiora lo sepa?

— Sí, Padre; porque la advertencia de la superiora combatirá esa pereza que nos impide hacer lo que debemos.

— Y las hermanas que no están en la Casa, hija mía, como las que están en las parroquias, en los pueblos o en los hospitales, ¿es conveniente, si cometen algunas faltas, que las sepan, bien sea la señorita, si puede hacerse desde ese lugar, o bien la hermana sirviente de los lugares en donde están?

— Padre, yo creo que en cualquier sitio que estemos, si cometemos algunas faltas, es necesario que sean conocidas por nuestros superiores y también por los otros, porque la confusión que de ahí se sigue nos impediría volver a comenzar.

— ¿Pues qué, hija mía? Si algunas veces se os atribuyese, alguna falta injustamente, ¿qué habría que hacer? ¿no sería mejor demostrar que están engañados?

— Yo creo, Padre, que sería más agradable a Dios no decir nada y sufrir esta calumnia con humildad, puesto que cometemos muchas otras faltas que no se conocen.

— Por lo que veo, hija mía, cree usted que, si le reprendiesen injustamente de alguna falta, sería más conveniente sufrir la corrección sin decir nada, que justificarnos. ¡Oh! Ciertamente, soy de su misma opinión, y creo que, a no ser que el silencio sea un pecado o que se perjudiquen los intereses del prójimo, es mucho más conveniente hacerlo así. Eso es imitar a nuestro Señor. ¡Cuántas personas le acusaban, reprobaban su vida, reprendían su doctrina, vomitaban blasfemias execrables contra su persona! Sin embargo, nadie le vio nunca excusarse. Fue llevado a Pilato y a Herodes, y sin embargo no dijo nada para excusarse y finalmente se dejó crucificar. No hay nada mejor que seguir el ejemplo que nos dio. Mis queridas hermanas, os diré a este propósito que no he visto nunca que haya sucedido ningún inconveniente a nadie por no haberse excusado; jamás. No somos nosotros los que tenemos que dar aclaraciones; si se nos imputa

algo que no hemos hecho, no nos toca a nosotros defendernos. Dios quiere, hijas mías, que le dejemos el discernimiento de las cosas. El sabrá, en tiempo oportuno, dar a conocer la verdad. ¡Si supieseis qué bueno es abandonar en sus manos todas estas preocupaciones, hijas mías, jamás os preocuparíais de justificaros! Dios ve lo que se nos impone, y lo permite sin duda alguna para probar nuestra fidelidad. El conoce la forma con que lo aceptáis, el fruto que de ello sacáis o el mal uso que de ello hacéis; y si por entonces permite que quedéis mal, ya sabrá algún día manifestar la verdad. Es una máxima verdadera e infalible, hijas mías, que Dios justifica siempre a los que no quieren justificarse.

— Dígame, hija mía, ¿es bueno no decir nada, cuando se nos amonesta por alguna falta que no hemos cometido? ¿tenemos algún ejemplo de eso? ¿Nuestro Señor nos ha dado alguno?

— Sí, Padre.

— Sí, hijas mías, tenemos en él muchos ejemplos, no en una sola acción, sino en todo el curso de su vida. Una buena práctica, hija mía, es acordarse en estas ocasiones de nuestro Señor delante de Pilato, cuando el populacho le acusaba injustamente sin que él se defendiera.

La hermana le respondió que esta práctica le parecía buena y útil, porque ordinariamente nuestros sentimientos se sublevan y la naturaleza se empeña en dominarnos, si nosotros no ponemos cuidado.

— En ese caso, hija mía, ¿no sería conveniente ir a buscar a una de las hermanas, a la más íntima, y manifestarles nuestro disgusto: «Acabo de hablar con la superiora, que me ha dicho que había cometido tal falta. Sin embargo, no es verdad. Yo dije eso, pero no en el sentido que ella lo entiende. ¿No me estará permitido justificarme? ¡Dios mío! ¿tendrá que ser así toda mi vida?» ¿Qué os parece esto, hija mía? ¿podría haber algún inconveniente en descargarse de esta manera?

— Sí, Padre, respondió la hermana, porque podría seducir a esa hermana, y en vez de obrar bien, haría mal murmurando

y le daría motivo para que murmurase ella otra vez, cuando se sintiese descontenta de alguna cosa.

— Entonces, hija mía, ¿cree que sería malo murmurar?

— Sí, Padre.

— ¡Oh! Tiene razón; y un mal tan grande que en la Sagrada Escritura se mencionan siete pecados que Dios aborrece, y de esos siete pecados se dice que la murmuración es abominable delante de Dios. Sí, hijas mías, entre esos siete pecados no hay ninguno que parezca que Dios aborrezca tanto como la murmuración; y aunque entre esos siete se especifica el asesinato y el robo, sin embargo la murmuración es una falta más abominable. Todas vosotras sentís horror al oír hablar de asesinato; sin embargo, si no tenemos bien sujetas nuestras malas inclinaciones, nos dejaremos llevar con frecuencia a la murmuración. Tened mucho cuidado, hijas mías. ¿Qué creéis que es la murmuración en vuestra comunidad? Es una peste que lo inficiona todo. Basta con que haya una sola que murmure y otra que la escuche, para echarlo todo a perder. Es la madre de la división.

— Dígame, hija mía, ¿de dónde proviene que uno se excuse ordinariamente de las faltas que se le dicen haber cometido?

— Creo, Padre, que tiene la culpa el orgullo, y lo digo porque yo he sentido muchas veces en mi misma y me he dejado llevar en algunas ocasiones de ciertas murmuraciones contra mis superiores y superiores, por las que pediré perdón a Dios, a usted, Padre mío, y a todas mis hermanas.

— ¡Bendito sea Dios, hija mía, por el conocimiento que le ha dado del origen de ese mal! Es muy cierto que proviene del orgullo, que no puede soportar que se piense de nosotros algo que no esté bien. Por eso, hijas mías, hay que esforzarse en arrancar ese vicio pernicioso y detestable de la Compañía; y para llegar a ello más fácilmente, nos hemos puesto de acuerdo con la señorita en que será conveniente, en las conferencias ordinarias de los viernes, cuando os acuséis, que si alguna no se acusa de una falta, alguna de las hermanas que haya sido testigo de esa falta se ponga de rodillas y diga: «Hermana mía, con espíritu de caridad le advierto que últimamente cometió usted tal

falta. Yo soy tan miserable que he cometido muchas otras que no conozco; pero, puesto que la regla lo ordena, le aviso de ésta; y si alguna ha observado las mías, le pido con toda humildad el favor de avisarme». De esta forma hemos creído conveniente que se amoneste de las faltas; con estas palabras o algunas semejantes, pero siempre con humildad y caridad. ¿Cree, hija mía, que esto servirá?

El Padre Vicente tuvo la caridad de ir preguntando una tras otra a varias hermanas, incluso a las mayores, y luego a todas en general; y todas estuvieron de acuerdo.

La señorita respondió que resultaba muy necesaria esta práctica, con tal que la Compañía no sólo la aceptase como buena, sino que la desease, viendo el bien que de allí se seguiría.

Entonces nuestro veneradísimo Padre dijo:

— Habéis visto, hijas mías, la gran ceguera que nos cierra los ojos ante nuestros propios defectos; habéis visto también el progreso que podemos hacer, si se nos avisa de la forma conveniente; habéis aprobado igualmente el medio que os he propuesto; ¿lo deseáis, hijas mías?

Todas dijeron que lo deseaban.

La señorita le suplicó que permitiese a una de nuestras hermanas que le hiciese también la caridad de avisarla. Entonces él indicó:

— No sería justo, señorita, que, teniendo todas nuestras hermanas esa dicha de poder ser avisadas de sus faltas, usted y yo fuéramos los únicos privados de ese bien y tuviéramos la desgracia de no recibir este favor de nadie. En ciertas comunidades hay una persona especialmente encargada de amonestar a la superiora. Así pues, será menester que una hermana, que sea como su coadjutora y que ocupe su lugar en su ausencia, reciba las quejas que se le puedan dar, y que después de escucharlas, haga oración sobre ello y se las diga. Pero yo tengo que quejarme del que se encarga de amonestarme, porque no tiene suficiente caridad y me deja pasar muchas faltas considerables.

Así pues, hijas mías, son éstos los medios de los que Dios quiere que se sirva la Compañía para trabajar en su progreso

y en la destrucción del orgullo. Si hay alguna que no pueda sufrir las advertencias, sería una mala señal, un indicio de que quiere dejarse llevar por el orgullo; y había que temer que, sin una gracia especialísima, no podría hacer ningún progreso. Se haría indigna de aprovecharse, si no se preocupase oportunamente de utilizarlos. Si la hermana que no está en disposición es joven, y después de haber sido amonestada no cambia, creo que la Compañía no debe mantenerla; si es antigua, ¡oh!, es preciso, al precio que sea, el que se corrija, porque tiene que dar ejemplo. Sabed, hijas mías, que no es posible que unas sean de un sentimiento y las otras de otro; es menester que todo sea uniforme, y que todas, con la ayuda de Dios, permanezcáis en el deseo que acabáis de manifestar.

Un rey tenía varios hijos, diez o doce, no lo sé. Antes de morir, quiso mostrarles cuán necesaria era la unión para la paz de un Estado y para la felicidad de todos. Hizo que trajesen a su lecho un gran manojo de flechas y dijo al más pequeño: «Ven, hijo mío, toma este manojo de flechas y rómpelo en dos». «Padre, le dijo éste, no puedo». Se dirigió a otro, que le respondió lo mismo; luego al tercero, al cuarto, al quinto, al sexto, y a todos los demás, que terminaron reconociendo su impotencia. Entonces el padre dijo al mayor: «Toma una sola flecha y mira si eres capaz de romperla». El mayor lo hizo con toda facilidad. El padre añadió: «Hijos míos, esto os enseña que mientras estéis unidos y estrechamente ligados entre vosotros, todos los poderes del mundo serán incapaces de destruirlos; pero, apenas empecéis a dividirlos, fácilmente os veréis destrozados».

Lo mismo os digo, hermanas mías; si conserváis todas siempre la misma voluntad, el mismo acuerdo, entonces vuestra Compañía, que la bondad de Dios se ha preocupado de formar, se mantendrá con fruto y con ejemplo, y todos los poderes del mundo y del infierno no podrán nada contra ella; pero, apenas haya alguna que se apegue a su sentimiento particular, ¡adiós las pobres Hijas de la Caridad, si Dios no pone una mano! ¡Oh! ¡quiera su bondad que jamás, mientras el mundo exista, esta pobre comunidad salga de los límites que se le han prescrito,

y que pueda con toda humildad dar al prójimo la ayuda y la asistencia a que está obligada!

Como se va haciendo tarde, hijas mías, y la mayor parte de vosotras sois de lejos, acabaremos la presente conferencia otro día. Entre tanto, pidamos a Dios que bendiga la resolución que habéis tomado ahora de querer todas, mientras viváis, ser avisadas de vuestras faltas de la forma y por la persona que se permita, sin conservar ningún sentimiento contra quien las haya manifestado. Quiera su divina Majestad recibir con agrado la disposición que tenéis, y bendecir por sí mismo el comienzo, mientras, a pesar de mi miseria, pronuncio las palabras:

Benedictio Dei Patris...

Pensamientos de la señorita

La primera razón para aceptar que se nos avise de nuestras faltas es que, si las conocemos bien, tendremos más temor de los juicios de Dios.

La segunda es que, si aceptamos con facilidad el que se manifiesten nuestras faltas, y esto nos da a conocer nuestra debilidad, soportaremos con mayor facilidad y caridad a nuestro prójimo.

La tercera es que somos ciegas en este asunto, y si, por haber sido amonestadas, las conocemos mejor, sacaremos mucho provecho para nuestro progreso en la perfección que Dios quiere y pide de nosotras, y para darnos a conocer las obligaciones que tenemos con la humanidad santa de nuestro Señor; esto nos ayudará a aumentar el amor y la gratitud que hemos de tener para con él.

Uno de los medios para sacar provecho de las amonestaciones es demostrar que queremos, no solamente que se nos advierta de nuestras faltas, sino también que se advierta de ellas a nuestros superiores.

El segundo medio es poner buena cara y demostrar cariño la hermana que nos haya hecho este favor.

Otro medio, si sentimos que nuestro corazón se subleva por la soberbia y queremos murmurar contra la que nos haya hecho ese bien, es po-
nernos de rodillas al pie de la cruz, si podemos, o tomar nuestro cruci-
fijo entre las manos, y pensar cuántas veces fue acusado nuestro Señor
injustamente, sin que se quejase, y que por el contrario dijo que, si le ha-
bían visto faltar, se lo dijese¹.

Mi resolución ha sido, con la gracia de Dios, utilizar mejor de lo que
lo he hecho en el pasado cualquier palabra que se me diga para avisarme
de alguna falta, confesando delante de Dios y de usted, Padre mío, y de
todas mis hermanas que he faltado a ello por mi orgullo.

35(35,IX,375-387)

CONFERENCIA DEL 15 DE MARZO DE 1648

Sobre el buen uso de los avisos

Esta conferencia, hermanas mías, es una continuación de la última
que se tuvo sobre el tema de los avisos, esto es, sobre las razones que
tenemos para aceptar con agrado que sean conocidas nuestras faltas,
especialmente por la superiora y las oficiales, y que seamos
avisadas por ellas.

Se ha visto que esta materia era tan importante para el bien de la Com-
pañía en general y para el progreso de cada una en particular, que se ha
creído conveniente tener una segunda conferencia, en la que cada una
o la mayor parte refiera el uso de lo que se dijo en la última en las oca-
siones que se le hayan presentado; si, a pesar de la resolución tomada de-
lante de Dios y de las promesas hechas de mutuo consentimiento, algu-
na se ha atrevido a decir palabras de indignación o de desdén contra

1. Jn 18,23.

Conferencia 35. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas
de la Caridad).

las hermanas sospechosas de haber referido las faltas; y si, en vez de aprovecharse de los avisos, alguna se ha puesto a averiguar de qué parte venían, y si alguna ha murmurado.

Díganos, hermana, por favor, ¿por qué una Hija de la Caridad tiene que alegrarse de que su superiora sea advertida de sus faltas y la pueda corregir?

La hermana respondió que se trataba de un medio para impedirnos volver a caer en ellas pero que a pesar de eso ella había sido tan débil que, habiendo sido avisada de algo, no pudo aceptar que hubiese sido falta; se había empeñado en defenderse, había faltado en eso a la sumisión y luego había caído en un mal humor que pudo en muchas ocasiones desedificar a la Compañía; pedía perdón por todo ello a Dios, a nuestro veneradísimo Padre, a la señorita y a todas nuestras hermanas.

— Entonces, hija mía, ¿reconoce usted que se trataba de faltas?

— Sí, Padre, dijo la hermana; eran faltas que provenían de mi malicia y de mi orgullo.

— ¡Oh! ¡bendito sea Dios! Tiene razón hija mía, para creerlo así; y doy gracias a la bondad de Dios, que se lo ha dado a conocer y que, al ver que se trata de una infidelidad contra Dios, por haber faltado no aceptando con agrado, como había prometido, las amonestaciones que se le diesen, y que esto le había hecho caer en el enfado, la desgana, la murmuración y el mal ejemplo, quiera ser avisada de ahora en adelante. Porque, decidme, hijas mías, la que tuviese una mancha visible en el rostro y, sin ser advertida de ello, saliese de esa forma, ¿no tendría razón para quejarse y decir: «Habéis hecho que se burlaran de mí»? Sin embargo, pasa lo mismo en esto. No conocemos nuestras faltas; somos ciegos en este punto. Aquellos a quienes Dios ha encargado de nosotros y otros muchos las advierten muy bien; si no nos lo dijeren, ¿no tendríamos razón para quejarnos de ellos, o para pensar que no nos creen suficientemente buenos para aprovecharnos de sus advertencias? Sí, ciertamente. Si consideráis las ventajas que tiene un alma que ha sido avisada de sus faltas y las desventajas de la que no

recibe este favor, diréis: ¡Oh! Yo quiero ser amonestada; es el mayor bien y el mayor favor que se me puede hacer. Todos los demás conocen sus faltas, y yo ¿tendré que ser como la fetidez de la casa? Todos se apartarán de mi a causa de mis imperfecciones, y seré como la fetidez, que lo infectaré todo sin sentirlo yo misma».

Os he dicho esta palabra de fetidez, hermanas mías, porque se trata de una enfermedad que ignoran los que la tienen. Tienen el estómago estropeado, un aliento pestilente, que infecta a todos los demás, pero ellos mismos no lo sienten. Un rey es taba tan fuertemente atacado de este enfermedad que nadie podía detenerse a su lado. Todos los que se le acercaban sentían una gran repugnancia, pero él no sabía nada. Uno de sus amigos le dijo un día: «Señor, deberíais consultar con algún médico a propósito de vuestra fetidez; quizás él os pudiera dar algún remedio». «¿Pues qué?, dijo él, ¿tengo yo mal aliento?». «Lo tenéis hasta tal punto que nadie puede permanecer a vuestro lado». «¿Y cómo me lo han ocultado tanto tiempo? ¿cómo no me lo han dicho mis amigos? ¿cómo no me lo ha advertido mi mujer?». Se fue a buscar a la emperatriz: «¿Cómo es posible, esposa mía, que no me hayáis dicho nunca que tenía mal aliento?». «Desgraciadamente, señor dijo ella, yo no ponía interés en ello, porque creía que el aliento de todos los demás hombres olía como el vuestro». ¡Gran inocencia la de aquella princesa! Pero fijaos, por favor, cuál es la naturaleza de este mal.

Pues bien, está la fetidez del pecado que infecta a las almas lo mismo que la otra infecta al cuerpo y vosotras podríais estar totalmente llenas de ella sin imaginaros ni siquiera que la teníais, si los que no tienen más interés que la gloria de Dios y vuestra salvación no os lo advirtieran.

— Señorita, ¿quiere usted decirnos si ha observado algún progreso en la Compañía desde que nos pusimos de acuerdo en que se nos avisase de nuestras faltas?

— Padre, todavía no hemos entrado bien en esta práctica, quizás porque todavía no he rogado a la hermana que usted me ha designado que me los advierta. Y ella no lo ha hecho por-

que quizás mi orgullo no lo hubiese soportado tan fácilmente. Le pido muy humildemente perdón, Padre mío, y a todas nuestras hermanas, por esta negligencia, y por todas las demás faltas que he cometido. Con espíritu de humildad y de caridad le diré que, desde la última charla, aunque nuestras hermanas hayan dado su consentimiento para ser avisadas de sus faltas, ha sucedido con frecuencia que algunas no lo han recibido bien, han murmurado y han dicho entre ellas: «¿Pero quién se lo habrá dicho?», o alguna cosa semejante, que demuestra su descontento por el hecho de que se conocían sus faltas.

Algunas además se permiten no comulgar los días que se ha ordenado, y esto sin pedir que les dispense. También ha empezado a notarse, Padre mío, cierta libertad en no levantarse a la hora debida por las mañanas. Se quedan en la cama hasta las cinco, las cinco y media o las seis, sin pedir permiso ni advertir de sus razones. Hay además otras faltas, de las que ahora no me acuerdo Pido perdón a toda la Compañía de no habérselo advertido cuando me he acordado.

— He aquí principalmente tres cosas, hijas mías, en las que, como observa la señorita, se ha relajado la Compañía; habrá que tener cuidado con ellas, porque son de gran importancia.

La primera es levantarse por la mañana. Quisiera que, para facilitaroslo, os propusieseis por la noche ser fieles en responder a la voz de Dios que os llamará a la mañana siguiente. La voz de Dios, hijas mías, es la campana que os llama para ir a adorar a Dios. Pensad que os dice: «Dios os espera; venid todas a adorarle». La Iglesia, cuando empieza los maitines, acostumbra a decir: «Venid a adorar a Dios, venid todos». Parece llamar a todas las naciones, a los príncipes y a los pueblos para venir a adorar a Dios; hijas mías, es éste el pensamiento que habéis de tener al levantaros: «Yo voy a adorar a Dios; él me espera para recibir la oblación de mi corazón».

Sobre la comunión, hijas mías, sabed que es preciso pedir dispensa para no comulgar los días prescritos, y permiso para

hacerlo los demás días ¹. El día en que entráis en una comunidad, bajo la obediencia de una superiora, ya no podéis disponer de vosotras, como vosotras creéis; ella os conoce mejor que vosotras mismas; a ella le toca prescribiros lo que hay que hacer.

La otra falta es el tema que estamos tratando; ya hemos dicho de él algunas cosas; os diré además, hijas mías, que, aunque sintáis repugnancia de ser amonestadas por vuestras faltas, no tenéis que extrañaros de ellos, porque son muy pocas las personas que, al oír decir sus faltas, no se sienten conmovidas. La naturaleza, orgullosa de sí misma, no puede oír hablar de sus imperfecciones sin irritarse; pero hay que acostumbrarla; y para ello, hijas mías, hay que castigarla cuando uno se da cuenta de que ha caído en alguna falta. Mi hermana me habrá advertido y, en vez de humillarme, intentaré justificarme y mostrarle que está equivocada, o bien, si no puedo hacerlo, me contentaré con decir a las demás: «Me han dicho esto, pero no es nada; es que me han entendido mal, lo han informado mal. ¿Quiénes son las que irán con esos cuentos? Si lo supiese, ya se lo diría bien claro». Hijas mías, cuando uno se da cuenta de que ha llegado hasta ese punto, tiene que castigarse para vencer esa maldita naturaleza, estropeada por el pecado, que nos sugiere todas esas razones. Hay que ir a decir a la superiora, o si se trata de una hermana: «Hermana, le pido perdón; he recibido mal la advertencia que ha hecho usted el favor de hacerme. Sin embargo, procuraré utilizarla debidamente, y le suplico además, que aunque vea sublevarse mi amor propio, no deje de continuar».

Os diré a este propósito que un santo religioso, gran personaje, sentía mucha repugnancia de ser amonestado; sin embargo, una vez pasados los primeros momentos, en los que siempre se encolerizaba, volvía dentro de sí mismo, pedía perdón y suplicaba que continuasen. Estuvo tres o cuatro años luchando de esta manera hasta superarse a sí mismo hasta tal punto que no se le podía hacer ningún favor tan grande como reprenderle.

1. Hay que tener en cuenta la práctica para comulgar del siglo XVII para entender este pasaje.

Entonces sentía tanta alegría como repugnancia había sentido antes, y había llegado hasta ese punto por la violencia que se había hecho sufriendo las amonestaciones y humillándose.

— Díganos, hermana, ¿por qué es conveniente que se nos amoneste de nuestras faltas?

— Porque se trata de un medio para corregirse y porque esto nos hace conservar nuestra vocación.

— Muy bien. He aquí dos grandes medios que ha citado nuestra hermana: un medio para corregirse, porque ¿quien no se corregirá después de una amonestación?; y un medio para conservar la vocación: nada puede conservarla mejor que levantarse, por medio de las amonestaciones, de las faltas que podrían hacérsela perder, si no fuéramos amonestados.

Las Hijas de Santa María tienen una práctica muy hermosa y que yo creo sumamente útil; cuando una de ellas avisa a otra de alguna falta, la que recibe la amonestación se pone de rodillas y dice: «Es verdad, hermana mía; yo he hecho esta falta por malicia, o por orgullo, o por algún otro motivo; en otra ocasión cometí otra falta por tal o tal intención». Ved, hijas mías, en vez de excusarse confiesan sus faltas, indican que son mayores de lo que parecen, y además añaden otra. ¡Oh, si Dios quisiese que esto se introdujese en esta casa y se hiciese con espíritu de humildad, yo desafío a todos los demonios del infierno, aunque fuesen todavía diez veces más numerosos de lo que son, los desafío, repito, a ver si son capaces de destruirla!

— Esa hermana que está allí al fondo, ¿cree usted que es conveniente ser avisada de sus faltas?

— Padre, me parece que es el mejor medio que podemos tener para corregirnos. Yo he sido últimamente tan orgullosa que habiéndome amonestado por una falta una de mis hermanas, a la que yo misma se lo había pedido por caridad, demostré que no lo encontraba bien. Le pido humildemente perdón, y a usted, hermana mía, la que me ha hecho este favor.

La otra hermana se puso de rodillas y dijo:

— Hermana, yo soy quien se lo pido. Yo no le hice ese aviso de manera oportuna, porque había gente delante.

— ¡Oh! qué bien está esto! Una se acusa por no haber recibido bien la amonestación, la otra por no haberla dado bien; y de esta forma cada una quiere cargar con la falta. Hace poco preguntaba a uno de nuestros hermanos, que no es de la casa de aquí: «¿Cómo sigue su comunidad, hermano? ¿Viven ustedes bien por aquellas tierras?». «Naturalmente, Padre, dijo él no puede ser de otra manera; todos nos esforzamos en humillarnos más que los otros; si hay alguna falta, todos se reconocen culpables y la cargan sobre sí, de forma que no tenemos que preocuparnos de vivir en paz; somos como niños; y es una bendición admirable de Dios».

Aquel buen hermano me consoló mucho con esto, y me hizo ver que su mayor paz y unión provenía de que cada uno veía bien que se le avisase, e incluso se creía culpable de las faltas y, por una santa emulación, cada uno quería humillarse más que los demás.

Es una llave de la vida espiritual, hijas mías, querer ser avisadas, aceptarlo bien y creer que, si nos conociesen nos verían otras faltas. Esto nos humilla, porque, si nos miramos bien, encontraremos que no hay nadie peor que nosotros; y como no ponemos cuidado en mirarnos, debido a las fealdades que advertimos en nosotros, las amonestaciones nos enseñan lo que nos ocultaba el amor propio; y si las aceptamos bien, veremos que esto nos irá llevando poco a poco a una mayor perfección.

Levantaos, hijas mías, dijo a las hermanas que se habían quedado de rodillas; pero existe la santa costumbre de besar la tierra cuando se han dicho las culpas...

¡Oh! ¡qué bueno es todo esto! Mientras las Hijas de la Caridad obren de esta manera, o sea, mientras se avisen entre sí, con espíritu de caridad, mientras se humillen y permanezcan en el conocimiento y en la confesión de sus faltas, todo el infierno no prevalecerá contra ellas y no será capaz de hacerles daño. Pero, si alguna de vosotras tuviese la mala disposición de no querer ser avisada, y en vez de humillarse se enfadase y comunicase su mal humor a las demás, entonces el más pequeño demo-

nio del infierno os derribaría fácilmente. Poned mucho cuidado por favor.

Hermana, ¿quiere decirnos por qué hemos de desear ser amonestadas de nuestras faltas?

— Padre, me parece que esto nos perfecciona cada vez más y que da ocasión a la hermana que avise de hacer un acto de caridad, y a la que es avisada, un acto de humildad y de sumisión.

— Muy bien. Tiene razón, hija mía, al decir que esto nos perfecciona y que la hermana que amonesta hace un acto de caridad y la que recibe la amonestación hace uno de sumisión; porque ¿qué mayor facilidad puede haber para perfeccionarse que conocer las propias imperfecciones? ¿Y qué mayor caridad puede haber que mostrárselas a una persona que no las conoce?

Cuando se ve algún pequeño roto en la ropa o en los hábitos de una hermana, enseguida se le dice: «¡Hermana, tenga cuidado, mire qué roto tiene!» ¡Ver los defectos del alma sin decírselo! ¡Oh! ¡Eso sería faltar a la caridad! Así pues, hijas mías, recordad que sería faltar a la caridad el no avisar a una hermana, si se la viera caer en una falta notable y ella no se diese cuenta. No es que todo el mundo tenga que avisarla ni en todas las ocasiones, sino que hay que aprovechar una oportunidad para que el aviso aproveche.

— Hermana, ¿quiere decirnos sus ideas sobre el tema que tratamos?

— Padre, me ha parecido, en la poca oración que he hecho, que sería necesario ser avisadas para que todas procurásemos corregirnos, conociendo por propia experiencia que cometo muchas faltas, de las que no me doy cuenta y no me corrijo, porque nadie me las dice. Yo he cometido muchas, no sólo desde que estoy en la Casa, sino incluso después de la última conferencia, en la práctica de mis reglas, en las que no he puesto mucho cuidado. Por el contrario, muchas veces me he servido de algún pretexto ligero para dispensarme especialmente al levantarme por la mañana. Y esto ha desedificado mucho a la hermana

con quien estaba, que podía muy fácilmente advertir que no había motivo legítimo.

También he faltado mucho a propósito de los avisos, porque no he procurado corregirme de las faltas de las que se me ha avisado con tanta mansedumbre, teniendo tanta debilidad, que ni siquiera me he dado cuenta que se trataba de avisos.

También, por orgullo, he replicado a la señorita, cuando me hizo el favor de amonestarme por una falta, sin estar de acuerdo en que fuera falta y queriendo justificarme con demasiada presunción.

Por todo ello, Padre, pido humildemente perdón a Dios, a usted, a la señorita, y a todas mis hermanas. Les suplico con todo mi corazón que digan las faltas que encuentren en mí, para que pueda corregirme.

— ¡Bendito sea Dios, hermana mía, por la confesión que su bondad permite que haga de sus faltas! Esa es una gran disposición para corregirse de ellas.

Por lo que se refiere al levantarse por la mañana, ya hemos hablado. Si no se pone remedio, hemos de temer que al final ya no habrá ninguna observancia. Un medio para impedir este desorden es no escuchar las pequeñas indisposiciones que se empeñan en mantenernos en la cama; pues, si hoy os quedáis por este motivo, mañana se os ocurrirá otro, y siempre encontraréis alguno. Exceptúo a las enfermas, con tal que estén verdaderamente enfermas, y que sufran por no poder guardar esta regla. Fuera de eso, no creo que, por algunas pequeñas incomodidades que no son dignas de consideración, haya que exceptuar a nadie. Si os sentís un poco mal, y os quedáis en la cama hoy, y luego también mañana, y seguís indispuestas no es que necesitéis descanso, sino que creo que haríais mejor para vuestra salud siguiendo la marcha de la comunidad. Teníamos en nuestra casa un sacerdote que era demasiado considerado consigo mismo. Tenía algunas indisposiciones y creía que el levantarse por la mañana contribuía algo a ellas. Se le dijo: «Bien, Padre, vamos a ver; quédese un mes sin levantarse, y veremos en ese tiempo cómo sigue». Estuvo, pues, un mes entero permitiéndose el

lujo de dormir; y al final vino a verme: «Padre, me dijo, confieso que es menester que siga la regla. A pesar del tiempo que descanso, estoy cada día peor. Le ruego que me permita levantarme». Se lo concedimos; y ahora está muy bien. La verdad es que el levantarse por la mañana no hace ningún daño; por el contrario, disipa los humores que va acumulando el sueño excesivo; y siempre veréis que una persona que se levanta regularmente por la mañana, está mejor que las que son perezosas y se levantan unas veces temprano y ordinariamente tarde. No hay nada que acumule tanto los malos humores como el dormir excesivo. Eso os proporciona catarros, fluxiones y otras mil incomodidades que el ejercicio disipa.

Además de eso, es el primer acto de fidelidad que hacemos a Dios: levantarnos cuando nos lo indica la campana; ordinariamente de ahí se sigue todo el resto de la jornada. Creedme, no hay que empezar a discutir con la almohada, porque nunca se terminaría.

Bien, hermanas mías, se va haciendo tarde, y va siendo tiempo de que cada una de vosotras, y yo el primero, que soy el más necesitado, robustecidos por la gracia de Dios, que no se nos negará con tal de que seamos fieles, tomemos la resolución de apreciar y de querer con un cariño especialísimo a los que nos hagan el favor de advertirnos de nuestras faltas, juzgando que es esto el testimonio de amor más verdadero.

— Pero, Padre, dijo una hermana, si una hermana pidiese a otra que le dijese sus faltas y esta se excusase con que es demasiado joven, ¿haría bien?

— Hija mía, la que se excusase estaría entre dos virtudes: entre la humildad, que le sugiere que es demasiado joven, y entre la caridad que la obliga a advertir a su hermana. Pues bien, como la humildad en este punto sólo se refiere a ella, y la caridad se refiere al prójimo, es más perfecta, y en ese caso es obligatorio, preferir el acto de caridad al de humildad. Más aún, haría ambos actos: se humillaría con el pensamiento de que no le corresponde a ella, la más joven, amonestar a su hermana, y

practicaría la caridad aceptándolo, porque esta virtud lo requiere y la regla lo ordena.

Ved, hijas mías, lo que habéis de hacer y lo que la iglesia ha hecho en el fervor de los primeros cristianos. Durante cuatrocientos años observó esta práctica, y no solamente en relación con el pueblo sencillo, sino también con los príncipes, los reyes y los emperadores. El diácono, además de su misión, tenía que escribir las faltas que se advertían; y esto se hacía según la palabra de nuestro Señor, que había dicho que, si el prójimo no se corregía al ser reprendido al principio en particular, y luego en presencia de dos o tres personas, se recurriese a la iglesia ².

El mismo obispo se encargaba de hacerlo cuando el caso lo requería, como hizo san Ambrosio con el emperador Teodosio. «Habéis hecho morir, le dijo, a mucha gente, y por eso estáis manchado de sangre inocente. No os abriré las puertas de la iglesia hasta que os lavéis por medio de la debida penitencia, y os prohíbo que entréis». «Padre, le dijo el emperador, he pecado, lo confieso. Vos sois mi Natán; me advertís de mi falta y la reconozco, ayudadme a obtener su perdón delante de Dios; haré todo lo que me ordenéis». «Habéis seguido a David pecador, le dijo el santo; seguid a David penitente y os abriré la iglesia». Y lo despidió hasta que hubiese hecho penitencia.

Un rey de Francia y emperador soportó la disciplina en público por una falta de la que era culpable. Y Enrique I, rey de Inglaterra, que hizo morir a santo Tomás, arzobispo de Cantorbery, fue condenado por el papa a la disciplina en público para satisfacer su ofensa. Y lo soportó humildemente, ya que es preciso que los mismos reyes reconozcan que dependen de Dios, que es mayor que ellos. Dios nos conceda a todos la gracia, durante toda nuestra vida, de conocer la importancia de esta práctica y cómo puede contribuir al progreso particular de cada uno de nosotros y el progreso general de toda la compañía. Quiera su bondad bendecir la resolución que hemos tomado una vez más de aceptar con agrado y de desear que todas nuestras faltas

2. Mt 18.15-17.

sean conocidas por nuestros superiores y, con su bendición, darnos su verdadero espíritu para hacer buen uso de todo esto.

Benedictio Dei Patris...

36(36,IX,387-407)

CONFERENCIA DEL 1 DE MAYO DE 1648

Sobre el buen uso de las instrucciones

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia se reduce a dos puntos: el primero es sobre las razones que tenemos para aprovecharnos de las instrucciones que se nos dan en las conferencias y en otras ocasiones por parte de nuestros superiores; la segunda es sobre los medios que hemos de utilizar para poner en práctica dichas instrucciones.

— Aquella hermana que está en el fondo, ¿quiere decirnos sus pensamientos?

— Padre, creo que una razón para sacar provecho de las instrucciones que se nos dan en las conferencias es considerar que usted ocupa el lugar de Dios, y por consiguiente, que nosotras tenemos que escucharle y aprovecharnos de todo lo que nos diga como si viniera de él.

— ¡Desgraciadamente, hija mía, yo soy un pobre pecador y nada más!

— ¿Y usted, hermana, ha hecho la oración sobre el presente tema? ¿quiere decirnos lo que ha pensado?

— Yo he pensado, Padre que, cuando nos olvidamos de nuestra obligación, Dios permite que se nos advierta de ello en las conferencias; y como esta advertencia viene de Dios, tenemos una razón muy poderosa para aprovecharnos de ella. Y sobre el segundo punto, que es sobre los medios, he pensado que el oír esas instrucciones con humildad era un buen medio para aprovecharnos; y esa ha sido mi resolución.

Conferencia 36. — Ms. SV. 9, p. 139 s.

Las dos hermanas que fueron preguntadas a continuación repitieron en sustancia lo que había dicho la primera. Otra dijo que ése era un medio para progresar en la virtud; otra, que era la voz de Dios la que nos instruía en las conferencias por boca de nuestros superiores, y que un medio para aprovecharnos de ellas era estar convencidas de que las advertencias que se nos dan son justas.

Entonces nuestro veneradísimo Padre dijo:

No solamente las advertencias, hija mía, sino todo lo que se dice, y no sólo lo que el superior dice, ya que por desgracia no soy nada más que un pobre y miserable pecador, sino todo lo que las hermanas dicen; porque, fijaos, hijas mías, es Dios el que os habla y os instruye por vosotras mismas de lo que él quiere que vosotras hagáis. Antes de haber sabido el tema del que vamos a hablar, no habíais pensado en él; os habéis puesto en la presencia de Dios, él os ha hablado en el corazón, y os ha hecho comprender por qué razones tenéis que aprovecharos de lo que se dice en las conferencias; o, si es otro tema el de la conferencia, os instruye sobre las razones que tenéis para practicar la virtud de que se trata y los medios que habéis de utilizar en adelante para ello. Al ser preguntadas nos comunicáis los pensamientos que habéis tenido, y entonces hemos de escucharlos como una inspiración que Dios os ha dado para vosotras y para nosotros.

— Hermana, ¿por qué le parece que una Hija de la Caridad tiene que aprovecharse de lo que se dice en las conferencias?

— Padre, porque Dios es glorificado en ello.

— Quiere decir, hermana mía, que Dios, por su bondad, al querer dar a la Compañía las virtudes que necesita, permite que reciba diversas instrucciones, y que es glorificado cuando somos fieles a la práctica de lo que se ordena y que nos ha sido enseñado.

— ¿Y para qué más?

— Para nuestro progreso.

— De forma, hija mía, que cree usted que el plan de Dios, cuando os hace dar algunas instrucciones, es para ayudaros a

avanzar en la perfección de vuestro estado; tiene usted mucha razón.

¿Y qué tiene que hacer una Hija de la Caridad a la que Dios, en la oración que ha hecho sobre el tema de una conferencia, le ha dado alguna luz para guiarla en la práctica de alguna virtud, o para apartarse de alguna imperfección? ¿No será conveniente que lo manifieste? ¿Será mejor que lo tenga oculto para ella sola? No; es preciso que lo diga con sencillez y con humildad, con el conocimiento y el sentimiento de que no procede de ella, sino de Dios, que se la ha dado, y que quiere que haga partícipes a las demás, lo mismo que las demás comunican lo que también ellas han tenido.

— Hija mía, dígame un medio para aprovecharse de las instrucciones que se dan en las conferencias.

Entonces la hermana respondió que creía que era conveniente conservar su recuerdo.

— ¿Cree usted, hija mía, que una Hija de la Caridad que tiene el recuerdo de lo que se ha dicho en una conferencia tiene alguna ventaja sobre las demás?

— Sí, Padre, porque esto le servirá para otras ocasiones y el prójimo quedará edificado.

— Piensa entonces, hermana, que una buena Hija de la Caridad, que viene bien dispuesta a la conferencia y con el deseo de utilizar bien las instrucciones que se dan allí por la superiora o por el superior o por las hermanas, que las escucha con gran atención y con el deseo de agradar a Dios, y que las recuerda y se llena el corazón con las cosas que Dios le ha dicho, cree, digo, hija mía, que esa hermana puede servir a su prójimo. ¿Y cómo puede servirle? ¡Oh! Le servirá con su modestia, con su ejemplo, con sus palabras llenas del espíritu de Dios que habrá conservado; le servirá también siendo más puntual en concederle todo el tiempo que necesite, porque estará llena del deseo de servir a Dios y de servirle en sus miembros, que son los pobres. ¿Y cree, hija mía, que Dios no se comunica a una pobre Hija de la Caridad que, antes de serlo, no tenía sino una instrucción muy escasa y no sabía lo que era Dios, a una pobre hermana,

que quizás no habría salido del trabajo del campo? ¡Oh! Sabed, hijas mías, que a esas almas es a las que Dios se comunica con mayor intimidad y mayor eficacia. Una vez que se han abandonado en las manos de Dios y se han consagrado a su servicio, a su amor y conocimiento, entonces esas almas se ven elevadas, y su bondad les comunica un conocimiento cada vez mayor.

Pero, Padre, ¿qué es lo que aprenden y qué instrucciones reciben en la Compañía? Sabed, hijas mías, que aunque solamente tuvierais las conferencias que de vez en cuando tenéis, con tal que hicieseis buen uso de ellas, esto bastaría para que alcanzaseis un alto grado de virtud y de conocimiento de Dios; sí, esto sería suficiente. Hay algunas almas, pero almas santas y buenas, que sólo necesitan una palabra para darles profundos conocimientos de Dios. Tenemos un ejemplo de ello en nuestra propia casa: hablo de un pobre labrador de esas montañas de Auvergne, que durante toda su vida había trabajado con el arado y guardando cabras, y en este trabajo se había entregado a Dios de tal forma y hablaba de él tan dignamente que no hay ningún prelado ni teólogo, ni cualquier otra persona que yo conozca, que hubiese podido hablar de la misma forma; y no creo que jamás pueda oírse a nadie hablar tan bien. ¿Y dónde recibió esa instrucción? Se instruyó en algún sermón, al que había prestado toda su atención, y que luego había meditado tranquilamente. Y Dios, que se complace en las almas sencillas y humildes, se había comunicado a él en abundancia.

Si Dios concedió esta gracia a un pobre aldeano que trabajaba con el arado y guardaba las cabras de su Padre, ¿creéis que se la negará a una Hija de la Caridad que se entrega y se consagra al servicio de sus miembros y que, en su trabajo, recoge como una abeja la miel de las sagradas palabras que escucha en una conferencia, en un sermón, o en una instrucción, o en una amonestación que recibe de su superiora o de alguna oficial? No cabe duda, hijas mías, de que las que se pongan en este camino adelantarán mucho en poco tiempo; si no se separan de él, las veréis crecer en virtud, lo mismo que la aurora de cada mañana,

que al principio es solamente un pequeño resplandor, pero que va creciendo cada vez más hasta llegar al mediodía.

Creedme, hijas mías, nuestra miseria no aparta al Hijo de Dios de nosotros; él no tiene nada que ver con la grandeza; es la grandeza misma, pero quiere corazones sencillos y humildes; y cuando los encuentra, ¡cuánto le gusta hacer allí su morada! En la Sagrada Escritura nos dice que sus delicias consisten en tratar con los pequeños ¹. Sí, hermanas mías, el gusto de Dios, la alegría de Dios, el contento de Dios, por así decirlo, consiste en estar con los humildes y sencillos que permanecen en el conocimiento de su miseria; ¡qué gran motivo de consuelo y de esperanza es para nosotros, y cómo tenemos que humillarnos por ello!

— Y usted, hermana, ¿por qué razón, cree que está obligada a las instrucciones que se dan en las conferencias?

— Porque Dios, que nos las hace dar, nos pedirá cuenta de ellas, si no sacamos fruto.

— ¡Oh, hija mía! ¡Cuánta razón tiene al temer que Dios le pedirá cuenta de todo ello, ya que él mismo nos lo ha dicho! ¡Con qué atención escucharíamos a un mensajero que nos viniese de parte del rey o de algún gran señor! Este pensamiento y esta palabra que nos dice esta hermana es palabra de Dios, es un pensamiento de Dios. ¡Con qué justos motivos hemos de temer, si no les prestamos la atención y la estima que se merecen!

Hermana, ¿nos quiere usted decir alguna otra cosa sobre esto?

Aquella hermana leyó sus apuntes, que contenían lo siguiente:

El primer motivo que se me ocurre para sacar provecho de las instrucciones que se nos dan en las conferencias, es que Dios se verá glorificado y nos instruirá para que cumplamos los actos de nuestra vocación con mayor virtud y perfección. Otro motivo es para que progreseemos en la virtud, y para nuestra instrucción y la del prójimo. Se me ha ocurrido otro pensamiento: que las conferencias son la escuela de Jesucristo, a la que él nos llama cuando nos ordenan venir nuestros superiores. Por

1. Lc 18,16.

eso hemos de acudir a ellas con gran deseo de aprovecharnos; pues sin esos deseos no nos aprovecharíamos. Otro medio es que las escuchemos con gran atención. Otro, es que pensemos en ellas con frecuencia y hablemos con las demás sobre lo que se nos ha dicho.

Preguntó a otra hermana y ella dijo que otra razón para obligarnos a sacar provecho de las conferencias es que en ellas se nos instruye sobre lo que se refiere a nuestras reglas. Otro motivo es que, si no damos fruto, habríamos de temer que nuestro Señor nos abandonase a nosotras mismas y nos dejase sin instrucción, como mandó a los apóstoles que hiciesen con las ciudades en donde no les escuchaban ² Un medio para aprovecharnos de ellas es poner en práctica todo lo que hayamos oído.

Otra hermana dijo que, como las conferencias nos las sugiere el Espíritu Santo, hay que creer que en ellas no se trata nada que no sea necesario saber y practicar; otra razón es que, si no ponemos interés en ellas, Dios nos pedirá cuenta muy severa, puesto que se trata de los medios que nos da para llegar a él y de los cuales no queremos servirnos.

Medios para esto: estimar mucho estas pláticas; pedir la asistencia del Espíritu Santo antes y después de haberlas oído, para que quiera imprimir en nuestros corazones lo que hemos escuchado; en las ocasiones que se presentan de practicar la virtud o de huir del vicio de que se ha tratado, acordarnos de lo que se ha dicho, para robustecernos.

La señorita Le Gras, al preguntarle qué es lo que Dios le había inspirado sobre este asunto, dijo que una razón para aprovecharse de las instrucciones que se dan en las conferencias es que Dios, al ver que no teníamos en cuenta las instrucciones que él nos da por sí mismo, con sus buenos movimientos y santas inspiraciones, o por medio de nuestros ángeles de la guarda, había permitido que nuestros superiores nos amonestasen de las faltas en las que podíamos caer, o del camino que hemos de seguir para llegar a la perfección de nuestro estado. Si no tu-

2. Mt 10,23.

viésemos en cuenta esta gracia, deberíamos temer que su bondad la retirase de nosotros, y nos quedaríamos sin luz; y esto sería para nosotros una gran desgracia, para cada una en particular, por el peligro de perder la vocación, y para toda la Compañía en general, que podría venirse abajo. Y además dejaríamos a nuestro prójimo sin la asistencia que debe esperar de nosotros; lo cual nos haría caer en la infidelidad a Dios.

Para penetrarse bien de ellas, hemos de pensar que estas palabras vienen de Dios, y por tanto que las hemos de estimar como a él mismo, sin dejar pasar una sola de la que no saquemos provecho.

Otro medio es acudir con grandes deseos de mejorar; y para ello, pedir ardientemente esta gracia al Espíritu Santo antes de la plática, para que con su asistencia, la escuchemos con devoción y atención, y que luego tratemos entre nosotras después de haberla oído, y pensemos en ella con frecuencia.

Preguntó luego a otras hermanas, y todas ellas con palabras diferentes dijeron poco más o menos las cosas ya expresadas; por eso no ponemos aquí lo que dijeron, sino solo lo que dijo nuestro muy venerado Padre.

— Hermanas mías, doy gracias a Dios por las luces que os ha dado sobre este tema; pero antes de volver sobre los pensamientos que habéis tenido, es conveniente que sepáis de dónde han nacido las conferencias y cuánto tiempo hace que están en uso.

Ya sabéis, hermanas mías, que las conferencias sirvieron a nuestro Señor para la fundación de su iglesia. Desde el día en que reunió a sus apóstoles, se sirvió de ellas; luego cuando su Compañía fue mayor y tuvo apóstoles y discípulos, siguió teniendo con ellos algunas reuniones; y fue en una conferencia como esta donde san Felipe, cuya fiesta celebramos hoy, dijo a nuestro Señor: «Señor, tú nos hablas de tu Padre, pero haz nos ver a tu Padre»; y nuestro Señor le respondió: «El que me ve, ve a mi Padre; mi Padre y yo somos una sola cosa»³.

3. Jn 14,8-10.

Los apóstoles presentaban sus dificultades en estas conferencias, y nuestro Señor les respondía; él trataba del progreso de la iglesia y de los medios que Dios utilizaría para hacerla florecer; así pues, mis queridas hermanas, podemos decir con toda razón que el mismo Jesucristo instituyó las conferencias y se sirvió de ellas, para el comienzo, el progreso y la perfección de su iglesia; y después de su muerte y de su ascensión gloriosa, no hacía otras instrucciones entre los fieles por medio de los apóstoles y por medio de los sacerdotes más que en forma de conferencia; entonces no había sermones; cuando se reunían los cristianos, empezaba la conferencia.

Después de los apóstoles y durante mucho tiempo en la primitiva iglesia, siguió practicándose el uso de las conferencias; pero, al aumentar el número de los cristianos hasta el punto que resultaba difícil instruirles de esta forma, empezaron a predicar en público. Las conferencias siguieron existiendo todavía entre los jefes de la Iglesia: los sacerdotes, los diáconos y todos los que trabajaban en su establecimiento.

De aquí hemos de concluir cuán grande tiene que ser la estima que hemos de tener de las conferencias, ya que fueron instituidas por el propio Jesucristo, que se sirvió de ellas con sus apóstoles para la fundación de esa gran monarquía de la iglesia, que ha llegado hasta la situación que hoy vemos. El permitió que después de un largo uso de las mismas, se abandonase un poco su costumbre, y permitió que en nuestros días se renovasen, dándonos así un medio para nuestra perfección como del que se sirvió para el progreso de su Iglesia. ¡Qué gran gracia, qué gran misericordia de Dios, el que en la Compañía de Hijas de la Caridad Dios nos haya dado esta bendición de que ellas puedan hacer entre ellas lo que nuestro Señor hizo con sus apóstoles!

Lo segundo que hemos de advertir es que nuestro Señor está en medio de nosotros cuando nos reunimos por su gloria; y no podemos dudar de ello, porque lo ha dicho él mismo: «Cuando estéis dos reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de vos-

otros»⁴. Pues bien, mis queridas hermanas, si Dios promete su presencia a dos personas, con mucha mayor razón se la dará a toda la Compañía, compuesta de un gran número, que se reúne en su nombre y por su amor y para intentar trabajar por su gloria. Por consiguiente, hemos de concluir que esta acción es de grandísima importancia para la gloria de Dios y para nuestro progreso, y que hay que hacerla con la intención de agradar a Dios y de recibir la instrucción que allí nos puede dar para ponerla en práctica y darle contento.

Con intención, ya que es palabra suya. Hablando a los superiores les dice: «El que os escucha a vosotros, a mí me escucha»⁵. Porque no es palabra de vuestro superior, un pobre miserable como yo; es palabra de Dios, que se digna por medio de aquél o aquélla que habla (ya que podéis recibir instrucción de una hermana; sí, de una hermana), que se digna, repito, por este medio daros a conocer lo que tenéis que hacer.

Con respeto, ya que está él presente, mirándonos y escuchándonos y observando de qué forma recibimos lo que él nos hace decir. Así pues, mis queridas hermanas, en primer lugar, las conferencias son del tiempo de Jesucristo; en segundo lugar, que cuando estamos reunidos para tenerlas, él está en medio de nosotros, para darnos a conocer y hacernos apreciar la estima en que hemos de tener su santa palabra. A una buena mujer que le decía: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantarón», respondió: «Más felices son aquellos que escuchan mi palabra y la guardan»⁶.

Ved, hermanas mías, el aprecio que nuestro Señor tiene de su palabra: confiesa que su madre es bienaventurada por haberlo llevado, por haberla escogido Dios desde toda la eternidad para ser la madre de su Hijo, una madre bendita entre todas las mujeres, que confiesa que Dios ha hecho en ella grandes cosas y que todas las generaciones la proclamarán bienaventurada⁷; y

4. Mt 18,20.

5. LC 10,16.

6. LC 1 127-28.

7. LC 1,48-49.

nuestro Señor pone por encima de esa madre «al que escucha su palabra y la guarda».

De forma, hijas mías, que hemos de sentir una gran alegría cuando sabemos que se presenta una ocasión de escuchar esta palabra sagrada, palabra de vida y de vida eterna.

Cuando se os lleva la notificación, avisándoos vuestros superiores de que tal día se tendrá la conferencia, ¡qué gran alegría entre vosotras! La que ha escuchado o recibido en primer lugar aquella notificación, tiene que decir a la otra cuando la vea: «Hermana, ¡qué buena noticia me han dado!; mañana tendremos conferencia; escucharemos de boca de nuestros superiores o de nuestras hermanas tu santa palabra, Dios mío. Será tu palabra, Dios mío, porque tú eres el que se la inspiras».

Nuestro Señor, para expresar la diferencia que hay entre las personas que escuchan su palabra, manifiesta en el evangelio que la palabra de Dios es semejante a la semilla que el labrador siembra en su campo. Una parte cae por el camino, y los pájaros vienen y se la comen o es pisoteada por los pies de los caminantes, y de esta forma no produce ningún fruto. Otra parte cae en medio de piedras; echa algunos pequeños brotes de hierba, pero muere antes de producir fruto y se pierde para el sembrador, lo mismo que la primera. Otra parte cae en medio de espinas y, en vez de echar raíz, inmediatamente se ve ahogada y se queda tan infructuosa como las demás. La cuarta parte cae en una tierra bien labrada; y encuentra un suelo propicio y va germinando y echando raíz, creciendo y fortaleciéndose, de forma que en verano produce hasta ciento o al menos setenta ⁸. Nuestro Señor nos ha querido indicar de esta forma la diferencia de las personas que asisten a las conferencias. Todas se rinden ante la verdad, pero hay que temer que ocurra como con la semilla del labrador. Esa buena semilla de la palabra de Dios cae en todos los corazones que la escuchan; esa hermosa palabra, esa santa y edificadora palabra, tiene que servir de alimento a todas las almas.

8. Mt 13,4-6.

Es como el grano que lleva el sembrador, que se ha de convertir en buen alimento si encuentra una tierra fértil donde pueda fructificar.

Hay almas que escuchan la palabra de Dios y la reciben, pero las aves del cielo, que son las distracciones, se la llevan inmediatamente, como la semilla que cae en el camino y que se pierde porque no ha tenido ocasión de germinar. Apenas escuchada, se pierde, porque el primer pensamiento que se le ocurre al espíritu lo aparta de ella. Otras reciben esa palabra en sus corazones y hablan de ella en alguna ocasión, pero como la mortificación no había preparado antes sus corazones, cae en una tierra dura y sin labrar. La semilla germina verdaderamente y produce algunas matas, pero muere enseguida, sin producir ningún fruto. Otras almas se parecen a la semilla que cae en medio de espinas. Es verdad que reciben esa divina palabra, pero las preocupaciones, el ajetreo y la prisa de que están llenas, sofocan la palabra que han recibido, pues como tienen un espíritu demasiado ocupado, no saben alimentarse de este santo alimento.

Es verdad, mis queridas hermanas, que tenéis que ir a los enfermos para llevarles el remedio, que el barrio donde trabajáis es muy grande y los enfermos son muchos; pero también es verdad que esto no tiene que perjudicar a las prácticas de vuestras reglas y especialmente a la oración, que es la que os dispone para recibir la palabra de Dios con fruto y con provecho. Hay entre vosotras almas buenas, llenas de estima por la palabra de Dios y convencidas de la necesidad que tienen de ser humildes, sumisas, mortificadas, tranquilas y sin prisas ni preocupaciones, con una santa alegría que se basa en Dios y que tiende hacia Dios.

Hermanas mías, esas almas son como una tierra buena, bien labrada y cultivada, que recibe la semilla, y le da el jugo necesario y la hace madurar a su debido tiempo. Las hay entre vosotras, por la gracia de Dios, no diré cuántas, pero sí que son muchas por la misericordia de Dios. Procurad, hermanas mías, que todas vosotras seáis de ese número; obrad de manera que

esa divina palabra encuentre un buen fondo para que pueda arraigar.

Puesto este fundamento, ¿por qué hemos de aprovecharnos, hermanas mías, de las conferencias y de las instrucciones que se nos dan? Lo habéis dicho vosotras mismas: porque Dios habla por la boca de las que han sido preguntadas. Dios ha prometido comunicarse a los pequeños y a los humildes y manifestarles su secreto.

Así pues, ¿por qué no vamos a creer que lo que se dice es de Dios, si lo dicen los pequeños y lo dice también a unos pequeños? Sí, hermanas mías, Dios se goza tanto en esto, que hasta se puede decir que su mayor contento es darse a conocer a los humildes. ¡Hermosas palabras de Jesucristo, que nos demuestran que no es en el Louvre ⁹ y entre los príncipes donde Dios pone sus delicias! Lo dice en un lugar de la Escritura: «Padre mío, te alabo y te doy gracias porque has ocultado tus misterios a los grandes del mundo y se los has manifestado a los humildes» ¹⁰.

A él no le gusta la pompa y el ornato exterior; se complace en el alma humilde, en el alma que es instruida por él solo y que no hace caso de la ciencia de este mundo. ¡Qué gran motivo éste, hermanas mías, para que os aficionéis a las conferencias, puesto que es allí donde Dios os da a conocer sus secretos y donde os descubre los medios para progresar en la virtud!

Si se trata de una virtud, una hermana dirá una razón y la otra otra; una hermana manifestará un medio y otra otro; y Dios quiere que cada una de vosotras se sienta movida por todas las razones que se dicen, e instruidas por todos los medios que se manifiestan.

— ¡Pero si es una hermana la que ha encontrado esta razón y este medio! ¡No importa! Lo ha hecho Dios por medio de ella; Dios es el que se lo ha comunicado; viene de Dios, y por

9. El palacio de Louvre era antigua residencia de los reyes franceses, actualmente se ha convertido en uno de los más grandes museos del mundo.

10. Mt 11,25.

tanto, os tiene que resultar muy precioso y tenéis que acogerlo con mucho cuidado.

La tercera razón, como se ha dicho, es la utilidad que se saca de estas instrucciones para vuestra vida. Una Hija de la Caridad se encontrará en casa de una dama, en casa de un enfermo en cualquier sitio, y allí se presentará la ocasión de practicar la virtud de la modestia de sufrir alguna cosa que repugne a la naturaleza; entonces conviene que se acuerde de alguna de las palabras que escuchó en una conferencia, y se sentirá animada y ya no tendrá ninguna dificultad. Quizás haya tenido alguna discrepancia con su hermana, y el diablo intentará que no piense en humillarse: que se acuerde entonces de que en una conferencia oyó que el acto de humillación es una cosa agradable a Dios, e irá a echarse a los pies de su hermana y las dos sacarán fruto de la conferencia que oyeron hace ya tiempo; la verdad es que las conferencias son sumamente necesarias y de gran provecho.

Si me preguntáis lo que os puede mantener, mis queridas hermanas, a cada una en particular, os diré que es la oración, porque es como el maná de cada día que baja del cielo; pero, fijaos, si me preguntáis qué es lo que mantiene toda la Compañía os diré que es la conferencia.

Nada dará más luz a la comunidad; nada le proporcionará más instrucción; nada evitará tanto las caídas e impedirá que se caiga en una falta, como las conferencias; por medio de ellas os habla Dios; por medio de ellas se os descubren sus designios y se os enseñan sus caminos. Tenéis que alabar a Dios, hermanas mías, porque se hayan reanudado de nuevo las conferencias entre vosotras, por haber sido escogidas para ello, pues, como os dije, antes no se usaban, y vosotras habéis sido educadas para que se usen de nuevo. Poned mucho cuidado, hermanas mías, en no hacer mal uso de ellas.

Antes de pasar adelante, os diré (pues es necesario que lo sepáis) que, si no aprovecháis en la oración, no sacaréis mucho fruto de las conferencias; porque fijaos, mis queridas hermanas, cómo los jardineros se ocupan dos veces cada día para regar las

plantas de su jardín, que sin esta ayuda se morirían durante los grandes calores, por el contrario, gracias a la humedad, sacan de la tierra su alimento, porque cierta humedad, nacida de este riego, sube por la raíz, fluye a través del tallo, da vida a las ramas y a las hojas, y el sabor a los frutos; de la misma manera, mis queridas hermanas, nosotros somos como esos pobres jardines en donde la sequedad hace morir todas las plantas, cuando el cuidado y la industria de los jardineros no se ocupan de ellas; por eso, tenéis el santo empleo de la oración, que como un dulce rocío va humedeciendo todas las mañanas vuestra alma por medio de la gracia que viene de Dios sobre vosotras. Y si os sentís cansadas de vuestros esfuerzos y de vuestras penas, tenéis de nuevo por la tarde este saludable fresco, que va dando vigor a todas vuestras acciones. ¡Cuánto fruto producirá una Hija de la Caridad en poco tiempo, si se preocupa de refrescarse con este sagrado rocío! Veréis cómo va creciendo día a día de virtud en virtud, como ese jardinero que ve todos los días crecer a sus plantas, y al poco tiempo se irá levantando como la aurora que surge por la mañana y va creciendo hasta el mediodía. De la misma forma, hijas mías, llegará hasta alcanzar al sol de justicia, que es la luz del mundo, para abismarse en él, lo mismo que la aurora se pierde en el sol.

Por todas estas razones, que vosotras mismas habéis dicho y que Dios os ha sugerido, mis queridas hermanas, quizás lleguéis a convenceros plenamente de la importancia de estas charlas.

Pasemos al segundo punto. Tenéis toda la razón cuando decís que, para aprovecharse de ellas, hay que estimarlas mucho. Lo que hemos dicho en el primer punto nos ha podido dar a comprender la estima en que hemos de tener esta acción.

¿Y luego, qué hay que hacer? También se ha dicho, por la gracia de Dios; habéis encontrado las razones y los medios convenientes, para utilizar bien estas instrucciones. Se ha dicho que había que rezar a Dios al principio. ¡Qué medio tan excelente, hermanas mías! No podéis imaginarnos cuán eficaz es, ofrecer a Dios cuanto se diga, ofrecerse a Dios a sí mismo para escucharle y para aprovecharse, ofrecer a todas las que están presentes

y pedir la ayuda del Espíritu Santo, de nuestros ángeles de la guarda y de los que están aquí, para que lo que se diga quede impreso en los corazones por la gracia del Espíritu Santo y seamos fieles con ayuda de nuestros ángeles de la guarda; hacer un profundo acto de humildad delante de Dios, reconocerse indigna de participar de este beneficio por el abuso que hemos hecho de las gracias de Dios, y tomar la resolución de usarlas mejor.

El segundo medio consiste en escuchar bien, con fidelidad y atención, las sagradas palabras de Dios que brotan de la boca de aquellos en quienes él las ha puesto, y mientras se escucha, elevar muchas veces el espíritu a Dios y pedirle la gracia de aprovecharse. Dios mío, entiendo todo lo que se dice; pero, si no das tu gracia a mi corazón, esa divina semilla no germinará en él.

Además, mis queridas hermanas, hay que procurar quedar edificadas de todo, porque hay que guardarse mucho de juzgar y de decir: «Esta o aquella dice muchas cosas, pero no las hace», o bien: «Esta ha hablado mejor que aquella», «Esa no ha hablado bien».

¡Dios mío! Queridas hermanas, huyamos de todo esto como de un veneno que la serpiente infernal quiere echar en la Compañía; guardémosnos de todo esto como de la muerte y del infierno. Hay que escucharlo todo con humildad y sencillez, tomar para sí las instrucciones que se dan, y no hacer como los que van a la predicación sin devoción alguna. Van a ver si el predicador habla bien. Si reprende los vicios, en vez de corregirse, dicen: «¡Qué bien habla!», «¡Qué bien va eso a uno que yo me sé!»; y nunca se ven aludidos. De esta forma podrán ir a mil sermones sin enmendarse nunca. Y al final, si Dios no realiza un milagro, morirán miserablemente en sus pecados.

El tercer medio consiste en esforzarse por retener lo que se ha escuchado. De la santísima Virgen se dice que recogía en su corazón las palabras de su Hijo; se llenaba de ellas y las meditaba luego, de forma que no perdía nada de todo cuanto decía ¹¹.

11. Lc 2,51.

Pues bien, mis queridas hijas, si la santísima Virgen, que tenía tanto trato y comunicación con Dios, y se le descubrían los sagrados misterios sin que perdiese nunca la presencia de Dios, si con todas sus luces naturales y sobrenaturales, de las que estaba soberanamente dotada por encima de todas las criaturas, no dejaba de recoger con esmero las sagradas palabras de su Hijo, ¿qué no hemos de hacer nosotros por intentar conservar en nuestros corazones la unción de estas santas palabras? El bálsamo, que es un licor sumamente suave y oloroso, conserva siempre su olor, con tal que se le conserve en un frasco bien cerrado; pero si no se le cierra bien, el olor se pierde y no encontraréis nada en él.

El cuarto medio para aprovecharse de las conferencias, como se ha dicho, es hablar luego sobre ellas; y este medio es muy provechoso, porque, al tratar de ellas unas con otras, iréis insinuando poco a poco en vuestros corazones lo que digáis, os inflamaréis en su práctica, y las que hablen con vosotras se sentirán edificadas, se formarán también ellas y formarán a las demás, y de esta manera os aprovecharéis vosotras y haréis que se aprovechen vuestras hermanas. En las ocasiones que se presenten, acordaos de lo que habéis oído. «¡Dios mío! ¿Se acuerda usted, hermana, de que en aquella conferencia se dijo tal y tal cosa?». Cuando os visitéis una a otras, recordaos mutuamente lo que habéis oído.

Mis queridas hermanas, ¡cuánto fruto obtendréis! Es algo que no puede imaginarse; es menester experimentarlo. Cuando vamos a las misiones por el campo, nos encontramos a veces con algunos padres que no saben nada de nada, a otros que saben más; y cuando les preguntemos a éstos: «¿Por qué tiene usted más instrucción que los demás?», nos responden: «Es que mi hijo va a la escuela; allí aprende el catecismo, y al volver nos lo repite; y de esta forma también nosotros sabemos algo».

Fijaos, hermanas mías, los padres aprenden de sus hijos. Se sienten gozosos de que sus hijos les enseñen. ¿Y por qué nosotros no vamos a sentirnos contentos de aprender lo que no sabemos?

A todos estos medios, mis queridas hermanas, yo añadiría uno, que consiste en ejecutar fielmente lo que se ha oído, y esto sin retraso alguno, porque, si se deja para otro día, se olvida, se va enfriando luego, y acaba por perderse todo. Apenas hemos formado una resolución fuerte y vigorosa de utilizar bien las instrucciones que hemos oído, demostremos en nuestras obras el provecho alcanzado, y así nos atraeremos las bendiciones del cielo para un nuevo progreso.

Nuestro Señor dice a este propósito: «Habenti dabitur»; Dios le dará más al que utiliza bien lo que se le ha dado ¹², Mis queridas hermanas, no hay nada que atraiga tanto las gracias de Dios para hacer el bien como ser fieles a ellas y poner en práctica lo que se conoce; por el contrario, no hay nada que perjudique tanto al alma como la infidelidad. Hermanas mías, ¿sabéis cómo actúa Dios con un alma que desprecia sus gracias? Se las retira, y entonces cae en el endurecimiento, luego en el hastío y finalmente en la imposibilidad para hacer nada, de forma que no solamente pierde la gracia que se le ofreció, lo cual es ya mucho, sino también las virtudes que tenía, y se queda desnuda de todo ornato, sin saber por dónde decidirse ni de qué lado volverse. ¡Quiera la bondad de Dios preservar a esta Compañía de este miserable estado y hacerla fiel en la práctica del bien! Mis queridas hermanas, os exhorto con todo mi corazón, por las entrañas sagradas del Hijo de Dios, que se deleita en vosotras, que no ha venido al mundo ni ha trabajado, rezado, sudado, pasado en vela las noches y muerto en la cruz, más que para darnos ejemplo de lo que tenemos que hacer, os exhorto, repito, hermanas mías, por este amor inconcebible que os tiene, a que trabajéis sin fatiga por poner en práctica lo que hayáis oído. Y creed que éste es uno de los medios más eficaces que podáis encontrar para sacar fruto del bien que Dios os presenta. Creedme, hermanas mías, nuestra felicidad depende absolutamente de nuestra fidelidad, porque, al aprovecharnos de lo que ya hemos hecho, atraeremos la bendición sobre lo que ha-

12. Mt 25,29; Lc 19,26.

ce mos; y, al no perder ninguna ocasión, iremos creciendo de virtud en virtud, como esa bella aurora que va creciendo cada vez más desde la mañana hasta el mediodía.

Suplico a nuestro Señor Jesucristo, que utilizó las conferencias para la fundación, el progreso y la perfección de su iglesia, que las gracias de que os colme sirvan para el aumento y la perfección de la virtud que quiere poner en vosotras, y que la fidelidad que cada una de vosotras ponga en estas gracias atraiga cada vez más otras nuevas, para trabajar incesantemente en provecho del prójimo de la forma que él pide de vosotras para su mayor gloria.

Benedictio Dei Patris

37(37,IX,407-428)

CONFERENCIA DEL 31 DE MAYO DE 1648

Sobre la oración

Hermanas mías, el tema de esta conferencia es sobre la oración; el primer punto trata sobre las razones que tenemos para no dejar de hacerla todos los días; el segundo, de los pensamientos que Dios os haya dado sobre el tema de la venida del Espíritu Santo. Sobre el primer punto, hijas mías, tenéis que examinar por qué razones es conveniente e incluso necesario que una Hija de la Caridad no deje de hacer todos los días su oración; las ventajas que tendrá si la hace; y los daños que recibirá, si falta a ella.

— Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que piensa sobre esto?

— Sobre el primer punto, me parece que después de la sagrada comunión la oración es alimento del alma; lo mismo que todos los días necesitamos el alimento corporal, también necesitamos todos los días el alimento espiritual para la conservación de nuestra alma.

Conferencia 37. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

La segunda razón es que en la oración escuchamos los deseos de Dios, nos perfeccionamos, tomamos fuerzas para resistir a las tentaciones y nos robustecemos en nuestra vocación; finalmente, allí es donde nuestra alma tiene la dicha de poder hablar de corazón a corazón con Dios. Por el contrario, cuando no hacemos oración, vamos debilitándonos y no sentimos la presencia de Dios durante toda la jornada.

Sobre el segundo punto, que es de la venida del Espíritu Santo, he pensado que, para ser dignos de que el Espíritu Santo venga a nosotras, hemos de tener una gran unión y no ser nada más que un solo corazón, principalmente entre nosotras, para representar mejor la unión que el Espíritu Santo tiene con el Padre y el Hijo, y vaciar todas las potencias de nuestra alma de los afectos desordenados, para que el Espíritu Santo ponga allí su morada y nos llene de sus dones y gracias. Además, es menester que tengamos mucha humildad y paz interior, porque el Dios de paz no habita más que en un lugar de paz. Sabremos que lo hemos recibido cuando sentimos en nosotras más amor y generosidad en la adquisición de las virtudes. Yo me he sentido muy lejos de estas disposiciones y he tomado la resolución de trabajar en ellas, con la gracia del Espíritu Santo.

— Hermana, haga usted el favor de decirnos los pensamientos que ha tenido sobre este tema.

— Padre, una razón para no dejar de hacer la oración todos los días es la necesidad que tenemos de fuerzas para combatir nuestra inclinación natural al mal, y la obligación en que estamos de corresponder a los deseos que Dios tiene de santificarnos, para lo cual nos da los medios en la oración.

— ¿Y usted, hija mía? ¿Quiere decirnos lo que ha pensado?

— Sobre el primer punto he pensado que nuestro Señor se sirvió de la oración durante toda su santa vida y la practicó desde la infancia, ya que se apartaba con frecuencia de sus padres para hacer oración en el templo de Jerusalén. Otra vez, cuando quiso elegir a sus apóstoles, acudió a la oración¹, y conti-

1. Lc 6,12-13.

nuó esta práctica hasta la muerte en la cruz. Y puesto que el Hijo de Dios nos ha dado ejemplo, tenemos que imitarlo. Otra razón es que la oración nos acerca más a Dios y nos une a él por la práctica de las resoluciones que allí tomamos. La tercera razón es que una Hija de Caridad que no hiciera oración todos los días no podría agradar a Dios ni permanecer mucho tiempo en su vocación; y no podría ser verdadera Hija de la Caridad, ya que en la oración es donde se toman fuerzas para animarse en el servicio de Dios y del prójimo.

Sobre la venida del Espíritu Santo, he pensado que, si queremos recibir la gracia del Espíritu Santo en la oración, tenemos que apreciar mucho este ejercicio y ser fieles a él todos los días hasta la muerte, como el alimento de nuestra alma y su pan de cada día.

Sobre lo que se dice de que los apóstoles, después de haber recibido al Espíritu Santo, se sintieron totalmente cambiados y empezaron a hablar en nuevas lenguas ², he pensado que también yo conocería que he recibido al Espíritu Santo, si en mis palabras o en mis acciones empezase a hablar un lenguaje muy distinto, si me abstudiese de decir tantas palabras inútiles como digo mucha veces por ligereza de espíritu, y dejase de dar mal ejemplo a mis hermanas.

— Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que Dios le ha inspirado sobre este tema?

— He pensado, en el primer punto, que nuestro Señor ha dicho que su casa era casa de oración ³ y que, como nos ha concedido la gracia de llamarnos a su servicio, tenemos que dedicarnos a la oración para no decir de lo que hay que hacer en la casa de Dios.

2.º Como la oración es el alimento del alma, si dejamos de hacerla, nuestra alma estaría en peligro de desfallecer, lo mismo que nuestro cuerpo, cuando no toma el alimento debido.

3.º Hacer oración es hacer lo que los ángeles y los santos hacen en el cielo; en la oración es donde el alma trata con Dios

2. Hech 2,4.

3. Mt 21,13; cfr. Is 56,7; Jer 7,11.

con amor y familiaridad, y perdería esta familiaridad infaliblemente si descuidase este santo ejercicio.

4.º La oración nos aparta del pecado, porque ¿cómo es posible que, al intimar todos los días con Dios, pudiésemos habituarnos al pecado, al que tanto odia? Si caemos en él, Dios nos concede la gracia de conocerlo en la oración y nos da fuerzas para levantarnos. Por tanto, es imposible que el alma fiel y puntual en la práctica de la oración no haga progresos en la virtud.

5.º Dios nos concede todos los días en la oración la gracia suficiente para trabajar en nuestro progreso y nos hace ver lo que nos conviene para abrazarlo, o lo que es necesario que evitemos.

Sobre la oración de hoy ⁴, me he fijado en aquellas palabras: «Habíéndose cumplido los días de Pentecostés» ⁵, y he visto cuán fiel es Dios en sus promesas, aunque sin cambiar para nada las órdenes de su presciencia, tal como se ve en este misterio, que solamente se cumple en el tiempo ordenado por Dios, aunque hubiera podido parecer necesario que el Espíritu Santo descendiese sobre los apóstoles cuando nuestro Señor subió al cielo, para no dejarlos sin protección. Sin embargo, luego se vio que este retraso les había sido muy beneficioso para darles a conocer, por la pena de la privación, el bien que esperaban, y para disponerlos mejor a recibirlo; esto me ha dado la resolución de amar y adorar esta santa Providencia, que ordena todas las cosas para nuestro mayor bien, y confiarme a sus amorosos cuidados.

2.º Me he fijado en la alegría que experimentarí la santísima Virgen, al sentirse tan llena del amor sagrado del Padre y del Hijo, que había realizado en ella el misterio de la Encarnación, los actos de adoración que haría delante de Dios, la acción de gracias y la ofrenda de sí misma que ella le haría. También me he fijado en la alegría de los apóstoles, que se sintieron muy distintos de lo que antes eran, en el entusiasmo que les

4. Esta conferencia tuvo lugar el día de Pentecostés.

5. Hech 2,1.

animaba, ya que desde entonces ejercieron su ministerio sin temor alguno. Me he dirigido a la santísima Virgen, como Esposa del Espíritu Santo, para que me obtuviese de él el favor de que Dios tomará posesión de mi corazón y lo abrasase en su amor sagrado.

3.º He considerado el gran don que Dios concedió a la iglesia por medio del Espíritu Santo, que no es más que amor. Dios quiso que ella empezase a mostrarse en público, después de haberlo recibido, para enseñarnos a todos que, como verdaderas hijas de la iglesia, tenemos que estar animadas de un santo y verdadero amor las unas con las otras. He pedido a este santo Espíritu que ponga en mí sus frutos y sus dones, que realice los verdaderos efectos de su amor y que destruya mi amor propio, que hasta ahora ha sido el que me ha dominado, y al que estoy decidida a combatir, con la ayuda y asistencia de su gracia.

Algunas otras hermanas dijeron poco más o menos las mismas cosas. Por eso las omitiremos. Y como nuestro muy venerado Padre tenía prisa, abrevió las preguntas que su caridad dirige ordinariamente a la mayor parte de las hermanas, y preguntó a la señorita quien respondió:

— En el primer punto de nuestra oración, he visto que una de las razones que tenemos para no dejar de hacer oración todos los días es su excelencia, ya que cuando la hacemos hablamos con Dios. Y en esto he reconocido grandes ventajas, ya que en ella Dios puede dar a conocer su bondad rebajándose hasta ese punto y elevándonos de esa forma.

Otra razón es la recomendación que el Hijo de Dios hizo tantas veces, con palabras y ejemplos, para que orásemos a Dios su Padre, tanto por la oración vocal que él nos enseñó, como por la mental, advirtiéndonos que Dios quiere ser servido en espíritu y en verdad ⁶.

La tercera razón es que, como la oración es un don de Dios, tenemos que hacer todo lo posible para atraerlo sobre nosotras, no solamente por las grandes ventajas que de esta forma obtendremos, sino por la estima que hemos de tener al donante.

6. Jn 4,23.

El segundo punto es sobre los pensamientos que Dios nos ha dado sobre la oración de hoy. Mi espíritu se ha ocupado en la promesa que hizo el Hijo de Dios a todos los que le aman y cumplen sus mandamientos ⁷; he visto la justicia de todo esto, y Dios ha producido en mí actos de amor y me ha dado una gran alegría por sentirme honrada con esta libertad, a pesar de mi indignidad en tantas cosas. He considerado que el efecto de esta promesa nos había llegado plenamente hoy, cuando el Espíritu Santo ha sido enviado a la Iglesia por el Padre y el Hijo, indicando seguramente que la santísima Trinidad mora en nosotras y que en este día fue cuando los hijos de la iglesia fueron hechos hijos adoptivos de Dios.

Esta venida y morada de Dios en nosotras está sellada por la plenitud de las gracias y de los dones. Yo he querido prestar mi consentimiento a todo esto, tomando la resolución de trabajar más que nunca por quitar los impedimentos que mis sentidos y pasiones pueden presentar, a fin de participar en esta plenitud que tuvieron los apóstoles, ya que su entendimiento se vio iluminado y lleno de las ciencias necesarias a su vocación, su memoria se vio refrescada con las palabras y acciones del Hijo de Dios, y su voluntad se llenó de ardor en el amor a Dios y al prójimo, y el espíritu Santo, obrando poderosamente en ellos por medio de esta plenitud, les hacía decir y enseñar con eficacia la grandeza y el amor de Dios. He sentido muchos deseos de glorificar a Dios en sus maravillas, de entregarme a él para que haga en mí su santísima voluntad, aunque la realidad me haga ver mis debilidades e infidelidades, que me hacen ofenderle mucho y contrariar sus proyectos. Y lo que más temo es que todo esto sea un impedimento para las gracias que la bondad de Dios derramaría sobre la Compañía, si yo fuese distinta, por lo que le pido muy humildemente perdón, así como también por haber sido tan atrevida (estaba de rodillas) al elegir el tema de esta conferencia sin haber hablado anteriormente con usted, padre mío.

7. Jn 14,23.

Nuestro muy venerado padre hizo que se levantase y empezó de esta manera:

— La primera o una de las razones que se han dicho sobre la importancia y el bien inmenso que supone hacer oración todos los días, es que nuestro Señor se la recomendó muchas veces a sus apóstoles y a sus discípulos, en las instrucciones que les daba sobre lo que habían de hacer después de su muerte. «Invocad a mi Padre, les dijo; pedidle a mi Padre; lo que le pidáis en mi nombre, se os concederá» ⁸, y lo que dijo a sus discípulos, hijas mías, nos lo dice también a nosotros. Y tras esta recomendación del Hijo de Dios, tan ventajosa para nosotros, ya que nos da la libertad de dirigirnos a Dios por la oración, ¿no hemos de concebir una gran estima de ella y entregarnos a él para no fallar jamás? Tenéis que tener mucho cuidado de evitar, hijas mías, todos los impedimentos que podrían surgir a propósito de la hora, ya que con frecuencia se os pueden presentar. Pero, cuando pase algo y os deis cuenta, entonces animaos con la recomendación que Jesucristo hizo de ella. Tú, Dios mío, me has recomendado que ore, y sería muy cobarde si quisiese librarme de ello. ¡Voy allá! Ya veréis todas, hijas mías, qué poderoso es este motivo, y los bienes que entonces alcanzaréis.

A este motivo voy añadir otro. Se ha creído conveniente que hagáis oración todos los días, tal como indican vuestras reglas. Diré más aún, hijas mías; hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado; y cuanto más la hagáis, más la querréis hacer, si de veras buscáis a Dios. Así pues, hijas mías, ya que se dice en vuestras reglas que tenéis que hacerla, es menester procurar, en la medida de lo posible, no faltar nunca a ella. Y si os lo impide esa medicina que tenéis que llevar por la mañana durante la hora de la oración, tenéis que buscar algún otro tiempo, de forma que nunca la dejéis.

8. Jn 16,23.

Se ha puesto como segundo motivo la confianza que ha de animarnos cuando hacemos oración, basada en las promesas del Hijo de Dios que nos ha asegurado su recompensa. «Pedid, nos dice, y recibiréis» ⁹. Hay algunos caracteres tímidos y vergonzosos que no se atreven a proponer nada por miedo a verse rechazados, y a no pedir nada por miedo a recibir una negativa.

Jesucristo nos ha ofrecido toda la seguridad de que seremos bienvenidos ante el Padre cuando oremos. No se ha contentado con hacer una simple promesa aunque hubiera sido más que suficiente, sino que ha dicho: «En verdad os digo que todo lo que pidáis en mi nombre, se os concederá» ¹⁰. Así pues, con esta confianza, mis queridas hijas, ¿no hemos de poner todo nuestro cuidado en no perder las gracias que la bondad de Dios quiere concedernos en la oración, si la hacemos de la forma debida?

Otra de las razones que también habéis alegado es que nuestro Señor era hombre de grandísima oración; y como se ha indicado, desde sus primeros años se apartaba de la santísima Virgen y de san José para hacer oración a Dios, su Padre. Y durante toda su vida de trabajo era siempre muy puntual y fiel en hacerla. Se le veía ir expresamente a Jerusalén, se aislaba de sus discípulos para orar, y no se retiraba al desierto más que para eso. ¡Dios mío! ¡Cuántas veces se echaba al suelo con la faz en tierra! ¡Con cuánta humildad se presentaba a Dios su Padre cargado con los pecados de los hombres! Finalmente, hizo oración hasta verse totalmente agotado por el ayuno al que quiso sujetarse. Su continuo y principal ejercicio era la oración.

La noche de su pasión, se separó una vez más de sus discípulos para orar, y se dice que se retiró al huerto, adonde iba con frecuencia a hacer oración. Y allí la hizo con tanto fervor, con tanta devoción, que su cuerpo, por los esfuerzos que hacía, sudó sangre y agua ¹¹.

Así pues, hijas mías, repito lo que os acabo de decir; no hago más que repetir lo mismo porque tengo prisa. Por la pri-

9. Mt 7,7.

10. Jn 14,13.

11. Lc 22,39-44.

mera razón vemos que Jesucristo nos recomendó que hiciéramos oración; por la segunda, vemos que nos da confianza y nos exhorta amorosamente a ello; y por la tercera, tenemos el ejemplo que nos ha dado; porque no se contentó nunca con hablar, sino que hizo; e hizo lo que quiso que nosotros hiciéramos; y no quiso nunca nada más que para nuestro mayor bien.

Por todo lo que acabo de decir, mis queridas hermanas, podéis ver cuánta importancia debe tener la oración para haber sido tan recomendada, enseñada y practicada por el Hijo de Dios, y cuán útil resulta para el alma.

Se ha dicho también, y con razón, que la oración es para el alma lo que el alimento para el cuerpo, y que lo mismo que una persona que se contentase con no comer, más que uno de cada tres o cuatro días, desfallecería enseguida y se pondría en peligro de muerte, o, si viviese, sería lánguidamente, incapaz de realizar nada útil y se convertiría finalmente en un trasto sin fuerza ni vigor, así también el alma que no se alimenta de la oración, o que raramente la hace, se hará tibia, lánguida, sin fuerzas ni entusiasmo, sin virtud alguna, fastidiosa para los demás e insoportable a sí misma.

Y se ha advertido también que de esta forma es como se conserva la vocación, porque es cierto, hijas mías, que una Hija de la Caridad no puede vivir si no hace oración. Es imposible que persevere. Durará quizás algún tiempo, pero el mundo la arrastrará. Encontrará su ocupación demasiado dura, porque no ha tomado este santo refrigerio. Irá languideciendo, se cansará y acabará dejándolo todo. Hijas mías, ¿por qué creéis que muchas han perdido su vocación?; porque descuidaban la oración.

Se ha dicho igualmente que la oración es el alma de nuestras almas; esto es, que la oración es para el alma lo que el alma es para el cuerpo. Pues bien, el alma da la vida al cuerpo, le permite moverse, caminar, hablar y obrar en todo lo que necesita. Si el cuerpo no tuviese alma, sería una carne corrompida, útil solamente para el sepulcro. Pues bien, hijas mías, el alma sin oración es casi lo mismo que ese cuerpo sin alma en lo que se refiere al servicio de Dios; no tiene sentimientos ni mo-

vimientos, no tiene más que deseos rastreros y vulgares de las cosas de la tierra. A todo esto añado, mis queridas hijas, que la oración es como un espejo en el que el alma ve todas sus manchas y todas sus fealdades; observa todo lo que la hace desagradable a Dios, se mira en él, se arregla para hacerse totalmente conforme con él. Las personas del mundo nunca salen de su casa hasta después de haberse arreglado convenientemente ante el espejo, para ver si hay en ellas algo defectuoso, si no hay nada que vaya en contra de las conveniencias sociales. Hay algunas que son tan vanidosas que llevan espejo en sus bolsos, para mirar de vez en cuando si tienen algo que arreglar de nuevo.

Pues bien, hijas mías, lo que hacen las gentes del mundo por agradar al mundo, ¿no es razonable que lo hagan para agradar a Dios las que sirven a Dios? No saldrán nunca sin mirarse en su espejo. Dios quiere que los que le sirven se arreglen también, pero que sea en la santa oración, y que allí, todos los días y varias veces cada día, por medio del examen interior y de sus buenos deseos, vean lo que puede desagradar a Dios en su alma, pidiéndole perdón y gracia para ello.

Se ha dicho que es en la oración donde Dios nos da a conocer lo que quiere que hagamos y lo que quiere que evitemos; y es verdad, mis queridas hijas, porque no hay ninguna acción en la vida que nos haga conocernos mejor, ni que nos demuestre con mayor evidencia la bondad de Dios, como la oración. Los santos Padres se entusiasman cuando hablan de la oración; dicen que es una fuente de juventud en donde el alma se rejuvenece. Los filósofos dicen que entre los secretos de la naturaleza hay una fuente que ellos llaman la fuente de Juvencia ¹², en donde los viejos beben del agua rejuvenecedora. Sea lo que fuere de esto, sabemos que hay fuentes cuyas aguas son muy buenas para la salud. Pero la oración remozca al alma mucho más realmente que lo que, según los filósofos, rejuvenecía a los cuerpos la fuente de Juvencia. Allí es donde nuestra alma, debilitada por las malas costumbres, se torna vigorosa; allí es

12. Cfr. nota 2 de la conferencia del 22 de enero de 1645.

donde recobra la vista después de haber caído antes en la ceguera; sus oídos, anteriormente sordos a la voz de Dios, se abren a las buenas inspiraciones, y su corazón recibe una nueva fuerza y se siente animado de un entusiasmo que aún no había sentido. ¿De dónde viene que una pobre mujer aldeana que viene a vosotras con toda su tosquedad, ignorando las letras y los misterios, cambie al poco tiempo y se haga modesta, recogida, llena de amor de Dios? ¿Quién ha hecho esto sino la oración? Es una fuente de Juvencia en donde se ha rejuvenecido; allí es donde ha encontrado las gracias que se advierten en ella y que la hacen tal como la veis.

Hay dos clases de oración: La mental y la vocal. La vocal es la que se hace con palabras; la mental es la que se hace sin palabras, con el corazón y el espíritu.

Cuando Moisés guiaba al pueblo de Israel en una batalla, mientras el pueblo combatía, él se ponía delante de Dios con las manos elevadas al cielo; y el pueblo, durante ese tiempo, vencía a sus enemigos; y cuando Moisés dejaba de tener las manos en alto, el pueblo perdía. ¡Gran fuerza la de la oración mental, hijas mías, ya que era ése el ejercicio de Moisés, cuando tenía las manos elevadas al cielo sin pronunciar una palabra; y tenía suficiente eficacia para hacer que ganaran la batalla aquellos por los que rezaba!

La Sagrada Escritura nos refiere también que Moisés estaba un día delante de Dios sin pronunciar palabra. Y escuchó la voz de Dios: «Moisés, me estás rompiendo la cabeza; me obligas a hacer lo que no quiero. Este pueblo es ingrato y rebelde a mi ley. Yo quiero castigarlo, pero tú quieres que lo salve. ¿Por qué me obligas? Retírate y déjame hacer mi voluntad»¹³, Fijaos, hijas mías, cómo Dios se ve atado por la oración, y por la oración mental, ya que Moisés no decía ninguna palabra, pero su oración era tan intensa que Dios le decía: «Me estás rompiendo la cabeza; tú quieres que haga lo que yo no quiero hacer»

13. Ex 32,9-10.

La oración, hijas mías, es una elevación del espíritu a Dios, por la que el alma se despegas como de sí misma para ir a buscar a Dios. Es una conversación del alma con Dios, una comunicación mutua, en la que Dios dice interiormente al alma lo que quiere que sepa y que haga, y donde el alma dice a su Dios lo que él mismo le da a conocer que tiene que pedir. ¡Gran excelencia la de la oración, que nos tiene que hacer estimarla y preferirla a cualquier otra cosa!

La oración es mental o vocal. La oración vocal, que se hace de palabra, se divide en tres clases: la oración de obligación, la oración de devoción y la oración de sacramento. La oración vocal de obligación es el oficio que tienen que rezar los sacerdotes. La oración vocal de devoción, es la que cada uno hace según la inclinación que Dios le da: las Horas de la santísima Virgen, de la Cruz, las Letanías, las Vísperas, etcétera; que se rezan sin obligación, por pura devoción. La oración vocal de sacramento es la que hacen los sacerdotes en la santa misa, y que ordenan los sagrados cánones.

Esto es, hijas mías, lo que se refiere a la oración vocal. Pero aunque se haga de palabra, nunca tiene que hacerse sin una elevación del espíritu a Dios, poniendo atención en lo que se dice. La oración es algo natural, como vemos en los niños, y sus pequeñas oraciones son tan agradables a Dios que algunos doctores han dicho que es allí donde Dios se deleita más. Y un gran personaje, el difunto obispo de Ginebra, apreciaba tanto estas oraciones, que cuando veía a los niños, les llevaba la mano y hacía que le diesen la bendición. Esto os lo digo solamente de pasada, porque tengo prisa y no es esta la oración de la que tenemos que hablar.

La oración mental se hace de dos maneras: una con el entendimiento y otra con la voluntad. La de entendimiento, cuando después de haber leído la lectura, el espíritu se pone en presencia de Dios y allí se ocupa en buscar la inteligencia del misterio propuesto, esto es, la instrucción que le es propia, y en producir afectos para abrazar el bien o evitar el mal. Y aunque la voluntad produce estos actos, sin embargo, esta oración

llama de entendimiento, porque su función principal, que es la búsqueda, se realiza por el entendimiento, que es el que principalmente se ocupa del tema propuesto. Ordinariamente se la llama meditación. Todo el mundo puede hacerla, cada uno según su alcance y las luces que Dios le da.

La otra clase de oración se llama contemplación; es aquella en donde el alma, en la presencia de Dios, no hace más que recibir lo que él le da. Ella no hace nada, sino que Dios mismo le inspira, sin esfuerzo ninguno de su parte, todo lo que ella podría buscar, y todavía más. Mis queridas hijas, ¿no habéis experimentado nunca esta clase de oración? Estoy seguro que sí la habréis experimentado a veces en vuestros retiros, cuando os extrañáis de que, sin haber puesto nada de vuestra parte, Dios mismo llena vuestro espíritu e imprime en él unos conocimientos que vosotras jamás habríais alcanzado.

Pues bien, en cada una de estas dos maneras de orar, Dios comunica muchas y muy excelentes luces a sus servidores. Allí es donde ilumina su entendimiento con tantas verdades incomprensibles para todos los que no hacen oración; allí es donde inflama la voluntad; allí es finalmente donde toma posesión completa de los corazones y de las almas.

Entonces, es conveniente que sepáis, mis queridas hermanas, que aunque las personas sabias tengan mayor disposición para hacer oración, y que muchas lo logran y tienen por sí mismas el espíritu abierto a muchas luces, el trato de Dios con las personas sencillas es muy distinto. *Confiteor tibi, Pater*, etcétera, decía nuestro Señor ¹⁴. Te doy gracias, Padre mío, porque has ocultado estas cosas a los sabios del siglo y se las has reservado a los pequeños y a los humildes.

Hijas mías, en los corazones que carecen de la ciencia del mundo y que buscan a Dios en sí mismo, es donde él se complace en distribuir las luces más excelentes y las gracias más importantes. A esos corazones les descubre lo que todas las escuelas no han sabido encontrar, y les revela unos misterios que

14. Lc 10,21.

los más sabios no pueden percibir. Mis queridas hermanas, ¿no creéis que vosotras mismas lo habéis experimentado? Creo que os lo he dicho ya otras veces, y lo repetiré una vez más: nosotros hacemos la repetición de la oración en nuestra casa, no todos los días, sino a veces cada dos, o cada tres, cuando la providencia nos lo permite. Pues bien, por la gracia de Dios, los sacerdotes la hacen bien, y también los clérigos, más o menos, según lo que Dios les concede; pero, nuestros pobres Hermanos, ¡oh! en ellos se realiza la promesa que Dios ha hecho de manifestarse a los pequeños y a los humildes, pues, muchas veces quedamos admirados ante las luces que Dios les da; y es evidente que todo es de Dios, ya que ellos no tienen ningún conocimiento. Unas veces es un pobre zapatero, otras un panadero, un carretero, y sin embargo os llena de admiración. Algunas veces hablamos entre nosotros de esto, con una gran confusión por no ser como vemos que ellos son. Nos decimos mutuamente: «Fíjese en ese pobre Hermano; ¿no ha observado usted los hermosos pensamientos que Dios le ha dado? ¿No es admirable? Porque lo que él dice, no lo dice por haberlo aprendido, o haberlo sabido antes; lo sabe después de haber hecho oración». ¡Qué bondad de Dios tan grande e incomprensible al poner sus delicias en comunicarse a los sencillos y a los ignorantes, para darnos a conocer que toda la ciencia del mundo no es más que ignorancia en comparación con la que él da a los que se esfuerzan en buscarle por el camino de la santa oración!

Así pues, mis queridas hermanas, es preciso que vosotras y yo tomemos la resolución de no dejar de hacer oración todos los días. Digo *todos los días*, hijas mías; pero, si pudiera ser, diría más: no la dejemos nunca y no dejemos pasar un minuto de tiempo sin estar en oración, esto es, sin tener nuestro espíritu elevado a Dios; porque, propiamente hablando, la oración es, como hemos dicho, una elevación del espíritu a Dios. ¡Pero la oración me impide hacer esta medicina y llevarla, ver a aquel enfermo, a aquella dama! ¡No importa, hijas mías! Vuestra alma no dejará nunca de estar en la presencia de Dios y estará siempre lanzando algún suspiro.

Si supieseis, hijas mías, el gusto que siente Dios al ver que una pobre mujer aldeana, una pobre Hija de la Caridad, se dirige amorosamente a él, entonces acudiríais a la oración con más confianza que la que yo os podría aconsejar. ¡Si supieseis los tesoros y las gracias que Dios tiene preparadas para vosotras! Si supieseis cuánta ciencia sacaríais de allí, cuánto amor y dulzura encontraríais en la oración. Allí lo encontraréis todo, mis queridas hijas, porque es la fuente de todas las ciencias. ¿De dónde proviene que veáis a personas sin letras hablando tan bien de Dios, desarrollando los misterios con mayor inteligencia que lo haría un doctor? Un doctor, que no tiene más que su doctrina, habla de Dios de la forma que le ha enseñado su ciencia; pero una persona de oración habla de él de una manera muy distinta. Y la diferencia entre ambos, hijas mías, proviene de que uno habla por simple ciencia adquirida, y el otro por una ciencia infusa, totalmente llena de amor, de forma que el doctor en esa ocasión no es el más sabio. Y es preciso que se calle donde hay una persona de oración, porque ésta habla de Dios de manera muy distinta de como él puede hacerlo. Hemos visto al Hermano Antonio ¹⁵, al pobre Hermano Antonio. Usted lo ha conocido, señorita. ¿Habéis visto alguna vez a una persona hablar de Dios como hacía aquel hombre? Yo nunca he visto nada semejante, porque diez palabras de su boca causaban más impresión en los corazones que lo que podrían decir muchos predicadores. Estaba lleno de una unción que se comunicaba tan dulcemente a los corazones que uno quedaba conmovido. ¿Y dónde lo había aprendido? Lo había aprendido de algunas predicaciones que había escuchado, y luego meditado; y Dios se había comunicado tan abundantemente a él que podía hablar con todo conocimiento; y esto por la oración.

Me diréis: «Padre, lo vemos muy bien; pero enséñenos. Vemos muy bien que la oración es una cosa muy excelente, que es lo que nos une a Dios, lo que nos afirma en nuestra vocación y nos hace progresar en la virtud, lo que nos despega de nos-

15. Cfr. la nota de la conferencia del 19 de septiembre de 1649.

otras mismas y nos hace amar a Dios y al prójimo; pero no sabemos hacerla. Somos unas pobres mujeres que apenas sabemos leer, al menos algunas. Estamos a gusto en la oración, pero no comprendemos nada, y creemos que sería mejor que no estuviéramos allí. Enseñenos».

Los discípulos, hijas mías, decían a nuestro Señor: «Enseñanos, dinos cómo hay que orar» ¹⁶,

Y nuestro Señor les dice: «Decid: *Pater noster, qui es in caelis*» ¹⁷.

Y vosotras, mis queridas hijas, me preguntáis cómo hay que hacerla, porque os parece que no la hacéis. Ante todo he de deciros, hermanas mías, que no la dejéis nunca, por creer que sois inútiles. No os extrañéis, las que sois nuevas, de veros durante un mes, dos meses, tres meses, seis meses, sin hacer nada; no, ni siquiera un año, ni dos, ni tres. Pero no dejéis de ir a ella como si hicierais mucha oración. Santa Teresa estuvo veinte años sin poder hacer oración. No comprendía nada, iba al coro y decía: «Dios mío, vengo aquí porque la regla lo manda, pero por mí no haría nada. Pero lo quieres, por eso vengo». Y durante aquellos veinte años, aunque no sentía ningún gusto, no dejó la oración ni una sola vez. Y al cabo de veinte años, Dios, recompensando su perseverancia, le concedió un don de oración tan eminente que, desde los apóstoles, nadie ha llegado tan alto como santa Teresa. ¿Acaso sabéis, hijas mías, si Dios quiere hacer de cada una de vosotras una nueva santa Teresa? ¿Sabéis qué recompensa quiere dar a vuestra perseverancia? Creéis que, yendo a la oración, no hacéis nada, porque no sentís ningún gusto; pero es preciso que sepáis que allí se encuentran todas las virtudes: primero, la obediencia, de la que hacéis un acto en la hora en que lo manda la regla; la humildad, pues al creer que no hacéis nada, concebís un bajo sentimiento de vosotras mismas; la fe, la esperanza, la caridad. En fin, hijas mías, en esta acción están encerradas la mayoría de las virtudes que

16. Lc 11,1.

17. Mt 6,9.

necesitáis. Y ya hacéis bastante si acudís a ella con espíritu de humildad. Por todas estas razones, que nos muestra la bendición que Dios da a los que practican el ejercicio de la santa oración, tanto si sienten gusto como aridez, debemos ahora, vosotras y yo, entregarnos a Dios para no faltar nunca a ella, pase lo que pase. Si durante la hora de la comunidad tenéis algún otro quehacer, hay que buscar otra hora, y de la forma que sea, llenar ese tiempo. ¡Si supieseis, hijas mías, qué fácil es distinguir una persona que hace oración de otra que no la hace! Se ve muy fácilmente. Veis a una hermana modesta en sus palabras y en sus acciones, prudente, recogida, afable, alegre, pero santamente; entonces podéis decir: «He aquí una mujer de oración». Por el contrario, aquella que acude poco o nada, la que aprovecha cualquier ocasión que se presenta para no ir, dará mal ejemplo, no tendrá afabilidad ni con sus hermanas ni con sus enfermos, será incorregible en sus costumbres. ¡Qué fácil es ver que no hace oración! Por eso, hermanas mías, hay que tener mucho cuidado en no decaer, porque, si hoy encontráis una excusa para no ir, mañana encontraréis otra. Y lo mismo después; y poco a poco iréis apartándoos de ella. Y luego habrá que tener mucho miedo de que lo perdáis todo, porque vuestros quehaceres son muy fatigosos. Si Dios no os concede su fuerza y su gracia, será imposible resistir. La carne y la sangre no encuentran en ellos ningún gusto, y en la oración es principalmente donde Dios os dará su fuerza.

Así pues, hijas mías, el primer medio es no faltar nunca a ella. El segundo, es pedir a Dios la gracia de poder hacer oración, y pedírsela incansablemente. Es una limosna que le pedís. No es posible que, si perseveráis, os la niegue. Invocad a la santísima Virgen, a vuestro patrono, a vuestro ángel de la guarda. Imaginaos que está presente toda la corte celestial, y que, si Dios os rechaza, a ellos no los rechazará. Unas veces hará vuestra oración la santísima Virgen, otras vuestro ángel, otras vuestro patrono; y de esta forma nunca quedará sin hacerse, ni vosotras sin fruto.

Además, para que tengáis más facilidad, será conveniente leer vuestros puntos por la noche y volverlos a leer al día siguiente por la mañana, hasta dos veces. Así es como lo hacemos nosotros en nuestra casa. También sería conveniente que tuvieseis a mano algunas estampas de los misterios que meditáis. Al mirarlas, podéis pensar: «¿Qué significa esto? ¿qué quiere decir esto?». Así tendréis el espíritu abierto.

Una sierva de Dios ¹⁸, aprendió de esta manera a hacer oración. Mirando una imagen de la Virgen, se dirigía a sus ojos y les decía: «¿Qué es lo que hacíais vosotros, ojos de la santísima Virgen?». Y sentía interiormente esta respuesta: «Cultivaba la modestia y me mortificaba en las cosas que pudiesen traerme algún deleite». «¿Qué más hacíais?». «Miraba a Dios en sus criaturas y pasaba de allí a la admiración de su bondad». Y volvía a empezar: «¿Qué más hacíais, ojos de la santísima Virgen?». «Me deleitaba mirando a mi Hijo, y al mirarle me sentía elevada al amor de Dios». «¿Qué más hacíais?». «Sentía mucho gusto mirando al prójimo y principalmente a los pobres».

De esta forma aquella alma buena sacaba instrucción de todo lo que tenía que hacer, a imitación de la santísima Virgen, porque, cuando había terminado con los ojos, se dirigía a la boca, de la boca a la nariz, a los oídos, al tacto; y así aprendió a ordenar bien sus sentidos y alcanzó un grado muy alto de oración y de virtud.

Otro medio es, hablo a las que saben leer, que cada una tome su libro. Es conveniente que cada una tengáis uno o que la lectora vaya leyendo por párrafos, se detenga en el primer párrafo el tiempo necesario, luego pase al segundo y se detenga de nuevo, al tercero y así a continuación. De esta forma transcurrirá muy fácilmente el tiempo de vuestra oración. Si no encontráis en qué deteneros en el primer párrafo, pasad al segundo, o a otro. La reina ¹⁹ sigue este método: «No podría de otro modo dice, hacer oración». Y hace que se la lean, y luego me-

18 Cfr. nota 4 de la conferencia del 2 de agosto de 1640.

19. Ana de Austria.

dita sobre lo que se ha leído. Otros grandes personajes la imitan y realizan grandes progresos.

Otro medio, hijas mías, que os servirá mucho para la oración, es la mortificación. Son como dos hermanas tan estrecha mente unidas que nunca van separadas. La mortificación va primero y la oración la sigue; de forma, mis queridas hijas, que si queréis ser mujeres de oración, como necesitáis, tenéis que aprender a mortificaros, a mortificar los sentidos exteriores, las pasiones, el juicio, la propia voluntad, y no dudéis de que en poco tiempo, si marcháis por este camino, haréis grandes progresos en la oración. Dios se fijará en vosotros; considerará la humildad de sus servidoras, porque la mortificación viene de la humildad; y así os comunicará esos secretos que ha prometido descubrir a los humildes y a los pequeños. Le doy gracias de todo corazón porque nos ha hecho pobres y en la condición de aquellos que, por su bajeza, pueden esperar llegar al conocimiento de su grandeza, porque ha querido que la compañía de Hijas de la Caridad se compusiese de mujeres pobres y sencillas, pero capaces de esperar la participación de los misterios más secretos. Le doy gracias por todo ello y le suplico que sea él su propia gratitud, y a ti, Jesucristo, salvador mío, que repartas en abundancia a la Compañía el don de la oración, para que, por tu conocimiento, puedan todas adquirir tu amor. Dánoslo, Dios mío, tú que has sido, durante toda tu vida, un hombre de oración, que la hiciste desde tus primeros años, que continuaste siempre y que finalmente te preparaste por la oración a enfrentarte con la muerte. Danos este don sagrado, para que por él podamos defendernos de las tentaciones y permanecer fieles en el servicio que esperas de nosotros. Se lo suplico al Padre por el Hijo, en cuyo nombre pronunciaré yo, aunque miserable pecador, las palabras de la bendición.

Benedictio Dei Patris...

Sobre el espíritu del mundo

Conferencia sobre el espíritu del mundo, empezada por el Padre Thibault ¹ el 28 de julio de 1648 Y acabada el 25 de agosto de agosto por el Padre Vicente.

El tema de la presente conferencia, hermanas mías, es sobre el espíritu del mundo. Se divide en tres puntos. En el primero, veremos las razones que tienen las Hijas de la Caridad para entregarse a Dios y huir del espíritu del mundo; en el segundo, en qué consiste este espíritu; en el tercero, los medios que cada una de vosotras ha de emplear para huir de ese espíritu del mundo.

Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que ha pensado sobre esto?

— Una de las razones que tenemos para huir del espíritu del mundo es que Jesucristo no quiso orar por el mundo ². Otra razón es que san Pablo nos dice que, si amamos al mundo, pereceremos con el mundo ³. La tercera razón es que Dios, desde toda la eternidad, ha tenido el deseo de salvarnos por unos caminos totalmente contrarios a los del mundo; si los seguimos, nos separaremos de Dios.

Conferencia 38. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Luis Thibault nació en Ferrières-Gaâtimais el 27 de marzo de 1618 de Padres piadosos quienes tuvieron después de la muerte de su hija, deseos de dejar el mundo para servir a Dios el Padre en la Congregación de la Misión y la madre en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Entró en San Lázaro el 21 de agosto de 1637; fue ordenado sacerdote en abril de 1642. Cuando daba misiones ayudaba especialmente a las personas que querían consagrarse a Dios en alguna comunidad. Las Hijas de la Caridad recibieron mucho de su celo.

2. Jn 17 9.

3. 1 Cor 11,32.

Sobre el segundo punto, me parece que el espíritu del mundo es un espíritu libertino y ambicioso, que no pretende más que darse gusto a sí mismo.

Un medio muy eficaz es la frecuencia de los sacramentos, que nos unen con Dios y por consiguiente nos separan del espíritu del mundo. Otro medio consiste también en considerar nuestro hábito, que es pobre y de una forma muy distinta de la del mundo. Por tanto, tenemos que estar muy lejos del espíritu del mundo si no queremos ser hipócritas, llevando un hábito contrario a nuestro espíritu. La comida pobre es también un medio para apartar nuestro espíritu del espíritu del mundo. También el trabajo; al ocupar nuestro espíritu, lo separará del espíritu del mundo.

— Esas son unas razones buenas y muy buenas, hermana mía, para combatir el espíritu del mundo; porque sería realmente ridículo que unas mujeres vestidas de la manera con que vosotras vestís, alimentadas pobremente como vosotras, empleadas en los trabajos bajos y rastreros a que os dedicáis, conservasen a pesar de esto un espíritu lleno de los principios, de las máximas y de las opiniones mundanas.

— Usted, hermana, ¿quiere decirnos algún otro medio para combatir el espíritu del mundo?

— Padre, me parece que la práctica de las reglas es un buen medio, para evitar el espíritu del mundo.

— Tiene razón, hermana; y si somos fieles, no habrá nada que nos tenga más alejados del espíritu del mundo, porque las reglas están hechas de tal manera, por la gracia de Dios, que no tienen ninguna parte en este espíritu. Y para haceros más cumplidoras en su observancia, será conveniente, hermana mía, que usted y todas las que tengan estos sentimientos las leáis o las hagáis leer de vez en cuando. La lectura de las reglas excita al alma para practicarlas. Si uno es poco cumplidor, sentirá confusión y se decidirá a tener más fidelidad.

— ¿Tiene, hermana, algún otro medio que decirnos?

— Me parece, Padre, que el santo ejercicio de la presencia de Dios puede servir mucho para apartarnos del espíritu del mundo.

— ¿Y usted, hermana, ha pensado en el tema de la conferencia? ¿Puede decirnos por qué razón una Hija de la Caridad tiene que entregarse especialmente a Dios para combatir el espíritu del mundo?

— Porque el espíritu del mundo disgusta a Dios, sobre todo en las comunidades.

— ¿Y usted, hermana? ¿Conoce algún medio?

— Me parece, Padre, que el recuerdo de los puntos de la conferencia nos servirá para combatir el espíritu del mundo

— Es un medio muy bueno, hermana, y sobre todo procurad conservar los sentimientos que Dios os ha dado en la oración que sobre esto hacéis. Pues bien, para facilitaros el medio de hacer útilmente esta oración, os diré unas palabras. Creo que, de ordinario vuestras conferencias están divididas como las nuestras, en dos puntos: uno sobre las razones, otro sobre los medios. Para pensar en lo primero, hay que pensar en los bienes que recibe una persona al practicar la virtud propuesta y, por el contrario, en los males que se seguirían de no practicarla, como por ejemplo, a propósito del tema de hoy, mirar qué conveniente es que una Hija de la Caridad, que se ha entregado a Dios para servirle en las ocupaciones más bajas que puede haber, se aparte del espíritu del mundo y se llene del espíritu de Dios; por el contrario, el mal que se seguiría para ella y para el prójimo, habiéndose entregado a Dios en este género de vida, si estuviese llena del espíritu del mundo.

Luego, si nos reconocemos tocados por este desventurado espíritu, tras haber conocido el mal que hace al alma, miraremos los medios más indicados para apartarnos de él. Si, por la misericordia de Dios, no estamos comprometidos en ese espíritu, veremos cuáles son las preocupaciones que hemos de tomar para no caer en él; y de esta forma, hermanas mías, os veréis cargadas de razones y de medios sobre los temas que se os propongan.

— Hermana, díganos, por favor, qué pensamientos le ha dado Dios sobre este tema.

— Padre, me parece que un poderoso motivo para separarnos del espíritu del mundo consiste en pensar que Dios nos ha llamado a una vocación totalmente contraria a él. Y como medios, me parece que la obediencia humilde, la práctica de la oración y el recogimiento interior nos apartarán del espíritu del mundo. Pero, ante este pensamiento, se me ocurre una dificultad, y es, Padre, que no siempre hacemos oración, pues, a veces sucede que a la misma hora en que deberíamos hacerla por la mañana, tenemos que llevar las medicinas; y por la tarde siempre hay alguna medicina que llevar, de forma que se pasan varios días sin hacerla.

— Hermanas, aunque la oración sea sumamente necesaria a una Hija de la Caridad, os diré sin embargo que, como vuestra principal función es el servicio del prójimo, cuando se trata de socorrerles y pueda temerse que reciba algún daño si os retrasáis, estáis obligadas a dejar la oración; más aún, si no hubiese para asistirle más tiempo que el de la misa, deberíais perderla, no ya solamente un día entre semana, sino incluso un día de obligación, antes de dejarlo en peligro, ya que la asistencia del prójimo ha sido establecida por el mismo Dios, practicada por nuestro Señor Jesucristo, y la obligación de la misa no es más que una institución de la iglesia. Tengo mucho gusto de habérselo dicho, hermanas mías, en esta ocasión, para que, en la medida de lo posible, procuréis ser puntuales en vuestros ejercicios, pero estando seguras de que tenéis que dejarlo todo por el servicio a los pobres; pero, hermanas mías, en cuanto podáis, tenéis que acomodar a Marta con María y disponer vuestros quehaceres de forma que puedan encontrarse la acción y la oración.

Hermana, ¿quiere usted decirnos alguna otra razón para obligarnos a huir del espíritu del mundo?

— Padre, me parece que el Espíritu Santo no se encuentra en donde está este espíritu; segundo, que en el espíritu del mundo no hay modestia; tercero, que, si no huimos del espíritu del mundo, estaremos en gran peligro de perder nuestra vocación.

— No voy a concluir yo esta conferencia, hermanas mías, porque el Padre Vicente, que tenía deseos de tenerla él mismo y no ha podido, será quien la acabe. Por eso, no añadiremos más que algunas cosas sin importancia a lo que habéis dicho. Además, no me toca a mí, que tengo muchos motivos para temer que estoy tocado de este espíritu, el tratar con eficacia sobre los medios de combatirlo; porque, para hablar bien sobre el espíritu del mundo, hay que estar lleno del espíritu de Dios. Por lo demás, no me había preparado para esto, ya que no me habían avisado. Sin embargo, no dejaré de deciros los pensamientos que se me han ocurrido sobre este tema, mientras vosotras hablabais.

El primero, sumamente urgente y que no tolera ninguna objeción, es que sois cristianas, hermanas mías, y por consiguiente estáis obligadas a pelear contra el mundo por las promesas que le habéis hecho a Dios en vuestro bautismo. Cuando se os preguntó: «¿Renunciáis al diablo, al mundo y a sus pompas?», dijisteis: «Renuncio».

Y aunque no lo dijerais vosotras mismas, sino por boca de vuestros padrinos y madrinas, tenéis que guardar fidelidad a Dios y cumplir con la promesa que ellos hicieron por vosotras. No os gustaría renunciar al sagrado carácter que recibisteis en este sacramento y a la gracia de la fe que entonces os confirieron. Por tanto, hay que mantener las promesas que allí hicisteis; si no, seríais ciertamente cristianas, porque el carácter no se puede quitar, pero no lo seríais más que de nombre, porque no realizáis las obras. Pensad un poco en esto, hermanas mías, por favor: «Yo soy cristiana por una gracia especialísima de Dios. Otras muchas serán condenadas por no haberlo sido aunque hubieran sido mejores que yo si Dios les hubiese concedido esta misericordia. ¿Voy a renunciar a lo que prometí a Dios? ¡Qué crimen sería y qué castigo merecería!». Sin duda alguna, si entráis decididamente en estos sentimientos, conservaréis el espíritu de Dios y destruiréis el espíritu del mundo.

Es preciso que sepáis, hermanas mías, que cada uno tiene su espíritu particular. Uno es el espíritu de un gentilhombre,

otro el espíritu de un hombre de justicia, otro el de un comerciante, otro el de un carpintero o un labrador. Y el espíritu de cada uno consiste en aplicarse a lo que es necesario que sepa para su profesión.

Dios nos ha dado la gracia de llamarnos a una vocación totalmente contraria y opuesta al espíritu del mundo; y si, en vez de dedicarnos a conocer y a buscar el espíritu de Dios, que nos es propio, nos apegamos al del mundo, que nos es contrario, seremos como un hombre de Estado que tuviese el espíritu de un artesano. Para tener éxito en una situación, hay que tener el espíritu propio de ella; si no, se echa todo a perder. Poned a un soldado en la casa de un notario, no hará nada, porque no es ése su espíritu. Poned a un panadero en casa de un sastre, y lo estropeará todo, porque es muy distinto el espíritu de un panadero del de un sastre.

De la misma forma, para ser buena Hija de la Caridad, se necesita tener el espíritu de su vocación. Cuando una Hija de la Caridad no tiene el espíritu de su vocación, no puede hacer ningún bien, no conseguirá nada; no tiene caridad, ni recogimiento, ni modestia; desedifica a todos los que la ven, y en su frente puede leerse: esta mujer no tiene el espíritu de su vocación.

¿Cuál es vuestro propósito, mis queridas hermanas? Os hago esta pregunta para que os la contestéis a vosotras mismas. Cuando os comprometisteis a vivir en este género de vida, ¿era para vivir según el mundo? Si así fuera, tendríais que haber salido. Si ha sido para cambiar la forma de vivir, hay que cambiar también de espíritu y tomar el que es propio de la condición que habéis abrazado; de lo contrario, nunca lograréis nada bueno. El mundo, como se ha dicho, tiene máximas totalmente contrarias a las de Dios; y vivir según el mundo, es vivir como un enemigo de Dios. La Sagrada Escritura está llena de las imprecaciones que Dios lanza por sus servidores contra el mundo y contra el espíritu del mundo; y el hijo de Dios en la tierra nos enseñó con su ejemplo a combatir el espíritu mundano. ¿Y de qué forma nos lo enseñó? Nos lo enseñó con su pobreza, su humildad, su obediencia, su penitencia, su hambre, su

sed, y finalmente con su muerte, que le dio el mundo, y a la que se vio condenado por el mundo y por las máximas del mundo.

Los que tienen el espíritu de Dios, hermanas mías, hacen las obras de Dios, Dios es santo, y ellos hacen obras muy santas. Pues bien, ¿no queréis ser Hijas de Dios? Sí, seguramente lo queréis, y lo veo en vuestros rostros, que son el testigo de vuestros corazones. Sois Hijas de la Caridad. Dios es caridad, dice san Pablo ⁴; y por consiguiente, siendo Hijas de la Caridad, sois hijas de Dios. Y para ser verdaderas hijas, hay que hacer obras. ¿No lo queréis así? Sí lo queréis, y con todo vuestro corazón, trabajando por combatir el espíritu y las máximas del mundo. Pues, así como al seguir las máximas de Dios, una es hija de Dios, siguiendo las máximas del diablo, es hija del diablo. Y seguramente que no lo queréis ser vosotras. Por eso tenéis que pelear en contra del mundo con todas vuestras fuerzas. Y para hacerlo como es debido, es preciso que sepáis, hermanas mías, lo que es el espíritu del mundo. El espíritu del mundo, según san Juan, consiste en la codicia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida ⁵. Estas tres cosas son las fuentes fatales y desventuradas de donde parten todos los demás canales que conducen al alma a su pérdida infalible. Para considerar mejor su enormidad, hermanas mías, fijaos un poco en cuál fue el espíritu de Jesucristo. El no era rico, como se ve cuando les dice a los que quieren seguirle: «Los pájaros tienen nidos y las zorras sus cubiles, pero yo no tengo una piedra donde descansar mi cabeza» ⁶. Sabemos que, mientras vivió con san José y la santísima Virgen, se ganó la vida con el trabajo de sus manos y que, desde que empezó a predicar, vivió de las limosnas que le hacían la Magdalena y otras piadosas mujeres que le seguían y cuidaban de él y de sus apóstoles. Pues bien, her-

4. San Juan dice en su primera carta (4,16): «Deus charitas est»; sin duda el decir aquí san Pablo es un error del copista o un fallo de memoria de san Vicente.

5. 1 Jn 2,16.

6. Mt 8,20.

manas mías, de aquí podéis deducir que, si la riqueza hubiese sido un medio necesario para la salvación, nuestro Señor no hubiese vivido en la pobreza, y deducir que el espíritu del mundo, que busca y ambiciona las riquezas, lleva a la condenación.

Si alguna de vosotras, hermanas mías, no tuviese amor a la pobreza, que ponga sus ojos en la del Hijo de Dios; si alguna prefiriese los aplausos, que recorra la vida de Jesucristo y vea de qué manera los recibió él. Cuando le alababan por su doctrina y por sus milagros, lo refería todo a la gloria de su Padre; pero su Padre y él no eran más que una sola cosa ⁷. Esto nos enseña que no hemos de atribuirnos nada a nosotros mismos.

Los cristianos de los primeros siglos de la iglesia imitaron tan bien el espíritu de nuestro Señor, que en todas partes por donde iban, los reconocían por su pobreza, por su modestia, sus palabras y su obras.

Un gran medio, hermanas mías, para combatir el espíritu mundano consiste en acordarse de los que vivieron en el espíritu de Jesucristo. La vida de los santos está llena de estos ejemplos. No creáis que es preciso estar separados del mundo para adquirir este espíritu. Los apóstoles lo conservaron en medio de los hombres y se lo comunicaban por medio de su conversación, ya que conversación se deriva de la palabra latina *versare*, que significa derramar de un espíritu al otro los sentimientos que uno tiene, por medio de una mutua comunicación. De forma, hermanas mías, que para conservar el espíritu de Jesucristo, hay que huir de las personas del mundo, que con sus artificios intentan disiparos, y no hablar nunca entre vosotras más que de lo que puede llevaros al amor de todo lo que nos ha recomendado nuestro Señor.

El último medio, el que os tiene que resultar más frecuente, es pedirselo a Dios muchas veces y con confianza, porque él no os lo negará, hermanas mías; se lo ha prometido a todos los que quieran seguirle. Podéis a veces recordarle sus promesas, si sentís gran deseo de ellas. ¡Dios míos! ¡Yo estoy totalmente lle-

7. Jn 18,11-12

na del espíritu del mundo, y tú les has prometido una especial asistencia a los que quieran seguirte! ¿Me la negarías a mí, para ponerme en manos de un enemigo que combate con tanta audacia tu gloria y que se sirve de tantas artimañas para impedir mi salvación? Espero, Dios mío, que me darás la ayuda necesaria para vencer. Así lo deseo y te pido con todo mi corazón, que llenes con aquellas santas máximas que enseñaste a tus apóstoles que, guiados por tu verdadero espíritu, lograron superar felizmente al espíritu del mundo. Así también yo, hermanas mías, se lo pido insistentemente a nuestro Señor, para vosotras y para mí, que tengo gran necesidad de ello. Y con la esperanza de alcanzarlo, pronunciaré la bendición.

Benedictio Dei Patris...

39(39,IX,438-449)

CONFERENCIA DEL 25 DE AGOSTO DE 1648

Sobre el espíritu del mundo

Ya se ha tratado de esta conferencia, hermanas mías. Por eso, como dispongo de poco tiempo, no me detendré mucho en cada punto. El primero es sobre las razones que tienen las Hijas de la Caridad para entregarse a Dios y huir del espíritu del mundo. Dígame usted, hermana, cuáles son las razones que pueden persuadir a una Hija de la Caridad a huir del espíritu del mundo.

— Es que no se puede servir a dos señores ¹.

— Ese pensamiento es muy bueno; fijaos, hermanas mías, porque nuestra hermana acaba de decir que, mientras una Hija de la Caridad tenga el espíritu lleno de las vanidades del mundo, se sentirá inclinada a seguirlo; y es una máxima infalible de

Conferencia 39. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Mt 6,24.

Jesucristo que nadie puede servir a dos señores, hasta el punto de que los que estén llenos del espíritu del mundo es seguro que no podrán tener el espíritu de Dios.

Y usted, hermana, díganos una razón, una sola, por la que las Hijas de la Caridad tengan que esforzarse en vencer el espíritu del mundo.

— Porque el espíritu del mundo impide entregarse a Dios.

— Usted, hija mía, ¿por qué razón tenemos que huir del espíritu del mundo?

— Porque es totalmente contrario al espíritu de Jesucristo, él mismo dijo que no era de este mundo.

— ¿Y usted, hermana?

— Porque los que son del mundo están abandonados de Jesucristo, que ha dicho que no rogaba por el mundo ².

— ¿Y usted, hija mía?

— Porque nunca se ha visto que los que han llegado a servir a Dios en la perfección cristiana, hayan tenido parte en el espíritu del mundo.

— ¿Y usted, hermana?

— Porque nuestro Señor, en la persona de sus apóstoles, enseñó a todos los que habrían de seguirle que no debían ser del mundo, al decirles: «Vosotros no sois del mundo; si fueseis del mundo, el mundo os querría; pero no sois del mundo, y por eso el mundo os odia» ³.

— ¿Y usted?

— Porque el mundo es muy perjudicial a la salvación del hombre, ya que Jesucristo, que es amante de la paz, ha ordenado a sus servidores que se divorcien del mundo.

— Señorita, ¿quiere usted decirnos sus pensamientos?

— Padre, el tema de la conferencia es sobre la huída del mundo. La primera razón que tenemos para huir del espíritu mundano es que es totalmente contrario al espíritu de Jesucristo; la segunda, que el espíritu del mundo está totalmente lleno de ti-

2. Jn 17,9.

3. Jn 15,19.

nieblas y de confusión, que impide el conocimiento del bien y de sí mismo; la tercera es que el espíritu del mundo no es más que vanidad y mentira, y tiende continuamente a destruir el espíritu de Jesucristo.

— Estas son razones suficientes, por la gracia de Dios, para inclinar nuestros espíritus a prescindir del espíritu del mundo. Por eso, como esta materia ya ha sido tratada, no me detendré mucho en ella.

— Veamos ahora en qué consiste el espíritu del mundo. Hija mía, ¿en qué cree usted que consiste el espíritu del mundo?

— Me parece, Padre, que este espíritu es un abismo de toda clase de iniquidades, ya que el mundo no es más que una reunión de malvados, y por consiguiente se puede tener el espíritu del mundo, aunque una esté lejos corporalmente de él, si ocupa su espíritu en el pensamiento de lo que pasa por el mundo y en el deseo de estar con él.

— Usted, hija mía, díganos en qué consiste el espíritu del mundo.

Me parece, Padre, que para saber en qué consiste este espíritu hay que pensar en el espíritu de Jesucristo y en todas sus máximas, imaginarse todo lo contrario de lo que él enseña, como por ejemplo, cuando nuestro Señor invita a vender lo que se tiene, a cargarse con la cruz y a seguirle ⁴; y el mundo considera que esto es una locura. Nuestro Señor nos invita a abrazar los desprecios, las humillaciones y los sufrimientos; y el mundo rechaza todo esto para buscar el honor y el placer.

— ¿Y usted, señorita?

— Me parece que el espíritu del mundo consiste en contrariar a todos los que obran bien, en amar las riquezas y los honores, en huir de todo lo que desagrada a la naturaleza, en darle todo lo que desea mediante una aceptación continua de lo que presentan los sentidos, en huir de toda clase de sujeción, de forma que parece inducir a sus seguidores a que se formen un Dios según su idea terrena y sensual, olvidándose

4. Mt 19,21

del honor y de la obediencia que deben al verdadero Dios. Tengo que decir esta verdad con gran confusión, ya que la he aprendido gracias a mis debilidades y como consecuencia de mi sensualidad, y no he combatido con todo el coraje que debería haber tenido.

— Pues bien, ¿qué medios os parece que hay, hija mía, para escapar del espíritu del mundo?

— Me parece que hay que pedirselo todos los días a Dios.

Otra hermana:

Es preciso que en todas nuestras acciones miremos cuál fue el espíritu con que el Hijo de Dios realizaba las suyas, para procurar hacer las nuestras con ese mismo espíritu.

Otra hermana:

Me parece que un buen medio es no hablar nunca de lo que pasa entre las personas del mundo, no sea que nuestro espíritu se aficione a ello; eso podría causar nuestra pérdida.

Otra hermana:

Creo que es conveniente estar recogida y no detenerse con los seglares más que el tiempo necesario para lo que hemos de tratar con ellos.

Otra hermana:

Un medio para huir del espíritu del mundo es pedir humilde e insistentemente a Dios que nos dé a conocer la iniquidad, a fin de tenerle un gran odio

Otra hermana:

Dar gracias todos los días a nuestro Señor, por habernos puesto en el camino que nos aparta del mundo, y pedirle fuerzas y ayuda para trabajar en esto.

Otra hermana:

Aficionarse mucho al espíritu de Jesucristo, y procurar obrar de manera que no hagamos nada según el mundo.

Otras muchas hermanas hablaron sobre estos puntos, y dijeron cosas semejantes a las que aquí he escrito. Después, nuestro muy venerado padre empezó de esta forma:

Bien, ¡bendito sea Dios! ¡Bendito y alabado sea por siempre, ya que, por su bondad y misericordia infinita, se ha dignado dar-

nos a conocer que los que tienen que servirles en espíritu y en verdad deben mantenerse lejos del espíritu del mundo!

Pero cuando se dice espíritu del mundo, hermanas mías, hay que saber qué es el mundo y cuál es su espíritu. El mundo, propiamente hablando, puede entenderse de esa gran máquina que compone el universo; y su espíritu, del espíritu que la mueve y la guía. El mundo puede tomarse también por todos los hombres juntamente; y su espíritu sería el de todos los hombres en general. El mundo son también los hombres mundanos, los hombres entregados al placer, a la vanidad y a la avaricia; y el espíritu que anima a esas personas, un espíritu de perdición y de condenación, que se revela contra Dios y conduce al alma a su ruina total. Por eso el Hijo de Dios no oró por esas gentes. El, que sólo vino a la tierra para salvar a los hombres, que dio su sangre y su vida para redimirlos, se encontró con hombres impulsados por un espíritu tan desventurado que lo obligaron a no pedir por ellos.

Esta es una gran razón, hijas mías. ¡Pues qué!, yo, Hija de la Caridad que tuve intención de entregarme a Dios para servirle y conseguir mi salvación, puedo encontrarme en una situación en que el Hijo de Dios me abandone y no pida ya por mí. ¿Y a quién me dirigiré, quién me protegerá, si me veo abandonada por mi Señor Jesucristo? ¿Cómo podría dirigirme al Padre Eterno si me abandona su Hijo? Sin embargo, hijas mías, esto podría ser verdad, si llegaseis a tener alguna parte en el espíritu del mundo, si no realizaseis ningún esfuerzo por superarlo.

Pero, Padre, me diréis, ¿en qué puede una Hija de la Caridad tener parte en el espíritu del mundo?

Os lo voy a decir. En primer lugar, el mundo, o espíritu del mundo, no es otra cosa que la codicia de los ojos ⁵, con lo que se entiende el amor a la riqueza y el deseo de tener lo que se ve en los demás; la concupiscencia de la carne, que es afición al placer, bien sea del oído, bien de la vista, bien del gusto, del tacto, y finalmente de todo lo que satisface a los sentidos; y la

5. 1 Jn 2,6

soberbia de la vida, que es una afición al honor, a la estima, a que se piense bien de nosotros, que se hable de nosotros, que se crea que lo hacemos muy bien en una parroquia, en un hospital, en el campo, o en cualquier otro sitio en donde trabajemos.

Pero, Padre, ¿es posible que una mujer vestida pobremente, que tiene su trabajo tan ordenado, que a veces le falta tiempo para todo, pueda tener ese espíritu que usted dice?

Os respondo, hijas mías, que el mundo, si no ponemos cuidado, quiere tener parte en todo. Por eso dijo san Pablo: «Hagamos el bien por miedo a que el mundo nos seduzca»⁶,

Una Hija de la Caridad, que tiene que imitar la santa pobreza de Jesucristo, tendrá una afición desordenada e insistente a que no le falte nada, le gustará estar bien alojada, con buenos muebles, tener una buena cama; ésta es una afición a un bien que procede del espíritu mundano y proviene de la codicia de los ojos.

Otras veces siente afición al honor. Quizás no se preocupe mucho de estar bien alojada; pero le gustará la reputación, se sentirá a gusto cuando sepa que las damas tienen un alto concepto de ella, que sus hermanas hablan bien de ella a la superiora, que la tienen por cuidadosa en sus quehaceres, por caritativa con sus enfermos, por puntual en sus rezos, por obediente a sus reglas; esta es la soberbia de la vida.

Otra hermana que se siente avergonzada de llevar un pobre vestido, de no tener el cuello bien planchado, lo bastante bueno, se sentirá inquieta, no irá tan libremente adonde tenga que ir le gustará llevar unos zapatos bien hechos, llevará de mala gana su ropa toscamente remendada. Es el espíritu del mundo el que hace todo esto, hijas mías. Tened cuidado, por favor.

Una Hija de la Caridad a la que le gusta decir palabras bonitas, que todos sepan que habla bien, que cuando sale una palabra nueva que está de moda, la sabe y aprovecha la primera ocasión para decirla: ¡Espíritu del mundo!

6. Gál 6,9.

No creáis hijas mías, que cuando os hablo de todas estas aficiones que proceden del espíritu del mundo, es para haceros caer en lo contrario y que en vez del arreglo decente de una habitación os pongáis a buscar el desorden, en vez del honor una conducta en la que el prójimo se quede desedificado, en vez del cuello bien planchado otro cuello sucio y andrajoso, en vez de las palabras rebuscadas que la lengua francesa inventa de vez en cuando y de las que no tenéis ninguna necesidad para haceros comprender, porque muchas veces no significan nada, que utilizéis palabras triviales y groseras; no, hay que evitar los dos extremos. Podéis tener vuestra habitación bien limpia, y eso estará siempre bien; pero, si no es hermosa, si los muebles son pobres, no os preocupéis por ello. Tenéis que hacer todo lo posible para que a vuestros pobres no les falte nada, pero que no sea para que el párroco y las damas lo sepan y os alaben. Tenéis que cumplir exactamente vuestras reglas, pero con el deseo de agradar a Dios, y no para que os estimen más vuestra superiora y vuestras hermanas. Tenéis que ser limpias en vuestros pobres vestidos y en vuestra ropa; pero, si el cuello está gastado, o si la providencia no permite que esté bien planchado, no os preocupéis por ello y seguir como si nada pasase.

También es espíritu del mundo, hermanas mías, tener alguna cosa en particular, reservarse alguna cosa, hacer algún gasto para las necesidades particulares o tener algunas comodidades que no se tienen en la Casa, o que no se permitirían si se pidiesen. ¡Oh, espíritu mundano, abominable y diabólico! Gracias a Dios, no conozco a ninguna que actúe de esta manera, pero si la hubiese, ¡Dios mío!, esto sería muy contrario al espíritu y a las santas máximas del Hijo de Dios.

También es espíritu del mundo sentirse avergonzada de tener unos parientes pobres, querer que los demás crean que somos de una familia más acomodada de lo que somos, sentir algún reparo en decir de dónde ha salido uno.

Espíritu del mundo es también querer estar bien alojada, tener una habitación bien aireada en una casa hermosa y bien amueblada.

Espíritu del mundo es también no querer como compañeras a estas o aquellas, no poder acomodarse a su manera de ser, creer que son demasiado rudas. Hijas mías, no sabemos lo que queremos, tenemos muchas veces verdaderos tesoros y no lo sabemos. Pero esto se descubre luego, cuando han muerto y cada una viene a decir lo que ha visto en ellas. ¡Dios mío! ¿No os acordáis, hijas mías, de aquella hermosa conferencia que tuvimos sobre nuestra hermana Luisa ⁷ en donde se refirieron cosas tan admirables, en las que nunca habíamos pensado? Conozco a algunas de vosotras que, por la gracia de Dios están muy lejos de todas las señales que hemos dicho del espíritu del mundo, y quiero esperar de la misericordia de Dios, que si no todas lo son, sí lo son la mayor parte. No lo sé muy bien, porque no os veo mucho, por causa de mis quehaceres; para mí sería éste uno de los mayores y más sensibles consuelos. Pero, en fin, sé que hay muchas, por la gracia de Dios, que no buscan otra cosa más que encontrar algunas ocasiones para mortificarse; sé que hay algunas que trabajan decidida y animosamente en superar las aversiones naturales que podrían tener en contra de otros caracteres que les son opuestos. Sé que hay algunas que nunca se quejan de sus compañeras, sean las que fueren.

Pero también sé que algunas quieren actuar a su gusto, desean estar bien alojadas, bien acomodadas, tener por compañera a otra hermana que les guste. Espero que se vayan corrigiendo con la ayuda de Dios.

También es espíritu del mundo detenerse en el gusto, querer que la comida sea buena, que no le falte nada a los condimentos y que no se coma siempre la carne más dura. Quejarse de que la comida no está preparada como a una le gusta, es también espíritu del mundo. «Este pan no es bueno. No se puede comer. Es una comida demasiado pobre; nos moriremos de hambre». ¡Oh! ¡Espíritu mundano, hijas mías! ¡Espíritu de sensualidad!

7. Hija de la Caridad en Saint-Jacques de la Boucherie. Según una carta de Luisa de Marillac, fechada en junio de 1648, y otra de san Vicente del mismo mes, se hallaba entonces gravemente enferma.

También es espíritu del mundo quejarse en lo que refiere a la salud. «Nadie cuida de los enfermos; los dejan sin consuelo, no les dan ninguna satisfacción; no tienen los remedios oportunos». Hijas mías, si pasa eso, el espíritu del mundo es el que lo sugiere; pues, por la gracia de Dios, sé que ninguna comunidad está como vosotras en lo que se refiere a este cuidado y, por la dirección tan prudente de las que os gobiernan, esta Casa puede atender muy bien a las sanas y a las enfermas. Si no hay nada superfluo, tenéis que alabar a Dios, porque emplear las cosas sin necesidad o sin la utilidad sería abusar del bien que se nos da.

Estoy seguro, hijas mías, de que ahora, cuando os hablo de esto, todas vosotras diréis en vuestro interior: «Me ha cogido; se refiere a mí; yo estoy llena de espíritu del mundo». Hay que advertir sobre esto que hay mucha diferencia entre sentir la tentación y consentir en la tentación; pues bien, no hay nadie que no sienta la repugnancia natural que tenemos frente a las incomodidades, pero, si la hermana que las siente sabe gobernarse a sí misma y no se deja vencer, está tan lejos de cometer un pecado que, por el contrario, tiene allí una ocasión de mérito. Esos sentimientos, hijas mías, os pueden venir a veces; pero si resistís y no os detenéis en ellos, ni murmuráis con las demás, esto no es más que una prueba de vuestra fidelidad para con Dios.

Además, es espíritu del mundo querer ser la superiora y tener la dirección de las demás, creerse más capaz que las otras de un cargo y creer que una lo hará mejor que las demás. Espíritu mundano; ¡que Dios os preserve de él, por su infinita misericordia!

He aquí, pues, en qué consiste el segundo punto. Tenemos que hablar ahora de los remedios. Me diréis: «Pero, Padre ¿hay algún medio de poder estar siempre sobre sí misma, en toda ocasión, para combatir ese espíritu del que estamos llenas? A mí me gustaría vencer todo esto, pero no tengo más remedio que dejar las cosas como están. Nunca acabaría. Es una raíz que tiene demasiados retoños».

No, no hay que pensar así, hija mía, hay remedio para todo. Los médicos curan las cosas contrarias por sus contrarias. Se esfuerzan por conocer la causa de una enfermedad; y si procede del calor, la curan por medio de medicamentos refrescantes; si del frío, por remedios más cálidos.

Por ejemplo, a una hermana le gusta una cosa; se complace en tener siempre algo propio, para utilizarlo, según dice, en caso necesario; hay que curar esto por la práctica de la pobreza, alegrarnos de que nos falte algo, no tener prisa por tener algo que necesitamos en nuestra habitación. Conviene pedirlo. Pero, si nos sentimos demasiado inclinados a pedir alguna cosa de la que podemos prescindir, tenemos que mortificarnos; y poco a poco, hoy en una cosa y mañana en otra, iremos adquiriendo con la ayuda de Dios y el esfuerzo que pongamos el hábito de la virtud contraria a este vicio.

Hemos dicho que otras se sienten deseosas de recibir honor. Puede ser que no se preocupen de ello, ni que lo busquen, pero les gusta mucho ser bien consideradas, porque algunas veces esto da lugar a hacer mayor bien y a procurar al prójimo algún consuelo, que no tendría en caso contrario.

El remedio para esto, hijas mías, consiste en apreciar las pequeñas humillaciones que os envía la Providencia, o las que se encuentran en los lugares en donde trabajáis. Apreciadlas mucho, mis queridas hijas, y estad seguras de que no hay verdadera gloria más que en la práctica de la verdadera virtud, que nos viene de Dios. Por consiguiente, a él es a quien hemos de atribuir toda la gloria que cae sobre nosotros. Desconfiemos siempre de nuestras fuerzas, y creamos que si Dios no nos asistiere continuamente, caeríamos sin remedio.

En cuanto a la otra señal del espíritu del mundo, que es el placer, hay que combatirlo por la mortificación de los sentidos. Pero, Padre, yo siento en mí una continua inclinación a mirar lo que me gusta, a oír lo que me satisface. ¿Cuál es el medio para vencer esta inclinación que me es natural y que además está tan arraigada en mí a través de un largo hábito? Mis que-

ridas hijas, tened mucho cuidado en vencer a ese enemigo. No dejéis pasar ni una sola ocasión de combatirlo. Me siento inclinada a mirar una cosa que me gusta, pues no la miraré. Me gusta mucho hablar con esa persona, que me llena de contento, que habla tan bien, que tiene tan hermosos pensamientos y dice cosas tan bonitas; pero eso no es necesario para mi progreso espiritual, porque no es eso lo que busco en ella, sino que voy solamente para buscar mi satisfacción; entonces tengo que mortificarme en eso. Siento placer en el gusto, en el tacto. Hijas mías, destruid esos monstruos, destruyendo todo contacto, incluso honesto. Mortificad el tacto lo mismo que el gusto; y contra ese sentido tomad ropa áspera, una postura incómoda, y no os deis ninguna satisfacción.

Mis queridas hijas, me he extendido mucho más de lo que quería. Todo esto me parece que es una parte de los desórdenes que el espíritu del mundo puede causar entre vosotras. Pido a nuestro Señor Jesucristo, que vino a este mundo para destruirlo, que os dé a conocer él mismo todas las ocasiones en que tenéis necesidad de combatirlo, que os llene de su espíritu divino, que es un gran espíritu de caridad, de pobreza y de humildad, opuesta al espíritu de soberbia, de ambición y de avaricia, que lo dé en general a toda la Compañía y en particular a cada una de vosotras. Y con esta confianza pronunciaré las palabras de la bendición, que llevan con ellas el espíritu de Dios.

Benedictio Dei Patris...

40(40,IX,450-464)

CONFERENCIA DEL 25 DE DICIEMBRE DE 1648

Sobre el amor a la vocación

Nuestro muy honorable padre leyó la nota, y luego empezó poco más o menos de esta manera:

Conferencia 40. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

Hermanas mías, el tema de esta conferencia es sobre el amor que hemos de tener a nuestra vocación. Este tema se divide en tres puntos. El primero, sobre las razones que tenemos para amar cada vez más nuestra vocación; el segundo, sobre lo que nos enfría o nos impide estimarla; y el tercero, sobre los medios que pueden servirnos para estimarla cada vez más. Es un tema de mucha importancia, hijas mías, ya que del amor que tengamos a nuestra vocación depende todo el progreso que realicemos en la virtud.

— Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que ha pensado sobre el primer punto y las razones que ha considerado?

— Como primera razón, me parece que es imposible que permanezcamos siempre en un estado. Por tanto, si no avanzamos en el amor a nuestra vocación, iremos enfríándonos y retrocederemos. Otra razón es que no podemos perseverar mucho tiempo en nuestra vocación si no nos afirmamos en su amor, debido a las dificultades que se encuentran todos los días en ella, si el amor no es mayor que la fatiga. La tercera razón es que no podemos resistir a las tentaciones que nos presentan continuamente el mundo, el diablo y la carne, sin ese mismo amor.

Otra razón, que presentó otra hermana, es que nuestra vocación atrae la bendición de Dios sobre todo el resto de nuestras acciones y el curso de nuestra vida.

Otra razón consiste en las gracias que Dios nos ha hecho a cada uno en particular, gracias que nunca apreciaremos demasiado, cuando se piensa en los peligros de los que ha sacado a unas, de las incomodidades de las que ha librado a otras y hasta dónde ha ido a buscarnos para traernos a este lugar a fin de conseguir nuestra salvación.

Otra hermana indicó que nuestra vocación es conforme con la vida que el Hijo de Dios llevó en la tierra, y con los santos consejos que nos dejó.

Otra razón. Aunque nuestra vocación sea baja y despreciable a los ojos de los hombres, sin embargo es muy elevada de-

lante de Dios, ya que lo único que busca es agradarle en todo lo que hacemos.

Otra razón. El mismo Dios nos ha dado esta vocación; y hemos de sufrir toda clase de pérdidas, antes de consentir que disminuya en lo más mínimo el amor que hemos de tenerla.

Otra razón. El cuidado que Dios tiene de nuestra Compañía tiene que darnos confianza de que, mientras tengamos la dicha de estar en ella, no permitirá que perezcamos.

Otra razón es que podemos observar, por la gracia de Dios, cómo se ha enmendado nuestra vida y cómo han cambiado nuestras costumbres, y todavía no hemos visto morir a ninguna hermana nuestra, aunque fueran virtuosas antes de estar en la Compañía, sin haber realizado luego muchos progresos en la perfección.

La señorita, nuestra muy venerada superiora, observó que hemos de amar nuestra vocación porque es un quehacer que Dios nos ha dado.

Otra razón. Esta ocupación se ejerce exclusivamente en el ejercicio de la caridad espiritual y corporal; esto debe tenernos siempre ocupadas en Dios de una forma muy pura, ya que ha sido él el que nos ha ligado con este santo amor.

Otra razón. Si no amamos nuestra vocación, hemos de temer que Dios permita que la perdamos por entero. Si así fuera, correríamos un grave peligro de no conseguir nuestra salvación, pues depende muchas veces de nuestra vocación.

Otra razón. Si no apreciamos bastante nuestra vocación, no haremos nada que merezca el amor de Dios ni que le pueda agradar; muchas veces seremos un escándalo y un mal ejemplo para el prójimo, y nunca estaremos interiormente contentas, como si Dios nos hubiese abandonado y hubiese permitido nuestro endurecimiento.

En el segundo punto, o sea, sobre lo que nos puede apartar del afecto que hemos de tener a nuestra vocación, la hermana que había ofrecido las primeras razones del primer punto, dijo lo siguiente:

Lo que nos aparta del amor a nuestra vocación es sobre todo consentir en las tentaciones de las que acabo de hablar. La primera, que se refiere al mundo, es muy peligrosa y capaz de hacernos perder todo el afecto que le podríamos tener; se produce cuando oímos hablar a las hermanas que no tienen afecto a su vocación.

La segunda tentación proviene de la carne, que se queja continuamente y desea conseguir todos sus gustos; y esto es algo que hemos de evitar en nuestra vocación.

El diablo, por las tentaciones que suscita en nosotras, nos induce continuamente a caer en la soberbia y en la vanagloria; y cuando esto se mete en el espíritu de una Hija de la Caridad, le quita todo el afecto a su vocación, que le pide apreciar la humildad y la bajeza.

Otro obstáculo para el amor a nuestra vocación, consiste en el espíritu del mundo, en el deseo de saber lo que pasa en el mundo y el temor de no ser estimada.

También puede suceder que el amor a nuestra vocación se pierda por haber perdido la estima de todo lo que es propio de ella; esto nos hace caer en la negligencia, luego en el desánimo, y finalmente en tal situación que nos ponemos en gran peligro de perderla, si Dios no nos asiste con una gracia especialísima.

Otro impedimento es el no apegarnos con todas nuestras fuerzas al pensamiento de que allí es donde Dios nos quiere, donde hemos de vivir y de morir. Esto hace que tengamos en la cabeza deseos de otras ventajas, muchas veces imaginarias, y que estemos dispuestas a escuchar las primeras propuestas que nos hagan de otra parte; y así sucede que caemos en la turbación en la menor ocasión que contraría a nuestros sentimientos.

Otro impedimento, alegado por la señorita, consiste en no estimar nuestra vocación, al no considerarla como una gracia especialísima de Dios.

Otro motivo consiste en dejarse llevar por el primer desánimo que sentimos, y esto puede pasar tanto a las nuevas como a las mayores que, después de haberse levantado de sus prime-

ras caídas por la gracia de Dios, no procuran volver a su primer fervor.

Otro es la falta voluntaria contra las reglas, incluso en los ejercicios más pequeños.

El mayor impedimento consiste en no manifestar a nuestros superiores los primeros desánimos en nuestra vocación y los motivos que los causan.

Sobre el tercer punto, de los medios que pueden ayudarnos a aumentar en nosotras el amor a nuestra vocación, dijo lo siguiente:

El primer medio es pedirselo todos los días a Dios y decirle muchas veces que no queremos consentir en las tentaciones, vengan de donde vierien.

Otro medio consiste en pensar en lo que dijo nuestro Señor, quien considera como hecho a él mismo lo que hacemos por el más pequeño de los suyos ¹, y acordarse que en el día del juicio Dios recompensará y condenará a los hombres según las obras de misericordia que hayan hecho u omitido. Esto bastará para aficionarnos a nuestra vocación.

Otro medio consiste en amar a los pobres como miembros de Jesucristo, tal y como él nos lo recomienda.

Otro, es ponernos ² los pies de un crucifijo, cuando empezamos a sentir alguna tentación contraria a nuestra vocación, y pedir ardentemente a Dios, por los méritos de su Hijo, la santa perseverancia.

Otro medio consiste en desconfiar de nosotras mismas; esto nos hará recurrir con frecuencia a Dios y pedirle la santa perseverancia.

Otro, servirnos de las razones enumeradas anteriormente, que nos incitan al amor de nuestra vocación, evitando lo que Dios ha querido enseñarnos como contrario y perjudicial a este amor.

Otro medio, que indicó la señorita, consiste en pedirselo instantemente a Dios.

Otro, pedir a nuestro ángel de la guarda que nos lo obtenga y que nos ayude con sus sabios consejos y su santa protec-

1. Mt 25,40.

ción a hacer o a no hacer lo que aquí se dice, superándonos a nosotras mismas para vencer nuestras pasiones, y mortificar nuestros sentidos.

Nuestro muy honorable Padre, después de haber escuchado a nuestras hermanas con tanta caridad, empezó su discurso como sigue:

Hermanas mías, doy gracias a Dios por todo lo que acabo de oír: los motivos que os incitan a amar cada día más vuestra vocación, los impedimentos que pueden sobrevenir y entibiar ese amor, y los medios que os pueden ayudar a aumentarlo cada vez más.

A todas estas razones, que de suyo bastarían, voy a añadir una, hijas mías, que es la santidad de vuestra vocación; porque no ha sido instituida por los hombres, sino que es de institución divina. San Agustín nos da una señal para conocer si una obra buena viene de Dios. Las obras buenas cuyo autor no se puede encontrar, dice ese gran doctor, provienen indudablemente de Dios. Pues bien, nadie duda de que esta obra sea buena en sí misma, ya que es de tal categoría que no hay nada más grande en toda la iglesia de Dios; yo no veo ninguna otra cosa más excelsa para las jóvenes. Estar continuamente al servicio del prójimo, ¡Dios mío! ¡qué maravilla! Y colaborar con Dios en la salvación de las almas, que procuráis conseguir administrándole los remedios, ¿hay algo más importante?

Y tampoco se puede dudar de que es Dios el que os ha fundado. No ha sido la señorita Le Gras; ella no había pensado nunca en esto. Tampoco yo había pensado. La primera a quien se le ocurrió fue a una buena joven aldeana². Estaba guardando vacas y había aprendido mientras tanto a leer por sí misma, preguntando a los que pasaban y que suponía que sabían leer. Lo que éstos le enseñaban, lo estudiaba luego ella sola, hasta el punto de que lograba aprender con la ayuda de Dios. Cuando tuvo ya algunos conocimientos, sintió devoción de enseñárselos

2. Margarita Naseau.

a los demás y vino a buscarme a...³, en donde estaba misionando. «Padre, me dijo, yo he aprendido a leer de esta forma. Tengo muchas ganas de enseñar a otras jóvenes del campo que no saben. ¿Le parece bien?».

— «Desde luego, hija mía, le dije, yo le aconsejo que lo haga». Entonces se fue a vivir a Villepreux, en donde estuvo enseñando durante algún tiempo.

Las damas de San Salvador fundaron la Compañía de la Caridad en su parroquia; servían ellas mismas a los pobres, les llevaban el puchero, los remedios y todo lo demás; y como la mayor parten eran distinguidas y tenían marido y familia, muchas veces les resultaba molesto llevar aquella olla, de forma que esto les repugnaba y hablaban entre sí de buscar algunas criadas que lo hiciesen en su lugar. Esta buena joven, al oír hablar de este proyecto, deseó que la ocupasen en él y fuera recibida por las damas. Las de las otras parroquias hicieron lo mismo y me pidieron que, si era posible, les proporcionase algunas. La señorita Le Gras, a la que Dios había dado el celo de consagrar toda su vida a su gloria, se encargó de tomarlas bajo su dirección para formarlas en la devoción y en la manera de servir a los pobres; y entonces se les proporcionó una casa.

Así es como se hizo esto, sin que nadie lo pensase; porque la buena joven que la empezó no pensaba de ninguna manera en esto; de forma, hijas mías, que Dios mismo os ha reunido de una manera totalmente misteriosa y tan excelente que nadie en el mundo tiene nada que decir. Todavía no conozco a nadie que haya dicho: «Esto no está bien». Entonces, ¿quién dudará de que Dios es el autor de vuestra Compañía? San Pablo dice que todo bien proviene de Dios⁴; y san Agustín, que toda obra buena que no tiene autor, esto es, que no se puede encontrar a nadie que la haya proyectado y que la haya iniciado, proviene infaliblemente de Dios. ¿Quién no estará seguro de que la

3. En el original no se indica el nombre del lugar.

4. 2 Cor 5,18.

vuestra tiene solamente a Dios como autor? No habéis sido fundadas por san Francisco, hijas mías, ni por santo Domingo, ni por san Benito, ni por san Bernardo, ni por ninguno de los otros grandes patriarcas; ha sido el mismo Dios.

Me encuentro en una Compañía que Dios mismo ha fundado, ¿cómo no he de amarla? ¿Qué otro motivo necesitaré para amarla, si éste no basta? ¡Sí que bastará, hijas mías, si lo pensáis bien! Cuando nos encontramos desalentados, enfriados con todas las ocasiones con que Dios prueba la fidelidad de sus siervos y siervas, podemos pensar: «¿Cómo es posible que me enfríe, sabiendo que estoy en una vocación que ha fundado Dios mismo? ¿De qué puedo dudar?».

Hay entre vosotras, mis queridas hermanas, lo sé muy bien, algunas que por la gracia de Dios aman tanto su vocación que se harían crucificar, desgarrar y cortar en mil pedazos antes que sufrir algo en contra de ella; y son muy numerosas, por la misericordia de Dios. Pero esto no se les ha dado a todas; y puede haber otras a quienes la vocación no les resulta tan suave, que se cansan de las prácticas, que no son sumisas y a las que la obediencia les parece un yugo pesado y difícil de soportar. Y éstas fácilmente pueden quebrantarse y quebrantar a las demás. No es que, por la gracia de Dios, conozca a algunas de esas; pero puede haberlas; y si esto sucede, mis queridas hermanas, pensad un poco en vosotras mismas: «¿De qué me quejo? ¿No estoy en una Compañía que Dios mismo ha formado y ha hecho con su mano omnipotente? ¿Puedo ser tan infiel que no la ame?».

¿Y qué otra cosa podríais amar, hijas mías, si con esta consideración no amaseis vuestra vocación? ¿Vais a amar más a vuestros padres, de los que Dios os ha apartado para ponerlos a su santo servicio? ¿Vais a amar más a vuestros amigos, vuestros gustos, vuestras propias satisfacciones y a vosotras mismas? No, hijas mías, no hay nada para vosotras que sea tan amable como vuestra vocación, por la razón que os acabo de decir, o sea, porque Dios mismo es su autor.

La segunda razón, como se ha dicho, es que Dios os ha sacado, por una gracia especialísima, de los sitios en que está-

bais para traerlos aquí, y es una gracia tan grande y tan señalada que nunca seríamos capaces de comprenderla. David, lleno de gratitud y de sentimiento, decía: «Dios me ha sacado de la casa de mi padre para traerme aquí»⁵. Hijas mías, ha sido la bondad de Dios la que os ha traído, porque, decidme, ¿han ido a buscaros otras hermanas? Quizás las hayáis visto alguna vez; pero ¿os han urgido a que vengáis con ellas? Ni mucho menos. ¿Han insistido otras personas? Muy poco, quizás os hayan dicho que existía esto; pero fue preciso que Dios os tocara el corazón y os diese el deseo y los ánimos de venir. ¿Qué es lo que os ha hecho dejar vuestra casa, vuestros padres, vuestros bienes y vuestras pretensiones a los gozos y placeres del mundo? Fue preciso, hijas mías, que hiciera todo esto un poder divino. Los hombres no podían hacerlo, la naturaleza siente repugnancia y todo se opone a ello. Por tanto, es preciso que sea Dios, de forma, hijas mías, que este es un motivo muy importante y cuyo recuerdo puede y debe superar todos los obstáculos que podrían oponerse al amor de vuestra vocación.

Pero ¡ay! ¡me voy enfriando, ya no siento aquel primer fervor y me acobardo fácilmente! ¡Ya no pienso en que Dios me ha traído, en que Dios me daba tanta alegría y tanto consuelo! Mis queridas hijas, tened mucho cuidado con esto, y si sentís que se han enfriado vuestros primeros fervores, procurad reanimaros con la consideración de estas razones.

Veamos ahora la tercera razón o el tercer motivo que nos incita a progresar en el amor a nuestra vocación, que es su excelencia y su grandeza. Pues es de tal categoría, mis queridas hermanas, que no sé que haya otra mayor en toda la iglesia. Hacéis profesión de dar la vida por el servicio del prójimo, por amor a Dios. ¿Hay algún acto de amor que sea superior a este? No, pues es evidente que el mayor testimonio de amor es dar la vida por lo que se ama⁶; y vosotras dais toda vuestra vida por la práctica de la caridad; por tanto, la dais por Dios. De

5. Sal 77,70.

6. Jn 15,13.

aquí se sigue que no hay otra ocupación en el mundo, que se refiera al servicio de Dios, que sea mayor que la vuestra. Exceptúo a las religiosas del hospital, que tienen esta misma profesión y que trabajan de día y de noche por el servicio de Dios en la persona de los pobres. De forma, hijas mías, que no conozco ninguna que os iguale, a no ser las que hacen lo que vosotras hacéis. ¿Y vais a amar alguna otra cosa distinta de vuestra vocación, que desluzca su belleza? Ni mucho menos, pues espero hijas mías, que iréis creciendo en este amor, las que ya lo tenéis; y las que no lo sientan, se esforzarán por adquirirlo; pues creedme, hijas mías, de aquí depende toda vuestra perfección. Si un religioso o una religiosa, si un cartujo, un capuchino o un misionero, no tiene el espíritu y el amor a su vocación, todo lo que pueda hacer no es nada y lo estropea todo; pues es distinto el espíritu de un capuchino, de un cartujo o el de un misionero; es distinto el de una religiosa y el de una Hija de la Caridad. Es preciso, para hacer las cosas bien, que cada uno se dedique de tal forma a la adquisición del suyo, que no sea capaz de mezclar ninguna otra cosa, que, aunque sea buena y santa en los que la profesan, sería perjudicial y contraria a todos los que tienen que tener otro distinto.

Sé muy bien que muchas de vosotras tienen este espíritu tan arraigado que no hay nada en el mundo capaz de borrar la menor parte de él, y que esta gracia ha sido tan grande en la mayoría de nuestras hermanas difuntas que, si hubiesen vivido en tiempos de san Jerónimo, este santo habría escrito su vida con tanta perfección que todos hubiéramos quedado admirados. ¿Quién es el que ha hecho en ellas todo esto? Ha sido el amor a su vocación, cuyo espíritu supieron captar tan bien que fueron fieles al mismo hasta en las prácticas más pequeñas.

Estos son, hijas mías, los tres motivos que, junto con los que habéis dicho, pueden excitaros al amor de vuestra vocación: Dios es vuestro fundador, él mismo os ha llamado; vuestra vocación es la más grande que hay en la iglesia de Dios, porque sois mártires; el que da su vida por Dios es tenido como már-

tir; y la verdad es que vuestras vidas han quedado abreviadas por el trabajo que tenéis; y por tanto sois mártires.

Veamos ahora lo que nos puede apartar de esto; habéis dicho cosas muy hermosas. Añadiré que ante todo hemos de pensar que todo pecado mortal nos separa de Dios y, en esta medida, nos quita el amor a nuestra vocación. Está en primer lugar el orgullo, que os lleva a querer tener un papel eminente, a ser estimadas, a impedir que los demás crean que somos poca cosa. Decidme, ¿cómo podría estar entre las pobres Hijas de la Caridad una mujer llena de presunción? Se encontraría con desprecios, con humillaciones, no podría pretender ningún honor, ni tendría esperanzas de ser nada en el mundo; no hay ninguna dignidad en esta casa. «El que de vosotros, decía nuestro Señor a sus discípulo ⁷, quiera ser el mayor, que sea el más pequeño». De forma que este maldito pecado, que hizo caer a los ángeles del cielo, impedirá permanecer mucho tiempo en la Compañía de la Caridad a las que tengan ambición.

Tenéis después la avaricia, que es opuesta a la santa pobreza. Si una Hija de la Caridad se viese tocada por ella, adiós su vocación; no habría más que hablar; todo ha terminado. El deseo de tener algo en particular para casos necesarios, de tener algo reservado, es, hijas mías, no tener confianza en el cuidado y en la providencia de Dios. Cuando la avaricia se apodera de un alma, ¡adiós toda virtud! Judas, que había tenido la gracia de ser llamado al apostolado, el don de hacer milagros y estar destinado, como los demás, a una gran caridad, se convirtió en un demonio por la avaricia. Ved lo que es este maldito pecado, que tuvo poder de cambiar a un apóstol en un diablo; de esta forma podéis pensar lo que ocurriría si alguna vez entrase en el corazón de una hermana.

El tercer medio que nos aparta del amor a nuestra vocación es, no digo ya la impureza, no, por la gracia de Dios, ya que nunca se ha oído hablar de eso, sino solamente cierta libertad que nada tiene que ver con la modestia. A una le gusta tratar

7. Lc 9,48.

con los hombres, no se extraña de que le digan ciertas palabras, les responde y se entretiene con ellos, incluso con algunos confesores fuera de la confesión, se pasa el tiempo hablando de cosas que no son tan urgentes ni necesarias, sino para pasar el rato. Tened cuidado con esto, hermanas mías, incluso con los confesores. No es que por la misericordia de Dios conozca a alguna que falte en esto, no; pero como hay cosas que pueden pasar y que serían muy perjudiciales, conviene tener cuidado.

También es muy perjudicial tener malos pensamientos y no descubrirlos ni al confesor ni a la superiora; y si no ponéis cuidado en esto, ya que podríais tenerlos, os veríais en gran peligro de perder vuestra vocación.

Otra cosa que también hace daño al amor de la vocación, mis queridas hermanas, es la sensualidad en la comida y en la bebida: querer comer buenos bocados, intentar probar alguna cosa distinta de lo que la comunidad tiene. Ese pecado atrae a otros muchos. No es que haya que pasar hambre, hijas mías; tenéis que manteneros, y para eso es preciso que no os falte lo ordinario; pero también es menester que no haya nada superfluo y que no busquéis la sensualidad.

También la envidia nos aparta de nuestra vocación. Este pecado es una peste muy peligrosa. Tener envidia es sentir pena de que la otra hermana haga las cosas mejor que nosotras. de que las damas hagan caso de ella, de que los pobres estén contentos con ella, incluso de que sea fiel a las reglas y de que, con su ejemplo, nos llene a nosotros de confusión, si no somos observantes. Y como nosotros no cumplimos bien, tenemos envidia de su asiduidad, porque condena nuestra negligencia.

Nuestra perseverancia, mis queridas hermanas, se ve combatida también por otro pecado, que no digo mortal, al menos en ciertos casos, pero que proviene del mortal y degenera en venial; la cólera. Una hermana puede tener tan mal humor que todo le moleste. Si le avisan de algo, replicará; si no le contestan bastante pronto, quizás por no haberla entendido, se irritará; si los demás le ayudan a salir de sus dudas, no le gustará; si la dejan, encontrará motivos para estar descontenta. Este vicio es

muy peligroso, hermanas mías; os ruego que tengáis mucho cuidado con él, sobre todo porque a veces degenera en hábito, que es muy malo para todos, pero sobre todo para una sierva de Dios y para una Hija de la Caridad, que tiene que ser muy mansa y suave. Es segurísimo que la que caiga en este vicio no permanecerá mucho tiempo en la Compañía, porque siempre encontrará motivos para sentir despecho, y ese despecho llegará hasta tal punto que algún día lo dejará todo.

Otro gran impedimento es la pereza, el amor al propio cuerpo, que hace tanto daño. La pereza causa a veces disensiones entre las hermanas, porque la que caiga en ella, esquivará el hombro a todo lo que pueda, no echará la mano en ninguna ocasión, sólo le gustará salir cuando haga buen tiempo, dejará todo por hacer y cansará a su compañera de tal forma que ya no podrá resistir y tendrá que decírselo, y entonces se pondrá de mal humor. No querrá levantarse temprano, especialmente durante el frío. Cuando oiga sonar al despertador, aguardará otro cuarto de hora, luego media hora y finalmente llegará a pasar hasta las seis. No le gustará andar junto al fuego, sino estar lo más lejos posible de la cocina. Dios mío, hijas mías, ¡cuántos males se derivan de aquí! Estad seguras de que la que caiga en estas faltas, no podrá amar su vocación.

Estas son, hermanas mías, todas las clases de pecado que contribuyen a disminuir y a destruir en nosotros el amor a nuestra vocación.

Están además las malas conversaciones de una compañera descontenta o poco aficionada a su vocación. También en esto debéis tener mucho cuidado, hijas mías, porque es uno de los mayores impedimentos para el amor a vuestra vocación; es una de las pestes más peligrosas que puede infectar a las comunidades, que habéis de temer mucho, si no ponéis cuidado en ella.

Una hermana descontenta de su vocación fácilmente se enoja con cualquier ocasión molesta. Si su superiora o hermana sirviente la amonesta con caridad de alguna falta que ha cometido, se echa todo a perder. ¿Qué no dirá entonces? Pues bien, una pobre hermana, nueva o quizás más antigua, pero un poco inge-

nua y que se deja impresionar fácilmente, al prestar oídos a todo lo que ella dice con su mal humor, ¿no se verá también en gran peligro, si no la asiste una gracia especial?

Bien, mis queridas hermanas, ya basta por hoy. Siento haberos entretenido tanto tiempo, a vosotras, pobrecillas, que os cuesta tanto venir, y que tenéis prisa por marcharos. Dios mío, ¡Cuántos ángeles están ahora ocupados contando los pasos que dais! Los que habéis dado al venir ya están escritos, y también lo serán los que deis al volver porque dice un santo: «Están contados todos los pasos que dan los servidores de Jesucristo por su amor».

Acabo en dos palabras. Trataremos en otra ocasión de este tema, más tranquilamente, con la gracia de Dios, y creo que será conveniente que lo hagamos con frecuencia. Por eso no os voy a dar más que dos o tres medios para hoy con toda brevedad.

El primero será la santa humildad, virtud opuesta al orgullo, que es el que contribuye, como hemos indicado, a la pérdida de la vocación de la mayor parte de las hermanas... ⁸,

41(41,IX,465-483)

CONFERENCIA DEL 19 DE SEPTIEMBRE DE 1649

Sobre el amor de Dios

Herманas mías, el tema de la presente conferencia será sobre el amor de Dios, que se encuentra en el evangelio de hoy, donde nuestro Señor, al preguntarle un doctor de la ley cuál era el mayor de todos los mandamientos, respondió: «Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pensamiento, etcétera»¹

8. Falta la conclusión. (Esta nota corresponde a la primera parte de la página 423, última del archivo IX-1. N. del E.)

Conferencia 41. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Mt 22,37.

Lo que permitió nuestro Señor que le preguntasen, para tener ocasión de darnos la instrucción que trae el evangelio de hoy, está en conformidad con lo que la señorita Le Gras ha creído conveniente que tratásemos en esta ocasión; y que se divide en tres puntos. En el primer punto, veremos las razones por las que las Hijas de la Caridad, como todos los cristianos, pero mucho más especialmente, están obligadas a amar a Dios con todo su corazón, con todo su entendimiento, con todo su pensamiento, etcétera. En el segundo punto veremos las señales por donde puede conocerse si se ama a Dios. El tercer punto será sobre los medios para adquirir este amor y aumentarlo en nosotros; porque no basta con tenerlo, sino que es preciso que vaya creciendo cada vez más. Bien, ¡bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios eternamente!

Dígame, hermana, las razones por las que una Hija de la Caridad está obligada a amar a Dios con todo su corazón.

— Porque es infinitamente bueno.

— Bien, hija mía, muy bien. Fijaos, hermanas mías, nuestra hermana dice que hay que amar a Dios porque es infinitamente bueno; este es un motivo muy poderoso; pues, al ser infinitamente bueno, tiene que ser infinitamente amado.

Pero ¿por qué una Hija de la Caridad tiene que amarlo más que todo el resto del mundo?

— Creo, Padre, que en esta condición es donde me siento infinitamente obligada a amarlo, al considerar que su bondad me ha sacado de lo más corrompido del mundo para ponerme en un lugar tan santo, en donde todas las obras que se hacen son santas. Me he sentido confundida por haberme aprovechado tan mal hasta ahora. He pedido a nuestro Señor la gracia de ser más atenta y he tomado la resolución de esforzarme más en ello

— Fijaos, hijas mías, en el segundo motivo de amar a Dios que presenta nuestra hermana. El primero es que Dios es infinitamente bueno; ese es general y común a todos los hombres, que experimentan cada uno particularmente, los efectos de su bondad Pero una de las señales en que ella se ha fijado es que Dios la ha sacado de la masa corrompida del siglo y la ha es-

cogido entre muchas otras que ha dejado, para traerla a un lugar tan santo. De forma que el motivo de su amor, como Hija de la Caridad, es la consideración de la obligación que tiene con Dios por el bien que le ha hecho de haberla llamado a la Compañía, esto es, por su vocación.

Hija mía, ¿y en qué podrá conocer una Hija de la Caridad que ama debidamente a Dios?

— Me parece, Padre, que podrá reconocerlo si siente muchos deseos de agradarle.

— Esa es realmente una gran señal, hija mía; porque, si tiene muchas ganas de agradarle, se cuidará mucho de ofenderle; y a su vez, se mostrará muy atenta en hacer lo que sabe que es según su voluntad y sus deseos. Una persona que desea agradar a otra, intenta conocer sus sentimientos, conformarse con ellos, anticiparse a ellos, y no deja pasar ninguna ocasión sin testimoniarles su sumisión y su condescendencia con alegría y suavidad. En eso siente y conoce que ama. De igual manera, el alma que siente dentro de sí esa intención de agradar a Dios y esa fidelidad en no descuidar ninguna cosa de las que pueden darle gloria, podrá probablemente creer de esa forma que ama a Dios. Pero las demás, ¿en qué podrán verlo? Porque con frecuencia esa intención interior de agradar a Dios no la conoce más que el alma que la siente, pues es algo que pasa entre Dios y ella.

Hija mía, ¿en qué podrá reconocerse que una Hija de la Caridad ama debidamente a Dios?

— Me parece, Padre, que podrá reconocerlo en que guarda sus mandamientos.

— Tiene usted razón, hija mía; es la misma señal que nos dio nuestro Señor cuando dijo: «Si alguien me ama, guardará mis mandamientos»², Una de las señales más verdaderas de que se ama a una persona, es la sumisión a sus mandamientos. Si tenéis una persona cumplidora y deseosa de no hacer nada en

2. Jn 14,15.

contra de los mandamientos de Dios, podréis decir: «He aquí una hermana que ama debidamente a Dios».

Y usted, hermana, ¿por qué razón cree que una hermana de la Caridad está obligada a amar a Dios?

Después de haber escuchado pacientemente todas las razones que la hermana le dijo, el Padre Vicente las repitió de esta forma:

Nuestra hermana dice que ha visto muchas razones, pero que le han impresionado especialmente los beneficios de Dios por su vocación, al considerar que en este género de vida no solamente se observan los mandamientos de Dios, sino también los consejos, pues es una vocación en donde se hace profesión de amar a Dios y al prójimo. Evidentemente, mis queridas hijas, nuestra hermana tiene razón al ver aquí un motivo poderoso para incitarnos a amar a Dios.

— ¿Y en qué se puede reconocer, hija mía, que una Hija de la Caridad ama a Dios?

Cuando la hermana terminó, el Padre Vicente añadió:

— Nuestra hermana nos acaba de dar una gran señal para conocer si una hermana ama a Dios: Si tiene cuidado, nos ha dicho, de guardar las reglas. ¡De verdad, qué gran señal es esta! Es lo que le hizo decir a un papa, y a ese papa lo vi yo mismo, pues era Clemente VIII: «Si me traen a un religioso que haya guardado sus reglas, no necesito milagros para canonizarlo. Si me demuestran que las ha guardado, esto basta para que lo ponga en el catálogo de los santos». ¡Cómo estimaba este santo papa una cosa tan estimada y excelente como es observar las reglas! De forma, hijas mías, que nuestra hermana tiene toda la razón al decir que la que se muestre cuidadosa en observar las reglas, no sólo las reglas de la Casa, sino también las de fuera, esto es el cuidado de los enfermos, en esto se conocerá que ama a Dios. ¿Y quién podrá dudar de que esa hermana ama a Dios, si se la ve fiel al levantarse por la mañana, al hacer bien su oración, atenta a que los enfermos tomen sus remedios, a que la comida esté bien preparada, y que si después de haber violado la regla en algún punto por fragilidad, o qui-

zás por alguna necesidad aparente, se acusa enseguida y pide penitencia? Hermanas mías, estad seguras de que la que obra de esta manera ama a Dios.

— Dígame, hija mía; la que tiene ya amor a Dios, ¿qué medios habrá de utilizar para perfeccionarse y progresar en ese amor?

Después de contestar la hermana, el Padre Vicente añadió:

— Nuestra hermana quiere decir que el medio para crecer y perfeccionarse en el amor a Dios consiste en estar sometida a Dios y a los superiores; y tiene razón. Sometida a Dios, ¡qué medio tan excelente para crecer en su amor! Si me cambian, si me mandan a otra parte, es Dios quien lo permite. Yo lo recibo de su mano y lo quiero así por su amor. Aunque el superior haga de mí todo lo que quiera, yo sé que es el espíritu de Dios el que lo conduce, y como amo a Dios, me someto a todo lo que él quiera de mí. Hijas mías, ¡qué bella y excelente es esta práctica del amor a Dios! Nuestra hermana lo ha dicho bien: es el mejor medio para perfeccionarse y crecer en él. El alma que está en esta situación hace continuamente actos de amor, y entonces hace algo que es suyo. Porque lo propio de nuestro corazón es amar alguna cosa. Es preciso que ame necesariamente a Dios, si no ama al mundo; porque no puede existir sin amar. Amar al mundo, Dios mío, ¡qué desdicha! Hemos renunciado a él por la gracia de Dios, desde el bautismo, y luego cuando Dios con su infinita misericordia nos llamó a su servicio, de forma que es propio de nosotros amar a Dios. Y para amarle no tenemos que hacer más que lo que nuestra hermana acaba de decir. A ello añadiría, hermanas mías, que no hay en el mundo ningún lugar en donde se pueda conseguir la salvación mejor que en vuestra Compañía; no, no lo hay, con tal que hagáis lo que os pertenece y de la manera que Dios os lo pide. Decidme, por favor, si puede alcanzarse un grado más alto de virtud como el que consiguieron nuestras hermanas que se han ido con Dios, que nos edificaron tanto y nos dejaron un olor tan bueno y un ejemplo tan grande con su santa vida. No, no conozco ningún lugar donde uno se pueda entregar más a Dios, donde pueda hacer tantas cosas por su amor, tener mejores medios para cre-

cer y perfeccionarse en él, que entre vosotras, con tal que hagáis lo que se debe.

La hermana que habló a continuación dio cuatro razones, de las que algunas ya se habían comentado.

— Cuando repetáis lo que han dicho ya las otras anteriormente, observó el Padre Vicente, os bastará con decir: «A mí se me ha ocurrido lo mismo que a la hermana tal». Así pues, hermana mía, dice usted que está obligada a amar a Dios, porque es infinitamente bueno, y de esto ya hemos hablado; porque es amable; pues bien, ser bueno y ser amable, hija mía, es lo mismo y no hacen más que una misma cosa, de forma que el que dice bueno dice amable, y el que dice que Dios es amable presupone que es bueno. Añade usted: «Porque nos ha creado y nos ha redimido». Se trata de dos poderosos motivos que podemos reducir a uno solo, es decir, que nos ha creado, que su bondad infinita nos ha sacado de la nada para hacernos criaturas racionales, capaces de conocerle, de amarle y de poseer eternamente su gloria. ¡Qué motivo tan poderoso! Yo amaré a Dios, sí, le amaré y estoy obligada a hacerlo, puesto que soy su criatura y él es mi creador y mi redentor.

El Padre Vicente preguntó a la hermana sobre las señales; y después de hablar, añadió él:

— Nuestra hermana dice que se podrá reconocer que una hermana ama a Dios, si hace todas sus acciones por complacerle, esto es, si no se preocupa de lo que dirá el mundo; porque siempre habrá algunas, hijas mías, que criticarán lo que hacen los siervos de Dios; pero importa poco lo que diga el mundo de las almas santas, con tal que sus acciones sean agradables a su divina Majestad. ¿Qué creéis, hijas mías, que hacéis cuando lleváis la comida por las calles? Alegráis a muchas personas con ese puchero; alegráis a las personas buenas, que se dan cuenta de que vais a trabajar por Dios; alegráis a los pobres, que están esperando su alimento; pero sobre todo alegráis a Dios que os ve y conoce el deseo que tenéis de agradarle al llevar a cabo su obra. Un Padre, que tiene un hijo mayor y de buen aspecto se complace en contemplar la apostura de su hijo desde la ven-

tana que da a la calle, y experimenta una alegría inimaginable. De la misma forma, hijas mías, Dios os ve, no ya por una ventana, sino por todas partes por donde vais, y observa de qué manera vais a hacer un servicio a sus pobres miembros, y siente un gozo indecible, cuando ve que vais de buena manera y deseando solamente hacerle ese servicio. ¡Ese es su gran gozo, su alegría, sus delicias! ¡Qué felicidad, mis queridas hijas, el poder llenar de alegría a nuestro Creador!

Después de haber preguntado sobre los medios para amar debidamente a Dios, el Padre Vicente prosiguió de esta manera:

— Nuestra hermana nos habla de un medio para amar a Dios, que es casi infalible; nos dice que es caminar siempre en su presencia; y es verdad; cuanto más se contempla un bien perfecto, más se lo ama. Pues bien, si nos imaginamos que tenemos con frecuencia ante nuestros ojos a Dios, que es la belleza y la perfección misma, indudablemente, cuanto más lo miremos, más lo amaremos.

Otra hermana, preguntada sobre las razones para amar a Dios, respondió que había pensado en algunas de las razones ya dichas, pero que especialmente se sentía obligada ante Dios por haberla llamado tan joven. Nuestro veneradísimo padre lo señaló y repitió esto varias veces.

Ella añadió que podía reconocerse que un alma tiene amor a Dios cuando observa sus mandamientos, y que un medio para adquirir este amor era guardarse mucho de ofenderlo.

Otra hermana dijo sobre el primer punto:

La primera razón que nos obliga especialísimamente a amar a Dios, es que este amor es la más excelente de todas las virtudes, la que da peso y valor a todas las demás, y que la bondad de Dios nos eligió para amarle, a llamarnos a ser Hijas de la Caridad.

La segunda razón es que, si no nos esforzamos en este santo amor, pasaremos inútilmente nuestra vida, y nuestras obras no valdrán para nada.

La tercera es que muy difícilmente podremos sin el amor a Dios perseverar en nuestra vocación y cumplir como debemos con la obligación de nuestras reglas y del servicio a los enfermos.

Sobre el segundo punto, me parece que reconoceremos que amamos a Dios si, por su amor, superamos las dificultades con que nos encontramos y todas las cosas contrarias a nuestros sentidos, a nuestra razón y a nuestra voluntad, y si tenemos mucho cuidado de agradar a Dios y mucho miedo de ofenderle.

Sobre el tercer punto, he visto que un medio para adquirir el amor de Dios era desearlo con todo nuestro corazón y pedírselo insistentemente y con perseverancia; y un medio para aumentarlo era hacer con frecuencia estos actos de amor, porque se hacen con mayor perfección las cosas en que una se ejercita más.

Después de haber dicho varias razones ya señaladas por otras, una hermana añadió que podemos ver si amamos a Dios si tenemos pena de haberle ofendido, si nos complacemos en hablar de él, y finalmente si no tenemos en todas nuestras acciones más intención que la de agradarle, principalmente en la que se refiere al servicio que hemos de hacer al prójimo, que es su imagen.

Sobre el tercer punto, indicó que un medio para adquirir y acrecentar también el amor a Dios es la recepción de los santos sacramentos, especialmente de la santa eucaristía. Es imposible que nos acerquemos al fuego sin quemarnos, con tal que lo hagamos con las disposiciones requeridas, esto es, con el deseo de entregarnos enteramente a Dios y de pedirle ardentemente su amor.

Mis queridas hermanas, doy gracias a Dios con todo mi corazón por las luces que os ha dado sobre este tema. Son tan

grandes que los mismos doctores difícilmente podrían decir más. Quizás dirían cosas más bonitas, pero no mejores.

Entre las razones que habéis enumerado, y que son todas de mucho peso, muy grandes, muy poderosas, muy insistentes, me voy a detener solamente en una, que me parece la más impresionante: que Dios nos lo ha mandado. ¿No sería ya bastante que lo hubiese permitido? No, no era bastante para su amor permitirnoslo; era menester que nos obligase a ello por un manda-

miento absoluto, que supone la pena de pecado mortal a los que se atreven a traspasarlo.

Si un aldeano fuese llamado por un rey para que fuera su favorito y el rey le ordenase que le diese su amor, ¡cuán obligado se sentiría! Diría sin duda: «¡Ay, señor! Yo no soy digno de ser mirado por vos; no soy más que un pobre aldeano». «No importa, quiero que tú me ames». ¿Cuánto le obligaría la bondad de ese rey a aquel pobre hombre para que lo amase, y amase con todo su corazón? No tendría presente en su espíritu más que la gracia que el rey le había concedido.

Pues bien, Dios, que es infinitamente más grande que todos los reyes de la tierra y ante el cual nosotros somos menos que los átomos, hace sin embargo tanto caso de nuestro amor, que quiere tenerlo por entero solamente él. Dice la Sagrada Escritura: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, con toda tu voluntad» Fijaos, hijas mías, se lo reserva todo. Hay que observar que este mandamiento no es un apremio ni una violencia, sino dulzura y amor. Lo comprenderéis por esta consideración. Si la reina mandase llamar a alguna de vosotras y le dijese: «Venga, hermana. He oído hablar de usted. Me han dicho que es usted una buena hermana, por eso la he mandado llamar para decirle que quiero que me ame usted, pero que me ame muy bien. No deje de hacerlo». Decidme, hijas mías, ¿qué es lo que no haríais para demostrar a la reina la gratitud que tendríais por este favor?

Pues bien, estad seguras de que Dios quiere que le améis: nos lo ha dicho expresamente por su mandamiento, y también, como hemos indicado, por la elección que ha hecho de vosotras para que seáis Hijas de la Caridad, que quiere decir hijas del amor de Dios, o hijas llamadas y escogidas para amar a Dios.

Otro motivo es lo que habéis dicho, que Dios lanza su maldición contra los que no lo aman. «¡Que sean anatematizados, dice san Pablo ³, todos los que no aman a Dios!». ¡Maldición

3. 1 Cor 16,22.

sobre el que no ama a Dios! Sí, hijas mías, Dios ha hecho tanto caso y aprecia tanto el amor de los hombres, que ha querido absolutamente que lo amen y que, si no lo hacen, sean malditos.

¡Ved qué grandes amenazas!

He aquí pues, hermanas mías, dos motivos que os presento, por no repetir todos los que habéis dicho: uno, el mandamiento que Dios nos ha dado de amarle; el otro, la maldición con que amenaza a los que no lo hagan.

Pero, me dirá alguna, todo eso está muy bien; estamos ya convencidas de que hay que amar a Dios; pero, ¿qué es amar? ¿Cómo se puede amar? A esto respondo, mis queridas hijas, que amar es querer bien a alguien, desear que todos conozcan sus méritos, que los estimen, proporcionarles todo el amor y la satisfacción que de nosotros dependa, desear que todos hagan otro tanto y que la persona amada no se vea amenazada por ninguna desgracia. Cuanto más perfecto es el amor, más sublime y elevado es el bien que se quiere para la persona amada. Pues bien, como no hay nada tan perfecto como Dios, de ahí se sigue que el amor que se le tiene es un amor sano y que tiende a querer su mayor gloria y todo lo que pueda ceder en su honor.

Para entender bien todo esto, hermanas mías, hay que saber que hay dos clases de amor: uno se llama afectivo y el otro efectivo.

El amor afectivo procede del corazón. La persona que ama está llena de gusto y de ternura, ve continuamente presente a Dios, encuentra su satisfacción en pensar en él y pasa insensiblemente su vida en esta contemplación. Gracias a este mismo amor cumple sin esfuerzo, e incluso con gusto, las cosas más difíciles y se muestra cuidadosa y vigilante en todo lo que puede hacerla agradable a Dios; finalmente, se sumerge en este divino amor y no encuentra ninguna satisfacción en otros pensamientos.

Hay amor efectivo cuando se obra por Dios sin sentir sus dulzuras. Este amor no es perceptible al alma; no lo siente; pero no deja de producir su efecto y de cumplir su misión. Esta diferencia se conoce, dice el bienaventurado obispo de Ginebra, en el ejemplo de un padre que tiene dos hijos. Uno es todavía

pequeño. El padre lo acaricia, se divierte jugando con él, le gusta oírle balbucear, piensa en él cuando no le ve, siente vivamente sus pequeños dolores. Si sale de casa, sigue pensando en aquel niño; si vuelve, va enseguida a verlo y lo acaricia lo mismo que Jacob hacía con su pequeño Benjamín. El otro hijo es ya un hombre de 25 o 30 años, dueño de su voluntad, que va adonde quiere, que vuelve cuando le parece bien, que está al frente de todos los asuntos de la casa; y parece que su padre no le acaricia nunca, ni que lo ame mucho. Si hay alguna preocupación, el hijo es el que tiene que cargar con ella; si el padre es labrador, el hijo se cuidará de todo el ajeteo de los campos y pondrá manos a la obra; si el padre es comerciante, el hijo trabajará en su negocio; si el padre es abogado, el hijo le ayudará en las prácticas judiciales. Y en nada se conocerá que lo ama su padre.

Pero se trata de hacer testamento, y entonces el padre demostrará que lo ama más que al pequeño, a quien acariciaba tanto, porque le concederá la mejor parte de sus bienes y le dará lo mejor. Y se observa en las costumbres de algunos países, que los mayores se quedan con todos los bienes de la casa, mientras, que los pequeños sólo tienen una pequeña legítima. Y de esta forma se ve que, aunque aquel padre tenga un amor más sensible y más tierno al pequeño, tiene un amor más efectivo al mayor.

Pues bien, mis queridas hermanas, así es como el bienaventurado obispo de Ginebra explica estos dos amores. Hay algunas de vosotras que quieren mucho a Dios, que sienten gran dulzura en la oración, gran suavidad en todos los ejercicios, gran consuelo en la frecuencia de los sacramentos, que no tienen ninguna contradicción en su interior, debido al amor que sienten por Dios, que les hace recibir con alegría y sumisión todo lo que le viene de su mano.

Hay también otras que no sienten a Dios. No lo han sentido jamás, ni saben lo que es tener gusto en la oración, ni sienten devoción, según creen; pero no por ello dejan de hacer oración, de practicar las reglas y las virtudes, de trabajar mucho, aunque

con repugnancia. ¿Dejan acaso de amar a Dios? Ni mucho menos, porque hacen lo mismo que las demás, y con un amor mucho más fuerte, aunque lo sientan menos. Es el amor efectivo, que no deja de obrar, aunque no aparezca.

Hay algunas pobres hermanas que se desaniman. Oyen decir que unas sienten gran afecto, que otra hace muy bien su oración, que la de más allá tiene mucho amor a Dios. Ellas no sienten nada de esto, creen que todo está perdido, que no tienen nada que hacer en la Compañía, ya que no son como las demás, y que sería mejor para ellas salirse, ya que están sin amor a Dios.

Pues bien, mis queridas hermanas, es una equivocación. Si cumplís con todas las cosas de vuestra vocación, estad seguras de que amáis a Dios, y de que lo amáis con mayor perfección que aquéllas que lo sienten mucho y que no hacen lo que vosotras hacéis. Observad bien lo que os digo: si hacéis las cosas de vuestra vocación.

Estoy viendo que algunas me dirán: «Padre, yo no hago nada, no experimento ningún progreso; no me impresiona nada de lo que se hace o de lo que se dice. Veo a mis hermanas tan recogidas en la oración, y yo estoy siempre distraída; si leen alguna cosa, las demás sienten mucho gusto en ello, pero yo me aburro. Me parece que esto es una señal de que Dios no me quiere aquí, ya que no me da su espíritu como lo hace con las demás. No sirvo nada más que para dar mal ejemplo». Mis queridas hermanas, esto es una seducción del espíritu maligno, que se esfuerza en ocultaros el bien que realizáis cuando hacéis lo que podéis, aunque no sintáis ningún consuelo.

Hay otras que se preocupan al ver que las demás dejan su vocación. «Esa se ha salido; ¿para qué quiero yo seguir aquí? Tampoco yo hago nada. Si ella consigue su salvación en otra parte, también la podré conseguir yo». Sin embargo, aunque se ven agitadas por estas preocupaciones, no dejan de hacer todo lo que de ellas dependen. Hermanas mías, no os preocupéis. Dios os quiere aquí. No dejáis de estar en su amor, ya que obráis de esta manera; y ésta es una de las señales más grandes que podéis darle.

El mandamiento que Dios nos ha dado de amarlo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todo nuestro pensamiento, etcétera, no significa que él quiera que nuestro corazón y nuestra alma sientan siempre ese amor. Se trata de una gracia que su bondad concede a quien le parece. Lo que él quiere es que, por un acto de la voluntad, todas nuestras acciones se hagan por su amor. Al entrar en la Compañía, habéis visto cuáles eran esas obligaciones; os habéis entregado a Dios para cumplirlas en su amor, y todos los días habéis renovado este acto. Estad seguras, hermanas mías, de que, aunque no gocéis del consuelo de sentir la dulzura de ese amor, no dejáis de tenerlo, cuando hacéis lo que hacéis por ese amor.

Pero, Padre, ¿cuál es el medio para estar en perpetuo acto de amor? Es preciso que sepáis, hermanas mías, que lo conseguiréis muy fácilmente por cuatro medios, que os voy a decir.

El primer medio para estar en un acto continuo de amor a Dios consiste en no tolerar los malos pensamientos, en tener el espíritu limpio; porque esto disgusta mucho a Dios, que es totalmente puro y santo. Si os viene alguno de esos pensamientos, echadlo fuera lo antes que podáis, pensando en que vuestro corazón es de Dios, que no quiere nada sucio ni manchado. Para esto disponéis de un medio muy fácil. Cuando suene el reloj, pensad en vuestro espíritu que Dios os llama y os dice: «Hija mía, ámame; hija mía, el tiempo pasa y se acerca la eternidad; dame tu corazón». Esto, hermanas mías, con una visión interior y sencilla, os pondrá en la presencia de Dios, limpiará vuestro corazón y os hará producir un acto de amor.

El segundo acto, ya que se trata de que las Hijas de la Caridad amen todas a Dios y siempre a Dios, el segundo medio, digo, consiste en no decir nada que esté mal, en no quejarse jamás, en no murmurar jamás, en no divertirse a costa de las demás, ni de las del fuera ni de las de dentro, en hablar bien de Dios y del prójimo, y de esta manera vuestro corazón se mantendrá en el amor de Dios.

Pero, Padre, ¿Es necesario que yo hable siempre de Dios? No. Pero cuando habléis de él, que sea con respeto y devoción.

Cuando estéis juntas en un lugar en donde podáis conversar, hablad del bien que habéis visto en unos y en otros, decid lo bueno que es Dios, que conviene amarlo, o bien explicad cómo le servís, para edificación de aquellos que os escuchan e incluso para la vuestra; si os oyen hablar así, no se permitirán conversaciones impropias.

El otro medio para amar a Dios consiste en seguir fielmente las reglas, que son actos continuos del amor a Dios: apenas levantarse, entregar el corazón a Dios para cumplir su regla y su santísima voluntad; vestirse con este pensamiento; ir a la oración con este deseo y este sentimiento; cuando se sale, servir a los pobres de la forma que nos ordena la regla. Estad seguras, hijas mías, de que si no faltáis a esto, amáis a Dios en un continuo acto de amor.

El último medio para amar a Dios continuamente y siempre, consiste en sufrir: sufrir las enfermedades, si Dios nos las envía; sufrir la calumnia, si cae alguna sobre nosotros; sufrir en nosotros mismos las penas que nos envía para probar nuestra fidelidad. El buen hermano Antonio ⁴, un santo varón, un gran siervo de Dios, a quien hemos conocido, tenía esta práctica. Cuando se ponía enfermo, decía inmediatamente: «Sé bien venida, hermana enfermedad, ya que vienes de parte de Dios». Si le decían: «Hermano Antonio, dicen que es usted un hipócrita, que está engañando a los demás, que no hace lo que dice» «Sé bienvenida, hermana difamación». Le decían: «Hermano

4. Antonio Flandin-Maillet, nacido en Saint-Geoire (Isere) en 1590, murió en olor de santidad en Montluel (Ain) el 16 de febrero de 1629. «Las conversiones que se deben a las oraciones del hermano Antonio, las curaciones obtenidas por la imposición de sus manos, sus combates con el demonio, sus relaciones con los ángeles, sus consejos iluminados por luz sobrenatural, habían formado a su alrededor unas especie de aureola, cuyo prestigio no solamente se imponía a los pequeños y pobres, sino también a los príncipes y poderosos» (A. M. de FRANCLIEU, *Frère Antoine*, Grenoble 1864). La reina le había hecho venir a París en 1628 para conversar con él, un ignorante que no sabía ni leer ni escribir, pero cuya santidad todos celebraban. Fue entonces cuando san Vicente, Luisa de Marillac y el padre Portail tuvieron la dicha de conocerle. El retrato del hermano Antonio adornaba una de las salas de San Lázaro.

Antonio, hay mucha gente descontenta de usted; se dice que es usted un tramposo, que está engañando al mundo, etcétera». «Sé bienvenida, hermana difamación». Es el hombre más santo que hemos visto en nuestros tiempos. Todos los motivos de aflicción que tenía, los daba como enviados de Dios. De la misma forma, hijas mías, cuando os digan que hay alguien descontento de vosotras, cuando se os atribuyan falsamente ciertas palabras o acciones, decid: «Sé bienvenida de parte de mi Dios». Si os ponéis enfermas, y os veis impedidas para hacer vuestros ejercicios como deseáis, alabad a Dios, que así lo permite. Que ocurra lo mismo con todo lo que os acontezca de contrario o de difícil, acordándoos, hermanas mías, de que no podríais hacer a Dios un sacrificio más agradable de vosotras mismas que entregándoos a él para sufrir lo que él quiera enviaros.

Así que aquí tenéis cuatro medios por los que las Hijas de la Caridad estarán, si los practican, en un acto continuo de amor a Dios.

El primero es, como hemos dicho y lo repito una vez más, habituar nuestro corazón a formar buenos pensamientos, no tolerar que nos veamos distraídos por mil fantasías vanas e inútiles o por pensamientos sucios. Gracias a Dios, no creo que vosotras os veáis atacadas de ellos, pero sí de pensamientos de envidia, de murmuraciones, de descontentos secretos. ¡Cuánto os alejaría esto del amor a Dios y cómo os metería dentro pensamientos de dejar la vocación y de romper con Dios! Mis queridas hijas, tened mucho cuidado con esto, porque es muy peligroso. Si los sentís, procurad rechazarlos y guardaros mucho de consentir en ellos.

Otra manera de demostrar a Dios que le amamos consiste en sufrir las injurias, las calumnias, las penas, a veces muy molestas, que se encuentran en nuestra vocación, y que el santo amor de Dios podrá endulzar. A propósito de esto, hijas mías, cuando oigáis decir (en este momento el Padre Vicente cambió de tono de voz y se llenaron de lágrimas sus ojos), cuando oigáis decir que se ha salido una hermana, despreciando las gracias que Dios le ha concedido, no os extrañéis, llorad su pér-

dida, lamentad el deplorable estado en que ha caído y tomad vosotras nuevas fuerzas con esta ocasión.

¡Pero, Dios mío! ¡Si era una hermana que hacía tanto bien! ¡Nos prometíamos tanto de ella! ¡Seguramente habrá sido por culpa de la compañera y de los superiores! ¡Ay! Guardaos mucho de pensar así, hermanas mías.

Pero voy aún más lejos, pues creo que yo también podría salirme como ella; yo no soy mejor que ella, e incluso soy más imperfecta; tampoco podré durar mucho. Guardaos mucho, hijas mías, de hablar de esta manera, pase lo que pase. Es jugar con Dios, es jugar con vosotras mismas. Aunque así fuera, y aunque fuera peor, no tendríais que preocuparos ni hablar entre vosotras, ni poner os a considerar las razones que hayan podido tener las que se hayan salido, porque nunca les faltará ninguna razón, sino renovad en vosotras el amor a Dios y decid en vuestro corazón: «Dios mío, es verdad que esta hermana, a la que habías llamado tan misericordiosamente, ha abandonado tu servicio. ¡Ay! ¡A dónde vamos a parar cuando tú nos dejas! Si no me sostienes, Dios mío, yo haré otro tanto; pero espero que no me abandonarás; y por mi parte pondré todo mi esfuerzo en ser fiel a tu voluntad. Desde ahora evitaré esos tratos y esos afectos particulares que me han causado tanto daño, y me acercaré a las que tu has dado más fuerzas, para que sus buenos ejemplos y sus instrucciones me puedan aprovechar».

Así es como tenéis que hacer, hijas mías.

¿Sabéis lo que se hace cuando un príncipe se levanta contra un rey, cuando reúne un ejército y se subleva y toma las armas contra él? Cuando hace eso, todos los demás príncipes que no son de su partido van a buscar al rey y le dicen: «Majestad, sabemos que ese príncipe ha roto el juramento de fidelidad que debía a vuestra Majestad; nosotros hemos venido para declararos que no queremos saber nada con él y que por el contrario estamos dispuestos a exponer nuestras vidas en vuestro servicio». De esta forma renuevan las promesas de su fidelidad. Los que están lejos y no pueden venir envían algún mensajero.

De la misma forma, mis queridas hijas, si veis lo que acabo de decir, aunque una haya fallado a su vocación, tenéis que animaros más a la fidelidad y decir: «No, Dios mío, aunque todas fallen, yo, con la ayuda de tu gracia me mantendré firme».

Y basta por ahora. Tengo prisa y no puedo detenerme más tiempo en explicaros los demás medios, con la esperanza de que la bondad de Dios que os los ha sugerido, os concederá la gracia de servirlos de ellos siempre que lo necesitéis. Entre tanto, le suplico con todo mi corazón que os llene de su santo y verdadero amor, que nos conceda las señales infalibles del mismo y nos dé la gracia de ir creciendo en él cada vez más, para que, ayudados de esta gracia, podamos empezar en este mundo lo que hemos de hacer eternamente en el otro, adonde espero que nos conduzca el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

42(42,IX,483-498)

CONFERENCIA DEL 28 DE NOVIEMBRE DE 1649

Sobre el amor al trabajo

Hijas mías, el tema de esta conferencia es sobre la importancia que tiene el que las Hijas de la Caridad trabajen durante las horas que les quedan libres después del servicio a los pobres, o a la atención a las alumnas, en los lugares en donde no están demasiado ocupadas. El primer punto es sobre las razones que tienen para trabajar y ganarse parte de su vida; el segundo, sobre la clase de trabajo en que tienen que ocuparse; el tercero, sobre lo que deben hacer para que Dios vea con agrado su trabajo, tanto la asistencia que prestan a los enfermos como las demás tareas.

He aquí, hermanas mías, los tres puntos sobre los que vamos a hablar. Veamos por qué razones tienen que ocuparse las Hija de la Caridad en los sitios que puedan, sin perjudicar para nada al servicio de los pobres enfermos o a la instrucción de las alumnas, tanto en las aldeas como en las parroquias de París.

Conferencia 42. — Ms. SV. 9, p. 191 s.

Hermana, díganos por qué razones tiene que trabajar una Hija de la Caridad para ganar una parte de su vida.

— Padre, sobre el primer punto me parece que hemos de tener alguna ocupación, porque nuestro Señor nos ha recomendado que empleemos bien el tiempo; en segundo lugar, porque somos pobres; y en tercer lugar, porque la ociosidad provoca malos pensamientos, que son la causa de muchas malas conversaciones y destruyen con frecuencia en nosotros lo que la gracia había construido y que conservaríamos si estuviésemos ocupadas. Sobre el segundo punto, me parece que el trabajo en que podríamos ocuparnos podría ser coser, hilar, y otras labores por el estilo, que nunca nos faltarán. Sobre el tercero, me parece que un buen medio es el aficionarse al trabajo.

Otra hermana dijo:

— Padre, me parece que debemos trabajar, a ejemplo de nuestro Señor, que trabajó mientras estuvo en la tierra. Sobre el segundo punto, creo que el más apropiado para nosotras es el trabajo de coser o de hilar, como ha dicho mi hermana. Y como medios, creo que nos convendrá poner mucho cuidado y diligencia, imaginándonos que tenemos que trabajar siempre, y trabajar como si tuviésemos prisa, porque cuando se va lentamente, no se avanza, y cuando se cree que hay poco quehacer, no se preocupa una de afanarse.

Otra hermana dijo:

— Padre, me parece que una razón para animarnos a no perder el tiempo es el ejemplo de la santísima Virgen, que nunca estuvo ociosa. En relación con los trabajos, no se me ocurren más que los que han señalado mis hermanas, al menos para las que están en casa y no tienen ocupaciones u oficios particulares. Para hacer que Dios vea con agrado nuestros trabajos, un buen medio será ocupar el espíritu en alguna cosa buena mientras se trabaja y no tolerar los pensamientos inútiles.

¡Dios la bendiga, hija mía!, dijo nuestro veneradísimo padre. ¿Y usted, hermana?

— Una razón por la que tenemos que trabajar para ganarnos una parte de nuestra vida, es que nuestra vocación tiene el ho-

nor de imitar la vida de trabajo del Hijo de Dios; por consiguiente, lo mismo que él trabajó con san José y con su santa Madre para ganarse la vida, también nosotras tenemos que hacerlo. La segunda razón es que no aportamos ninguna dote cuando entramos para poder vivir, y por consiguiente tenemos que ganarnos la vida con el trabajo. La tercera es que la mayoría de nosotras estaríamos obligadas a ganarnos la vida, si estuviéramos en el mundo. La cuarta es que se trata de un medio para fundamentar bien nuestra Compañía en la virtud, y especialmente en la humildad, que nuestro Señor recomendó tanto a los que quieren seguirle, y estimó tanto que la practicó él mismo durante toda su vida.

Otra hermana dijo:

— Padre, me parece que una razón para ocuparnos en ganar una parte de nuestra vida, es para imitar a nuestro Señor, a su santa Madre y a san José, que trabajaron durante toda su vida. Además, nuestra Compañía hace profesión de pobreza. La tercera razón es que, si se introdujese en la Compañía la idea de que no tenemos nada que hacer para ganarnos la vida, pronto caeríamos en la ociosidad, y nuestra Compañía se vendría abajo. En fin, no hay nada tan perjudicial para las buenas costumbres como la ociosidad.

Sobre el segundo punto, a saber, sobre los trabajos en que tenemos que ocuparnos durante el tiempo que nos queda libre del cuidado de los enfermos y de la atención a las alumnas, o de las observancias de nuestra regla, me parece que cada una podría, según sus facultades, ocuparse en algunos trabajos necesarios, como hilar, coser, y algunos otros que son útiles para la casa o para los pobres, y no en cosas que entretengan demasiado el espíritu y nos apasionen más de la cuenta. Al examinar cómo hemos de comportarnos para que nuestro trabajo sea agradable a Dios y útil para la asistencia de los pobres, me parece que al comenzar deberíamos tener la intención de agradar a Dios, honrando el trabajo que nuestro Señor Jesucristo hizo en la tierra; después, no emprender nada sin permiso, y estar dispues-

tas a dejar el trabajo cuando se nos mande, o cuando nos obligue el servicio de los pobres.

Después de que nuestro dignísimo Padre, con su caridad y su paciencia ordinaria, escuchó lo que cada una de las que preguntaba tenía que decir sobre este tema, empezó a hablar de esta manera:

Doy gracias a Dios, hermanas mías, por los pensamientos que su bondad os ha dado sobre el presente tema, que son todos muy buenos, muy dignos de consideración, muy útiles, muy prácticos, y sobre los cuales no me detendré mucho, ya que no tenemos mucho tiempo.

Solamente voy a añadir, hermanas mías, dos cosas que se me han ocurrido, la primera es el mandamiento expreso que dio Dios al hombre de ganarse la vida con el sudor de su frente. In sudore vultus tui vesceris pane, le dijo ¹; te ganarás la vida con el sudor de tu frente, esto es, hermanas mías, con un trabajo que sea duro y pesado; mandamiento tan expreso que no hay ningún hombre que pueda exceptuarse de él, y trabajo de tal categoría que, por la gracia de Dios, nos sirve de penitencia por el esfuerzo que exige al cuerpo. Dios no dijo solamente: «Trabajarás con el afán de tu espíritu por ganarte la vida», sino: «Trabajarás con el sudor de tu frente», trabajarás no solamente con tu entendimiento, sino con tus manos, con tus brazos y con todo tu cuerpo, y trabajarás con tal actividad que el sudor te caerá de la frente. Así es, mis queridas hermanas, como hay que entender este mandamiento de Dios, al que todos los hombres están obligados a obedecer.

El labrador que vemos tras el arado cultivando la tierra y sembrando el grano para el alimento de los hombres, cumple con este mandamiento, porque su cuerpo sufre y pena, de forma que el sudor le cae de su rostro muchas veces.

La hermana de la Caridad que va cargada con su marmita por la mañana y por la tarde, durante el calor y durante el frío, y no para ella, sino para llevárselo a aquel pobre que no pue-

1. Gén 3,19.

de ir a buscarla y que moriría de hambre si ella no se lo llevase esa hermana, mis queridas hijas, cumple con este mandamiento.

La segunda razón, hermanas mías, es que Dios al hablar al justo dice que vivirá del trabajo de sus manos, como si hubiese querido darnos a entender que la mayor obligación del hombre, después del servicio que tiene que hacer a Dios, consiste en trabajar para ganarse la vida, y que bendecirá de tal forma el esfuerzo que haga, que no caerá en necesidad, que no será una carga para nadie, y que lo que él haga servirá para mantener a su familia, y todo le saldrá bien. Dios mismo promete trabajar con él, y mientras trabaja, bendecirá a Dios.

El justo vive de esta manera, mis queridas hermanas; vive, según el mandamiento de Dios, del trabajo de sus manos y no es ninguna carga para nadie. Pero el injusto no lo hace así; por no tomarse la molestia de trabajar, será una carga para los demás, se pondrá a mendigar o a robar. Ved la diferencia: el uno llena de contento a Dios y a los hombres, vive en la práctica de los mandamientos de Dios y goza suficientemente de las cosas necesarias para la vida; el otro es odioso a Dios, insoportable a las personas buenas e inaguantable para sí mismo por la miseria a la que lo reduce su vagancia.

No es que yo quiera decir, hermanas mías, que todos los que viven bien sean justos, ni que todos los que sufren necesidad sean injustos, porque vemos muchas veces que por el permiso de Dios los malos prosperan y los buenos no tienen éxito en la vida; pero os diré que nunca se ha visto a un hombre al que Dios no le haya dado medios más que suficientes para vivir, cuando él ha querido esforzarse.

Frente a las bendiciones que Dios ha dado a los justos, están las maldiciones que fulmina contra los ociosos en la Sagrada Escritura. Remite a los perezosos a las hormigas: «Id, perezosos, les dice, aprended de la hormiga lo que es preciso que hagáis»²,

2. Prov 5,6.

La hormiga, mis queridas hermanas, es un animalito al que Dios le ha dado tal previsión que todo lo que puede recoger para el invierno durante el verano y el tiempo de la cosecha, se lo lleva a la comunidad. Fijaos, mis queridas hermanas, no se apropia de nada para su uso particular, sino que se lo lleva a las demás y lo mete en el pequeño almacén de la comunidad. Las abejas hacen esto mismo durante el verano. Van formando su provisión de miel, recogéndola de las flores, para vivir durante el invierno, y se la llevan, lo mismo que las hormigas, a la comunidad. No son más que unos animalitos, de los más pequeños que hay en la tierra, pero Dios ha impreso en ellos ese instinto de trabajar, de forma que nos los pone como ejemplo para que aprendamos a ser previsores con nuestro trabajo.

La tercera razón que tenemos ya la habéis dicho. ¡Qué cosas tan bonitas habéis dicho vosotras! Es que el mismo Dios trabaja continuamente, continuamente ha trabajado y trabajará. Trabaja desde toda la eternidad dentro de sí mismo por la generación eterna de su Hijo, que jamás dejará de engendrar. El Padre y el Hijo no han dejado nunca de dialogar, y ese amor mutuo ha producido eternamente al Espíritu Santo, por el que han sido, son y serán distribuidas todas las gracias a los hombres.

Dios trabaja además fuera de sí mismo, en la producción y conservación de este gran universo, en los movimientos del cielo, en las influencias de los astros, en las producciones de la tierra y del mar, en la temperatura del aire, en la regulación de las estaciones y en todo este orden tan hermoso que cotemplamos en la naturaleza, y que se vería destruido y volvería a la nada, si Dios no pusiese en él sin cesar su mano.

Además de este trabajo general, trabaja con cada uno en particular; trabaja con el artesano en su taller, con la mujer en su tarea, con la hormiga, con la abeja, para que hagan su recolección, y esto incesantemente y sin parar jamás. ¿Y por qué trabaja? Por el hombre, mis queridas hermanas, por el hombre solamente, por conservarle la vida y por remediar todas sus necesidades. Pues bien, si un Dios, soberano de todo el mundo, no ha estado ni un solo momento sin trabajar por dentro y por

fuera desde que el mundo es mundo, y hasta en las producciones más bajas de la tierra, a las que presta su concurso, ¡cuán razonable es que nosotros, criaturas suyas, trabajemos, como se ha dicho, con el sudor de nuestras frentes! Un Dios trabaja incesantemente, ¿y podría mantenerse ociosa una Hija de la Caridad? ¡Estará convencida quizás de que no está más que para servir a los enfermos! Y cuando tenga pocos enfermos o no tenga ninguno, ¿se mantendrá inútil? Mis queridas hermanas, guardémonos bien de eso, huyamos de la ociosidad como de la muerte; ¿pero qué digo?, huyamos de ella como del infierno.

Pero, Padre, estamos ocupadas desde la mañana hasta la noche; apenas nos queda tiempo para comer, y muchas veces lo tenemos que hacer fuera de hora. Muy bien, mis queridas hermanas; alabo por ello a Dios con todo mi corazón. Me gustaría hiciese su bondad que todas estuvieseis lo mismo. Ya sé que en París no falta trabajo, que muchas veces se necesitarían tres para hacer lo que tienen que hacer dos, y que, si los días tuviesen cuarenta y ocho horas encontraríais en qué emplearlas; pero también sé muy bien que en las aldeas no siempre hay tanta ocupación, que no suele haber tantos enfermos para ocupar el tiempo, y que incluso en París hay parroquias donde el quehacer no es tan grande; la verdad es que no hay mucho trabajo, aunque nunca falta; y de esos lugares precisamente, mis queridas hermanas, es de los que quiero hablar, ya que en ninguno de ellos se puede jamás perder el tiempo.

Si supieseis, hermanas mías, las desgracias que trae consigo la ociosidad, huirías de ella como del infierno. Se ha dicho, y es verdad, que es causa de malos pensamientos y de malas conversaciones. ¡Ay, es muy cierto, mis queridas hermanas! ¡la ociosidad es la madre que las alimenta! ¿Qué harán juntas dos personas que no tengan nada que hacer, sino ponerse a hablar de cosas inútiles y peligrosas? Luego empezarán a hablar de otras más perniciosas y condenables, a murmurar, a decir mentiras, a quejarse de sus superiores, a criticar las reglas, a hablar de los demás con desprecio, a construir castillos en el aire, ¿Quién sabe las extravagancias que pueden ocurrir en un espíritu ocioso?

Tendrán mil malos pensamientos, mil imaginaciones sucias a propósito de esta persona o de aquélla, de aquél joven con que se han encontrado, aunque por la misericordia de Dios no creo que pase esto entre vosotras, mis queridas hermanas, ya que su bondad os preserva de estos desórdenes de una manera especialísima. Sí, podemos decirlo por la gloria de Dios, él cuida muy especialmente de conservar vuestra pureza; pero no hay que abusar.

La ociosidad engendra además pequeños rencores, aburrimientos, celos, que muchas veces son una simple imaginación sin fundamento. Una persona ociosa se pondrá a hacer mil reflexiones en contra del respeto que debe a Dios; destruirá la paz que tiene que hacer reinar en su alma y forjará juicios en contra de la caridad que debe a su prójimo.

Mis queridas hermanas, ¿qué hizo nuestro Señor mientras vivió en la tierra? Lo habéis dicho. No tengo casi nada que añadir. Diré solamente que él llevó dos vidas sobre la tierra. Una, desde su nacimiento hasta los treinta años, durante los que trabajó con el sudor de su divino rostro por ganarse la vida. Tuvo el oficio de carpintero; se cargó con el cesto y sirvió de jornalero y de albañil. Desde la mañana hasta la noche estuvo trabajando en su juventud, continuó hasta la muerte. El cielo y la tierra se llenan de vergüenza a la vista de semejante espectáculo.

Esta es, mis queridas hermanas, la conducta de Dios, soberano de todo el mundo, al que todas las criaturas deben un honor infinito. Lo vemos vivir del trabajo de sus manos y en la ocupación más baja y penosa del mundo. ¿Y nosotros, ruines y miserables, vamos a estar inútiles? ¿Y querrá ahorrar sus esfuerzos una Hija de la Caridad?

El otro estado de la vida de Jesucristo en la tierra fue desde los treinta años hasta su muerte. Durante esos tres años ¿qué es lo que no trabajó de día y de noche, predicando unas veces en el templo, otras en una aldea, sin descanso, para convertir al mundo y ganar las almas para Dios su Padre? Durante aquel tiempo, ¿de qué creéis que vivió, mis queridas hermanas? No poseía nada en la tierra, ni siquiera una piedra en donde des-

cansar su divina cabeza ³, en la que habitaba la eterna sabiduría. Vivía entonces de las limosnas que le daban la Magdalena y las demás piadosas mujeres que le seguían para escuchar sus sermones. Iba a casa de los que le convidaban y no dejaba de trabajar día y noche, a cualquier hora, yendo adonde sabía que había algunas almas que ganar, o bien un enfermo para darle la curación del cuerpo, y luego la del alma. De esta forma quiso enseñar que hay dos tiempos para las Hijas de la Caridad que sirven a los enfermos; uno durante el cual tienen que administrar los cuidados temporales; otro, mientras les sirven o después de haberles servido, durante el cual les digan alguna buena palabra para inducirles a hacer una buena confesión, disponerles a bien morir, o a tomar buenas resoluciones para vivir mejor si Dios les devuelve la salud. Obrar de esta forma, mis queridas hermanas, es imitar la conducta de nuestro Señor en la tierra; y ganarse la vida de esta manera, sin perder tiempo, es ganársela como nuestro Señor se la ganó.

San Pablo, el gran apóstol, el hombre lleno de Dios, el vaso de elección, se ganó la vida con el trabajo de sus manos; en medio de sus grandes trabajos, de sus graves ocupaciones, de sus predicaciones continuas, empleaba el tiempo de día y de noche para poder bastarse a sí mismo, sin pedir nada a nadie; en una de sus epístolas dice: «Sabéis que no os he exigido nada y que han sido estas manos las que han ganado el pan que como, para sostener mi cuerpo» ⁴. ¿Quién no se llenará de con fusión ante este ejemplo? No era una hermana la que hablaba ni era un hombre ordinario; era un hombre de elevada condición por su nacimiento, su ciencia y su virtud; y aquel hombre estimaba tanto la santa pobreza enseñada por Jesucristo que hubiese sentido escrúpulos de comer un trozo de pan sin habérselo ganado; si sus grandes ocupaciones no le permitían trabajar de día, sacaba tiempo quitándole al descanso de la noche.

3. Lc 9,58.

4. 2 Ts 3,8.

Por entonces era costumbre en la iglesia que todos trabajasen. Los religiosos, al principio, se ganaban la vida. Después de haber asistido al oficio divino, se ocupaban en hacer esteras y cestos de mimbre que vendían. Y esto se practicaba hasta el tiempo de san Bernardo; sus religiosos y él mismo trabajaban en lo mismo hace cuatrocientos años. Pero como todo se va relajando con el tiempo, se abolió esta santa costumbre. Esto tuvo graves consecuencias; porque la disciplina doméstica dejó de basarse desde entonces en la austeridad en la que se encontraba cuando los religiosos estaban sometidos al trabajo.

Pues bien, mis queridas hermanas, ¿veis la bondad de vuestra obra, vosotras, que no tenéis que ser mantenidas por los lugares adonde vais? Este es un punto muy importante, porque de esta forma podréis trabajar siempre en el servicio de Dios y con aplauso de todos, aunque no tengáis que buscarlo. No tendréis que estar obligadas a pedir más que lo que se pueda dar. Y si llegáis a tener más de lo que necesitáis, ya sabéis que lo que sobre tiene que ser para formar a otras hermanas, que puedan hacer algún día el mismo servicio a Dios que hacéis vosotras, y atiendan al prójimo de forma que Dios quede glorificado en ellas. Los religiosos sirven a Dios y sostienen a la iglesia; pero la mayor parte de ellos, al menos los que son mendicantes, tienen necesidad de ser mantenidos por el pueblo. Es cierto que no obran mal, ya que esa es su regla, por ejemplo los religiosos de san Francisco, que practican una pobreza tan estrecha; esto es muy grande delante de Dios, pero es a costa del pueblo y sin poseer bienes, en la desnudez y la pobreza, ya que no tienen fondos.

Pero vosotras podéis ganar lo suficiente para vuestra vida sirviendo al prójimo; no sois costosas para nadie; sino que vosotras mismas proveéis a vuestras necesidades. ¡Quiera Dios que también lo pudiese hacer así yo, indigno del pan que como, y que ganándome lícitamente la vida, pudiese servir a mi prójimo sin poseer nada y sin ser gravoso a nadie! ¡Ojalá nuestros padres pudiesen hacerlo y nos viésemos obligados a dejar lo que

tenemos! Dios sabe con cuánto gusto lo haría. Pero no podemos hacerlo, y tenemos que humillarnos.

Si Dios quiere, mis queridas hermanas, concederos la gracia de que podáis algún día ganaros la vida y llegar a servir en las aldeas que no tienen medios para sosteneros, creo que no habría nada más hermoso. ¡Unas hermanas, trabajando por los demás, estarán en un lugar en donde servirán a los pobres e instruirán a las niñas, sin que nadie contribuya a ello, y esto gracias al trabajo de las hermanas que estén en otros lugares, gracias también al trabajo que ellas mismas puedan hacer en sus momentos de descanso! ¡Qué gran bendición de Dios sería, hermanas mías, que las que estáis ya en las aldeas, o en las parroquias, sirviendo a los pobres y enseñando a los niños, contribuyeseis con vuestro trabajo a conseguir que otras puedan realizar ese mismo bien, aportando a la comunidad lo que os sobre! Si lo hacen las abejas, como ya hemos dicho, cogiendo la miel de las flores y llevándosela a la colmena para alimento de las demás, ¿por qué vosotras, que tenéis que ser como abejas celestiales, no lo vais a hacer? Hermanas mías, si Dios quiere conceder a vuestra Compañía la gracia de que, por vuestro medio, sean servidos los pobres, sea educada la juventud, y pueda subsistir esta casa, lo mismo que hasta ahora, recibiendo e instruyendo a las jóvenes que se presentan con el deseo de servir a Dios, y que a su debido tiempo hagan el servicio que vosotras hacéis, ¿no será ésta una gran felicidad para vosotras? Mis queridas hermanas, estáis obligadas a ello a la medida de vuestras fuerzas; al menos, no tenéis que omitir nada para conseguirlo. Decid en vuestro interior: «Se trata de la casa donde me han educado; han hecho el favor de recibirme y acogerme en ella; es muy razonable que contribuya a sus gastos, para que puedan continuar haciendo lo mismo con las que vengan después de nosotras y siga adelante la Compañía y prosiga el bien que ha comenzado».

Este bien es muy grande, hermanas mías, mucho mayor de lo que podríais pensar y yo sería capaz de deciros. Por ejemplo, dos hermanas que están en una parroquia, ¿qué es lo que no

hacen? ¿qué es lo que oímos decir de su manera de vivir? Es una vida como la que Jesucristo llevó en la tierra; Dios trabaja continuamente con ellas, y tiene que ser así, mis queridas hermanas, porque ellas de por sí no podrían hacer lo que hacen. Recuerdo ahora a dos de nuestras hermanas que están en un lugar en donde no tienen mucho que hacer y tienen abundantemente lo que necesitan; estoy preocupado y tengo miedo de que no sea esto para ellas una ocasión para decaer y refugiarse en la pereza. Preferiría que no se hubiese hecho la fundación, porque, mis queridas hermanas, la ruina de vuestra Compañía vendría precisamente por ahí. Cuando se vea a nuestras hermanas bien establecidas y que no tienen mucho en qué ocuparse, no se preocuparán de trabajar y no se cuidarán de ir a ver a los pobres. Y entonces habría que despedirse de la Caridad; ya no sería Caridad; estaría totalmente sepultada; habría que celebrar entonces las exequias de la Caridad. Si Dios no pone su mano, sucederá así. No lo veré yo, ya que no me queda mucho por vivir en la tierra; pero sí lo veréis vosotras, a las que Dios concederá más años de vida.

Entregaos pues a Dios, mis queridas hermanas para trabajar debidamente, imitando a su Divina Majestad que trabaja incesantemente, aunque no necesite de nada, para proporcionar a la comunidad, lo mismo que las abejas, lo que os sobre, para que se pueda educar a otras hermanas, después de haber atendido a vuestras necesidades.

Pero, me diréis, ¿en qué trabajos podemos ocuparnos? No nos va un trabajo de mucha importancia; y además, no sabemos hacer todo lo que se nos puede encargar. A esto, hijas mías, responderé que coser e hilar son los trabajos más convenientes que podéis hacer. Todo el mundo necesita ropa, y vosotras podéis estar seguras de que, si trabajáis en esto, siempre la tendríais, bien sea para vuestro uso, bien sea para los pobres o los niños, bien para los demás; nunca os faltará.

Pero, ¿qué hay que hacer para que este trabajo agrade a nuestro Señor? Ya se ha dicho, mis queridas hermanas, y se han añadido cosas muy hermosas a todo esto.

Hay que trabajar primeramente para agradar a Dios, que pone su alegría y sus delicias en vernos ocupadas en un mismo fin. Pues bien, podéis estar seguras de que vuestra ocupación le agrada. Por eso no dudéis de que hacéis una cosa que le agrada.

En segundo lugar, vuestro trabajo tiene que tener la finalidad de honrar el trabajo fatigoso y duro de nuestro Señor en la tierra, que puso su divino cuerpo al servicio de las obras más difíciles, sin ahorrar esfuerzos.

En tercer lugar, hay que hacerlo pensando que estáis trabajando en el servicio del prójimo, que es tan estimado por Dios que cree como hecho a sí mismo lo que se hace para consuelo de los demás.

En cuarto lugar, hay que desterrar de nosotros el espíritu de avaricia. Se ha dicho atinadamente que no había que tener ante la vista la ganancia. ¡Dios mío! No, eso lo estropearía todo. Si una Hija de la Caridad se propusiese, al trabajar, ir acumulando dinero sobre dinero para tenerlo a disposición, o para alimentarse mejor, eso disgustaría a Dios y deseducaría a las personas buenas.

Un hombre del mundo me decía ayer: «Padre, hace ocho años que me entregué a Dios para no aprovecharme de mis bienes. Una vez alimentado y vestido, doy lo que me sobra a los pobres. Sé muy bien que de esta forma no podré dar carrera a mi hijo, pero no podría obrar de otra manera». Mis queridas hijas, se trata de un hombre del mundo, que no sabe estar sin hacer nada y que tiene hijos y que todo lo que hace, después de haberse provisto sencillamente de lo necesario, es para los pobres; llega incluso a vender y entregar sus fondos. Tendríamos que vendernos a nosotros mismos para sacar a nuestros hermanos de la miseria; y una Hija de la Caridad, ¿podrá ser tan desgraciada que se reserve algo y se diga: «¡Quién sabe a dónde puedo llegar! Quizás no esté siempre en la Compañía; si llegase a salir, tendré todo esto!»? ¡Ay! ¡malditas ideas, pensamientos condenables, temores sugeridos por el demonio para ocasionar la ruina de aquellas que la escuchasen! No creo que haya entre vosotras ninguna que esté en esta disposición; sé muy

bien que todas vosotras sentís mucho afecto e interés por la Casa.

Ruego a Dios, que desde toda la eternidad trabajó dentro de sí mismo, ruego a nuestro Señor Jesucristo, que trabajó aquí en la tierra hasta ser un jornalero, ruego al Espíritu Santo, que nos anima al trabajo; ruego a san Pablo, que se ganó con el trabajo de sus manos el pan de su sustento; ruego a todos los antiguos religiosos, que se ejercitaron en el trabajo manual y que llegaron a la santidad, que quiera la bondad de Dios perdonarnos el tiempo que tantas veces hemos perdido, y especialmente a mí, que soy el más indigno de comer el pan que como y que Dios me da; ruego a nuestro Señor Jesucristo que nos conceda la gracia de trabajar por imitarle; ruego a la santísima Virgen y a todos los santos que nos obtengan de la Santísima Trinidad esta gracia, en cuyo nombre, confiando en su infinita bondad, pronunciaré las palabras de la bendición.

Benedictio Dei Patris...

43(43,IX,498-511)

CONFERENCIA DEL 19 DE ABRIL DE 1650

*Sobre la conducta que hay que observar en las dificultades
cuando se está lejos de la Casa madre*

El tema de la presente conferencia, mis queridas hermanas, es sobre lo que tienen que hacer las Hijas de la Caridad cuando están fuera de la Casa, especialmente por los pueblos y en los lugares muy alejados, si sienten alguna dificultad, tanto espiritual como temporal, por ejemplo, cuando tienen dudas o alguna pena interior a propósito de las reglas; porque a veces surgen contrariedades en sus cargos, imperfecciones y molestias en las prácticas de devoción, especialmente en la confesión y comunión, en las mortificaciones corporales, en las comunicaciones interiores.

Conferencia 43. — Ms. SV. 9 p. 200 s.

El tema, hijas mías, lo dividiremos en tres puntos: el primero es sobre las razones que tenemos para saber bien cómo hemos de portarnos cuando ocurren semejantes dificultades fuera de la Casa; el segundo, sobre lo que habría que hacer en esas ocasiones; el tercero, sobre lo que ha hecho cada una cuando se encontró con semejantes dificultades, y sobre las resoluciones que hay que tomar en el futuro a este propósito.

Esta conferencia, hermanas mías, se refiere, no ya a las hermanas de aquí, ni a las que están en París, ya que unas y otras tienen a su mano el remedio oportuno, sino solamente a las que están en los pueblos y en los lugares muy apartados, en donde quizás se ven privadas de todo consuelo y no pueden acudir a la decisión de sus superiores, ya que la cosa es demasiado urgente y el camino demasiado largo. Pero como todas las que estáis aquí estaríais dispuestas a partir inmediatamente a cualquier sitio adonde se os enviase, es conveniente que cada una sepa lo que habría que hacer si se encontrase en ese lugar o tuviese semejante necesidad.

Dirigiéndose a una hermana, el Padre Vicente le dijo:

— ¿Es conveniente, hija mía, que sepamos cómo hemos de portarnos cuando estamos lejos de la Casa y nos viene alguna preocupación en la que tendríamos necesidad de consejo?

— Padre, me parece que una razón para desear estar bien instruida en lo que tenemos que hacer en esas necesidades, es que entonces nuestro espíritu podría tener un gran descanso.

— ¿Y qué haría usted, hija mía, si estuviese lejos y tuviese alguna pena o tentación, sin saber de quién tomar consejo?

— Padre, creo que sería conveniente, puesto que no estamos solas, hablar con la otra hermana.

— Sí, hija mía, tiene usted razón; pero habría que hacerlo con discreción y según la naturaleza de la asunto. Por ejemplo, si se trata del cuidado de los enfermos o de la instrucción de las niñas, se podría decir, e incluso se debería hacerlo: «¡Dios mío! Hermana, estoy preocupada porque me parece que el servicio a los enfermos no va como he visto en otras partes; he visto este abuso. ¿Qué le parece? ¿no se podría remediar?».

Lo mismo en lo que se refiere a la escuela Pero si la pena fuese de tal preocupación que vuestra hermana no pudiese consolarla, e incluso fuese prudente tenerla oculta, se le podría decir: «Hermana, le ruego que no se preocupe si me ve un poco triste; tengo una pena en el espíritu; re-ce a Dios por mí. Espero de s.l bondad que esto pase pronto, pero soy tan débil que no puedo impedir que se me conozca».

Hermana, ha dicho también usted que habría que tener confianza en la persona que se os ha dado para que dirija vuestra conciencia; en efec-to, este es un medio muy importante para tranquilizar al espíritu. Si tenéis alguna pena para la que creéis que tenéis necesidad de consejo, diri-gíos a él con confianza. Dios no permitirá que diga algo que no sea para vuestro bien.

Otra hermana dijo que sería conveniente tranquilizarse y tener paciencia.

A esto añadió el Padre Vicente:

— Dice esta hermana, y con razón, que cuando una crea que ha he-cho lo que debía en este mundo, si ha comunicado su preocupación a una hermana y no encuentra ningún remedio, o en el caso de que se tratase de algo que no podemos comunicarle sin inquietarla, ha dicho al confesor que se nos ha dado de parte de los superiores y no logramos tranquilizarnos, hemos de creer que Dios lo permite de esa manera, ado-rar su voluntad, practicar la paciencia y trabajar por conservar la tran-quilidad de espíritu en medio de la inquietud o de la tentación.

Otra hermana dijo que ella no había experimentado mejor medio que ponerse a los pies del crucifijo y contar su pena a nuestro Señor, con con-fianza y sumisión, resignándose a su santa voluntad.

— Tiene usted razón, hija mía, y es ciertamente uno de los mejores medios que podemos encontrar para hacer la voluntad de Dios y quedar tranquilos. Esa ha sido la práctica de casi todos los santos. Me acuerdo que la difunta señora del general ¹

1. Señora de Gondi.

obraba de esa forma. En cierta ocasión dijo a su confesor ², quien se fue de viaje a cincuenta leguas de allí: «Padre, usted se va, ¿a quién podré acudir en mis penas?». El le respondió: «Señora, Dios proveerá. Podrá dirigirse a tal y a tal Padre, a éste para las confesiones ordinarias, y a aquél para su consejo, si el otro no le basta; y si los dos no logran tranquilizar su espíritu, le aconsejo, señora, que lo busque al pie de la Cruz. Allí manifestará usted amorosamente sus penas al Hijo de Dios, hará actos de confianza y de resignación con su voluntad, honrando el desamparo en que él mismo se encontró al verse abandonado por los que tenían más obligación con él, y privado de todo consuelo sensible, hasta creerse abandonado por su Padre Eterno. Allí examinará usted, señora, el uso que ha hecho de sus sufrimientos y obtendrá, con la ayuda de su gracia, un éxito mucho mayor del que yo le podría decir».

Aquella buena señora, hijas mías, lo practicó de esa forma; y unos días más tarde escribía a su confesor: «Padre, he experimentado los medios que me ha indicado para tranquilizar mi espíritu en medio de mis penas; pero no he encontrado un medio mejor que el de ponerme a los pies de un crucifijo. Lo que los hombres me decían no era lo que yo buscaba. Allí es donde yo encontré todo el consuelo que las criaturas no me podían dar».

Hijas mías, ese es el único remedio, y si algunas veces lo habéis utilizado, estoy seguro que no habréis encontrado ninguno más eficaz. Ha estado usted muy inspirada, hermana, y pido a Dios que la bendiga.

La otra hermana que está al lado, díganos por favor qué es lo que tiene que hacer una hermana, que, encontrándose lejos, tiene el espíritu apenado y no tiene a quién dirigirse para pedir consejo.

— Padre, creo que lo más urgente es ponerse en las manos de Dios y tener confianza en su bondad. Además, me parece que,

2. El mismo san Vicente.

si está con una hermana en quien tenga confianza, le puede pedir permiso para escribir a los superiores.

— ¡Bendito sea Dios! Esta hermana confirma lo que la otra dijo a propósito del descanso que se siente poniéndose en manos de Dios, y dice además que conviene escribir. Pues bien, es preciso que sepáis, hermanas mías, que cuando se quiere escribir a un pariente, a un amigo o a algún otro, hay que pedir permiso a la hermana sirviente, y cuando está escrita la carta, entregársela a ella para que la envíe, si lo juzga oportuno, o la retenga, si le parece así mejor. Esto se hace en todas las comunidades bien ordenadas, y también se practica entre nosotros. Ninguno de nuestros padres y hermanos escribiría a nadie, sin acudir primero a pedir permiso, trayéndome luego su carta, para que yo la viera; y según lo que sea, la envío o la retengo. Si yo no estoy, se la entregan a los superiores, que hacen lo mismo.

Pero, Padre, esto es muy duro. Entonces, cuando escriba (y tengo que hacerlo muchas veces), ¿es preciso que alguien lea mis cartas y pueda suceder que no sean enviadas, si no lo creen conveniente? Sí, hermanas mías, tiene que ser así; si no, el orden quedaría trastornado; una escribiría a su gusto, lo mismo haría otra. Es lo que se practica en todas las casas bien ordenadas.

Pero, cuando se trata de escribir a los superiores o a la directora, entonces, hijas mías, no hay que pedir permiso ni enseñar las cartas. Sois absolutamente libres para escribirles, y tenéis que hacerlo siempre que tengáis necesidad de ello, sin que sea necesario contar con la hermana sirviente; y ella no tiene que decir nada en contra, porque ese es el orden que hay que observar.

Lo mismo ocurre con las cartas que os llegan: cuando se las reciba, no hay que verlas, hasta que las haya visto la hermana sirviente y se las entregue o envíe a la hermana a quien van dirigidas. Es lo que se hace en todas partes. ¿Creéis que entre nosotros se entrega alguna carta a alguien que no sea yo mismo? Me traen todas las que mandan para los particulares;

y cuando las he leído, las doy o las retengo, según me parece conveniente.

Pero cuando se recibe una carta de los superiores o de la superiora, entonces la hermana sirviente no tiene derecho a verlas; tiene que entregarla inmediatamente después de haberla recibido, sin abrir; y si la hermana le dijese: «Hermana, ¿quiere usted verla?». No tiene que hacerlo, sino decirle: «No lo haré, hermana; es para usted y yo no tengo que tocarla».

Entonces llamaron al Padre Vicente para un asunto urgente; y dejó al padre Portail, quien tomó la palabra en su lugar.

Seguramente os sentiréis mortificadas, hermanas mías, de que el Padre Vicente os haya tenido que dejar a mitad del camino. Habíais empezado a saborear la dulzura de su lenguaje, y de pronto os habéis visto privadas de él. Me he quedado yo solo, que soy todo lo contrario. Pero así lo quiere la obediencia. Quizás pueda volver luego para concluir. Si así es, podéis juzgaros felices. Entretanto, ya que así lo ha mandado, no dejaremos de decir alguna cosa de lo que Dios nos inspire sobre el tema que ha comenzado.

Hermana, ¿quiere usted decirnos sus ideas?

— Padre, la primera razón que he tenido para saber cómo hemos de portarnos en las dificultades con que nos encontramos, cuando estamos lejos, es que, si no lo supiéramos, nos veríamos en peligro de disgustar a Dios haciendo algo en contra de lo que deberíamos hacer, por no estar debidamente informadas, y esto nos causaría grandes inquietudes interiores y nos quitaría la paz con Dios, con el prójimo y con nosotras mismas, y por consiguiente nos apartaría de Dios, que solamente habita en un lugar de paz.

En segundo lugar, nos ponemos en peligro de perder nuestra vocación, porque en medio de tantas dificultades, sin saber cómo portarnos, fácilmente nos dejaríamos llevar a preguntar a algunas personas que, por no tener el espíritu de la Casa, nos aconsejarían lo contrario de lo que tenemos que hacer, y esto causaría nuestra pérdida total. Por el contrario, cuando estamos bien instruidas sobre la conducta que hay que observar en

esas ocasiones, eso nos conservará, en cualquier sitio en que estemos, dentro del espíritu de la Compañía.

Sobre el segundo punto, he pensado que, para las cosas corporales, si estamos cerca de la Casa, es conveniente venir a exponer a los superiores nuestros pensamientos, deseando seguir sus consejos; y si estamos tan lejos que no podemos venir, hemos de ponernos delante de Dios, y, después de haber pedido su ayuda, hacer lo que nos inspire su bondad y lo que nosotros creeríamos que nos permitirían nuestro superiores. Pero para las cosas espirituales y las penas interiores, creo que hay que buscar expresamente nuestro consuelo en Dios, agradecer su amor con todo nuestro corazón, sin preocuparnos de nada, y sufriendo todo lo que él quiera sin hacer que sepan nada nuestras hermanas, ni manifestar por fuera nuestro mal humor. Y para estar en esta situación creo que hay que pedirselo insistentemente a Dios, y tal ha sido mi resolución, ayudada de su santa gracia.

— Esta hermana ha dicho un motivo muy importante y muy digno de atención, y hemos de examinarlo un poco. Al no saber lo que tenemos que hacer, ha dicho, nos ponemos en peligro de perder nuestra vocación. Esto puede tener más consecuencias de las que creéis, hermanas mías, porque no decís: «Si no estoy en este lugar, estaré en otra parte en donde podré también conseguir mi salvación; podemos salvarnos en cualquier parte». Es preciso que sepáis, hijas mías, que la hermana que abandona su vocación, es como el pez fuera del agua. Fuera del agua, el pez no puede vivir mucho tiempo; muere inmediatamente. ¿Por qué? Porque el agua es su elemento, y está fuera de ella. De la misma forma, la comunidad es el elemento de las Hijas de la Caridad que han sido llamadas a ella; mientras estén allí, podrán vivir, y tendrán la gracia de conseguir su salvación; pero si salen fuera, no sabrán ya qué hacer, y la mayor parte de las que dejan su vocación se condenarán, si Dios no las protege con una misericordia muy extraordinaria; no hablo solamente de las que salgan de aquí, sino en general de todos aquellos que abandonan su vocación, en cualquier parte

adonde hayan sido llamados; porque todos son infieles a Dios y le injurian al despreciar las gracias que les ha conferido y al no hacer de ellas el uso que deberían.

A propósito de esto, es menester que os refiera un hecho, aunque con dolor, porque se trata de uno que ha sido de los nuestros; pero no importa, esto os hará ver qué peligroso es perder la vocación. Un joven de buena familia, que se había entregado a los devaneos y vanidades del mundo, fue enviado a nuestra casa por su Padre, que tenía miedo de sus malas inclinaciones.

Estuvo encerrado cerca de un año en una habitación, donde nadie le veía, a no ser alguno de la casa para recogerle sus obligaciones. Estaba allí como prisionero. Al finalizar el año, se vio tocado por Dios y se sintió con un gran deseo, no sólo de no volver más a sus malos pasos, sino de hacer penitencia de ellos, de retirarse del mundo y de servir a Dios dentro de la Misión. Después de haber perseverado algún tiempo dentro de estos deseos, lo recibimos. Se portaba muy bien, y todo el mundo se sentía edificado. Se le veía siempre haciendo humillaciones, buscando las cosas bajas y despreciables. Cuando repetía su oración, creíamos que oíamos hablar a un ángel. No se vio nunca fervor y devoción semejantes.

Esto duró unos dos años. Luego, empezó a relajarse, a hacer las cosas con negligencia y a tropezar. El trato con algunos malos espíritus que no eran muy aficionados a la casa, acabó por perderle. Salió con el pretexto de ser mejor en otra parte. Conservó la sotana y parecía seguir en su voluntad de hacerse sacerdote, pero pronto empezó a tomar los aires del mundo. Iba a caballo y se portaba de una manera muy diferente de la que conviene a un eclesiástico. Era un eclesiástico cortesano. Volvió a tropezar, porque ayer lo vi sin el hábito eclesiástico; vestía como caballero e iba a marcharse al ejército.

Pues bien, decidme, ¿no es verdad que su salvación está en mucho peligro? Quizás lo maten, y Dios sabe en qué estado, porque ya no tiene los sentimientos ni la piedad que antes demostraba. Ahora habla como un libertino y un ateo; no sale

de dudas; no cree en nada, según dice. Esta es la situación de un hombre que ha perdido su vocación y que parecía un ángel.

De esta forma, hija mía, tiene usted razón al decir que, por no saber lo que hay que hacer, uno se pone en peligro de perder la vocación, y al observar que esa es una gran desdicha; pues indudablemente lo peor que puede pasar a un alma que ha sido llamada por Dios para servirle en un género de vida, es salirse de él; y uno no cae en ese estado cuando continúa las buenas prácticas que nos enseñan las reglas y los superiores. He observado que, desde que tuve el honor de empezar a servir a la Compañía hace diez o doce años, la mayor parte de las hermanas que han salido, lo han hecho por no haber sabido comunicar sus penas. Unas deseaban otra ocupación, otras querían otra compañera distinta. Se tienen antipatías y no se manifiestan. Todo esto va anidando en el corazón. Empieza a resultar costosa una regla, que no se sabe cómo conciliar con otra porque a veces hay reglas que se contradicen, y por no ver claras las cosas se cae en el abuso y en el cansancio. Se confiesa una, pero no dice nada de ello. Entretanto, el espíritu se va sintiendo más herido. Viene entonces alguna ocasión imprevista y se dejan caer las armas. Me he extendido un poco sobre este punto, porque es de gran importancia.

Otra hermana dijo que le parecía que un buen medio, cuando una se siente desvalida, es ofrecer una comunión a Dios, para que se digne mirar por nuestra pena o inquietud.

El padre Portail preguntó a otra hermana, que planteó dos cuestiones. La primera, si no sería conveniente ante todo, cuando sentimos alguna pena, empezar por la sagrada comunión, antes de buscar remedio en otra parte.

El padre Portail respondió:

Tiene usted razón, hermana mía; es conveniente empezar por ahí. La oración es muy buena; es bueno ponerse de rodillas delante de un crucifijo, pero vale más todavía unirse con Dios en la sagrada comunión. Los otros medios no son más que accesorios; éste es el principal. Y después, si la pena continúa, se tendrán más fuerzas para soportarla, y la oración que se haga ten-

drá mayor eficacia. Si nos cuesta un poco decir alguna cosa, esto nos lo facilitará; si estamos en un sitio en donde no tenemos a nadie, Dios nos inspirará; pero, mientras estéis en esta Casa, poned vuestra confianza, hermanas mías, en vuestra superiora o en vuestra directora; ellas tienen el espíritu de Dios para conducirnos y lo tendrán con todas las que confíen en ellas, a cualquier parte adonde vayáis, y habéis de tener por seguro que nunca os sentiréis engañadas si seguís sus consejos. Tenemos que tener más confianza en los superiores que Dios nos ha dado que en un ángel del cielo, ya que por medio de ellos es como Dios nos da a conocer lo que quiere de nosotros. El mismo lo ha dicho: «El que os escuche a vosotras, a mí me escucha»³. Si vieseis por un lado a un ángel que os mandase alguna cosa y por otro a nuestro Señor que os dice otra distinta, estaríais obligadas a dejar lo que el ángel os dijera para hacer lo que nuestro Señor os dice.

Pero, mis queridas hermanas, para aprovecharse de lo que dicen vuestros superiores, hay que acudir a ellos con una intención recta para enmendarse, no por despecho o por venganza, ni para descargarse y demostrar nuestros resentimientos, nuestras antipatías, ni por una especie de arrogancia; las que acudiesen a los superiores sin esa buena intención, en vez de dejar allí sus inquietudes, seguirían todavía más preocupadas. Hay que ir a ellos con esa rectitud, con el deseo de seguir igualmente todo lo que se os ordene, mirando a vuestro superior como a Dios, escuchándolo como a Dios y obedeciéndole como a Dios. De esta forma, podéis estar seguras que Dios bendecirá vuestra sumisión y os dará el descanso y la paz que buscáis.

La otra cuestión fue saber si, cuando una está lejos y se encuentra con unas personas que contribuyeron a la fundación de una casa, y necesitan nuestra asistencia, hay que prestársela en perjuicio del servicio a los pobres. Hubo diversos pareceres. La señorita alegó el artículo de las reglas por el que se prohíbe ser-

3. Lc 10,16.

vir a las personas ricas que tienen medios para hacerse servir por otros.

Sobre esto el padre Portail aconsejó que se excusase una lo mejor posible, alegando el peligro en que podrían caer los pobres, por no tener el alimento o los remedios a la hora conveniente. Añadió que, si el servicio que se pide es fuera del tiempo dedicado a los pobres, y consiste puramente en la asistencia a los enfermos, como hacerles algún caldo, o medicamentos, se lo podríamos hacer, con tal que fuera en raras ocasiones, de poca duración y no perjudicase en nada a los cirujanos del lugar.

Luego preguntó a otra hermana, que respondió:

La primera razón para que estemos instruidas en la forma de portarnos ante las dificultades que tenemos en los lugares apartados, es para no hacer nada inconveniente o perjudicial a la Compañía, al prójimo o a nosotras mismas.

Otra razón es que esto nos hace conformes con el espíritu y la manera de obrar de la Compañía; porque, si surgiese alguna dificultad, yo pensaría delante de Dios que se trata de su mayor gloria, y procuraría acordarme de lo que he oído decir a mis superiores en ocasiones semejantes, para sacar de allí lo que pueda hacer en conformidad con sus intenciones. Si la cosa fuese de tal naturaleza que pudiese decírsela a la hermana con quien estoy, lo trataría con ella, con la esperanza de que Dios le daría su espíritu; si se refiriese a mi conciencia, me confesaría del pecado cometido, con resolución de abandonarlo, y procuraría quedarme tranquila.

Mi resolución ha sido insistir todo lo que me sea posible, con la ayuda de Dios, en el espíritu y en las máximas de la Compañía, durante el tiempo que tengo la felicidad de estar en esta casa, para servirme de ellas cuando Dios permita que me vea lejos de aquí.

Esta es, dijo el padre Portail, una razón que todavía no se había dicho, esto es, la uniformidad. Es preciso que os conforméis con el espíritu de la casa, de forma que no solamente os den a conocer vuestro vestido y vuestro tocado, sino sobre todo vuestra manera de obrar. Esto es muy necesario y conviene que

lo tengáis en cuenta, mis buenas hermanas; fijaos bien en esto, por favor.

Por consiguiente, tenéis que ejercitaros. Los soldados que van a la guerra se ejercitan antes de partir, y aunque estén en tiempos de paz, no dejan de recordar con frecuencia los ejercicios de la guerra. ¿Por qué obran así, sino para estar bien preparados cuando haya que ir al combate? Porque, si no hubiesen hecho estos ejercicios anteriormente, podría temerse que se encontrasen sin experiencia en el momento de la lucha.

Pues bien, las Hijas de la Caridad tienen que pelear contra el diablo con las instrucciones que dan a los pobres enfermos cuando los van a visitar y hacerles conocer a Dios y los principales misterios de nuestra religión; esto hace que piensen en su salvación y eviten los pecados que las pondrían en posesión del diablo. Pelean también contra él con las enseñanzas que dan a las niñas, en quienes van insinuando el temor de Dios y el deseo de la virtud. Y sobre todo combaten contra él con el buen ejemplo que dan, con su caridad en socorrer al prójimo, con su modestia, su humildad y todas las virtudes que practican.

44 [48,IX,554-571].

CONFERENCIA DEL 14 DE JULIO [DE 1650] ¹.

Sobre la indiferencia

Hijas mías, he aquí el título de esta conferencia, que contiene la disposición en la que una Hija de la Caridad tiene que estar para ir a cualquier lugar que sea, tanto si se la manda ir como si se la manda venir, y con cualquier hermana que sea,

Conferencia 44. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Esta conferencia fue recogida por sor Hellot, que murió entre el 7 de agosto de 1650 y el 13 de abril de 1651, y como hace alusión a un párrafo de la carta escrita por el padre Nacquart, el 9 de febrero de 1650, no puede ser esta conferencia sino de 1650

y los medios para impedir que nazcan las debilidades que podrían engendrar deseos de salir de allí.

Hija mía, ¿quiere usted decirnos sus pensamientos sobre este tema?

— Sobre las razones que tenemos para ir a cualquier lugar, me parece que se trata de obedecer a la voluntad de Dios, para cumplir con lo que hemos prometido al entrar en la Compañía, cuando se nos dijo que habría que ir a cualquier sitio adonde nos enviasen, y para imitar a los apóstoles que fueron por todo el mundo sin ninguna repugnancia.

Sobre las hermanas, creo que no hay que tener preferencia con ninguna, sino someternos a todas de buen grado, atribuyéndonos siempre la falta de las dificultades con que tropezamos.

Otra hermana dijo sobre el mismo punto:

La primera razón que tenemos para ir adonde nos envíen y para aceptar a la hermana con quien vayamos, es que estamos obligadas a vivir bajo la obediencia y que podemos estar seguras de que de esta forma cumplimos con la voluntad de Dios y trabajamos por nuestra salvación. Además, por este cambio de lugar imitamos la vida de los apóstoles, porque, como ellos iban para predicar a Jesús crucificado, también nosotras tenemos que ir a varios lugares, y dar a conocer con nuestro buen ejemplo que hay un Dios por el que trabajamos. Sobre las hermanas, hemos de tener todas un mismo espíritu, y con este medio no tendremos ninguna dificultad en estar con una o con otra.

Observaciones de otra hermana:

Sobre las razones que tenemos para ir adonde los superiores lo crean conveniente, me parece que es disponernos para hacer mucha provisión de caridad y de sumisión, para soportar a las que no sean de nuestro gusto.

Otra hermana dijo, sobre el mismo punto, que nos obliga a ello la virtud de la obediencia, el buen ejemplo que hemos de dar y la participación en el mérito de la comunidad.

Observaciones de otra hermana:

Otra razón para estar siempre dispuestas a ir a cualquier sitio y con cualquier hermana, consiste en pensar que nos hemos entregado a Dios, y que donde estemos nos encontraremos con Dios y le glorificaremos, si somos fieles a lo que pide de nosotras. Otra razón es que, aunque estemos lejos de la casa y de nuestras hermanas, estamos siempre unidas y participamos en todo el bien que allí se hace. La tercera razón es que, cualquiera que fuese la hermana con que nos encontremos, ha sido Dios el que nos ha unido a ella, y por tanto es para nuestro progreso. Si ella es de un carácter que nos parece incompatible, podemos pensar que Dios lo ha permitido para darnos ocasión de practicar alguna virtud y especialmente la mansedumbre y la paciencia, y que los santos se hubiesen sentido contentos de encontrar semejantes personas para ejercitarse, ya que de algunos de ellos sabemos que se obligaron voluntariamente a vivir con personas de mal humor, a fin de glorificar a Dios por su sumisión a ellas.

La señorita, cuando nuestro muy honorable padre le rogó que dijese las luces que Dios le había dado sobre este tema, dijo:

Como primera razón para estar siempre y en todo tiempo dispuestas a ir a cualquier parte y con cualquiera de nuestras hermanas, he pensado que era enteramente necesaria la disposición de acatar los designios de Dios en la fundación de esta Compañía, que no podría sin eso darle la gloria que su bondad quiere sacar de nosotras, y el servicio que les debemos a los pobres.

La segunda razón es que en esta disposición mostramos nuestra fe ante la verdad del atributo que Dios se da a sí mismo de ser un Dios celoso ², y que quiere enteramente nuestro corazón, estando dispuestas sin reserva alguna a cumplir su santa voluntad, que se nos manifiesta infaliblemente en la de nuestros superiores.

Y la tercera es que una Hija de la Caridad, sin esta dispo-

2. Ex 20,5

sición, no puede decir verdaderamente que pertenece a la Compañía, ya que su solo ejemplo, si fuese escuchado, sería capaz de poner grandes obstáculos y causar graves desórdenes a todas las demás; y hasta habría que temer que fuera éste el comienzo de la ruina total de la Compañía.

El segundo punto era sobre lo que las Hijas de la Caridad tienen que hacer para impedir que entren en su espíritu estas debilidades y ligerezas, que podrían llevarlas a querer separarse de su hermana.

A propósito de esto una hermana dijo:

Yo he pensado que lo que podemos hacer para remediar estas debilidades y ligerezas que entran en nuestro espíritu, es ponernos al pie de la cruz y pensar en los sufrimientos del Hijo de Dios en medio de las dificultades que se presentan.

Observaciones de otra hermana:

Me parece que el medio para remediar estas debilidades y ligerezas consiste en rechazarlas apenas nos demos cuenta de ellas, sin pensar en ellas para nada.

Observaciones de otra hermana:

Me parece que un buen medio para impedir el efecto de estas debilidades y ligerezas consiste en no descubrir nuestras pequeñas dificultades a las personas seglares, ya que podrían darnos remedios contrarios a nuestro mal, sino decírselas más bien a nuestros superiores.

Otra hermana dijo que no veía remedio más oportuno contra el mal que podrían causar estas debilidades y ligerezas, que un gran deseo de sufrir. Este deseo apagaría todas nuestras repugnancias y nos impediría comunicarlas a cualquier persona que no fuese nuestros superiores.

Otra hermana dijo que, cuando nos vienen estos pensamientos, conviene pensar que la voluntad de Dios es que adoremos esa misma voluntad, que tomemos como tentación las razones que nos podrían convencer de lo contrario y que pidamos ayuda a Dios para no sucumbir.

La señorita añadió:

Uno de los medios para impedir que tengamos disposiciones contrarias a ésta, consiste en entregarnos frecuentemente a Dios en nuestras oraciones y santas comuniones sin ninguna reserva. Otro medio es que, apenas nos demos cuenta de alguna clase de aversión o de disgusto por el lugar o las personas con quienes estamos, o contra nuestra hermana, o contra algunas de nuestras hermanas si somos varias, que no dejemos que reine esta pasión, sino que desde el comienzo procuremos hacer actos contrarios, comulgando por esta intención, y, si nos parece que esto no nos da fuerza, examinemos con cuidado de dónde puede provenir esto, pidiendo perdón a Dios, renovándonos con el pensamiento de los primeros fervores que nos llevaron a entregarnos a Dios; y si esto continuase algún tiempo, que advirtamos a nuestros superiores de nuestra tentación y de nuestra conducta, y sigamos exactamente los consejos que Dios permitirá que ellos nos den, pidiendo humildemente esta gracia, rogando a la santísima Virgen y a nuestro ángel de la guarda.

Después que hubieron hablado todas las hermanas preguntadas (no las hemos mencionado a todas, porque varias indicaron los mismos pensamientos), nuestro muy venerado Padre empezó de esta manera:

Ante todo, hijas mías, voy a deciros la manera con que habéis de dar cuenta de vuestra oración. Es menester que las que escriben pongan en su cuaderno: la conferencia es de tal tema; el primer punto es de tal cosa; sobre esto la primera razón me parece que es tal cosa; la segunda, tal otra; y así a continuación. Después, vendrá el segundo punto, que es sobre los medios; decir el primer medio, el segundo, el tercero y el cuarto, distinguiendo el segundo del primero y el tercero del segundo, para que las cosas estén claras. Creo hijas mías, que será conveniente tener una conferencia expresamente para esto, que no tendréis que preparar, para que busquemos las razones en aquel mismo instante. No es, mis queridas hijas, que por la misericordia de Dios no hayáis tomado los puntos de esta conferencia y que no hayáis elegido las razones y los medios adecuados a este tema. Esto está claro por la gracia de Dios, y le

doy las gracias con todo mi corazón, y ruego a su divina bondad que os imprima en el corazón de cada una lo que se ha dicho y se diga en esta conferencia.

Entre vosotras hay algunas que han dicho razones tan poderosas, tan bien pensadas y tan bien deducidas, que un predicador no lo haría mejor, y esto se puede decir de todas. Sí, hijas mías, todas las que estáis aquí habéis dicho razones y medios suficientes, tanto las que han escrito, como las que han hablado. Podemos decir que Dios os ha iluminado a todas y que todas habéis encontrado los secretos para combatir contra vuestro enemigo, a no ser aquellas que no fueron advertidas a tiempo para poder hacer esta oración; y esto es por culpa mía, porque os lo debería haber comunicado antes.

Una de vosotras ha dicho que era voluntad de Dios que las Elijas de la Caridad fuesen a donde las enviasen, y tiene razón. ¡Que Dios la bendiga! Es voluntad de Dios que las Hijas de la Caridad vayan y vengán a esta parroquia, a este pueblo, a este hospital, a aquel otro, sin preocuparse ni apurarse si es con una hermana o con otra, si es para mucho tiempo o para poco. Hijas mías, no es posible dudar de que se trata de la voluntad de Dios; lo es hasta tal punto que, como se ha dicho muy bien, es lo que él quiso de la Compañía desde que por su bondad infinita le dio comienzo. Y puesto que la voluntad de Dios es que la conozcamos por la bendición que le da a los cargos y a las ocupaciones adonde permite que seáis llamadas, ¿porqué iba a haber alguna que no lo quisiese hacer, o que lo hiciese por capricho? ¿Qué se puede hacer en este mundo, sino la santísima voluntad de Dios? Como se ha dicho, nuestro Señor no vino a este mundo nada más que para cumplirla. ¡Oh Dios mío! ¡Qué buena observación! ¡Bendito sea Dios por haber dado este pensamiento a una de nuestras hermanas y que Dios bendiga a la que nos lo ha dicho! ¡No me acuerdo de quien se trata; pero sea cual fuere, que Dios la bendiga!

Así pues, Jesucristo no vino al mundo más que para cumplir la voluntad de su Padre, y durante toda su vida no hizo otra cosa, y la Hija de la Caridad que tiene que formarse sobre

el modelo de Jesucristo, ¿querrá hacer algo distinto de la voluntad de Dios?

Pero, Padre, dirá alguna, ¿de qué sirve hacer la voluntad de Dios? Hija mía, ¿de qué sirve? Si un alma en este mundo lo pudiese ver, no encontraría muchas dificultades, no se enfrentaría con nada que le costase, todo le sería fácil, ya que con gusto aceptaría abrazar la voluntad de Dios.

Esto, mis queridas hermanas, da gloria a Dios al rendirle la sumisión que una criatura debe a su Creador, y además le da alegría y gozo; sí, hijas mías, esto da gozo a Dios; ahí es donde pone sus delicias. Es una verdad autorizada por la Sagrada Escritura.

De forma, hijas mías, que cuando, teniendo ante la vista la voluntad de Dios, escucháis de boca de vuestro superior que hay que ir a tal sitio, y adoráis esa misma voluntad y vais alegremente adonde se os ha dicho, sin pensar en si vais a estar lejos de la casa, si vais a abandonar a vuestros padres, si no los volveréis a ver quizás ya nunca, si vais con tal hermana, hacia la que no sentís ninguna inclinación; cuando superáis todo esto por el deseo de cumplir la voluntad de Dios; entonces hijas mías, dais gozo a Dios, que pone sus delicias en vosotras, alegráis a los ángeles, que se regocijan con la gloria que Dios saca de la obediencia que una pobre criatura rinde a su santa voluntad, alegráis también a los santos, que participan en el gozo de Dios. Fijaos hasta dónde llegáis: ¡alegrar a Dios, alegrar a los ángeles, alegrar a los santos!

Esta verdad está apoyada en la Sagrada Escritura al decir que los ángeles se alegran en el cielo cuando un pecador hace penitencia en la tierra ³. ¿Y qué mayor penitencia puede darse que estar continuamente dispuesta a partir y a dejarlo todo para ir adonde una no ha estado nunca, con unas personas que nunca ha visto, dejando a otras con las que estaría tan bien? No dudéis de que los ángeles y los santos se alegran por esto.

Si Dios, los ángeles y los santos, sienten gozo en esto, los diablos y las almas condenadas, por el contrario, sienten tris-

3. Lc 15,7.

teza, como puede probarse por la Sagrada Escritura. Dios os muestra al diablo: «Mira, desgraciado, lo que eres por no haberme querido obedecer, tú a quien yo había creado con tantas ventajas y había hecho partícipe de mi gloria; y he ahí una pobre mujer, que tiene ánimos para obedecerme y no hacer caso de todas las dificultades que se le oponen, y de todas las repugnancias que la naturaleza le sugiere. Mira, miserable, y que este ejemplo sirva para confundirte una vez más y para aumentar tu pena eterna».

¿No vemos en Job la alegría que Dios recibe de las almas que ha escogido y cómo las muestra a Satanás para aumentar su vergüenza? «¿No ves, le dice, a mi siervo Job, cómo obedece a mi ley y está deseoso de complacerme?»⁴.

Pues bien, hijas mías, si los diablos sufren con esto un aumento de pena, también las almas condenadas. ¿Qué reproche dirigiría Dios a una Hija de la Caridad si, por haber sido infiel a su vocación, se mereciese las penas del purgatorio para satisfacer a la divina justicia, y quizás las del infierno? ¡Que no lo permita su bondad!, pero, si algunas tuviesen esa desgracia, no dudéis, hijas mías, de que Dios hizo conocer a esas almas el bien que vosotras hacéis. Les dice interiormente: «Si no te hubieses salido de allí, hubieses sido fiel a tu vocación, y ahora serías tan agradable a Dios como ésta y aquélla, que llegaron mucho después de ti. Ellas serían tus hijas. Ahora están una en un lado, otra en otro; cada una glorifica a Dios con el género de vida que se le ha ordenado; ésta en las parroquias, aquélla en el pueblo, esta otra en un hospital, la de más allá con los niños; y tú, desgraciada, estarás aquí eternamente por no haber querido seguir los movimientos que Dios te daba para hacer obras semejantes. ¡Alma desgraciada!». Vuestra sumisión a la voluntad de Dios, hijas mías, aumenta la pena de aquellas almas, que sufren el castigo de sus infidelidades.

¿Y no vemos cómo las que se han salido de vuestra Compañía se consumen de tristeza? Se consumen de tristeza, sí, lo

4. Job 1.8.

sé ciertamente. Dios permite que conozcan el bien que se hace por su misericordia y que lo vean con unos ojos muy distintos que cuando atendían a la tentación que les sugería que saliesen. Esto hace que realicen intentos increíbles para volver a entrar. Se sirven de aquel Padre, de aquella señora, de aquel religioso y de todas las personas que conocen. Se informan siempre bajo mano de lo que pasa en la Casa y de las hermanas que conocieron; preguntan dónde está ésta y aquélla, y saben que una está en Nantes, otra en Angers otra en Nanteuil y dicen dentro de sí: «¡Ay! Si yo siguiese allí, quizás estaría en Angers, quizás en Nantes, quizás en Nanteuil»; y lo que vosotras hacéis les da remordimientos; esto las tiraniza y las llena de pesar. Sé que no tienen ningún gozo ni alegría y que la mayor par te siguen así. Las que no experimentan estas penas están en mayor peligro todavía por ser insensibles a los movimientos de la gracia.

Esto os tiene que animar, mis queridas hijas, a conservar las disposiciones que Dios ha puesto en vosotras, pues por la gracia de Dios no sé que ninguna de vosotras se haya negado todavía a ir al sitio adonde se le ha enviado. No, no lo sé. Por la misericordia de Dios, no ha venido a mi conocimiento que ni una sola haya faltado a esta obligación de obedecer. Lo que decimos es solamente por precaución y para mostraros cuánta importancia tiene continuar lo que Dios ha puesto entre vosotras desde el comienzo. Y como se ha observado, habría que temer que estuviera allí el principio de la ruina de vuestra Compañía. ¿Y por qué? Hijas mías, porque desde el comienzo se ha visto que Dios quería esto de vosotras, que quiere ser glorificado en esto, porque el prójimo por esto recibe ayuda.

Y el medio de hacer algún servicio a los pobres, tal como por la misericordia de Dios se lo hacéis, ¿podría realizarse si no se os pudiese mover de un lugar? ¿Quién iría a esos pobres condenados? ¿Quién serviría a esos enfermos de las aldeas? ¿Quién visitaría a los que están sin asistencia en sus habitaciones y en esas chozas? La bendición que Dios da a esas ocupaciones, ¿no os indica cuánto le agradan? ¿Qué pasaría si alguna

se atreviese a desobedecer? No sé, por la gracia de Dios, que esto haya pasado nunca. Pero no habría nada que pudiera atraer tanto la ira de Dios sobre vosotras.

Si alguna dijese: «Pero, ¿es que voy a ir a ese país, donde no conozco a nadie, y se reirán de mí?». Entonces le pasaría como al profeta Jonás⁵. «Vete a Nínive, le dijo el Altísimo, y dile al pueblo que haga penitencia o que, dentro de tres días, Nínive será destruida». Jonás empezó a pensar en su interior: «Hay allí un rey que me podrá maltratar; nadie me dará la bienvenida cuando vaya a predicar penitencia; quizás tenga que perder la vida». ¿Y qué es lo que hace? Se embarca para marcharse a otro sitio. Inmediatamente el tiempo empieza a cambiar; surge la tempestad. Los marineros se detienen para echar a Jonás al mar y descargar el navío. Se encuentra con una ballena, que se lo traga y lo guarda durante tres días para devolverlo lleno de vida. Entonces, hijas mías, Jonás conoció su desobediencia, pidió perdón a Dios y, lleno de fuego y de fe, se fue a predicar a Nínive.

Según el ejemplo de este profeta, podéis juzgar, hijas mías, cómo se irrita Dios con las almas que ha escogido para realizar sus obras, cuando faltan a la obediencia. Pero, ¿quién podría esperar la gracia que concedió a Jonás de levantarse de su caída? ¡Ay!, hijas mías, no hay que estar seguro de ello, porque hemos de temer que las que tengan esta desgracia caigan como él al fondo del mar, al vientre de una ballena, esto es, en el mal y en la impotencia para poder levantarse, a no ser por un milagro especial. Y Dios no lo hace todos los días. ¡Quiera la bondad de Dios guardarnos de estas faltas!

Sé muy bien, hijas mías, que os piden muy lejos de aquí, a más de seiscientas leguas, y he recibido algunas cartas; sí, desde una distancia de seiscientas leguas se está pensando en vosotras; y si hay allí algunas reinas que os piden 6, también conozco a otras personas que os piden más allá del mar⁷. ¡Qué

5. Jon 1,2.

6. La reina de Polonia.

7. Madagascar.

elevado concepto, hijas mías, tienen de vosotras esas reinas y esas otras persona, para llamaros desde tan lejos! Esto es para vosotras una nueva obligación de trabajar en perfeccionaros y sobre todo en adquirir ese desapego con que es preciso que vayáis a cualquier sitio.

Pero me parece, mis queridas hijas, que os veo ya bastante convencidos por todas las razones indicadas, teniendo ante la vista la santísima voluntad de Dios, la santa obediencia, el ejemplo que Jesucristo os ha dado, al ser obediente hasta la muerte en la cruz ⁸, Pudo tener millones de ángeles para librarlo de la cólera de sus enemigos ⁹, y pudo por sí mismo vencerlos a todos, ya que sabéis cómo con una sola palabra los echó por tierra ¹⁰; sin embargo, hijas mías, no quiere usar de ese poder, ya que estima mucho más la obediencia a la santísima voluntad de su Padre; y está más contento de morir en la cruz para satisfacer los deseos de Dios, que si todo el mundo acudiera a defenderle.

Hijas mías, me parece leer en vuestros corazones el deseo que tenéis de imitarlo. Pero, ¿iría yo a seiscientas leguas de aquí? ¿iría más allá de los mares? ¡Oh! Veo muy bien, mis queridas hijas, que estáis dispuestas a ir cuando la obediencia os lo diga, y que, aunque supieseis que no volveríais jamás, no querríais retrasar vuestra marcha ni un solo momento. Y estoy seguro de que no hay ninguna de vosotras que no haya hecho ya este acto de resignación en su corazón. Incluso hay algunas que lo han hecho ya más de seis veces. Sí, por la gracia de Dios, os veo a todas bien dispuestas para hacer todo lo que su divina bondad quiera ordenar de vosotras, y me parece que os oigo decir: «Sí, mi Señor Jesucristo, con todo el afecto de mi corazón, con toda la fuerza de mi alma, me entrego enteramente a ti para vivir y morir en la obediencia, como tú quisiste vivir y morir obedeciendo, tanto si me mandan a aquel lugar, como si me retiran para poner allí a otra. Todo me será igual.

8. Flp 2,8.

9. Mt 26,53.

10. Jn 18,6.

Dios mío, bien sea por poco tiempo como por varios años, bien sea para vivir allí como para morir. Estoy contenta con todos los sucesos que tú permitas y no me preocuparé de lo que pueda pasar, con tal que quieras tú, Dios mío, concederme la gracia de obedecer por tu amor durante toda mi vida».

La resolución que ahora tomáis todas, mis queridas hijas, la tomo yo también, y espero de la bondad de Dios que me conceda la gracia de rendir a mis superiores la obediencia que les debo. Así lo espero, por la misericordia de Dios. Por todas mis miserias, tengo muchos motivos para arrepentirme de haber faltado en esto. ¡Bendito sea Dios!

Todavía nos queda por tratar, hijas mías, sobre los medios para impedir que estas debilidades y ligerezas, que incluso pue den aparecer en las personas más virtuosas, no os lleven a querer estar separadas de la hermana con la que Dios permitió que estuviésteis, con el pretexto de que tiene un carácter muy distinto del vuestro, o que no es muy exacta en el cumplimiento de las reglas, o a desear cambiar de sitio, ya que no encontráis vuestra satisfacción en donde estáis (¡esa dama, ese confesor!) ¡Dios mío!, mis queridas hijas, no escuchéis estas tentaciones, porque os quitarían la paz; no, no escuchéis nunca esto.

Así pues, no hablaré de otros medios distintos, hijas mías, de los que vosotras mismas me habéis indicado, ya que por la gracia de Dios no veo que haya otros más eficaces.

El primero consiste en pedir a Dios esa gracia; porque, hijas mías, ¿quién podría estar seguro de dar un solo paso en el camino de la virtud, si Dios mismo no nos pusiese en él y nos guiase? Es una verdad que proclama el evangelio. «Nadie, dice nuestro Señor, viene a mí si el Padre no lo trae»¹¹. Pues bien, hijas mías, para obtener esta gracia de la bondad de Dios, es justo que se la pidamos. Este será, por tanto, uno de los medios principales que habéis de utilizar, y si me creéis, no faltaréis a él un solo día. Pedídselo con cuidado; pedídselo con insistencia; pedídselo con humildad y sobre todo pedídselo con

11. Jn 6,44

gran deseo de obtenerlo, y reconoced y confesad que sin esa gracia no podréis dar un solo paso en el camino de la virtud. Nos engañamos a nosotros mismos cuando creemos que hacemos algo con nuestras propias fuerzas. La experiencia nos lo demuestra. Sentimos que nuestra naturaleza se enfada, sentimos repugnancia, aversión, incluso algunas veces hastío. ¡Ay si Dios no pusiese su mano! ¿Qué podríamos hacer sin él? Así pues, no puedo menos de recomendaros, hijas mías, esta práctica. Pero espero que, ya que Dios os ha dado a conocer su utilidad, también os dará la gracia de aceptarla.

Otro medio, como también habéis observado, consiste en creer que somos nosotros los que nos equivocamos en esas pequeñas ocasiones que a veces perturban nuestro corazón. Si no estáis contentas de vuestra hermana, fijaos en vuestra propia conducta: ¿No seré yo la que le dé ocasión para estar de mal humor? Poneos en su lugar y examinaos entonces. Si me hubiesen respondido de esa forma tan dura como yo lo he hecho, ¿no guardaría resentimiento? Creedme, hijas mías, Dios es el que os ha dado a conocer este medio, como uno de los más eficaces para conservar la caridad entre vosotras, ya que, si miráis a vuestro prójimo con los ojos con que os gustaría ser miradas, nunca veréis en él falta alguna; por el contrario, os parecerá que tiene siempre la razón.

Pero, Padre, ¿qué hay que hacer cuando se trata de una persona tan molesta que le disgusta todo lo que podemos hacer? Hija mía, mire ante todo si no es acaso usted la que le da ocasión para enfadarse y si no le da más motivos de los que realmente tiene para hacerlo, y diga: «¡Ay!, ¡es preciso que sea muy buena esa hermana, ya que nuestro Señor la prueba de esa forma!; sin duda, quiere santificarla por la paciencia». Pero no digáis nunca: «Esa hermana tiene mal genio; ¡es una caprichosa! No le gusta nada de lo que hacen las demás»; pues entonces echaríais a perder la caridad entre vosotras, ya que no hay nada que la enfríe tanto como las palabras de desprecio.

En los lugares en que estáis no lograréis dar el fruto que Dios quiere que produzcaís, pues, cuando no existe espíritu de

caridad, tampoco puede haber obras buenas. Perderíais la fama que tenéis de ser Hijas de Dios, ya que la caridad no es otra cosa sino Dios porque Dios es caridad ¹²; y el que dice Hijas de la Caridad dice Hijas de Dios. ¿Qué diría ese pueblo que espera de vosotras su ayuda, y qué dirían las reinas que os aguardan, si no viesen en vosotras el espíritu de Dios? Conservad, pues, hijas mías, ese espíritu de Dios, ese espíritu de caridad y de paciencia, que os hará siempre echar la culpa sobre vosotras mismas, antes que sobre vuestra hermana. Amaos mutuamente con un amor cordial, y puesto que todas sois un mismo espíritu, sed también todas un mismo corazón. No digo, mis queridas hijas, que os améis con ese amor sensible que consiste en no sé qué clase de satisfacción; no digo que lo hagáis con ese amor con que los malos aman a los malos, sino con el amor que Dios quiere que tengamos los unos a los otros, y que tiene en él su principio.

Tampoco se trata, hijas mías, de que, por sentir en la naturaleza cierta repugnancia a marcharse lejos, o estar con una persona en vez de con otra, se deje de estar por eso en las disposiciones que hay que tener, con tal que no se consienta en ello, y que apenas se sientan estas tentaciones, se busque el remedio, o sea, dirigir amorosamente estas quejas a nuestro Señor a los pies del crucifijo: «Dios mío, ya sabes qué débil soy, cuán poco poder tengo sobre mí y sobre mis pasiones. Ayúdame por favor, a fin de que no haga nada contrario a lo que tú quieres; dame fuerzas, Dios mío, para que no sucumba».

Poned mucho cuidado, hijas mías, en no manifestar a vuestra hermana las quejas que de ella tengáis. Vivid siempre en paz. Pero si no conseguís tener calma, entonces, hijas mías, podéis manifestar vuestras penas a los superiores con sumisión, dispuestas a hacer lo que ellos os digan, como si viniera de parte de Dios. Podéis decirles: «Me cuesta mucho ir a tal sitio, o hacer tal cosa; pero no dejaré de ir, si le parece a usted conveniente». Y creedme, hijas mías, deajaos llevar por ellos. Experimentaréis entonces las bendiciones que concede Dios a la

12. 1 Jn 4,16.

sumisión. Pero, si esto durase un mes o dos, y hasta tres o cuatro, hijas mías, no por ello tendríais que preocuparos, con tal que lo supiese Dios y vuestros superiores, ya que las almas reciben la obediencia de manera diferente: unas la reciben con gran alegría, otras con indiferencia y otras con no poca fatiga. Las que la reciben con gran alegría están llenas de Dios, no perciben ninguna dificultad y se complacen en obedecer. Son almas tranquilas, en las que Dios ha puesto, junto con su espíritu, una paz muy grande como recompensa de las penas que anteriormente superaron. Esas almas, repito, hijas mías, en vez de sentir repugnancias, se encuentran totalmente llenas de consuelo en medio de las cosas contrarias y reciben alegremente las propuestas más difíciles que se les hacen. La incomodidad, la lejanía, la compañía de cualquier persona que sea, la muerte misma, si les llegara, todo les resulta igual cuando tienen presente a Dios, ya que están llenas de Dios.

Otras almas reciben quizás con gusto la noticia de su nuevo destino a un lugar lejano; pero es por motivos muy distintos de las anteriores, ya que piensan que así se verán apartadas de aquella persona que les molesta, o porque gozarán de más libertad que en esta Casa, o porque los demás se formarán una elevada opinión de ellas, y hablarán de ellas y dirán: «Esa hermana ha sido destinada a tal sitio, a esa fundación. ¡Oh! ¡Cómo se fían de ella! Guardémonos de ese veneno tan peligroso, hijas mías, y rechacemos muy lejos de nosotros esos perniciosos pensamientos, que nos perderían a todos.

Hace quince o dieciséis años, habiendo sido condenado un gran señor de la corte a ser decapitado, pusieron los ojos en un santo personaje para que le asistiese en la hora de la muerte. Era el general de los Padres del Oratorio, el padre de Condren ¹³, un hombre que tenía el espíritu de Dios. Vinieron a

13. Carlos de Condren, nació en Vauxbuin, cerca de Soisson, el 15 de diciembre de 1588, ingresó en el Oratorio el 17 de junio de 1617, después de haberse doctorado en la Sorbona. En 1619 fue a fundar el seminario de Langres, en 1620 el de Saint-Magloire y después una casa en Poitiers, donde permaneció un año. La gran fama que como director espiritual adquirió al regresar a París, le atrajo a Gastón, duque de Or-

decirle que aquel gentil hombre era el más decidido, el mejor preparado para la muerte, el más generoso, el más valiente y el más animoso del mundo, que iba al encuentro de la muerte tan gallardo como al combate. Aquel santo varón, que tenía una gran experiencia y mucha prudencia, tuvo miedo de que aquel señor actuase de este modo por un mal principio, por vanidad, por no aparentar cobardía en aquel trance y hacer que se hablase de su valentía después de su muerte. Fue a visitarlo y, al verlo tan decidido, empezó a atacarle por el temor a la muerte. «¿Sabe usted bien, amigo mío, que va a morir dentro de dos horas y que tendrá que comparecer delante de Dios para rendir cuenta de tantas almas como ha enviado usted al infierno? Esos quince o veinte hombres a los que usted ha matado en duelo, la mayor parte de los cuales murieron sin confesión, están pidiendo justicia a Dios. ¿Sabe usted acaso si no será eternamente condenado con ellos? Señor, tendrá usted que vérselas con Dios; piénselo bien, queda poco tiempo; es preciso utilizarlo bien».

Aquellas palabras, y algunas otras que aquel buen padre dijo a aquel señor, le llenaron de temor. Se vio derribado. Sin saber qué hacer. Rechazó con todo su corazón el mal que había hecho. Tuvo miedo del juicio de Dios. Cuando aquel santo varón lo vio en semejante estado, le animó con estas palabras: «Señor, es cierto, nunca tendrá usted dolor suficiente por el mal que ha hecho; pero le aseguro de parte de Dios que, si se arrepiente sinceramente, si acepta usted la muerte como una satisfacción por sus pecados, esos pecados se le perdonarán». Enton-

leans, hermano del Rey, Meyster, Amelote, y otros personajes. Dirigió el Oratorio desde el 20 de octubre de 1629 hasta el 7 de enero de 1641, día de su muerte. (AMELOTE, *Vie du P. Charles de Condren*. Paris 1643, in-4.^o). San Vicente lo estimaba mucho. «Me han hablado de él en términos increíbles, escribe Juan Santiago Olier (*Mémoires autographes* II, 255) y recuerdo que me dijo a este propósito: «No se ha visto nunca hombre semejante, *non est inventus similis illi*», y muchas otras cosas por el estilo, hasta decía que al enterarse de su muerte se prostró de rodillas y golpeándose el pecho, se acusaba con lágrimas en los ojos, de no haber honrado a este santo varón como merecía».

ces se tranquilizó y se llenó de confianza. Aquel buen padre le hizo entonces confesar que su valentía no había tenido otra causa más que la vanidad y el deseo de adquirir fama por este medio.

Pues bien, hijas mías, no quiera Dios que vosotras obréis por ese motivo. Espero que la bondad de Dios os preserve de él. Se lo suplico con todo mi corazón, así como también que quiera poner en nosotros las disposiciones necesarias para cumplir durante toda nuestra vida su santísima voluntad en cualquier tiempo, lugar y circunstancias que sea; que se digne, por su infinita misericordia, perdonarnos a todos las faltas que hemos cometido contra la santa obediencia y aceptar con agrado la resolución que hemos tomado de vivir y morir bajo obediencia por su amor. Así lo hago en mi interior y, con la gracia de Dios, espero ser fiel, obedeciendo con esmero a mis superiores; y así lo hacéis también vosotras, hermanas mías. Ruego a Dios con todo mi corazón que acepte vuestros propósitos, y con esta confianza pronunciaré sobre vosotras las palabras de la bendición. ¡Quiera Dios, al mismo tiempo que las pronuncio, enviarnos la fuerza de su Espíritu por la virtud de su palabra!

Benedictio Dei Patris...

45 [44,IX,511-531].

CONFERENCIA DEL 7 DE AGOSTO DE 1650

Sobre la obediencia

Herманas mías, el tema de esta conferencia es la obediencia. El primer punto es sobre las razones que tenemos para tener esa obediencia; el segundo, sobre las condiciones necesarias para una verdadera obediencia; y el tercero, sobre los medios para adquirir esta obediencia con todas sus condiciones.

Este es por tanto, hermanas mías, el tema de hoy, la santa obediencia; gran virtud y tema importante en el que vamos a

Conferencia 45. — Cuaderno escrito por sor Hellot (Arch. de las Hijas de la Caridad).

entretenernos. ¡Gran virtud, verdaderamente grande! Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que ha pensado sobre esto?

Después de la respuesta de aquella hermana, nuestro muy honorable padre prosiguió:

Así pues, hija mía, se ha decidido usted a adquirir la virtud de la obediencia. ¡Muy bien! ¡Bendito y alabado sea Dios!

¿Y usted, hermana?

En el primer punto, que trata de las razones para practicar la virtud de la obediencia, he pensado en primer lugar que es para agradar a Dios; en segundo lugar, para imitar a su Hijo, que nos dio ejemplo de obediencia mientras estuvo en la tierra Y como él no tuvo más intención que la de agradar a Dios, la mismo tenemos que hacer nosotras en todas nuestras obras.

Sobre el segundo punto, que es sobre las condiciones necesarias para una verdadera obediencia, he pensado que la primera consiste en obedecer voluntariamente y no por miedo, y con sencillez, sin andar averiguando por qué se nos manda esa cosa.

Sobre el tercer punto, que es de los medios para adquirir esta obediencia con todas sus cualidades, he pensado que había que obedecer humildemente, sin replicar, y con perseverancia, sin más averiguaciones. Y entonces he tomado la resolución de someterme a todo lo que Dios quiera y manden mis superiores.

Otra hermana recordó el ejemplo de obediencia voluntaria que nos dio Jesucristo y añadido que esta virtud tenía que ser ciega.

Nuestro digno Padre, hablando con otra, le dijo:

— Usted, hija mía, díganos, por favor, por qué razones tienen que esforzarse las Hijas de la Caridad en adquirir la virtud de la obediencia.

— Porque las religiosas tienen claustros, pero nosotras no, y si la obediencia no nos recogiese, nos veríamos en peligro de cometer muchas faltas.

— ¡Dios mío! Bien dicho; ¡qué bien dicho! Así pues, hija mía, ¿cree usted que la obediencia tiene que retenernos lo mismo que los claustros retienen a las religiosas?

A esto la hermana respondió que sí, y que aunque no estemos encerradas, no por eso tenemos menos obligación de guardar la obediencia que las religiosas.

— De forma, hijas mías, que la obediencia os sirve de muralla. Es muy hermoso. Una hermana servirá a los enfermos en una parroquia. Si fuera dueña de sí misma, no pondría ninguna dificultad en ir unas veces a un sitio, y otras a otro, a casa de una señora conocida, a casa de un pariente, o en no detenerse en los sitios adonde la llaman sus ocupaciones más de lo que requiere la necesidad de los asuntos. La santa obediencia le impide hacer todo esto; va sencillamente adonde lo exige el trabajo y no pierde el tiempo en visitas inútiles. ¿No es eso, hija mía, lo que piensa usted cuando dice que las religiosas tiene claustros, pero que las Hijas de la Caridad no tienen más que obediencia? ¿Cree usted que una Hija de la Caridad que observa debidamente la obediencia, hace tanto bien como una religiosa en su claustro?

La hermana respondió que sí, y el Padre Vicente prosiguió:

Sí, hijas mías, estad seguras de ello. Si hay algo digno de verse, agradable a Dios y admirable a los ángeles y a los hombres, si hay un espectáculo admirable, es ver como unas hermanas viven en particular en una habitación, como ellas quieren, aparentemente y a juicio de las que no las conocen, pero que en realidad son tan sumisas que puede decirse que no hacen jamás su voluntad, ya que no hacen nada más que en virtud de la santa obediencia. No, estad seguras, mis queridas hermanas, de que las religiosas que están encerradas durante toda su vida en el claustro no hacen más que vosotras, si tenéis obediencia; y que lo que hacéis por esa virtud es tan grande que difícilmente podría encontrarse algo mayor.

¿A qué medios cree usted, hija mía, que hay que recurrir para adquirir esta virtud de la obediencia?

La hermana dijo que había que obedecer a los superiores como a Dios, y entonces nuestro veneradísimo padre prosiguió:

Entonces, hija mía, ¿cree usted que, cuando una hermana nos dice alguna cosa, es Dios el que nos la dice por medio de ella?

Ella respondió afirmativamente.

— Y si es la hermana sirvienta la que manda, y se siente repugnancia a obedecer y parece que sería mejor obrar de otra manera, ¿habrá que dejar de obedecer?

La hermana respondió que no.

— Pero, si la sirvienta es más joven y más nueva que usted ¿no sería mejor seguir el conocimiento y la experiencia que usted tiene, en vez de hacer como ella aconseja?

La hermana respondió que le parecía más meritorio escuchar a la hermana sirvienta.

— Tiene usted razón, hija mía, y no debe dudar de ello; créalo, lo que Dios manda por medio de los superiores, no dejará nunca de ceder en su mayor gloria.

Usted, hermana, ¿cree que es necesario para una Hija de la Caridad tener obediencia?

— Sí, es necesario.

— ¿Y por qué razón, hija mía, lo cree usted así?

— Porque el Hijo de Dios nos ha dado ejemplo.

— ¿Y cuándo nos lo ha dado, hija mía?

— Cuando vino a la tierra.

— ¿Y hasta cuándo obedeció?

— Hasta la muerte.

— Dice usted bien. Sí, obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz¹, que no era una muerte común ni ordinaria, sino la más ignominiosa y dolorosa que había. ¿Por qué otras razones cree usted que tiene que obedecer una Hija de la Caridad?

— Porque Dios lo ordena.

Esa es una buena razón: Dios ordena que se obedezca, y si hay alguien que tiene que hacer lo que Dios ordena, son las Hijas de la Caridad.

1. Flp 2,8.

Hermanas, para comprender bien la importancia de la obediencia, conviene considerar que hay dos méritos en ellas. El primero es el mérito de la obra que se hace, que es buena en sí misma; el otro es el mérito de la obediencia con que se hace la obra. Por ejemplo, estáis sirviendo a los enfermos; esto es una buena obra y de mucho mérito en sí misma. Si no estuviérais obligadas a ello por la obediencia, tendríais solamente el mérito de dicha obra; si los servís por obediencia, tendréis los dos méritos: el de la obra y el de obediencia. Deberíamos desear, a ser posible, obrar siempre por obediencia. Imaginaos, hermanas mías, que las obras hechas por obediencia son como un cuadro, que puede valer diez escudos por lo que representa, pero, por ser de la mano de un maestro excelente, como Miguel Angel, o algún otro por el estilo, su precio se eleva al doble; y, en vez de valer diez escudos, vale veinte. Son también como los ornamentos que se emplean en la misa; veis un lienzo muy blanco, bien doblado, de buen olor, muy bonito. Pero, como ese lienzo tiene que servir para la santa Misa, entonces tiene mucho más valor. De la misma forma, cuando hacemos una obra buena en sí misma, merecemos por la bondad de la obra; pero si la hacemos por obediencia, entonces tenemos doble mérito. Las acciones indiferentes por sí mismas, que no tienen en sí ningún valor, se hacen meritorias por medio de la obediencia. Si una hermana supiese lo que es la obediencia, no haría nada sino después de haber preguntado a la sirviente: «Hermana, ¿le parece a usted bien que haga tal cosa?» No hablo solamente de las cosas importantes, sino también de las demás. Incluso la sirviente no debería hacer nada, más que después de haber consultado con su compañera: «Hermana, ¿le parece bien que hagamos esto?».

Así es como tenéis que obrar unas con otras, mis queridas hermanas; y por la misericordia de Dios, creo que así lo hacéis, porque, sin duda, la hermana no emprende nada sin permiso de la sirviente, y la sirviente se toma mucho cuidado de no mandar nada a su hermana, diciéndole: «Vaya usted allá, haga esto». ¡Ay, Jesús! No hay que hacerlo así, porque eso sería ha-

blar como las señoras con sus criadas. Sino que, cuando hay algo que pedir, tiene que decirle: «Hermana, le ruego que se tome usted la molestia de hacer esto». Nunca un mandamiento absoluto. Recordadlo bien, por favor, hermanas mías; y que entre vosotras habléis siempre con mansedumbre y suavidad.

Hermana, ¿puede usted decirnos por qué razones tiene que practicar la obediencia las Hijas de la Caridad?

A ello respondió la hermana que una comunidad no podía subsistir sin la obediencia.

Hermanas, esa es una buena razón. Una comunidad, dice nuestra hermana, no podría subsistir si no se observase la obediencia. ¡Es verdad! ¡Qué desolación entonces! No os lo podríais imaginar. Cada una se empeñaría en meterse a mandar; y ninguna querría obedecer. Para comprenderlo, imaginaos lo que sería un cuerpo, si los brazos y los pies, que son los principales miembros para la acción, no quisiesen estar unidos a él. No habría nada tan ridículo, dejarían el cuerpo mutilado, y ellos mismos empezarían a pudrirse; porque, separados del cuerpo, solo valdrían para ser enterrados. Lo mismo pasaría con una comunidad en donde no se observase la obediencia. La superiora que no tuviese la virtud de la obediencia de la forma y manera debida, y las hermanas que no la practicasen, se desmembrarían unas de otras. ¡Adiós aquella pobre comunidad en donde no hay obediencia!; no podría mantenerse. Por eso nuestra hermana tiene toda la razón, o mejor dicho, Dios la ha inspirado, ya que ha sido Dios indudablemente el que le ha sugerido lo que ha dicho.

¿Por qué otra razón, hija mía, cree usted que conviene obedecer?

— Para imitar al Hijo de Dios.

— Hasta dónde obedeció él, hija mía?

— Hasta la muerte.

— Así pues, hija mía, ¿cree usted que las que quieren seguirlo tienen que obedecer hasta la muerte?

— Sí, Padre.

— Para las jóvenes, no hay nada mejor; pero ¿no estará quizás dispuesta de la obediencia una mayor? ¿No le basta con

haber obedecido mientras estaba sometida? Ahora que es hermana sirviente, ¿seguirá estando sujeta a la obediencia?

La hermana respondió que sí.

Y una antigua, que se vea con una hermana más joven y menos experimentada que ella, ¿no tiene que pensar que le corresponde a ella ser la sirviente?

La respuesta fue negativa y nuestro muy venerado Padre prosiguió:

No, mis queridas hermanas, no creáis que, por ser antiguas, ya podéis pretender cualquier cosa. Jamás, jamás, hermanas mías; olvidaos de esto, por favor; no pretendáis nunca nada basadas en la antigüedad. Por ser antiguas y haber estado largo tiempo en la Compañía, por tener más inteligencia sobre lo que hay que hacer en los hospitales, en las parroquias o en las aldeas, ¿vais a estar acaso dispensadas de la santa obediencia, dispensadas de observar las virtudes con mayor solidez? No, hijas mías, eso sería un abuso. En vez de dar más ejemplo de virtud a las demás, las antiguas serían entonces un motivo de desedificación.

Dígame, hermana, ¿cree usted que una hermana tiene que obedecer lo mismo en la enfermedad que en la salud? Sí, hijas mías, debe hacerlo, y no tenéis que pensar que haya algún tiempo en que estéis dispensadas de obedecer. ¿Y tiene que obedecer al médico?

La hermana respondió que sí.

— Sí, hija mía, tiene que obedecer al médico, y obedecerle en todo, y no escoger entre los remedios que le ha ordenado, ni tomar los que más le gusten y dejar los que le ha ordenado. Pero, si la sirviente está enferma, y su hermana le dice cómo tiene que cuidarse, ¿tiene que obedecer, aun cuando crea conveniente obrar de otra manera? Recuerdo haber visto en cierta ocasión a un consejero que no hacía nada sin pedir consejo a su criado. Cuando quería ir a algún sitio, lo llamaba: «Venga, hermano; ¿le parece mejor que vayamos a tal sitio o que hagamos tal cosa?». Algunas veces el criado no sabía qué responder y decía: «Señor, no lo sé». «Quiero que me diga usted sí o no». Entonces el criado le daba su opinión y el consejero la seguía.

Aquel hombre, sin duda, hacía la voluntad de Dios al hacer la de su criado por amor a Dios, y tenía el mérito de la obediencia, divina virtud que diviniza los espíritus. Es una luz que derrama su claridad sobre las almas dispuestas a recibirla y que deslumbra con su esplendor los ojos de los que la ven, quedando admirados de su belleza.

Si por fin os entregáis animosamente a la práctica de esta virtud, hijas mías, seréis más esplendorosas que el sol de los soles; en vuestra Compañía habrá como un retablo de santos. ¿No habéis visto alguna vez esos cuadros en que los santos se representan en medio de una luz brillante, como los rayos del sol? Es algo impresionante, y antes de que uno se ponga a considerar de qué se trata, ya le han dicho que es un santo, porque se ha visto que brotaba de él la luz. De la misma forma, hermanas mías, si se nota en cada una de vosotras la virtud de la obediencia, inmediatamente todos los que os ven se darán cuenta de que sois siervas de Dios; pues es cierto que la virtud se manifiesta en donde está. Y no solamente en los cristianos, hasta los paganos la han juzgado tan hermosa que se sintieron arrebatados por ella e intentaron adquirirla con un esfuerzo mayor del que a veces ponemos nosotros en adquirir las virtudes cristianas (aunque se trataba sólo de la virtud moral que ellos conocían). No nos mostremos menos entusiastas de ella que los paganos. Entreguémonos a Dios, mis queridas hermanas, no digo ya mañana, sino desde ahora, desde este momento; y no digo solamente vosotras, sino que hablo de mí mismo, ya que tengo mucha más necesidad que vosotras. Entreguémonos, repito, con todo nuestro corazón, para trabajar con esfuerzo en la adquisición de esta hermosa y amable virtud, que tanto apreció nuestro Señor Jesucristo.

También ha dicho usted, hija mía, que una comunidad se vendría abajo sin la obediencia. No hay nada tan cierto, y ya lo hemos dicho otras veces. Por eso no hay ninguna comunidad bien regulada en donde no se observe estrechamente. Y esto no ocurre solamente en las comunidades religiosas, sino también en el ejército. Cuando un capitán manda a un soldado que entre

el primero por una brecha, que vaya a servir de centinela en tal sitio, en donde corre un grave peligro de ser visto por el enemigo y caer muerto, nunca se le ocurrirá negarse a ello. Cualquier soldado al que se lo mande, lo obedecerá sin rechistar. No se ha visto jamás que un soldado se haya negado, a pesar de la evidencia del peligro. No, jamás se ha negado nadie. Es admirable. Yo les he preguntado algunas veces: «Pero, cuando veis que el peligro es inevitable, ¿no os excusáis?». «No, Padre, me decían, eso no se ha visto jamás». Si la desobediencia se introdujese en el ejército, adiós todo el orden de la guerra; todo se vendría abajo. Lo mismo sucedería también en las compañías que trabajan en el servicio de Dios, hijas mías. Si falla la obediencia, adiós todo lo demás; se acabó todo.

Dígame ahora, hija mía, qué es la virtud de la obediencia.

— Es hacer lo que se nos ordena.

— Es verdad, hija mía; pero cuando se pregunta qué es la virtud de la obediencia, tiene que decir que es una virtud por la que sometemos nuestro juicio y nuestra voluntad al juicio y a la voluntad de nuestro superior para aceptar y hacer todo lo que crea conveniente ordenarnos, sin que haya nada que decir.

Una hermana que está en una parroquia, si viene a alguna fiesta que no ha previsto, ¿podrá comulgar, aunque no lo haya pedido?

La hermana no supo qué responder.

— No, hija mía, no debe hacerlo; no hay que comulgar nunca sin permiso ².

Si una hermana obedece de buena gana, pero sólo cuando se lo manda la señorita, o alguna otra hermana que ella quiera, y no su hermana sirvienta, ¿podemos decir que es obediente, hija mía? No, sin duda, porque la verdadera obediencia no tiene acepción de personas.

Y la que obedezca en algo que le gusta, pero no cuando siente cierta repugnancia, ¿tendría la virtud de la obediencia? No, no obedece entonces y no tiene ningún mérito.

2. Cfr. Nota 1 a la conferencia del 15 de marzo de 1648

Pero si una hermana, por no contradecir a la superiora, ni faltarle al respeto que le debe, se mostrase dispuesta a hacer lo que le manda, pero no lo hiciese, ¿desobedecería? Sí, mis queridas hermanas, desobedecería, y de una forma muy perjudicial a la Compañía, haciendo ver que prefiere su juicio al de la superiora.

¿Y si la superiora mandase alguna cosa que fuese pecado? ¿Habría que hacerlo? No, hija mía, no habría que hacerlo, porque nuestros superiores no pueden obligarnos al pecado.

Si lo que manda está contra la regla ¿qué hay que hacer?

— Creo, Padre, que habría que indicárselo y, si ella insistiese, ejecutar sus órdenes.

— Muy bien pensado, hija mía, porque los superiores pueden a veces, por justos motivos, cambiar algunas circunstancias, aunque sin llegar por ello a cambiarlo todo; y en ese caso, es conveniente, por el celo que cada una debe tener en la observancia de las reglas, indicarle humildemente y de buenas maneras que le parece que eso va en contra; entonces toca a la superiora ver si la cosa es necesaria. Hay que ser sumamente reservado en este punto. Hay dos clases de obediencia: una a las reglas y otra a los superiores. La obediencia a las reglas tiene que ocupar siempre el primer lugar; tiene que ser preferida; si los superiores diesen una orden directamente contraria a las reglas, no deberían ser obedecidos y serían dignos de reprensión. Todos tienen que ser fieles en esta obediencia y no tolerar ninguna excusa. Si la campana toca para un acto, hay que dejarlo todo. De esta obediencia a las reglas depende nuestro progreso en la vida espiritual. La obediencia a los superiores tiene que ser tan fiel y tan entera que, si se supiese con certeza que al hacer lo contrario de lo que se manda, las cosas irían mejor y que ellos mismos lo verían bien, habría que desechar esos pensamientos, que son pensamientos diabólicos, sugeridos por el espíritu de orgullo y de presunción.

Así pues, hermana, ¿cuántas clases hay de obediencia?

— Hay dos clases: una a las reglas y otra a los superiores.

— Bien, hija mía, la hermana que va a misa, después de

haber pedido permiso, tiene doble mérito: el mérito de asistir al santo sacrificio de la misa que es la obra más excelente que hay en el cristianismo; y el de la obediencia, obediencia habitual a la regla que lo ordena, y obediencia actual a la superiora a quien ha pedido permiso.

Y una hermana que se pone de rodillas antes de salir, ¿a quién obedece?

— Obedece a la regla.

— Y si no obedece, ¿pecaría?

— No, Padre, pero se vería privada del mérito de la obediencia.

— Así pues, hija mía, ¿cree usted que hay algún mérito en obedecer?

— Sí, Padre.

— Sí, hijas mías, lo hay, y es tan grande que, si vosotras y yo pudiésemos conocerlo, no querríamos durante toda nuestra vida realizar ninguna acción por muy importante que fuese, a no ser por obediencia. Hijas mías, vosotras tenéis ese poder en vuestras manos. ¡Y cuánta virtud podréis adquirir si os entregáis de buena gana a su práctica! Os lo repito, hijas mías; si la Compañía sigue tal como Dios le ha dado la gracia de comenzar, ninguna religiosa en la tierra hará tanto bien como vosotras. Tal como sois, podéis dar más gloria a Dios y más servicio al prójimo y trabajar mejor en vuestra propia perfección, que una religiosa en el mundo.

Pero, hermana, díganos lo que la gracia de Dios le ha dado pensar.

— La primera razón que he visto es que, cuando entramos en la Compañía, nos ponemos voluntariamente bajo la dirección de una superiora, y desde entonces estamos obligadas a vivir bajo obediencia. Otra razón es que es imposible continuar en la Compañía sin esa virtud. Poco a poco llegaríamos a relajar nos en nuestros ejercicios, nos disgustarían las órdenes de nuestros superiores y seríamos un escándalo para nuestras hermanas; ello obligaría a los superiores a despedirnos, o nos llevaría a nosotras mismas a retirarnos, pues no podríamos sopor-

tarnos con nuestros propios defectos, nos imaginaríamos que todas nos miraban y que éramos un peso para ellas, y otras mil cosas semejantes. Y finalmente habría que dejarlo todo. Otra razón es que, al no tener en la Compañía ningún otro modelo más que al Hijo de Dios, estamos obligadas a trabajar en la adquisición de las virtudes que más brillaron en su vida; y entre todas ellas, la obediencia ocupa el primer lugar, ya que empezó a obedecer desde su encarnación hasta su muerte en la cruz.

Sobre el segundo punto, que es de las cualidades de una perfecta obediencia, creo que tiene que ser humilde, paciente, pronta, alegre y perseverante, que no tengamos más que una sola voluntad y un juicio con los que nos mandan, y que no haya acepción de personas, sin mirar a quién nos sometemos, reconociendo que todo el mundo tiene derecho a mandarnos.

Sobre el tercer punto, que es de los medios para adquirir esta virtud con todas sus cualidades, el primero es pedírsela muchas veces a Dios; el segundo, ver siempre a Dios en la persona de aquellos a quienes nos sometemos; el tercero, esforzarnos en esta virtud, hasta que Dios nos conceda la gracia de adquirirla, haciendo con frecuencia actos interiores de sumisión de nuestro juicio y de nuestra voluntad, previendo por la mañana las ocasiones, haciendo sobre ella nuestro examen particular y, si caemos, ponernos alguna penitencia y renovar nuestras resoluciones con confianza en Dios. Reconozco que tengo mucha necesidad de esta virtud. Por eso me he resuelto a utilizar estos medios, con la gracia de Dios; sin embargo, he sido tan poco cuidadosa, que desde el día que tomé esta decisión, he faltado a la sumisión en cierta ocasión que se presentó; por ello le pido humildemente perdón, Padre mío, así como a la señorita y a todas nuestras hermana.

— Levántese, hermana, levántese. ¡Bendito sea Dios por los pensamientos que le ha dado y por las resoluciones que le ha hecho tomar! Ha dicho usted muy bien, hija mía, que sería imposible continuar en la Compañía sin la obediencia. Ya se ha

dicho esto varias veces, pero me parece que nunca insistiremos bastante en ello.

— Usted, hija mía, dígame por favor, cuál fue la virtud más esplendorosa del Hijo de Dios.

— Padre, creo que fue la obediencia.

— Sí, hija mía, la santa obediencia. Tuvo todas las virtudes en un grado soberano, pero amó sobre todo la obediencia.

— ¿A quién hemos de obedecer, hija mía? ¿A quién tienen que obedecer las Hijas de la Caridad?

— Me parece, Padre, que tienen que obedecer en primer lugar a Dios, a sus reglas, a sus superiores y a las demás oficiales de las parroquias en donde están.

— Bien dicho. Ya lo veis, hermanas mías, hay que obedecer a las damas en todo lo que se refiere al servicio de los enfermos, con tal que no os manden nada en contra de vuestras reglas. Debéis hacerlo con todo respeto y sumisión. Son ellas las que os dan empleo y os proporcionan los medios para hacer a Dios el servicio que le hacéis. Si exigen de vosotras algo que prohíban vuestras reglas, entonces tenéis que excusaros abiertamente, de forma que no puedan molestaros; y no se molestarán, estoy seguro, si les habláis con humildad y mansedumbre.

— Y cuando una hermana de una parroquia tenga devoción de comulgar y no tenga permiso, ¿qué tiene que hacer, hija mía?

— Creo, Padre, que tiene que abstenerse, como se ha dicho.

— Sí, hija mía, no hay que comulgar nunca sin permiso. Es verdad que cuando una está lejos no puede pedirlo en cada ocasión pero es preciso pedir permiso de antemano para todo el tiempo que se esté lejos. Hay alguna fiesta de devoción particular, en la que sabéis que la comunidad no comulga, pues entonces tampoco tenéis que comulgar. Si entre nosotros un sacerdote recitase un oficio distinto del oficio mandado por la iglesia, estaría mal. Aunque tenga devoción de rezar el oficio de tal santo, de la Virgen, de la Cruz, etcétera, poco importa, hay que sujetarse a lo que ordena la iglesia y no cambiarlo de ninguna forma. Tampoco está permitido añadir nada al oficio.

Os digo esto hijas mías, para que comprendáis la importancia de conformarse siempre a las normas de la comunidad.

No habría nada tan hermoso en el mundo, hija mía, como la Compañía de Hijas de la Caridad, si observase tal uniformidad que, en todas partes donde estuviese establecida, no se hiciese nada que no fuese conforme con lo que se practica en esta Casa, si en todas partes la obediencia se mantuviese en vigor, si la sirviente fuese la primera en obedecer, en pedir consejo y en someterse. No, hermanas mías, os puedo asegurar que no creo que haya nada en el mundo tan hermoso y que dé tanta edificación.

— Usted, hermana, ¿quiere indicarnos algo de lo que ha pensado?

— Padre, sobre el primer punto he pensado que la primera razón para tener la virtud de la obediencia es que el primer hombre perdió a todos los demás por el pecado de desobediencia, y que todos los cristianos están obligados a practicar esta virtud para conseguir su salvación; esto se ve en el hecho de que Dios nos ha dado unos mandamientos a los que hay que obedecer si no queremos condenarnos. La segunda razón es que nuestro Señor nos ha dado ejemplo, al venir a la tierra para realizar nuestra redención y aplacar la ira de Dios mediante la obediencia. El tercero es que además de la obediencia que Dios quiere de todos los cristianos, les pide una más expresa y especial a los que ha llamado a su servicio, sin la cual no podríamos salvarnos. La cuarta es que en la condición en que estamos no podríamos tener paz interior sin la obediencia.

— Hijas mías, nuestra hermana ha dicho dos razones muy importantes, y que voy a repetir para que se os graben bien en la mente. La primera es que el Hijo de Dios aplacó la ira de Dios su padre por medio de la obediencia y llevó a cabo la obra de nuestra salvación por este medio. ¡Qué hermoso es esto, Dios mío! ¿Quién podrá negarse a obedecer si piensa en estas verdades? La otra razón poderosa, además, de las que nuestra hermana ha dicho, es que la que no tenga obediencia no podrá tener paz interior. No, hijas mías, no la tendrá jamás; no puede

haber paz donde no hay obediencia; es imposible; habrá una continua inquietud, que hará a las personas preocupadas e insoportables a ellas mismas.

Siga usted, hermana, por favor.

— Sobre el segundo punto, la principal condición necesaria para una verdadera obediencia es la sumisión del juicio y de la voluntad; la segunda, la perseverancia, a imitación del Hijo de Dios, que obedeció hasta la muerte de cruz.

El primer medio para adquirir esta virtud consiste en pedírsela insistentemente a Jesucristo, tal como él la tuvo, tanta en relación con Dios su Padre, en todo lo que se refería a nuestra salvación, como con su santa madre y san José, en lo que se refería a la orientación de su vida, mientras estuvo sometido a ellos.

El segundo medio consiste en practicarla en todas las ocasiones que se presenten; porque nada nos la hará tan fácil como realizar muchos actos.

— Ese es, hermanas mías, el único medio: pedir esa virtud a Jesucristo. Es la fuente. Nunca, nunca, hermanas mías, podréis obtener la obediencia de otra manera.

Pero, hija mía, ¿qué es lo que usted llama actos? Se ha dicho muchas veces que había que hacer actos interiores. ¿Es lo que quiere usted decir, o pretende hablar de las obras mismas?

La hermana respondió que los actos interiores eran el deseo de ejecutar la virtud cuando tenemos ocasión de ella y que por actos ella entendía obedecer en las ocasiones que se presentasen, sin dejar pasar ninguna.

Nuestro muy venerado Padre preguntó a otra hermana, que repitió lo que otras habían dicho, y después preguntó a la señorita, quien respondió:

La primera razón que se me ha ocurrido es que Dios, en la creación del mundo, sometió a todas las criaturas a la obediencia, de tal forma que parece que sólo la criatura racional fue la que faltó; esto nos obliga mucho a amar y practicar la obediencia

Otra razón es que la desobediencia ha sido siempre tan desagradable a Dios que, habiendo empezado por el hombre, para reparar su falta fue necesario que una de las tres personas de la Santísima Trinidad se hiciera hombre, no sólo para hacernos ver, mediante sus actos de obediencia, cuán razonable es que obedezcamos, sino para que nuestras obediencias imperfectas tengan el mérito de las del Hijo de Dios, estando unidas con las suyas; esto es una razón muy poderosa para adquirir y practicar la virtud de la obediencia.

La tercera razón es que, sin la obediencia, habría un desorden continuo en todas las familias, especialmente en las comunidades, y mayor aún entre las Hijas de la Caridad, bien sea por la libertad que les da su oficio para ir a diversos lugares, como por el desarreglo interior y exterior que les causaría la desobediencia.

Uno de los medios que he pensado y que podría ayudarme a conseguir la virtud de la obediencia, tal como Dios la pide, creo que es estimarla mucho, pensando con frecuencia en la del Hijo de Dios, que la demostró en cosas tan penosas y difíciles; pensar que lo que él quiso, al observarla hasta la muerte, fue para que nos sirviera de ejemplo y de ánimo.

Otro medio, que espero poder utilizar, consiste en buscar las ocasiones para practicar la obediencia. Si no tengo la felicidad de poder obedecer en mis acciones diarias, se me ha ocurrido pensar que, cuando ordene o aconseje a las personas con las que tengo esta obligación, es porque así me lo ha mandado la voluntad de Dios por medio de mis superiores.

Y en las cosas más indiferentes, procuraré con la gracia de Dios atender y condescender más humildemente con las personas que me piden alguna cosa, con tal que sea sin ofender a Dios.

Y como la obediencia puede observarse de maneras diferentes, me parece que, para que seamos como Dios nos pide, tenemos que obedecer con gran sencillez y humildad.

En segundo lugar, tenemos que obedecer a las personas que tienen el derecho de mandarnos, sin ninguna diferencia, como

si fuera Dios el que nos mandase, ya que hemos de obedecer por su amor y por cumplir su santa voluntad.

La tercera condición de la verdadera obediencia consiste en no hacer inclinar a nuestros superiores a que nos manden lo que deseamos, sino procurar que se nos ordene lo que sabemos que Dios pide de nosotras.

En cuarto lugar, me parece que la obediencia tiene que ser pronta y sin ningún razonamiento, sino sujetando nuestro propio juicio y siendo fieles a la práctica de lo que se nos haya ordenado. También nos ayudará mucho, según creo, acostumbrarnos a no ser obstinadas en nuestras opiniones, condescendiendo con toda clase de personas, incluso en las cosas pequeñas.

He sentido mucha confusión, al reconocer que muchas veces he faltado a todas estas prácticas con mi soberbia y obstinación, de lo que me arrepiento y pido perdón a todas nuestras hermanas que lo hayan podido observar.

— Bien, mis queridas hermanas, me parece que todas estáis llenas de estima para con esta virtud; estáis convencidas de que vuestra Compañía, que es tan agradable a Dios por su finalidad y por el ejercicio a que se dedica, recibirá además un incremento de mérito inconcebible, si lo hace en virtud y por amor a la santa obediencia. Por eso creo que todas estáis llenas del deseo de esforzaros y de entregaros ahora a Dios, para no hacer nada que vaya en contra de la obediencia. Alabo y doy gracias con todo mi corazón a su divina bondad por lo que os ha inspirado: las razones por las que es justo y necesario obedecer, las cualidades que tienen que acompañar a la verdadera obediencia, los medios y resoluciones convenientes para practicarla. Suplico a nuestro Señor Jesucristo, por el que se nos han dado todas las gracias, que nos obtenga del Padre eterno la obediencia, tal como él mismo la tuvo, supliendo por los méritos infinitos de la suya las faltas que hay en la nuestra, y que acepte con agrado que todas las que estáis aquí presentes seáis fieles y cumplidoras en la práctica de las inspiraciones que él mismo os dará por medio de su Santo Espíritu, que haga fructuosa la gracia que os ha concedido, que la comunique por medio de vosotras a

nuestras hermanas ausentes, y por medio de vosotras y de ellas a las que vengan después, de forma que, al oír hablar de la obediencia que hubo en la Compañía, se sientan obligadas a continuarla. Así se lo suplico a mi Señor Jesucristo, así se lo suplico a la Santísima Trinidad en cuyo nombre no dejaré, aunque sea un miserable pecador, apoyándome en su infinita misericordia, de pronunciar las palabras de la bendición.

Benedictio Dei Patris...

46 [45,IX531-535].

CONFERENCIA DEL 22 DE OCTUBRE DE 1650

A unas hermanas enviadas a provincias

Mis queridas hermanas, una de las principales virtudes que tenéis que poseer, es la humildad; sí, hermanas mías, manteneos en una gran humildad. Estimaos las últimas de todo el mundo, acordaos de que sois siervas de los pobres; consideradlos como dueños y servidlos con gran mansedumbre y humildad.

La segunda cosa que tenéis que tener, hermanas mías, es caridad; mucha caridad con todos.

La tercera cosa, mis queridas hermanas, que os recomiendo sobre todo es la paciencia mutua; hermanas mías, sí, mucha paciencia. No os enfadéis nunca mutuamente, hermanas mías; jamás. Y para ello ceded la una a la otra, aconsejaos mutuamente. La hermana sirvienta tiene que aconsejarse de su hermana:

«Hermana, ¿haremos esto?, ¿iremos allá?». Y si la hermana responde: «Hermana, me parece que está bien esto», hacedlo.

Conferencia 46. — Apuntes tomados por sor Juliana Loret (Arch. de las Hijas de la Caridad). Sor Juliana Loret a sus notas añade lo siguiente: «Estas instrucciones fueron dadas a sor Ana Hardemont y a sor Genoveva Doinel cuando fueron al establecimiento de Hennebont; a sor Juana Bautista y a sor Nicolsa Haran al marchar a Montmirail; y a sor Marta [Dauteuil], sor Francisca Manage y sor Luisa Michel al ir a reunirse con las Hermanas de Nantes».

Pero, me diréis, ¿la hermana sirvienta tiene que pedir consejo y ceder ante la otra hermana? Desde luego, tiene que hacerlo; sí, es preciso que lo haga; tiene que ceder en todo y ser la más humilde; pero tiene que mantenerse firme, si la hermana quisiera algo en contra de Dios y de las reglas; tiene que mantenerse firme. La otra hermana tampoco tiene que hacer nada sin decírselo a la hermana sirvienta, y respetarla mucho.

Soportaos pues, mis queridas hermanas, cuando ocurra alguna cosa entre vosotras; porque esto tiene que pasar. Entregaos desde ahora a Dios, porque no hay nadie que no cometa alguna falta. Lo que a veces nos parece falta en nuestra hermana, no siempre lo será. A veces es que no estamos de buen humor para aceptar lo que haga nuestra hermana; las cosas no son como queríamos, y esto nos molesta. Hermanas mías, no nos extrañemos de que nos cueste soportar a los demás, ya que tampoco somos capaces de soportarnos a nosotros mismos. Lo que hoy nos gusta, mañana nos disgusta; nunca estamos en la misma situación; ahora queremos y después dejamos de querer. Somos displicentes con nosotros mismos. ¡Ay!, hermanas mías, si se presenta algún motivo de enfado, excusaos mutuamente y pensad: «Es que no estoy de buen humor. No es que mi hermana haya obrado mal; es que yo no soy humilde ni sé soportarme a mi misma». En fin, hermanas mías, si os habéis dado algún disgusto, pedíos perdón lo antes posible; y las dos de rodillas decid: «¡Dios mío! Hermana, le he dado un disgusto; le pido perdón por ello». La otra hermana tiene que contestar: «Hermana, soy yo quien se lo pide». Y al obrar así, conservaréis la unión entre vosotras. No faltéis en esto, hijas mías, por favor.

Así pues, hijas mías, tened mucho interés en la instrucción de esas pobres personas; enseñadlas a bien morir. ¡Qué consuelo ayudar a esas buenas gentes a entrar en el cielo! Ciertamente, sois vosotras las que los guiaréis al cielo. Y en lo referente a las niñas, les enseñaréis a servir bien a Dios. Hermanas mías, haréis grandes cosas si sois fieles a Dios. Por eso es preciso que os diga que la buena señora de Goussault, que era una gran sierva de Dios (es una santa, hermanas mías, quería

mucho a vuestra Compañía) me dijo la noche anterior a su muerte ¹: «Padre, yo he estado esta noche muy ocupada con Dios y he visto en su presencia a una Hija de la Caridad. ¡Ay, Padre! ¡Qué grandes cosas harán!». Hermanas mías, seréis muy felices, si Dios es glorificado en vuestras acciones. Y ciertamente será glorificado, si trabajáis por su amor.

No os entretengáis en dar gusto a las personas de condición con cumplimientos, buscando relaciones sociales. ¡Dios mío! Ni mucho menos, hermanas mías, no busquéis esas cosas; entonces todo se perdería, hijas mías. ¡Dios mío! huid de todo eso.

Así pues, mis queridas hermanas, iréis a buscar a esas personas, y si os llevan a ver al obispo de esa diócesis, le pediréis su bendición; le diréis que queréis vivir totalmente bajo su obediencia y que os entregáis totalmente a él para el servicio de los pobres, ya que para esto habéis sido enviadas.

Si os pregunta qué sois, si sois religiosas, le diréis que no, por la gracia de Dios, y que no se trata de que no estiméis a las religiosas, pero que si lo fueseis, tendríais que estar encerradas y que por consiguiente tendríais que decir: adiós al servicio de los pobres.

Decidle que sois unas pobres Hijas de la Caridad, que os habéis entregado a Dios para el servicio a los pobres, y que se os permite dejarlo y también se os puede despedir.

Si os pregunta además: «¿Hacéis votos religiosos?», decidle: «No, señor, nos entregamos a Dios para vivir en la pobreza, castidad y obediencia, unas para siempre, otras por un año».

En fin mis queridas hermanas, entregaos a Dios para hacer bien lo que vais a hacer. Pedidle el espíritu de su Hijo, para que podáis ejecutar vuestras acciones, lo mismo que él ejecutó las suyas; porque, hermanas mías, tenéis la dicha de imitar la vida que el Hijo de Dios llevó sobre la tierra con sus apóstoles. Le pido, hijas mías, que quiera llenaros de su espíritu, dándoos las virtudes que necesitáis para ser verdaderas Hijas de la Ca-

1. Murió el 20 de septiembre de 1639.

ridad. Es lo que le suplico con todo mi corazón, y de parte suya pronunciaré las palabras de la bendición.

Benedictio Dei Patris...

Una hermana sirvienta le preguntó luego:

— Padre, le suplico que mandéis a mi hermana que me avise de mis defectos, cuando yo falte.

— Sí, hija mía, con mucho gusto; pero no hay que estar avisando a cada hora; a veces lo que creemos que es falta, quizás no lo sea; antes, hay que hacer oración y pensar: «Lo que ha hecho mi hermana, ¿es una falta de importancia?». Y si vemos que no, no hay que decir nada. Se trata de algo sin importancia; esto no desedifica a nadie; hay que pasar por encima.

Pero, si Dios nos indica en la oración que la falta tiene importancia, hay que avisarla; pero ¿sabéis cómo hay que hacerlo? Hay que ponerse de rodillas y decir: «Hermana, creo que usted quiere que le avise de esta falta, para tener cuidado». Lo haréis así, por tanto, mis queridas hermanas.

Me encomiendo a vuestras oraciones.

47 [46,IX,535-543].

CONFERENCIA DEL 9 DE DICIEMBRE ¹

*Virtudes de las hermanas Ana de Gennes, María Lullen,
Margarita Bossu y Cecilia Delaitre*

La primera de nuestras hermanas de quien se habló en esta conferencia fue de Sor Ana de Gennes que, a pesar de ser de noble condición, lo dejó todo para entregarse a Dios en la Com-

Conferencia 47. — *Conférences spirituelles tenues pour les Filles de la Charité par plusieurs Supérieurs et Directeurs de la Compagnie III*, ed. de 1826, 15 s.

1. El año es incierto, María Lullen vivía aún el 23 de julio de 1649. La conferencia por lo tanto, fue dada, lo más pronto, el 9 de diciembre de 1649.

pañía de las pobres Hijas de la Caridad, en donde tuvo la dicha de perseverar hasta la muerte.

Una de nuestras hermanas que había vivido con ella, dijo que Sor Genes demostraba mucho pesar cuando le hablaban de su nobleza, que esto le mortificaba, y que no podía sufrirlo.

— Hermanas mías, dijo el Padre Vicente, ¡qué gran virtud es no buscar la estima y no querer que se hable de su propia familia! esa buena hermana ocultaba lo que los demás manifiestan, y se humillaba por tener algunos motivos para distinguirse de ellos. ¿Hay alguna que haya vivido con sor Ana?

Una hermana respondió:

— Padre, yo estuve algún tiempo con ella.

— Bien, hija mía, ¿qué virtudes observó usted en ella?

— Padre, tenía mucha paciencia en sus sufrimientos, no se quejaba nunca, a pesar de que no dejaba de sufrir. Sin embargo, a veces tenía miedo de ser una carga para las demás, y sufría por no poder trabajar como las otras. También observé que aquella hermana era muy humilde: siempre creía que no valía para nada lo que hacía y que era mucho mejor lo que hacían las otras.

El Padre Vicente dijo entonces:

Es muy bueno sentirse apenado por no poder trabajar, pero sería una tentación, hermanas mías, pensar que se es una carga para los demás y turbarse por ese motivo. Hay que resignarse con la voluntad de Dios ante las enfermedades que nos envía, y tener de vuestras hermanas la buena opinión de que se sienten contentas de practicar la caridad en el servicio que os hacen.

Otra hermana dijo:

Padre, observé que sor Ana hablaba con frecuencia con las demás hermanas de los pensamientos que Dios le daba en la oración. Tenía mucho interés en que los enfermos a quienes servía recibiesen oportunamente los sacramentos. Nunca salía de la habitación de un enfermo sin haberle dicho alguna palabra de edificación. Servía a los pobres como habría servido a nuestro Señor, y decía que sentía más satisfacción por haber ido

a ver a sus pobres, que si hubiese recibido una visita de sus parientes.

— Hermanas mías, dijo el Padre Vicente, ¡cuánta virtud! ¡Qué buena hermana, preferir ver a los pobres más que a sus parientes y mirar siempre en su persona a la de Jesucristo! ¡Bendito sea Dios por siempre!

Esto tiene que excitar en nosotros el deseo de entregarnos de veras a nuestro Señor para imitar las virtudes que se han observado en esta buena hermana, que como acabamos de oír, fue humilde, paciente, caritativa. Imitemos sobre todo su humildad, deseando ser desconocidas y tenidas en nada; y pensemos que, si manifestamos el poco bien que hacemos, perderíamos todo el mérito delante de Dios.

— Señorita, ¿observó usted alguna cosa?

— Padre, observé en sor Ana un gran amor a su vocación, superando animosamente todas las dificultades con que tropezaba, y que fueron para ella mayores que para las demás, ya que tenía una salud muy delicada. Sin embargo, no se quejaba, y jamás le oí decir que no pudiese hacer lo que se le decía. El amor a su vocación se ve también en su última enfermedad, ya que pidió con insistencia que la trajesen a esta casa, porque deseaba morir aquí. Demostró mucha paciencia en sus sufrimientos; y cuando, ya cerca de la muerte, le dijeron: «¿Sufre usted mucho?», respondió: «Lo que sufro no es nada en comparación con lo que nuestro Señor sufrió por mí». Fue sumisa y obediente hasta el fin, porque, un momento antes de morir, como la hermana de la enfermería le mandase tomar alguna cosa, aunque sentía mucha repugnancia por los violentos dolores de estómago que le ocasionaba todo lo que tomaba, lo comió sin embargo, demostrando que era por obedecer; y poco más tarde murió.

— Hermanas, dijo el Padre Vicente, hay muchos motivos para creer que está gozando de la presencia de Dios.

Veamos ahora lo que se ha observado en la hermana María Lullen, que era natural de Le Mans. Las que hayan vivido con ella, que nos digan sin reparo lo que hayan visto de edificante en su conducta.

Una hermana dijo:

— Padre, yo observé que esta querida hermana tenía mucha caridad con los niños a los que estaba encargada de instruir. Mientras estaba en Nanterre, donde la conocí antes de tener la dicha de estar en la Compañía, la vi algunas veces besar sus pies, diciendo que creía besar de esa forma los pies del niño Jesús.

— ¡Bendito sea Dios!, dijo el Padre Vicente. Esa buena hermana tenía mucha razón para creer que besaba los pies del niño Jesús. ¡Qué agradable le sería esa sencillez!

Otra hermana dijo:

— Padre, yo encontré un día a la hermana María llevando a sus niños a misa, y admiré su caridad con un pobre hombre con el que se encontró por el camino. Le habló de Dios; y como no había oído la misa ni parecía tener muchas ganas de ir, hizo todo lo que pudo para obligarle a que fuese.

Otra hermana dijo:

— He observado que era humilde y parecía contenta cuando la reprendían. Y como un día la hubiesen mortificado un poco, al verla con cara alegre, le demostré mi sorpresa; me respondió:

«Hermana, es preciso que yo me reduzca a la nada, para que Jesús viva en mí»².

— ¡Qué palabra tan hermosa!, dijo el Padre Vicente: ¡Es preciso que me reduzca a la nada! Y se alegraba cuando la reprendían; ¡Bendito y alabado sea Dios!, no me extraña que el señor párroco de Nanterre la haya alabado tanto, a pesar de que no es muy amigo de alabanzas. Pero parece como si esta querida hermana tuviese una virtud por encima de lo ordinario.

Otra hermana dijo:

— Yo conocí a sor María Lullen cuando estaba todavía en Le Mans, antes de venir aquí, y me acuerdo que ella y otra hermana dejaron sus vestidos mundanos y tomaron un vestido gris; esto les ocasionó muchas burlas y habladurías de parte de los que desaprobaban aquel cambio. Empezaron a servir a los pobres en el hospital de Le Mans. Supieron ordenar muy bien aquella ca-

2. Mt 20,1-16.

sa, en donde hasta entonces todo había sido desorden. Muchas personas se pusieron a criticarlas, y fueron muy perseguidas por ese motivo, pero lo sufrieron todo animosamente. Finalmente, nuestra buena hermana, queriendo entregarse por entero a Dios, se decidió a abandonar su familia, que era de buena posición y en donde podía encontrar todas sus satisfacciones; pero su amor a Dios la hizo abandonarlo todo con decisión para venir a París a nuestra comunidad.

— Hermanas, dijo el Padre Vicente, sin duda Dios tenía grandes designios sobre esta hermana. Padre Portail, ¿no le parece a usted que hay algo de esto? Yo siento de verdad una gran edificación por lo que acaba de decirse. Nunca he tenido mayor consuelo que cuando oigo el relato de las virtudes de nuestras hermanas, porque se trata visiblemente de una obra de Dios. ¡Que sea bendito para siempre!

Si alguna ha observado más cosas, que las diga; porque fijaos, hermanas mías, se celebra la gloria de Dios al hablar de las virtudes de vuestras hermanas. El las escogió para santificarlas, y él también quiere que nos aprovechemos imitándolas. Señorita, díganos lo que usted sepa.

— Padre, esta buena hermana era totalmente de nuestro Señor, quien la había escogido. Era un alma privilegiada. Sentía especial afecto a la práctica de las virtudes ocultas; era muy humilde. Observé también su conducta y su sumisión durante el tiempo que estuvo enferma, tomando las pequeñas cosas que le presentaban, sin mostrar ninguna displicencia; no demostraba ninguna pena cuando no le concedían lo que pedía.

— Hermanas mías, dijo el Padre Vicente, así es como hay que obrar cuando se está enfermo, y no decir: «Esta medicina no está bien hecha, no puedo tomarla». Hablar de esta forma y manifestar nuestros gustos es una señal de gran imperfección. Si alguna buscase satisfacción en la bebida y en la comida, si quisiese saborear las comidas, ¡Dios mío! que tenga mucho cuidado, porque esas personas no son nunca virtuosas, seríais culpables, hijas mías, si no os aprovechaseis de los buenos ejemplos

de nuestras hermanas, de las que acaban de decir cosas tan bonitas!

Pasemos a la tercera de la que tenemos que hablar. ¿Quién de vosotras ha vivido con sor Margarita Bossu?

Una hermana dijo:

— Yo estuve con ella poco tiempo. Observé que tenía mucho amor a los pobres y también que, cuando la reprendía en alguna cosa, aceptaba bien el aviso y no decía nada para excusarse.

— Era, añadió el Padre Vicente, de mucha mansedumbre y muy silenciosa. Señorita, ¿quiere usted decirnos de ella alguna cosa?

— Padre, vi en ella mucho amor a su vocación, habiendo superado las dificultades que le presentaron sus parientes, a quienes les costó mucho dejarla venir; pero ella los abandonó animosamente; y cuando fue recibida, se llenó de tal alegría que no hubiese querido dejar la comunidad por todos los bienes del mundo. Solo estuvo un año, pero su fervor la hizo digna de recibir el salario, lo mismo que los obreros que vinieron a la hora undécima y recibieron lo mismo que los que habían trabajado toda la jornada. Por eso creo que nuestro Señor se quedó muy contento del servicio que le hizo esta buena hermana, como si le hubiese servido muchos años, porque tenía efectivamente el deseo de servirle y honrarle durante toda su vida, por muy larga que hubiera sido. La hermana Margarita tenía mucha mansedumbre y hacía todo lo que se le decía, sin replicar nunca en nada. Era muy obediente, quería mucho a la comunidad; lo demostró muy bien cuando, al caer enferma, la hermana que vivía con ella le dijo que había que venir a esta casa; y aunque tenía muchas molestias, se levantó enseguida y demostró mucha alegría al venir.

— ¿Qué buena hermana!, dijo el Padre Vicente, ¡qué bueno es querer venir a la comunidad! De esa forma demostró que no amaba más que a Dios, ya que estaba tan despegada de todo. Dejó sin ninguna pena la casa en donde se encontraba bien, para cumplir la voluntad de Dios. Así es como hay que obrar, her-

manas mías, sin buscar pretextos para dispensaros de hacer lo que se os manda.

Otra hermana dijo:

— Padre, yo observé que sor Margarita tenía mucho celo por enseñar lo que tenemos obligación de saber, y también un gran recato en sus palabras; especialmente durante el tiempo de silencio, no quería hablar sin necesidad; esto me llenaba de confusión al ver su virtud y saber que yo estaba tan alejada de ella. Siempre hablaba de cosas edificantes, especialmente de la felicidad de su vocación.

— ¡Bendito sea Dios por siempre! ¡Qué buenas prácticas son estas! Padre Portail, ¿no le impresiona escuchar el relato de tan hermosas virtudes?

Todavía nos queda por hablar de lo que se ha observado en la hermana Delaitre. ¿Quién ha vivido con ella?

— Padre, indicé la señorita, esta querida hermana no salía nunca de esta casa. Sólo llevaba aquí cuatro meses. Trabajaba en el servicio a los pobres de San Lorenzo.

— Bien, señorita, ¿qué ha observado usted en ella?

— He observado una gran mansedumbre, mucho interés por los enfermos, pero sin inquietudes ni prisas. Era activa y trabajadora y no se podría pagar el trabajo que ella hacía. Tenía grandes disposiciones para el bien y para el deseo de perfeccionarse, mucha paciencia con las hermanas, muy obediente a los superiores; y durante su enfermedad, sufrió con mucha paciencia. Lo único que lamentaba era no haber servido mucho tiempo a los pobres.

— ¡Qué buena hermana! Aunque joven en la Compañía, era antigua en la virtud. En el poco tiempo que estuvo, realizó lo que podría hacerse en seis, en diez, y hasta en doce años. Hermanas mías, ¡qué felicidad estar entre plantas que producen tales frutos! ¡Pero también, qué confusión al verse llenos de vanidad de espíritu, con deseos de la propia satisfacción! Si hubiese alguna de vosotras que deseara ser vista, ser conocida, y que procurase ser observada, si hubiese alguna de esas, tendría que humillarse delante de Dios y decir: ¡Dios mío ¿qué diré

yo, qué haré yo, qué responderé yo el día del juicio cuando me reprochen haber vivido con las esposas de Jesucristo, con unas hermanas tan llenas de virtud, y no haber seguido sus ejemplos? ¡Oh! Si hubiese alguna que buscase la estima de las criaturas, y quisiese ser aplaudida, ¡qué desgracia!, no haría falta más para atraer las maldiciones de Dios sobre toda la Compañía. Quiero creer que todas estáis en la disposición de entregaros a Dios por entero. ¿No me prometéis, hijas mías, deciros a trabajar en vuestra perfección, y no tener ninguna buena opinión de vosotras mismas? Pues apenas una persona tiene buena opinión de sí misma, se aparta de Dios. Decidíos pues, hijas mías, a renunciar a vuestra voluntad para no querer más que el cumplimiento de la santa voluntad de Dios.

Todas las hermanas respondieron:

— Sí, Padre; ese es nuestro deseo.

— Así lo espero, contestó el Padre Vicente, mediante la gracia de Dios, de su parte pronunciaré las palabras de la bendición, rogándole que mientras las diga, vaya llenando nuestros corazones, el vuestro y el mío, del deseo de adquirir las virtudes que acabáis de relatar.

Benedictio Dei Patris...

48 [47,IX,543-554].

CONFERENCIA DEL 5 DE MARZO DE 1651

Sobre la confesión

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia es sobre la confesión. Se divide en tres puntos. El primero es sobre las razones que obligan a las Hijas de la Caridad a saber confesarse bien; el segundo, sobre las faltas que pueden cometer en sus confesiones; el tercero, sobre los medios para hacer buenas confesiones. Es un tema muy importante, hermanas mías,

Conferencia 48. — Apuntes tomados por sor Juliana Loret (Arch. de las Hijas de la Caridad).

ya que, si no nos confesamos bien, estamos en peligro de cometer quizás algún sacrilegio.

— Hermana, díganos por favor, lo que piensa sobre este tema.

— Padre, sobre el primer punto he pensado que una de las razones que nos obligan a saber confesarnos bien es que no podemos enseñar debidamente a los enfermos a confesarse si antes nosotros no lo sabemos hacer.

Otra razón es que este sacramento es como un segundo bautismo, ya que nos devuelve la gracia; esto nos obliga a acercarnos a él con una buena preparación.

Las faltas que se pueden cometer son: no tener pureza de intención de acudir a él puramente para ponernos en estado de agradecer a Dios; buscar excesivamente nuestra propia satisfacción.

Los medios para confesarse bien son la debida humildad y el pensamiento de la enormidad del pecado, etcétera.

— Muy bien, hija mía, ¡que Dios la bendiga! Usted, hermana, díganos sus pensamientos.

— Padre, me parece que, si no hacemos una buena confesión, estamos en peligro de cometer un sacrilegio.

— Esta hermana indica como primera razón, que si la confesión no se hace bien, cometemos un sacrilegio y aumentamos el número de nuestros pecados, y en vez de los diez que teníamos, salimos con once; y si uno muere entonces, mis queridas hermanas, es condenado. ¿Y qué faltas pueden cometerse al confesarse?

— Padre, me parece que son: no examinarse bien, disimular los pecados y no darlos a conocer tal como son.

— ¡Ay! Sí, hermanas mías, disminuir las faltas y hacer que no se conozca tal como son es una gran falta. ¡Cuánta gente se habrá condenado por eso!

— Padre, me parece que es la vanidad la que busca excusas, y no nos gustaría que viesan nuestras faltas tan grandes como son.

— Ciertamente, se trata de un espíritu de vanidad, de un espíritu diabólico, cuando, en vez de acusarse, se excusa uno. Her-

manas mías, no es ningún descrédito para una hermana dar a conocer sus faltas. No, por el contrario; cuando se abre tal como es y dice: «Yo he hecho esto y esto; he sido tan miserable que he cometido este pecado», entonces se ve que es el espíritu de Dios el que la hace hablar.

— Usted, hermana, ¿por qué razones le parece que las Hijas de la Caridad tienen que saber confesarse bien?

— Padre, me parece que nuestra predestinación depende de una buena confesión y que hemos de pensar que es quizás la última vez que Dios nos concede la gracia de confesarnos.

— Ciertamente, mis queridas hermanas, nuestra predestinación depende quizás de este acto; y a este propósito, os diré que en una reunión algunos prelados me confesaron que habían tomado la determinación, siempre que se confesasen o celebrasen, de pensar que aquélla sería quizás la última vez. Fijaos, hermanas mías, son unos prelados los que nos dan ejemplo.

— También me parece que, si Dios me concede la gracia de volver una vez más a confesarme, podría ir a otra confesión mejor dispuesta.

— Nuestra hermana dice que podemos hacer una buena confesión para prepararnos a otra. Puede ser, porque confesarse bien a fin de confesarse mejor otra vez, es muy bueno; y en efecto, el buen empleo de las gracias que Dios nos concede no es solamente meritoria para la acción presente, sino también para la próxima y para todas las demás.

— Pero, ¿en qué defectos se puede caer en la confesión?

— Se pueden disimular las faltas, creyendo que se trata de cosa poco importante y que otra vez lo haremos mejor, o bien disminuirlas para que el confesor no nos desprecie.

— Nuestra hermana dice que, si se dejan pasar ciertas faltas por cualquier motivo, ¿qué pasará, hermanas mías?; sería una gran desgracia. El espíritu maligno se hace el amo. Finalmente, la que deja de confesarse bien cae en grandes faltas en privado y en público. Pero, por el contrario, cuando hacemos una buena confesión, enseguida se nos devuelve la gracia de Dios, reviven todas las buenas obras que habíamos hecho, y aumenta nuestra

fe, nuestra esperanza, nuestra caridad y amor a Dios, nuestra templanza nuestra humildad, en fin todo lo demás.

Usted, hermana, ¿qué razones tienen las Hijas de la Caridad para saber confesarse bien?

— Padre, creo que es para adquirir la gracia de Dios.

— Muy bien: para adquirir la gracia de Dios. Deberíamos sentirnos felices de que todo el mundo conociese nuestras faltas; un santo ha dicho que hay que estar dispuestos a decir los pecados en medio del mercado.

— Las faltas que cometemos en la confesión son el respeto humano, que proviene o de la vanidad, o incluso de la costumbre; y la falta de contrición; esto ha de temerse mucho más cuando a veces nuestras faltas nos parecen ligeras. Me parece que es conveniente decir alguna falta grave de la vida pasada e incluso varias.

— Sí, es una gran medio, para excitarse a contrición, decir algunos graves pecados de la vida pasada: «¡Dios mío! yo hice esto en mi juventud»; porque lo malo es que a veces no se tiene suficiente pesar de las faltas ordinarias.

Pero dígame, hija mía; si una hermana va a confesarse sin demostrar ningún pesar de sus faltas, ¿es buena su confesión?

— No, lo principal es la contrición.

— Pero, hermana, ¿está bien acusarse siempre de las mismas faltas?

— No, porque hay que trabajar en corregirse; pero, si alguna vuelve a caer en ellas, hay que decirlas.

— Fijaos, hermanas mías, es preciso que lo diga por algunas almas escrupulosas; hay algunas faltas en las que es imposible evitar que caigamos. Los mismos santos, según dice el Espíritu Santo, caían siete veces al día ¹; eran ciertas distracciones de espíritu, pensamientos ligeros, incluso en sus plegarias, y otras faltas semejantes. Sin embargo, esto podría preocupar a una pobre mujer. ¿Qué hay que hacer entonces? Cuando se cae continuamente en las mismas faltas, hay que humillar-

1. Prov 24,16.

se delante de Dios, desear estar unidos con él y decir: «¡Ay, Dios mío! ¡Cuántos motivos tengo para humillarme delante de ti y de desear verte!», y luego con paciencia hacer actos de esperanza, de humildad, entregarse a Dios, excitarse a la contrición y al propósito de la enmienda.

Pero dígame, hija mía, una hermana que no viese bien las amonestaciones que se le dan, ¿haría una buena confesión?

— No, Padre.

— ¿Es un defecto, hermana mía, el andar eligiendo confesores?

— Sí, Padre.

— ¿Qué piensa usted, hija mía, de una hermana que quisiese un confesor y no quisiese otro?

— Padre, una hermana que quiere un confesor y no quiere otro, es que tiene un apego demasiado grande y se busca a sí misma.

— Pero, me diréis, es que él me conoce mejor y me impresiona más lo que me dice. No es eso, hermanas mías; se trata de un apego, por no decir de un amor, que podría ir siendo cada vez peor.

Mis queridas hermanas, creedme, se trata de una inclinación peligrosa, y por así decirlo, de cierto afecto del corazón que, si no se remedia prontamente, podría hacer que la confesión fuese nula. Pido a Dios que conceda la gracia a nuestras hermanas de no apegarse jamás a ningún confesor, ni en esta parroquia ni en aquélla, y dirijo con toda mi alma esta oración a Dios, por Jesucristo nuestro Señor, para que ninguna de vosotras se apegue a ningún confesor, porque esto sería lo que la perdería. Con la ayuda de Dios, hermanas mías, no mañana, sino el miércoles, celebraré la santa misa por esta intención.

¿Puede decirse que el confesor es demasiado duro, o demasiado blando, o quejarse de que no dice nada?

— No, Padre.

Está mal decir: «¡Si repitiera los pecados que se le han dicho!». ¿Dar a conocer lo que él ha dicho, es también una falta?

— Sí, Padre.

— Sí, sin duda, hermanas mías; es una falta y muy grande, porque el penitente también está obligado al secreto con el confesor; y una persona que se pone a decir: «Me ha dicho esto y esto», peca mucho.

Si él no se portase bien, si dijese, por ejemplo, alguna palabra halagüena: «Ninguna me ha complacido tanto y me ha dado tanta satisfacción por su conducta, como usted», o alguna otra palabra que demuestre afecto, entonces, hermanas mías ¡cuidado con esto! ¡Dios mío! ¡Qué peligroso es esto! Que lo diga, pero ¿a quién? A los superiores, y a nadie más.

Usted, hija mía, dígame, una hermana si se pone a discutir sobre la penitencia, o que rehúsa la que le han impuesto, y no quiere confesarse con un confesor, porque pone penitencias que no le agradan, ¿hace mal?

— Sí, Padre, me parece que es una falta grave.

— Una falta grave, sin duda, hermanas mías; me acuerdo a este propósito de unas hermosas palabras de san Agustín: «La persona que rehúsa su penitencia, rehúsa el perdón».

Una persona que va a confesarse sin examinar su conciencia, sin contrición, o sin deseos de aceptar la penitencia, o de restituir los bienes ajenos que posee, ¿comete una falta?

— Sí, Padre.

— El pecado no se perdona nunca sin la restitución.

Ahorrar de los bienes de los pobres en alguna parroquia para apropiarse de ellos, ¿es un pecado?

— Sí, Padre.

— ¡Dios mío!, hermanas mías, es un sacrilegio; porque es tomar algo que pertenece a Dios y aplicárselo a sí mismo, y no creo que ninguna de vosotras caiga en este pecado; no, no hay ninguna, por la gracia de Dios, porque ese pecado no se perdonaría jamás sin restitución, y no solamente en lo que se refiere a los bienes, sino también al honor.

Nunca hay que hablar de los demás, ni siquiera en el confesionario; si no podéis ocultar el mal ajeno, valdría más callar vuestro propio pecado; pero ¿sería quitar el honor a una hermana el decir sus faltas a la superiora, para que ponga remedio?

No, hay que decirselo; pero no a otras personas; porque quitar alguna cosa no es nada, pero quitar el honor es perderlo todo. Hermanas mías, si alguna vez os pasa esto, os ruego que no volváis a hacerlo.

Usted, hermana, díganos por favor, lo que ha pensado.

— Padre mío, la primera razón para aprender a confesarnos bien es que, si no, muchas veces nos veríamos en peligro de cometer sacrilegio. La segunda razón es que no podríamos enseñar a los pobres, ni tampoco a los alumnos de las escuelas, si no lo supiésemos hacer bien nosotras mismas.

— Esta es, hermanas mías, una buena razón: porque estáis con los pobres, y sobre todo con las niñas, a las que tenéis que enseñar a hacer buenas confesiones.

Por eso el Padre [Vicente] ², dirigiéndose al sacerdote que le acompañaba, le dijo:

Le ruego que ponga por escrito todo lo que hay que enseñar a las niñas sobre este tema; la hermana que está encargada de las recién venidas, se lo enseñará, porque es de grandísima importancia; y le pido que todos los años, mientras vivamos, tengamos una conferencia sobre este tema; os ruego a todos, a usted Padre, a la señorita, y a usted, hermana, que me lo recuerden.

Siga usted, hermana.

— Padre, entre las numerosas faltas que pueden cometerse al confesarse, he observado tres principales. En primer lugar, hablar demasiado. Esto pasa cuando se dicen faltas que no se han hecho, cuando se habla de los asuntos domésticos, cuando se descubren las faltas del prójimo, y finalmente cuando se habla de cosas que no son de confesión.

En segundo lugar, hablar demasiado poco; por ejemplo, cuando no se dice el número ni la circunstancia de los pecados más notables, cuando se callan algunos pecados, por miedo a

2. El manuscrito pone *Portail*, lo cual sin duda es una distracción de la copista, puesto que san Vicente es el que habla, y debía ser el padre Portail el sacerdote que le acompañaba.

que el confesor nos riña, cosa que no deberíamos temer, o por cualquier otro motivo.

En tercer lugar, no hablar bien, esto es, disimular los pecados para que no aparezca lo que son, o expresarse como si se tuviesen dudas: «Si he hecho esto o aquello, pido perdón a Dios», cuando la verdad es que no hay duda en ello, o excusar se, o callar un pecado para decírselo a otro confesor. Me parece que todas estas cosas son faltas graves.

Sobre los medios para hacer una buena confesión, creo que basta con observar los cinco puntos, con la gracia de Dios.

— Está bien, hermana, ¡Dios la bendiga!

Señorita, ¿quiere usted decirnos sus pensamientos?

— Padre, ¿le parece bien que le ponga una pregunta sobre lo que se ha dicho?

— Sí, con mucho gusto.

— Si el confesor no tiene intención de dar la absolución más que en el caso de que se haga la penitencia que ha impuesto, el que no haga la penitencia, ¿recibe la absolución?

— No, hermanas mías; el confesor no os da la absolución más que con la condición de que cumpláis la penitencia que os impone, y no la recibís si no cumplís la penitencia.

La señorita prosiguió:

He pensado, como primera razón, que el sacramento de la penitencia bien recibido ayuda mucho a las almas a glorificar a Dios, poniéndolas en ese estado por la reconciliación que se logra con su bondad, y que le perdona todos sus pecados.

La segunda razón es que, si no hacemos todo lo posible para recibir bien este sacramento, despreciamos en cierto modo la gracia que Dios nos ofrece en él, y en donde se nos aplica el mérito de la muerte del Hijo de Dios.

Y como tercera razón, nos ponemos en peligro de morir impenitentes y fuera de la gracia de Dios; lo cual nos estaría bien merecido por haberlo rehusado.

En el segundo punto, las faltas que se puedan cometer contra la preparación para confesarse bien son muy numerosas; pero hay tres o cuatro principales. La primera consiste en no te-

ner deseos de corregirse, por estar en una disposición que nos impide conocer nuestras faltas, o no confesarlas; esto impide que las podamos declarar.

Otra falta consiste en no excitarse a tener dolor sensible, o simplemente dolor en la voluntad, por haber ofendido a Dios; pero esto lo podríamos hacer fácilmente, poniéndonos a considerar la bondad de Dios y el amor que nos tiene y nuestra malicia por haberle ofendido.

La tercera falta es el temer dar a conocer nuestros pecados, a nuestro confesor tal como son. Una falta muy grave e importante es no poner esfuerzo, en cada uno o en todos en general, en trabajar por corregirnos y en pedir a Dios la gracia para ello.

En el tercer punto, sobre los medios para disponernos a hacer bien nuestras confesiones, lo primero que tenemos que hacer es tener una alta estima y un gran deseo de recibir este sacramento, y para esto conocer bien todo lo que nos puede servir.

En segundo lugar, ir al confesionario con la idea de que somos criminales; pensar que vamos a hablar con Dios, sin fijarnos en la persona del sacerdote que nos escucha; acusarnos lo más criminal e inteligiblemente que podamos, sin dar a conocer que son las demás la causa de que hayamos ofendido a Dios, y sobre todo procurando no revelar la persona que sea cómplice de nuestro mal, a no ser en casos de grave necesidad; no ocultar nada. En tercer lugar, después de haber terminado nuestra acusación, hemos de permanecer en la confusión que nos deben haber dado nuestros pecados, escuchando con mucha reverencia y humildad las amonestaciones de nuestro confesor, recibiendo la penitencia con la admiración de que Dios permita que nos pongan tan poca, renovando nuestra atención en el pesar de haber ofendido a Dios y en la esperanza de su misericordia, escuchar la santa absolución, imaginándonos que es entonces cuando el mérito de la sangre del Hijo de Dios derramada sobre nuestras almas borra nuestros pecados. De esta forma que-

daremos de nuevo totalmente admitidos a la gracia de Dios y seremos agradables a la Santísima Trinidad.

— ¡Alabado sea Dios hermanas mías!, me siento sumamente edificado por lo que se ha dicho. Creo que os confesáis bien, y puedo deciros, para el consuelo de muchas, que mientras he sido vuestro confesor he tenido un gran consuelo.

La mayor parte lo hacían muy bien, y quiero creer que lo seguís haciendo todavía mejor y que, en vez de decaer, cada vez lo hacéis de una forma más perfecta. ¡Animo pues, mis queridas hermanas! ¡Qué felices seréis si hacéis vuestras confesiones con las cualidades que se han dicho, de un buen examen, de contrición, de un firme propósito de enmendarnos de una confesión entera y de una satisfacción perfecta! ¡Bendito sea Dios creer que si obráis de esta manera, Dios os colmará de sus gracias, hermanas mías! Porque ésta es la base de la perfección. Es lo que le pido con todo mi corazón, a pesar de mi indignidad; y de su parte, pronunciaré sobre vosotras las palabras de la bendición.

Benedictio Dei Patris...

49[49,IX,572-580)

CONFERENCIA DEL 25 DE ABRIL DE 1652

Sobre el buen uso de los avisos

Mis queridas hermanas, esta conferencia se divide en tres puntos: el primero es sobre las razones que tenemos para aprovecharnos de los avisos que se nos hacen; el segundo, sobre las faltas que podemos cometer cuando nos advierten de nuestros defectos; el tercero, sobre los medios para aprovecharse de los avisos que recibimos.

Como el Padre Vicente se había retrasado por algún asunto especial, el padre Portail empezó a preguntar a las hermanas.

La primera hermana dijo que una de las razones para que nos aprovechemos de los avisos que se nos hacen es la cari-

Conferencia 49. — Ms. SV. 9, p. 222 s.

dad que tienen con nosotras los superiores. Si es caridad, por su parte, soportar nuestros defectos e imperfecciones, todavía es mayor caridad avisarnos y desear que nos corriamos.

Otra razón es que, si no nos avisan de nuestros defectos, seguiremos con ellos.

Dirigiéndose a otra hermana, el padre Portail le dijo:

¿Qué faltas se pueden cometer cuando se nos avisa de nuestros defectos?

— Padre, me parece que la falta más grave que se puede cometer es no recibir ese aviso como venido de Dios, que nos avisa por medio de nuestros superiores, sino ponerse a murmurar y a quejarse por ello con otra hermana.

— Entonces, ¿cree usted que el medio para aprovecharse de los avisos es creer que Dios habla por boca de los superiores,

— Sí, Padre.

Otra hermana dijo:

— Lo que nos obliga a recibir con agrado que nos avisen de nuestras faltas, es que se trata de un medio para hacer que muera nuestro amor propio, que procura ocultar sus faltas todo lo posible. Si nos cuesta soportar el favor que nos hacen al avisarnos, con mucha más razón nos costaría reconocer nosotras mismas nuestras faltas.

Uno de los medios para aprovecharse de los avisos consiste en que digamos nosotras mismas nuestros defectos a la superiora, cuando los conocemos. Otro consiste en pensar con frecuencia en los defectos de los que nos han avisado, para corregirnos de ellos. No hay ningún medio tan seguro como pedir muchas veces a Dios esta gracia, apoyándonos en nuestra debilidad.

— Tiene usted razón, hermana, al decir que hay que recurrir a Dios, ya que muchas veces nos proponemos recibir bien los avisos que nos hacen, pero, cuando llega el momento de hacérselos, con frecuencia carecen de efecto nuestros propósitos.

Otra hermana dijo que Dios nos pediría cuenta de los avisos que nuestros superiores, e incluso nuestros iguales, hacen el favor de hacernos.

Entonces llegó nuestro muy venerado Padre. Se puso de rodillas, como de costumbre, preguntó al padre Portail si había comenzado la conferencia, y una vez que recibió su respuesta afirmativa, exclamó: «¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios, hermanas mías!

Y dirigiéndose a la hermana que estaba hablando, le dijo:

Hija mía, díganos lo que piensa usted sobre el tema de la conferencia.

— Padre, he pensado que lo que nos obliga a aprovecharnos de los avisos que nos hacen, es en primer lugar que no nos conocemos a nosotras mismas; y por tanto, tenemos necesidad de alguien que nos quiera avisar.

— Tiene usted razón, hija mía; estamos ciegos y no nos conocemos a nosotros mismos. Un ciego no ve nunca el sol; nosotros no vemos nunca nuestro rostro. Ese es, hermanas mías, un buen pensamiento; fijaos bien en él. Siga usted, hija mía, díganos lo que ha pensado.

— Padre, he pensado que Dios nos pedirá cuenta muy estrecha de los avisos que nos han dado.

— ¡Dios la bendiga, hermana! Fijaos, hermanas mías, es una verdad muy cierta, enseñada en la Santa Escritura, que Dios nos pedirá cuenta de los avisos que se nos den; y si no hacemos buen uso de ellos, hay muchos motivos para temer, hermanas mías, que Dios nos abandonaría, si se colmase la medida de nuestras ingratitudes; pues una hermana que se dejase llevar por los sentimientos de la naturaleza al ser reprendida de sus defectos, caería luego en un endurecimiento de corazón, de tal manera que nada le llegaría a impresionar. Cuanto menos le agrade lo que puedan decirle por su bien, más motivos de queja tendrá para protestar de lo que se le dice. Si se impone algún reglamento para el buen orden de la casa, murmurará; si ve a una hermana cumplidora de su deber, la despreciará y la tachará de beata; todo esto no son sino tentaciones contra la vocación y turbaciones en su ánimo, por no haberse aprovechado de los avisos ni haber resistido a los movimientos de la naturaleza corrompida.

Fijaos, hermanas mías, Judas no se preocupó de combatir su avaricia; y por eso se perdió. Si una Hija de la Caridad obrase de esta manera, acabaría saliéndose, aunque Dios no deje de seguir concediéndole sus gracias; porque tampoco se las quitó a Judas, a pesar de que conocía su vicio. El sol brilla lo mismo sobre el ciego que sobre el que ve con claridad; pero en vano, porque el ciego no ve.

Usted, hermana, ¿qué es lo que ha pensado sobre el tema de esta conferencia?

— Padre, he pensado, como usted ha dicho, que el no aprovecharse de los avisos es ir endureciéndose poco a poco. También he pensado que no bastaba contentarse con los avisos de los superiores, sino además pedirles a los que están con nosotros que hagan el favor de avisarnos de nuestros defectos. Padre, yo le he pedido este servicio a mis hermanas y les he prometido que, siempre que me lo hagan, rezaré por su intención tres padre nuestros y tres avemarías y que me acordaré de ellas en la santa comunión.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! ¡Que Dios la bendiga por seguir esa hermosa práctica! Mis queridas hermanas, me gustaría que existiese entre vosotras, esa práctica de rogaros unas a otras que os avisaseis de vuestras faltas, y especialmente a vosotras, hermanas sirvientes, a fin de dar mayor libertad a las hermanas que están con vosotras, para que os diesen lo no bueno que en vosotras podrían haber advertido. Cuando una hermana os pida que la aviséis, tenéis que hacerlo con gran respeto y humildad y, después de haberos excusado, decirle: «Es verdad, hermana, que he notado esto en usted; pero quizás no se ha dado cuenta».

Es necesario avisar a las hermanas sirvientes lo mismo que a las demás, ya que incluso los santos tienen necesidad de ser avisados. Los discípulos eran enviados de dos en dos, como nos enseña hoy la iglesia, precisamente para ejercer la caridad fraterna ¹.

1. Lc 10,1-9.

Pues bien, hijas mías, hay dos clases de avisos: los avisos generales y los particulares. Los primeros son los que se hacen en las conferencias para todas.

Avisar a una hermana que es arrogante en su porte, que habla con los hombres, es un aviso particular. Si no se aprovecha de él, es para su condenación.

El Padre Vicente, dirigiéndose a otra hermana, le preguntó:

— Hija mía, ¿qué faltas cree usted que se pueden cometer cuando nos avisan de nuestros defectos?

— Padre, una gran falta es dejarse llevar del malhumor y de la pasión; luego, demostrar ese malhumor ante las hermanas, que se escandalizarían. Yo reconozco que he faltado mucho en esto.

— ¿Ha pedido usted perdón a la hermana con la que se ha portado de esa forma, hija mía?

— Lo he hecho algunas veces.

— Recordad, mis queridas hermanas, que hay que pedirse mutuamente perdón cuando se ha deseducado o disgustado a las hermanas, a fin de curar por este medio la herida que se les haya hecho.

Nuestro muy venerado Padre nos demostró en esta ocasión su profundísima humildad, diciéndonos una cosa que no sabíamos. Nos contó que había cometido una falta con un hermano que le daba cuentas de cierto asunto.

Le hablé, nos dijo, con demasiada energía, que hasta los demás pudieron oír. Me parece que también estaba allí el padre Portail.

Y repitió las mismas palabras dos o tres veces, para dar al padre Portail la ocasión de confesar que estaba presente; pero el padre Portail no dijo ni una sola palabra.

Al día siguiente, añadió el Padre Vicente, mientras trataba conmigo el mismo hermano, volví a hablarle con cierta acritud. Reconocí mi falta al hacer el examen, y en pleno capítulo me puse de rodillas y dije: «Hermano, le pido perdón por haberle hablado con calor», y le rogué que pidiese a Dios que me perdonase.

Hermanas mías, es lo que tenemos que hacer cuando hemos faltado. La señora esposa del general de las galeras solía tener el genio algo pronto; apenas se daba cuenta de que se había impacientado, se ponía de rodillas delante de su señorita de compañía y le pedía perdón. Hermanas mías, haced vosotras lo mismo; es el mejor medio para conservar la unión; porque si habláis o reprendéis con pasión, molestáis y herís a vuestra hermana. Ella os podrá tomar antipatía; verá mal todo lo que digáis o lo que hagáis; creerá que no hace nada a vuestro gusto; la horrozaréis. Pero pedidle perdón, demostradle que estáis arrepentidas de vuestras faltas, y de esta forma le quitaréis la amargura de su corazón.

Cuando nos avisan de nuestros defectos, o cuando avisamos a las demás hermanas, no pasará nada malo, a no ser cuando se hace con pasión. Nuestros superiores tienen obligación de avisarnos; aunque vean que una hermana murmura y que no recibe bien las advertencias, no pueden dejar de avisarle, pues tarde o temprano sacará provecho de ello. No os extrañéis de que esté triste y abatida, pues el aviso es una medicina y una sangría para echar fuera el mal humor. Cuando os llevan una medicina muy amarga, condes asco, queréis desecharla, os quejáis antes de tomarla, pero acabáis tomándola, porque sabéis que os curará.

La que es avisada tiene que procurar superar su mal genio, en medio de las protestas y de las emociones de la naturaleza, y aprovecharse bien de las advertencias, aunque ni siquiera sepa de qué la están avisando, y recurrir a Dios en su pequeño oratorio, o delante del Santísimo Sacramento, exclamando en lo más profundo de su corazón: «¡Ay, Dios mío! ¡Cuánto me cuesta! Me reprenden de una falta que no conozco. Pero, Dios mío, si las demás se dan cuenta de ella, bendito seas para siempre!».

Mis queridas hijas una hermana se aprovechará de los avisos, si hace buen uso del favor que le hacen las que la reprenden. Esto es adornar la Compañía, cubrirla de oro y de piedras preciosas. Os recomiendo sobre todo, hermanas mías, la prác-

tica de nuestra hermana que, ha dicho pedía a las demás que la avisasen de sus defectos.

¿Y cuándo hay que hacerlo? Empezad esta misma tarde, si se presenta la ocasión. ¿Y cuándo continuar? Mañana y siempre, hermanas mías. Siempre, porque si adoptáis esta práctica en la Compañía y usáis bien de las advertencias que se os den, estad seguras de que vuestra Compañía será una de las más santas de la iglesia de Dios. Si no lo hacéis, causaréis su ruina; se preguntará: «¿Dónde está esa bella Sión, de la que todos hablaban tan bien, esa hermosa Compañía de Hijas de la Caridad? ¿Dónde está la modestia, el orden, el cuidado y vigilancia de los pobres? ¿Dónde está ese recato en no hablar con los hombres en no dejarles entrar en sus habitaciones? ¿Dónde están aquellas hermanas muertas santamente?» No se verá por ningún sitio.

Hijas mías, se trata de hacer algo muy importante para afirmar bien vuestra Compañía. Pondré los medios para remediar esos defectos de que me avisan.

Hermanas, si por culpa de la señorita Le Gras, por la del padre Portail, por la de una hermana sirvienta, por mi culpa, no progresáis en la virtud tendremos que responder de ello ante Dios, quien nos pedirá cuentas.

Aquí vimos cómo el Padre Vicente, nuestro muy honrado Padre, deseaba nuestra perfección, con qué cuidado la buscaba y también la necesidad de convencernos, a pesar de los resentimientos de la naturaleza, de que nuestros superiores tienen la obligación de velar sobre nosotros, ya que habrán de dar cuenta muy estrecha.

El Padre Vicente añadió:

Se me olvida una cosa...; no me acuerdo; padre Portail, haga usted el favor de recordármela, o bien díganos algún pensamiento que pueda ser útil a la Compañía.

— Padre, me parece que una de las cuestiones más importantes es que recibamos de buen agrado las amonestaciones que nos den los superiores sobre nuestros defectos.

— Sí, Padre; ¡ya lo creo que es necesario! Se trata de un pensamiento interesante. ¡Que Dios le bendiga! Sí, hermanas mías; hemos de sentirnos muy contentos de que nos avisen de nuestros defectos. Cuando estamos enfermos, nos parece muy bien que avisen a nuestro Padre, que se lo digan al médico y que le den a conocer perfectamente nuestra enfermedad. ¿Y por qué, hermanas mías? sencillamente, para recibir algún consuelo y que nos compadezcan, ya que cuando nos compadecen, nos sentimos aliviados. Es muy justo que lo deseemos.

Cuando estaba ya a punto de morir, nuestro Señor también deseaba esta misma satisfacción, y para él la mayor pena era que nadie le compadeciese cuando estaba en la cruz. Pues bien mis queridas hermanas, el pecado hace que nuestra alma caiga enferma con una enfermedad mortal; hemos de sentirnos muy contentos de que se avise al médico, esto es, a los que pueden poner algún remedio.

Hijas mías, ¿por qué no vais a hacer vosotras lo que se hace en una casa religiosa que conozco? Cuando la superiora, después de conocer que hay una hermana que ha cometido alguna falta, le dice: «Hija mía, ha cometido usted esta falta; me lo han avisado». La hermana se pone entonces de rodillas y responde: «Madre, no solamente he cometido la falta que usted me dice, sino que ésta y ésta circunstancia la hacen todavía más grave de lo que han dicho».

Tened en cuenta, hijas mías, la virtud de esas buenas religiosas. Aunque haya alguna que sienta repugnancia al recibir la corrección de sus faltas, pasa por encima y promete con alegría y prontitud hacer todo lo posible por enmendarse y corregirse.

Hermanas mías, eso es precisamente lo que hay que hacer: no permitir que a una le arrastre la pasión, superar y rechazar esa tristeza y esa turbación que desea apoderarse de su corazón.

Señorita, por favor, haga el favor de decirnos cuáles son los pensamientos que se le han ocurrido sobre la necesidad que tenemos de ser avisados de nuestros defectos.

— Padre, tenemos que recibir de buen agrado los avisos, recordando aquellas palabras que dijo nuestro Señor a aquél que

le dio un bofetón para castigarle por haber dicho la verdad: «Si he hablado mal repréndeme» ².

Las faltas que se pueden cometer en eso son enfadarse, murmurar, ponerse a buscar excusas.

Un medio para que nos aprovechemos de los avisos consiste en creer que nos han hecho un gran favor cuando nos avisan de algún defecto.

— ¡Es muy hermoso todo eso! ¡que Dios la bendiga, señorita! Fijaos, hermanas mías, cómo nuestro Señor, que es la misma inocencia deseaba ser reprendido y se sometía a ello.

Hermanas mías, procurad aceptar bien todas estas prácticas, a fin de que vuestra Compañía pueda afirmarse cada vez más en la virtud; y como las gracias de Dios operan según la disposición que encuentran en la persona que las recibe, disponeos a recibir la bendición que os va a dar el más miserable y el mayor pecador de todos los hombres, que se ofrece a él para pedirle la gracia de aprovecharse bien de todo lo que se ha dicho y de cumplir siempre su santísima y adorable voluntad. Es lo que también deseo para todas vosotras con todo mi corazón, mis queridas hermanas.

Benedictio Dei Patris...

50[50,581-591)

CONFERENCIA DEL 2 DE FEBRERO DE 1653

Sobre el espíritu de la Compañía

Después de haber rezado el Veni Sancte Spiritus como de ordinario nuestro muy honorable padre empezó de este modo:

Hijas mías, esta conferencia se divide en tres puntos: el primero es sobre las razones que nos obligan a saber bien en qué consiste el espíritu de la Compañía de Hijas de la Caridad; el segundo, sobre lo que es ese espíritu; el tercero, sobre los medios para adquirirlo.

2. Jn 18,23.

Conferencia 50. — Ms. VS. 9, p. 227 s.

Hermana, ¿ha hecho usted oración sobre este tema? ¿Qué le parece? ¿por qué tienen que saber las Hijas de la Caridad cuál es el espíritu de su Compañía?

— Padre, no he pensado mucho en ello, pero me parece que es menester que hagamos todas nuestras acciones con un espíritu de caridad, a imitación de nuestro Señor.

— Bien dicho, hija mía. Pero, antes de seguir adelante, es preciso que sepáis, hermanas mías, que a todas las Compañías que ha creado para su servicio les ha dado Dios un espíritu particular, así como el aprecio y la práctica de la virtud adecuada a dicho espíritu; es como el alma de la Compañía, lo que la hace vivir. Los animales muertos, separados de su espíritu, no valen más que para tirarlos al muladar; su cuerpo ya no tiene ninguna acción. Para daros a entender, hermanas mías, cómo ha obrado Dios en relación con las Compañías, os diré que ha dado a los Capuchinos el espíritu de pobreza, por el que tienen que ir hacia Dios, viviendo despegados de todas las preocupaciones y de todas las cosas particulares. A los Cartujos les ha dado el espíritu de soledad; están casi siempre solos; su mismo nombre está indicando su espíritu, ya que las cárceles no se llamaban antes cárceles, sino «cartujas»; su espíritu los hace continuamente prisioneros de nuestro Señor. A los jesuitas Dios les ha dado un espíritu de ciencia para comunicársela a los demás. El espíritu de las Carmelitas es la austeridad; el de Santa María, que ama mucho a Dios, es el de la mansedumbre y la humildad.

Ved, pues, mis queridas hermanas, cómo Dios da su espíritu de forma diferente a unos y a otros de tal manera que el espíritu de unos no es el espíritu de otros.

Cuando Dios hizo la Compañía de Hijas de la Caridad, le dio también un espíritu particular. El espíritu es lo que anima al cuerpo. Es muy importante que las Hijas de la Caridad sepan en qué consiste ese espíritu, lo mismo que es también importante que una persona, que va a hacer un viaje, sepa cuál es el camino para el sitio adonde quiere dirigirse. Si las Hijas de la Caridad no conociesen su espíritu, ¿a qué se dedicarían ellas especialmente?

Dígame, hermana, ¿es necesario que las Hijas de la Caridad sepan en qué consiste su espíritu?

— Sí, Padre.

— ¿Por qué?

— Porque, si no lo supiesen, harían una cosa distinta de lo que tienen que hacer.

— ¿Y usted, hermana? ¿Por qué razón es necesario que una Hija de la Caridad sepa cuál es su espíritu?

— Me parece, Padre, que una Hija de la Caridad que no conociese su espíritu se parecería a una persona que, sin conocer su oficio se empeñase en practicarlo; obraría de una forma muy distinta de como debería hacerlo; es menester que lo aprenda antes de practicarlo.

— Es cierto, hermanas; si una hija de Santa María llevase la vida de una Carmelita, no haría lo que Dios pide de ella.

— Bien, sor Antonieta, ¿por qué razón cree usted que las Hijas de la Caridad tienen que saber cuál es su espíritu?

— Es necesario, Padre, que todas sepan cuál es su espíritu; si alguna por devoción quisiese vivir como una religiosa, causaría molestias a sus compañeras y dejaría mucho que desear en el servicio a los pobres.

— Bien dicho hija mía. Si las Hijas de la Caridad supiesen los designios de Dios sobre ellas y cómo quiere que lo glorifiquen, juzgarían dichosa su vocación y por encima de la de las religiosas. No es que tenga que considerarse por encima de ellas; pero la verdad es que no conozco ninguna Compañía religiosa más útil a la iglesia que las Hijas de la Caridad, si se penetran bien de su espíritu en el servicio que pueden hacer al prójimo, a no ser las hermanas del Hospital Mayor y las de la plaza Real ¹, que son Hijas de la Caridad y religiosas al mismo tiempo, ya que se dedican al servicio de los enfermos, aunque con la diferencia de que les sirven en sus propias casas y no asisten más que a los que les llevan, mientras que vosotras vais a buscar al enfermo en su casa y asistís a todos los que morirían sin

1. Las Hospitalarias de la Caridad de Nuestra Señora que estaban encargadas desde 1629, de un hospital para mujeres enfermas.

vuestra ayuda, porque no se atreven a pedirla. En esto obráis como obra-ba nuestro Señor. El no tenía una casa donde acogerlos; iba de ciudad en ciudad, de aldea en aldea y curaba a todos los que encontraba. Bien, hermanas mías, ¿no os demuestra esto la grandeza de vuestra vocación? ¿Habéis pensado bien en ello alguna vez? ¡Hacer lo que Dios mismo hizo en la tierra! ¿Verdad que hay que ser perfectas? Sí, hermanas mías. ¿Verdad que habría que ser ángeles encarnados? ¡Oh! Pedid a Dios la gracia de conocer bien la grandeza de vuestra ocupación y la santidad de vuestras acciones.

No penséis en la grandeza de las religiosas; estimadlas mucho y no busquéis excesivamente su trato; no porque este trato no sea bueno y excelente, sino porque la comunicación de su espíritu particular no es propio para vosotras. Y esto es verdad tanto de los religiosos como de las religiosas.

No tenéis que dirigiros jamás ni a los unos ni a las otras en vuestras necesidades, ya que tenéis que tener mucho miedo de tomar parte en otro espíritu diferente del que Dios ha dado a vuestra Compañía. ¿Cómo podríais recibir consejo de una persona religiosa, cuya vida es totalmente distinta de la vuestra y que sólo puede aconsejar ordinariamente según sus máximas y según su espíritu? Por eso, hermanas mías, en nombre de Dios, no tratéis con ellos. Además, no podríais hacerlo sin perjudicar al servicio de los pobres o de los niños, que tienen necesidad continua de vuestros servicios, bien sea para que vayáis a buscarlos en sus casas, bien para que les preparéis en vuestra casa lo que necesitan.

A este propósito, es menester que alabe aquí a dos hermanas nuestras. Cuando se enteraron de que iba a dar la profesión a una religiosa de la Visitación, vinieron para ver la ceremonia y, al verme, me pidieron permiso. Y aunque yo sentía en mi espíritu alguna dificultad en concedérselo, no dejé de acceder a sus deseos. Y una de ellas me dijo:

Padre, algunas veces nos ha dicho la señorita Le Gras que no tuvimos esa curiosidad y que no tratásemos con las religiosas.

— ¿Cómo, hermana? ¿Es que no le molestaría dejar de acudir a verlo?

— Padre, me dijo, estoy indiferente; haré todo lo que me ordene.

— Váyase, pues, hermana; mortifíquese en esto.

Es menester, hermanas mías que alabe esta acción que es realmente digna de elogio. Si os portáis bien, como lo hizo esa hermana, os alabaré; si no, os reprenderé.

Este hecho puede servirnos a todas de ejemplo hijas mías, porque si nuestra hermana hubiese pedido consejo a una religiosa, seguramente ella no le hubiese impedido ir a ver aquella ceremonia, y desde luego, según su espíritu, por un buen motivo; y nuestras hermanas hubiesen perdido entonces el mérito de la renuncia a su propia voluntad y de la pequeña mortificación que pudieron hacer entonces.

Las Hijas de la Caridad tienen que fijarse bien en la humildad y en la deferencia de nuestro muy venerado Padre en la respuesta que dio a nuestra hermana.

He aquí, pues, la importancia que tiene que os aconsejéis de las personas que os pueden aconsejar y a las que Dios les ha comunicado vuestro espíritu. Nuestro bienaventurado Padre, el obispo de Ginebra, lo explica muy bien en su introducción: «Si un obispo quisiera seguir el espíritu de un Cartujo y vivir como él, ya no viviría el espíritu que Dios ha dado a su cargo y de esta forma no cumpliría con su deber». Así pues, hermanas mías, es importante que no tengáis trato con las personas religiosas. Pero, fijaos bien, no tenéis que decíselo; pues entonces ellos creerían que es por desprecio. ¡Ni mucho menos! ¡Todo lo contrario! El aprecio que les debéis tener os pone muy por debajo de ellas. Por tanto, no es conveniente que digáis que lo tenéis prohibido; pues ¿qué pensarían entonces, sin saber las razones que tenemos para opinar de esta forma? ¡Oh! ¡Qué necesario es, hijas mías, que os entreguéis a Dios para conocer vuestro espíritu! Una cosa que os puede servir mucho es pensar en las virtudes de las hermanas difuntas, que fueron tan grandes; no dudéis de que algunas de ellas fueron santas; en-

contraréis en ellas las señales del verdadero espíritu de la Hija de la Caridad. Pensad en cómo eran, qué es lo que hacían y animaos a imitarlas.

Hermana Francisca, ¿en qué consiste el espíritu de las Hijas de la Caridad?

— Padre, me parece que consiste principalmente en la obediencia a los superiores y en la observancia de las reglas. Según eso, creo que será entonces cuando posean el espíritu que Dios quiere que tengan.

— Esas son dos señales para conocer si se tiene el espíritu de una Hija de la Caridad: se ha dicho que una señal es la paciencia en los sufrimientos, a imitación de nuestro Señor; y usted añade otra señal: la sumisión a los superiores.

¿Y qué más señales sabe usted, hija mía, del espíritu de la Caridad en una hermana?

— Padre, la exactitud en la observancia de las reglas, la tolerancia y la condescendencia.

— Bien, esa es la tercera señal de las Hijas de la Caridad; las tres son muy necesarias para esforzarse en imitar a nuestro Señor: no basta con trabajar en el servicio de los pobres, hay que saber tolerar y condescender unas con otras. ¿Quién no tiene necesidad de esa tolerancia? Fijaos en un marido: por mucho amor que tenga a su mujer, le tiene que tolerar muchas cosas. Que no se imagine que habrá de ser siempre como el día de la boda, o que el segundo año será como el primero, o el tercero como el segundo; cambiará de humor, y por eso tendrá que tolerarla. De la misma forma, la mujer tendrá que tolerar a su marido y pensar que todos los días cambiará de disposición y que por la tarde ya no tendrá el mismo humor que por la mañana.

Lo mismo pasa con nosotros, hermanas mías. A veces estamos de tan mal genio y con tan mal humor que apenas nos podemos soportar a nosotros mismos; nos ocurre con frecuencia que estamos tan descontentos de nosotros mismos que nos arrepentimos por la tarde de lo que hicimos por la mañana. Esa ex-

perencia de nuestra propia conducta, ¿no debería ayudarnos a tolerarnos mutuamente?

Estarán juntas dos Hijas de la Caridad. Aunque tengan cierta virtud, no siempre estarán del mismo humor, y sin embargo es preciso que estén unidas y que sean cordiales entre sí. Una estará triste, la otra alegre; una se sentirá satisfecha, la otra descontenta. Si os fijáis bien, no estamos ni una sola hora en el mismo estado. ¿Y qué otra cosa podemos hacer, hermanas mías, sino soportarnos mutuamente y practicar esa virtud tan necesaria de la condescendencia?

Acordaos, por favor, de esta práctica, porque sin ella, hermanas mías no seríais Hijas de la Caridad sino hijas de la discordia y de la confusión; y esto daría mal ejemplo al prójimo y escandalizará a muchos. Tened cuidado en no equivocaros con frecuencia creyendo que vuestra hermana está de mal humor. No, no es ella la que está así, sino tú. Por eso tenéis que ocultar la pena que tenéis. Y si no podéis desechar ese pensamiento de que está de mal humor, condescended con lo que desea, con tal que no sea en algo que vaya contra la voluntad de Dios. Si obráis así, cumpliréis con vuestras obligaciones, contentaréis a Dios y él será glorificado en vosotras. Pero, si por desgracia, las Hijas de la Caridad llegaran a olvidarse de la tolerancia y de la condescendencia, los que las vieran se ofenderían y dirían: «Esas no son Hijas de la Caridad, sino demoniejos que se destrozan entre sí». Hermanas mías, evitad ese desorden entre vosotras, ya que veis qué necesario es saber tolerar a las demás.

Pero quizás alguna me pregunte: «Padre, ¿cuántas veces tendré que aguantar a la otra durante el día?». Responderé, hermanas mías: Tantas como ocasiones se presenten. Si os aguantáis dos veces, cuatro veces, estupendo; son otros tantos diamantes y piedras preciosas que añadís a vuestra corona, y es lo que más os puede ayudar a formar en vosotras el espíritu de la Caridad. Entregaos pues, a Dios, hermanas mías, para una cosa tan importante. Si adoptáis esta práctica, atraeréis muchas bendiciones sobre vosotras y sobre la Compañía, de la que Dios ha querido servirse. La buena señora presidenta de Goussault en-

tendía muy bien esta verdad. Me decía un día, en el lecho de muerte, a propósito de esta fundación, que ella tanto quería: «Esté seguro Padre, de que esta Compañía será muy útil al prójimo y hará mucho fruto». Mis queridas hermanas estas advertencias no pueden quedar inútiles, y para eso tenéis que entregaros a Dios para que se cumplan sus designios sobre vosotras.

Se está haciendo tarde. Encomiendo a vuestras oraciones a nuestras hermanas de Polonia, que dan tan hermosas señales de poseer el espíritu de las verdaderas Hijas de la Caridad. Ya sabéis, hijas mías, cómo han llegado a Polonia y qué bien las ha recibido la reina. Esta, después de haberlas dejado algún tiempo para que fueran tomando el aire del país y aprendiendo un poco su lenguaje, les dijo: «Bien, hermanas mías, ya es hora de empezar a trabajar. Sois tres; quiero que se quede una conmigo; usted, sor Margarita ²; las otras dos se irán a Cracovia a servir a los pobres». Pero sor Margarita respondió: «Señora, ¿qué es lo que decís? Las tres estamos para servir a los pobres, pero en vuestro reino tenéis otras muchas personas más capaces que nosotras para servir a Vuestra Majestad. Permítanos, señora, que hagamos aquí lo que Dios quiere de nosotras y lo que hacemos en otras partes». «Entonces, hermana, ¿es que no me quiere usted servir?». «Perdonadme, señora, ¡pero Dios nos ha llamado para servir a los pobres». ¿Verdad que es muy hermoso todo esto, hermanas mías?

¡Salvador de mi alma! Dios ha permitido este ejemplo para animaros a vosotras. Hermanas mías, ¡pisotear la realeza! ¡Cuánta virtud se necesita, hermanas mías! ¿No es preciso para esto tener verdaderamente el espíritu que Dios ha dado a la Compañía? ¡Qué felices sois por haber sido llamadas a ella! ¡Y más felices seréis todavía si perseveráis! Pero también, ¡qué desgracia para un alma que, por no haber querido sujetarse a las reglas de la Compañía, haya faltado a su fidelidad con Dios y se vea privada de sus gracias, de forma ó, al disminuir su fer-

2. Sor Margarita Moreau.

vor poco a poco, se vea a punto de dejar la Compañía, con alguna vana pretensión que la tentación le presente! ¡Qué vergüenza debería sentir esa persona! Pero no creo que haya ninguna de esas en la Compañía. Si alguna hubiese y no se sintiese conmovida por este ejemplo, ¿qué podría hacerse para conmoverla? No es, hermanas mías, que no podáis veros sujetas a tentaciones, pero hay que resistir con coraje, y entonces la tentación no será más que una prueba de la verdadera y sólida virtud.

Me olvidaba de deciros que la reina de Polonia al hablar con nuestras hermanas de los niños expósitos de París, añadió que esas niñas, una vez educadas, podrían ser admitidas en la Compañía y que sor Margarita le respondió sin haber pensado mucho en ello: «Perdonadme, señora, nuestra Compañía no está formada ni compuesta de esa clase de personas. Sólo se reciben en ella a las vírgenes».

Dios fue el que la hizo hablar de esta manera, hermanas mías, para advertirnos que en la Compañía no tiene que haber más que personas puras y castas. Por eso os he recomendado tantas veces que huyáis del trato frecuente con los hombres, aún cuando fueran santos. ¡Oh! ¡Cuán-ta importancia tiene que tengáis un especial aprecio a esta virtud! Os lo digo expresamente, no admitáis a los hombres en vuestras habitaciones, ni siquiera a vuestros confesores, aunque se trate del padre Portail. Recordadles que os lo han recomendado, a no ser que se trate de un caso de enfermedad.

No os he dicho, hermanas mas, que nuestras pobres hermanas de Polonia están en una ciudad donde mueren muchos de peste; y aunque ya han tomado todas las precauciones posibles, no dejan de estar en peligro. Las encomiendo a vuestras oraciones. ¿Sabéis lo que ha hecho el padre Lamberto ³ con sor Mar-

3. Lamberto aux Couteaux nació en Fossemanant (Somme) en 1606 ingresó en la Congregación de la Misión en agosto de 1629. Fundó la casa de Toul en 1635, quedándose de superior hasta 1637. En 1638 inauguró el establecimiento de Richelieu (Indre-Loire), donde desempeñó durante cuatro años las funciones de párroco y superior. En 1642, la asam-

garita, al enviarla al lugar indicado para que sirviera a los pobres? La ha puesto bajo la dirección de sor Magdalena Drugeon; y ella lo ha aceptado de buen grado. Demos gracias a Dios.

Entonces nuestros muy venerado Padre se puso de rodillas y dijo:

Sé bendito, Dios mío, por las gracias que has concedido a los miembros de esta pequeña Compañía. Sigue concediéndoselas, Dios mío, por favor, y no permitas que abusen de ellas y se gloríen de sí mismas; concédeles por el contrario la gracia de humillarse a medida que las vas elevando, y que admiren tu poder para lograr tan grandes maravillas en unas personas tan bajas.

Y cuando la hermana sirvienta le pidió la bendición para toda la Compañía, su caridad dijo con gran humildad:

¡Ay! ¡Dios mío! ¡Soy un miserable pecador que tengo que dar la bendición a unas almas tan santas y a sus sirvientes! Pero como así lo queréis, pronunciaré las palabras de bendición

Benedictio Dei Patris...

blea general le nombró asistente del superior general. Lo encontramos de nuevo en Richelieu en 1645, 1650 y 1651. Fue por poco tiempo superior ¿«des Bons Enfants» (1646-1649) después de San Carlos (1650). San Vicente tenía en él tal confianza que le encargó la visita de la casa de San Lázaro, de la Rosa y de Toul y a las casas de las Hermanas de Nantes y Angers. Instado san Vicente por la *Propaganda Fide*, en 1647, para designar a un padre que desempeñase la Coadjutoría de Babilonia, no encontró a nadie más digno que Lamberto aux Couteaux. En su respuesta a monseñor Ingoli se expresa así: «Le confieso, monseñor, que privarme de él me cuesta tanto como dejarme sacar un ojo o cortarme un miembro». El proyecto no se realizó. En él se fijó también san Vicente para establecer la Congregación en Polonia donde la reina llamaba a los misioneros. El padre Lamberto marchó en 1651. Todo estaba por hacer en este país, castigado por la guerra y devastado por la peste. Dios ben dijo sus trabajos, pero por poco tiempo, pues murió el 31 de enero de 1653, víctima de su abnegación hacia los apesados (*Notices* t II, 1-28).

Sobre el espíritu de la Compañía

Hermanas mías, el tema de esta conferencia es la continuación de la que tuvimos el domingo pasado, que fue sobre el espíritu de la Compañía de Hijas de la Caridad. Se divide en tres puntos. El primero será sobre las razones que os obligan a saber cuál es vuestro espíritu; el segundo, sobre lo que es; el tercero, sobre los medios para permanecer en dicho espíritu.

El domingo tratamos del primer punto, y os preguntaba en qué puede demostrar una hermana que es verdaderamente Hija de la Caridad. Os pregunté a algunas de vosotras y nos hicieron ver cuánta importancia tiene conocer bien ese espíritu.

Hoy conviene que tratemos del segundo punto. No voy a preguntar a nadie, ya que difícilmente podría haber alguna que me pudiera responder, a no ser la señorita; porque, si os pregunto cuál es ese espíritu, me diréis: «Padre, ¿nos lo ha dicho usted alguna vez? Enséñenoslo y le responderemos».

Pues bien, mis queridas hermanas, para hacer que lo entendáis bien, es preciso que sepáis la diferencia que hay entre vuestra Compañía y otras muchas que hacen profesión de servir a los pobres como vosotras, pero no de la manera que vosotras lo hacéis. El espíritu de la Compañía consiste en entregarse a Dios para amar a nuestro Señor y servirle en la persona de los pobres corporal y espiritualmente, en sus casas o en otras partes, para instruir a las jóvenes pobres, a los niños y en general a todos los que la Providencia os envía. Fijaos, mis queridas hermanas, esta Compañía de Hijas de la Caridad se compone en su mayoría de pobres jóvenes. ¡Qué excelente es esa cualidad de pobres jóvenes, pobres en sus vestidos, pobres en su alimento! Precisamente os llaman pobres Hijas de la Caridad; y habéis de tener ese título en gran honor, ya que el mismo

Papa se siente muy honrado al ser llamado *siervo de los siervos de Dios*. Esa cualidad de *pobres* os distingue de las que son ricas. Habéis dejado vuestro pueblo, vuestros parientes y vuestros bienes; ¿y para qué? para seguir a nuestro Señor y sus máximas. Sois hijas suyas y él es vuestro Padre; os ha engendrado y os ha dado su espíritu; el que viese la vida de Jesucristo vería sin comparación algo semejante en la vida de una Hija de la Caridad.

¿Qué es lo que él vino a hacer? Vino a enseñar, a iluminar. Es lo que vosotras hacéis. Continuáis lo que él comenzó; sois hijas suyas y podéis decir: «Soy hija de nuestro Señor»; y tenéis que pareceros a él.

¿Cuál es por tanto ese espíritu de las Hijas de la Caridad? Es, hermanas mías, el amor de nuestro Señor. ¿No es natural que las hijas amen a su padre? Y para que podáis entender lo que es este amor, es menester que sepáis que se ejerce de dos maneras: afectiva y efectivamente.

El amor afectivo es la ternura en el amor. Tenéis que amar a nuestro Señor con ternura y afecto, lo mismo que un niño que no puede separarse de su madre y que grita: «Mamá», apenas siente que se aleja. Del mismo modo, un corazón que ama a nuestro Señor no puede sufrir su ausencia y tiene que unirse con él por ese amor afectivo, que produce a su vez el amor efectivo. Porque no basta con el primero, hermanas mías; hay que tener los dos. Hay que pasar del amor afectivo al amor efectivo, que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres emprendido con alegría, con entusiasmo, con constancia y amor. Estas dos clases de amor son como la vida de una hermana de la Caridad, porque ser Hija de la Caridad es amar a nuestro Señor con ternura y constancia: con ternura, sintiéndose a gusto cuando se habla de él, cuando se piensa en él, y se llena toda de consuelo cuando se le ocurre pensar: «¡Mi Señor me ha llamado para servirle en la persona de los pobres; qué felicidad!».

El amor de las Hijas de la Caridad no es solamente tierno; es efectivo, porque sirven efectivamente a los pobres, corporal

y espiritualmente. Estáis obligadas a enseñarles a vivir bien; lo repito, hermanas mías, a vivir bien, es lo que os distingue de otras muchas religiosas que están solamente para el cuerpo y no les dicen a los enfermos ninguna palabra buena; hay muchas así. Pero ¡Dios mío!, no hablemos de esas; bien, ¡Salvador mío!, la Hija de la Caridad no tiene que tener solamente cuidado de la asistencia corporal de los pobres enfermos; a diferencia de muchas otras tiene que instruir a los pobres. Esto es lo que tenéis sobre las religiosas del Hospital Mayor y las de la Plaza Real; y también que vais a buscarlos a sus casas, lo cual no se ha hecho nunca hasta ahora, puesto que las otras se contentan con recibir a los que Dios les envía.

Por consiguiente tenéis que llevar a los pobres enfermos dos clases de comida: la corporal y la espiritual, esto es, decirles para su instrucción alguna buena palabra de vuestra oración, como serían cinco o seis palabras, para inducirles a que cumplan con sus deberes de cristianos y a practicar la paciencia. Dios os ha reservado para esto. Las historias eclesiásticas y profanas no dicen que se haya hecho nunca nada de lo que vosotras hacéis; hay que exceptuar a nuestro Señor; por eso tenéis muchos motivos para humillaros. Llevaban enfermos a nuestro Señor para que los curase, como aquel pobre paralítico que bajaron por el techo de la casa ¹. ¿No es lo que vosotras hacéis en los hospitales? Hermanas mías, desde toda la eternidad estabais destinadas a servir a los pobres de la misma manera que nuestro Señor lo hizo. Sí, Salvador mío, tú has esperado hasta esta hora para formar una Compañía que continúe lo que tú comenzaste.

Vuestra Compañía mis queridas hermanas, tiene también la finalidad de instruir a los niños en las escuelas en el temor y amor de Dios, y esto lo tenéis en común con las Ursulinas. Pero como ellas tienen casas grandes y ricas, los pobres no pueden ir allá y han acudido a vosotras.

Además, si ocurre alguna calamidad en París, por ejemplo en tiempos de guerra, se recurre a las pobres Hijas de la Ca-

1. Mc 2,1-12; Lc 5,17-26.

ridad. No veo a nadie tan dispuesto a socorrer a los pobres de todas formas como vosotras. No seríais Hijas de la Caridad, si no estuviéseis siempre dispuestas a servir a todos los que os pueden necesitar.

He aquí, hijas mías, en qué consisten en general, el amor afectivo y el amor efectivo: servir a nuestro Señor en sus miembros espiritual y corporalmente, y esto en sus propias casas, o bien donde la Providencia os envíe.

Hay que saber, por tanto, mis queridas hermanas, que el espíritu de vuestra Compañía consiste en tres cosas: amar a nuestro Señor y servirle con espíritu de humildad y de sencillez. Mientras reinen en vosotras la caridad, la humildad y la sencillez, se podrá decir: «Todavía vive la Compañía de la Caridad»; pero cuando dejen de verse estas virtudes, se podrá decir: «La pobre Caridad se ha muerto». Una Hija de la Caridad que no tiene humildad ni caridad está muerta, porque carece de espíritu; es como aquel a quien le dice el ángel en la Sagrada Escritura: «Estás muerto, porque no tienes caridad, que es la vida del alma»² Lo mismo que el alma es la vida del cuerpo, e día en que la caridad, la humildad y la sencillez dejen de verse en la Compañía, la pobre Caridad estará muerta; sí, estará muerta.

Acabo de ver a un pobre que ha venido de Etampes, muy malparado. Le he preguntado: «Amigo, ¿quién le ha puesto de ese modo?». Y me ha contestado: «Han sido los muertos»³. Eso es, hijas mías, lo que hacen los muertos: hacen morir a los vivos. Y lo mismo que un cuerpo, cuando se queda sin espíritu, está muerto, también una Hija de la Caridad que no tiene su espíritu está muerta. ¿Dónde está la caridad de esa hermana que no tiene nada de humildad, ni sencillez, y que no sirve a los pobres con agrado y amor? Está muerta. Pero si tiene esas virtudes, vive, porque son la vida de su espíritu.

¿Comprendéis bien todo esto? ¿Me entendéis bien, hijas mías?

2. Ap 3,1.

3. Probablemente al enterrar los muertos.

Varias hermanas respondieron:

Sí, Padre.

Nuestro muy venerado Padre prosiguió:

Repito una vez más que el espíritu de vuestra Compañía, hermanas mías, consiste en el amor de nuestro Señor, el amor a los pobres, vuestro amor mutuo, la humildad y la sencillez. Si no existen esas virtudes, más valdría que no hubiera Hijas de la Caridad.

Hijas mías, ese es vuestro espíritu en tres puntos. Bien, se está haciendo tarde. Si entro en la explicación de la humildad, quizás abusaría de vuestra paciencia; lo haremos otra vez, si Dios quiere.

Me diréis: «Pero, Padre, ¿no deben tener todos los cristianos esas tres virtudes?» Sí, hermanas mías; pero las Hijas de la Caridad tienen que ser más atentas en su práctica. El que os vea, tiene que conoceros por esas virtudes. Cuando habláis con los demás, o vais por la calle, id con naturalidad, tened el corazón bien abierto, acordándoos de que los ángeles ven vuestra modestia. Si vais al refectorio, que sea siempre con esas tres bellas joyas de la humildad, la caridad y la sencillez

Todos los cristianos, hermanas mías, están obligados a la práctica de estas virtudes; pero las Hijas de la Caridad tienen esta obligación de una forma especial. Podréis decirme: «Pero, Padre, ¿acaso no estamos también obligadas a la práctica de todas las demás virtudes?» Sí, estáis obligadas a ellas, pero a esas tres lo estáis de una manera muy especial; el cielo y la tierra lo están pidiendo de vosotras. Los cartujos están obligados a la práctica de todas las virtudes, pero se dedican muy especialmente a cantar las alabanzas de Dios. Los capuchinos también tienen obligación de practicar todas las virtudes, pero ninguna estiman tanto como la virtud de la pobreza. De la misma manera, Dios quiere que las Hijas de la Caridad se dediquen especialmente a la práctica de tres virtudes, la humildad, la caridad y la sencillez.

Se me ocurre ahora una objeción que podríais ponerme: «Padre, todo eso está muy bien; pero ¿cuál es el medio para

adquirir ese espíritu y para conservarlo?». Hermanas mías, os voy a recomendar sobre todo dos cosas: la primera, que todos los días se lo pidáis a Dios en la oración de la mañana, en la santa misa, a mediodía, a lo largo de la jornada, concretamente al empezar las acciones principales, diciéndoos dentro de vosotras mismas: «¿Hago yo esta acción por caridad, por amor a Dios? ¿No la haré acaso por humor, por vana complacencia? Por ejemplo, cuando vengo a esta casa a decir mis faltas a la señorita, ¿tengo suficiente humildad para hacerlo? ¿Soy sencilla? Si me gustan los equívocos, si digo las cosas de manera distinta de como son, es que no tengo sencillez».

El segundo medio consiste en vivir según el espíritu de una verdadera Hija de la Caridad y que, por la noche, en vuestro examen de conciencia, os examinéis para ver si habéis obrado en conformidad con vuestro espíritu: «¿He hecho yo mis acciones en el día de hoy con espíritu de caridad? ¿No las habré hecho quizás por orgullo? ¿No he tenido doblez en alguna ocasión?» Si reconocéis que ha habido en vosotras alguna de esas faltas, es menester que hagáis penitencia, y que si la falta es notable, toméis la disciplina con el debido permiso, beséis el suelo, digáis un padrenuestro y un avemaría; si hay costumbre de visitar al Santísimo Sacramento, hacedlo también con esta intención. Si observáis esta práctica, mis queridas hermanas, iréis engendrando en vuestra alma el amor a la humillación y aumentará en vosotras el espíritu de caridad y de humildad.

¡Oh Salvador de nuestras almas, luz del mundo! Te pedimos que ilumines nuestro entendimiento para que podamos conocer la verdad de las cosas que acabamos de escuchar. Te lo pedimos a ti, que has querido formar para tu servicio una Compañía de pobres hijas, que han de servirte de la misma manera que tú les has enseñado. Haz de ellas, Dios mío, tus instrumentos. Concédeles y concédeme a mí, a pesar de que soy un miserable pecador, la gracia de poder realizar todas mis acciones por caridad, humildad y sencillez en la asistencia al prójimo. Concédenos esta gracia, Señor nuestro. Si somos fieles en la práctica de estas virtudes, esperamos que nos concederás la recompensa que les

has prometido a todos aquellos que te sirven en la persona de los pobres.

Cuando nuestro muy venerado Padre estaba a punto de terminar, la señorita Le Gras le dijo:

Padre, le suplico que nos ofrezca a Dios para que nos penetremoS debidamente de ese espíritu, y que le pida perdón por nosotras, por las faltas que hemos cometido contra ese mismo espíritu.

Nuestro muy venerado Padre respondió:

— Así lo haré mañana en la santa misa, que pienso ofrecer en honor de santa Apolina, quien amó tanto a nuestro Señor hasta entregar su cuerpo a los tormentos y dar su vida por él.

Benedictio Dei Patris...

52(52,IX,598-609)

CONFERENCIA DEL 24 DE FEBRERO DE 1653

Sobre el espíritu de la Compañía

Después de rezar el *Veni Sancte Spiritus*, nuestro muy venerado Padre empezó de este modo:

Bien, mis queridas hermanas, vamos a tratar de nuevo en qué consiste el espíritu de la Compañía de las Hijas de la Caridad y cuántas son las virtudes que lo acompañan.

Hermana, haga el favor de decirnos en qué consiste el espíritu de vuestra Compañía.

— Padre, ha dicho usted que consiste en la caridad, la humildad y la sencillez, y que la caridad comprende dos clases de amores: uno afectivo y otro efectivo.

— Dice usted que la caridad consiste en dos clase de amores. ¿Qué es lo que entiende, hija mía, por amor afectivo y amor efectivo?

— El amor afectivo hace que amemos a Dios con cariño y con alegría; el amor efectivo hace que practiquemos las buenas obras que se nos presentan para que hagamos algo por él.

Conferencia 52. — Ms. SV. 9, p. 235 s.

— ¿Entiende bien todo esto, hermana?

— Sí, Padre.

— ¿He puesto ya algún ejemplo para distinguir estos amores?

Lo podríamos explicar, mis queridas hermanas, por un padre que tiene dos hijos: uno es un pequeño benjamín de 4 ó de 5 años; el otro es mayor. Este padre tiene dos clases de amor para con sus hijos. Ama al pequeño con ternura, lo quiere, juega con él, se complace en todo lo que hace y lo que dice e incluso le permite algunas veces que le pegue. Por lo que se refiere al otro hijo, no habla tantas veces con él; y cuando habla, lo hace con mayor seriedad. Al pequeño se lo permite todo. Pues bien, si alguno preguntase a ese padre a cuál de los dos hijos ama más, al pequeño, a quien demuestra tanto cariño, o al mayor, al que no se lo demuestra, diría sin duda alguna que ama más al mayor. Efectivamente, quiere darle un cargo importante y hacerle su heredero, pero no se lo demuestra. El primer amor es afectivo y el segundo efectivo. Pues bien, mis queridas hermanas, hay que tener esos dos amores. El espíritu de la Compañía de las pobres Hijas de la Caridad consiste en esas dos clases de amor para con Dios y también para con el prójimo, empezando por sus hermanas; consiste también en la humildad y en la sencillez; de forma que una hermana de la Caridad es verdaderamente Hija de la Caridad cuando tiene esas virtudes. Por el contrario, si veis a una hermana que no tiene caridad, aunque sea una hermana educada, fina, cautelosa, no es una Hija de la Caridad.

Hija mía, ¿cuántas son las virtudes que componen el espíritu de las Hijas de la Caridad?

— Son tres, Padre.

— ¿Cuáles son?

— La caridad, la humildad y la sencillez.

Después de haber preguntado a otras hermanas, que respondieron lo mismo, nuestro muy venerado Padre añadió:

Hemos hablado en la primera conferencia sobre la caridad, que es la primera virtud necesaria a vuestro espíritu; hoy vamos

a hablar de las otras dos virtudes, que son la humildad y la sencillez. Veremos en primer lugar cuáles son las razones que hay para tener este espíritu, luego las señales que le caracterizan, y en tercer lugar los medios para adquirirlo, o para conservarlo, si ya se tiene.

La primera razón es que vuestro espíritu es para vosotras lo que el alma para el cuerpo. Pues bien, cuando un cuerpo se queda sin alma, está muerto. Lo mismo, una Hija de la Caridad está muerta cuando se queda sin su espíritu, o sea, cuando se queda sin humildad, sin caridad y sin sencillez. ¡Que Dios tenga misericordia de ella! Ya no es Hija de la Caridad más que por el vestido que lleva. Más valdría que no lo llevara. ¿Habéis visto alguna vez a un enfermo que tiene gangrena o algún miembro podrido? Se le aplican todos los remedios posibles; si no hacen nada, se corta el miembro enfermo. Por eso más valdría que una Hija de la Caridad que no tiene su espíritu saliese de la Compañía, por su salvación, por la gloria de Dios y por el bien de la Compañía, porque lo estropea todo. Hay Compañías en las que una sola persona ha estropeado a todas las demás. Esa es por tanto, hermanas, la primera razón: una Hija de la Caridad está muerta cuando le falta su espíritu.

La segunda razón para pedir a Dios ese espíritu y para esforzarse en adquirirlo es que Dios mismo se lo ha dado a vuestra Compañía. Ya os lo he dicho otras veces; pero, como no estabais todas, lo diré de nuevo. No ha sido la señorita Le Gras, ni he sido yo, ni ha sido el padre Portail, sino que ha sido Dios el que ha dado este espíritu a unas santas muy grandes, que están ahora en el cielo, puesto que así podemos creerlo. Si la señorita Le Gras ha puesto algo, si el padre Portail o yo hemos hecho alguna cosa, lo que hemos hecho más bien es poner estorbos. Dios es el autor de las obras que aparecen sin autor. Yo nunca había pensado en ello; por consiguiente, ha sido Dios el que lo ha hecho por sí mismo.

La primera Caridad de damas fundadas en París, por inspiración de Dios, fue la de San Salvador. En aquel tiempo, una pobre joven de Surresnes sentía devoción de instruir a los po-

bres. Había aprendido a leer mientras guardaba las vacas. Se había buscado un abecedario y, cuando veía a alguien, le rogaba que le enseñase las letras; luego empezó a deletrear; y cuando pasaban otras personas, les pedía que le ayudasen a juntar las palabras, y cuando las volvía a ver, les preguntaba si era así como le habían enseñado que hiciese. Cuando aprendió a leer, vino a vivir a cinco o seis leguas de París. Fuimos allá a tener una misión; se confesó conmigo y me expuso sus ideas. Cuando fundamos allí la Caridad, se aficionó tanto a ella que me dijo: «Me gustaría servir a los pobres de esta forma».

Por aquel tiempo, las damas de la Caridad de San Salvador, como eran de elevada posición, buscaban a una joven que quisiese llevar el puchero a los enfermos. Entonces vino aquella pobre muchacha a ver a la señorita Le Gras; le preguntó qué es lo que sabía, de dónde era, y si quería servir a los pobres. Ella aceptó de buena gana.

Vino, pues, a San Salvador. Le enseñaron a utilizar remedios y a hacer todos los servicios necesarios, y lo aprendió todo muy bien.

Ved, hermanas mías, cómo empezó todo. Nadie había pensado en ello. Así es como empiezan las obras de Dios: se hacen sin pensarlo nadie. Aquella pobre mujer se había visto conducida por este camino desde su más tierna infancia.

La llamaron luego para la fundación de la Caridad en la parroquia de San Nicolás de Chardonnet; allí se acostó con una mujer apesada, se contagió también ella y la llevaron a San Luis, donde murió ¹.

Resultó tan bien la experiencia de esta pobre joven, que pidieron otras que vinieran a presentarse e hicieron lo mismo.

Y así es, mis queridas hermanas, como Dios llevó a cabo esta obra. La señorita no pensaba en ella; el padre Portail y yo no teníamos la menor idea; aquella pobre joven, tampoco. Y es preciso confesar entonces, según la regla que propone san Agustín, que, cuando no se ve al autor de una obra, es que la ha

1. Cfr. nota 2 de la conferencia de julio de 1642.

hecho el mismo Dios. ¿Quién fue el que dio el espíritu a las pobres Hijas de la Caridad, me refiero a las buenas? Dios mismo. Las Hijas de la Caridad que tienen su espíritu tienen el espíritu de Dios. Dios fue el que comenzó esta obra; por tanto, esta obra es de Dios. Acordaos siempre de que Dios hizo lo que los hombres no hicieron.

En segundo lugar, como Dios se dirigió a una pobre joven aldeana, quiere que la Compañía esté formada por pobres jóvenes de aldea. Si hay algunas de la ciudad, muy bien: tenéis que creer que Dios es el que las ha traído; pero, si pusiese entre vosotras a personas de elevada condición, deberíais tener miedo de que la Compañía se viniese abajo, si no tuviese el espíritu de las pobres aldeanas, pero podría suceder que Dios les diese este espíritu. Si viniesen señoritas o damas, habría que tener miedo y probarlas bien para ver si es el espíritu de Dios el que las quiere traer aquí. Bien, mis queridas hermanas, esa es la segunda razón: de Dios es de quien tenéis recibido vuestro espíritu.

La tercera razón es que sería una cosa espantosa que una Hija de la Caridad no tuviese caridad, sino que estuviese llena de un espíritu de soberbia, que quisiera presumir y controlarlo todo, que se vistiese con vanidad, que mostrase sus cabellos para que todos supiesen que los tiene, que careciese de sencillez y tuviese un espíritu de dobles intenciones, que quisiese esconder sus pensamientos a su superiora, a su director, a sus hermanas. Esa no sería una Hija de la Caridad, sino más bien una hija de la malignidad. Esto es muy importante, hermanas mías; os ruego que lo practiquéis.

El segundo punto es sobre las condiciones o señales que permiten conocer si una Hija de la Caridad tiene realmente su espíritu. Hay tres señales. Ante todo, que sea verdaderamente caritativa. Una mujer caritativa es la que ama a Dios, la que se complace en hablar con él, la que hace todo cuanto puede por darle gusto y contentarle, la que sufre todas las contrariedades por su amor. Esas buenas hermanas nuestras que ya están con Dios, ¡qué bien daban a conocer que tenían ese espíritu!

La segunda señal se relaciona con el prójimo. Se puede apreciar en la hermana que deja todas sus satisfacciones por amor al prójimo, la que deja a sus compañeras o los lugares que le gustan, cuando vienen a decirle que un enfermo la necesita, la que no hace acepción de personas ni prefiere las agradables a las contrahechas.

La tercera señal es la indiferencia. La que tiene el espíritu de una verdadera Hija de la Caridad está dispuesta a marchar a cualquier sitio; está pronta a dejarlo por el servicio del prójimo. Si se ama a nuestro Señor, se le encuentra en todas partes.

Estas son, mis queridas hermanas, las tres señales de la caridad: amar a Dios y a los pobres no hacer acepción de personas y ser indiferente ante todos los lugares.

Veamos ahora las señales de la humildad. Es humilde el que quiere su propia humillación. Si hubiera entre vosotras una hermana deforme, coja, y estimase su propia debilidad, amaría su humillación. He conocido a una persona ², que estaba mal de una pierna, y que le gustaba hablar de su cojera, de su bendita cojera. Allí estaba su humillación. Por ese motivo no pudo casarse. Lo mismo si una de vosotras tuviese una cicatriz en el rostro y aceptase esa cicatriz, tendría humildad. Querer creer que no tenemos muchas disposiciones para hacer el bien, es querer la propia humillación. Una hermana que se ve criticada en la Compañía, en las parroquias, con razón o sin ella, si acepta esas críticas es que quiere su humillación. Si le preguntan a una, como aquí hacemos, y no sabe contestar ninguna cosa importante, es preciso que acepte esta humillación.

Hay que tener un sentimiento humilde de sí mismo, creerse indigno no sólo de hablar bien, sino incluso de estar en la Compañía, y, decir a propósito de todo: «¡Dios mío! ¿qué habéis hecho? ¡Que yo, una joven miserable, pueda continuar lo que tú hiciste en la tierra! ¡Si soy tan miserable! ¡Si lo estropeo todo y soy incapaz de hacer algo bueno!».

Por el contrario, las que se creen cualquier cosa, se imaginan que tienen ese espíritu y dicen: «Yo ya me sé ganar la

2. Isabel du Fay, dama de la caridad.

vida; sé hacer un montón de cosas»; se jactan de que las necesitan en todas partes. ¡Ay! ¡ese maldito espíritu de orgullo!

Así pues, mis queridas hermanas, esa es la primera señal de la humildad: tener un bajo sentimiento de sí mismo, creer que uno lo echa todo a perder como Job, que decía: «Tengo miedo de que en todas mis acciones haya algún pecado»³. De una Hija de la Caridad que tiene este mismo miedo se puede decir que tiene la verdadera humildad.

Es igualmente humilde una hermana que siempre toma lo peor para ella, la que desea ser siempre la última, la que dice todo el bien posible de su hermana para lograr que la hagan hermana sirvienta y la que se rebaja a sí misma para no serlo. Esa es, hermanas mías, una señal verdadera de humildad.

La tercera señal se puede observar en aquellas que no quieren ser alabadas, las que se turban cuando escuchan algún elogio. Es una mala señal el que una Hija de la Caridad se complazca en las alabanzas y haga todo lo que pueda por alcanzarlas. Uno es humilde cuando se complace en su propia humillación.

He aquí ahora las señales de la virtud de la sencillez. Una Hija de la Caridad es sencilla cuando cumple las órdenes de sus superiores sin preguntarse por qué le habrán dado esas órdenes. La que se pone a decir: «¿Por qué querrán que haga yo esto?», y se pone a dar vueltas a esta idea, es que tiene un espíritu complicado y está muy lejos de la sencillez que hace que, sin discutir, se obedezca a la regla.

Una Hija de la Caridad verdaderamente humilde no se preocupa por el qué dirán, ni por lo que le pueda pasar obedeciendo; no se pone a cavilar sobre lo que pensarán de ella, ni si los otros la tienen en buena o mala opinión, ni si la creen virtuosa o no; le importa poco lo que digan cuando sirve a los pobres, cuando practica la virtud o cuando hace algún acto de caridad. Una hermana que tiene la virtud de la sencillez no se preocupan para nada de esas cosas.

3. Job 9,28.

He aquí otra nueva señal, mis queridas hermanas: decir las cosas como uno las piensa. La señorita pregunta algo a alguna; es preciso que ésta se lo diga como lo piensa; pero luego viene otra hermana a preguntarnos qué es lo que os ha dicho la señorita: hay que callarse, si existe algún inconveniente en darlo a conocer.

Lo repito una vez más: si hay que dar cuenta de algo a los superiores, decir las cosas como son, sin ocultar nada; tenéis obligación de ser sencillas con ellos, y las que no obran de esa manera es porque son dobles.

Hay cosas que es preciso callar, como por ejemplo, cuando los superiores os han recomendado secreto, o cuando hay peligro de perjudicar al prójimo. Entonces la prudencia nos manda callar. Pero cuando hay que hablar, hermanas mías, hablad con toda sencillez. Por lo que a mí se refiere, no sé, pero me parece que Dios me ha dado un aprecio tan grande de la sencillez, que la llamo mi Evangelio. Siento una especial devoción y consuelo al decir las cosas como son.

Todavía nos queda por hablar de la prudencia, pero sería demasiado largo; lo haremos en otra ocasión, si Dios quiere.

Veamos ahora, hermanas mías, los medios para adquirir este espíritu y, para las que ya lo tienen, la forma de conservarlo.

Primer medio: pedirselo a Dios. Si hay algo que hemos de pedir a Dios, es nuestro espíritu, como os decía últimamente, ya que ese espíritu es la vida de nuestra alma. Pedídselo a Dios, hermanas mías, en todas vuestras oraciones, todas las veces que podáis.

El segundo medio, hermanas mías, es lo que os acabo de decir, ya que una Hija de la Caridad que no tiene el espíritu de caridad, está muerta; vivirá ciertamente una vida animal, pero su vida sobrenatural está muerta. ¡Cuánto agrada a Dios una hermana que se esfuerza en adquirir estas virtudes! Quierea esa hermana, se complace en ella, la tiene como un hermoso sol para sus ojos, la muestra a los bienaventurados y a nuestras buenas hermanas que están ahora en el cielo.

Pues bien, hermanas mías, tomemos la resolución de perfeccionarnos, a cualquier precio que sea, y digamos cada día: «Quiero ser caritativa, humilde y sencilla». Si estáis en la mesa, sed caritativas, advertid humildemente si les falta algo a las que están a vuestro lado; manteneos en una postura humilde, de forma que no se advierta en vosotras ninguna afectación ni suficiencia.

En cuanto a la sencillez, no podéis guardarla ni practicarla mucho en este lugar, a no ser usando con toda sencillez las cosas que se os dan.

Como tercer medio, mis queridas hermanas, examinaos todos los días para ver si habéis tenido cuidado en practicar estas virtudes; preguntaos muchas veces a vosotras mismas: «¿He hecho actos de caridad, de humildad y de sencillez?» Y si veis que habéis hecho algunos, agradecédselo a Dios, hermanas mías, pues él quiere que se lo agradezcamos; pero si advertís que habéis faltado en algo, haced penitencia, para que, por el castigo que os impongáis, os ayudéis a levantaros con mayor facilidad de esas faltas.

Bien, mis queridas hermanas, os ruego que tengáis esto muy en cuenta, ya que, si en alguna ocasión he tenido con vosotras alguna plática de provecho, ha sido ahora. Si hay algo en el mundo que habéis de pedir a Dios, es vuestro espíritu; y si os tenéis que entregar a Dios por algún fin, es precisamente por éste. Así pues, que aparezca siempre en vosotras este espíritu cuando vais y venís; que se vea siempre en vosotras ese espíritu de caridad, de humildad y de gran sencillez y que no andéis nunca con finuras. Si vivís con este espíritu, mis queridas hermanas, ¡cuán feliz se sentirá la Caridad, qué bien la honraréis y cómo se multiplicará por todas partes!

Me acuerdo a este propósito que la buena señora de Goussault, la noche antes de morir, me dijo: «He visto, durante toda esta noche, a las Hijas de la Caridad delante de Dios; ¡cuánto se multiplicarán y qué gran bien van a hacer! ¡qué dichosas se sentirán!». Así será, mis queridas hermanas, si sois buenas y si trabajáis por tener vuestro espíritu, porque enton-

ces Dios será glorificado por medio de vosotras y le darán mucha gloria vuestras buenas obras. Así pues, trabajad con todas vuestras fuerzas por adquirir estas virtudes de la caridad, de la humildad y de la sencillez, no ocultando nunca nada a vuestros superiores.

Todas las hermanas se pusieron entonces de rodillas, y nuestro muy venerado Padre iba a darles la bendición, cuando una de ellas le dijo:

— Haga el favor de permitirme que me acuse de una falta que cometí hace mucho tiempo.

Tras haber dado su consentimiento el Padre Vicente, añadió:

— Pido perdón a Dios, a usted, Padre mío, y a toda la compañía de lo que me sucedió una vez con una hermana que está ya muerta. Le había tomado un libro sin que ella lo supiese. Era un libro muy bonito; quería quedarme con él; ella se puso a buscarlo y me preguntó si sabía dónde estaba; le contesté que no lo había visto. Luego me llevaron a otro sitio. Dios lo permitió por mi bien, pues todavía seguía intentando tomar alguna otra cosa. Un día en la oración, los remordimientos me atormentaron tanto que sentí mucha pena por haber cometido una falta tan grande y por haber mentido al Espíritu Santo, al negar una cosa que yo sabía que era verdad. Entonces tomé la resolución de pedir perdón a Dios por ello y de devolver el libro delante de usted y de toda la Compañía. Así es como ahora lo hago, rogándole con todo mi corazón que pida perdón a Dios por mí si le parece bien.

— Con mucho gusto lo haré, hija mía. ¡Dios mío, bendito seas porque permites que nuestras faltas nos ofrezcan la ocasión de practicar la virtud de la santa humildad! ¡Dichosa falta, hermanas mías! ¡Cuán felices seremos si nuestras faltas nos obligan a volver a Dios! Porque usted ha cometido una gran falta, hija mía; pero también Dios se ha visto honrado por la humillación que acaba de hacer. Pido a nuestro Señor que os conceda a todas esta gracia.

Benedictio Dei Patris...

Sobre el jubileo

Mis queridas hermanas, el tema de la conferencia de hoy va a ser el jubileo. Hay tres puntos. El primero es sobre las razones que tenemos para entregarnos a Dios y ganar el jubileo; en el segundo diremos en qué consiste el jubileo, qué es lo que se entiende por la palabra jubileo, pues muchos hablan de jubileo sin saber lo que es; el tercer punto es sobre lo que hay que hacer para ganarlo debidamente.

Hermana, dígame por qué razones hemos de entregarnos a Dios para ganar bien el jubileo.

— Padre, me parece en primer lugar que Dios recibirá honor en ello, porque cuando hacemos una buena obra como es debido, Dios es glorificado. Otra razón es que quizás se trata del último jubileo de nuestra vida.

— Bien dicho. Esta hermana ha indicado dos razones. La primera, que Dios se ve honrado por nuestras buenas acciones, cuando están bien hechas. Y como la obra del jubileo es una obra santa e importante para nuestra salvación, por eso es preciso entregarse totalmente a Dios para hacerla bien, según decía un gran santo: «Decid a los justos que hagan bien lo que hacen, tanto si descansan como si rezan, tanto si conversan entre sí como si hacen cualquier cosa; que lo hagan todo como es debido». La segunda razón es que quizás no veremos ningún otro. ¡Ah! Yo he conocido varios jubileos, pero quizás no los he ganado nunca.

Todas podéis decir que quizás no veréis ningún otro, ya que las jóvenes pueden morir pronto, y las ancianas ya no pueden vivir mucho tiempo. Por eso mismo, todas tienen que honrar a Dios para hacerlo bien.

¿Y usted, hermana, conocía ya el tema de la conferencia?

Sí, Padre.

Conferencia 53. — Apuntes tomados por sor Maturina Guerin (Arch. de las Hijas de la Caridad).

— Bien, hija mía. ¿Qué razones tenemos para entregarnos a Dios y ganar bien el jubileo?

— Padre, es preciso que nos entreguemos a Dios, porque sin su gracia no podemos hacer nada.

— Bien dicho: no podemos hacer nada sin su gracia¹. y desde ahora hemos de entregarnos a Dios para hacer bien las oraciones que se nos ordenen.

¿Y usted, hija mía?, ¿qué razones tenemos para entregarnos a Dios?

— Creo, Padre, que es necesario entregarnos a Dios, ya que sin él no podríamos hacer nada.

— ¡Dios le bendiga, hija mía!

¿Y usted, hermana Antonieta?, ¿sabe lo que es el jubileo?

— Padre, creo que es Dios quien nos abre sus tesoros para concedernos muchas gracias.

— Bien, mis queridas hermanas. Voy a enseñaros lo que es el jubileo, y os ruego que atendáis bien para que se lo podáis enseñar luego a las que están ausentes, y principalmente a los pobres. Esa palabra jubileo quiere decir júbilo. Antes de la venida de nuestro Señor, tenía lugar cada cincuenta años. Aquel año, Dios mandaba que no se labrase la tierra; se vivía de los bienes recogidos el año anterior. Nadie trabajaba; todo el mundo se dedicaba al descanso en aquel año de júbilo.

En segundo lugar se devolvían los bienes a todos los que los habían perdido; se alegraban por ello y se veían libres de todas las deudas. Los esclavos recibían la libertad. De forma que aquel año todo el mundo participaba de las gracias del jubileo. En aquel tiempo, hermanas mías, se vendían hombres: pero ahora ya no se venden, al menos en los países cristianos. Así pues, los esclavos que habían sido vendidos eran puestos en libertad, y dejaban de estar sometidos a los que los tenían cautivos. Aquel era un gran motivo de júbilo y de alegría para aquella clase de hombres. Lo podéis imaginar: ¡después de tantas fatigas y miserias, cuánto consuelo para todos! Eso es lo que se esperaba en

1. Flp 2,13.

el jubileo: el descanso, la recuperación de todos los bienes y la liberación de los esclavos.

Queridas hermanas, aquel jubileo era temporal y era sólo una figura de nuestro jubileo espiritual. Los que cumplen su jubileo espiritual como es debido reciben las mismas gracias espirituales: quedamos libres y volvemos a entrar en posesión de los bienes que habíamos perdido y que nos había llevado el diablo, el mundo y la carne. Por ejemplo, nos habíamos que dado sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin justicia, sin fortaleza sin templanza. Esas hermosas virtudes son los tesoros de los cristianos y como los soles que iluminan nuestras almas y nos hacen agradables a los ojos de Dios. Pues bien, por el pecado se pierde todo esto, y por el jubileo se vuelve a recibir; se libera uno de la cautividad del demonio y de sí mismo para poder gozar de la libertad de los hijos de Dios; se goza del descanso de la buena conciencia y se ve uno libre de las penas del purgatorio que habíamos merecido con nuestros pecados.

el jubileo temporal concedía bienes terrenos, y el jubileo espiritual nos concede los bienes de la gracia. Gracias a él, volvemos a entrar en posesión de todas las virtudes infusas, la fe, la esperanza, la caridad. Ved, pues, hermanas mías, cuántos motivos tenemos para alegrarnos de haber cambiado todas esas cosas temporales por bienes espirituales.

Veamos ahora, mis queridas hermanas, qué es propiamente hablando el jubileo. Es una remisión total de los pecados y un

perdón de las penas por las que tendríamos que satisfacer en el purgatorio. Nos habíamos visto privados de nuestros bienes y

habíamos sido hechos esclavos del pecado; la gracia nos devuelve esos bienes que el pecado nos había arrebatado.

Me diréis: «Pero, Padre, ¿no hace esto mismo la confesión?».

Queridas hermanas, sabed que en el pecado hay dos males: el mal de culpa y el mal de pena. La culpa, hermanas mías, es la injuria que cometemos contra Dios dándole la espalda; nos hace indignos de ver nunca a Dios. La pena nos obliga a sufrir en el purgatorio o en este mundo. Por la culpa volvemos

la espalda a Dios, por la pena damos la cara a las criaturas, a nuestros padres, a nuestro país y a todas las demás aficiones malas.

Tenéis un ejemplo de esto en David, que había pecado contra Dios. El profeta Natán le dijo: «Has cometido tal pecado, David; has ofendido gravemente a la divina bondad. A ti ya te ha perdonado; pero el hijo que has tenido no será lo que tú crees, porque morirá»². David, al escuchar estas palabras del profeta, se echó a llorar, porque quería tiernamente al niño.

Fijaos, pues, hermanas mías, Dios había perdonado el pecado de David, y sin embargo lo castiga por la pena debida a ese pecado. Veis entonces cómo en el pecado mortal hay dos cosas: una que separa nuestra vista de Dios y otra que nos la hace volver a las criaturas. Creo que lo habéis entendido, hermanas mías. Uno se llama mal de pena; el otro, mal de culpa.

La confesión borra el mal de la culpa, de forma que, si teníais el rostro vuelto hacia las criaturas antes de la confesión, después lo tenéis vuelto hacia Dios. Se os ha perdonado la culpa, pero no la pena. La pena se perdona en el purgatorio por el fuego. Como habíamos buscado nuestro gusto y habíamos entregado nuestro corazón a las criaturas amándolas demasiado, ese gusto nos obliga a ir al purgatorio, que es un fuego, dice san Agustín, mayor y más ardiente de lo que se puede imaginar, y del que el fuego elemental no es más que una figura. «Habéis pecado, dice san Pablo³, y tenéis que ser purgados, pero purgados como por el fuego; por eso arderéis».

Mis queridas hermanas, ¿por qué santa Magdalena quiso hacer una penitencia tan grande, a pesar de la seguridad que tenía de que nuestro Señor le había perdonado toda su culpa? Quiso hacer esa penitencia, porque sabía que le quedaba la pena debida por sus pecados. Se fue a una montaña muy alta⁴, tan

2. 2 Re 12,13-14.

3. 1 Cor 3,13-14.

4. A unas dos horas de Mans, cantón del Val, en las montañas de la Sainte-Baume, a 921 metros de altura, se encuentra la célebre gruta donde, según la tradición, pasó santa María Magdalena los treinta años últimos de su vida.

escarpada y difícil de escalar que se necesitan varios días para subir y para bajar, tan fría que yo mismo, a pesar de que era en el mes de agosto, tuve que arrojarme bien porque hacía frío; y cuando bajamos de la montaña, resultó que hacía un calor excesivo. Pero santa Magdalena se fue a aquella montaña para llorar sus pecados, pensando en las penas del purgatorio.

Veis, pues, hermanas mías, cómo después de la confesión nos queda todavía la obligación de hacer penitencia en este mundo o en el purgatorio durante mucho tiempo. Pero por el jubileo nos vemos libres de esas penas, lo mismo que por la confesión quedamos libres de la culpa. Voy a poner una comparación. Cuando un hombre ha merecido la muerte y apela al rey para solicitar su gracia, el rey le perdona la vida, ya que es el señor de nuestra vida y se la puede devolver a los culpables. Entonces, ese hombre gozará de la gracia del rey, que le conserva la vida. Pero es preciso que presente sus cartas al parlamento, el cual confirmará esa misma gracia y dirá que el criminal goce de la gracia del rey, esto es, que quede a salvo su vida. Pero será condenado a la confiscación de sus bienes, o a estar en galeras por cuatro o cinco años, o al pago de cierta cantidad de dinero a la viuda, en el caso de que haya sido un asesino; porque la ley ordena que muera todo el que ha matado a alguien; hay que pagar vida por vida. En una palabra, el rey le devuelve la vida; pero todavía le queda la pena para que repare el mal; se le da la vida, pero sigue en pie la pena.

De la misma forma, por la confesión se nos da la gracia del príncipe, que es Dios; pero hay que padecer la pena que el pecado trae consigo. ¿Lo habéis entendido bien, hermanas mías?

Por tanto, hay que satisfacer por nuestros pecados; ¿y cómo podemos satisfacer a Dios? Es el jubileo el que pone en nuestras manos los tesoros de la iglesia. ¿Cuáles son esos tesoros? Son los méritos de la vida y de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, de la santísima Virgen y de los santos.

La santísima Virgen no pecó jamás y sufrió mucho; ¿dónde han ido a parar todos los méritos de sus sufrimientos? A los tesoros de la iglesia. Lo mismo pasa con los tormentos que pade-

cieron todos los santos. Acordaos de san Lorenzo, vuestro patrono ⁵ (tenéis que tenerle mucha devoción, porque quería mucho a los pobres); con qué entereza sufrió un tormento tan extraño como el de ser quemado vivo, atado a unas parrillas, de forma que la grasa que salía de su cuerpo servía para alimentar más el fuego. Pero él lo sufría todo con mucha alegría y entusiasmo, llegando a decir a los verdugos: «Volvedme del otro lado, que por este ya estoy bien tostado». Así pues, san Lorenzo sufrió más de lo que debía por sus pecados, y esos méritos han entrado en los tesoros de la iglesia.

He aquí, hermanas mías, de qué están compuestos estos tesoros. ¿Y quién es el que puede aplicarlos? El papa, vicario de Jesucristo en la tierra. También los concilios generales han otorgado a veces el jubileo. Los obispos en sus diócesis, pueden, igualmente, disponer de estos tesoros por medio de indulgencias de cien días solamente ⁶. El papa y los concilios generales pueden conceder una indulgencia plenaria y un jubileo. ¿Quién es el que nos enseña todas estas cosas? La Sagrada Escritura, en la que nuestro Señor dice a san Pedro: «Todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desates será desatado» ⁷. Ved, hermanas mías, qué gran poder ha dado nuestro Señor a sus apóstoles y al mismo tiempo a sus sucesores con estas palabras: «A quienes les perdonéis los pecados (en el sacramento de la penitencia en cuanto a la culpa, y en el jubileo en cuanto a la pena), les serán perdonados; y a los que se los retengáis, les serán retenidos» ⁸.

Queridas hermanas, para que os acordéis bien, os lo repetiré una vez más: la culpa se nos perdona por el sacramento de la penitencia, y la pena se nos perdona por los méritos de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, que se nos aplican por me-

5. Patrono de la parroquia en cuya feligresía se hallaba la Casa Madre de las Hijas de la Caridad.

6. Esta facultad de los obispos depende de la legislación de la iglesia que ha cambiado en los tiempos. San Vicente habla según las normas existentes entonces.

7. Mt 16,19.

8. Jn 20,23.

dio del jubileo; y los papas son los que han recibido de Dios el poder de aplicarnos esos méritos. Entonces, esos méritos satisfacen por nosotros a la divina justicia. Pero, como conviene que sepáis bien todo esto, voy a haceros algunas preguntas.

Hermana, ¿qué quiere decir la palabra jubileo?

— Padre, el jubileo nos libra de las penas del purgatorio después de una buena confesión, acompañada del pesar de haber ofendido a Dios.

— Muy bien, hija mía.

¿Y usted, hermana? ¿qué quiere decir jubileo?

— Quiere decir alegría.

— ¿Y antiguamente, hija mía, el jubileo era como es ahora?

— El antiguo jubileo era temporal, para entrar de nuevo en posesión de sus bienes; nuestro Señor ha cambiado estas gracias temporales en espirituales.

— Bien dicho. ¡Dios la bendiga, hermana! Dice usted que el jubileo temporal se ha convertido en espiritual. Fijaos, aquel pueblo antiguamente sólo alcanzaba el jubileo cada cincuenta años, y esto era para él un motivo de gran alegría, porque volvía a entrar en posesión de sus bienes; descansaba durante todo aquel año y los esclavos recibían la libertad. Ved si no tenemos nosotros un motivo mucho mayor para alegrarnos. Aquel jubileo no era más que una figura de nuestro jubileo espiritual. Si estamos bajo la esclavitud del espíritu maligno, somos puestos en libertad; si hemos perdido los bienes de la gracia, volvemos a entrar en posesión de los mismos.

Usted, hermana; ¿ese jubileo temporal se ha convertido en espiritual y se reciben los bienes perdidos?

— Sí, Padre.

— Si estuviésemos en manos del diablo y hubiésemos perdido nuestros bienes, que son la fe, la esperanza y la caridad, ¿volvemos a recuperarlos?

— Sí, Padre; y se nos concede la remisión de nuestros pecados en cuanto a la pena y en cuanto a la culpa.

— ¿Qué hay que hacer para ganarlo?

— Hay que hacer lo que el Papa ordena.

— Bien dicho: hay que hacer lo que el papa ordena, que es confesarse y comulgar, visitar las iglesias y rezar las oraciones mandadas. Si una persona está ya en estado de gracia, puede hacer las estaciones antes de confesarse.

Hermana, ¿cuántos males hay en el pecado?

— Dos males, la culpa y la pena.

— ¿Qué es la culpa, hija mía?

— Es lo que nos hace volver las espaldas a Dios; y la pena, es lo que nos apega a las criaturas.

— Usted, hermana; ¿hay dos males en el pecado?

— Sí, Padre; está la culpa y la pena. Por la culpa volvemos la espalda a Dios, y la pena nos hace volver el rostro a las criaturas. La culpa se borra por la confesión, y la pena por el jubileo y por las indulgencias.

— Hermana, ¿en qué se basa el jubileo?

— En los tesoros de la iglesia.

— ¿Qué quiere decir eso de los tesoros de la iglesia?

— Son los méritos de nuestro Señor Jesucristo, de la Virgen y de los santos.

— Bien, muy bien; son esos los tesoros de la iglesia. ¿Quién puede distribuir esos tesoros?

— Sólo el papa puede conceder el jubileo y la indulgencia plenaria; los obispos pueden conceder una indulgencia de cien días solamente ⁹.

— Entonces, ¿qué es el jubileo?

— Es una aplicación de los méritos de Jesucristo que concede el papa para la remisión de las penas debidas a nuestros pecados en este mundo y en el otro.

— Usted, hermana, que es tan joven; vamos a ver qué es lo que sabe. ¿Cuántos males hay en el pecado mortal?

— Está el mal de culpa y el mal de pena. La culpa es volver la espalda a Dios; y la pena es apearse a las criaturas.

— ¿Cómo se borra la culpa?

9. Cfr. nota 6 de esta misma conferencia.

— Se borra por la confesión, y la pena se borra por el jubileo.

— Dígame, hija mía, ¿de dónde se saca el jubileo?

— De los tesoros de la iglesia.

— Bien dicho. ¿Quién puede aplicarlos?

— El papa y los concilios generales.

— Sí, el papa y los concilios generales pueden concedernos el jubileo y las indulgencias plenarias. Hermana, ¿qué quiere decir jubileo?

— Quiere decir alegría.

— Hija mía, ese jubileo que era antiguamente temporal ¿se ha cambiado en espiritual?

— Sí, Padre.

— ¿Qué hace en nosotros el jubileo?

— Borra la pena del purgatorio.

— Ved, entonces, hijas mías, si no es acaso un gran motivo de júbilo verse libre de estas deudas. Antiguamente no se trabajaba durante este año de júbilo, sino que todos descansaban y gozaban de gran tranquilidad, y esto se llamaba el gran sábado.

Bien, hermana, una persona, después de haber ganado el jubileo, ¿queda de nuevo en posesión de los bienes que había perdido por el pecado?

— Sí, vuelve a entrar en posesión de las virtudes que había perdido.

— Hermana, cuando una persona se confiesa, ¿se le perdonan la culpa y la pena?

— No, Padre, solamente la culpa; la pena se perdona por el jubileo.

— ¿De dónde se sacan esas gracias?

— De los tesoros de la iglesia.

— ¿Qué se entiende por tesoros de la iglesia?

— Son los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

— ¿Quién puede aplicarlos?

— Nuestro santo padre el papa que, como vicario de Jesucristo, ofrece al Padre esos mismos méritos por los pecados que muchos cristianos cometen todos los días.

— Bien, ¡que Dios la bendiga! Me siento muy consolado, mis queridas hermanas. Creo que será conveniente que habléis entre vosotras de todo lo que acabamos de decir, mientras volvéis a vuestras casas. Las que vivís aquí, os lo enseñaréis mutuamente y sobre todo hablaréis a las ausentes. Acordaos bien de que la confesión borra la culpa, y que por el jubileo se perdona la pena. Nos queda ahora por hablar de lo que hay que hacer para que nos sea útil el jubileo y nos libre del fuego del purgatorio, en el que quizás nos veamos obligados a sufrir durante veinte o treinta años, aunque nos hayamos confesado bien. Mis queridas hermanas, ¡Cómo hemos de alegrarnos si conseguimos ganarlo!

Pero ¿qué hay que hacer para ello? Voy a leeros la bula y sabréis cuál es la intención de nuestro santo padre el papa y del señor arzobispo.

Entonces nuestro muy venerado Padre dijo al hermano que le acompañaba: «Hermano, le ruego que lea usted la bula».

Tras esta lectura, el Padre Vicente prosiguió:

Así pues, hermanas mías, hay cuatro cosas: hay que hacer penitencia, confesar, comulgar, visitar cuatro iglesias y decir en cada una cinco padrenuestros y cinco avemarías.

Una hermana le preguntó:

— Padre, ¿es necesario hacer confesión general?

— Es conveniente hacer una; pero para vosotras no es necesario; solamente os la aconsejo. Será conveniente que empecéis y que terminéis por la comunión, aunque sin añadir ninguna especial a las que os permite la regla. Además, hermanas mías, hay que pedir a Dios por nuestro santo padre el papa, por la paz, por la extirpación de las herejías y por la exaltación de la santa iglesia, para que Dios nos dé buenos sacerdotes, buenas religiosas y buenas Hijas de la Caridad, esto es, pedir que remedie todas las necesidades actuales de su iglesia.

Esta era la bula de nuestro santo padre el papa; ahora escucharéis las disposiciones del señor arzobispo.

Una vez hecha la lectura, nuestro muy honorable padre dijo:

Estas son, mis queridas hermanas, las normas que establece la bula. Acabáis de escuchar en qué consisten y también lo

que hay que hacer, que es ser penitente, tener gran pesar de haber ofendido a Dios, confesarse y comulgar, y visitar las iglesias rezando en cada una cinco padrenuestros y cinco avemarías.

En cuanto a las estaciones, tienen que hacerlas las que están bien, pero las que son ancianas o están enfermas, como sor Juana, la de San Martín, podrán ser dispensadas por su confesor, a quien preguntarán qué es lo que pueden hacer en su lugar.

Vosotras, hermanas mías, podréis hacerlas mientras servís a vuestros pobres, por el camino. Nuestro Señor lo quiere así, sobre todo porque el servicio que hacéis a los pobres se lo hacéis también a él.

Diré:s cinco *padrenuestros* y cinco *avemarías* por las intenciones de nuestro santo padre el papa, que nos manda rezar a Dios por la extirpación de las herejías, la exaltación de la santa iglesia, la paz, las necesidades todas de la hora presente y las que no se pueden especificar. Mis queridas hermanas, hay que ir con gran devoción, con la vista recogida y el espíritu ocupado en buenos pensamientos. El rey mismo hace esas estaciones a pie. La reina ¹⁰ hace lo que puede; dice: «Soy ya anciana; no puede hacer todo el camino a pie». En fin, mis queridas hermanas, nunca he visto tanta devoción como ahora. Deseo, Dios mío, que sea eficaz delante de ti y que nos concedas, tal como espero de tu bondad, la paz interior.

Me olvidaba deciros, mis queridas hermanas, que el jubileo antiguamente se celebraba cada cien años; luego, como se vio que había que esperar demasiado tiempo, el jubileo se renovó cada cincuenta años, y luego todos los treinta y tres en honor de los treinta y tres años de la vida de nuestro Señor en la tierra. Aquel tiempo se redujo más tarde a veinticinco años, ya que los hombres no viven tanto. Y esto no falla nunca. Además, en las grandes necesidades, se recurre a Dios por este medio.

Es menester que lo hagamos con gran devoción, después, de habernos entregado del todo a Dios, con todo el deseo posible de obtener de él lo que se necesita. En este tiempo es cuando las Hijas de la Caridad tienen que pedirle las tres her-

10. Ana de Austria.

mosas virtudes que componen su espíritu: la caridad, la humildad y la sencillez.

La caridad que habéis de tener es la caridad para con Dios, para con el prójimo y para con vosotras mismas. Tenéis que empezar por vosotras mismas, amándoos con mucho cariño. Una hermana que lleva el vestido de la Caridad delante del mundo y delante de Dios, si no tiene caridad, no es nada. La humildad consiste en tomar lo peor y en considerarse la última de todas. La sencillez que necesitáis es la que habéis visto en vuestras buenas hermanas difuntas. Este espíritu de verdadera caridad lo alcanzaréis de Dios por medio del jubileo.

Señorita Le Gras, haga el favor de decirnos sus sentimientos:

— Me parece, Padre, que su caridad ya ha dicho todo lo que se puede decir. Lo único que me queda por decir es, empezando por lo último, que hemos de esforzarnos en utilizar bien este medio, del que se sirve Dios para darnos sus gracias. Otra de las razones que tenemos para entregarnos a Dios es que, habiéndonos perdonado la pena de nuestros pecados en general, su bondad puede concedernos la gracia de no caer en esos mismos pecados para el resto de nuestros días. Me parece que, para ponernos en gracia, hay que dirigirse a Dios, ya que no hay nada en la tierra que nos pueda dar esa gracia, si no lo hace la divina bondad.

Como medios, me parece que hay que tener muchos deseos de ganarlo, considerando la necesidad que de él tenemos. Otro medio es la desconfianza de nosotras mismas. Por lo que a mí se refiere, me siento incapaz de poderme preparar para esa gracia, si la bondad de Dios no suple todos mis defectos.

— Bien. Pido a nuestro Señor Jesucristo que os conceda la gracia de no ofenderle nunca y de que permanezcáis firmes en su amor. Y yo, el pecador más miserable de todos, que tengo más necesidad que nadie de esta gracia, no dejaré de pronunciar sobre vosotras las palabras de la bendición, rogándole que os conceda al mismo tiempo las disposiciones necesarias para ganar bien el jubileo.

Benedictio Dei Patris...

Sobre la fidelidad a Dios

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia es sobre la fidelidad que debemos a Dios durante toda nuestra vida. Este tema lo vamos a dividir en tres puntos: las razones que tenemos para ser fieles a Dios; lo que significa ser fiel a Dios durante toda la vida; los medios para adquirir y conservar siempre esta fidelidad a Dios. Sin esa fidelidad, no somos más que unos pobres miserables, malvados e ingratos para con Dios.

Así pues, el primer punto es sobre las razones que tenemos para ser fieles a Dios. ¿Está aquí sor Genoveva !? Hermana, ¿qué razones tenemos para ser fieles a Dios?

He encontrado varias, Padre; la primera es que Dios, que nos ha concedido la gracia de ser cristianas, de llamarnos a su servicio y de conservarnos en él, nos reservaría un gran castigo, si le fuésemos infieles. Otra razón es que, por esta fidelidad a Dios, le damos gloria.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! ¡Dios la bendiga!

Sor Juana, ¿qué razones tenemos para ser fieles a Dios?

Me parece, Padre, que, como Dios es tan bueno, hemos de serle fieles, para agradecerle las gracias que nos ha concedido, al llamarnos a su servicio. Podemos demostrarle esta fidelidad guardando con toda exactitud nuestras reglas.

— ¿Oís lo que dice esta hermana, hermanas mías? Creo que será bueno empezar desde hoy a hablar alto. Os advierto de una cosa en la que con frecuencia falto yo mismo. ¿No es verdad, hijas mías, que a veces no me oís bien lo que os digo?

Una hermana respondió:

Perdone, Padre, pero le oímos bien.

— Si tenemos deseos de que nuestras hermanas oigan lo que decimos, tenemos que hablar alto; si tenemos caridad con nues-

Conferencia 54. — Cuaderno de sor Maturina Guérin (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Probablemente sor Genoveva Poisson.

tras hermanas, nos gustará que oigan nuestros pensamientos; hablando bajo, les privaríamos de los bienes que Dios nos ha concedido.

Usted, hermana, díganos qué razones nos obligan a ser fieles a Dios.

— Padre; la razón es que Dios es bueno y es nuestro padre y sigue siempre haciéndonos el bien, lo mismo que hace un buen padre con el hijo al que quiere con tanto cariño. Por su parte, ese hijo está obligado a amar a un padre que es tan bueno, y sería un desgraciado si no lo hiciese.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! Nuestra hermana dice que hay que ser fieles a Dios, un Dios que es tan bueno y que sigue siempre haciéndonos bien. Hermanas mías, seríamos muy desgraciados, verdaderamente, si no le fuéramos fieles.

Otra razón es que Dios es nuestro Padre, pero de una manera especialísima; sí, Dios es el padre de las Hijas de la Caridad de una manera especial, de forma que ellas no tienen que aspirar ni respirar más que para darle gusto. Una Hija de la Caridad es un árbol que él ha plantado y que no tiene que producir frutos más que para Dios.

¡Qué hermoso es todo esto, hermanas mías! Una esposa se preocupa mucho de dar gusto a su marido. Todo lo que hace, busca este fin. Si trabaja por ganar alguna cosa, es para su marido. De esta forma, hijas mías, todo lo que habéis de pretender en cuanto hagáis es agradar a vuestro Esposo. Fijaos en una pobre muchacha que está sirviendo en una aldea y en todo el trabajo y el esfuerzo que realiza por servir a su amo. No pretende más recompensa que su sueldo; y para ello procura ganarse la confianza de su amo o de su ama. Una Hija de la Caridad no es lo mismo: no tiene que desear más recompensa por todos sus trabajos, tanto exteriores como interiores, que agradar solamente a Dios, que es como el fin por el que sufre todas sus penas.

Bien, hija mía; siéntese usted; ¡que Dios la bendiga! Usted, hija mía levántese. ¿Qué es la fidelidad?

— Es la perseverancia.

— Bien dicho, hija mía. Esta hermana ha dicho una cosa muy cierta: ser fiel es perseverar en el servicio de Dios hasta el fin; porque, sin la perseverancia, todo está perdido. Podéis verlo, hermanas mías, en una persona que ha servido a Dios durante uno o dos años; si no persevera ¿de qué le sirve? Para nada; lo mismo que tampoco le serviría a una Hija de la Caridad haber pasado diez años, o quince, o veinte, si queréis, si luego se cansa y no persevera. ¿De qué le aprovecha todo lo que ha hecho sino para una mayor condenación? No soy yo quien lo digo, sino san Jerónimo: «Nosotros, los cristianos, hacemos poco caso de una persona que se entrega a Dios al principio, si luego no continúa». La razón es que se encuentra uno con muchos que empezaron bien y acabaron mal, como pasó con Judas, que tuvo tan buenos comienzos al principio de su apostolado y luego un final tan desastroso. Mereció ser escogido entre los demás apóstoles para dirigir los gastos de la familia de su Maestro; perseveró algún tiempo, e incluso se cree que realizó milagros; y después de todo esto, unos días antes de morir nuestro Señor, fue tan desgraciado que vendió a su buen Maestro por unas cuantas monedas. Por ese motivo, en castigo de su infidelidad, Dios permitió que se ahorcase y que reventase². Sin embargo, había comenzado bien. San Pablo, sin embargo, empezó mal, porque no era solamente malo en su interior, sino que iba como un león rugiente, persiguiendo a los siervos de Dios, y les tenía tanto odio que quería exterminarlos a todos, si hubiera podido, como se nos refiere en los *Hechos de los apóstoles*³. Creía que hacía un servicio a Dios al cometer tales acciones. Pero a pesar de todo, fue un gran siervo de Dios. Aunque empezó mal, terminó bien. Por consiguiente, nuestra hermana ha tenido razón al decir que hay que perseverar y que, sin eso, nada nos aprovecharía el haber comenzado.

Pues bien, hermanas mías, me parece que no conviene preguntar más, por miedo a molestar a la señorita Le Gras, que se encuentra algo indispuesta. Os diré unos cuantos pensamien-

2. Hech 1,18.

3. Hech 8,3.

tos que se me han ocurrido sobre este tema, y luego, si queda tiempo, preguntaré a otras.

Señorita, ¿quiere decirnos sus pensamientos?

— Padre, entre las diversas razones que tenemos para ser fieles a Dios durante todas nuestras vidas, la primera es el ejemplo que su bondad nos ha dado en muchas ocasiones. Lo más importante fue la ejecución de la promesa que hizo al hombre, después del pecado, de darle a su Hijo para redimirlo. No faltó a su palabra, aunque luego la multiplicación de los pecados de los hombres hubiera debido provocar su cólera para retirarles su misericordia. Así pues, para agradecer esta gracia, tenemos que ser fieles a Dios durante toda nuestra vida.

La segunda razón es el aviso que nos dio por su boca el mismo Dios en la tierra, cuando nos prometió recompensa abundante a los que sean fieles en lo poco ⁴.

La tercera razón es que, si no somos fieles a Dios durante toda nuestra vida, llevaremos eternamente el sello de la ingratitud, que hemos de temer mucho, ya que esta ingratitud es el colmo de todas las infidelidades a Dios, y los hombres son muy merecedores del oprobio cuando alguno de ellos lleva esta señal.

La cuarta razón que tenemos para ser fieles a Dios durante toda nuestra vida es el amor que su bondad nos demuestra continuamente en la dirección de su divina Providencia.

Podemos ser fieles a Dios en muchas ocasiones. En primer lugar, estando atentas para reconocer las gracias que su bondad nos concede casi a cada momento, y para estimarlas, recibéndolas con gratitud por su grandeza y con el pensamiento o sentimiento de nuestra bajeza e indignidad. En segundo lugar, pensar en el motivo de por qué nos concede Dios esas gracias. No puede ser más que para manifestar su gloria y que nos unamos a él, que es nuestro último fin; esto tiene que elevarnos el corazón hasta su amor por encima de cualquier otra cosa. Y la perfecta fidelidad a Dios consiste en utilizar bien las gracias que nos con-

4. Mt 25,21.

cede, y amar su santísima voluntad, aunque a veces la nuestra sienta alguna repugnancia en lo que se trata de ejecutar.

Como medios para adquirir la fidelidad que debemos a Dios, he pensado que tenía que acordarme muchas veces de la necesidad que tengo de ella, y en la impotencia para adquirirla por mí misma, y pedírselo muchas veces a Dios, rogando a mi ángel de la guarda que me ayude a reconocer todas las ocasiones que Dios me dé para serle fiel, grandes y pequeñas, estimándolas de la misma forma, ya que todas se refieren al deseo que Dios tiene de salvarme para que le pueda glorificar.

Otro medio consiste en utilizar bien todo lo que venga, sea agradable o desagradable, pensando que los buenos negociantes del siglo se aprovechan de todo lo que puede aumentar sus riquezas temporales, y que el cristiano debe tener ese mismo cuidado de aprovechar todas las ocasiones que pueda para aumentar las gracias del amor de Dios por toda la eternidad. Estos pensamientos me llenan de confusión, ya que durante toda mi vida he resistido a la práctica de estos verdaderos deberes y he hecho, por mi mal ejemplo, que las demás actúen quizás del mismo modo.

— Muy bien, ¡Que Dios la bendiga, señorita! Voy a leerlos lo que dice una nota de una hermana, que ha puesto por escrito sus ideas:

Padre, la primera razón que se me ocurre es que la infidelidad, es un pecado muy grande delante de Dios. La segunda es que, por nuestra infidelidad nos hacemos indignas de las demás gracias que Dios querría concedernos después de haber abusado de las primeras. La tercera razón es que la fidelidad corona la obra de nuestras acciones, lo mismo que la perseverancia ⁵.

La fidelidad consiste en ser exactas en cumplir lo que le hemos prometido a Dios y aceptar todo lo que él desea de nosotras en nuestra vocación, especialmente en nuestro cargo.

Los medios para adquirir esta fidelidad son: apreciar mucho las gracias de Dios, darle gracias muchas veces, pedirle insistente

5. Mt 10,22; 24,13.

mente todos los días la gracia de ser fieles hasta la muerte, creer que es importante serlo incluso en las cosas más pequeñas, a fin de disponerse de este modo a serlo en las mayores. Es lo que he pedido a Dios, reconociendo que tengo mucha necesidad de ello.

— Padre, dijo otra hermana, la primera razón que nos obliga a ser fieles a Dios es su gran bondad con nosotras. La segunda es nuestro propio interés, ya que, si pretendemos participar de los méritos de Jesucristo, es necesario, con necesidad absoluta, ser fieles a Dios hasta morir.

He pensado que ser fiel a Dios es mantener las promesas que le hemos hecho. Su bondad nos excita mansamente a esa fidelidad tanto en la práctica de nuestras reglas como en las ocasiones que se presentan, a pesar de todos los sinsabores y sequedades que con frecuencia acaecen en su servicio.

Me parece que el medio de adquirir y de conservar siempre la fidelidad a Dios es esperarla solamente de él y pedirselo muchas veces. Otro medio es no buscar nunca las propias satisfacciones en las cosas que nos manda hacer la divina Providencia, ya que, si llegasen a faltar esos consuelos, cambiaríamos también de ánimos y de fidelidad.

— ¡Dios os bendiga, queridas hermanas! A todos vuestros pensamientos voy a añadir los que Dios me ha dado, a pesar de mi ruindad y de mi miseria.

La primera razón que tenemos para entregarnos a Dios, de verdad, para serle fieles, es que os habéis entregado vosotras mismas a él en la Compañía con la intención de vivir y morir en ella; y cuando entrasteis, así lo habéis prometido; algunas de vosotras incluso lo han prometido solemnemente.

La segunda razón es que las personas que son fieles en lo poco reciben de Dios la recompensa debida a su fidelidad. No hablo ya de las acciones grandes y heroicas; no, no quiero hablar de ésas, hermanas mías; no hablo de la fidelidad en esas cosas grandes, sino que me refiero a las que son fieles en las cosas pequeñas y en las acciones más vulgares que pertenecen a la observancia de su regla. A esas personas nuestro Señor les ha

hecho grandes promesas: «A los que sean riele en lo poco los pondré sobre lo mucho»⁶; «Tú me has sido fiel en las cosas pequeñas, yo te pondré sobre las grandes»⁷. ¡Qué felicidad, mis queridas hermanas, para la Hija de la Caridad que escuche estas palabras! ¡Oh Señor! ¡Qué haréis con una hermana que no deja pasar la regla más pequeña y que no quiere omitir nada de lo que se le ordena? Oíd lo que se les ha dicho a esas personas: «Habéis sido exactas en lo poco; os voy a dar la recompensa de lo mucho». Entonces, mis queridas hermanas, ser fiel en lo poco es decirlo todo. A las hermanas que obran así ¿qué es lo que les promete el Señor ya en este mundo? Les dice: no os quedaréis allí. No, hermanas mías, no las dejará en ese estado, sino que las hará subir más arriba, yendo de virtud en virtud. Si estáis a seis grados de mérito, os dará mucho más. ¡Dios mío! ¡Aumentaréis así vuestras gracias tan abundantemente por un poco de fidelidad en vuestro servicio! Es el Espíritu Santo el que dice, en la Sagrada Escritura, que no dejará a esas hermanas en ese estado, sino que las hará subir más arriba, esto es, las hará adquirir una gran perfección. ¡Jesús! Hermanas mías, esto nos tiene que entusiasmar y animar a una gran fidelidad en todos nuestros ejercicios. Una hermana es fiel en levantarse al sonido de la campana para acudir a la capilla; llega allí solamente un poco antes que las demás, pero a Dios le agrada esto. ¿Por qué? Porque ha sido fiel en una cosa pequeña. No es nada, me diréis. No importa: ha sido fiel en lo poco. ¡Qué gran consuelo esto para vosotras, mis queridas hermanas!

Nuestras bienaventuradas hermanas que ya han muerto reciben ahora la recompensa de su fidelidad. Hermanas mías, cuando oigo leer en nuestra casa la vida de los santos, me digo a mí mismo: ¡eso es lo que nuestras hermanas han hecho! Creo que, si hicieron tanto bien, fue por la fidelidad que guardaron con Dios en las cosas más pequeñas.

Después de todas estas razones, lo último que voy a deciros, aunque podríamos seguir mucho tiempo, es, queridas hermanas,

6. Lc 16,10.

7. Mt 25,23.

que se les ha prometido la corona de gloria en los cielos a todos los que sean fieles a Dios. Sí, hermanas mías, se os ha prometido a todas vosotras; hermanas mías, se le ha prometido al padre Portail, a la señorita Le Gras, a mí, y finalmente a todos los que sean fieles. ¡Qué consuelo para todas, hermanas mías! Pero si hubiese alguna de vosotras que volviese la espalda a Dios y no tuviese esta fidelidad, esa corona no sería para ella. Tened miedo, por consiguiente, hijas mías, de perder este tesoro y Esforzáos en haceros fieles a Dios en todas las cosas sin excepción, desde las más pequeñas hasta las más grandes.

Pero, Padre, me diréis, yo he perseverado ya diez años en el servicio de Dios; hace ya mucho tiempo que trabajo por él; ¿es preciso que sea fiel hasta el final para obtener la recompensa? Sí, hermanas mías, hay que perseverar, y si no, lo perderéis todo por vuestra culpa. Si os encontráis con un solo pecado mortal en la hora de vuestra muerte, todo se ha perdido, todas las buenas obras que habéis hecho sirviendo a los enfermos, las virtudes que habéis practicado durante toda vuestra vida, todo se ha perdido para vosotras, mis queridas hermanas.

Decidme; suponeos una mujer que hubiera sido fiel a su esposo durante muchos años y que al final se abandonase y diese al traste con su honor; ¿se dirá de ella que es fiel? Ni mucho menos. ¿Y cómo la tratará su marido? La repudiará. como infiel.

Pues bien, mis queridas hermanas, tenéis la dicha de ser esposas de nuestro Señor; si os aconteciese la desdicha de fallarle, no ya en vuestro cuerpo — no es eso lo que quiero decir —, sino en vuestras voluntades, ¿qué diría a sus siervas, él que es tan bueno y que desea que lo quieran como esposo? «Yo soy un Dios celoso», dice por boca del profeta. Sí, hijas mías, Dios tiene celos del amor de sus criaturas, a las que ha creado para que lo amen. «Yo soy un Dios celoso, dice 8, y castigo hasta la cuarta generación a los que me ofenden, negándome el amor que

8. Ex 20,5-6.

me deben; por el contrario, bendigo a los que me son fieles hasta la centésima generación». Una hermana que no piensa en la fidelidad que debe a Dios, empieza por descuidar unas veces una cosa, otras otra, luego se deja llevar un poco más abajo; piensa que otra vez lo hará, que no tiene importancia, y finalmente poco a poco cae en la negligencia.

Pero, Padre, me diréis, si resulta que al cabo de cinco o seis años cometo una falta, entonces soy infiel, y no tengo amor a mi vocación ni fervor en mis ejercicios, no me impresiona nada, no me enmiendo de mis faltas y vuelvo a caer siempre en las mismas; entonces estoy perdida, porque no tengo fidelidad. No, mis queridas hermanas: mientras una hermana tiene ganas de corregirse y trabaja con todo su esfuerzo por conseguirlo, aunque a veces caiga herida, no por eso es infiel. Pero hablo de las que sólo caen por debilidad; porque, las que caen por malicia o por mala voluntad, ya es otra cosa.

Pero, dirá esa hermana, yo había observado la regla durante mucho tiempo, me esmeraba en los ejercicios más pequeños, y actualmente todo se ha enfriado. ¿Es fiel esa hermana? Sí, hermanas mías; cuando se levanta después de haber caído, es fiel, a pesar de estas caídas.

Pero, Padre, me dirá otra, le confieso que durante un año entero, o durante seis meses por lo menos, yo iba de buen grado a servir a los pobres, y les decía cosas muy bonitas, y sentía mucha satisfacción al escuchar las lecturas espirituales, hablando y oyendo hablar de Dios, y todo me parecía fácil. Pero las cosas han cambiado mucho, pues todo esto me falta ahora; ya no tengo fervor; las cosas las hago solamente por costumbre; no me impresionan las lecturas ni las conferencias; si voy a servir a los pobres, es solamente porque hay que ir; si me mandan alguna cosa, lo hago solamente por obedecer; si hay que comulgar, comulgo porque lo manda la regla, pero sin sentir gusto alguno. Hace tiempo daba buen ejemplo; pero desde hace un año lo hago todo con desgana y me cuesta tanto la obediencia y los demás ejercicios, que da pena verme. Cuando me mandan hacer alguna cosa, me gustaría más irme de paseo. Por

consiguiente, soy infiel. Ya no sirvo a Dios de buena gana en mi vocación. Más vale que me vaya antes de engañar de este modo a Dios y al mundo.

Todo eso es lo que sugiere la tentación. Pero no; no, mis queridas hermanas; no por eso sois infieles. Es preciso que sepáis que a nuestro Señor le gusta llevarnos por esos caminos, después de habernos robustecido en su servicio. Al comienzo Dios les da ordinariamente a las almas que él llama, grandes gustos y consolaciones, y luego permite que quedemos privados de ellos e incluso que caigamos a veces en un desánimo tan grande que nos disgusta todo lo que nos dicen o nos hacen; y no sentimos satisfacción en nada, ni en la oración, ni en la comunión, ni en nada del mundo, ni siquiera en la conversación. Así pues, al comienzo Dios nos da grandes consuelos, pero luego, todo lo contrario. Advertidlo bien, hermanas mías. Se trata de una hermana que siente gran sequedad; no tiene gusto en nada; todo le hastía. ¿Acaso en ella es menos buena la obra porque la hace sin consuelo y con repugnancia? No, hermanas mías, todo lo contrario; es mucho mejor, porque la hace puramente por Dios. Dios os ha dado leche, al principio, como se da a los niños, porque se dice en san Pablo: «Os di antes leche, pero ahora os daré comida más sólida» 9. Dios os la ha dado otras veces, mis queridas hermanas, mientras que erais niñas, esto es, débiles en su amor; porque a los niños se les da leche y otros alimentos según la debilidad de su edad; pero, cuando se hacen mayores, se les da pan duro. San Pablo, al comienzo de su conversión, tenía grandes consuelos, y luego tentaciones. ¿Y acaso por eso lo abandonaba todo y dejaba sus afanes? No. ¿Acaso tenía menos fidelidad por causa de esas tentaciones? No. Mis queridas hermanas, aunque estéis continuamente en sequedad y tentación, con tal que no dejéis de hacer aquello a lo que estáis obligadas, sabed que sois fieles; sí, aunque lo hagáis sin sentimiento alguno, como un animal, si así lo queréis, aunque todo le repugne a vuestra naturaleza y caiga en faltas continua-

9. 1 Cor 3,2.

mente, si a pesar de todo lo hacéis y os levantáis, es que sois fieles.

Y nuestro Señor, cuando estaba en la cruz, ¿no se encontraba en medio de una gran desolación? ¿No sufría su naturaleza muchas penas por la repugnancia que sentía ante la muerte? Aunque supiese perfectamente que era por la salvación de los hombres y por la gloria de Dios su Padre, sin embargo, estaba lleno de dolores y trabajado por penas interiores, hasta exclamar: «¡Padre mío, Padre mío! ¿Por qué me has abandonado?»¹⁰. Pues bien, hermanas mías, ¿no veis por este ejemplo que esta disposición tan penosa no impide que uno sea agradable a Dios, ya que nuestro Señor no dejó de ser fiel a Dios su Padre? ¿No realizó en esos momentos tan dolorosos la obra admirable de la redención de los hombres? Consolaos, pues, mis queridas hermanas, cuando sintáis esas penas, ya que así, por ser Hijas de la Caridad, tenéis la manera de imitar a nuestro Señor, vuestro Esposo, que ha sufrido tanto, y no creáis que sois infieles por tener tentaciones. Consolaos incluso aunque caigáis con frecuencia. Si os humilláis en vuestras caídas, no sois infieles. Con tal que os esforcéis en corregiros y perseveréis y no abandonéis vuestra vocación, no tenéis nada que temer. Pero una hermana que abandona su vocación, que desprecia sus reglas y quiere seguir sus caprichos y darse gusto, ¡esa sí que es infiel! Pero, la que, a pesar de todos sus sinsabores, hace lo que puede, esa es fiel. Y aunque os parezca hijas mías, que sois malas Hijas de la Caridad, y que no hacéis nada que valga la pena, no os vayáis, aunque a veces se os ocurra pensar que deberíais marchar a otra parte, porque durante esos disgustos y tentaciones podría veniros el deseo de ir a alguna otra casa; pero eso sería un engaño del diablo y una tentación muy clara.

Un día fui a ver a un gran señor que se había entregado a Dios en el sacerdocio. Lo encontré rezando su oficio y le pregunté: «Señor, ¿empezáis a saborear un poco la felicidad que hay en el servicio de Dios?». El me respondió: «Le aseguro,

10. Mt 27,46.

Padre, que no siento ningún consuelo. Rezo el oficio todos los días, hago oración y cumplo con todos mis ejercicios sin satisfacción alguna. Pero no querría otra cosa, si Dios lo quiere. No importa que tenga que ir hacia Dios con sequedad o con entusiasmo, con tal que vaya siempre con fidelidad».

Fijaos, hermanas mías, acordaos siempre de este ejemplo, que es tan hermoso y de un gran señor, que todavía vive. Ved en él, mis queridas hijas, cómo trata Dios a sus servidores de diversas maneras. Al comienzo, les da muchos consuelos, por lo menos a algunos; pero luego permite, para su mayor bien, que se vean combatidos por graves tentaciones. Otras veces los hace caminar sobre espinas. Así pues, hermanas mías seréis fieles mientras tengáis voluntad y decisión para levantaros de vuestras caídas.

Estas son las razones que tenéis para ser fieles a Dios, y estas son las respuestas a las objeciones que podría presentar la naturaleza. Pues bien, entregémonos a Dios de forma que sigamos siendo fieles a él durante toda nuestra vida.

Pasemos ahora al segundo punto de nuestra conferencia, que es en qué consiste esta fidelidad. Lo veréis en la comparación con un amo que tiene un criado. Un día le dice: «Vete a hacer tal cosa; pero, fijate, hazlo de este modo». Y aquel criado no sólo hace lo que se le ha mandado, sino que lo hace de la manera como le dijo el amo, aunque él no lo vea y aunque no sepa si se lo va a pagar. De ese criado podemos decir que es fiel. Si hace lo que le ha mandado su amo, pero no de la forma que le indicó, obra según su gusto y fantasía; ese criado no es fiel. Recibe una reprimenda de su amo; pero si no le parece bien, si la mosca le pica en la oreja y deja a su amo, entonces es un criado malo e infiel, y nadie debe extrañarse de que el amo no le dé ninguna recompensa, porque lo ha abandonado.

Por esta comparación podéis ver que el que no persevera hasta el final no recibe la recompensa. Hermanas mías, tenéis la dicha de ser siervas de Dios, habéis dejado a vuestros padres, vuestros bienes, y todo esto por Dios, para ser buenas servidoras de Dios; porque si hay alguna servidora suya en la iglesia sois vos-

otras. Os ha llamado a una forma de vivir en la que os ha ordenado estas cosas y éstas, y quiere que las hagáis de la forma que os ha mandado. Las hacéis con la dulzura del consuelo; pero llega la tentación, y lo dejáis todo. ¡Qué infidelidad! Pues bien, aquellas de vosotras que hacen lo que está en las reglas y no se contentan con hacer lo que el amo ordena, sino que lo hacen como Dios se lo manda y con el espíritu debido, esas hermanas son fieles, no lo dudéis. Pero hay otras que lo dejan todo con la tentación y creen que lo harán mejor en otro sitio. Si a alguna se le ocurren pensamientos de religión o de matrimonio y se detiene allí, pase por una vez; si, al volver estos mismos pensamientos, se entretiene en ellos como antes, entonces mis queridas hermanas, tened miedo por ella. Luego se marchará a contar a otras sus penas; ¿a quién?, no a su superiora, ni mucho menos al director, sino a la que sepa que está descontenta y que tiene su mismo espíritu; a esa se dirigirá para indicarle sus sentimientos, para quejarse, si ha recibido algún disgusto, de su superiora o de sus hermanas, y la otra, que ya tiene el espíritu mal dispuesto le dirá: «¿Pero es posible, hermana mía, que la traten de ese modo? ¡No es posible que lo pueda usted soportar! Es preferible que se salga antes de que la maltraten de esa forma. En otra parte podríamos salvarnos, pero aquí nos condenamos». Eso es lo que le dirá la hermana a la que se ha confiado; porque estad seguras de que no dirá sus penas a la superiora o a las demás hermanas que sabe que son virtuosas; no, ¡se guardará muy bien de ello! No veréis nunca a una hermana cansada de su vocación acudir a una compañera constante y firme; no podrían entenderse las dos.

Una hermana que sufre todas sus penas sin quejarse y sin hablar de ellas, a no ser con la superiora, y que no deja de hacer todo lo que debe, aunque no sienta ningún gusto en ello y la tienta el diablo, esa es fiel. I: [e aquí en qué consiste la fidelidad: en hacer lo que Dios manda y en hacerlo de la manera que lo manda, sin comunicar las penas ni a las hermanas, ni a las personas de fuera; porque no debéis hacerlo. De forma, hijas mías,

que, mientras observéis las reglas de la casa, podéis estar bien seguras de que sois fieles.

Las que actúan de manera muy distinta de como se ordena en las reglas y de como les manda la superiora, ésas no son fieles; están en la Compañía sólo corporalmente, pero no en espíritu. Por tanto, no se trata únicamente de obrar bien; además, hay que hacer las cosas como se ha ordenado. Las que perseveren hasta el fin con esta fidelidad, ¡qué felices serán!

Esas pobres hermanas que están en Polonia tienen mucha necesidad de esta fidelidad y de pensar que ha sido Dios el que las ha llamado. Allí están, en un país extranjero, llevadas por la Providencia. ¿Qué es lo que Dios espera de ellas, sino que sean apóstoles de Polonia? ¿Y qué gracias les habrá concedido Dios a esas hermanas, a las que ha destinado al servicio de los pobre de todo un reino? Lo vais a ver.

A una de ellas ¹¹ le ha dado la fuerza de resistir a una tentación que le vino, y eso por haber sido fiel. Le propusieron que se fuera con la reina, que quería emplearla en cargo que no la apartaría del servicio a los pobres, pero que le permitiría tratar con Su Majestad más de lo que ellas hacen de ordinario. Y Dios quiso en esa ocasión dar a una Hija de la Caridad la fuerza de negarse a los gustos de una reina ¹². ¿Sabéis cómo? Por sus lágrimas, hermanas mías, por sus lágrimas. Cuando la reina vio que lloraba, le dijo: «Pero, hermana, ¿es que no me quiere servir?». «Perdonadme, Majestad, pero nos hemos entregado a los pobres», demostrando con esas pocas palabras que no había nada que amasen tanto como la pobreza de una Hija de la Caridad; y de ese modo esta hermana dio a conocer la grandeza del servicio a los pobres. Hijas mías, ¡qué gracia les ha concedido Dios a todas al haber visto este ejemplo, que no se ve todos los días! Y conozco otras muchas gracias, más de las que os podríais imaginar. ¡Bendito sea Dios por todas ellas!

Pasemos al tercer punto, que es sobre los medios para adquirir y conservar siempre la fidelidad que debemos a Dios. En

11. Sor Margarita Moreau.

12. Luisa de Gonzaga.

primer lugar es menester, como ha indicado la señorita, pedir a Dios muchas veces esa gracia y agradecerle sus beneficios. Job, al hablar de esta fidelidad, dice que hemos de agradecer a Dios el habernos hecho criaturas racionales. Y no solamente esto, sino que nos conserva cada momento en nuestro ser, después de que nos lo ha dado. Y podéis decir, hermanas mías: «Dios es el que me ha hecho y el que, en cada momento, me conserva. Hubiera podido hacer de mi una bestia, una loca o con alguna deformidad; sin embargo, por su bondad, me ha hecho lo que soy, capaz de merecer poseerle algún día en el paraíso, como espero hacerlo por su gracia. Precisamente por eso, cuando menos lo pensaba, vino a buscarme y a llevarme a él para ser su esposa y para servirle en la Compañía de Hijas de la Caridad».

Además, Dios ha muerto por nosotros, y por su muerte nos ha dado su sangre, que ha derramado por amor, y su gloria, que nos ha prometido para la eternidad. ¡Ay, hermanas mías! Aunque no hubiera más razón que la de pensar: «Dios ha muerto por nosotros», esto bastaría para obligarnos a ser fieles. Pero hay más, ya que Dios nos va tejiendo más coronas cada día; sí, mis queridas hermanas, podemos esperar más coronas.

El segundo medio consiste en hacer todo lo contrario de las que se malean mutuamente con sus charlas y son tan cobardes que hacen caso de sus tentaciones. Pues, ¿qué es lo que hace una hermana que no debe perseverar? Ya os lo dije. Apenas se presenta la tentación, se pone a escucharla y a pensar: «Quizás estaría mejor en tal religión o en tal situación; tendría el espíritu más tranquilo». Da vueltas en su espíritu a estos pensamientos; y luego, si sabe que hay alguna hermana mal dispuesta y con su mismo humor, se acerca a ella para contarle la causa de su descontento. La otra le contestará: «Hermana, tiene razón. ¡Que tenga usted que hacer eso! Es imposible seguir siempre así; será mejor que nos vayamos a otro sitio, a alguna religión o al matrimonio; probablemente nos salvaremos allí mejor que estando siempre aquí con el espíritu intranquilo. El matrimonio es una cosa santa: la Virgen también se casó; ¿qué mal hay en ello?» Si le horroriza el pensamiento de casarse y vuelve el

de la religión, irá a buscar a un religioso conocido y le dirá: «Padre, soy Hija de la Caridad, hace tiempo que tengo esta pena y esta; me maltratan continuamente; ya no puedo resistir; le ruego que me aconseje si me puedo retirar para entrar en alguna religión». Aquel Padre, que no os conoce, ni sabe lo que es vuestra vocación ni el bien que hacéis sirviendo a los miembros de Jesucristo en la Compañía, os preguntará: «¿Has hecho votos perpetuos?». Y como le diréis que no, añadirá: «Vete, hija mía; puedes hacerlo, ya que no has hecho ningún voto que te retenga. Como ya has sufrido mucho tiempo y no se te pasa esa pena, sal de allí». Ese es el consejo que os dará; ¿y cómo queréis que os dé otro? No conoce a la Compañía más que por lo que le habéis dicho vosotras mismas, que es falso, y no podría hablaros más que según su espíritu, que es propio de un religioso; pero ese espíritu no es apropiado para vosotras, aunque sea muy bueno para los que han sido llamados por Dios a él.

Acordaos, pues, hermanas mías, de lo que os he dicho tantas veces: no tenéis que tomar ningún consejo de vuestros confesores para vuestra dirección; tenéis que decirles vuestros pecados, pero no tienen que tomar vuestra dirección. Un laico que va a confesarse, se contenta con decir sus pecados al sacerdote, y nada más. ¿Creéis que va a pedirle consejo en lo que se refiere a sus ventas y mercancías? No, ni mucho menos. Si tiene necesidad de algún consejo de esta índole, busca a las personas que entienden de negocios, pero no a su confesor.

Entonces, hermanas mías, ¿qué hay que hacer cuando tenéis alguna tentación? Hay que acudir cuanto antes a vuestros superiores. A ellos es a los que Dios les ha dado el don del consejo para vosotras. Decid vuestros pecados al confesor; pero manifestad vuestras tentaciones a la señorita ¹³, al padre Portail o a mí; dad a conocer las cosas tal como son, sin excusaros. Veis muchas veces lo que se hace por la curación de las enfermedades corporales: no se oculta nada; el enfermo se lo dice todo al médico para recibir algún alivio; no se contenta con de-

13. La doctrina y la práctica ha evolucionado desde los tiempos de san Vicente. Su pensamiento era el común entre sus contemporáneos.

cir que se encuentra mal, sino que detalla: «Señor, me duele esto y esto, y me encuentro mal de esto otro».

Haced lo mismo con vuestras enfermedades espirituales, y ya veréis cómo recibiréis algún alivio. Lo que os aconsejen, escuchadlo como si viniera de Dios mismo; y si vuelve una vez más vuestra tentación, volved de nuevo a descubriros al director o a la directora de la casa. Dios permitirá quizás que os den alguna advertencia para vuestro consuelo; o bien, si os deja en la tentación, es sin duda porque quiere hacerlo así para vuestro mayor bien. Consolaos, mis queridas hermanas; espero que, mientras actuéis de esa manera, seréis fieles a Dios y os haréis agradables a nuestro Señor.

Lo mismo que, para recibir las influencias de la cabeza, es preciso que los miembros estén unidos al cuerpo, también, hermanas mías, mientras permanezcáis unidas a vuestra cabeza, participaréis de las influencias que Dios le comunica a todo el cuerpo; pero, si os vais a otra parte, os haréis indignas de este bien. Si yo tuviese cortado un brazo, no podría participar ya de las influencias de mi cuerpo; de la misma forma, una hermana separada del cuerpo, ya no participa de lo que éste hace. Mis queridas hermanas, mientras sigáis unidas a la cabeza, seréis fieles a vuestra vocación; pero, si os vais a otra parte y acudís a algún religioso, ya no tendréis la vida de vuestro espíritu. Consolaos, pues, mis queridas hermanas, y sed fieles en el seguimiento de vuestras cabezas, que son vuestros superiores, y estad seguras de que entonces alcanzaréis la corona. Es lo que os deseo a todas vosotras.

Y mientras me dispongo a daros la bendición y a rezar a Dios para que os dé a vosotras y a mí, miserable pecador, la gracia de serle fieles, recordad todos los actos que habéis hecho mientras hablábamos. Le doy las gracias por haberos llamado al estado de Hijas de la Caridad; se lo agradezco por la señorita, por el padre Portail y por mí, por habernos llamado a vuestro servicio. Y mientras pronuncio las palabras de la bendición, humillaos delante de Dios y pedidle la gracia de hacer buen uso de todo lo que acabamos de decir.

Benedictio Dei Patris

Sobre la práctica de pedir permiso

Mis queridas hermanas, el tema de la presente conferencia se divide en tres puntos. El primero es sobre las ventajas de no hacer nada sin permiso de los superiores y superiores; el segundo, sobre los grandes males que vienen sobre la Hija de la Caridad cuando faltan al no pedir permiso; el tercero, sobre las faltas principales que se pueden cometer contra esta práctica de no hacer nada sin permiso; el cuarto, sobre los medios que hay que emplear para adoptar esa práctica, o mantenerse en ella si ya se observa.

Mis queridas hermanas, es éste uno de los temas más importantes que se han tratado entre vosotras. ¡Que el Salvador de nuestras almas os dé la gracia de entrar en esta práctica y de vivir en conformidad con lo que podáis oír!

Dígame, hija mía, ¿qué ventajas se siguen para una Hija de la Caridad y para toda la Compañía de esta práctica de no hacer nada sin permiso de los superiores?

— Padre, yo no tengo mucha capacidad para comprender bien todo esto; pero me parece que una hermana que es obediente tiene que estar segura de que perseverará en su vocación. Y como el Hijo de Dios fue obediente durante toda su vida hasta la muerte¹, nosotros debemos sentirnos muy honradas al imitarle en eso. Además, sin la obediencia, todo es turbación, e inquietud.

— Hija mía, hay una diferencia entre la obediencia y el tema que se ha propuesto; ahora se trata de no hacer nada sin permiso. A vosotras os toca pedir permiso. La obediencia supone ya un mandato; consiste en hacer lo que se ha ordenado; empieza por aquel que manda; pero la práctica de la que ahora ha-

Conferencia 55. — Cuaderno de sor Maturina Guérin (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Flp 2,8.

blamos empieza por el que pide permiso. Ha dicho usted muy bien, hermana, al afirmar que una hija obediente persevera en su vocación, ya que no es posible esperar que una Hija de la Caridad pueda perseverar sin la obediencia. Aquí se trata de decir las razones por las que una Hija de la Caridad tiene que pedir continuamente permiso a sus superiores.

Usted, hermana, ¿qué dice de esto?

— Padre, la obediencia nos proporciona una gran tranquilidad, porque, cuando se pide permiso, se sabe que la voluntad de Dios es que hagamos tal cosa.

— ¡Dios la bendiga hija mía! Mirad, hermanas, acordaos de esto. Esta hermana ha dicho que la voluntad de Dios es que no se haga nada sin la obediencia, y añade que esta práctica nos llena siempre de satisfacción. No hay nadie en el mundo tan contento como los que viven bajo obediencia; y en los remordimientos de conciencia yo no veo más que personas que faltan a la obediencia. He aquí dos cosas que nos proporciona la sumisión: una gran tranquilidad de espíritu y la gracia de cumplir la voluntad de Dios. Pues bien, fijaos, hijas mías, cumplir la voluntad de Dios es empezar el paraíso en la tierra. Enseñadme una persona, enseñadme una hermana que cumpla, durante toda su vida, la voluntad de Dios; empieza a hacer ya en la tierra lo que hacen los bienaventurados en el cielo; empieza su paraíso ya en este mundo, ya que no tiene más voluntad que la de Dios; y esto es participar de la dicha de los bienaventurados.

Hermana, ¿qué ventajas se obtienen de la obediencia?

— Padre, no sé decir nada más que lo que mis hermanas han dicho; además, me parece que esto proporciona también un gran consuelo a los superiores.

— ¡Bien, hija mía!, ¿cree usted que es una gran satisfacción para los superiores ver que son sumisos sus súbditos?

— Sí, Padre, veo que los superiores y los inferiores reciben entonces un gran consuelo.

— ¿Tiene usted deseos de vivir de este modo? ¿No le parece, hija mía, que sería, un gran bien ver a toda la Compañía en esta práctica, en la que creo que ya está, gracias a Dios?

— Sí, Padre; esto me da un gran consuelo.

— Sí, hermanas mías. Uno de mis mayores consuelos es saber que la Compañía no hace nada sin permiso, y es esta la recompensa que Dios da a los superiores en este mundo, si es que les da alguna. Yo he tenido algunas veces esta recompensa. No debería hablar de mí mismo, que soy tan pobre y miserable pecador. Yo he sido párroco de una aldea ² (¡pobre párroco!). Tenía un pueblo tan bueno y tan obediente para hacer todo lo que le mandaba que, cuando les dije que vinieran a confesarse los primeros domingos de mes, no dejaron de hacerlo. Venían y se confesaban, y cada día iba viendo los progresos que realizaban sus almas. Esto me daba tanto consuelo y me sentía tan contento, que me decía a mí mismo: «¡Dios mío! ¡Qué feliz soy por poder tener este pueblo!». Y añadía: «Creo que el papa no es tan feliz como un párroco en medio de un pueblo que tiene un corazón tan bueno». Y un día el señor cardenal de Retz ³ me preguntó: «¿Qué tal, Padre? ¿cómo está usted?». Le dije: «Monseñor, estoy tan contento que no soy capaz de explicarlo». «¿Por qué?». «Es que tengo un pueblo tan bueno, tan obediente a cuanto le digo, que me parece que ni el santo padre ni su eminencia son tan felices como yo». Sí, hermanas mías, esto da un consuelo admirable, al ver cómo un rebaño camina con obediencia.

Hermana, dijo el Padre Vicente, ¿cuáles son las ventajas que se siguen de la obediencia?

— Padre, me parece que la virtud de la obediencia no va nunca sola, sino que ordinariamente va acompañada de otras muchas virtudes, especialmente de la humildad, del amor de Dios y otras muchas.

— Bien dicho, hija mía; la obediencia no va nunca sola; porque la veréis junto con el temor de Dios, el amor al prójimo, a la vocación y a todas las demás virtudes. ¿No veis, por el contrario, mis queridas hermanas, la verdad de esto? Dadme una hermana que no sea obediente. Observadla bien. Veréis que le

2. En Clichy, cerca de París.

3. Enrique de Gondi, Obispo de París desde 1598 a 1622.

falta todo y que no tiene virtudes ni amor de Dios, ya que ese amor no es bastante fuerte para obligarle a pedir permiso de lo que hay que hacer. En fin, como ha dicho nuestra hermana, el ser obediente es signo, y muy claro, de una gran virtud. Por el contrario, la desobediencia es señal de que hay poca virtud.

Hermana, un seglar no se escandalizaría si pidiese a una hermana que fuera a un lugar, que le hiciera tal y tal cosa, y la hermana le dijese: «Señor, me gustaría hacerlo, pero no puedo sin permiso». Y si alguno os regalase ropa, o unas Horas o algo semejante, ¿creéis que vería mal que no lo aceptaseis sin permiso?

— No, Padre; por el contrario, esto le daría buen ejemplo.

— Y si os diesen unos zapatos, un rosario, o cualquier otra cosa, ¿creéis que deberíais tomarlo?

— No, Padre.

— Y si insistiesen para que lo aceptarais, tendríais que responder: «Señor, no puedo tomar nada sin permiso». ¿Creéis que se sentiría poco edificado con eso? Por el contrario, vería con admiración que unas pobres hermanas viven de esa manera, porque hay algo divino en todo ello. Habéis de creer, mis queridas hermanas, que si hay algo que mantiene a la Compañía es que nuestras buenas hermanas que se han ido al cielo aceptaron esta práctica. Si una hermana dice: «No tengo necesidad de estar siempre pidiendo permiso cuando recibo esto o aquello; se trata de poca cosa», ¿creéis que cumple la voluntad de Dios y que puede perseverar en su vocación?

— No, Padre; al contrario, de esa manera irá cayendo cada vez más.

— Dice usted bien, hermana; la Compañía es como el mar, que no puede sostener un cuerpo muerto; es preciso que lo rechace, porque es incapaz de sufrir la corrupción. Si en una Compañía alguna quiere vivir su propia vida, esto es, seguir su propia voluntad, está muerta y la Compañía no la puede tolerar; Dios y el ángel de la Compañía la echarán fuera; esa es la piedra de toque.

¿Le parece a usted que es así? Si una hermana recibe y lee alguna carta sin dársela a la superiora, o la envía sin permiso, ¿cree usted que puede estar contenta?

— No, Padre.

— ¡Claro que no, hijas mías!

Y usted, hermana, ¿cree que los seglares se van a escandalizar de ver a una hermana que no quiere tomar nada ni hacer nada sin permiso de sus superiores?

— No, Padre; por el contrario, quedarán edificados.

— Hermanas, ¿lo creéis así?

Todas las hermanas se levantaron para responder:

— Sí, Padre.

— Si así lo creéis, ¿queréis que nos entreguemos a Dios, vosotras y yo, para no hacer nada sin permiso de los superiores? ¿Verdad que estáis de acuerdo en que las que no quieren hacer nada sin permiso, dan buen ejemplo a toda la Compañía y consuelan mucho a los superiores?

— Sí, Padre.

— ¿No queréis hacerlo todas así?

— Sí, Padre.

— ¡Que Dios os bendiga, hermanas mías!

Y hemos dicho ya los dos primeros puntos. Nos queda por ver las faltas que se pueden cometer contra esta práctica.

Hermana, ¿qué faltas se pueden cometer principalmente contra esta práctica?

— Me parece, Padre, como ya han dicho otras hermanas que se puede faltar de muchas maneras.

— Fijaos, hermanas; hay cosas para las que no es necesario pedir permiso; son las que están ordenadas por nuestras reglas; en las demás, sí que hay que pedir permiso, ya que la misma regla dice que no hay que hacer nada sin permiso. Todo lo que hacéis para cumplir con las reglas lo hacéis ya con permiso, como levantarse, ir a la mesa o al examen. Dios os llama allí y cuando vais, lo hacéis por obediencia. Por ejemplo, suena la campana y os dice: «Levantaos, hermanas». Así conocéis la volun-

tad de Dios. Las que se levantan, cumplen la voluntad de Dios; pero las que se queden en la cama a pesar de lo que la regla les manda, tienen que pedir permiso. Si la noche anterior prevén que van a necesitar descansar más, han de pedir permiso a la señorita; y de esta forma obedecerán quedándose en la cama. Las hermanas que están en las parroquias tienen que dirigirse a la hermana sirviente: «Hermana, le ruego me permita quedarme un poco en la cama». Si se trata de la hermana sirviente, le dirá a su compañera: «Hermana, me parece que tengo necesidad de descansar»; y la otra hermana le dirá: «Hágalo usted, por favor».

Dígame, hermana, una que tienen necesidad de comer algo fuera de las horas ordinarias y lo hace sin permiso, ¿va en contra de la voluntad de Dios?

— Sí, Padre. La hermana que estaba conmigo me decía que era un pecado contra la virtud de la sobriedad; cuando ella creía que yo lo necesitaba, me animaba a comer; pero ella no quería hacer lo mismo, en parecidas circunstancias.

— ¡Es muy hermoso! ¡Buena hermana sirviente! Pero, hija, el comer después de haber pedido permiso, ¿es obedecer?

— Sí, Padre.

— ¿Hace mal la que, tanto para tomarse mayor libertad como para poder hablar, no quiere ir a la primera mesa? Pues todas tenéis que acudir a ella, a no ser las oficiales, que no pueden hacerlo a causa de sus ocupaciones.

— Sí, Padre. Desobedece a la regla; y la libertad que quiere tomarse es también otra falta.

— Pero, hija, si no va después de haber pedido permiso por algún motivo, ¿cumple la voluntad de Dios?

— Sí, Padre.

He aquí, pues, tres cosas que, según nuestra hermana, no pueden hacerse contra la regla: no levantarse al sonido de la campana, comer fuera de hora y no querer acudir a la primera mesa. Bien, hermana, le voy a preguntar una cosa: una hermana que quisiera comprarse algo, unas Horas, un rosario o algo semejante, sin permiso, ¿obraría contra las reglas?

— Sí, Padre.

— ¿Y si le diesen alguna otra cosa?, ¿debería tomarla sin permiso?

— No, Padre.

— ¿Podría hacerlo con permiso?

— Sí, Padre. Yo recibí una vez un libro de un buen párroco sin permiso. Se lo dije luego a mi hermana. Pero ya no volveré a hacerlo, Padre.

— No, hija mía, no lo haga usted. Piense en la gran edificación que habría recibido aquel buen sacerdote si hubiese rechazado su libro, diciendo que necesitaba permiso para ello. Una persona que le viera obrar así se convertiría, si era mala, y adquiriría seis grados de virtud, si antes tenía cinco.

Hermana, ¿estaría mal dar dinero, si se tiene?

— Sí, Padre.

— Usted, hermana; ¿es un defecto tomar o entregar dinero a algún pariente o conocido?

— Sí, Padre.

— ¡Ya lo creo!, hermanas mías, porque la pobreza dice que no hay que tener nada en contra de las reglas.

La hermana que había hablado anteriormente se levantó y dijo: Padre, cuando estaba en el pueblo, nos daban trigo algunas veces.

— Pero, hija mía, ¿es que no lo necesitabais?

— Sí, Padre; porque no teníamos.

— Entonces, hija mía, hicisteis bien; pero, si hubieseis tenido hubierais hecho mal al aceptarlo.

— Padre, una dama de la Caridad, al volver de un viaje, dirá: «Mire, hermana, el rosario que le he traído; le ruego que lo tome». Como no se trata de un pobre, sino de una dama, ¿estaría mal aceptarlo?

— Sí, hija mía, no hay que tomarlo, y no tengáis miedo de desedificar a nadie; al contrario, adquiriréis mejor fama, porque se fían de vosotras y os entregan el dinero para atender a los pobres. Esas damas tendrán entonces más confianza en vosotras

y dirán: «¿Cómo van a tomar nada esas hermanas de lo que se da a los pobres, si no quieren recibir nada sin permiso?».

¿Y usted, hermana? Una hermana que recibe cartas y las abre sin permiso de sus superiores, ¿obra contra la obediencia?

— Sí, Padre.

— ¿Entonces, está mal escribir y recibir cartas sin enseñarlas?

— Creo que sí, Padre.

— Prometed a Dios portaros bien en esto, porque es la puerta de perdición para las Hijas de la Caridad, hasta el punto de que, si no las enseñáis, es señal de que hay dentro alguna queja o algo que no queréis que se vea, y por consiguiente algo malo. ¡Oh, Señor! ¡Cuántas personas hay en nuestra casa que se han guardado las cartas dos y tres días sin abrirlas hasta que las viera el superior!

Hermana, ¿está bien ir a visitar a algún que otro pariente y rogarles que vayan a visitaros ellos mismos?

— No, Padre.

— Hermanas mías, me parece que esto no se da entre vosotras. Si se diese, llegarían a despreciaros los mismos a quienes visitáis.

Usted, hermana; una hermana que compra zapatos elegantes, que manda hacer un corpiño bordado, que compra guantes y arregla sus cabellos, ¿obra según la obediencia?

— No, Padre.

— Hermanas, mías, las que quieran llevar zapatos elegantes o corpiños bordados, están ya medio fuera. No deseéis nada de lo que no tengan las demás; porque, si tenéis algo que no se usa en casa, pecáis de singularidad.

- — ¿Y usted, hermana? Si una hermana aprende a leer y a escribir, o a sangrar sin permiso, ¿van en contra de la voluntad de Dios?

— Sí, Padre.

— Sí, hija mía, obra en contra de la voluntad de Dios, que quiere que una hermana no se ponga a hacer nada en contra de ¹ a obediencia, sino que se conforme a lo que está ordenado.

Fijaos, mis queridas hermanas, no podéis ser todas iguales: unas valen para los enfermos y otras para las escuelas. Les toca a los superiores mirar para qué valéis. No todas sirven para sangrar, pues hay algunas que tienen las manos demasiado torpes. Los dedos de la mano no son iguales en todas; por eso no todas podéis ser semejantes.

Se dice en san Pablo: «Unos profetizan, otros son apóstoles o evangelizan»⁴; y Dios se complace en ver esta variedad en las cosas espirituales, lo mismo que en las temporales. Por tanto, hermanas mías, tenéis que estar contentas con vuestras ocupaciones; pero que ninguna se meta a hacer nada en contra de la obediencia. Si una hermana que es buena para la escuela se empeñase en aprender a sangrar, quizás no aprendería nunca y lo estropearía todo. ¡Quiera Dios que, por haber sangrado sin saber, no hayáis herido a nadie, ni le hayáis causado daño alguno, ni le hayáis dado muerte!

Una hermana que quisiese cambiar de confesor, hacer ciertas penitencias o mortificaciones, o rezar el oficio de la Virgen, ¿peca contra la obediencia?

— Sí, Padre, porque se pierde.

— No hermanas mías; no hay que hacer nada sin permiso del confesor que se ponga aquí, o de la señorita. ¡Que Dios las bendiga!

Hija mía, una hermana que pide una cosa a los superiores, y no la obtiene, y se marcha enfadada diciendo para sus adentros: «Ya no les pediré nada; me lo niegan todo; no quiero pedirles nada», ¿de qué espíritu estaría animada, hija mía?

— Del espíritu de orgullo.

— Bien dicho: del espíritu de soberbia. No hay que pronunciar jamás esa palabra diabólica, hija del orgullo. ¡Quiera Dios que estéis muy lejos del mismo! Si os niegan lo que pedís, es porque no os conviene o es para probaros. Por eso tenéis que seguir pidiéndolo. Quizás os permitan mañana lo que hoy os han negado.

4. Ef 4,11.

¿Comulgáis sin permiso? No, no deberíais hacerlo. ¿Dejáis de comulgar por vuestra cuenta? Tampoco debéis hacerlo. ¿Qué habéis de hacer para pedir y para recibir permiso de tomar la disciplina? Apruebo que todas tengáis disciplinas, pero también apruebo que no os sirváis de ellas sin permiso.

Pero quizás me digáis: «Padre, nos está diciendo usted muchas cosas, un montón de cosas; pero ¿no se cansarán nuestros superiores de que les pidamos tantas cosas?». No, hermanas mías, jamás se cansarán de eso vuestros superiores; al contrario, se sentirán muy consolados, al ver que una hermana no hace nada sin permiso. Por lo que se refiere a vuestras reglas, tenéis permiso para seguirlas, y sobre eso no tenéis que pedir permiso; pero para todo lo demás, sí. Las que están en una parroquia, al saber que dicen un sermón en algún lugar de devoción, no tienen que ir sin permiso de su hermana sirviente. La misma hermana sirviente tiene que pedírselo a su hermana. Para lo de mayor importancia, es menester que las hermanas de las parroquias vengán a pedir permiso a la señorita y que le escriban las que están en los pueblos.

Me diréis: «Padre, ¿no podríamos pedir un permiso general para todas las cosas necesarias?». Tenéis que guardaros mucho de hacer esto, y nosotros procuraremos no darlo, porque entonces careceríais del mérito que se obtiene en cada petición de permiso.

Tengo que deciros además que hay algunas que sacan a la fuerza los permisos. Son las que tienen un espíritu pequeño y se preocupan e inquietan si no se les trata con condescendencia. No está bien sacar el permiso por la fuerza. Pedidlo siempre con indiferencia y no insistáis jamás si veis que no les gusta concederlo. Decid dentro de vosotras mismas: «Si me lo conceden, muy bien; si me lo niegan, quizás lo hagan para mortificarme». Dios decía a Moisés: 5 «Es verdad que tú se lo has permitido, pero ha sido por causa de su dureza», De la misma forma, se

5. Mt 19,8.

concede a veces a una hermana un permiso, cuando se ve que no es capaz de dejarse llevar por la voz de la razón.

Me preguntaréis: «Un confesor de la parroquia donde yo estoy, ¿no podría darme permiso para hacer alguna penitencia?». No, no puede. Su jurisdicción no llega hasta allí; no tiene poder más que para confesaros y para permitirnos o prohibirnos la comunión.

Bien, hijas mías, ¿qué hemos de hacer para practicar bien todo esto? Si alguna vez hemos tenido una conferencia importante, ha sido ahora. Sé muy bien que la mayor parte de vosotras lo practicáis ya, pero os ruego que lo hagáis todas; al obrar así, cumpliréis la voluntad de Dios en la tierra, como la cumplen los ángeles en el cielo, y gozaréis de una paz y de una tranquilidad de espíritu inconcebible. Las mayores sobre todo tienen que dar ejemplo en esto, ya que, si ellas se permiten obrar sin pedir permiso, las jóvenes las imitarán creyendo que no es nada malo. Por el contrario, si ellas son fieles en pedir permiso, edificarán a las más jóvenes, al prójimo, y sentirán ellas mismas un gran consuelo, en vez de la pena extraña e inimaginable que sentirían por haber faltado y desedificado a las demás.

Teniendo esto en cuenta, el primer medio que hay que emplear es pensar con frecuencia: «Estoy empezando una vida bienaventurada, que continuaré luego en el cielo».

Como segundo medio, acostumbraos a la mortificación; mortificarse, es no hacer cada uno su voluntad, que le gustaría ir unas veces por aquí y otras veces por allá. Hay que superar esos movimientos y mantenerse firme en la obediencia.

En tercer lugar, pedid incesantemente esta gracia a Dios. No hay nada tan fácil como pedir permiso de lo que uno quiere hacer. La misma urbanidad lo exige a veces.

Bien, hijas mías, estos son más o menos los medios que habéis de emplear para habituaros a esta práctica. Pido a nuestro Señor Jesucristo que os conceda ver y conocer que es ésta una de las conferencias más importantes que hemos tenido jamás. Ruego a su divina bondad que os mantenga fuertes en esta práctica, lo mismo que mantuvo a nuestras buenas hermanas que

se encuentran ahora entre los bienaventurados del cielo. Procuremos imitarlas y especialmente en esta práctica, con lo que la Compañía quedará muy edificada.

¡Oh Salvador de nuestras almas, que has escuchado lo que se ha dicho y has sido tú mismo tan obediente que preferiste morir antes que desobedecer! ¡Quisiera tu divina bondad, por la obediencia de que nos diste ejemplo en la tierra, concedernos la que tanto necesitamos para no hacer nada en contra de la gloria de Dios! Y como tenemos necesidad, hermanas mías, de su gracia, os ruego que ofrezcáis vuestra primera comunión a Dios para alcanzar de él la gracia de no hacer nunca nada en contra de esta práctica. De esta forma no tendréis por qué sentir envidia de las Carmelitas, porque seréis tan felices como ellas, podréis dar gloria a Dios en el estado al que os ha llamado lo mismo que se la dan ellas en el suyo.

Señorita, ¿quiere usted decirnos sus ideas?

— Padre, no tengo nada que decir después de lo que ha dicho su caridad, a no ser que siempre he observado que tiene mucha razón en todo esto y que todas las que han salido de la Compañía, se han salido únicamente por haber estado apegadas a su propia voluntad y por su afecto a estas singularidades.

— Así pues, señorita, dice usted que las que se han salido y han perdido su vocación, ha sido por haber seguido su propia voluntad y por no haber hecho lo que acabamos de decir. Dice usted mucho en pocas palabras. Fijaos bien, hermanas mías, en lo que acaba de decir la señorita; es de mucha importancia; y no hagáis como las que se han salido, sino entrad en la práctica de la obediencia, estando seguras de que se trata de la obra de salvación que os conducirá hasta el eterno santuario. Poned mucha devoción, por favor, cuando decís estas palabras: «Fiat voluntas tua?» y repetidlas con frecuencia durante vuestra oración, cuando escucháis la palabra de Dios, para demostrarle que estáis sometidas en todo a su voluntad.

Luego nuestro muy venerado Padre se puso de rodillas y añadió:

Mis queridas hermanas, esta es la súplica que hago a Dios, y le pido expresamente que, cuando pronuncie las palabras de la bendición, nos haga capaces de cumplir su santa voluntad, vosotras y yo miserable pecador, que no he hecho nunca más que mi propia voluntad, y que derrame sobre vuestros corazones la gracia de no hacer nunca nada sin permiso de las reglas o de vuestros superiores. Tal es lo que le pido con todo mi corazón

Benedictio Dei Patris...

56(IX,658-662)

PLATICA DEL 12 DE NOVIEMBRE DE 1653

A las hermanas enviadas a Nantes

El miércoles, día 12 de noviembre de 1653, las tres hermanas anteriormente nombradas ¹ salieron de París para ir a Nantes, y esta es la exhortación que les dirigió nuestro muy venerado Padre.

Mis queridas hermanas, Dios os ha escogido para ir al hospital de Nantes, y tenéis que entregaros por entero a nuestro Señor, ya que se ha fijado en vosotras por encima de todas las demás. Tenéis tres razones para entregaros a Dios, y cumplir bien con vuestro deber en ese lugar.

La primera razón, mis queridas hermanas, es la razón general que nos obliga a todos durante toda nuestra vida a esforzarnos en cumplir la voluntad de Nuestro Señor, de modo que no hagamos jamás nuestra propia voluntad.

La segunda es que vais a un gran hospital, donde hay más que hacer que en cualquier otro lugar. No es como en una parroquia de París, donde sólo tenéis que cuidar de un pequeño

Conferencia 56. — Ms. titulado Recueil des procès-verbaux, p. 119 s. (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. María Teresa Trumeau, Ana de Vaux y Magdalena Micquel.

número de enfermos, ni como en los pueblos, donde no tenéis que hacer más que visitar e instruir a los pobres. Allí las cosas son distintas, y por eso tenéis que entregaros a Dios, para que os conceda las gracias que necesitáis.

La tercera razón, mis queridas hermanas, creo que tengo necesidad de decíroslo, es que por instigación del espíritu maligno la división ha entrado en ese hospital. Sí, hermanas mías, el diablo ha tenido tanto poder que con sus astucias ha sembrado la discordia entre nuestras hermanas; y vosotras tendréis que poner remedio con la unión y la concordia que tiene que reinar entre vosotras. No hay que extrañarse de que el diablo haya librado esta dura batalla, pues es costumbre suya atacar especialmente a los siervos y siervas de Dios; dirige su odio contra las Compañías más santas por la rabia que les tiene. No se preocupa mucho de tal o cual persona determinada, porque ya son suyas; pero las casas que están consagradas al servicio de Dios y unidas por el vínculo de la caridad, ¡ay, hermanas mías!, allí es donde siembra la discordia. Hijas mías, tendréis que remediar por tanto los desórdenes que el espíritu maligno ha causado en aquel hospital.

¿Y para esto qué podéis hacer? Hijas mías, tenéis que saber que cuanto más elevado es el estado de una persona, más virtud tiene que demostrar. La cualidad de Hijas de la Caridad que tenéis os obliga a la más alta perfección que pueda pretenderse de forma que es eso lo que espera de vosotras; por eso habéis sido escogidas para acudir en ayuda de las que están heridas. Sabéis que, cuando se va a la guerra, se toman las armas, se lucha, unos caen muertos, otros son heridos, unos quedan vencedores y los otros vencidos. Nuestras pobres hermanas han sido heridas en la guerra que nuestro enemigo les ha hecho. No hay que despreciarlas por ello. Son muy virtuosas, pero ese enemigo de división ha librado contra ellas una cruel batalla, con el permiso de Dios, que ha querido darnos ocasión de humillarnos en nosotros mismos demostrándonos que no hay ninguno exento de peligro, y enseñarnos que las aflicciones no las envía siempre como castigo, sino para ejercitar a sus siervos y siervas.

El diablo amenazó un día a san Francisco: «Tus religiosos, le dijo, están tranquilos por ahora; pero llegará el día en que los probaré como es debido, y será cuando entren en la Orden algunas personas de calidad». Y así lo hizo, hermanas mías. Por tanto, no hay que extrañarse de que el demonio haya atacado a nuestras hermanas, ya que se atrevió a hacer lo mismo entre los compañeros de nuestro Señor.

Mis queridas hermanas, era necesario que os dijera estas cosas, para que os armaseis de las virtudes necesarias para derribar a ese enemigo y a ese espíritu de división. Los que van a la guerra, llevan armas consigo. Vuestras armas tienen que ser la humildad, la mansedumbre y la condescendencia. Cuando tengáis esas virtudes, os veréis armadas de punta en blanco para combatir al enemigo. La condescendencia es un medio muy poderoso para conservar la unión entre las personas que se han entregado a Dios; es menester, mis queridas hermanas, que reine entre vosotras esa virtud y que prescindáis de vuestra voluntad siempre que vuestras hermanas sean de un parecer distinto del vuestro, ya que una Hija de la Caridad tiene que estar dispuesta a hacer o no hacer lo que la hermana sirviente le manda o le prohíbe. Hablo de la hermana sirviente, porque no hay que escuchar lo que dice otra hermana, cuando sus consejos pretenden otra finalidad. Pues, si se quisiera escuchar a todo el mundo, no se haría nada útil. Hacer lo que dice la sirviente y nunca lo que diga Jacoba, María o cualquier otra, si la *hermana sirviente* ha dado alguna orden. Y ese será el medio verdadero para permanecer unidas, como tienen que estar las verdaderas siervas de Dios. De lo contrario, será todo un desorden. Una piensa de una manera, y otra de otra. No es que haya que menospreciar los consejos de nuestras hermanas; no, pero las que aconsejan tienen que tener una gran indiferencia, los sigan o no los sigan.

El obispo de Ginebra decía: «Prefiero hacer la voluntad de los demás antes que hacer que los demás se conformen con la mía; prefiero ajustar mi voluntad a la voluntad de cien personas antes que conformar a una sola con la mía». Ved. hermanas

mías, cómo ese bienaventurado nos enseña muy bien la práctica de la condescendencia y cómo la necesitáis vosotras. Un gran santo decía que, para llegar a la perfección, hay que abandonar la propia voluntad, y que no se necesita ninguna otra cosa para llegar a la perfección. Esas son, mis queridas hermanas, las armas con que os enviamos, para que conquistéis a nuestras buenas hermanas por el buen ejemplo que les daréis. Todo el mundo está esperando esto de vosotras; y el buen olor que nacerá de esas hermosas virtudes hará que no llevéis en vano el nombre de Hijas de la Caridad.

Allí tendréis que tratar con los administradores y en general con todos los que tienen algún cargo referente a los pobres. Tendréis con ellos todo el honor y el respeto que os sea posible. Hay algunos sacerdotes que están en pensión en el hospital. Resulta un poco difícil decirlos la manera cómo habéis de portaros con ellos, porque les gustaría recibir otra comida distinta de la que quieren los administradores. Y achacan a las hermanas el que no les den la comida que desean. Todo esto es un poco molesto, hijas mías; de ahí procede en parte el descontento y el desorden. Pero, aunque os digan lo que sea, aunque los sacerdotes quieran comer de manera diferente y mejor de lo que quieran los administradores, no os dejéis arrastrar, manteneos firmes y no hagáis nada en contra de las órdenes de los superiores. Procurad condescender con esos pensionistas y satisfacerles de palabra lo mejor que podáis. Si los administradores os dijeren: «Hay que hacer tal cosa», y los sacerdotes quisiesen que hicierais tal otra, habría que hacer lo que quieran los administradores.

Está además el señor obispo de Nantes². El dice que sois religiosas, porque le han dicho que hacéis votos. Si os habla de esto, respondedle que no sois religiosas. Sor Juana³, que es la hermana sirviente, le ha dicho: «Monseñor, los votos que hacemos no nos convierten en religiosas, porque son votos simples, que puede hacer cualquiera, incluso viviendo en el mundo».

2. Gabriel de Beauvau de Rivarennnes.

3. Juana Lepeintre.

En efecto, no puede decirse que las Hijas de la Caridad sean religiosas, ya que si lo fueran, no podrían ser Hijas de la Caridad, pues para ser religiosas hay que vivir en el claustro. Las Hijas de la Caridad no podrán jamás ser religiosas; ¡maldición al que hable de hacerlas religiosas!

Id pues, mis queridas hermanas, trabajad por nuestro Señor, quered mucho a nuestras queridas hermanas y respetadlas; procurad no despreciar a ninguna de ellas; en fin, dad a conocer a todos que tenéis el verdadero espíritu que Dios quiere que tengáis.

Benedictio Dei Patris...

57(57,IX,662-672)

CONFERENCIA DEL 1 DE ENERO DE 1654

Conducta que hay que observar fuera de la Cosa

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia se divide en tres puntos. El primero es sobre las razones que tienen las Hijas de la Caridad para saber bien cómo han de comportarse fuera de la Casa, tanto con las personas que las emplean, como en sus relaciones recíprocas, tanto en los hospitales como en las aldeas y parroquias de París. El segundo punto es sobre las faltas que las Hijas de la Caridad pueden cometer en sus ocupaciones fuera de la Casa. El tercero es sobre los medios que pueden utilizar para portarse como verdaderas Hijas de la Caridad cuando están ocupadas en el servicio de los pobres, tanto en los hospitales como en las aldeas y parroquias de París.

En fin, queridas hermanas, en una palabra, se trata de saber cómo tienen que portarse las Hijas de la Caridad fuera de la Casa, en los Niños Expósitos, en el Nombre de Jesús, con los galeotes etc. La verdad es que se trata de un tema muy am-

Conferencia 57. — Cuaderno de sor Maturina Guérin (Arch. de las Hijas de la Caridad).

plio. Es imposible tocarlo todo, porque habría que decir cómo hay que portarse con los señores párrocos, con las damas y con las demás personas que os dan ocupación. Hoy vamos a hablar en general de algunos de los puntos más importantes.

Hermana, ¿es importante saber bien cómo hay que portarse fuera de la Casa?

— Sí, Padre, porque, si no se sabe, pueden ocurrir graves desórdenes; podemos decir y hacer cosas que no deberían ocurrir, contrarias todas ellas al espíritu de la Compañía. También puede suceder que, por culpa nuestra, por no saber bien a qué estamos obligadas, los pobres no tengan todo lo que necesitan.

— ¿Y usted, hermana? ¿Qué ha pensado sobre el tema de esta conferencia?

— Padre, no se puede tener el espíritu de la Compañía, ni llevar a cabo las acciones que son conformes con el mismo, si no se saben.

— Usted, hermana. Díganos qué es lo que piensa.

— Padre, me parece que para cumplir con nuestras obligaciones, hay que tener mucho cuidado de acordarnos de las instrucciones que nos dan en la Casa, y ser fieles en su cumplimiento; si se faltase, creo que se ofendería a Dios.

A otra hermana preguntó el Padre Vicente si era necesario saber cómo hay que portarse, en los Niños, en el Nombre de Jesús y en otros lugares.

— Sí, Padre, respondió ella, porque no se puede tener el espíritu de la Compañía si no se sabe lo que enseñan nuestras reglas; y para seguir las hay que seguir exactamente los consejos que nos dan nuestros superiores.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! Fijaos, hermanas mías; todas sabéis ya, estoy seguro de ello, qué importante es que una hermana esté bien informada de lo que tiene que hacer cuando se la mandan a algún sitio. Las damas la piden; se siente muy consoladas cuando ven a una hermana que está bien preparada en todo; los pobres también se sienten felices cuando se les instruye y se les sirve mejor. Por eso, hermanas mías, habéis de tener mucho cuidado en esto, pues, es muy importante que vayáis in-

formándoos bien, mientras estáis aquí, de todo lo que hay que saber, y tener mucho cuidado de recordar bien lo que se os diga. Y como no podéis quedaros aquí mucho tiempo, tenéis que poner más atención en el poco tiempo que estáis.

En Santa María, las hermanas están durante siete años en el noviciado, aunque sean perfectas, para que se vayan instruyendo bien en lo que Dios les pide. Pero vosotras sois como los frutos maduros porque no tenéis el tiempo que sería menester para instruiros. ¿De dónde viene que en tan poco tiempo de experiencia logréis tan buenos resultados, a no ser porque las gracias de Dios son grandes y porque la Compañía está en sus comienzos, y por consiguiente tiene y debe tener más fervor que en los demás tiempos? Lograréis más sin comparación en estos momentos que dentro de cincuenta años, porque al comienzo hay mayor abundancia de gracias. Al comienzo de la iglesia, los primeros cristianos tenían un fervor y una caridad admirables; no tenían más que un solo corazón y una sola voluntad; y con aquel fervor hacían maravillas, convertían las almas, se animaban entre sí, a sufrir toda clase de tormentos, y hasta el martirio. Ese es el fervor de los principiantes que quieren servir a Dios con toda decisión. Son valientes y animosos para hacer lo que a Dios le agrada. El vino, al meterse en la tinaja, está bullendo y casi ardiendo y tiene tal vigor que rompería la vasija si no se le diera aire. De la misma forma, al comienzo de la Compañía, con esa abundancia de gracias que ahora hay, haréis más en tres meses que lo que en otro tiempo se hará durante seis años.

Mis queridas hermanas voy a seguir hablándoos. Sé muy bien que, si me pusiera a preguntaros, me diríais cosas muy hermosas; pero el tiempo urge; por eso, voy a deciros brevemente lo que es menester que hagáis.

Una de las cosas principales es que conozcáis bien vuestras reglas. Esto en general. En especial, las hermanas sirvientes tienen que tener mucho cuidado en saber bien lo que se refiere a su oficio; la hermana que tenéis aquí para instruiros se encargará de explicároslo; porque, sin eso, caeríais en no pocas faltas.

El segundo medio es que sirváis de edificación a todo el mundo, que demostréis mucha cordialidad entre vosotras, de forma que, aunque separadas, unas por los pueblos, otras en las parroquias, se vea que no hay más que un solo corazón entre vosotras. Nada de diferencias, sino un mismo afecto, un mismo aprecio de la virtud, un mismo horror al mal. Fijaos, hermanas mías, tenéis que ejercitaros en esto sobre todo; de lo contrario, habría que estar siempre comenzando de nuevo, y no tendríais nunca descanso ni paz entre vosotras.

¿De dónde proviene todo esto? Os lo voy a decir. Es que todos los días estamos cambiando, y nuestra mala naturaleza no está nunca en el mismo estado. «El hombre, dice Job ¹, no está nunca en el mismo estado». Es como una rueda que está siempre dando vueltas sin detenerse jamás. Por eso veis qué conveniente es que os ejercitéis en la mortificación. En todas vuestras prácticas tenéis que tenerla muy en cuenta, debido a la inconstancia de la naturaleza, que unas veces quiere una cosa y otras otra, que se muestra mortificada en una ocasión y poco después no quiere mortificarse. No hemos de fiarnos de nosotros mismos, ya que estamos siempre cambiando; por eso tenemos necesidad de reflexionar muchas veces con nosotros mismos, para reparar los defectos que nuestra naturaleza corrompida nos hace cometer. Así como hay que levantar todos los días las pesas de un reloj para que siga funcionando, así también tenemos que estar siempre comenzando de nuevo en la práctica de la mortificación de nuestra pasiones, porque a cada momento tenemos necesidad de trabajar en nosotros mismos. Resulta que estáis con una hermana; por mucho fervor que tenga, ni el diablo ni su naturaleza dejarán de tentarla; esto hará que a veces os parezca que tiene mal humor. Pero no creáis que por esto es imperfecta y no la dejéis de apreciar, porque esto proviene de la naturaleza corrompida de nuestro primer padre. No, hermanas mías, no permitáis que entre en vuestro espíritu ningún mal pensamiento sobre esta hermana. Si ocurriese que concibiéseis cierto desdén o antipatía

1. Job 14,2 (Vg).

contra ella, desechad inmediatamente ese pensamiento y decid dentro de vosotras mismas: «¡Maldito pensamiento! ¿Contra quién estás murmurando? ¡Contra tu hermana, contra una esposa de Jesucristo, contra la vida de tu vida! He de hacer lo contrario que este malvado pensamiento me sugiere, yendo a abrazar a esa hermana y demostrándole cordialidad; y si le he dirigido una palabra desabrida, le pediré perdón y le diré: perdóneme, hermana, por favor; espero, con la gracia de Dios, que no volveré a caer; le ruego que me soporte usted». No hemos de extrañarnos de que a la naturaleza le repugne todo esto, debido al esfuerzo que supone el humillarse y a que el demonio anda metido allí dentro, poniendo todo su empeño en disuadirnos.

Hermanas mías, hay que ser animosas y hacer como esos hijos de Israel que construían el templo del Señor. Con una mano movían las piedras y con la otra tenían la espada para defenderse de sus enemigos ². Fijaos, hermanas mías, vosotras tenéis que hacer lo mismo, porque, al propio tiempo que trabajamos en el edificio de nuestra perfección, el diablo y la naturaleza se oponen a ello y nos hacen una guerra sin cuartel. Hay que tomar la espada de la mortificación, la disciplina, el ayuno y, si estáis lejos, escribir a los superiores. Si obráis de esta manera, mis hermanas, ¿qué pasará? Pasará que viviréis en todas partes como en un paraíso, porque estaréis en Dios y tendréis el paraíso en la tierra. Por el contrario, si no obráis de esta manera, viviréis, si no en un infierno, al menos en un purgatorio. Así pues, hermanas mías, tenéis estos dos medios: el primero, saber bien vuestras reglas; el segundo soportaros debidamente las unas a las otras.

El tercer medio consiste en haceros amar por todos, gracias al ejemplo de vuestra vida buena. El buen olor que habéis dado hace que os pidan de muchos lugares. ¿Y por qué? Porque han visto algunos frutos de vuestra caridad. He recibido otra carta más de un obispo que os pide. ¡Ay, hermanas mías! Si así ocu-

2. Neh (2 Esdr) 4,17.

re en estos momentos, ¿qué será en adelante? ¡Dios mío! Humillémosnos mucho en esto; y si os buscan tanto, a pesar de que sois imperfectas, ¿qué será cuando Dios os haya concedido la gracia de llegar a una perfección mayor?

El cuarto medio consiste en entregaros a Dios para no tener nunca que decir nada de la dirección general de la Compañía ni de la dirección particular de la hermana sirviente, sino que os portéis siempre lo mismo que un niño que aprecia todo lo que su padre hace y dice. El hijo de un labrador cree que su padre y su madre son los más capaces que la naturaleza puede producir. Si la sirviente hace o dice alguna cosa que no os gusta, no penséis que obra mal. No os toca a vosotras hablar en contra de lo que ha hecho; tenéis que creer que lo que hace está bien; porque fijaos, hijas mías, hay una gracia para esto y hay un ángel particular para este caso. Dios da las gracias suficientes a las que llama a ese cargo. No creáis que se dan siempre los cargos a las más capaces o a las más virtuosas. Hemos de creer que la hermana sirviente ha sido dada por Dios, ya que durante noches enteras se ha estado pensando delante de Dios para ver a quién se pondrá en ese lugar. Y si se cambia y se pone unas veces a una y otras a otra, es, mis queridas hermanas, para ejercitaros a unas en la dirección y a otras en la obediencia. Creed, pues, que es Dios el que así lo hace, ya que todo orden viene de él, y el que resiste a ese orden resiste a Dios ³.

¡Pero me parece que esto estaría mejor de otra manera! ¡Ah! ¡lo cree usted así! ¿Y quién es usted? ¿Le toca a usted criticar lo que hacen los superiores, a usted que no tiene gracia de Dios para ello? Mis queridas hermanas, estad seguras de que Dios os bendecirá si utilizáis los medios que acabo de daros.

Otro mal que podría ocurrir entre vosotras es que os apegaseis a los confesores; por eso es necesario el cambio, porque si no, podría producirse cierta amistad espiritual, que proviene de la estima que la penitente siente por el confesor, y el confesor por la penitente, sintiéndose los dos muy contentos con

3. Rom 13,1-2.

este afecto recíproco; y de este modo es muy difícil que el confesor, al ver que su penitente va progresando y hace caso de sus consejos, no reciba por ello alguna satisfacción. ¿Y qué pasa entonces? El confesor podrá decir: «Me siento muy consolado al ver los progresos que hace usted en la virtud». Y la hermana contestará: «Padre, no he encontrado ningún confesor en quien tenga tanta confianza como usted. Me siento tan animada con sus palabras, que no me cuesta nada seguir las». Y estas palabras tan suaves llevan al corazón un dardo, que abre en él una extraña brecha. Cuando se han dicho, todo está perdido. En fin, de esas familiaridades se deriva un gran daño. ¡Ay, mis queridas hermanas, y sucede muchas veces, incluso en las religiones!

Por tanto, tenéis que manifestar vuestros pecados a los confesores sin ponerlos a hablar con ellos después de la confesión. No les digáis: «Padre, le veré y le diré luego algo en particular».

Si él va a veros y os pregunta qué es lo que hacéis, hay que cortar por lo sano y demostrarle que no os gusta eso. Si os dais cuenta de que os costaría acudir a otro y seguís un poco turbadas por cierto afecto al primero, entonces, hermanas mías, tened miedo, advertidlo a la señorita, al padre Portail o a mí, y exponed con toda sencillez vuestra situación: «Le ruego que me cambie de confesor, porque me parece que estoy demasiado apegada a él». Si estáis lejos, escribid; y aunque estéis en Toulouse o donde os hayan enviado, deberíais escribir. El motivo por el que os cambian, es para que no os apeguéis a nada. Cuando no se hace así, ¿qué es lo que pasa? Una quiere acudir a un confesor y otra a otro. La paz de Dios las abandona y caen en la más miserable y peligrosa división que podría acontecerles. ¿Sabéis, hermanas mías, cuáles son las roturas más difíciles de curar? Las que son de las junturas. Pues bien, la juntura de las Hijas de la Caridad, lo que tiene que unir las entre sí y a todas con Dios, es el confesor. Si rompen ese vínculo y quieren cambiar, si, siguiendo sus fantasías, una quiere acudir a éste y otra a aquél, vendría una continua división. Todo se ha roto. Cuando una hermana, para su satisfacción, quiere tener a un hombre que le caiga bien y que le satisfaga, entonces, hermanas

mías, ¡qué desorden llega a causar! Por eso ruego a la señorita que, cuando observe esto, la cambie y que haga como nuestro Señor hoy, día de la circuncisión, que corte y separe.

El quinto medio, mis queridas hermanas, para manteneros siempre bien unidas y concordes es que, cuando estéis en las parroquias o en los pueBlos, no os aconsejéis más que de aquellos que se os han dado para esto. No está permitido nunca declarar las antipatías que se tienen contra las hermanas o contra la hermana sirviente, ni ir a contar las tentaciones, más que a esos. No, no tenéis que hacerlo. No, mis queridas hermanas, no les digáis vuestras penas más que a los que tenéis que decírselas.

¿Y no estará permitido decírselas a alguna buena dama? Hermanas mías, tenéis que guardaros mucho de ello; porque, al no tener el espíritu de vuestra Compañía, ¿cómo podría daros los consejos que necesitáis? Lo que ella os diga, no os convendrá. No se lo digáis jamás a las damas; si se lo decís, aunque seáis fuertes como Sansón, caerán sobre vosotras dos males: uno, que perderéis vuestra vocación; otro, que escandalizaréis a los demás. Pues esa dama se lo dirá a otra. Y no os extrañéis de ello, pues, si no habéis sabido vosotras mismas guardar vuestro secreto, ¿cómo queréis que otro lo guarde? Esa es la mirra que podréis ofrecer a Dios, mortificaros en no contar vuestras penas más que a aquellos a los que se las tenéis que decir.

Pero, si me ponen en Toulouse, en Polonia o en otros lugares apartados, ¿cómo vamos a escribir? Si escribimos, nos quedaremos mucho tiempo sin respuesta. ¿Qué hacer entonces? Hermanas mías, debéis tener siempre a alguien que os aconseje; en todas partes habrá alguno, pero nunca habéis de dirigiros más que a ése.

Todavía tendríamos que hablar de cómo hay que portarse para edificar debidamente al prójimo, y de otras muchas cosas, de las que ya hablabremos, Dios mediante, en alguna otra ocasión.

¡Que nuestro Señor nos conceda la gracia de poner en práctica todo lo que acabamos de decir!

La señorita se arrodilló y dijo:

— Padre, le suplico muy humildemente, por amor de Dios, en nombre de todas nuestras hermanas, que pida a su bondad nos perdone todas nuestras faltas y el mal uso que hemos hecho de las advertencias que nos ha dado su caridad, y especialmente yo que debería dar buen ejemplo a nuestras hermanas, poniéndolas en práctica, por lo que les pido humildemente perdón.

— ¡Bien, señorita! Pido a nuestro Señor Jesucristo, aunque indigno, que perdone a nuestras hermanas el mal uso que han hecho de las instrucciones que han recibido y todas sus infidelidades en la práctica de las mismas.

Y porque yo también me he descuidado en daros las advertencias necesarias, o no os las he dado como es debido ni con el espíritu que debo, y como quizás también la señorita se siente culpable, os pedimos perdón, hermanas mías, de las faltas que hemos cometido con vosotras. Ruego a nuestro Señor que nos perdone, por su misericordia, a todos en general, y que mientras pronuncio las palabras de la bendición sobre vosotras, os conceda la gracia de practicar debidamente todo lo que se ha dicho.

Benedictio Dei Patris...

58(58,IX,672-681)

CONFERENCIA DEL 15 DE MARZO DE 1654

Sobre el orgullo oculto

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia es sobre el orgullo oculto, no ya del orgullo generalmente hablando, sino del orgullo oculto. Se divide en tres puntos. El primero es sobre las razones que tenemos para precavernos de este orgullo

Conferencia 58. — Cuaderno de sor Maturina Guérin (Arch. de las Hijas de la Caridad).

oculto; el segundo, sobre las señales por las que podremos conocer si reina en nosotros ese orgullo oculto; el tercero, sobre los medios para impedir que entre en nuestro corazón, o echarlo de allí si ya lo tenemos.

Díganos, hermana; ¿qué razones tenemos para conocer si está en nosotros ese orgullo oculto?

Padre, una razón que nos obliga es que ese orgullo es muy desagradable a Dios, mientras que, por el contrario, la humildad agrada mucho a nuestro Señor Jesucristo, que nos dio él mismo ejemplo de ello durante toda su vida y quiso que su madre fuera la más humilde entre todas las criaturas.

Me parece que tenemos ese orgullo oculto cuando despreciamos a las demás, cuando nos juzgamos superiores a ellos y nos gusta que se nos estime.

Hermana, aunque no hubiera más razón que la que acaba usted de indicar, que nuestro Señor vino para combatir este vicio y para derribarlo con sus acciones contrarias, ya es un motivo poderoso para que huyamos de él.

Bien, hija mía, ¿cree usted que las Hijas de la Caridad pueden tener ese orgullo oculto?

Sí, Padre; me parece que también ellas pueden sentir estima de sí mismas, murmurar de las acciones de las demás, despreciarlas, controlar lo que hace el prójimo, y otras muchas cosas.

Tiene usted razón, hija mía. Sin embargo, la vanagloria no debería entrar en vosotras, porque el orgullo proviene de ordinario del origen y de la condición de las personas, y vosotras sois casi todas pobres aldeanas, hijas de labradores como yo. Somos todos muy poca cosa. Por el vestido, el tocado y todo lo demás, tampoco hay muchos motivos para sentir vanidad. Y del espíritu ¡ay!, la mayor parte sois del campo y no podéis tener un espíritu muy educado. Por el alimento, los pobres comen casi como vosotras: un poco de carne de buey, o algo semejante. Tampoco hay ahí motivos para presumir. Por lo que se refiere a vuestras relaciones, no tratáis más que con los pobres y sois sus servidoras; no hay ciertamente mucho de qué enorgulleceros

Por consiguiente, no será ese el orgullo que entre en vosotras. Pero hay dos clases de orgullo: uno proviene de los cargos y es propio de las personas que se pavonean por sus cargos y se llenan de vanidad. Una hermana que saliese ya muy de mañana para ir a ver a los pobres, y esto únicamente para dar gusto a una dama y para verse estimada de ella, haría un acto de orgullo. La otra clase de orgullo puede arrojarse muy bien con un vestido vulgar lo mismo que con otros muy cuidados; de éste es del que hablamos; porque puede estar en nosotros. Lo conocemos por sus efectos.

Ese orgullo es la causa de todos los pecados que cometemos, lo mismo que la humildad es el origen de todo el bien que hacemos. No hay ningún mal que no comience por el orgullo oculto. Si una hermana dice algo en su propia alabanza, si es desobediente, si está mal con su hermana, si siente deseos de ser hermana sirviente, todo esto es orgullo oculto. La primera razón por la que hemos de huir de este vicio, es por consiguiente, porque es la causa de todos los males.

La segunda razón es que Dios no concede nada a los que son orgullosos, pues aunque digan algunas oraciones y hagan algún bien, Dios no les escucha. Está escrito: «Dios resiste a los soberbios y concede sus gracias a los humildes»¹ Hay que ponderar bien estas palabras: «Dios resiste a los soberbios», y decir: «¡Qué! Yo tengo ese orgullo y Dios dice que no concederá nada a esas personas; ¡oh! ¡quiero libramme de él!».

La tercera razón es que Dios permite que las almas orgullosas caigan en grandes pecados: la impureza, la pérdida de la vocación; sí, hermanas mías, la pérdida de la vocación. ¿No ha dicho Dios: «¡Ah! Tú te has enorgullecido y ensalzado; ya caerás»?² Una hermana es estimada en una parroquia, se imagina que tiene más maña para agradar a un confesor, a una dama: que tenga miedo de caer y de perder su vocación.

El cuarto mal es que el orgullo estropea todo el bien que hacemos y pone en nuestras acciones un desorden tan grande que

1. Prov 3,34; Sant 4,6.

2. Mt 23,12.

dejan de ser agradables a Dios. Es lo que pasa de ordinario con las almas vanas y orgullosas: las buenas obras que hacen están totalmente estropeadas. Tanto si se trata de una hermana en particular, como de la Compañía en general, todo lo que haga no valdrá para nada.

La quinta razón es que el orgullo oculto es una señal de condenación, lo mismo que la humildad es una señal de predestinación. ¿Y acaso no hemos de echarnos a temblar cuando está en peligro nuestra salvación? Ya veis, por consiguiente, la importancia que tiene pedir a Dios que nos conceda la gracia de librarnos de este veneno. ¡Salvador nuestro, líbranos, líbrame a mí, que soy quizás el más culpable de este vicio!

Me diréis: «Son demasiadas cosas; ¿cómo podré yo conocer si tengo ese orgullo oculto? Quizás, cuando lo sepa, empiece a ser más humilde».

Mis queridas hermanas, la primera señal es si tenemos una elevada estima de nosotros mismos y de lo que hacemos, si tenemos deseos de que los demás tengan una buena opinión de nosotros, que nos estimen nuestros confesores y las damas. Dos cosas, por tanto: tener buena opinión de sí misma y desear que los demás, los superiores y las hermanas, nos estimen y digan: «He aquí una buena hermana, que hace mucho bien». Pero ¿cómo sabremos que nos estimamos a nosotros mismos y que nos gusta que los demás nos estimen? Cuando tenemos deseos de que nos alaben y nos sentimos satisfechos de que estén contentos de nosotros.

La tercera señal consiste en hacer alguna cosa fuera de la obediencia, ya que la desobediencia es una señal de soberbia. La señorita, o el confesor, le han dado alguna orden, pero la hermana no la tendrá en cuenta para nada. Esa es una señal de orgullo oculto.

La cuarta señal es cuando alguien dice algo en su propia alabanza. No lo dirá quizás abiertamente, pero la verdad es que le gusta presumir: «Yo he hecho esto y aquello». Lo mismo que la fiebre se manifiesta en el calor, también el orgullo se da a conocer en la lengua. ¡Nos gusta tanto contar lo que hemos he-

cho! Esto lo traemos de lejos de modo que no parece que deseamos que se nos alabe.

La quinta señal, mis queridas hermanas, es cuando se hacen cosas expresamente para conquistar la benevolencia de una superiora, de una hermana. Ir a ver a los enfermos para dar gusto a aquella dama o a aquella otra, hacer todo lo posible por conquistar su simpatía, todo esto es señal de un orgullo oculto; y tenemos que poner mucho cuidado en ello.

La sexta señal consiste en disputar con las otras hermanas y no querer ceder en nada.

La séptima señal es la obstinación. Una hermana querrá que se haga algo de una manera; otra lo querrá de otra forma. Se mantendrá firme en su opinión. No serán capaces de disuadirla ni los consejos de su hermana sirvienta, ni los de su confesor, ni de los de su director, ni los de su superiora, porque está empeñada en defender su propia opinión. Ha arraigado bien esa idea en su cerebro, no es posible quitárselo de la cabeza. Esa es una señal de orgullo oculto, porque solamente es propio de los demonios permanecer en su obstinación. Por tanto, es un espíritu diabólico que se empeña tanto en permanecer en el mal que no hay quien lo mueva de él. Algunas veces le entran remordimientos a esa persona, pero no tiene fuerzas para seguirlos; le gustaría hacerlo, pero no puede.

La octava señal es la singularidad, incluso en las cosas de devoción, como querer comulgar con mayor frecuencia que las demás, tener un rosario, llevar un cuello mejor planchado, distinguirse por su tocado o por su vestido. Todo esto es una señal de orgullo, hijas mías. Tened mucho cuidado y no aceptéis ninguna singularidad.

Otra señal es ambición de cargos o de ocupaciones más distinguidas? que hace que una quiera ser hermana sirvienta. Si enviamos a una parroquia a una hermana que tiene este deseo, no podrá someterse a la otra hermana, creará que ella es más capaz que la otra, que lo haría todo mejor, que tiene más experiencia, que reza mejor y que, por consiguiente, le correspondería a ella ser hermana sirvienta. Cuando se da cuenta de estos sentimientos

y no los rechaza inmediatamente, sino que les da vueltas, es un espíritu diabólico; sí, presumir de que uno hace las cosas mejor que los demás, es un espíritu diabólico.

Estas son, hermanas mías, las señales por las que podemos conocer si tenemos ese orgullo oculto; porque, fijaos, ese vicio es tanto más de temer, cuanto que es oculto y no lo conocemos.

Pero ¿qué hay que hacer para librarnos del mismo? Nos resultará muy difícil precisamente por desconocerlo y por ser ciegos ante nosotros mismos; y cuando nos dicen que lo tenemos, no nos lo queremos creer. Observad muy bien que sólo podremos conocerlo por sus efectos.

Lo que lo hace más peligroso es que no se presenta nunca más que bajo la apariencia de bien. Por ejemplo, si una hermana pide comulgar con más frecuencia que las otras, su confesor, que no está muy experimentado, creará que va impulsada por un gran amor de Dios y un gran cariño para con nuestro Señor. Y le dirá: «Comulga, hija mía». ¿Quién no se imaginará que se trata de un gran bien? Y sin embargo, es orgullo.

El orgullo va acompañado de la desobediencia. Por ejemplo, cuando no se hace oración. ¿Por qué? Me diréis: «Es que he estado ocupada; estaba escribiendo una carta a un pariente, o me había ido a ver a una dama o a un pobre, o es que no quería incomodar a una hermana, que tampoco ha hecho oración, por no parecer mejor que ella». Bien, ¿verdad que todos creerán que es una bonita apariencia de bien?

Por consiguiente, lo que hace que ese pecado sea incurable o casi incurable es que se comete siempre con alguna apariencia de bien.

Me preguntaréis: «Pero, Padre, yo me reconozco culpable; me siento muy a gusto cuando me alaban; soy desobediente; he dicho cosas en mi propia alabanza, por parecer firme a una hermana que me parecía más cobarde. ¿Qué tengo que hacer entonces?».

Mis queridas hermanas, os aconsejo dos o tres cosas. La primera, que procuréis descubrir si se tiene este orgullo. Si os dais cuenta de ello, protestad delante de Dios que queréis dedicaros

con todo vuestro corazón a la santa humildad y pedidle que os conceda esa gracia.

La segunda, que examinéis vuestras acciones todos los días con mucha frecuencia y que penséis: «¿No me he sentido muy halagada cuando me alababan? Si así es, otra vez pondré más cuidado; me acordaré de la confusión que sufrió nuestro Señor Jesucristo delante de Pilato; me pondré a los pies de tu santa cruz». Tenéis que preguntaros si habéis cometido alguna desobediencia, si habéis sido obstinadas, incluso con el confesor, al que a veces una contesta y resiste, o con los superiores, con la superiora. «¡Oh! ¿no he tenido yo algún pensamiento de arrogancia, deseos de ser hermana sirviente?». Si reconocéis ese deseo, hay que cortarlo y decir: «Renuncio a ello, Señor mío, con todo mi corazón y prefiero seguir siendo durante toda mi vida una simple hermana de la Caridad en vez de hermana sirviente».

Además hay que preguntarse si una ha tenido alguna disensión con la otra hermana, si no está dispuesta a ceder, si le replica en todo lo que dice. La que quiera ser humilde tiene que ceder en todo, en todo, a no ser que vaya contra su conciencia.

Si una hermana quisiera traspasar las reglas, si, por ejemplo, le dijese a su hermana sirviente: «Las cuatro es demasiado temprano para levantarse; tenemos que levantarnos más tarde»; o bien, si a la hora de ir a misa, objetase: «Hermana, hoy tenemos demasiados quehaceres»; en ese caso, la hermana sirviente tiene que mantenerse firme y no ceder. Pero en las cosas indiferentes, las que sean de Dios cederán en todo. Así es como conviene que os examinéis todos los días y, si encontráis algún fallo en vuestra conducta, pedid perdón a Dios y la gracia de corregiros.

El tercer medio es, mis queridas hermanas, preguntar al confesor, al director, a la superiora: «¿Tengo yo orgullo oculto?». Si os dice que sí, creedle, aunque no lo conozcáis vosotras mismas, porque somos ciegos. Un médico enfermo no se guía por sí mismo, sino que llama a otro. Y aunque esté sano, también lo hace así.

De la misma forma, una persona enferma de orgullo oculto no se conoce a sí misma. Dios permite que el diablo le tape los ojos, de forma que no se da cuenta de ese vicio, ni habla de él, ni se acusa de él. ¿Cómo podrá deshacerse de él si no se le da a conocer? Preguntad a vuestro confesor: «Padre, ¿no le parece a usted que yo tengo orgullo oculto? Le suplico que me lo diga». Y habrá que creer lo que él diga.

Si hay orgullo oculto en vosotras, ¿qué habrá que hacer? Pedir a Dios las armas para combatirlo, ya que se trata de nuestro mayor enemigo; es causa de todos los males y pérdida de todos los bienes; nos hace enemigos de Dios, que resiste a los soberbios y concede su gracia a los humildes. Por eso mismo decid todos los días en vuestras oraciones: «¡Salvador mío!, líbrame del orgullo oculto, del aprecio de mí misma, del deseo de que me estimen los demás». Tened también mucha devoción a nuestro Señor, a la santísima Virgen, que decía de sí misma que Dios la había mirado porque era humilde³, a los santos y a vuestro ángel de la guarda que nos han dado todos ellos ejemplo de humildad.

En tercer lugar, haced todos los días algunos actos de humildad, no necesariamente externos, aunque sean buenos, como besar los pies a los demás, sino actos del corazón. Digámonos interiormente que no somos nada, que somos pecadores, deseemos no ser conocidos ni estimados, lo mismo que nuestro Señor que vivió oculto; cuando lo veían, decían de él: «¿No es ese el hijo del carpintero?»⁴. Para imitar esta humildad de Jesús, hay que amar la vida oculta, lo mismo que él, creerse las más pequeñas de la Compañía, reconocerse miserable, sin espíritu ni poder, creer que, si hay algo malo, somos nosotros los que lo hemos hecho, y atribuir todo el bien a las demás. Si seguís este consejo, mis queridas hermanas, ¿a qué grado de gracia no llegaréis? Lo dice Dios mismo: «¿Sobre quién creéis que pongo mis ojos sino sobre la que se oculta? Esa es mi esposa, esa es mi amante, en la que pongo todas mis delicias».

3. Lo 1,48.

4. Mt 13.55.

¡Qué dulzuras, qué suavidades interiores recibe un alma que se oculta de esta forma a los hombres y se siente feliz de ser conocida solamente de Dios! Sólo aquéllas que lo experimenten podrán decirlo.

De este modo, hermanas mías, podréis descubrir al enemigo; os lo he indicado; velad con cuidado y tomad desde ahora buenas resoluciones. Si sois fieles a ellas, la Compañía será la Compañía de nuestro Señor Jesucristo y adquiriréis la condición de esposas suyas.

Nuestro muy honrado padre se puso entonces de rodillas y dirigió a Dios esta oración, después de habernos dicho que la dijéramos con él:

Señor, lo que acabo de oír me hace ver la importancia que tiene conocer los grandes males que ese orgullo trae al alma. Pero ¿cómo podré conocerlo si tú mismo no me concedes esa gracia? Y si tú no me das tu luz y tus inspiraciones, ¿cómo podré vencer? Tú pides a cada uno su buena voluntad para cooperar a tus gracias, Señor, aquí estamos postrados a tus pies; te presentamos esta buena voluntad y no queremos que se nos estime. Tú diste a la santísima Virgen gran abundancia de humildad; por ella te pedimos que a nosotros nos concedas alguna parte. Tú fuiste tan humilde que quisiste ser tenido por pecador y ser clavado en una cruz. Tú no sólo quisiste ser humilde durante tu vida, sino también después de muerto, para que te siguiesen tus hijos. Por tanto te pedimos, Señor y Salvador nuestro, la gracia de trabajar por la adquisición de esta virtud, tal como tú lo quieres de nosotros.

Santísima Virgen, que quisiste compartir tan bien esta santa humildad, ayúdanos, alcánzanos de tu querido hijo esta virtud para toda la Compañía, para todas nuestras queridas hermanas que están lejos de aquí. Es la oración que te dirijo con todo el corazón.

Benedictio Dei Patris...

Sobre la conservación de la Compañía

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia es sobre la conservación de la Compañía. Se divide en tres puntos. El primer punto es sobre las razones que tienen las hermanas para entregarse a Dios y vivir de tal manera que su Compañía pueda durar muchos años o, por mejor decir, que perdure felizmente y que pueda conservarse para siempre; en el segundo punto trataremos de lo que puede causar su ruina; y en el tercero, de los medios para impedir que se arruine.

Hermana, ¿qué razones tienen las Hijas de la Caridad para entregarse a Dios y vivir de tal forma que la obra del Señor no perezca en vuestras manos?

— Padre, no he pensado aún en eso, pero me parece que es muy necesario entregarse a Dios, para que él haga de nosotras y por nosotras su santísima voluntad, sin la cual no podemos nada.

— ¿Y usted, hermana? ¿qué razón tenemos para ello?

— La primera es que tenemos que abandonarnos y confiarnos plenamente en la Providencia de Dios. La segunda razón es que Dios es el autor de esta Compañía, que por sí mismo ha formado. Me parece, Padre, que no hay necesidad de más razones para obligarnos a desear la conservación de la Compañía de las Hijas de la Caridad.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! Dice esta hermana que una razón es confiar en la providencia de Dios; y es muy cierto. Como segunda razón propone que la Compañía ha sido instituida por Dios. En efecto, es una regla, dada por san Agustín que lo que los hombres no han hecho, viene de Dios. Pues bien, no hay ningún hombre en la tierra que pueda decir: «Yo he hecho esto». No lo puede decir la señorita, ni el padre Portail, ni ningún otro. No, hermanas mías, nadie puede decir: «Soy yo el que he hecho esta obra».

Me podríais objetar: «¿Cómo es esto, Padre? Si es verdad lo que usted dice, ¿quién es el obrero? ¿Se ha hecho sola?». No, esto no se hace solo; pero tampoco es obra de los hombres ya que no había pensado antes nadie en la Caridad. De ahí podéis concluir, con san Agustín, que lo que los hombres no han hecho, tiene a Dios como autor.

¡Salvador mío! Entonces has sido tú el que has hecho esta gran obra, de la que sacas tantos bienes; ¡sé bendito para siempre! Hijas mías, ¡qué felicidad la vuestra por haber sido llamadas a una ocupación tan santa!

He aquí un gran motivo para vivir tan perfectamente que no decaiga nunca esta Compañía.

Otra razón son las grandes bendiciones que Dios ha concedido a la Compañía, porque hemos de confesar que la ha bendecido a la vista de todo el mundo. ¿No es una bendición que haya traído acá a tantas buenas almas, que están ahora en el cielo, que vivieron como ángeles y que pueden llamarse realmente santas después de la vida que llevaron? ¡Ah, Dios mío! Mis queridas hermanas, ¡qué gran bendición nos ha dejado su ejemplo!

Hace poco tiempo hablaba en una reunión de damas muy piadosas y muy virtuosas de lo mismo que estamos hablando ahora, de nuestra sor Andrea y de las palabras que pronunció antes de morir. Era en una conferencia parecida a esta. Les contaba que a una pregunta que hice a sor Andrea, había respondido: «No tengo ninguna pena y ningún remordimiento, más que el de haberme deleitado mucho en el servicio de los pobres». Y como yo le preguntase: «Entonces, hermana, ¿no hay nada en el pasado que le cause temor?», ella me respondió: «No, Padre, no hay nada, a no ser que sentía mucha satisfacción al ir por esos pueblos a ver a esas buenas gentes; volaba de gozo por poder servirles». Tras este relato, una de aquellas buenas damas no pudo menos de exclamar, aplaudiendo con las manos delante de todas, que nunca había oído decir nada parecido de ninguna persona. Era preciso que tuviese grandes sentimientos de admiración para no poder contenerse y dar estos signos exteriores. ¿Se ha visto alguna vez algo semejante? No es menester una gran

pureza para estar en esta disposición? ¿No es preciso haber llevado una vida santa para no tener remordimientos de conciencia en ese momento en que los mismos santos se han visto atacados por el enemigo? ¿Podría encontrarse en una religión un estado tan perfecto? No es que yo quiera comparar a las pobres Hijas de la Caridad con las religiosas, que están muy por encima de ellas; no, ¡Dios me libre!; pero la verdad es que no he visto jamás un estado tan perfecto. De ahí hay que concluir que la Compañía, donde se han encontrado almas tan excelentes, y donde todavía se encuentran algunas, pues hay algunas muy perfectas, según creo, tiene que ser una obra de Dios. Conozco a algunas que querían morir antes de faltar a la fidelidad a Dios; de ese número es la que ¹ la reina de Polonia ² quería tener a su lado. Os lo he contado ya alguna vez, pero no puedo menos de repetirlo de nuevo; quizás no estabais todas entonces. Sea lo que fuere, esa hermana no aceptó el ofrecimiento que le hizo la reina y tenía el corazón sobrecogido. Su majestad le dijo: «Hermana, yo la quiero mucho; por eso quiero tenerla a mi lado; ¿no me quiere usted servir?». Como la hermana se callase, la reina añadió: «¿Qué? Hermana, ¿no me responde usted?; le ofrezco estar a mi lado, ¡y no me contesta usted!». «¡Ay, señora!; yo soy de los pobres, me he entregado a Dios para eso; hay muchas personas ilustres que pueden servir a su majestad; permítame hacer aquello para lo que me ha llamado Dios».

¡Oh, Salvador de nuestras almas! ¡qué gracia habrá sido necesaria para inducir a esa hermana a dar semejante respuesta, y qué bendición has dado a una Compañía donde hay almas tan aficionadas a tu servicio! Hijas mías, ¿no os parece esto hermoso? ¿Es acaso obra humana? Ni mucho menos; no lo es. Por consiguiente, hay que decir que Dios concede muchas gracias a las que ha llamado a esta casa. Y no es ella sola; hay también otras muchas. ¡Qué! Preferir los pobres a la reina, el vestido pobre de Hija de la Caridad a los brocados, porque lo uno no va sin lo otro, el trato con las pobres Hijas de la Caridad al de

1. Sor Margarita Moreau.

2. María Luisa de Gonzaga.

las damas, la vida pobre a la abundancia de la corte, todo eso no es propio de criaturas, sino de Dios. El mismo es el que hace estas obras, se sirve de vosotras como instrumento para demostrar cómo se quiere servir de vosotras. Añadid a esto el servicio que hacéis a los pobres en todas partes donde hay hermanas, tantas almas como han llegado a Dios y a las que habéis ayudado con vuestras instrucciones y vuestros socorros, tanto en lo espiritual como en lo corporal, tantos pobres enfermos a los que asistís y servís al presente y que, sólo en las parroquias de París, sin hablar de los de los pueblos y hospitales, son tan numerosos como en el Gran Hospital. ¿Quién podría creer esto de unas pobres criaturas como vosotras, si no supiese la bendición que nuestro Señor ha derramado sobre toda la Compañía? Nuestra hermana tiene razón al decir que Dios es su autor.

No se necesita ningún otro motivo para animaros a la perfección y robustecer vuestra vocación. Es una obra que Dios ha puesto en vuestras manos. Y os pedirá cuentas de ella. ¿No es esto justo, hermanas mías? Es un tesoro que se os ha confiado y cuya pérdida tenéis que impedir. Decid: «¡Ay! Dios me ha llamado a su servicio para esta obra; la ha puesto como un depósito en mis manos; quiero conservarlo bien. Si tuviese a un niño expósito a mi cargo, no me gustaría dejar que se muriese en mis manos. Si tengo tanto cuidado de una cosa que sólo se refiere a la vida del cuerpo, ¡qué no he de hacer por la conservación de la Compañía, en relación con la vida corporal y espiritual al mismo tiempo!». Aun cuando tuviéramos mil vidas, mis queridas hermanas, deberíamos emplearlas todas en trabajar por el crecimiento de esta obra. ¡Qué desgracia si la Compañía decayese por culpa nuestra! Nuestro Señor, dirigiéndose a la ciudad de Jerusalén, lloraba y se lamentaba de pena, al ver su ruina³. Mis queridas hermanas, ¿quién podría ver la destrucción de esta Compañía sin derramar lágrimas? ¡Ay! ¡Habría que morir de pena si aconteciese tamaña desgracia!

3 Lo 19,41-42.

Ese es el objeto del segundo punto: lo que puede arruinar a la Compañía de la Caridad, o sea, obligar a Dios a que nos retire sus gracias, a causa del mal uso que habríamos hecho de ellas, y a mirarnos como a personas excomulgadas e indignas de ocupar este lugar.

Hermana, ¿qué es lo que podría arruinar, a juicio suyo, la Compañía de la Caridad?

— Padre, me parece que eso ocurriría si escuchásemos las tentaciones contra la vocación.

— Tiene usted razón. La tentación no abandona jamás a las almas que quieren servir a Dios; ni siquiera faltó a los apóstoles ni a nuestro Señor ⁴; todos los que desean vivir santamente, padecerán persecución, esto es, se verán tentados y afligidos. Pues bien, si una Hija de la Caridad no resiste a la tentación, si, por ejemplo, siente ganas de poder gozar de libertad en alguna cosa, o algo parecido, y se deleita en ello y dice a las demás: «¡Oh, si tuviésemos esto o aquello! ¡Ya tenemos demasiadas preocupaciones!» Si las demás escuchan esa tentación, ¿qué pasará? Se pondrán a murmurar, se quejarán de los superiores y de que no tienen lo que desean. Ese es el mal que caerá sobre las que no resistan desde el principio.

Hermanas mías, sabed que no tiene importancia que nos veamos atacados de una, de dos, e incluso de varias tentaciones; no, no importa si, desde el principio, las rechazamos, después de haber reconocido que es el diablo el que nos pone esos malos pensamientos en el espíritu. Hay que decir: «Señor, yo sé que no habrá nunca una Hija de la Caridad que no se vea tentada». No, mis queridas hermanas, no la ha habido ni la habrá jamás. Todas las personas de bien tienen que enfrentarse con las tentaciones. No hay ningún árbol que se vea libre de gusanos; de la misma forma, no hay Hija de la Caridad que no tenga tentaciones contra su vocación; pero hay que resistirlas con coraje y no escucharlas nunca, por muy buenas apariencias que tengan; porque, hermanas mías, aunque os presenten algunos

4. Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lo 4,1-13.

bienes, son como esos basiliscos que ponen buena cara para seduciros.

Hermana, díganos qué es lo que podría echar a perder y arruinar a la Compañía.

— Padre, creo que sería el menosprecio de las gracias que Dios nos ha dado; todas las que nos han dejado, han salido porque no supieron conocer el valor de la llamada a la Compañía y no estimaron bastante su vocación.

— Está en lo cierto, hija mía; ¡Dios la bendiga! ¡Ay, Señor! Hermanas mías, esa es la causa de todas nuestras desdichas, de los pecados que cometemos, del desprecio a las reglas, en fin de todo el mal que cometemos: que no apreciamos los dones de Dios. Nuestro Señor decía a la samaritana: «¡O mulier!, ¡oh mujer!, si conocieses el don de Dios!» 5. ¡Si conocieses la virtud del agua que te doy de beber! Hermanas mías, ¡si conociésemos el precio de esta gracia! Hija, ¡si conocieses tu felicidad! ¡Si pudieses imaginarte la grandeza de su ocupación! Como esa hermana que rechazó el honor de servir a la reina de Polonia; ¡qué bien lo entendió! Sí, comprendió perfectamente la felicidad que hay en servir a los miembros de Jesucristo; y todas las demás demostraron en ocasiones parecidas que estimaban mucho su vocación.

¿Y quién no estimará esta vocación? ¡Hacer lo que hizo Dios en la tierra! Sería menester ser insensible. Pidamos a Dios esta gracia, a fin de que, conociendo nuestra felicidad, no la despreciemos. Creo que todas aman su vocación; pero podría ser que algunas no gustasen esta gracia como es debido y que no se mantuviesen con firmeza en la empresa que Dios les ha concedido la gracia de abrazar. Que cada una diga dentro de sí misma: «¿Me canso de mis reglas, de las instrucciones de mis superiores? ¿Llegará mi cobardía a tanto que tenga que fracasar mi vocación por unas cuantas esperanzas necias que me presenta la tentación?» Y si una se encuentra en la resolución de ser fiel a Dios, despreciando todos los honores y satisfacciones que

5. Jn 4,10.

se puedan presentar, hay que dar gracias a Dios y atribuirlo todo a su gloria. Por el contrario, si somos cobardes en estas disposiciones, hemos de pedir perdón a su divina bondad y decirle: «¡Ay, Salvador mío! ¡Perdóname los pecados que me han puesto en tan lamentable estado; perdóname, Señor, las infidelidades que son la causa de mis desgracias!».

Hermanas mías, si yo os preguntase: «Si queréis abandonar a la Compañía, tendréis un poco de descanso y de libertad; no tendréis que estar obligadas a esta sujeción; estaréis mejor alimentadas», vosotras me responderíais: «Pero, Padre, ¿qué es lo que nos dice? ¿Nos propone que abandonemos a nuestro Dios, que ha concedido tantas gracias, por un placer momentáneo? Pues podemos llamar momentáneo a lo que pasa con el tiempo. ¡No lo haremos!». Creo, hijas mías, que muchas me darían esta respuesta. Pues responded lo mismo a las tentaciones.

Hermana, ¿cómo podría venirse abajo la Compañía de las Hijas de la Caridad?

— Padre, creo que lo que puede arruinarla y hacer que las hermanas la dejen, es no descubrir a los superiores nuestras tentaciones; y el medio para impedirlo me parece que es tener mucha libertad para decir nuestras penas. Por lo que a mí se refiere, cuando Dios me ha concedido esta gracia, me he encontrado sumamente bien.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! Tiene razón. De ahí es de donde viene la ruina de la Compañía: guardar las tentaciones en el corazón, no querer decírselas a los superiores, sino contárselas unas a otras. Una hermana que tenga enfermo el espíritu irá a descargárselo con otra que tenga esa misma enfermedad y, en vez de ayudarse mutuamente, de consolarse, de animarse entre sí, se harán daño. De esas dos el contagio se extenderá bien pronto a otras. Y así es como vendrá la ruina de la Compañía. Por eso, hermanas mías, tened por muy seguro que no podréis perseverar sin decir vuestras penas a los que os pueden consolar.

Hermana, díganos, por favor, qué es lo que puede trastornar a las Hijas de la Caridad y, por consiguiente, arruinar a la Compañía.

— Padre, creo que es el trato con los seglares, porque aprendemos sus maneras de proceder, y luego insensiblemente empezamos a obrar como ellos.

— ¡Ay, hija mía! ¡Qué cierto es lo que usted dice y cuánta importancia tiene! Hermanas mías, todos los que se mezclan con los mundanos se convierten también en mundanos; es cierto. Por el contrario, los que se encuentran en compañía de los buenos, se aprovechan de ellos. Cuando se ve a una Hija de la Caridad que se complace en el mundo, no es una buena señal. Cuando una hermana de una parroquia se complace en la estima que le tienen las damas y cuando dicen: «Es una buena hermana; cuida muy bien de los pobres», se va aficionando a esas personas, que la alaban y la aplauden. ¡Ay, hermanas mías! Tened cuidado para que el apego que el mundo os tiene no sea efecto del apego que vosotras tenéis al mundo.

«Si yo fuese del mundo, dice el Salvador del mundo, el mundo me amaría; pero, como no soy del mundo, me tiene odio, porque no encuentra en mí nada suyo»⁶

, De esta forma, mis queridas hermanas, cuando veáis que el mundo os quiere, concluid que sois del mundo, ya que el mundo sólo ama lo suyo. Entonces, tan pronto como sintáis alguna satisfacción en recibir las alabanzas que os tributan, decid: «No tengo el espíritu que nuestro Señor quiere que tenga».

¿Qué creéis vosotras que es el espíritu del mundo? Es amar la estima, el honor, las alabanzas; es menospreciar a las hermanas que son puntuales y obedientes. Apenas una hermana empiece a amar a los que tienen el espíritu del mundo y a complacerse en su trato, decid: «Esa hermana está en peligro de su vocación». No es que haya que desdeñar a las damas, no; hay que respetarlas y honrarlas por los medios que os proporcionan para servir a los pobres, así como también por el poder que tienen sobre vosotras, ya que ellas ocupan el lugar de una madre en lo que se refiere a los pobres; pero no tenéis que complaceros en permanecer mucho tiempo con ellas, a no ser que la necesidad

6. Jn 17,14.

os obligue, y sobre todo que no se os ocurra nunca ir a decirles vuestras penas, vuestras antipatías, vuestras quejas contra vuestras hermanas. Veis, pues, cómo el trato con las personas extrañas puede resultar peligroso para vuestro bien, y por consiguiente tenéis que evitarlas todo lo que podáis; pues pueden ser la ocasión para que os enfiéis en vuestra vocación. Esta hermana tiene razón al decir que eso sería muy peligroso para la Compañía.

¿Y usted, hermana? ¿qué es lo que podría arruinar a la Compañía?

— Padre, la Compañía se arruinaría si las hermanas no fuesen fieles en la observancia de sus reglas.

— Bien dicho, hija mía; es que la falta de fidelidad en la observancia de las reglas es un desprecio de las cosas santas, ya que vuestras reglas son santas, y aquello a lo que tienden es santo; os ayudan no sólo a servir bien a los pobres, sino también a perfeccionaros a vosotras mismas. Entonces, cuando las descuidáis o las menospreciáis, se puede decir adiós a la Compañía; y aunque no llegara a aniquilarse, al parecer, no sería más que una corteza y nada más; se parecerá a esos árboles que están muertos, pero que a pesar de ello no dejan de mostrar su corteza verde. Hermanas mías, ¡qué gran mal es la falta de observancia de las reglas! Descuidarlas, no hacer caso de ellas y abandonar esos medios de los que Dios se sirve para salvarnos, merecería un gran castigo. ¡Despreciar esos medios de salvación, no estimar las gracias que Dios nos concede! ¿Hay acaso alguna gracia mayor que poder conocer por nuestras reglas su santísima voluntad?

Dios dio su ley al pueblo de Israel y le dijo: «Guardad bien esta ley y no dejéis pasar ningún artículo de ella; si la traspasáis, esperad toda clase de males y de miserias» ⁷ De esta forma, hijas mías, estad seguras de que Dios os bendecirá en la medida en que seáis fieles a la práctica de vuestras reglas y que,

7. Dt 28,13-14.

si las rompéis, os veréis llenas de miserias espirituales, de tentaciones, de repugnancias, de disgustos.

Pero me diréis: «Pero Padre, me vienen a buscar en el preciso momento en que hay que ir a la oración; ¿cómo podré entonces ser fiel a mis reglas?». Hermanas mías, no tenéis ninguna obligación tan importante como el servicio a los enfermos, y no traspasaréis nunca vuestras reglas por ir a socorrer a los enfermos. Pero, apenas hayáis acabado lo que teníais que hacer con ellos, volved a vuestra oración; porque fijaos, hermanas mías, tenéis que ser celosas en la observancia de todas vuestras reglas, hasta de las más pequeñas; y cuando el servicio a los enfermos os obliguen a cambiar las horas, tenéis que procurar compensar ese tiempo. Señorita, creo que será conveniente leer las reglas para que nuestras hermanas vean y aprendan lo que hay que hacer.

— Padre, lo hacemos todos los meses con las que están en casa; pero, si le parece bien, creo que sería conveniente hacer que vinieran las de las parroquias todos los meses; y como pudiera ser que se molestasen con ello las damas o se les diese motivo para quejarse de que las hermanas vienen muy a menudo, ya que vuestra caridad nos hace esperar la conferencia todos los meses, sería conveniente, si lo cree usted oportuno, que vengan una parte un día y otra parte otro día.

— Me parece bien, señorita. Padre Portail, ¿es usted de la misma opinión?

— Sí, Padre, me parece que es muy necesario.

— Sí, hermanas mías, esto resultará muy útil. Los capuchinos leen sus reglas cada ocho días, no para aprenderlas, porque las saben muy bien, sino para renovarse en su espíritu y animarse a practicarlas. Así pues, acudiréis acá para oír la lectura de vuestras reglas, con el deseo de observarlas. Pero antes de concretar cuándo y cómo habrá de hacerse, pensaremos en ello delante de Dios; pues así es como se hicieron esas reglas, después de haber pedido sus luces.

Señorita, haga el favor de indicarnos sus pensamientos.

— Padre, la primera razón que tenemos para entregarnos a Dios para alcanzar de su bondad que la Compañía pueda durar largos años y, a ser posible, siempre, es el convencimiento que hemos de tener de que Dios mismo ha querido su fundación y la ha querido de la manera que es. Pues bien, Dios no quiere que las criaturas destruyan lo que él ha hecho. Otra razón es que las que vayan en contra de los designios de Dios por la destrucción de la Compañía, serían causa de la pérdida de muchas almas e impedirían que fueran asistidos muchos pobres, y esa infidelidad pondría en peligro su salvación eterna.

Lo que también podría contribuir a la ruina de al Compañía sería, en primer lugar, querer cambiar sus costumbres, ya que eso sería en cierto modo estimar más nuestro propio juicio que la dirección de Dios, que conoce muy bien las necesidades venideras.

— Señorita, le pido que se detenga un momento en ese punto; ese pensamiento necesita alguna explicación. Una cosa muy importante que ha dicho usted es que no hay que cambiar nada. Lo que antes se ha dicho era muy bueno, pero lo que se acaba de decir es todavía mejor; es como la piedra de toque. Algún espíritu malo podría decir: «Sí, está muy bien no cambiar nada; pero ¿qué medios hay para ello?». Una hermana pensará: «Si tuviésemos la cara más cubierta, seríamos más modestas. ¡Pero eso de ser vista al descubierto!». Otra creará que sería conveniente recibir a personas de condición; esto daría más lustre a la Compañía. Y si esas personas de condición fueran de la Compañía, habría que cambiar la forma de vivir rústica y sencilla que ahora se observa; habría que estar un poco más arregladas. Se verá que la Compañía es demasiado rústica; habrá que aparentar un poco más, para dar gusto a las señoras, que no quieren tanta sencillez. ¡Ah! ¡maldito estado! ¡desdichada complacencia! ¡qué perdición! Hermanas, si se llega a eso, si empezáis a vestiros con más elegancia, se acabará diciendo: «Hemos de arreglarnos un poco más; cuando se trata con el mundo, resulta mortificante poner ante sus ojos cosas tan ruines».

Otras dirán: «¡Ay! ¡es demasiado duro obligarnos a no retener nada!». ¡Tentación diabólica, perdición, si se llega a ese extremo! Fijaos, hermanas mías, tenéis que huir como de personas enviadas por Satanás de todas las que quieran inducirnos a cambiar algo, pues por ese medio no pretenden más que la ruina de la Compañía. Hermanas mías, tened mucho miedo cuando alguna hermana diga: «Hay que hacer esto de esta otra manera; sería mejor y más cómodo». Una hermana que ama a su vocación y que escucha esas palabras, tiene que huir de ellas; puede estar segura de que es un tizón del infierno la que quiera cambiar lo que Dios ha hecho.

Cuando son los superiores los que creen conveniente que se cambie alguna cosa, hay que creer que es Dios; Dios, tras haberse servido de ellos para establecer el orden, se sigue sirviendo también de ellos para los cambios. Por eso no hay que decir nada en contra. Lo que no se puede tolerar es que una particular quiera mezclarse en esos cambios.

La desgracia de Judas empezó por ahí: quería cambiar las máximas de nuestro Señor a propósito del destino de las limosnas que se le habían confiado. No es necesario ninguna otra señal para convenceros de que habéis de tomar la resolución de no cambiar nunca nada. Si alguien os sugiere algún cambio, no lo escuchéis; decid: «Ese hombre no ha sido llamado por Dios para la dirección de la Compañía, y por consiguiente no estoy obligada a seguir su consejo».

Me acuerdo a este propósito de la historia de Recab. Era un buen hombre. Se dice de él que, como creía que el uso del vino era perjudicial para la vida del hombre, no quería beber. Sus hijos tampoco querían probarlo. Cuando los demás les hablaban de ello, decían: «Mi padre no bebía; tampoco nosotros queremos beber». Los hijos de sus hijos observaron esta costumbre de padres a hijos durante trescientos años. Ved cómo ese buen ejemplo del fiel Recab fue seguido mucho tiempo por los hijos de sus hijos. Decían: «Nuestros padres no han bebido vino y no han dejado de vivir; ¿por qué no vamos a portarnos como

ellos?». Ved por este ejemplo, hermanas mías, lo que vosotras enéis que hacer.

Cuando se os hable de introducir algún cambio, es preciso que respondáis: «Hermana, ¿qué es lo que usted dice? Hemos sido educadas de esa manera; siempre hemos observado esa forma de vivir. ¡Dios mío! Yo no quiero cambiar nada». Si resulta que son dos las que así piensan, encontrarán luego a otras dos para cambiar. ¿Y qué es lo que pasará? Que las dos primeras conquistarán a otras dos, que se empeñarán en mantener sus ideas; otras dos se pondrán enfrente de ellas, y entonces vendrá la división. Cuando se llegue a ese punto, todo empezará a ir en desorden, todo se echará a perder y estará cercana la ruina de la Compañía.

Mis queridas hermanas, tomad desde ahora la resolución de no cambiar nada, ni en vida de la señorita, ni después de su muerte, ni después de la mía, sino que habéis de guardar inviolablemente las buenas costumbres que se han establecido y que aquí perduran, y manteneos firmes en ellas. ¿Por qué querer otra forma de vivir distinta de la que Dios les ha inspirado a los superiores y que es conforme con la de Jesucristo? Si las Hijas de la Caridad observan debidamente su reglamento, imitarán a las que la bondad divina quiso escoger al comienzo de esta Compañía; ¡ah! ¡qué almas tan excelentes! ¡qué bien supieron usar de estas prácticas y de estas buenas costumbres!

Este es, mis queridas hermanas, uno de los estados más excelentes que he conocido; no es posible encontrar ninguno que sea más perfecto. Si queréis llegar a ser grandes santas, aquí encontraréis los medios para ello en vuestros ejercicios. ¡Oh! ¡qué almas tan santas hemos tenido en la Compañía! Ahora están ya en el cielo, aunque también quedan algunas de ellas en la tierra, por la misericordia de Dios.

Bien, se está haciendo ya tarde. Creo que será conveniente ir poniendo punto final. ¿qué piensa usted, señorita? ¿Convendrá que lo dejemos para otra ocasión?

— Padre, me parece que será necesario, si su caridad lo cree oportuno.

— Dejémoslo, pues, ya que se trata de algo importante; cuando se trata de conservar una Compañía, no hay que regatear esfuerzos ni tiempo. ¿Sabéis cuánto tiempo empleó Noé en construir el arca y ponerla en debidas condiciones? Cien años. ¡Oh Salvador de nuestras almas! Si para hacer el arca, hermanas mías, en la que sólo se salvaron del diluvio ocho personas, se necesitó tanto tiempo, ¿cuánto creéis que se necesita para robustecer y conservar esta Compañía, en donde se refugiarán tantas almas y se salvarán del diluvio del mundo?

Cuando una ciudad se encuentra sitiada, el gobernador y los que están encargados de defenderla ponen centinelas, examinan dónde está el peligro, refuerzan los lugares más débiles. Si alguna puerta no está muy segura, y aunque lo esté, no dejan de poner guardias. Ved, mis queridas hermanas, cuánta diligencia se emplea en lo que se refiere al cuerpo, cuando se sabe por dónde puede venir el peligro. Señorita, seguramente le ha inspirado Dios el pensamiento de una cosa tan importante; ¡que él la bendiga!

Veamos, pues, por dónde podría abrir brecha el enemigo; preguntémos por dónde podría entrar, hagamos allí una muralla, pongamos un cañón, busquemos finalmente los medios para impedirlo, pues si este enemigo de nuestras almas llegara a penetrar en la Compañía, ¡qué no haría por arruinarla y echarla por tierra!

Nuestro veneradísimo padre dijo entonces por tres veces, deteniéndose tras cada exclamación y con los ojos elevados al cielo: «¡Ay, hijas mías! ¡Ay hijas mías! ¡Ay, hijas mías!». Y luego añadió:

Bien, Señor; ya es bastante. Que nuestro Señor Jesucristo nos dé a conocer bien la importancia de lo que se ha dicho para que así lo practiquemos, para que no seamos causa, por nuestras infidelidades y pecados, de la ruina de esta hermosa Compañía, que él mismo ha formado como ha querido. Te pedimos, Señor, esta gracia, por los méritos de tu santísima Madre y por el servicio que has querido obtener de esta Compañía. Concédenos, Salvador mío, tú que eres la luz del mundo, concéde-

nos la gracia que tanto necesitamos para conocer las astucias por las que el enemigo quiere seducir las almas de aquellos que se entregan a ti, para impedir que entre en ellos y derribe la obra de tus manos.

Benedictio Dei Patris...

60(60,IX,698-712)

CONFERENCIA DEL 24 DE JUNIO DE 1654

Sobre la envidia

Mis queridas hermanas, el tema de esta conferencia es el de la envidia o los celos. La dividiremos en tres puntos: el primero, sobre los grandes males que vendrían sobre la Compañía en general y sobre cada hermana en particular si llegasen a reinar la envidia o los celos; el segundo, sobre las diversas maneras de pecar por envidia o por celos; y el tercero, sobre los medios que hay que emplear para no caer en ese pecado.

Hermana, por favor, ¿quiere indicarnos sus ideas sobre este tema?

— Padre, me parece que la envidia resulta peligrosa y es causa de grandes males porque es la que hizo morir a nuestro Señor; pero que, si en lugar de esos malos deseos, tenemos deseos del bien y de la perfección, entonces se trataría de una buena envidia.

— Entonces, hija mía, pone usted dos clases de envidia, una buena y otra mala. La que tiende al mal es para las personas del mundo y no para los que sirven a Dios. La otra es la que nos recomienda san Pablo cuando dice: «Sed celosos, pero de la virtud; no para impedirle que produzca los buenos efectos que suele producir, sino más bien para adquirirla»¹.

Conferencia 60. — Cuaderno de Sor Maturina Guérin (Arch. de las Hijas de la Caridad).

1. Gál 4,18.

Nuestra hermana ha hablado de otra envidia. La que hace que una hermana se ponga triste y esté quejosa del bien de sus hermanas, de que la otra esté mejor alimentada, mejor mantenida, mejor vestida que ella, de que goce de mayor estima y esté mejor vista por los superiores. Esos son los efectos de esa maldita envidia, que es causa de grandes desórdenes en las almas que la albergan.

Pues bien, hermana, esa es la envidia que hemos de detestar, porque fue la que dio muerte a nuestro Señor.

Los fariseos, al ver que el pueblo le seguía y a ellos les abandonaba, se llenaron de envidia y buscaron la manera de quitarle la vida. ¡Cuánto poder tuvo que tener la envidia para hacer morir a un Dios encarnado! ¡Dios mío! Hermanas mías, fue la envidia la que impulsó a Judas a vender a nuestro Señor. Podemos decir que tiene un poder muy grande cuando se aloja en el alma de alguien, ya que llevó a la muerte al autor de la misma vida.

¿Y usted, hermana? ¿qué daño cree que acarrea la envidia una hermana?

— Padre, en primer lugar le quita la paz de la conciencia; y esto es un gran mal; tanto que, cuando una no está tranquila en su interior, no tiene más que pena y tristeza.

Además, la envidia puede ser la causa de la pérdida de la vocación, ya que cuando la tristeza nos ataca, sólo queda en nos

otras el sinsabor, todo nos cansa, y esto podría acabar arrastrándonos fuera de la Compañía.

Un medio para impedir esta envidia creo que es el de rechazar estos pensamientos, apenas nos damos cuenta de ellos.

— ¡Dios le bendiga, hija mía! ¿Y usted, hermana? ¿qué males acarrearía la envidia y los celos en la Compañía?

— Padre, puede causar graves desórdenes e incluso hacer que se pierda la vocación, ya que apenas nos imaginamos que son preferidas las demás, nos ponemos tristes y nos desalentamos, y de esta forma nos quedamos hundidas.

— Tiene razón, hija mía, al decir que estamos hundidos cuando llegamos a ese punto. ¿De forma que la envidia tiene el poder de hacer que perdamos la vocación?

— Sí, Padre, porque ocurre que los celos nos hacen ver que la otra hermana es más apreciada, más querida y estimada, más virtuosa; y acabamos desalentándonos y lo queremos dejar todo.

El remedio para ello, según creo, consiste en pensar que las demás tienen más méritos que nosotras; si la otra es más estimada y le dan cargos más importantes, es que tiene mejores cualidades que yo.

— Fijaos, hijas mías; cuando una hermana está más con los superiores, cuando les habla más veces y creéis que es más apreciada que las demás, estáis equivocadas. ¡Pero si está siempre hablando con la señorita Le Gras, con la hermana sirvienta! No, no, no es que se la estime más. El padre que tiene dos hijos, uno mayor y otro pequeño, casi nunca habla al mayor, sino que acaricia al más joven, le habla y juega con él. ¿Creéis acaso que ese padre quiere más al pequeño que al mayor, porque habla más veces con él? Ni mucho menos; quiere más al otro; y cuando haga su testamento, dejará más al mayor que al pequeño. Por tanto, el que la superiora hable más frecuentemente con una hermana no es señal de que la quiera más que a las otras. Si le demuestra más cariño y afecto, quizás es porque se trata de una hermana abatida, desolada y afligida de pesares, que necesita por eso mismo más mansedumbre y afabilidad que de ordinario. Es preciso compadecerse de ella Y es lo que pide nuestro Señor.

¿Os acordáis, mis queridas hermanas, de lo que se dice del hijo pródigo? ² El pródigo exige a su padre los bienes que le pertenecen, abandona su casa y se marcha a malgastarlos. Después de haberlo perdido todo hasta verse obligado a compartir con los cerdos su comida, se decidió a volver. Y entonces el padre exclamó: «¡Ah! ¡Ahí está mi hijo! ¡Que me lo cuiden, que preparen un banquete, que maten el ternero cebado, que le traigan vestidos y que todo el mundo se alegre de la vuelta de

2. Lo 15,11-13.

mi hijo!». Pues bien, hermanas, ved cómo acaricia aquel padre al pobre desdichado; lo abraza, le ofrece un gran banquete y toda su casa se llena de alegría. ¿Es que acaso lo quiere más que al mayor, que solamente le ha dado motivos de satisfacción? No; lo que pasa es que es más digno de compasión por su miseria.

El mayor, que venía del campo, al oír los violines y los preparativos que se hacían en casa de su Padre, se llenó de tristeza. «Ved, dijo, cómo mi padre trata de ese modo a mi hermano, que no le ha dado más que disgustos, mientras que a mí no me ha demostrado nunca tanto afecto, a pesar de que he procurado obedecerle en todo. ¡Esa es la recompensa que le da! Parece como si lo quisiera casar».

Es la envidia la que le hace decir esas cosas al hermano mayor; cree que es su hermano el preferido. Pero aunque el padre parece amar más al hijo pródigo que al otro, la verdad es que quiere mucho más al mayor, y con razón.

Por este ejemplo podéis ver, hermanas mías, que, si se muestra mayor afecto a unas que a otras, no es porque se las quiera más. Por tanto, no os engañéis, y creed, por favor, que no es ese el motivo.

Cuando veáis a alguna hermana más veces con la superiora, habéis de creer que es por algún motivo: se trata de una oficial que necesita un consejo sobre lo que tiene que hacer, de una hermana que tiene algún pesar y ha de ser consolada.

No os engañéis, pues, hijas mías, y no os dejéis llevar por esos pensamientos, pues sería un abuso creer que los superiores quieren más a una que a otra; es la red que os tiende el espíritu maligno para que tropecéis en ella.

Hermana, ¿hay motivos para temer que la envidia infecte a la Compañía? ¿qué daño puede acarrear a las hermanas?

— Padre, me parece que la envidia es fuente de celos; esto hace que una sienta envidia de lo que las demás tienen y que se moleste de que las otras sean mejor que una.

— Bien dicho: la envidia es fuente de celos; bien dicho, hija mía. ¡Que Dios la bendiga! Fijaos, hermanas mías, en lo que ha dicho: si la envidia se mete en el espíritu de una hermana, en-

gendra celos, y los celos engendran división, y entonces está todo perdido, pues de ahí nacen todos los males que caen sobre una casa. Me parece que no he visto nunca algún desorden en ninguna casa religiosa, a no ser por la envidia y por los celos. Pues bien, si en algún sitio hemos de temer la envidia, es entre nosotros, ya que podría ser como la corrupción de la Compañía. Cuando hay un fruto podrido y corrompido, no sirve para nada; lo mismo pasaría si la envidia se colase entre vosotras: vuestra Compañía se vendría bien pronto abajo. Hermanas mías, ¿podría caer sobre las Hijas de la Caridad una desgracia mayor que los celos, que son la causa de tanta desunión? ¿Qué bien puede haber donde hay división? Estad seguras de que, si la envidia entrase en vuestra Compañía, se derrumbaría esa Compañía, no seríais Hijas de la Caridad más que de nombre, pero no tendríais las señales interiores. Por eso podéis decir, hijas mías, que apenas se vea a ese vicio alojado en esta pobre casa, habría que hacer las exequias de nuestra pobre Compañía; no habría nada que hacer; estaría muerta. ¿Y por qué? Porque sois Hijas de la Caridad, hijas del amor de Dios, del amor al prójimo; y lo contrario de la caridad es la envidia. Una religiosa que tuviera ese espíritu, de hija de Dios que era se convertiría en hija del diablo, en hija de la perdición. ¡Qué desgracia ser hija del diablo! Fijaos bien, el verdugo de las Hijas de la Caridad es la envidia, que hace que una se sienta molesta al ver a su hermana mejor asistida cuando está enferma, cuando es más deseada en una parroquia porque lo hace bien, cuando va mejor vestida que ella. Eso es lo que hace la envidia. Cuando una hermana ha caído en ella, podéis decir: «Esa hermana ya no es Hija de la Caridad, se ha despojado de su fuerza interior, que es el amor de Dios y del prójimo». ¡Pero si sigue llevando los vestidos! ¡Pobre hija mía, no es el vestido el que la hace Hija de la Caridad, sino la fuerza interior del alma!

La envidia, pues, se refiere a los bienes exteriores. Mira también a la reputación. Se siente resquemor en el corazón de que la otra sea más estimada, de que se fijen en ella para los cargos, de que tenga fama de caminar en la presencia de Dios,

de que dé buen ejemplo a todos con los que trata. El demonio es el que hace que se sienta envidia de todo esto.

Hay que confesar que hasta ahora tenemos motivos para alabar a Dios. No he visto más que a muy pocas que me hayan deseducado por la ciudad. Sólo me acuerdo de una, que iba agitando algo que tenía en la mano. Lo diré esto solamente aquí. Quizás es que se lo quería ofrecer a alguien. Si está aquí esa hermana, que pida perdón a Dios por esa falta y por el mal ejemplo que dio con su ligereza.

Hermanas, tened cuidado de esto; esos malditos pensamientos son como un gusano que roe el corazón, quita la paz y hace que sintamos pesar, no sólo de ver que los demás tienen buena reputación, sino también de los bienes interiores del alma, de que la otra hermana sea más humilde y la tengan por una santa. El diablo es el que da la envidia de todo esto.

Por eso, mis queridas hermanas, hay que detestar la envidia, no sólo porque la Sagrada Escritura nos hace ver que tuvo el poder de hacer morir a nuestro Señor, sino porque ella ha puesto el pecado en el mundo. Según esto, podemos decir, sin duda alguna, que todos los males que caen sobre una Compañía, vienen por la envidia lo mismo que todos los pecados que hay en el mundo comenzaron también por la envidia.

Hermana, ¿cree que la envidia puede echar abajo a la Compañía?

— Sí, Padre, porque desune a las personas que se dejan llevar por ella, y si no hubiera unión entre nosotras, la Compañía se vendría abajo enseguida.

— Sí hermanas mías, porque vosotras sois hijas del amor; y la envidia es todo lo contrario de la caridad. Es como el fuego y el agua, que se oponen entre sí. Y lo mismo que entre esos dos elementos hay tanta falta de proporción, lo mismo pasa con la envidia y la caridad. Como el agua apaga al fuego, también la envidia apaga y hace que muera la caridad. Si llegara a notarse la envidia en la Compañía, se os despreciaría con razón y diría la gente: «¿Son esas las hermanas de las que tanto se habla? ¡Qué va! Esas no son las indicadas para distribuir las

limosnas de la gente rica; para eso se necesitarían personas caritativas».

Así es como la envidia puede arruinar a la Compañía de Hijas de la Caridad. ¡Y a cuántas otras ha derribado! Muchas se han hundido y se han disuelto por causa de la envidia; desde hace poco tiempo han sido abolidas en París dos Compañías, porque la envidia se había metido entre ellas. Toda una Orden que se llamaba *Scolapia*³ ha quedado disuelta, excepto una sola casa, que todavía se ha conservado en algún reino.

He aquí, mis queridas hermanas, unos poderosos motivos para hacer que sintáis horror a ese maldito pecado. Veamos a continuación en qué se puede pecar por envidia.

Una hermana respondió que es el amor propio el que nos hace pecar por envidia, pues el amor excesivo que nos tenemos hace que nos sintamos molestas de que las demás sean preferidas a nosotras; que se puede pecar así por pensamiento, creyendo que merecemos ser empleadas en un cargo determinado tan bien como la que lo ocupa, que la otra no tiene mucho conocimiento ni experiencia; también se puede pecar de palabra, diciendo que unas son preferidas a las otras, que les toleran demasiadas cosas, etcétera.

— ¡Dios la bendiga, hija mía! Dice usted que la envidia se presenta en las palabras y que se puede ofender a Dios de esa manera; tiene razón. Así pues, si se ve a una hermana que habla con frecuencia con la hermana sirvienta y se le tiene envidia, se pensará: «¿Qué le habrá dicho?». Si tiene una ropa distinta de las demás, aunque sea por necesidad, se pensará que tienen con ella más consideración, pues el diablo se sirve de todo esto.

Una hermana me decía llorando en cierta ocasión: «Padre, una de las cosas que más temo es ser hermana sirvienta». Fijaos, hermanas mías, en las palabras de esta buena hermana. ¡Que lejos están de estos sentimientos las que tienen ambición de car-

3. La Orden de Clérigos regulares de las Escuelas Pías fundada por san José de Calasanz, suprimida por Inocencio x, el 16 de marzo de 1646, como consecuencia de las denuncias calumniosas de dos religiosos contra el fundador, restablecida por Alejandro VII el 24 enero de 1656.

gos! ¡Ay! ¡En qué mala situación se encuentran! Es el diablo el que las incita. Buscad en vuestra memoria si habéis tenido antes estos deseos alguna vez Si todavía los tenéis, ¡pobres hijas mías, en qué situación estáis! Si alguna vez tenéis que tener miedo de algo, es de esto. Si os sentís atacadas por este vicio, pedid a Dios con insistencia que os libre de él; y si tenéis lágrimas, derramadlas ante su bondad para obtenerlo. No descanséis hasta que os hayáis librado de él, y decid: «¡Dios mío! ¿Cómo podéis sufrir que una Hermana de la Caridad sea hija del diablo, que es el orgullo?». Pues el diablo y el orgullo son la misma cosa; si tenéis envidia, que es su hija, sois hijas del diablo. ¿Es posible que una Hermana de la Caridad no sufra al verse en tal estado? Entonces es que no tiene ningún sentimiento de Dios. La que se siente culpable de esto no tiene que descansar hasta no haber obtenido de Dios la gracia de verse libre. Que se encomiende a las oraciones de las demás, que suplique a su hermana le alcance esa gracia de Dios; si se encuentra con algún buen religioso, que le diga: «Padre, le suplico que ruegue a Dios me libre de un maldito pensamiento de orgullo que me atormenta: tengo ganas de ser hermana sirvienta. Alcánceme de su bondad que me libre de esta tentación».

Hace poco se celebraba una reunión de prelados para elegir a un superior. Dos de esos buenos prelados me escribieron, y yo les contesté sobre este tema. Cuando se llegó al momento de nombrar al superior, esos buenos padres pertenecientes a aquella Orden se pusieron a llorar con abundantes lágrimas, por miedo a verse elevados a un cargo, que ellos consideraban demasiado pesado para sus hombros. El arzobispo de Narbona y el obispo de Alet me escribieron entonces que habían quedado tan edificadas de la humildad de aquellos padres, como es imposible decir. En efecto, hermanas mías, ¿no es verdad que los cargos son pesados y peligrosos para los que los buscan? ¡Cuán lejos hemos de estar de la envidia!

Así pues, el medio para poner remedio a la envidia es no desear los cargos, ni buscarlos. Que a una la envíen a una nueva

fundación como cuando se envió a Polonia; no sentirse capaz de ello.

Aquí tenéis, hermanas mías, unas cuantas razones para que deseéis veros libres de la envidia, si la tenéis. Ya conocéis la desgracia que tiene un alma invadida por los celos. Es una situación diabólica. Hay que librarse de la envidia cuanto antes, si se quiere perseverar y si queremos que Dios no nos abandone, ya que da su gracia a los humildes y resiste a los soberbios ⁴.

Hermana, ¿qué medios hay que emplear para combatir la envidia?

— Padre, el mejor medio creo que es pedir a nuestro Señor la humildad.

— Bien, sí que es un medio; es un pensamiento que Dios le ha dado. Otro es que nos pongamos delante el ejemplo de los santos para no tener ambición de nada. Otro medio es pensar que esto disgusta a Dios. ¿Cree usted, hija mía, que es un buen medio para no pecar de envidia el preferir las ropas remendadas?

— Sí, Padre.

— Ciertamente, es un medio muy bueno: sentirse a gusto con el vestido malo, disgustarse cuando le dan un vestido nuevo, sin querer tener nada mejor que los demás, y decir a la señorita Le Gras: «Señorita, esa es una ropa demasiado buena para mí. Me hace usted demasiado honor. ¿No sabe que soy muy orgullosa y que de ese modo me enorgulleceré más todavía? Soy muy vanidosa y estoy llena de envidia. Por eso no merezco que me vistan de ese modo». Así es, hijas mías, como hay que portarse.

Usted, hermana ¿qué medios hay para no caer en el pecado de envidia?

— Padre, me parece que hay que buscar siempre las cosas más bajas.

— Dice usted bien, hija mía. Y cuando nos dan algo mejor que a los demás, hay que enrojecer de vergüenza. Cuando uno se ve mejor vestido que los pobres, hermanas mías, hay que lle-

4. Prov 3,34.

narse de vergüenza y confusión, pues los pobres son vuestros amos y vosotras sois sus criadas; por eso, tenéis que tener menos que ellos.

— Padre, me parece que también es un buen medio rechazar enseguida todo pensamiento que tienda a la envidia, sin querer detenerse mucho en él.

— ¡Muy bien dicho! Dice que, apenas se sienta una un pensamiento de envidia, no hay que aguardar hasta mañana; hay que rechazarlo inmediatamente, como si se tratara de un veneno. ¡Pero volverá de nuevo! Si vuelve, hay que empezar otra vez y pedir a las buenas personas que uno conoce que rueguen a Dios os libre de un maldito pensamiento que quiere echaros a perder, y a vuestra hermana, que os diga alguna cosa para ayudaros a superar esa envidia que os atormenta y que pida a nuestro Señor os libre de ella. «Dios mío, concédeme la gracia de no desear nunca ser hermana sirviente. Se la concediste a mi hermana aquella que lloraba ante el miedo de serlo y que pedía a la señorita Le Gras que no la nombrara jamás». Luego, acudid enseguida a vuestro confesor, venid acá junto a la señorita y junto al padre Portail, descubrid vuestro interior abiertamente y confesaos así: «Me acuso de tener un maldito pensamiento de envidia contra mi hermana; y además, me he dejado llevar hasta pronunciar palabras de desprecio y de arrogancia tantas veces». Así es como hay que confesarse, porque lo ordinario es que la envidia haga caer en esos defectos.

— Si se oye hablar bien de una hermana contra la que se tienen celos, se dirá que no es tanto: «Sí, sí; no es tan buena como decís; es que no la conocéis bien; ¡buena beata está hecha!», y palabras por el estilo. Pero eso es obra del diablo; él es el que pone los celos del bien y de la virtud que se practica; y cuando no se puede acusar la acción, hace que uno ataque la intención y que se piense que no es tan pura, sino que lo hace así por humor. Hermanas mías, ¡qué desorden cuando esto pasa!

Uno de los mayores males que puede venir sobre la Compañía, es que las hermanas — hablo de algunas, y no de todas, pues sé muy bien que hay entre vosotras algunas que viven muy san-

tamente; ¡Dios mío! ¡qué almas tan santas ha habido y hay todavía en esta Compañía! — que las hermanas, digo, se pusiesen a hablar de los defectos de unas y de otras. Cuando venís por aquí, os ponéis a preguntaros: «¡Con quién está usted? ¿Qué es lo que hacéis? ¿Qué tal se porta tal hermana? ¿Verdad que tiene un poco de mal humor? ¿Y aquélla, la de tal parroquia, qué tal va? ¿Os entendéis bien?».

Ante estas preguntas, las otras manifestarán sus quejas: «¡Ay, hermana! ¡qué mal estoy con aquella hermana! ¡Se porta tan mal conmigo! Está siempre refunfuñando; hace esto y aquello»; y muchas otras cosas que se dicen en esas ocasiones.

Mis queridas hermanas, que nunca jamás se abran vuestras bocas para hablar así de vuestras hermanas. Hablad más bien de cosas buenas, de vuestras reglas, del servicio que hacéis a los pobres, de su número, para que no deis lugar a conversaciones malas. Y cuando veáis que os preguntan: «¿Qué tal os va en la parroquia en donde estáis?», haced el favor de responder: «Acordémonos que está prohibido hablar de estas cosas y de nuestras hermanas».

Así es, hijas mías, como tenéis que obrar. Si ella sigue con su conversación, dejadla y no la escuchéis, ya que dando oídos a semejantes conversaciones le dais motivos para que continúe. Por eso dicen los teólogos que los que escuchan a los que hablan mal, se portan tan mal como ellos; y es verdad, porque está en nuestras manos el evitarlo, y no lo hacemos. Por eso mismo pecamos tanto como ellos.

Cuando vengáis por aquí, no refiráis nunca lo que hacéis, ni los disgustos que hayáis podido tener unas con otras, sino hablad de cosas buenas, de los medios de perfeccionaros y de adquirir las virtudes que necesitáis, para animaros mutuamente a la perseverancia. Si lo hacéis así, evitaréis muchas de las tentaciones que provienen de semejantes conversaciones.

Señorita, ¿quiere usted decirnos sus pensamientos sobre este tema?

— Padre, su caridad y los pensamientos de nuestras hermanas, nos han advertido ya muy bien de los peligros que hay de

que este malaventurado espíritu de envidia y de celos infecte a la Compañía en general y a cada una en particular. Pensando hoy en todo ello, me ha parecido que podía muy bien ser la envidia, tanto como el orgullo, lo que hizo que Lucifer se convirtiera, de ángel que era, en habitante del infierno, ya que ese maldito pecado es como un gusano que va royendo continuamente hasta que lo destruye todo o se destruye a sí mismo.

El espíritu envidioso o celoso de los demás no se concede jamás reposo alguno y persigue incesantemente desde cerca o desde lejos a la persona envidiosa, que de esta forma se ve imposibilitada para llegar a ninguna perfección y está siempre en peligro de perderse.

La envidia y los celos son pasiones que, como el aceite, se van extendiendo, lo mismo que la inclinación, sin motivo alguno y su consecuencia más ordinaria es producir cierta aversión, dar cierto disgusto por el bien temporal o espiritual que se advierte en la persona envidiada, no poder soportar que se hable bien de ella; y finalmente es una fuente que produce continuamente ocasiones de ofender a Dios y de obrar contra la caridad que hemos de tener con el prójimo.

Los medios para impedir que nos habituemos a ese mal vicio son considerar que esto es directamente contrario a la voluntad de Dios y que es uno de los obstáculos más notables para la perfección; repetir muchas veces con atención los mandamientos de Dios, a fin de recordar a nuestro espíritu la obligación que tenemos de hacer a los demás lo que nos gustaría que nos hiciesen a nosotros.

— ¡Bendito sea Dios, señorita! Bien, hermanas mías, no diré más que dos palabras sobre esto. En primer lugar, se dice que todos los que cometen algún pecado reciben algún contento del mismo: por ejemplo, el ladrón con el dinero que ha robado y que utiliza, el goloso con la satisfacción de comer bocados exquisitos. En una palabra, en todos los pecados uno se figura que recibe alguna satisfacción, pero en la envidia no es posible pretender ningún contento; por el contrario, es un verdugo que castiga en el acto a sus propias víctimas. Fijaos en una persona en-

vidiosa: todo le causa pesar: oye hablar bien de una hermana contra la que siente envidia, y esto le hace morir y pasar un mal rato. Unas veces se imagina que no la conocen bien, otras cree que la desprecian prefiriendo a la otra.

El envidioso se puede comparar con un hombre que tiene una serpiente en el cuerpo. Ya sabéis cuánto daño sufren los que tienen una serpiente en el cuerpo: les va royendo el corazón y no les da descanso alguno. Pues bien, todos los que tienen envidia en el alma es como si tuvieran una serpiente.

El Espíritu Santo dice: «La envidia seca los huesos de aquel en donde entra»⁵. ¡Qué desgracia para las personas envidiosas! ¡Ser peores que los que tienen serpientes en el cuerpo! ¡Ay, hermanas mías! ¿Quién de vosotras no tendrá miedo de caer en ese vicio? Entreguémonos a Dios desde ahora para no envidiar jamás el bien de las demás, sino para querer el cargo peor y más molesto, para desear los peores vestidos, para creernos los últimos de todos y contentarnos siempre con lo que tenemos.

También os ayudará mucho confesaros de las faltas que hayáis cometido por envidia, proponiendo resueltamente correjros de ellas; de esta forma, hijas mías, estad seguras de que Dios bendecirá a la Compañía y que, en todos los lugares en que pidan Hijas de la Caridad, servirán de edificación, y toda la Compañía derramará buen olor. Dios os colmará de gracias en este mundo y os dará la gloria en el otro.

¡Que nuestro Señor nos conceda la gracia de darnos a conocer y de testar este vicio maldito, tan contrario a la caridad! Ruego a la bondad de Dios que las palabras de bendición que voy a pronunciar de parte suya actúen en vuestros corazones y en el mío, para que expulse de ellos para siempre el maldito pecado de la envidia y podamos vivir en adelante de forma que jamás penetre en nosotros.

Benedictio Dei Patris...

5. Prov. 14,30.

CONCORDANCIAS

Edic. castellana	Edic. Coste	Edic. castellana	Edic. Coste
1	1	31	31
2	2	32	32
3	3	33	33
4	4	34	34
5	5	35	35
6	6	36	36
7	7	37	37
8	8	38	38
9	9	39	39
10	10	40	40
11	11	41	41
12	12	42	42
13	13	43	43
14	14	44	48
15	15	45	44
16	16	46	45
17	17	47	46
18	18	48	47
19	19	49	49
20	20	50	50
21	21	51	51
22	22	52	52
23	23	53	53
24	24	54	54
25	25	55	55
26	26	56	56
27	27	57	57
28	28	58	58
29	29	59	59
30	30	60	60

ÍNDICE GENERAL

Introducción	7
1. Explicación del reglamento, 31 julio 1634	21
2. Sobre la vocación de Hija de la Caridad, 5 julio 1640	32
3. Sobre la vocación de Hija de la Caridad, 19 julio 1640.	36
4. Sobre la fidelidad al levantarse y a la oración, 2 agosto 1640	44
5. Sobre la fidelidad al levantarse y a la oración, 16 agosto de 1640	51
6. Explicación del reglamento, 16 agosto 1641	55
7. Sobre el jubileo, 16 octubre 1641	60
8. Sobre las faltas del año transcurrido, 6 enero 1642	66
9. Sobre el servicio a los enfermos, 9 marzo [1642]	71
10. Sobre el servicio a los enfermos, [16 marzo 1642]	74
11. Sobre la obediencia, junio 1642	79
12. Sobre las virtudes de Margarita Naseau [julio 1642]	88
13. Imitación de las jóvenes campesinas, 25 enero 1643	91
14. Sobre la unidad entre los miembros de la comunidad, 26 abril 1643	103
15. Explicación del reglamento, 14 junio 1643	120
16. Sobre la obra de los niños expósitos, 7 diciembre 1643.	133
17. Sobre el respeto cordial, 1 enero 1644	145
18. Sobre el afecto desordenado a sí mismo, 11 diciembre 1644	160
19. Sobre las virtudes de la hermana Juana Dalmagne [15 enero 1645]	177
20. Sobre la observancia del reglamento, 22 enero 1645	198
21. Sobre la práctica del reglamento, 22 enero 1645	208
22. Sobre la reconciliación [entre 1643 y 1646]	217
23. Sobre la santa comunión, 22 enero 1646	220
24. Amor a la vocación y asistencia a los pobres, 13 febrero 1646	230
25. Sobre la indiferencia, 1 mayo 1646	242

26.	Avisos para la visita de los establecimientos de París [julio 1646]	245
27.	Sobre la práctica del respeto mútuo y de la mansedumbre, 19 agosto 1646	247
28.	Ocultar y excusar las faltas de las hermanas, 22 octubre 1646	246
29.	Relaciones de las hermanas con los de dentro y con los de fuera, 2 febrero [1647]	281
30.	Sobre las reglas, 30 mayo 1647	288
31.	Sobre la santa comunión, 18 agosto 1647	307
32.	Sobre la perseverancia en la vocación, 22 septiembre 1647	320
33.	Sobre la pureza de intención , 11 julio [1646-1650]	333
34.	Sobre el buen uso de los avisos, 22 enero 1648	338
35.	Sobre el buen uso de los avisos, 15 marzo 1648	345
36.	Sobre el buen uso de la instrucciones, 1 mayo 1648	356
37.	Sobre la oración, 31 de mayo * 1648	373
38.	Sobre el espíritu del mundo, 28 julio 1648	392
39.	Sobre el espíritu del mundo, 25 agosto 1648	400
40.	Sobre el amor a la vocación, 25 diciembre 1648	410
41.	Sobre el amor de Dios, 19 septiembre 1649	423
42.	Sobre el amor al trabajo, 28 noviembre 1649	439
43.	Sobre la conducta que hay que observar en las dificultades cuando se está lejos de la Casa madre, 19 abril 1650	452
44.	Sobre la indiferencia, 14 julio [1650]	463
45.	Sobre la obediencia, 7 agosto 1650	479
46.	A unas hermanas enviadas a provincias, 22 octubre 1950	496
47.	Virtudes de las hermanas Ana de Gennes, María Lullen, Margarita Bossu y Cecilia Delaitre, 9 diciembre	499
48.	Sobre la confesión, 5 marzo 1651	506
49.	Sobre el buen uso de los avisos, 25 abril 1652	515
50.	Sobre el espíritu de la Compañía, 2 febrero 1653	523
51.	Sobre el espíritu de la Compañía, 9 febrero 1653	533
52.	Sobre el espíritu de la Compañía, 24 febrero 1653	539
53.	Sobre el jubileo, 17 abril 1653	549
54.	Sobre la fidelidad a Dios, 3 junio 1653	561
55.	Sobre la práctica de pedir permiso, 27 julio 1653	578
56.	A las hermanas enviadas a Nantes, 12 noviembre 1653.	590
57.	Conducta que hay que observar fuera de la Casa, 1 enero 1654	594
58.	Sobre el orgullo oculto, 15 marzo 1954	602
59.	Sobre la conservación de la compañía, 25, mayo 1654	611
60.	Sobre la envidia, 24 junio 1654	625
	Concordancias	639